

UNIVERSIDADE DA CORUÑA  
DEPARTAMENTO DE SOCIOLOXÍA, CIENCIA POLÍTICA E DA ADMINISTRACIÓN  
FACULTADE DE SOCIOLOXÍA

FUNDAMENTOS  
METODOLÓGICOS  
DEL ANÁLISIS  
DE LAS  
DESIGUALDADES SOCIALES

Tesis Doctoral de  
MANUEL GARCÍA DOCAMPO



**UNIVERSIDADE DA CORUÑA**  
**DEPARTAMENTO DE SOCIOLOXÍA, CIENCIA POLÍTICA E DA ADMINISTRACIÓN**  
**FACULTADE DE SOCIOLOXÍA**

**FUNDAMENTOS  
METODOLÓGICOS  
DEL ANÁLISIS  
DE LAS  
DESIGUALDADES SOCIALES**

Tesis Doctoral de  
**MANUEL GARCÍA DOCAMPO**  
Dirigida por  
**JOSÉ LUIS VEIRA VEIRA**

A Carmen.

## AGRADECIMIENTOS

Como la principal materia prima de esta investigación ha estado constituida por múltiples y diversas relaciones interpersonales, debo un agradecimiento muy especial a todas esas personas que, de forma casi anónima, con sus opiniones, declaraciones y vivencias, han tenido a bien hacerme partícipe de las mismas. El Director de esta Tesis, el profesor José Luis Veira Veira, ha desempeñado impecablemente su papel, enfocando y reenfocando con destreza los referentes a los que debía dirigir mi atención. También estoy sumamente agradecido a muchos profesionales que han perfilado, con sus comentarios y sugerencias, el resultado de este trabajo. En particular, a Marc Barbut, que fue mi Director durante los dos años que pasé en la *École de Hautes Études en Sciences Sociales* de París; a Marisa García de Cortázar, que fue mi tutora en el período de realización de los cursos de doctorado; a J.A. López Rey, que colaboró magistralmente en el trabajo de campo y a los profesores L. Camarero, J.J. González, M. Caínzos y J. M<sup>a</sup> Cardesin, que me han ayudado en aspectos concretos de este trabajo.

A todos, sinceramente, gracias.



# ÍNDICE

	pag.
<b>ÍNDICE.....</b>	<b>7</b>
<b>0. INTRODUCCIÓN.....</b>	<b>13</b>
0.1. LOS PRELIMINARES.....	15
0.2. EL DESARROLLO DE LA INVESTIGACIÓN.....	20
0.3. TESIS E HIPÓTESIS DE PARTIDA.....	23
0.4. LÍNEA EXPOSITIVA.....	30
<b>1. LA COMPLEJIDAD DEL ANÁLISIS.....</b>	<b>35</b>
1.1. NATURALEZA Y FACTORES DE COMPLEJIDAD.....	37
1.2. INDEFINICIÓN TERMINOLÓGICA.....	39
1.3. MAGNITUD DE LA PRODUCCIÓN LITERARIA AL RESPECTO....	46
1.4. MULTIPLICIDAD DE CONTEXTOS HISTÓRICO-CULTURALES...	49
1.4.1. La comprensión y estudio contextualizado.....	49
1.4.2. Variedad formal.....	57
1.5. VARIEDAD DE LA ANALÍTICA POSIBLE.....	64
1.5.1. Clasificación de las temáticas analíticas.....	64
1.5.2. Dependencia tipológica.....	67
1.5.3. Acotación teórica.....	74
1.6. MULTIDISCIPLINARIEDAD DE SUS APROXIMACIONES.....	75
1.7. DIFERENCIAS SUSTANCIALES AL ENUNCIAR O FORMULAR LA IGUALDAD.....	79
1.7.1. El Sujeto.....	80
1.7.2. Variables evaluativas.....	81
1.7.3. El <i>Equalisandum</i> .....	82
1.8. MULTIPLICIDAD DE ÁMBITOS SOCIALES DESIGUALITARIOS .	89
1.9. IMPRECISIÓN DE LA SOCIOLOGÍA DE LAS DESIGUALDADES..	92
1.10. CONNOTACIONES POLÍTICO-MORALES.....	97
1.10.1. El contexto político de su reivindicación.....	97
1.10.2. Responsabilidad ética y social de las desigualdades.....	102
1.11. NATURALEZA DUAL DE LA DESIGUALDAD.....	104
1.11.1. Carácter dual: como idea y como forma.....	106
1.11.2. Carácter implícito y explícito.....	107
1.11.3. Justificación y reivindicación igualitaria.....	108
1.11.4. Formas regulativas y de hecho.....	112
<b>2. UN MARCO TEÓRICO.....</b>	<b>117</b>
2.1. EL CARÁCTER SOCIAL DE LAS DESIGUALDADES.....	119
2.2. EL PROCESO GENERAL DE SOCIALIZACIÓN.....	120
2.3. LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LAS DESIGUALDADES.....	124
2.3.1. Las diversidades humanas.....	124



2.3.2. Las identidades sociales.....	128
2.3.3. Características de la creación social de identidades.....	131
2.3.4. De la identidad a la igualdad.....	137
2.4. LA IGUALDAD COMO PRINCIPIO ÉTICO RELATIVO.....	143
2.4.1. El relativismo ético.....	144
2.4.2. El consenso entre los sistemas éticos diferentes .....	148
2.5.3 INTERRELACIONES ENTRE PRINCIPIOS ÉTICOS.....	150
2.5.1. Libertad.....	151
2.5.2. Justicia.....	154
2.5.3. Eficiencia.....	161
2.5.3. Bienestar.....	162
2.6. LA ENUNCIACIÓN DE LA DESIGUALDAD.....	167
2.6.1. La formulación clásica.....	167
2.6.2. Una concepción alternativa del análisis del igualitarismo.....	169
<b>3. POSICIONAMIENTOS DOCTRINALES.....</b>	<b>173</b>
3.1. EVOLUCIÓN IGUALITARISTA DE NUESTRO ENTORNO CULTURAL.....	175
3.2. LA ASUNCIÓN NATURAL DE LA IDEA DE ISONOMÍA.....	179
3.3. LA AMPLIACIÓN DEL ÁMBITO DE LOS ISONOMOS EN EL IGUALITARISMO TEOLÓGICO CRISTIANO.....	185
3.3.1. Particularidades conceptuales en el análisis hermenéutico.....	185
3.3.2. Translación religiosa hacia la vida secular.....	190
3.4. CONCRECIÓN FORMAL EN LA SOCIEDAD EUROPEA TRADICIONAL.....	191
3.4.1. El marco.....	191
3.4.1.1. La justificación teológica.....	194
3.4.1.2. El fraccionamiento social.....	196
3.4.1.3. Justificación natural de las desigualdades.....	199
3.4.2. ¿Sociedad feudal, sociedad desigual?.....	200
3.4.3. La modernización.....	202
3.5. CONTRACTUALISMO E ILUSTRACIÓN.....	204
3.5.1. Un nuevo conocimiento para un nuevo orden social.....	204
3.5.1.1. La razón.....	207
3.5.1.2. La naturaleza.....	208
3.5.1.3. El consenso.....	210
3.5.2. Las representaciones de la idea de igualdad.....	214
3.5.3. Ilustrados y enciclopedistas.....	218
3.6. CONCEPCIÓN LIBERAL DE LA SOCIEDAD.....	225
3.6.1. El igualitarismo en un mercado libre.....	225
3.6.2. Utilitarismo bienestarista.....	232
3.6.3. El funcionalismo sociológico.....	242
3.6.4. Liberal-igualitaristas.....	257
3.7. LA ALTERNATIVA Y CRÍTICA SOCIALISTA.....	262
3.7.1. Los utópicos.....	265
3.7.2. El concepto de igualdad en Marx.....	267
3.7.3. La sociedad comunista.....	283
3.7.4. Socialismo de mercado.....	290
3.7.5. Gandhianos.....	293
<b>4. EL MAPA SOCIOLÓGICO DEL DISCURSO.....</b>	<b>299</b>
4.1. ANÁLISIS EMPÍRICO Y ARGUMENTACIÓN TEÓRICA.....	301



4.2. LOS MODELOS.....	304
4.3. CONSERVADORES.....	310
4.4. LIBERALES.....	319
4.5. SOCIALISTAS.....	324
4.6. LIBERTARIOS.....	327
<b>5. REDEFINICIÓN CONCEPTUAL.....</b>	<b>337</b>
5.1. ¿ES POSIBLE UNA DEFINICIÓN? PROBLEMÁTICA Y OBJETIVO.....	339
5.2. DEFINICIONES POSIBLES Y USUALES.....	341
5.3. EL RECURSO AXIOMÁTICO.....	348
5.3.1. La secuencia de los principios.....	348
5.3.2. El caso de la probabilidad estadística.....	350
5.3.3. La extrapolación teórica.....	352
5.4. DE LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL AL ANÁLISIS SOCIOLÓGICO..	353
5.5. LAS SUSCEPTIBLES SITUACIONES IGUALITARIAS Y LAS DESIGUALITARIAS.....	359
5.6. CARACTERÍSTICAS CONCURRENTES EN LA FORMULACIÓN...	362
5.6.1. El sujeto poblacional.....	363
5.6.2. La comparación.....	367
5.6.3. El equalisandum (el dominio de evaluación y la variable evaluativa)	369
5.7. PLANTEAMIENTO FUNCIONAL.....	373
<b>6. LA MEDICIÓN DE LAS DESIGUALDADES.....</b>	<b>377</b>
6.1. EL SENTIDO DE LA MEDIDA.....	379
6.2. ELECCIÓN RACIONAL Y MÉTRICA DESIGUALITARIA.....	382
6.3. DIMENSIONAMIENTO MÉTRICO.....	385
6.3.1. Escalas.....	385
6.3.2. Valores absolutos y valores relativos.....	387
6.4. VARIABLES EVALUATIVAS DESIGUALITARIAS Y MÉTRICAS APLICABLES.....	388
6.5. TIPOLOGÍA MÉTRICA.....	389
6.6. FUENTES ESTADÍSTICAS.....	391
<b>7. DESIGUALDADES DISTRIBUCIONALES.....</b>	<b>395</b>
7.1. DEFINICIÓN DE LAS DESIGUALDADES DISTRIBUCIONALES...	397
7.1.1. Formalización.....	397
7.1.2. Propiedades.....	400
7.1.2.1. Las particiones y sus redes.....	400
7.1.2.2. Las distribuciones (reparticiones).....	400
7.1.2.3. Las reparticiones y sus curvas de concentración.....	401
7.1.2.4. Concentración normalizada.....	402
7.2. LA COMPARACIÓN ENTRE IMPUTACIONES.....	402
7.2.1. Optimización e igualdad.....	402
7.2.2. Variaciones en el conjunto de bienes.....	406
7.2.2.1. Ganancia sin necesidad de pérdidas.....	407
7.2.2.2. Pérdidas sin ganancias.....	408
7.2.2.3. Ganancias con pérdidas correlativas.....	409
7.2.2.4. Igualdad relativa: caso general.....	409
7.3. INSTRUMENTOS DE MEDICIÓN.....	410
7.3.1. Los índices simples.....	410
7.3.2. El índice de Gini y la Curva de Lorenz.....	413



7.3.3. El índice de Theil.....	417
7.3.4. Los índices del nivel de bienestar.....	419
7.4. LAS DISTRIBUCIONES PROBABILÍSTICAS.....	424
<b>8. ANEXO. CÁLCULO DE LOS PARÁMETROS DE LAS DISTRIBUCIONES PROBABILÍSTICAS TEÓRICAS.....</b>	<b>433</b>
8.1. PRESENTACIÓN.....	435
8.2. EL AJUSTE A UNA LEY LOG-NORMAL.....	435
8.3. EL AJUSTE A LAS LEYES PARETIANAS.....	438
8.4. EL MÉTODO DE CÁLCULO PROPUESTO POR M. BARBUT.....	440
8.5. LEY EXPONENCIAL Y SU FAMILIA.....	442
8.6. LOS ÍNDICES DE GINI, OBSERVADOS Y TEÓRICOS, EN LOS MUNICIPIOS GALLEGOS.....	445
<b>9. PROBABILIDADES DE PASO.....</b>	<b>455</b>
9.1. DEFINICIÓN Y FORMALIZACIÓN.....	457
9.1.1. El marco de la formulación.....	457
9.1.2. Definición.....	459
9.1.3. Los estudios de movilidad social.....	461
9.2. MEDICIÓN.....	466
9.2.1. Caso simple de población indiferenciada.....	466
9.2.2. El establecimiento de categorías.....	467
9.2.3. La ampliación de las situaciones.....	468
9.2.4. Tablas de contingencia cuadradas.....	469
9.3. LOS ÍNDICES.....	470
9.3.1. El análisis de la movilidad observada.....	470
9.3.2. El análisis de la movilidad social a partir de la movilidad perfecta... ..	473
9.3.3. Las constricciones estructurales.....	478
9.3.4. La modelización de las situaciones de movilidad.....	482
9.4. APLICACIÓN ALTERNATIVA A LAS DISTRIBUCIONES DE RECURSOS.....	484
9.4.1. El caso de los análisis de pobreza.....	485
9.4.2. Índices de pobreza.....	489
9.4.3. Complementariedad con el género.....	492
<b>10. DICOTOMÍAS NOMINALES.....</b>	<b>497</b>
10.1. FORMULACIÓN GENERAL.....	499
10.2. TITULARIDADES Y POSESIONES.....	500
10.3. CIERRE Y OPORTUNIDADES.....	503
10.4. DISCRIMINACIÓN Y EXCLUSIÓN SOCIAL.....	508
10.4. LA COMBINACIÓN ANALÍTICA Y MÉTRICA.....	510
<b>11. DESIGUALDADES ESTRUCTURALES.....</b>	<b>513</b>
11.1. DE LA IDEA A LA FORMA.....	515
11.2. SINGULARIDAD E INTERRELACIONES.....	517
11.2.1. Igualdad simple e igualdad compleja.....	518
11.2.2. El caso del género.....	521
11.2.3. El caso de las rentas.....	522
11.2.4. El caso de la familia Martínez Alonso.....	525
11.2.5. La tipología de Ángeles Durán.....	527
11.2.6. El análisis de Bihr y Pfefferkorn.....	529
11.3. ESTRUCTURA SOCIAL DESIGUALITARIA.....	532



11.3.1. Las desigualdades en la Estructura Social.....	532
11.3.2. Problemas taxonómico-operativos de las categorías de clase.....	539
11.3.3. Prevalencia y pertinencia.....	547
11.4. PRECISIONES METODOLÓGICAS.....	556
<b>12. CONCLUSIONES.....</b>	<b>561</b>
<b>ÍNDICE DE CUADROS.....</b>	<b>575</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA.....</b>	<b>579</b>



# 0. INTRODUCCIÓN.

*“Ese contorno hiriente y difícil, frontera que arde y lo  
envuelve en deseo”*

(Del poema *Tierra Quemada*, de José Antonio Gascón).



## 0.1. LOS PRELIMINARES.

A lo largo de la preparación de este trabajo mucha gente se interesaba por el asunto concreto de mis investigaciones. Yo les indicaba que estaba trabajando sobre las desigualdades sociales. Entonces me encontraba con una nueva pregunta de mis interlocutores: ¿desigualdades de qué? o ¿desigualdades en qué?. Efectivamente, estudiar las desigualdades aparenta ser un tema excesivamente pretencioso e inabarcable, de forma que parecía ser más que prudente una acotación ambiental más concreta. Por ejemplo, me recomendaban estudiar las desigualdades sociales en Galicia, o en otro ámbito espacial que limitase la observación hacia algo más manejable por ser más reducido. Algunos colegas me sugirieron una acotación en torno a ciertos tipos de desigualdades: por ejemplo, las desigualdades de clase, las desigualdades en la distribución de la renta o las desigualdades por géneros.

No les faltaba razón a todos *mis sugerentes*. Estudiar las desigualdades, sin más, sin apellidos, supone una tarea pretenciosa para la cual no dudo en reconocer mi sentimiento de desvalidez. Es algo así como si desde aquí, desde la tierra, mirásemos hacia el firmamento en una noche despejada, y, tras el deleite en la contemplación de satélites, estrellas y esa inabarcable e ingente masa de infinitud, uno se propusiera estudiar el universo. Dificilmente, por muchos medios materiales con los que contase, alcanzaría una sola persona a atisbar más que muy someras y escasas cualidades de la constitución y funcionamiento del mismo.

Nadie duda que el tema, de por sí, tiene suficientes puntos oscuros como para justificar una tesis doctoral. Lo que lo caracteriza es su desconocimiento. Sin embargo, parece un tema dominado por la inabarcabilidad de sus aspectos, por la ingente cantidad de puntos en los que fijar nuestra atención, tal como expondré posteriormente.



Sin embargo, a pesar de tener que bajar la cabeza y aguantar el chaparrón de quienes me descubren la falta de humildad en mis pretensiones, tengo, tímidamente, algunos argumentos que pretenden abrir una ventana de legitimidad entre el pesimismo que yo mismo he querido encarar.

No he escogido el estudio de las desigualdades por ninguna razón estética. No he valorado los inconvenientes materiales de tratar de salir de la pobreza cuando aparenta estar más que clara la situación de miseria. No importa que queden muchos agujeros negros inexplorados porque no pretendo, manifiestamente, dominar este tema. Lo he escogido por razones más próximas a la ética. Podría, alternativamente, estudiar las pautas desigualitarias en determinado ámbito concreto y referidas a una población bien delimitada, pero no era esa mi inquietud, sino la de dar respuesta al sentido que tiene plantearse la igualdad entre los hombres, entre *todos* los hombres y sobre qué aspectos o ámbitos es legítimo ese planteamiento. Opté, pues, por consagrar esa parte importante de mi vida, cual era la de la realización de esta tesis, a algo que me llenase tanto en mis inquietudes intelectuales como humanas.

Durante mis primeros años de actividad profesional, mis actividades se centraron en el ámbito del *desarrollo social y económico*, especialmente en lo que entonces se llamaba *Desarrollo Local*. Con el tiempo, en base a ese edificio cognoscitivo, empecé a considerar que el tipo de desarrollo que más me interesaba era aquel que hiciese compatible el crecimiento económico con el desarrollo igualitario del mismo. Es más, poco a poco, mis intereses se centraron más en lo segundo que en lo primero. Sin embargo, mientras los aspectos referidos al crecimiento y la evaluación y medición de los mismos se me hacían factibles y evidentes, no ocurría así con los referidos al desarrollo igualitario. No encontraba instrumentos de medición, ni unanimidad conceptual, ni exposiciones doctrinales, ni tipologías clasificatorias, ni, en general, los aspectos más usuales y precisos de un marco teórico general. Es en ese contexto en el que germina la



idea de este trabajo: como una necesidad íntima más que como una opción de gustos o de rentabilidades intelectuales.

Mi objetivo inicial era, por tanto, eminentemente práctico, pero desde la perspectiva de un profesional de las Ciencias Sociales. Trataba de precisar y de dar respuesta a qué tipo de desarrollo y, en definitiva, qué modelos de organización, y de desarrollo social, eran más igualitarios. Para ello precisaba de un conjunto de indicadores que me permitiesen dilucidar, lo más objetivamente posible, en términos comparativos, el grado de proximidad o distanciamiento hacia esas supuestas situaciones igualitarias. Un sistema de indicadores que, inicialmente, creía debería de ser cuantificable, lo cual me llevó, durante algunos años, a enfocar mi investigación por los ámbitos de la estadística y la econometría. Mi formación como Estadístico Técnico en el INE, los cursos de postgrado tanto en universidades españolas como extranjeras y mi docencia en Técnicas de Investigación Social Avanzadas, contribuyeron a adentrarme en esa línea de investigación.

Sin embargo, poco a poco fui descubriendo que dicho sistema de indicadores se empleaba sobre un marco conceptual cargado de indefiniciones, caracterizado por una excesiva especialización temática y dispersión de los ámbitos sociales sobre los que se aplicaban. No me parecía posible investigar la validez y la pertinencia de dichos indicadores si no concretaba, con un mínimo grado de precisión, el concepto de igualdad sobre el que se iban a efectuar dichas mediciones.

Muy pronto percibí que la concepción que existía en la sociedad sobre lo que eran las desigualdades era muy diversa. No eran pocos los que desde los ámbitos sociológicos me insistían en que lo relevante era el tratamiento y análisis de las clases sociales o, en algunos casos, de la elaboración y sistematización de un sistema teórico de estratificación social. No fueron menos frecuentes las sugerencias de que existían otras desigualdades, netamente diferenciadas de los aspectos productivos, que matizaban los esquemas desigualitarios, como los ba-



sados en el género y en la discriminación de la mujer en el ámbito doméstico. También fueron insistentes las recomendaciones para que prestara especial atención a las desigualdades que se centraban en aspectos culturales, supraindividuales, que se mostraban en discriminaciones lingüísticas, raciales, étnicas y/o nacionales. O, por citar alguna otra apreciación, fueron también recurrentes las sugerencias que matizaban que lo relevante eran las manifestaciones regulativas de las desigualdades de naturaleza jurídico-legal, que culminaban, superestructuralmente, en formas de conciencia social generadoras de conflictos de intereses de todo tipo.

Esas diferentes concepciones analíticas conllevaban propuestas políticas y modelos sociales también diversos. Entre tales concepciones eran perceptibles diferencias en la asunción de la naturaleza humana, y, en particular, en la asunción de si ésta era igualitaria o desigualitaria. De hecho, existe una amplia base social sustentadora de la idea de que los seres humanos no son iguales, sino, por el contrario, formados por un cúmulo de diversidades de tal magnitud, que no existen criterios racionales legitimadores de que los hombres deban de ser iguales, pues tales diversidades abocan y legitiman el derecho inalienable a la diferencia. Ello abre un debate en torno a la igualdad de *condición* y a los parámetros en base a los cuales referir esa igualación, a la que habrá que sumar las propuestas diferentes de los que creen que debe haber una igualdad de *oportunidades* o de los que creen que debe haber igualdad en los *resultados*.

Esto último, que yo llamaré el *equalisandum* de la igualdad, es decir, los parámetros en torno a los cuáles se desea medir la igualdad —la condición, las oportunidades o los resultados—, es sólo uno de los múltiples puntos de divergencia doctrinal sobre este tema, como probablemente en todo tema con las connotaciones políticas de éste; pero en el caso que nos ocupa, a la dificultad inherente de llevar a cabo un análisis métrico-objetivo (pretendidamente científico-sociológico) sobre un objeto de estudio caracterizado por la existencia de concepciones y posturas político-doctrinales radicalmente divergentes, se añan-



den otras dificultades que van a hacer de los análisis desigualitarios algo especialmente complejo. Decidí pues detectar, enumerar y analizar los factores de tal complejidad, bajo la sospecha de que, conocido esto, podría afrontarse mejor el objetivo inicial.

Así dio un nuevo giro esta investigación, al pasar a interesarme por determinados aspectos conceptuales y filosóficos. Esto fue necesario, porque *la métrica no puede separarse asépticamente de los conceptos medidos*. El objetivo fundamental de la investigación se presenta, así, como un estudio de *los fundamentos conceptuales sobre los que deberán apoyarse las mediciones concretas de las situaciones susceptibles de ser consideradas como desigualitarias*. Se trata, por ello, de reflexionar sobre el marco metodológico actual sobre el que se apoyan los estudios y análisis de las desigualdades sociales, descubrir sus deficiencias y presentar propuestas alternativas.

Con esta perspectiva, el trabajo se perfila como eminentemente teórico, ya que no se trata de determinar si en tal o cual sociedad o situación existen desigualdades —lo que supondría un enfoque empírico—, sino, simplemente, cómo llevar a cabo aquellas mediciones que permitan afirmar empíricamente que existe una situación desigualitaria. No podría ser de otra forma si el objetivo es el de dar respuesta a qué situaciones son concebidas como igualitarias. Se hace preciso incluir todas las situaciones posibles en el mismo lote y permitir, mediante una propuesta científica de reconceptualización de la igualdad, discernir y diferenciar cuáles de ellas son igualitarias y cuáles desigualitarias y, si cabe, la intensidad con la que se produce la supuesta desigualdad. Tal reconceptualización tendrá como objetivo identificar qué situaciones son susceptibles de ser analizadas como desigualitarias, a partir de las cuales siempre será posible aplicar el procedimiento métrico que, en definitiva, propongo en esta tesis.

El estudio de la desigualdades, desde la perspectiva aquí considerada, mantiene una vocación nítidamente interdisciplinar. Requiere medir, y medir, siempre que sea posible, requiere cuantificar y, por tanto, echaré mano de todos



aquellos indicadores matemático-estadísticos que puedan servir de utilidad. Pero, tal proceso cuantificador, aparece estrechamente ligado, implicando, conceptos de naturaleza política, económica, jurídica, filosófica, histórica o antropológica. La igualdad no es ámbito de estudio y debate exclusivo de la sociología. La confluencia interdisciplinar no sólo es enriquecedora, sino, en este caso, necesaria: no hay posibilidad de tratar el concepto de igualdad si no es desde la propia naturaleza filosófica de la misma, no hay forma de medirlo cuantitativamente si no es por medio de indicadores estadísticos; etc.

Dicha interdisciplinariedad tendrá su reflejo en las aportaciones teóricas a las que se hace referencia, así como a las técnicas empleadas en la investigación, pasando de las llamadas cualitativas a las cuantitativas, sin solución de continuidad<sup>1</sup>.

## **0.2. EL DESARROLLO DE LA INVESTIGACIÓN.**

Toda investigación sociológica precisa de un diseño metodológico que, en sus fases preliminares, conlleva y exige una delimitación detallada del problema planteado, es decir, de la hipótesis o tesis que se pretende someter a estudio y contraste. En una clásica reflexión sobre el desarrollo de toda Tesis Doctoral, Umberto Eco (Eco, 1977:23-24), recomienda la asunción de un programa estratégico que partiendo de la elección del tema objeto de estudio, continuará con la recopilación documental, su ordenación y clasificación, para, posteriormente, proceder a un examen del tema a la luz del material disponible, de forma que se puedan extraer, finalmente, unas conclusiones, que se expondrán y

---

<sup>1</sup> Sobre las cuantitativas hay abundantes ejemplos a lo largo de este trabajo en el análisis empírico de datos de dicha naturaleza, procedentes tanto de encuestas como de estadísticas oficiales (especialmente en el capítulo 8º); respecto a las cualitativas, aunque omnipresentes en la confección de toda la obra, queda una buena muestra en la investigación empírica de los discursos contemporáneos sobre la igualdad (Cap. 4º).

argumentarán por escrito<sup>2</sup>. Ésta es, de forma muy esquemática, la estrategia seguida en la investigación que presento.

El primer punto de dicha estrategia, supone la elección y acotación detallada del tema de estudio. El objetivo manifiesto y general de esta investigación es el de proporcionar un marco metodológico (teórico-conceptual), en base al cual podamos cimentar los estudios sociológicos sobre las desigualdades sociales. Se trata, por tanto, de una investigación de carácter sociológico, pero que va a precisar un enfoque y tratamiento, necesaria y claramente, interdisciplinar. Dicha interdisciplinariedad nace de la propia naturaleza del objetivo señalado, ya que se hace ineludible abordar los múltiples ámbitos en los que se manifiestan las desigualdades —como la política, el derecho o la economía— y, además, es preciso depurar los múltiples elementos metodológicos de tales análisis —desde los epistemológico-filosóficos a los matemático-estadísticos—. Esto, en sí, no es ninguna novedad en las investigaciones sociológicas, ni en las investigaciones sobre desigualdades sociales y, en este caso, conllevará recurrir, frecuentemente, a las contribuciones de, por ejemplo, un filósofo, como J. Rawls, contrastándolas con las de un economista, como Amartya Sen o un politólogo, como J. Roemer, pasando por aportaciones de antropólogos, historiadores, juristas, estadísticos, psicólogos y, por supuesto, sociólogos.

Por tanto, el segundo punto de toda investigación sociológica, la que se basa en la recopilación documental, requerirá esa revisión de las multidisciplinarias aportaciones que sobre este tema han ido acumulándose a lo largo de la historia del pensamiento social<sup>3</sup>. Pero en este caso, a diferencia de lo que ocurre en

---

<sup>2</sup> El apoyo teórico a las fases de investigación propuestas puede encontrarse en MAYNTZ, R.; HOLM, K. y HÜBNER, P. (1969): *Introducción a los métodos de la sociología empírica*, Alianza Universidad, Madrid, 1988 (véanse especialmente pp. 35 y ss.), ALVIRA, F. (1986): <<Diseños de investigación social: criterios operativos>>, en Manuel García Ferrando, Jesús Ibañez y Francisco Alvira, *El análisis de la realidad social*, Alianza Universidad Textos, Madrid, 1986; ECO, Umberto (1977): *Cómo se hace una tesis doctoral*, Gedisa, Barcelona, 1983; LASSO DE LA VEGA, J. (1977): *Cómo se hace una tesis doctoral*, Fundación Universitaria Española, Madrid, 1977.

<sup>3</sup> Por supuesto, aparte de la recopilación bibliográfica en sentido estricto, se recogen datos referentes al tema, se recogen opiniones especializadas, se asiste a conferencias, etc.



muchas otras investigaciones, la literatura al respecto es abrumadora, las referencias a la igualdad<sup>4</sup> y la desigualdad, en ciencias sociales, es de tal magnitud, que se hace materialmente inabarcable. Entre ese basto volumen de referencias literarias hay estudios históricos, debate político, teoría de clases, planteamientos feministas, estudios de pobreza, enfoques jurídicos, teoría de las organizaciones, etc. Sólo los estudios que se han centrado directamente en algún aspecto referido a la igualdad han de contarse por millares, pero si incluimos las fuentes indirectas, la cifra es incalculable. En este trabajo hago referencia a más de 1000 publicaciones, pero eso no es nada comparado con lo que ha quedado sin revisar, lo que, sin duda, pudiera servir para paliar algunas de las muchas deficiencias con las que carga esta propuesta metodológica. Es evidente que la recopilación documental y bibliográfica ha tenido que ser selectiva. Es indudable que la literatura revisada con respecto, por ejemplo, a los estudios feministas, es constatablemente limitada; lo mismo ocurre con cualquiera de los múltiples enfoques particulares de la desigualdad, ya que la variedad ambiental de los mismos es casi infinita y lo que aquí se pretende es la presentación de un método válido para cualquier tipo de análisis sociológico de las desigualdades. Por ello, se ha hecho preciso incluir todas las situaciones en el mismo lote, en un proyecto ambicioso, integrador y global, que permitiese una propuesta científica reconceptualizadora, que, en definitiva, posibilitase el discernimiento de qué situaciones son susceptibles de ser consideradas como desigualitarias, y la intensidad con la que se produce esa supuesta desigualdad.

En cualquier caso, soy deudor de toda la bibliografía que se cita en las propuestas analíticas que desarrollo en este trabajo. Y eso desde las aportaciones más clásicas, de las concepciones de la igualdad en Platón o Aristóteles, pasando por los textos bíblicos, los medievales, las propuestas de los *utópicos* y, por supuesto, la de quienes han intentado, recientemente, de forma más explíci-

---

<sup>4</sup> En adelante emplearé los términos igualdad y desigualdad indistintamente pues, como antónimos que son, la una implica la otra y ambas se conjugan bajo la misma definición, concepto y medida.

ta, contribuir a este mismo objeto de estudio, como Rawls, Nozick, Amartya Sen, Rae, Dworkin, Bobbio, Nagel, los teóricos funcionalistas, utilitaristas, marxistas, bienestaristas, y muchos otros, que se encuentran en la bibliografía final de este trabajo<sup>5</sup>.

Los siguientes pasos metodológicos, una vez recogido un fecundo y voluminoso conjunto documental, consisten en la clasificación, ordenación y examen de todo ello. Se asientan aquellas primeras y tímidas hipótesis que se intuían inicialmente, y se recomienza de nuevo, una y otra vez, la fase de revisión bibliográfica, de contrastación empírica, de estudio de los enfoques y tratamientos existentes, la teorización e investigación al respecto, etc. hasta que surgen las primeras conclusiones que pretenden una cierta solidez intelectual y científica. Luego, simplemente, se presenta y se expone en una obra, desde una perspectiva personal, dando forma a una contribución original que, en definitiva, es lo que constituye el alma de este trabajo como tesis.

### 0.3. TESIS E HIPÓTESIS DE PARTIDA.

El objetivo genérico de presentar un marco metodológico para el análisis de las desigualdades sociales encuentra un primer impedimento que, como tal, puede ser tratado como una hipótesis de partida, que puede formularse del siguiente modo: *el concepto que manejamos actualmente, en Ciencias Sociales, de desigualdad, está cargado de múltiples indefiniciones* que conviene precisar y, en la medida de lo posible, resolver. Se parte de esta premisa, que puede matizarse diciendo que, en la actualidad, por un entramado de factores, existe una enorme complejidad en torno al análisis de las desigualdades, lo que ha genera-

---

<sup>5</sup> La referencia a los clásicos quedará enmarcada en esa necesidad de la teoría social contemporánea que señalara L. A. Coser [«The uses of classical sociology theory», en Buford Rhea (ed.), *The Future of sociological classical*, Allen & Unwin, Londres, 1981. Véanse especialmente las páginas 181-182] referida a las dificultades intrínsecas de la misma para desarrollar un conocimiento acumulativo, actualmente muy deficiente, que genera una revisión permanente de la teorización efectuada a lo largo de la historia de la teoría sociológica.



do un vacío conceptual y ciertas imprecisiones analíticas. Este supuesto puede ser negado de raíz; es decir, es posible dudar que exista tal indefinición. Por mi parte, y a modo introductorio, puedo indicar que para llegar a tal afirmación me he apoyado en tres evidencias: por un lado, porque así lo manifiestan algunos de los principales investigadores y teóricos de las Ciencias Sociales (Amartya Sen, E. O. Wright, Atkinson, N. Bobbio, M<sup>a</sup> Ángeles Durán, Runciman o Daniel Bell, por citar algunos ejemplos, que así lo señalan expresamente)<sup>6</sup>; por otro lado, lo he constado empíricamente, preguntado a la población en general<sup>7</sup>; finalmente, también se llega a esa conclusión tras analizar y revisar tanto la teoría existente como los estudios empíricos sobre las desigualdades.

Esta primera hipótesis, de que existe una situación de indefinición conceptual y de las deficiencias metodológicas asociadas, obedece al carácter complejo de los análisis sobre este tema. Dicha complejidad puede descomponerse en una serie de factores y, ello, es una segunda hipótesis de partida: la descomposición de los factores que inciden en la complejidad actual de los análisis sobre las desigualdades sociales. En concreto, he localizado diez factores, que expongo en capítulo segundo y que son la base sobre la cual se reedifica el análisis

---

<sup>6</sup> Mas adelante, en el apartado 1.1., (nota nº 1, p. 37), indicaré exactamente en qué trabajos se puede encontrar esa manifestación.

<sup>7</sup> Lo he comprobado a través de la veintena de entrevistas abiertas que he realizado a lo largo de este período de investigación, cuyos resultados se exponen en el capítulo 4º; así como en otros *test* empíricos que llevé a cabo, entre otras cosas, con objeto de verificar esta hipótesis. Así, por ejemplo, preguntando a 76 estudiantes de Sociología sobre qué eran las desigualdades sociales, obtuve una amalgama de respuestas diferentes, entre las que destacan, por su reiteración (valores superiores al 10%), a) la de quienes consideraban que eran diferencias económicas, b) la de quienes añadían a esas diferencias factores de tipo cultural, c) la de quienes creían que las desigualdades eran "prácticas de trato interpersonal discriminatorio" (regulativo o de hecho), d) quienes consideraban que la desigualdad era una ventaja o desventaja que se concedía a determinados individuos para lograr determinados bienes (materiales o inmateriales) y e) las de quienes creían que era un concepto analítico creado por los sociólogos (y analistas sociales) para evaluar el sistema de diferenciación de las organizaciones sociales. También fue muy importante, el número de respuestas que indicaban que las desigualdades, no todas, pero sí muchas de ellas, eran algo natural, justificable y, sino necesario, un mal con el que tenemos que convivir para que la sociedad prospere. A estas respuestas habría que añadir otras, de carácter y naturaleza muy diversa, algunas de las cuales asimilaban desigualdad a existencia de clases, de estratos, de jerarquías, de culturas, de hábitos, de propiedad; o quienes asumían que lo relevante era alguna de ellas u otras como las desigualdades interregionales, de etnias o de sexos.

desigualitario. El sentido de señalar esos factores radica en la creencia de que si conocemos las debilidades y carencias de este ámbito de estudio, podremos lograr superarlas. El conocimiento de cada uno de ellos posibilitará el diseño de una estrategia analítica que desemboque, finalmente, tanto en una redefinición conceptual como en una métrica asociada a la misma.

Así aparece una tercera hipótesis: es posible una redefinición conceptual que supere los problemas observados y planteados en el capítulo segundo, característicos de los actuales análisis desigualitarios. Y, para conseguir esta redefinición, es preciso: a) tipificar los *ámbitos temáticos* sobre los que versan las desigualdades (cuarta hipótesis); b) *descomponer dualmente la naturaleza* de estos análisis en ideas y formas observadas (quinta hipótesis); c) considerar el marco referencia de la igualdad como una *construcción social* (sexta hipótesis).

Estos tres últimos aspectos, suponen una parte fundamental del marco teórico de las metodologías de los análisis desigualitarios. Centrando la atención en el primero de los señalados, sostengo que los estudios desigualitarios incluyen cinco temáticas diferentes y muy estrechamente interrelacionadas, que son: 1) los aspectos conceptuales y la definición de igualdad y desigualdad social en sí misma; 2) la métrica y medición de las situaciones sociales concretas susceptibles de ser catalogadas como desigualitarias; 3) los estudios causales, incluyendo el por qué de la existencia de tales situaciones y sus consecuencias; 4) las propuestas de políticas correctoras e igualitaristas; y, finalmente, 5) los estudios sobre actitudes y opiniones con respecto a la (des)igualdad y a las políticas igualitaristas. Estas cinco temáticas no son independientes, sino que entre ellas hay una interinclusión teórica, de forma que lo conceptual es siempre previo y omnipresente, en cualquier estudio y análisis desigualitario; la métrica es el paso siguiente, pues sólo ella permite discernir, en una situación dada, si es o no desigualitaria; a continuación, siguiendo esa relación de dependencia inclusiva, aparecerán el resto de las temáticas.



Aceptando esta hipótesis, es posible convenir que lo conceptual y lo métrico es previo e imprescindible en cualquier metodología de los análisis desiguales, y, por ello, esta tesis se centra en esos dos primeros aspectos.

Por otro parte, he considerado pertinente descomponer la naturaleza de las desigualdades sociales en una doble dimensión: por un lado son ideas, reivindicadas o justificadas –implícita o explícitamente– y, por otro, son formas reales observables de interrelación social. Todo análisis ha de matizar a qué aspecto se está refiriendo, si bien, ambos, se encuentran nuevamente muy estrechamente interrelacionados: la idea moldea la forma y viceversa. El concepto de igualdad se construye con una doble naturaleza: como idea y como forma. Sin embargo, la medida de la igualdad no versa sobre los planteamientos ideológicos igualitaristas, ni, por tanto, sobre la justificación o reivindicación de los mismos. La medida se refiere a *formas* concretas y observables de relación social. La igualdad es, en definitiva, una forma real de relación social.

Las interrelaciones de las ideas igualitarias con las formas de relación social observadas en la realidad se conjugan en un proceso de construcción social de las desigualdades. Esa doble perspectiva de la igualdad, como idea y como forma, se conjugará en una misma realidad analítica. Las ideas se construyen en el contexto de determinadas estructuras sociales y, a su vez, los sistemas de organización social, derivan, al menos en parte, de tales esquemas conceptuales. Como idea, la igualdad es analizable en los discursos sociales e individuales y, para dejarlo patente, he efectuado un análisis empírico de los mismos en nuestro entorno cultural, dejando manifiesto como se enmarcan en las coordenadas estructurales asociadas con el sistema de organización social en el que se hayan inmersos así como en el entramado esquema de valores con el que dicha idea se haya interrelacionada. En concreto, la igualdad aparece conjugada con otros valores y principios, tales como la justicia, el bienestar, la eficiencia o la libertad.

El análisis empírico y concreto de la concepción de la igualdad en nuestra sociedad —del que muestro algunos de sus principales resultados en el capítulo 4º—, permite comprender cómo tales concepciones pueden esquematizarse siguiendo una tipología valorativa configuradora de formas deseables de organización social.

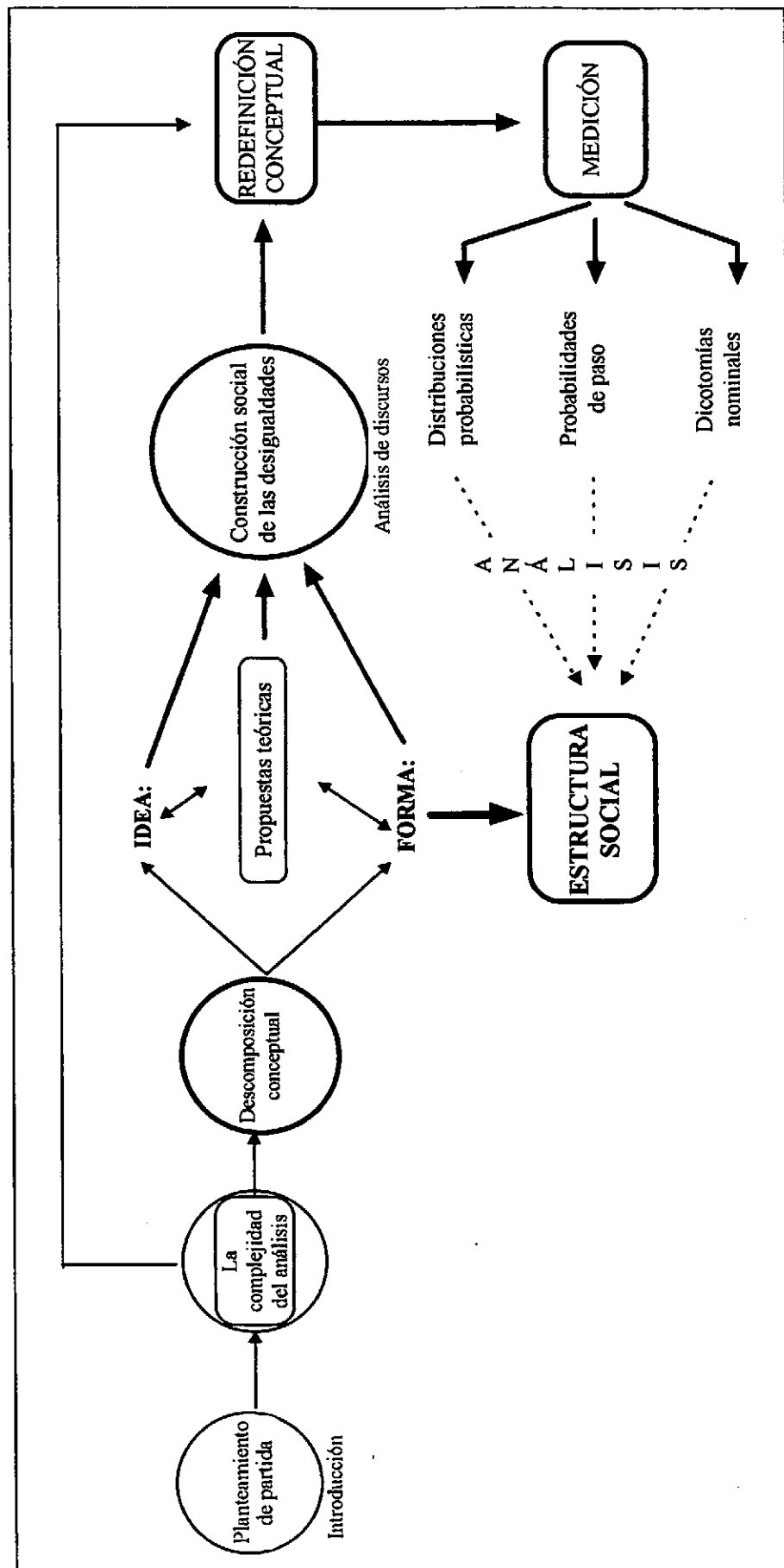
Lo que pretendo sea una aportación sustancial de esta tesis pasa por la reconceptualización que se propone, en sintonía con lo expuesto, del concepto de igualdad. Se recurre a una definición axiomática, de tal manera que, siempre que se cumplan unas determinadas condiciones, hablaremos de situación (des)igualitaria. Esa reconceptualización lleva asociada una formulación funcional —axiomática— de las situaciones desigualitarias, que se tipifican en tres enunciados posibles: 1) las desigualdades distribucionales, es decir, aquellas en las que un determinado bien se distribuye, igualitaria o desigualitariamente, entre un conjunto de sujetos; 2) las probabilidades de paso diferenciales, en las que un conjunto poblacional tiene una determinada facilidad o dificultad de acceder a unos determinados bienes o posiciones; y 3) las situaciones que he denominado dicotomías nominales, incluyendo, en este último grupo, a aquellas formas de cierre social, en las que o se está o no se está en una determinada situación (dicotómicamente y sin alternativa cuantificadora).

Las hipótesis y conclusiones de esta tesis componen un entramado que puede esquematizarse de forma ilustrada, tal como expongo en el Cuadro nº 1. Todo el proceso argumentativo parte de la presentación de los factores de complejidad de los análisis desigualitarios. Uno de ellos es el de la descomposición de la doble naturaleza de los mismos: como idea y como forma. A la luz de esta descomposición, y con el apoyo de algunas de las propuestas teóricas más significativas, se elabora un marco teórico-analítico de corte “constructivista”; lo que permitirá un análisis amplio, abierto y despojado de etnocentrismos y dogmatismos culturales. Dicho marco permite una redefinición conceptual de la igualdad como objetivo de análisis sociológico que, como tal, será un análisis de



la realidad social observada, de las relaciones interpersonales, de la Estructura Social. Ese análisis adopta la denominación de *métrica*, pues tratan de discernir la *proximidad* de una situación real observada a otra hipotética de igualdad o desigualdad *absoluta*.

Cuadro nº 1  
**ESQUEMA ARGUMENTAL**



## 0.4. LÍNEA EXPOSITIVA.

El desarrollo expositivo se estructura en capítulos, de forma que cada uno de ellos contiene una unidad temática dentro de la propia unidad que supone todo el trabajo en su conjunto.

Esta primera introducción no supone una aportación sustancial al tema tratado, aunque sí al desarrollo de la investigación. Con ella he pretendido contextualizar, personal y científicamente, el trabajo desarrollado en su conjunto.

En el *Capítulo Primero*, señalo cuáles son los factores que inciden en la complejidad y dificultad de los análisis sobre desigualdades sociales. En definitiva, se enuncian y explican los diez factores que inciden en tal complejidad, aprovechando para definir conceptos y presentar alternativas que permitan una metodología sociológica, integradora y de carácter globalizador. Entre otras matizaciones, se insiste en la descomposición temática de los análisis desigualitaristas y en el carácter dual de la naturaleza del concepto de igualdad, lo que dará pie al marco teórico que se presenta en el capítulo siguiente.

El *capítulo segundo* está dedicado a la exposición de ese marco teórico. Se trata de *un* marco teórico que permite una reflexión sobre los fundamentos sociológicos de los análisis de las desigualdades y no un desglose exhaustivo de las posibilidades y desarrollos teóricos de esos análisis. Partiendo del hecho *social* de las desigualdades estudiadas, se contextualiza el proceso general de interiorización y exteriorización de los principios éticos, para presentar la igualdad como uno de ellos, en interrelación con otros que configuran el esquema de valores de cada individuo y cada cultura. Entre otros posibles, se ilustran, en concreto, las relaciones con la libertad, la justicia, la eficiencia el bienestar. Un último apartado está dedicada a la formulación de la desigualdad social, desde su componente ético-política, hasta su enunciación sociológica.



En el *capítulo tercero* se recogen algunas de las teorizaciones más relevantes y significativas de la historia del pensamiento social. Se trata de una revisión de la génesis del concepto, comenzando por nuestra herencia filosófica más ancestral, en la Grecia Clásica, pasando por la interpretación cristiana y los planteamientos vigentes en la sociedad europea tradicional, incidiendo en los planteamientos de los filósofos ilustrados, hasta llegar a las posturas de teóricos de diferentes escuelas liberales –como utilitaristas, funcionalistas o liberal-igualitaristas– y socialistas –socialistas utópicos, marxistas y otros social-reformadores–. Contribuciones, todas ellas, que permiten una visión longitudinal de la pluralidad teórica reinante en la interpretación sociológica de los análisis desigualitarios. Expondré los puntos fundamentales de tales concepciones, pero no haré un contraste de si son acordes o no al modelo de sociedad a la cual, habitualmente, pretenden describir y explicar. Los abordo simplemente como ideas, como propuestas analíticas y conceptuales de la igualdad. De esa forma, la igualdad aparece concebida con una doble naturaleza: como idea y como forma, sustantivamente descomponible e instrumentalmente oportuna en mi propuesta analítica. Como idea, la igualdad es un proceso individualmente constructivo, entre los parámetros sociales y estructurales en los que se enmarca.

Si la concepción de la idea de igualdad a lo largo de los momentos más relevantes de nuestra memoria histórica es expuesta desde una perspectiva genealógica y *longitudinal*, en la era contemporánea –en el *capítulo cuarto*–, seguiré una línea argumental y expositiva mucho más centrada en lo *transversal*, en la ilustración de todas las ideas y concepciones sobre la igualdad que conflictivamente coexisten en nuestras sociedades contemporáneas. Para ello, presento un mapa empírico y sociológico de los discursos discernibles en la sociedad española actual; discursos extraídos a partir de una metodología de carácter netamente cualitativo. La concepción individual de la igualdad y sus respectivas reivindicaciones y justificaciones aparecen incluidas en un perímetro cultural, dentro del cual las diferencias internas son manifiestas, pero siempre enmarca-

das entre dichos parámetros. Es posible, por tanto, tipificar los esquemas ideológicos, en torno a los cuales gira la idea de igualdad. Para exponer tal propuesta, he recurrido al análisis empírico de los discursos producidos en la sociedad española contemporánea, por medio de su estudio a base de entrevistas abiertas y estructuradas, tanto de líderes sociales, como de personas sin una clara especialización ni reflexión sobre estos temas. El resultado muestra como es posible catalogar dichos discursos en cuatro grandes grupos, diferenciados entre sí por el papel que en ellos juega el sistema general de valores individuales y, en concreto, la libertad, la justicia, la eficiencia, el orden, el papel de la ley, el bienestar, el equalisandum valorado y la actitud general ante las desigualdades, condicionando la noción personal asumida sobre las desigualdades sociales. De dichos discursos se extrae una síntesis factorial bajo la que se agrupan cuatro modelos igualitaristas: el conservador, el liberal, el socialista y el libertario.

En el *capítulo quinto* se redefine el concepto de desigualdad desde la perspectiva del análisis sociológico. Ante la diversidad de formulaciones y concepciones expuestas en los capítulos precedentes, esta propuesta supone una aportación sustancial y central, en torno a la que giran los objetivos de este trabajo. La definición propuesta es de carácter axiomático y pragmático: se construye a partir de la aceptación de una serie de evidencias, ordenadas y postuladas como condiciones, que persiguen el objetivo de poder llevar a cabo análisis sociológicos de las desigualdades sociales. Uno de los axiomas principales incide en que en toda formulación desigualitaria aparecerán siempre tres elementos que la configuran de forma particular y concreta: el sujeto, la variable evaluativa y la comparación efectuada. Según sean las características de esos elementos, podrá enunciarse una situación susceptible de ser desigualitaria y según sea esa enunciación procederá uno de los siguientes tres métodos analíticos: el de las desigualdades distribucionales, el de las probabilidades de paso diferenciales o el de las dicotomías nominales.

A partir de ahí siguen una serie de capítulos dedicados a precisar cada una de esas tres métricas analíticas. Inicialmente, en el *capítulo sexto*, se precisan una serie de generalidades sobre el sentido de la medida en este tipo de analíticas. El *capítulo séptimo* está dedicado a las desigualdades distribucionales, indicando, en sendos apartados, su definición, sus fórmulas comparativas, los instrumentos de medición y la posibilidad de elaborar leyes teóricas distribucionales sobre las situaciones observadas. Precisamente se insiste sobre este último aspecto, incluyendo un nuevo capítulo —como anexo al anterior—, en el que se describen los procedimientos de cálculo para la estimación de los parámetros característicos de tales distribuciones teóricas; así como una muestra de su funcionamiento para el total de los municipios gallegos y su distribución de la renta declarada (IRPF).

El *capítulo noveno* se centra en la definición, formalización y medición de la formulación de las probabilidades de paso desiguales. Además se incluye un apartado que insiste en la complementariedad de este tipo de metodología con la distribucional expuesta en el capítulo anterior. Esto se expone por medio de dos ejemplos ilustrativos: el análisis de la pobreza y el de las desigualdades de género.

El tercer tipo de formulaciones desigualitarias, las dicotomías nominales, es tratado en el *capítulo décimo*, en el que, análogamente, se definen y formulan estas situaciones desigualitarias, haciendo hincapié en su concepción como cierres sociales por medio de la apropiación diferencial y dicotómica de titularidades, generando formas específicas de exclusión y discriminación social.

Finalmente, el *capítulo onceavo* está dedicado a reflexionar brevemente sobre las tentativas sintetizadoras que pretender resumir, por una o varias variables, simples o complejas, los diferentes tipos de desigualdad que se observan en nuestras sociedades actuales. Especialmente, reflexionando sobre aquellas perspectivas empíricas que vienen avaladas por un transfondo teórico que entiende que existen una serie de desigualdades sociales de carácter estructural, raíz

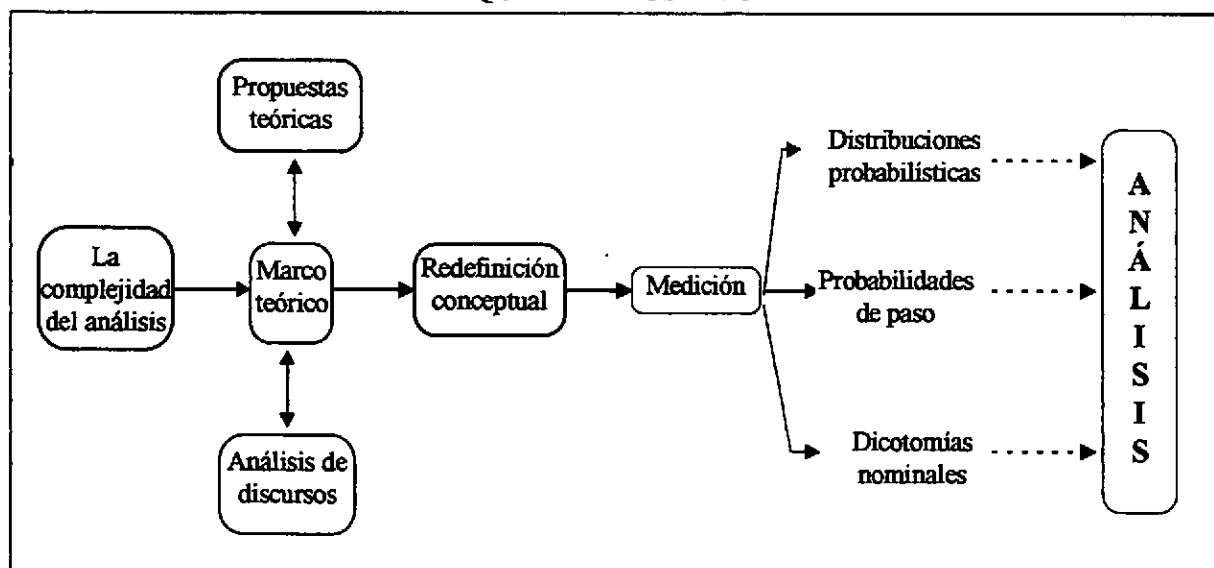


generadora y/o explicativa de otras desigualdades observables. De entre esas síntesis, la construcción de esquemas de clase, por su interés en este momento de desarrollo teórico de la Sociología, ocupará un lugar destacado en la exposición.

El trabajo se cierra con un capítulo dedicado a las *conclusiones*, junto a la obligada referencia a la *bibliografía* manejada a lo largo del desarrollo de esta investigación.

El planteamiento expositivo puede sintetizarse gráficamente en el siguiente esquema (Cuadro nº 2). A partir de la complejidad del análisis se elabora un marco teórico, que se contrasta con las propuestas teóricas más relevantes de la historia del pensamiento social y con el mapa sociológico de los discursos contemporáneos. De ese marco teórico se deriva una redefinición conceptual pragmática, que permite una tipología de medidas para el análisis concreto de la realidad social y de las formas susceptibles de ser consideradas como desigualitarias observables en la misma .

Cuadro nº 2  
**ESQUEMA EXPOSITIVO**



# **1. LA COMPLEJIDAD DEL ANÁLISIS.**

*“Sólo la complejidad puede reducir la complejidad”*

(Luhmann)

## 1.1. NATURALEZA Y FACTORES DE LA COMPLEJIDAD.

Siempre que se comienza una obra sobre el estudio de la (des)igualdad se hace una referencia, a veces amplia, a la complejidad de dicho objeto de estudio<sup>1</sup>. En *Ciencias Sociales* nos hemos habituado a tratar con conceptos caracterizados por una naturaleza de similar problemática, lo que resulta un tanto desalentador.

<<Resulta ya un poco cansino tener que comenzar cualquier reflexión de teoría social y política aludiendo a la significación de los conceptos básicos de que partimos. Es uno de los costes que hemos de pagar por carecer en nuestras disciplinas de un lenguaje formalizado que nos permita gozar de referencias semánticas nítidas e incuestionadas>> (Vallespín, 1995:15).

La noción de desigualdad es enormemente vaga; se emplea excesivamente y con referentes semánticos muy diversos que van de los ámbitos de la ética a las matemáticas, del lenguaje coloquial a la lógica científica. Las desigualdades de carácter social, además, arrastran toda la indefinición de los conceptos sociológicos y, a su vez, todas las imprecisiones características de las ciencias sociales.

Aquí, he considerado conveniente comenzar, no sólo por hacer referencia expresa y detallada de esa complejidad, sino por tratar de ordenar los aspectos que inciden en ello, bajo el objetivo explícito de servirnos instrumentalmente de esos factores, para encontrar un punto de partida clarificador de la noción de igualdad social. Por ello, voy a proceder a enumerar cuáles son, a mi entender, los factores principalmente relevantes que provocan esa complejidad, ordenándolos bajo una serie de epígrafes, para, posteriormente, detallar en que consiste

---

<sup>1</sup> Véase, por ejemplo, Atkinson (1975: 13-16); Bell (1973: 486); Bobbio, (1977: 53); Durán (1994: 61-62); Delaporte (1987); Estruch (1996:15); Germain (1985: 15); Guisán (1982: 49-50); Gutiérrez (1996: 13); Hurst (1992: 1-9); Reyes Mate (1995: 9); Rodríguez-Piñero/Fernández López (1986: 46-50); Runciman (1966: 36); Savater (1993: 19); Sen (1973: 9); Wright, E. O. (1994: IX); entre otros.



cada uno de ellos y qué implicaciones tiene de cara a desentrañar lo sustantivo del análisis sobre las desigualdades.

Los factores incidentes son, al menos, los siguientes:

- La indefinición terminológica y la polisemia conceptual asociada.
- La inabarcable producción literaria que al respecto hemos ido acumulando a lo largo de la historia.
- Los innumerables contextos histórico-culturales en los que se definen problemáticas de desigualdades sociales.
- La magnitud y variedad de temáticas analíticas posibles.
- La aproximación multidisciplinar requerida para su análisis.
- Las diferencias metodológicas y sustantivas existentes al formular o enunciar las desigualdades.
- La multiplicidad de ámbitos sociales susceptibles de ser desigualitarios.
- Imprecisión de la Sociología de las Desigualdades.
- Las connotaciones político-morales que encierra.
- La dual naturaleza de la igualdad: como idea y como forma.

Estos factores no son los únicos y exclusivos que conforman la complejidad conceptual del análisis de las desigualdades sociales, pero si bosquejan el esquema de los más importantes. El orden en que se han expuesto no es arbitrario, sino que va a permitirnos una comprensión gradual de la situación actual de la teoría de las desigualdades. Otros factores, como la falta de una ubicación disciplinar más concreta, el propio carácter *social* de las desigualdades, la falta de corpus teórico-científico en los discernimientos éticos<sup>2</sup>, la antiética de mu-

---

<sup>2</sup> En concreto, las relaciones de la política económica con la ética y la Filosofía Moral, planteadas por muchos autores, especialmente los filósofos griegos (Aristóteles) y los liberalistas del siglo XIX (William Petty, Leon Walras, Adam Smith) y otros muchos desde

chos indicadores igualitaristas, etc., que también se mencionan como propiciadores de la falta de claridad del debate sobre la igualdad en la actualidad, serían, prácticamente, otra manera de enfocar los ya mencionados. Veamos, pues, cada uno de ellos por separado.

## 1.2. INDEFINICIÓN TERMINOLÓGICA.

Etimológicamente, el término español *igualdad* procede del Latín *aequalitas*, *-atis*. Con esa raíz ha pasado a las lenguas de nuestro entorno<sup>3</sup>. El prefijo *des*<sup>4</sup>, de la palabra *desigualdad*, indicará “carencia o ausencia de igualdad”. Ambos términos pueden considerarse, pues, *antónimos*, o sea, *palabras que expresan ideas opuestas*. Ambas deben de considerarse conjunta y complementariamente desde una perspectiva etimológica *dicotómicamente relativa*: si algo es igual, no puede ser desigual a la vez, y a la inversa; pero, con frecuencia, observamos situaciones sociales que no son ni igualitarias totalmente, ni desiguales por completo, sino que se sitúan en algún punto intermedio entre esos dos extremos conceptuales en los que intentamos, sirviéndonos siempre de medidas, aunque sean cualitativas, acercarnos o referirnos a alguno de esos dos polos.

Poca ayuda nos proporciona la definición semántica de la Real Academia de la Lengua Española del término desigualdad, al que define como <<calidad de desigual>> y desigual era lo <<que no es igual>><sup>5</sup>. Resulta algo más explícita al definir su antónimo igualdad, del que aparecen varios usos: uno

---

otras tantas posiciones (Marx); aunque es también uno de los temas reincidentes de Amartya Sen y la que dedica una de sus obras más importantes (Sen, 1987).

<sup>3</sup> En Francés *Égalité*, en Inglés *Equality*, en Gallego y Portugués, *Igualdade*, en Italiano *Uguaglianza*. En otras lenguas procede de raíces diferentes, así en alemán *Gleichheit*,

<sup>4</sup> En otras lenguas de origen latino, como en Inglés y Francés, el prefijo es *In*; así: *Inequality* e *Inégalité*, respectivamente; en Alemán el prefijo es *Un*, de *Ungleichheit* y en Italiano *Dis*, de *Disuguaglianza*. Otros prefijos, como *equi-*, *homo-* o *iso-*, indican de alguna manera la existencia de igualdad, y sus antónimos, desigualdad

<sup>5</sup> REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (1992): *Diccionario de la Lengua Española*, Espasa Calpe, 21ª edición, 1994

genérico, que lo entiende como <<conformidad de una cosa con otra en naturaleza, forma, calidad o cantidad>>; y otro, referido al plano jurídico, que la entiende como un <<principio que reconoce a todos los ciudadanos capacidad para los mismo derechos>><sup>6</sup>.

En el Diccionario de Autoridades, –un diccionario de términos conceptuales sobre usos escritos y recogidos en el primer tercio del siglo XVIII–, menciona varias entradas de desigualdad: como exceso de algo, como variedad, inconsistencia, distinción, agravio o injusticia, falta de homogeneidad, falta de equilibrio<sup>7</sup>.

Esa indefinición semántica es similar en todas las lenguas de nuestro entorno<sup>8</sup>, pero no en todas las lenguas conocidas. En el Griego Clásico, existía la raíz *ισο* (iso) que hace referencia a la igualdad. Así *ισο-διοδαιτος*, se refiere a que vive de igual modo o con el mismo género de vida que alguien; *ισο-θεω* se refería a la igualdad con los dioses; *ισο-κινδυος*, se empleaba para referirse a la igualdad ante los peligros, *ισο-κρατης*, era la igualdad de fuerza, *ισο-ψηφος*, con el mismo derecho de voto o con el mismo valor de voto, etc. Pero quizá la acepción más general sea la de *ισονομια* (leamos isonomía), que hace referencia a la igualdad de derechos, igualdad política y/o repartición por igual<sup>9</sup>. Esa variedad terminológica para referentes semánticos distintos refleja una indefinición mucho menor en el Griego Clásico. En latín, quizá menos interesados por la igualdad, no existe tal variedad y bajo ese étimo se incluyen toda una amplia gama de referentes semánticos.

---

<sup>6</sup> *Ibidem* (Real Academia de la Lengua Española).

<sup>7</sup> REAL ACADEMIA (1732): *Diccionario de Autoridades*, editorial Gredos, Madrid, 3 tomos, 1990. Cit. pp. 186-187 (t. 3º)

<sup>8</sup> En Germain, 1985 podemos encontrar una referencia a la aparición del término en la lengua francesa. El autor dirá que se emplea raramente hasta el siglo XVI y será a partir de entonces cuando se producirán las variantes etimológicas a partir de la raíz “igualarse a” (Germain, 1985:15)

<sup>9</sup> Entre otros, pueden consultarse los diccionarios de José M. Pabón S. de Urbina (Bibliograf S.A., Barcelona, 1970), o el de María Moliner (Editorial Gredos, 1992).



Con nuestro origen lingüístico latino, hemos heredado la indefinición terminológica. Actualmente, en los diccionarios más completos<sup>10</sup>, se recoge una amplia gama de significados en función de la multiplicidad de referentes en los que puede ser utilizado. Se habla así de su significado asociado de *diferencia* (desigualdad de dos alturas, de dos partes), *disparidad* (desigualdad entre la oferta y la demanda), *desequilibrio* (desigualdad de las estructuras de edades, situaciones de diglosia lingüística), *desproporción* (desigualdad entre las diferencias de competencias de las administraciones de un país), *distancia* (desigualdades comparativas en dos o más niveles), *irregularidad* (desigualdad de una superficie, de un terreno –que no es liso ni llano–), *variaciones* (desigualdades en la voz, clima desigual), *etc.*<sup>11</sup> (Mate, 1995:9; Vallespín, 1995:15)

En suma, una multiplicidad de acepciones terminológicas que han ido asociándose al término desigualdad, configurándolo como básicamente *indeterminado* (Bobbio, 1977:53). Significados diferentes, aunque con un substrato conceptual común, que se aplicarán, además, en ámbitos científicos claramente diferenciables, dando lugar a una manifiesta *polisemia* conceptual. El sentido polisémico se debe, por un lado, a la amplia variedad de contextos y situaciones en los que se ha empleado el mismo concepto. La indefinición terminológica de las lenguas latinas, entre otras, había incluido el concepto de desigualdad entre un excesivo número de situaciones, contrariamente a lo que sucedía con el griego, que empleaba términos diferentes para cada situación.

---

<sup>10</sup> He consultado no sólo diccionarios de Lengua Española, sino también de otras lenguas, como: *Le petit Robert. Dictionnaire de la Langue Française* (Ed. Le Robert, París, 1992); *Diccionario Normativo Galego-Castelán* (Editorial Galaxia, Vigo, 1988); *Webster's New Encyclopedic Dictionary* (BD & L, New York, 1993); *Collins COBUILD English language Dictionary* (Collins Publishers & The University of Birmingham, London, 1987); *Encyclopedic Dictionary of Technical Terms* (McGraw-Hill, 1989).

<sup>11</sup> Más alejados del contenido de mi objeto de estudio, existen en Español algunos usos de término "igual" que forman parte de las *expresiones hechas* de un idioma, así: "*belleza sin igual*", un "*me da igual*" o "*igual viene mañana como el Lunes*". Son expresiones etimológicamente emparentadas con la igualdad pero que deben ser consideradas simplemente como lo que son: *expresiones hechas*.

A pesar de ello, existen opiniones que afirman que el concepto *Desigualdad* no ofrece ningún tipo de dudas<sup>12</sup>, como la del alemán Kaelble, quien afirma:

<<No existe ninguna controversia sobre el significado de la "desigualdad social". Se acepta comúnmente que tiene un significado mucho más restringido que la desigualdad general que existe entre las personas. No se refiere a las diferencias generadas por el clima o la geografía, ni a la diferencia puramente biológica de las aptitudes, del sexo, la edad o el aspecto físico externo, aunque en la práctica sea tan difícil como controvertido hacer una diferenciación exacta entre desigualdad biológica y desigualdad social... Los científicos sociales que plantean su objeto de estudio desde un punto de vista histórico emplean el término "desigualdad social" en un sentido mucho más restringido de lo que es común en el lenguaje cotidiano. Se ha generalizado la utilización del término como referido específicamente a la distribución de bienes y servicios escasos (materiales e inmateriales) en el seno de una sociedad>> (Kaelble, 1983: 23).

Sin embargo, es preciso cuestionar tal afirmación y salvo excepciones como la mencionada<sup>13</sup>, puede afirmarse que la caracterización problemática y polisémica del concepto es, prácticamente, unánime entre la totalidad de científicos sociales que se han aproximado al tema. Incluso una detenida lectura de Kaelble, tanto del párrafo anterior como del conjunto de sus obras, nos llevaría a incluirlo en este segundo grupo.

Son muchos los ejemplos que se podrían mencionar de científicos que llegan a esta misma conclusión, de indefinición y polisemia. Westen (1990: 21) califica el concepto de igualdad como <<una idea vacía>> y <<una forma vacía sin contenido esencial en sí misma>>. Francisco J. Laporta insiste en <<la extrema variedad de los contextos y situaciones en que esos principios pueden ser aplicables, sus complejas relaciones con otros principios y normas y su vaguedad innata suelen hacer de ellos algo parecido a lo que se ha llamado "conceptos

---

<sup>12</sup> Y a pesar de ser conscientes de la crítica que Nisbet (1975:14) hace del abuso de la teorización sobre la precisión conceptual, por lo poco que redunda en el progreso de las ciencias sociales y en el desarrollo profesional de la Sociología.

<sup>13</sup> En este sentido puede incluirse en ocasiones a Douglas Rae, quien afirma que la idea de igualdad rebosa de contenido de la misma manera o más que las de orden, eficacia o libertad. (Rae, 1981: 151).

esencialmente controvertidos". Lo más que se puede hacer con tales conceptos en materia de *delimitación* es presentar algunos de los problemas o tipos de problemas que generan esas controversias>> (Laporta, 1994:65). Amelia Varcárcel (1994:1-15), se refiere a la dificultad de conceptualización de la igualdad a partir de que ésta es una *suposición*. <<Es la suposición por excelencia para que la moral sea posible>>(Opus cit., 1). Lo es en tanto cosa inexistente *de facto*, así como por el hecho de que <<el mundo que brota de pensarla es distinto del que existiría si no entrara en el mundo de lo sabido y deseable>> (Ibid.). Douglas Rae se pregunta casi al principio de su obra *Equalities*: <<¿Es la igualdad el nombre de un programa coherente o es el nombre de un sistema de proclamas mutuamente antagónicas sobre la sociedad y el gobierno?>> (Rae, 1981: 2). Pierre Chaunu se refiere a la polisemia en el sentido de que la idea de igualdad sirve ambivalentemente para expresar algo y para corregir una situación observada. Para <<expresar la evolución de una sociedad asimétrica, poco plástica, centrada sobre la sucesión lineal, hacia una sociedad simétrica con desviaciones sociales considerables, pero más plástica, centrada menos en la comunidad que en el individuo>> (Chaunu, 1987: 11).

El significado del término desigualdad depende del ámbito de referencia en el que se aplique. En relación con los diferentes ámbitos semánticos atribuíbles a este término, aparece siempre un antónimo que ayuda a entender el matiz que queremos dar a su significado. Dicho en palabras de Minc: depende de la *rima* que intentamos con la igualdad (Minc, 1987:7).

En el mismo sentido se expresa Amelia Valcárcel para quien la dificultad conceptual de la desigualdad se debe a la multiplicidad de referentes semánticos que lleva asociados. En este sentido, esta autora se expresa con los siguientes ejemplos:

<<El fuste del concepto de igualdad depende de aquellos con los que se haga coincidir. Si oponemos por ejemplo igualdad a diferencia esto inaugura un tipo de discurso, si oponemos igualdad a identi-

dad otro, si oponemos igualdad a desigualdad otro>> (Valcárcel, 1994:1)<sup>14</sup>.

Si oponemos desigualdad a identidad, solemos hacerlo en un ámbito matemático. Si asimilamos desigualdad con diferenciaciones, remitimos el concepto a su uso en un ámbito físico-material. Cuando oponemos desigualdad a concentración nos situamos en la distribución de bienes materiales entre una población (ámbito económico), etc. Se trata, pues, de un concepto *indéxico* (Durán, 1996: 30), que dependerá siempre de un determinado —y, a veces, sobrentendido—, ámbito referencial.

En el cuadro siguiente he querido ilustrar, a modo de ejemplo, la posibilidad de enumerar conceptos que pueden emplearse como sinónimos de igualdad.

---

<sup>14</sup> En otro momento dirá: <<El problema de la igualdad o de su restricción es que sus parámetros son y serán siempre ilimitados. Pueden ser los bienes, pero los bienes son múltiples, pueden ser las condiciones para su obtención que siempre son variables, puede ser siempre en último término la equipolencia que es en ella misma un límite, porque los individuos son diversos y divergentes en lo que quieren ser y quién quieren ser>> (Valcárcel, 1992: 4).



Cuadro nº 3

**100 EJEMPLOS DE SENTIDOS POLISÉMICOS DE LA IGUALDAD**

Armonía	Élites	Opresión
Asimetrías	Equidad	Paralelo
Aspiraciones	Equidistribución	Paridad
Autonomía	Equifonía	Penuria
Bien elemental	Equipolencia	Pluralidad
Bien Primario	Equipotencia	Pobreza
Bienestar	Equivalencia	Poder
Capacidades	Esclavitud	Polarización
Carencias	Estamentos	Posesiones.
Castas	Estratos Sociales	Posibilidades
Ciudadanía	Exclusión	Potencialidades.
Clases Sociales	Explotación.	Prestigio
Comparaciones	Fraternidad	Privaciones
Compensación	Funcionamiento	Probabilidad
Concentración	Heterogeneidad	Raza
Contrastes	Homogeneidad	Recompensas
Dependencia	Identidad	Recursos
Derechos	Igualitarismo	Regularidad
Desarrollo	Independencia	Renta
Desequilibrio	Irregularidad	Resultados
Desproporción	Isegoria	Riqueza
Deficiencias	Isomorfismo	Similar
Diferenciación	Isonomía	Sinónimo
Discapacidades	Jerarquías	Solidaridad
Discriminación	Justicia	Status
Disparidad	Legalidad	Talento natural
Dispersión	Libertad	Titularidades
Distancia	Libertarios	Uniformidad
Distinto	Logros	Unívoco
Distribución	Marginación	Utilidad.
Diversidad	Movilidad Social	Valoración
Divisiones	Necesidades	Variaciones
Dotes naturales	Oportunidades	Ventajas
Elección		

La sociología puede, y debe, trabajar en una línea de definición del concepto de desigualdad, pues su indeterminación es, actualmente, clamorosa. Cualquier propuesta reconceptualizadora deberá superar la polisemia que caracteriza a estos análisis, producida por la enorme cantidad de situaciones, ámbitos, contextos y formulaciones que son asociables a ellos. En ese sentido, aquí se expone —se expondrá en el capítulo 5º—, una redefinición alternativa, que supera esta supuesta complejidad.

### 1.3. MAGNITUD DE LA PRODUCCIÓN LITERARIA AL RESPECTO.

En 1996, la *Revista española de Investigaciones Sociológicas* (REIS) ha dedicado un número monográfico al tema de las desigualdades sociales (nº 75). La selección de los artículos allí recogidos recayó en el profesor Rodolfo Gutiérrez. Éste no duda en señalar que <<la desigualdad social ha sido, y sigue siendo, el objeto de atención más recurrente de la sociología>> (Gutiérrez, 1996:11). El tema de las desigualdades ha sido un *referente* permanente de estudio y preocupación a lo largo de toda la historia de la humanidad. De ello existen abundantes ejemplos extraíbles de la literatura social que a lo largo de los tiempos, y desde una infinidad de culturas, han llegado hasta nuestros días. *La producción literaria existente es de tal magnitud que resulta materialmente inabarcable en su totalidad en un trabajo como el que me propongo aquí.* La existencia de esa infinidad de referentes literarios refleja por sí misma la histórica preocupación con respecto al tema en cuestión. Interés reiterado que incide en que sea difícil, por no decir imposible, incorporar a mi objeto de estudio todas las manifestaciones, opiniones y referencias que históricamente se han hecho. Además, incide en la complejidad de estudio también la imposibilidad material de abarcar la producción literaria, la dispersión temática de la misma, la falta de centralidad del tema desigualitario en obras que implícitamente no hacen más que constantes y permanentes referencias a ella, etc.

Entre la ingente diversidad de contenidos literarios referentes a las desigualdades en diferentes contextos espaciales, sociales y temporales, podemos mencionar, a modo de ejemplo, los siguientes: a) Aristóteles y Platón, en la Grecia Clásica, con la polémica sobre el carácter natural o antinatural de la esclavitud; b) El debate sobre la justicia de los sistemas sociales de los socialistas utópicos; c) Las manifestaciones a favor o en contra del orden estamental vigente en la sociedad feudal desde los cátaros y pátaros, pasando por anabaptistas y husitas, hasta los postfeudales “diggers” y “levellers”, de la época de Cronwell –

partidarios los primeros de igualdad civil y política y los segundos del libre acceso a la tierra—; *d*) El debate sobre clases sociales y estratificación social, a partir de la institucionalización de la sociología y de la instauración de las sociedades industriales; *e*) La lucha por los derechos de la población negra, especialmente en América; *f*) La lucha por la igualdad y la liberación de la mujer, que desde el siglo XIX, principalmente, ha continuado hasta nuestros días, ampliándose el debate hacia nuevos temas, como la desigual retribución salarial, las desigualdades de trato o la discriminación laboral y doble ocupación de la mujer fuera y dentro del hogar; *g*) El estudio de los factores motivadores de herencia ocupacional —inter o intrageneracional— o de, en su caso, movilidad social (ascendente o descendente); *h*) El debate político internacional sobre el imperialismo, los nacionalismos y la capacidad de desarrollo y despegue económico de los países del tercer mundo; *i*) El análisis y debate, en economía política, sobre la equidistribución de las rentas; *j*) La polémica política: “liberalismo *versus* solidaridad socialista”; etcétera.

Quizá estaríamos hablando de varios cientos de miles de obras de ensayo, reflexión y análisis que, sobre este tema, podríamos localizar en las bibliotecas del mundo<sup>15</sup>. La proliferación de trabajos que hacen referencia al tema no ha contribuido a solucionar los problemas conceptuales de la desigualdad (aunque si a profundizar en su conocimiento, tanto teórico como empírico) sino que se ha producido una importante diversificación temática, disciplinar e, incluso, ha

---

<sup>15</sup> Amartya Sen menciona más de 600 obras al referirse a la ética de la igualdad (Sen, 1987), Kaelble hace referencia a 400 obras sobre la movilidad social en los siglos XIX y principios del XX y a otras 100 sobre industrialización y desigualdad social en el mismo período (Kaelble, 1983). Kerbo menciona más de 500 en su análisis del sistema de estratificación social americano (Kerbo, 1983). Rosemary Crompton menciona más de 300 obras en su obra sobre el debate contemporáneo sobre las Clases Sociales (Crompton, 1993). Atkinson menciona más de 400 sobre economía de la desigualdad (Atkinson, 1978). Alejandro Estruch menciona más de 300 en su estudio de la incidencia de los Gastos Sociales en la reducción de las desigualdades en España (Estruch, 1996). Charles E. Hurst se refiere a más de 650 obras sobre las desigualdades en general (Hurst, 1992). Jesús de Miguel menciona más de 400 obras de referencia para estudiar las desigualdades sociales en España a lo largo del último medio siglo (Miguel, J. M. de, 1996:86-108)

generado cierto “hartazgo”<sup>16</sup> científico al respecto. Ha sido una vasta producción literaria de gran riqueza descriptiva pero incapaz de generar un marco teórico asumido por la comunidad científica. En ocasiones, como señala Douglas Rae (1981: 2-3 y 131), buena parte del bagaje literario sobre este tema, se limita a toda una serie de proclamas sobre la sociedad y su gobierno, pero con un deficiente sustento analítico.

Un ejemplo interesante sobre el tratamiento de esa ingente producción literaria respecto a las desigualdades, me la sugirió un trabajo de un historiador francés contemporáneo: André Delaporte. Este autor llevó a cabo un exhaustivo estudio —su tesis doctoral— sobre desigualdades sociales. Sin embargo, frente a la pretenciosidad que supone mi enfoque, él lo acota con precisión en unas coordenadas mucho más limitadas: temporalmente se refiere al siglo XVIII; espacialmente considera un único país: Francia; y, analíticamente, se hace eco de un solo objeto de estudio desigualitario: el concepto. A pesar de ello, en las primeras líneas de la *Introducción* de su publicación (Delaporte, 1987), se queja de la inmensidad de obras que es preciso revisar y que, aún con las más de 400 mencionadas (obras escritas en el siglo XVIII en Francia en torno a ese tema), reconoce que ha optado por la discriminación y limitación bibliográfica, argumentándolo de tres formas: por la dificultad material y temporal para conseguir muchas de las obras de referencia (frecuentemente descatalogadas, repartidas por múltiples bibliotecas, etc.), además, no se consigue exhaustividad en nada pretendiendo abarcarlo todo y, finalmente, argumenta que referirse a un excesivo número de referencias aboca al riesgo de “*voir les arbres et cacher la forêt*”. (*Opus cit.*: p. 2).

Es fácil convenir con Delaporte que es preferible acotar el estudio de las desigualdades en algún momento histórico concreto, o en determinados ámbitos analíticos (desigualdades de renta, desigualdades frente a la educación, herencia

---

<sup>16</sup> Tal como lo califica Kaelble en su repaso a las desigualdades de los siglos XIX y XX (Kaelble, 1983: 22). Afirmaciones similares se encuentran en: Mate (1995:9) o Vallespín (1995:15).



ocupacional, etc.) o referirse, concretamente, a las desigualdades en un entorno geográfico y poblacional bien delimitado (Galicia, la ciudad de Santiago de Compostela, etc.). Efectivamente, todo eso facilitaría el trabajo. Sería una opción realista, humilde y no por ello empobrecedora. Sin embargo, una cuestión carcome las entrañas de mi curiosidad: ¿Qué hay de común en el concepto de desigualdad en todos esos diferentes contextos; en todos esos referentes literarios?. Efectivamente, no es posible abarcarlos en su totalidad, ni en su mayor parte; pero de alguna forma es justificable mantener un enfoque global, integrador, multidisciplinar, histórico y multicultural. Los argumentos para defender esto último podrían ser numerosos pero me parece suficiente la justificación de que este es el objetivo inicial de este tesis y, por ello, no tengo más remedio que hacer frente a las deficiencias documentales y literarias que, reconozco, enriquecerían sustancialmente este estudio. Esa pretensión integradora conlleva la necesidad de un enfoque multidisciplinar, ya que eso va a permitir una reconceptualización analítica con una aportación rica y distintiva. De esta forma, el volumen de obras literarias aparece multiplicado por, precisamente, esa necesaria revisión integradora de las diferentes aportaciones disciplinares, sobre las que es preciso un estudio de naturaleza hermenéutica e interpretativa, especialmente difícil en el contexto de todo el conjunto de factores que contribuyen a redondear la complejidad del concepto *desigualdad* (polisémico, indeterminado, pluridisciplinar, pluriambiental, históricamente y culturalmente variable, multianalítico y de naturaleza político-moral).

## **1.4. MULTIPLICIDAD DE CONTEXTOS HISTÓRICO-CULTURALES.**

### **1.4.1. La comprensión y estudio contextualizado.**

La formulación de una situación desigualitaria se refiere e inserta siempre en un determinado contexto histórico-cultural. La comprensión del papel

que debe desempeñar el estudio de las desigualdades pasa por entender claramente que sólo es posible concebirlas en *cada* marco sociocultural concreto en el que se convierten en demandas político-morales<sup>17</sup>.

<<El concepto de igualdad *no* puede ser comprendido ni entendido en un sentido *absoluto*, sino que es un concepto que debe ser considerado desde una perspectiva *histórica*, pues su contenido y significado están estrechamente vinculados al momento histórico. La *relatividad* del concepto se deriva también de su diversidad en relación con sus manifestaciones, en particular respecto a la materia a tratar. Por ello ni es viable un concepto de igualdad al margen del contexto histórico en que se aplique, ni sus matices son exactamente idénticos según la materia que se trate>> (Rodríguez Piñero /Fernández López, 1986:46)

La variedad de demandas igualitaristas y de argumentaciones justificativas de la desigualdad han sido históricamente muchas y variadas y de ello ha quedado constancia en la herencia literaria disponible. Aparecen en algunos textos de los primitivos profetas hebreos, en las *Leyes de Manú* y en otros textos básicos del Hinduismo, en las argumentaciones sociopolíticas de Platón y Aristóteles, entre la interpretación jeroglífica de los imperios asirio y egipcio, en la filosofía china (como en la de Hsum Tse justificando las clases o en Tao criticándolas), en Cicerón y Séneca durante el imperio romano, en la configuración de la república cristiana de San Agustín, en los autores *cuasi-anónimos* del medioevo criticando diferentes aspectos de la sociedad estamental y en otros que nada tienen de anónimos (como Dante, Santo Tomás o Juan de París), en los grandes teóricos del Estado Moderno (especialmente Maquiavelo), en los socialistas utópicos, la ilustración, etc. Cada sociedad genera un debate inserto en su propio contexto político-cultural, en su modo de legitimación y dominación, de forma que se hace prácticamente imposible comparar el debate sobre la esclavitud entre los filósofos de la Grecia Clásica con el mantenido por los políticos li-

---

<sup>17</sup> La insistencia en el historicismo analítico de las desigualdades es patente, entre otros, en Bobbio (1990:17-18), Dahrendorf (1968:152 y ss.), Walzer (1983), Valcárcel (1993:20); Vallespín (1995); San Román (1995: 139); Sen (1973:14 y 18); T. S. Temkin (1995:73-75) Rodríguez Piñero *et al.* (1986:46); Pérez Luño (1981:258); Savater (1993); Fallers (1973:5); J. de Miguel (1996).

berales del siglo XVIII en América del Norte. De la misma manera es muy difícil establecer comparaciones generales entre la sociedad de castas hindú y la sociedad capitalista contemporánea.

Resulta claramente asumible, a la vista de lo expuesto, que no es posible caer en el error de ceñir el debate igualitarista exclusivamente a un contexto *post-ilustrado*, tal como se indica en le texto siguiente:

<<El concepto *igualitario* aparece [...] como una obra relativamente tardía en el hombre... Si bien determinadas desigualdades han suscitado reacciones durante largo tiempo, y si el cristianismo afirma la igual dignidad de todos los hombres, no es hasta época reciente cuando se ha generalizado la noción de injusticia de las desigualdades. Tampoco es menos cierto que esta noción se ha extendido de forma irresistible y que la igualdad de oportunidades es una regla esencial de la moral social del mundo moderno>> (Laroque, 1971:33).

El ejemplo lo hemos tomado de Pierre Laroque, pero sería igualmente discernible en Bendix (1964:14), aunque referido a la aparición de los Estados Modernos y el desarrollo de la idea de ciudadanía, como si ésta no fuese claramente perceptible en las culturas griegas y romanas, además de estar presente, aunque con otro referente territorial, en la concepción Feudal de los derechos del pueblo (Pernaud, 1977). Tampoco es más lógico ubicar el nacimiento de la idea de igualdad en la antigua Grecia, como hace, por ejemplo, Savater (1993), ya que existen ejemplos, como el caso de los isleños de *Adamáns* (Radcliffe Brown, 1922) o los *kiyuyu* (Midleton y Kershaw, 1965)<sup>18</sup>, que muestran ejemplos antropológicos de organizaciones tribales con una estructura extremadamente igualitaria, para lo que estamos acostumbrados a descubrir en nuestra propia historia. Los propios Locke, Hobbes, Rousseau y los demás ilustrados en general, mantienen una postura similar, de nacimiento de la idea de igualdad en un momento dado de la historia, normalmente tras la caída de *Antiguo Régimen*, excepción hecha de la Atenas clásica.

---

<sup>18</sup> Middleton/Kershaw: *The Kiyuyu and Kamba of Kenia*, International African Institute, Ethnographic Survey of Africa series, 1965.

La complejidad, pues, es producto de la multiplicidad –casi infinitud–, de contextos históricos que es posible considerar. Cada contexto histórico mantiene una determinada forma real y observable de igualdad(es) social(es) y, en segundo lugar, crea una forma diferente, particular y específica de la noción de igualdad. El resultado es una multiplicidad de formas de organización social a las que son asociables otras tantas múltiples formas de desigualdad y, subsidiariamente, una multiplicidad de conceptos diferentes de igualdad, que dan como resultado múltiples y diferentes formas de reivindicación ético-políticas de la igualdad<sup>19</sup>.

Tal diversidad de contextos hace imprescindible el recurso al *plural*, de desigualdades, si tratamos de hacer una presentación *longitudinal* e histórica de la igualdad en diferentes culturas; también será preciso hablar de ideas sobre la (des)igualdad en un análisis *transversal* de la misma, en un sociedad y período concreto, pues sus componentes sancionadores y reivindicativos variarán de unos individuos a otros: la posición social, la cultura, la religión, la ideología política, el origen social, las expectativas de vida, etc., entre otros múltiples aspectos, estarán influyendo en su configuración para cada individuo.

---

<sup>19</sup> La *cultura* de cada sociedad marca los parámetros en los que la igualdad se vuelve polémica reivindicativa, idea consciente, derecho reconocido, etc. Así, por ejemplo, el debate sobre el origen del poder divino de los Reyes ha pasado a un segundo plano de nuestras sociedades occidentales, lo mismo que ya no supone un motivo de conflicto ideológico socialmente relevante la idea de la abolición de la esclavitud. Los parámetros en torno a los que se desenvuelve la idea contemporánea de la igualdad son otros y pueden diferenciarse de algunos de los que históricamente han caracterizado determinados momentos y situaciones. Sin embargo, cabría citar muchos ejemplos en que nuestra sociedad no se plantea, al menos no son reivindicaciones parlamentarias, ni objeto de investigaciones sociológicas. En las actuales sociedades gandhianas (Comunidades del Arca) cada individuo tiene que desempeñar todos los trabajos a lo largo de su vida, pues el simple hecho de desempeñar un oficio se considera una desigualdad social. En la Grecia Ateniense muchos cargos públicos se repartían por sorteo, al azar, entre los ciudadanos, bajo la creencia de que era el sistema más igualitario. En la Escuela de Summerhill [NEILL, A. S. (1960): *Summerhill*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1982] se permitía que, en los exámenes, un alumno copiara por otro, pues la adquisición de conocimientos desiguales era cuestionada; Jesucristo, en la parábola de la viña, cuenta como al final de una jornada paga la misma cantidad a las personas que llevaban trabajando todo el día que a los que llegaron a última hora, ....¿Acaso no son, todos estos, ejemplos posibles de susceptibles reivindicaciones igualitarias?



El análisis histórico revelará una génesis del concepto de igualdad y, sin embargo, el análisis transversal, amplio y atento, en cada sociedad y cultura determinada, permitirá comprobar como las ideas individuales de cada persona, oscilan mayoritariamente en un intervalo o abanico de posibilidades claramente delimitable y conceptualmente diferenciable de la idea de igualdad en otras culturas, sociedades o momentos históricos. En ese sentido, es posible hablar de igualdad en singular, en base a un vocacional ejercicio de *generalización* característico de las Ciencias Sociales.

En definitiva, es precisa una mayor dosis de relativismo antropológico y despojarnos del etnocentrismo de nuestra concepción del igualitarismo —en la línea de las consideraciones ejemplificadas en la apreciación de Laroque—, entendiéndolo como una demanda política inserta en el sistema de valores de cada cultura y sociedad. Es preciso enmarcarlo entre los diferentes y característicos sistemas de legitimación y sanción ideológica vigentes en cada sociedad; cada una de ellas, como veremos, mantiene pautas reivindicativas particulares que, en ocasiones, se verán relegadas a una vida posterior, pero donde la idea igualitarista está claramente presente.

<<La aspiración a la igualdad es tan antigua como su restricción. Cada época pudo sentirla con mayor o menor virulencia, ha podido utilizar diversas retóricas, ha podido incluso darla por hecha. Pero el problema de la igualdad o de su restricción permanece siempre abierto porque sus parámetros son y serán siempre ilimitados>>  
(Valcárcel, 1993:20).

La desigualdad opera a varios niveles simultáneamente: las sociedades tienen una igualdad *intergrupos* y una igualdad *intragrupos*<sup>20</sup>. Los grupos aparecen definidos y delimitados en la propia cultura y estructura social, etiquetados en una identidad social muy concreta y analíticamente bien perceptible. Cada

---

<sup>20</sup> Así, en los regímenes monárquicos sólo uno decidía sobre cuestiones de gobierno; el poder estaba muy concentrado y son muchos los desposeídos del mismo, pero, que duda cabe que, entre los desposeídos, la igualdad es prácticamente total: todos tienen exactamente la misma ausencia de poder. En los gobiernos aristocráticos existía un grupo restringido de personas que gozaban de poder y entre ellos había, o podía haber, mucha igualdad; frente a ellos, una masa desposeída tenía otra vez una enorme igualdad de carencia, de todo tipo, de poder.

individuo se adscribe, o lo adscriben, a múltiples identidades, a los que se asocia una referencia cultural grupal. Entre grupos hay, o puede haber, desigualdades, de la misma forma que puede haber desigualdades internas dentro del grupo<sup>21</sup>. Esa diferenciación metodológica posibilita la introducción conceptual de la igualdad restrictiva o de la *igualdad condicionada* (San Román, 1995:139) que postula la introducción terminológica de los *referentes espacio-temporales* a los que se refiere la igualdad, en un supuesto contexto más universalizador de difusión del género humano en una única identidad final.

Las coordenadas espacio-temporales exigen una doble matización que permita distinguir, alternativa y simultáneamente los análisis *intra-inter* y los análisis *longitudinales* frente a los *transversales*. Las cuatro posibilidades son factibles siempre y cuando tengamos en cuenta las limitaciones de cada una. Es posible referirse a cada una de esas categorías, distinguiendo dos a dos las dicotomías señaladas, con las consiguientes perspectivas metodológicas requeridas:

- a) La necesidad de acometer una diferenciación longitudinal frente a otra transversal de la construcción social de las desigualdades.
- b) La conveniencia de distinguir entre desigualdades *intra*, como las referidas a una sociedad espaciotemporal definida, frente a las desigualdades *inter*, entre sociedades de coordenadas espaciotemporales diferentes.

La *historia de las ideas*, en general, y de la noción de igualdad, en particular, muestran, simultáneamente, aspectos mutantes y referencias permanentes,

---

<sup>21</sup> Es decir, en nuestras sociedades concretas se crea la etiqueta-identidad de abogados y de médicos: puede que sus retribuciones sean diferentes –lo que sería más evidente si considerase las etiquetas profesionales de médicos y peones agrarios– y, además, puede que existan diferencias salariales internas respectivamente entre los colectivos de médicos y de abogados. Las desigualdades aparecen definidas en un entorno humano delimitado. Los otros, los de fuera de ese contorno, no son comparables internamente. Hablamos de igualdad entre los ciudadanos de un determinado territorio, pero excluimos a los ciudadanos de otros territorios. Nuestro grupo de referencia, *intra*, son los isónomos. Con ellos establecemos comparaciones igualitarias *intra*. Fuera, sin embargo, nada impide, y de hecho existe la reivindicación igualitaria, con cualquier otro grupo: la igualdad *inter*.

en distintos períodos y acontecimientos. La *idea* de igualdad aparece *interiorizada* en la cultura de nuestras sociedades y deviene obra de reflexión teórica del pensamiento humano. Interiorización aparentemente diversa y constatablemente divergente, resuelta en múltiples conceptualizaciones, pero resultado de una misma polémica centrada en la homologación del desarrollo de determinados ámbitos y facetas de la humanidad. Es preciso distinguir la noción de igualdad con cada tipo específico de reivindicación igualitarista.

El relativismo antropológico y la perspectiva histórica exigida por las consustanciales y divergentes formas de organización social y concepción igualitarista, expuesta a modo de ejemplos ilustrativos anteriormente, no conlleva, ni creo necesario adentrarse en ello, una necesidad de conclusión al respecto del *sentido* (o *sinsentido*) de la historia, base del conocido debate y crítica de Popper<sup>22</sup> (1952) a la perspectiva, atribuible, entre otros, a Hegel y a Marx, en la linealidad y/o causalidad que la historia confiere a la organización social.

El papel que los diferentes contextos histórico-sociales juegan con respecto a las demandas igualitaristas ha llevado a L. S. Temkin (1995) a desarrollar un análisis de las posturas y doctrinas igualitarias en base a una particular tipología. Por una parte, estarían aquellos teóricos que consideran que dos situaciones son comparables, únicamente si ambas son contemporáneas y pertenecientes a la misma sociedad. Tras esa concepción aparece una relativización del tiempo y la sociedad que se opondría a la de quienes pretenden legitimar la comparación histórica e internacional, al incluir en el análisis a miembros de diferentes países, en una concepción más global<sup>23</sup>.

---

<sup>22</sup> POPPER, K. R. (1952): *La sociedad abierta y sus enemigos*, ... Una interesante exposición de ese tema, relacionándolo con las oportunidades vitales, se encuentra en Dahrendorf (1979:15-38).

<sup>23</sup> La primera postura es simbolizada por Temkin (1995) como RTRS (*Relativized to Time and Relativized to Society*), en tanto que la segunda aparece simbolizada por las iniciales NTNS (*Neutral across Time and Neutral across Societies*). Dos posturas intermedias son posibles: RTNS y NTRS, como combinaciones mixtas de las primeras.

Sartori intenta mantener una concepción evolutiva de la idea de igualdad, desglosándola en cuatro fases, que considera claramente discernibles (Sartori, 1988:420):

- a) igualdad jurídico-política,
- b) igualdad social
- c) igualdad de oportunidades
- d) igualdad económica

Sin embargo, tal distinción no subsiste al contraste histórico. Pongámonos en el caso de la igualdad jurídico-política. Se trata de la *fase a*, de la primera reivindicación histórica igualitarista, supuestamente apreciable entre los ciudadanos de la Grecia y Roma clásicas. Sin embargo, todos sabemos que las reivindicaciones al respecto continúan, que el sufragio universal ha sido una concesión histórica reciente y que, además, ha sufrido involuciones históricas. Más evidentes son las involuciones en materia de derecho de reunión, de libertad de expresión, etc.

El relativismo antropológico nos lleva a preguntarnos, ¿qué es más igualitarista, en el sentido de la *igualdad de oportunidades* (fase *c* de Sartori), la elección de cargos políticos por sorteo (al azar entre todos los ciudadanos), tal como se efectuaba en la Grecia clásica, o la elección tras costosas y complejas campañas electorales, como sucede en las actuales democracias occidentales?

La concepción social de la (des)igualdad, incluido su *equalisandum*, es siempre histórica, particular pero genéticamente condicionada, específica pero biográficamente aprendida. El marco histórico no implica deslindarse de la creencia en la existencia de un evolucionismo adaptativo ideológico<sup>24</sup>. Se trata de

---

<sup>24</sup> Esto es asumible desde múltiples posiciones de la Teoría Sociológica clásica. De hecho, puede interpretarse en Max Weber, por ejemplo, ya que éste explicará las acciones sociales en el marco de un *sistema de dominación* particular de cada sociedad pero evolucionando culturalmente hacia una racionalidad burocrática (Weber, 1922: 43 y 122). Daniel Bell, en otro contexto claramente diferenciado, entiende que <<cabe, dentro de un marco espacio-temporal, identificar los factores estructurales comunes a las distintas sociedades y las pautas de cambio más constantes y consistentes>> (Bell, 1973: 11). En una

una demanda históricamente recurrente pero variable en cuanto a sus ámbitos de aplicación y a los parámetros de medición. El análisis desigualitario requiere, pues, ciertas dosis de particularismo cultural, combinadas con los procesos adaptativos y dialécticos del devenir histórico (Bobbio, 1990:17)

La complejidad producida por la historicidad y relativismo antropológico que conlleva el estudio de la igualdad social va a ser abordado, en este trabajo, a través del estudio de la génesis de la noción de igualdad en nuestro entorno cultural y, con mayor detenimiento, del abanico conceptual coexistente en nuestra sociedad contemporánea. La insistencia en ese historicismo tiene por objeto hacer una relativamente breve reseña de las reflexiones teóricas sobre las desigualdades y que, a buen seguro, nos ayudarán a repensarlas y reconceptualizarlas. Se impone pues una labor de *hermenéutica* en tanto búsqueda de referentes interpretativos tanto explícitos como implícitos en los legados escritos. Por otro lado, revisaré algunas de las formas más relevantes de la organización social, susceptibles de ser medidas como desigualitarias, con la misma metodología: una perspectiva histórica, de nuestra herencia, y un abanico transversal de nuestra sociedad actual.

#### **1.4.2. Variedad formal.**

Las formas históricas de organización social muestran una amplia variedad generadora, a su vez, de formas específicas de legitimación, justificación y reivindicación de igualdades sociales. Cada momento, cada sociedad, tienen un marco cultural referencial de la noción de igualdad y un abanico reivindicativo enmarcado en unas coordenadas espacio-temporales particulares. La importancia y complejidad de ese contexto histórico-cultural ha sido un aspecto de permanente insistencia en la Teoría Sociológica, en general, y de los grandes teóricos de la misma, en particular. Marx hablaba de *modos de producción*, Weber

---

línea funcionalista ortodoxa, Bernard Barber es explícito en subrayar los aspectos históricamente dinámicos de cada faceta de la cultura de una sociedad (Barber, 1957: 471).



de *modos de dominación*<sup>25</sup> o legitimación; Daniel Bell de *principios axiales* rectores<sup>26</sup>; los Funcionalistas recurrían a la definición de un entramado *sistema* de “valores, pautas, roles e instituciones”<sup>27</sup>, etc. En definitiva, todos intentaban configurar un marco específico para cada modelo de sociedad particular.

Un ejemplo ilustrativo de esta variedad de formas de desigualdad viene de la mano de los estudios antropológicos. Valga de ejemplo la descripción que Radcliff Brown hace de los isleños de Adaman (*The Adaman Islanders*, 1922), como sociedad con un escasa diferenciación social<sup>28</sup>, y los *kiyuyu*, estudiados, entre otros, por Middleton y Kershaw (*The Kiyuyu and Kamba of Kenya*)<sup>29</sup>, como ejemplo de sociedad con un claro sistema de organización de amplia igualdad de oportunidades<sup>30</sup>. La propia configuración de las sociedades primitivas relega su organización social a niveles de menor complejidad estructural, lo que da como resultado formas más precarias y simples de desigualdad (Bell, 1973:150-151; Lenski, 1969).

---

<sup>25</sup> Sobre la sanción como característica del orden de dominación, ver (Weber, 1922: 194-213); sobre el concepto *dominación* (*Ibid.*, 43); sobre los diferentes tipos de dominación (racional, tradicional y carismática) (*Ibid.*, 172).

<sup>26</sup> Daniel Bell entiende que en cada civilización <<han coexistido una amplia variedad de elementos entremezclados, ya sean las diferentes religiones, el surgimiento y decadencia de los imperios políticos o la sucesión de los sistemas socioeconómicos [...]. Cabe, dentro de un marco espacio-temporal, identificar los factores estructurales comunes a las distintas sociedades y las pautas de cambio más constantes y consistentes>> (Bell, 1976:11).

<sup>27</sup> Véase, por ejemplo, Barber (1957:471).

<sup>28</sup> El caso de los habitantes de las islas Adaman es un ejemplo de sociedad sin clases. Una sociedad sin agricultura, en la que sus habitantes vivían hasta principios de este siglo de la caza y, principalmente, de la pesca, que practicaban en unas piraguas hechas a partir del vaciado de troncos de árbol. Estas embarcaciones, junto con sus viviendas, constituían las únicas pertenencias en propiedad privada. La única división existente era por géneros, sin ninguna división social del trabajo dentro del mismo sexo. Los matrimonios eran monógamos, luego no existía acumulación de poder en ese sentido. No existía moneda y la vida se trataba de una continua búsqueda diaria de alimentos para cada día; sin almacenaje ni acumulación.

<sup>29</sup> International African Institute, *Ethnographic Survey of Africa series*, 1965

<sup>30</sup> Los jóvenes de la sociedad *kiyuyu*, tras un periodo de dedicación a la ganadería y el pastoreo, entraban a formar parte de una institución militar, los jefes militares eran elegidos de entre ellos por sus cualidades personales de liderazgo y valor, pero su autoridad se limitaba al ámbito militar. Tras un periodo en esa institución, al alcanzar cierta edad, pasarían a otra en la que se casaban y se dedicaban a la agricultura y cuidado de los niños. Finalmente, hacia el final de su vida, ingresarían en uno de los grados de anciano (había más de uno), quienes poseían más poderes legislativos y religiosos. Era un sistema de igualdad de oportunidades.

En un marco contextual y formal substancialmente diferente, puede incluirse el estudio de la organización social de la Edad Media en Europa o el feudalismo de las sociedades y culturas orientales (Wittfogel, 1967; Chesneaux, 1969; Godelier, 1969; Marx, 1972; Eisenstadt, 1966). Incluso Marx y Engels reconocieron la dificultad que entrañaba incluir los modelos sociales de estas sociedades en su teoría general *histórico-materialista*, quienes en 1883 van a cruzar varias cartas y a publicar algunos artículos (Marx/Engels, 1973) en los que van a mostrarnos bien a las claras la impresión que les había causado el "descubrimiento", a partir de una obra de François Bernier, *Voyages contenant la description des états du Grand Mongol*, de un sistema de producción caracterizado por la ausencia de propiedad privada<sup>31</sup>.

En otras sociedades investigadas por Antropólogos, caso por ejemplo de los *buganda*<sup>32</sup>, descubrimos sistemas de estructuración social basados en una clara *premisa de desigualdad*, en donde un rey se situaba a la cabeza de un sistema clánico-burocrático que distribuía, nombraba y destituía a toda una jerarquía de jefes y subjefes especializados socialmente, amparado en la violencia física y la sanción sobrenatural y un despotismo que se reproducía jerárquicamente en todas las instituciones de su sociedad. Así, los jefecillos territoriales gobernaban despóticamente entre sus súbditos, los maridos sobre sus mujeres e hijos, etc.<sup>33</sup>.

---

<sup>31</sup> Cartas de Marx a Engels de 2 de junio de 1883 y de Engels a Marx de 6 de Junio de 1883. Estas cartas y una amplia referencia de texto de Marx y Engels sobre este tema puede verse en Godelier, 1969.

<sup>32</sup> Un libro amplio y completo sobre los *buganda* es el de L. A. Fallers (ed.), *The king's men* (1964). La bibliografía resumida en M. C. Fallers, *The Eastern Lacustrine Bantu*; International African Institute, Ethnographique Survey of Africa Series (1960). Como antiguas fuentes aún valiosas véase J. Roscoe, *The Baganda* (1911); L. P. Mair, *An African people in the twentieth century* (1934).

<sup>33</sup> Otras formas de organización social en África: Los *chagga* combinaban el despotismo personal de los *ganda* con el igualitarismo por edades de los *kiyuyu*; Las tribus *nilóticas*, como la de los *lango*, mantenían la peculiaridad de que un hombre ambicioso podía hacerse importante creando su propio linaje en un nuevo asentamiento; Los *gisu* mantenían su organización social en base a los clanes, si bien algunos jefes de clan tenían una importancia especial, que podría asimilarlos a una especie de monarcas. Goldthorpe (1982:172 y ss.) caracterizará los sistemas de organización social en el África tradicional bajo el marco de una gran diversidad, bajo la cual no encontrará más que tres características comunes: 1) la ausencia casi total de mecanismos de acumulación de riqueza; 2) la

Otra forma de organización social claramente diferenciada y a su vez, paradigmática en el estudio de las desigualdades, es la sociedad de *castas*<sup>34</sup>, caracterizada por una serie de grupos adscritos por nacimiento, sancionados por la religión hindú<sup>35</sup>, en el que cada uno de los cuales forma parte de un conjunto jerárquico y constituye para sus miembros el límite máximo de interacción al mismo nivel de status (Radhakrishnan, 1926). Las interacciones abarcan desde los contactos sociales informales hasta el matrimonio, e incluyen una amplia variedad de aspectos, tales como los basados en la ocupación, los económicos, los políticos, los rituales y los de amistad (Berreman, 1968).

Las diferencias con las sociedades occidentales industrializadas es más que patente. La aparición paulatina de un estado benefactor modificará substancialmente toda la concepción y análisis igualitarista (Bendix, 1964:17). Se trata de una sociedad carente inicialmente de sanción religiosa o legal (Bell, 1973:151-152). Su base es fundamentalmente económica e, históricamente, está ligada al desarrollo del capitalismo, aunque el factor político de distribución del poder y autoridad es también muy importante en su constitución. Esto significó que el status de los individuos estribase en su capacidad económica, al tiempo que

---

ausencia de distancia física entre los jefes y sus súbditos (Esto contrastará con la separación física de los mandarines chinos y asiáticos en general, que se encerraban tras altos y gruesos muros) y 3) la existencia de extensos grupos familiares en el África tradicional significaba que, incluso cuando había jefes poderosos, éstos tenían normalmente parientes pobres.

<sup>34</sup> La expresión de casta fue empleada por los portugueses (En portugués *Caste* significa "cada uno de los grupos o variedades de una especie) que llegaron a la India en siglo XVI, con intención de recoger el sentido de las diferentes expresiones hindúes con las que se significaban sus específicos sistemas de diferenciación social.

<sup>35</sup> Tanto en los libros de los Vedas como en las Leyes del Manú se encuentra una perfecta justificación religiosa a la estratificación por castas. Sin embargo, frente a una visión estrictamente religiosa, algunos investigadores han resaltado la importancia de factores históricos y sociológicos que pudieron intervenir en la misma. Entre estas últimas suele asociarse la debilidad del poder político en la India, sobre una extensión territorial de tal magnitud, bajo la cual era muy difícil ejercer la autoridad. Weber fue uno de los autores que resaltaron estos aspectos sociales. Radhakrishnan la argumenta con más detalles (1926:119 y ss.). Por otro lado, la sociedad tradicional hindú de castas ha servido de ejemplo para referirse a las diferencias sociales institucionalizadas y sancionadas sin posibilidad de movilidad social. Pierre Laroque (1971:33) representará lúcidamente esa visión que, bajo otras formas se ha mantenido en toda la sociedad feudal europea hasta mediados del siglo XVIII, hasta la aparición formal de una manifiesta y expresa demanda política de igualdad.

cualquier profesión quedaba hipotéticamente abierta a cualquier individuo que quisiera emprenderla (Giddens, 1984).

La ocupación se convertirá en el factor clave de diferenciación social o, en clave marxista, en función de la relación que el individuo tenga con los medios de producción. Ante una aparente igualdad de oportunidades aparecen, manifiestamente claras, diferentes desigualdades de resultados. El análisis gira hacia el estudio de los estratos o de las clases sociales (según los paradigmas teóricos) descritas incluso antes de la formulación marxista por teóricos como Adam Smith, Adam Ferguson o John Millar.

Sobre los efectos de la industrialización sobre la desigualdad social<sup>36</sup>, nada es concluyente. Algunos trabajos e investigaciones insisten en la aportación beneficiosa de la industrialización a la equidistribución de las rentas. Así lo hace el realizado por L. Soltow (1965)<sup>37</sup> sobre la evolución de los ingresos en Noruega entre 1840 y 1920; Kübler (1976), que realiza su estudio sobre los salarios de los funcionarios prusianos entre 1800 y 1910 y Frank Kraus (1981), con datos sobre las rentas en Gran Bretaña, Dinamarca y Alemania. Otros estudios llegan a una posición neutral sobre la influencia de la industrialización en la equidistribución de las rentas. En Alemania, Knut Borchardt<sup>38</sup> trata de soslayar

---

<sup>36</sup> Algunos de los trabajos que se llevaron a cabo sobre las desigualdades en el siglo XIX son los siguientes: A. H. Halsey, *Change in British Society*. Basado en las Reith Lectures (Oxford, 1978), cap. 2; F. Braudel y E. Labrousse (eds.), *Histoire économique et sociale de la France* (París, 1977); H.-G. Haupt, <<Soziale Ungleichheit und Klassenstrukturen in Frankreich seit der Mitte des 19. Jahrhunderts>>, en H.-U. Wehler (ed.), *Klassen in der europäischen Sozialgeschichte* (Gotinga, 1979); J. Kocka, <<Stand-Klasse-Organisation. Strukturen sozialer Ungleichheit in Deutschland von späten 19. bis zum frühen 20. Jahrhundert im Aufriss>> en *ibid.*, págs. 137-165; H.-J. Puhle, <<Soziale Ungleichheit und Klassenstrukturen in der USA>>, en *ibid.*, págs. 233-277; H. Kaelble, <<Social Stratification in Germany in the 19th and 20th Century: A Survey of Research since 1945>>, *Journal of Social History*, nº 10 (1976); H. Kaelble, *Desigualdad y movilidad social en los siglos XIX y XX*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1994.

<sup>37</sup> Se trata de un estudio sobre ocho ciudades del sur de Noruega, de medio y pequeño tamaño, para las que la obtención de datos sobre los ingresos es especialmente factible. Sobre esos datos calcula *Coefficientes de Gini* que pasan de situarse entre valores próximos a 0'6 a otros en torno a 0'35.

<sup>38</sup> BORCHARDT, K. (1966): <<Regionale Wachstumsdifferenzen in Deutschland im 19. Jahrhundert unter besonderer Berücksichtigung des West-Ost-Gefälles>>, en W. Abel et al. (eds.), *Wirtschaft, Geschichte und Wirtschaftsgeschichte*, Stuttgart, 1966.

las enormes lagunas existentes en las fuentes primarias respecto a las variaciones regionales del patrimonio durante el siglo XIX, empleando otros indicadores del bienestar substitutivos y concluye que las diferencias regionales existentes no fueron debidas a la industrialización sino a procesos histórico-económicos anteriores. Helmut Hesse<sup>39</sup>, con indicadores similares pero con mayor número de datos muestra como las desigualdades regionales empeoran en Prusia hasta 1880 y, a partir de ahí, mejoran substancialmente, gracias, dice, al desarrollo del mercado de trabajo nacional, a la extensión de las redes de transporte y al crecimiento de los polígonos industriales regionales. T. J. Orsagh<sup>40</sup>, en Prusia y Werner Abelshauser<sup>41</sup> en Alemania, muestran como los procesos de industrialización generaron en las primeras décadas del siglo XIX un incremento de las desigualdades para invertir la tendencia en torno a los inicios del siglo XX, cuando ya el estado empieza a emplearse en reducirlas<sup>42</sup>.

Pero la evolución de la sociedad occidental y las enormes transformaciones sufridas por ella, nos llevan a considerar la emergencia de lo que se ha denominado *sociedad post-industrial*, caracterizada por el peso específico que el sector servicios tiene en la misma (Bell, 1973: 152), la pérdida de control sobre el proceso de trabajo por parte de los obreros, la diferenciación de las funciones del capital, el desarrollo de jerarquías complejas (Wright, 1978:57), el desarrollo de los procesos participativos (Bell, 1973:28), la burocratización creciente, etc.

---

<sup>39</sup> HESSE, Helmut (1971): <<Die Entwicklung der regionalen Einkommensdifferenzen im Wachstumsprozeß der deutschen Wirtschaft vor 1913>>, en W. Fischer (ed.), *Beiträge zu Wirtschaftswachstum und Wirtschaftsstruktur in 16 und 19. Jahrhundert*, Berlin.

<sup>40</sup> ORSAGH, T. J. (1968): <<The Probable Geographical Distribution of German Income, 1882-1963>>, *Zeitschrift für die gesamte Staatswissenschaft*, vol. 124

<sup>41</sup> ABELSHAUSER, W. (1980): <<Staat, Infrastruktur und regionaler Wohlstandsausgleich in Preussen der Hochindustrialisierung>>, en F. Blauch (ed.), *Staatliche Umverteilung in historischer Perspektive*, Berlin

<sup>42</sup> También concluyen que fue neutro o negativo el efecto de la industrialización en la distribución personal de las rentas y del patrimonio. Estudios como los realizados por Volker Hentschel, Wolfgang von Hippel, Peter Borscheid y Pierre Aycoberry en Alemania, Lee Soltow para Inglaterra, J. M. M. de Meere para Holanda, Bo Öhngren en Suecia, William H. Hubbard en Austria, Pierre Leon, Ronald Hubscher y Adeline Daumard en Francia, ponen de manifiesto estas conclusiones. Más pesimistas son las conclusiones de las investigaciones realizadas sobre la distribución regional de la renta, tales como los llevados a cabo por Vera Zamagni en Italia, Peter Borscheid en Alemania, Gerd Hohorst en Prusia.

Factores todos ellos que contribuirán a la complejidad del análisis de las desigualdades sociales en las sociedades contemporáneas y resaltarán el carácter histórico y culturalmente limitado de cualquier análisis comparativo. La sociedad post-industrial añade un nuevo criterio a la definición de la desigualdad: la preparación técnica pasa a ser una condición de la facultad para dirigir, y la educación superior se convierte en un medio para obtenerla (Bell, 1973:491).

Si la tradición política predominante seguía los principios heredados de la filosofía política de la ilustración, en defensa de una “política emancipatoria” que buscaba esencialmente la lucha por unas mejores condiciones de decisión en libertad, recientemente, las sociedades contemporáneas han evolucionado políticamente hacia lo que Giddens llama “política de vida”, concepto que diferencia la nueva búsqueda de valores materiales que permitan un determinado estilo de vida y bajo el marco de una política basada en la elección de decisiones alternativas que nos llevan a diferentes modos de vida. Esas elecciones, socialmente consideradas, generan conflictos que se resolverán en las “instituciones de la modernidad”. Los problemas de la distribución, sin duda el eje central sobre el que se articulaban los conflictos políticos de la modernidad, van dando paso a una mayor preocupación por las *formas de vida*. De ahí surge una cierta tendencia a amalgamar política, cultura y estilo de vida, que es uno de los rasgos predominantes de los nuevos sistemas sociales (Beyme, 1994:275 y ss)<sup>43</sup>. Ello no conlleva una pérdida de vigencia de los procesos emancipatorios, sino una transformación en el énfasis de sus rasgos básicos. En ese nuevo marco se redefinen los conceptos de diferencia, identidad y desigualdad (Vallespín, 1995:22).

---

<sup>43</sup> BEYME, K. V. (1994): *Teoría política del s. XX. De la modernidad a la posmodernidad*, Alianza, Madrid.



## 1.5. VARIEDAD DE LA ANALÍTICA POSIBLE.

### 1.5.1. Clasificación de las temáticas analíticas.

Con frecuencia se han mezclado diferentes tipos de análisis sin que hasta la fecha se hubiese elaborado una tipología de los que pueden llevarse a cabo sobre las desigualdades. Hay trabajos que tratan de la medida o localización de la existencia de desigualdades, otros tratan de las causas; algunos se preocupan por las consecuencias de la prevalencia de éstas, los hay que tratan de las políticas posibles que conduzcan a su reducción; también son numerosos los que se refieren a la medición matemática de la equidistribución o concentración de la renta en determinadas sociedades; están los que versan sobre el concepto filosófico de desigualdad; o aquellos que hablan de las actitudes y opiniones ante la igualdad y ante determinadas políticas (des)igualitaristas. En fin, toda una amplia variedad de la cual aquí no hemos hecho más que reflejar algunos de los tipos de analíticas, diferentes, que, por supuesto, inciden también en la complejidad del análisis.

Es evidente que no es lo mismo hablar del *concepto* filosófico de la igualdad, incluyendo en el mismo sus referentes político-morales o la discusión sobre lo que se denomina habitualmente como *derecho natural*, frente a otros análisis centrados en la búsqueda de las *causas* de las desigualdades sociales (Carens, 1995). Tampoco es difícil diferenciar conceptualmente esos dos aspectos de lo que es la *medición* en sí, que hace referencia a aspectos metodológicos, en muchas ocasiones de ámbito estrictamente estadístico. O diferenciarlo de lo que son las *propuestas políticas de igualdad*, como por ejemplo, un plan para la igualación del trabajo en el hogar por parte de ambos sexos que, en definitiva, constituye una suma de medidas correctoras de cierta situación observada que, política o moralmente, es considerada como negativa. Es posible entender, también, como un aspecto que goza de cierta autonomía analítica, el estudio de

las *opiniones y actitudes con respecto a la igualdad*, en donde, el hilo analítico conductor, serán precisamente esas actitudes y opiniones.

Propongo distinguir, al menos entre los siguientes aspectos del estudio de las desigualdades sociales:

1. El *estudio teórico-conceptual*: Se trata de la definición y aco-tación filosófica del concepto, pudiendo distinguir entre los aspectos que se refieren a la definición conceptual de las desi-gualdades, la filosofía moral subyacente y el estudio de los ámbitos temáticos de la misma. No requiere ningún tipo de análisis empírico concreto, sino una reflexión sustantiva sobre lo qué se pretende analizar o cómo se define ese análisis.
2. La *medida* de la desigualdad: se trata de determinar la exis-tencia de desigualdades en una situación dada, intentando medir su intensidad, magnitud, etc. Requiere una preconcep-ción definitoria base sobre la cual poder llevar a cabo afirma-ciones sobre la existencia de situaciones desigualitarias en un ámbito y momento concreto.
3. La *causalidad* o estudio de los factores y circunstancias que provocan situaciones de desigualdad. Requiere una definición conceptual y una medición de la misma, pero el objetivo no es pararse en esos aspectos previos, sino en encontrar alguna re-lación causal o explicativa de por qué se producen esas situa-ciones observadas<sup>44</sup>
4. Las *políticas de igualdad* que tratan de paliar los efectos desi-gualitarios de la organización social. Parten del reconocimien-

---

<sup>44</sup> El estudio de las consecuencias es muy limitado. Únicamente interesante al contraste de hipótesis como "a mayor desigualdad social mayor voto hacia posturas políticas de iz-quierdas"; "a mayor desigualdad mayor probabilidad de estallidos revolucionarios viru-lentos", etc. Optemos por resolver la inclusión de éstos en el grupo de los análisis causa-les, ya que si bien las causas son definitivamente opuestas a las consecuencias, ambas entran en lo que se concibe como análisis causal.

to de situaciones definidas y calificadas como desigualitarias y formulan una serie de propuestas normativas solucionadores de esa situación potencialmente, *a priori*, desigualitaria .

5. *Actitudes y opiniones* sobre las desigualdades. Son análisis que se hacen sobre la valoración subjetiva y de la (auto)creencia o (auto)consideración que una sociedad dada o un colectivo determinado tienen sobre su propia situación igualitarista o sobre las igualdad de unos con respecto a otros.

Si bien todos estos campos de análisis están interconectados, pueden distinguirse, y conviene distinguirlos, para poder desentrañar la configuración general de los estudios de Desigualdad. Estos son los cinco temas básicos y esenciales<sup>45</sup> en los que se puede descomponer el análisis de las desigualdades sociales, pero otras dos temáticas pueden ser el objetivo prioritario de determinadas investigaciones.

- la *detección de situaciones*, formas y/o colectivos desigualitarios/as<sup>46</sup> (estudio de las desigualdades en el trabajo, en la educación, ante la justicia, etc.). En general pueden considerarse como combinaciones de las cinco temáticas que he considerado esenciales y que podríamos definir como puras. En cualquier caso se precisa una determinada preconcepción o definición de lo que se entiende por desigualdad, los ámbitos en que se produce o puede producir y una medida, que permita afirmar la existencia de tales situaciones.

---

<sup>45</sup> En un trabajo de Elster (1995) propone distinguir, aunque refiriéndose a los estudios sobre la Justicia, tres temáticas analíticas principales: las descriptivas, las explicativas y las normativas. Estas últimas las entiende como eminentemente conceptuales, las explicativas las define de un modo muy similar a las que yo he denominado causales y, las primeras, las descriptivas, incluyen temáticas, en última instancia, métricas. Esa trilogía es fundamental, pero la no inclusión de las “políticas” y de las “actitudes y opiniones” – existentes también en los estudios a los que él hace referencia–, no aparece en ningún momento justificada.

<sup>46</sup> Uno de los sugerentes de este tipo de temática es Gutiérrez (1996: 11 y 14).

- La *historia de las desigualdades*; ya que también pueden considerarse como desarrollos históricos de una o varias de las temáticas anteriores. Así, por ejemplo, se puede hacer un estudio histórico de las desigualdades, pero, esa historia tendrá que referirse a alguna de las tipologías puras: puede ser la historia del concepto (Savater, 1993; Delaporte, 1987), de las causas y las políticas (Kaelble, 1983), etc. El análisis histórico de las desigualdades precisa siempre, por lo menos, de a) una toma de posición sobre el concepto, b) un tipo de medida que permita afirmar la existencia de las mismas y su intensidad y c) un tipo de medición empírica sobre alguno (o varios) de los ámbitos sociales a los que las desigualdades pueden referirse. Puede también incluir un análisis causal, actitudinal, políticas igualitaristas, etc.

### 1.5.2. Dependencia tipológica.

Además, y esto es muy importante, esas tipologías analíticas no están a un mismo nivel de autonomía jerárquica. El estudio conceptual de las desigualdades es prioritario y ninguno de los demás es posible sin una toma de postura teórica, consciente o no, sobre la misma. A un segundo nivel se encuentra la medición de las desigualdades. Esta es imprescindible para poder afirmar que existen desigualdades o no. En tercer lugar, tenemos los estudios empíricos-causales y, posteriormente, los análisis de las políticas igualitaristas y los actitudinales.

Pero decir que existe cierta autonomía analítica no implica independencia *total*; nada más alejado de lo que pretendo indicar en este trabajo. Implica, simplemente, la posibilidad de analizar específicamente cómo se han llevado a cabo los análisis de la desigualdad en base a cada una de esas temáticas y poder

reflexionar sobre sus características epistemológicas. Por descontado, quede subrayada la consideración de interdependencia que los temas anteriores tienen entre sí.

Los estudios empíricos de desigualdad social aplicados a un ámbito específico y concreto, sea en referencia a una variable focal, a un grupo de individuos o, directamente, a una desigualdad observada, han mantenido una perspectiva, en múltiples ocasiones, que daba cuenta de todas o buena parte de las analíticas mencionadas. Es decir, por ejemplo, el estudio empírico de las desigualdades de ingresos observadas por géneros, ha tenido en cuenta cuestiones conceptuales, causales, de medida, opináticas y políticas correctivas. Los trabajos referidos a algún aspecto de la historia de las desigualdades mantienen –o deberían mantener–, prudente y necesariamente, esa múltiple perspectiva.

Autonomía e interdependencia no son conceptos opuestos, sino una fórmula viable de aproximarse al estudio de las desigualdades sociales. La utilidad de la tipología temática que utilizo, y que a modo de recordatorio aparece en el cuadro siguiente, reside en poder acotar el análisis de la desigualdad en una parte parcial de sus temáticas, pero de especial relevancia.

Cuadro nº 4

**ANALÍTICAS DE ESTUDIO DE LAS DESIGUALDADES SOCIALES**

- A. Estudio conceptual.
- B. Medición del grado de desigualdad social observado en cada ámbito.
- C. Análisis causales.
- D. Políticas igualitaristas.
- E. Actitudes ante la desigualdad.

La importancia de cada una de estas temáticas no es equivalente. El referente a los *aspectos conceptuales*, a la definición de desigualdad o, en definitiva, a la concepción de la misma, es *omnipresente* en todos los trabajos, implícita o explícitamente, consciente o inconscientemente. Aunque se esté hablando de las

causas de la desigualdad por razas en América del Norte, del discurso expuesto, es siempre extraíble una concepción determinada de lo que se entiende por desigualdades sociales. Aunque se hable únicamente de las medidas de inserción de los discapacitados en el mercado laboral, el concepto, la definición, subyace en el análisis.

Si los aspectos conceptuales son omnipresentes, los referidos a la medida sólo quedan excluidos de los trabajos de naturaleza eminentemente filosófica<sup>47</sup>. La medida, bien entendida, no es necesariamente cuantitativa; en ocasiones, en muchas ocasiones de la vida cotidiana, es dicotómica y, por ende, cualitativa: se trata de decisiones de si o no, de tener o no tener, de *to be or no to be*. La medida subyace a la afirmación, a la constatación de la existencia de desigualdades sociales. Implícitamente, cuando no se hace mención expresa a la metodología que se está utilizando y, explícitamente, cuando se hace referencia al indicador utilizado, al intervalo de aceptación: a la concepción de la situación de igualdad absoluta y de desigualdad máxima.

Los estudios causales, las políticas igualitaristas y los opináticos, aparecen en un nivel de carácter opcional. Los causales, pueden considerarse jerárquicamente a continuación de los anteriores por gozar de carácter explicativo, pero son menos los trabajos de desigualdad que hacen referencia a ello, aunque el enfoque tradicional llevado a cabo por sociólogos, por lo general, intenta desvelar las *causas* de las desigualdades observadas<sup>48</sup>.

---

<sup>47</sup> La necesidad de sobreentender una determinada concepción o definición de lo que es la igualdad es parte de la metodología general de las ciencias sociales. Pero la afirmación concreta y particular que diferencia las desigualdades de las igualdades ha de basarse siempre en algún tipo de medida. Únicamente los estudios referidos a aspectos estrictamente filosóficos y conceptuales no precisan recurrir a la medición de ninguna realidad concreta; por el contrario, los que se refieren a alguna sociedad dada y a alguna situación particular, pretendiendo aseveraciones o conclusiones sobre la existencia de algún grado o nivel de igualdad/desigualdad, precisan la consideración de algún tipo de métrica.

<sup>48</sup> Los ejemplos de estudios causales y la dirección de los mimos es, también, ingente. Ahí habría que ubicar buena parte de la literatura clásica: Rousseau, A. Smith o Marx, señalaban a la propiedad como causas de las desigualdades; Weber pondría el acento en el status; Dahrendorf en el poder y la autoridad; Parsons en el prestigio; Lenski en el privilegio; etc. Pero, además de estos estudios fundamentalmente teóricos, una voluminosa cantidad de estudios empíricos hacen referencia a las causas de las desigualdades observadas.



Las políticas igualitaristas, de inserción, de discriminación positiva, de solidaridad, de redistribución, etc., son, por su volumen, de una nada desdeñable importancia. Son opcionales, no precisos en todo estudio de las desigualdades, pero, en definitiva, suponen la parte práctica de las conclusiones de los estudios desigualitaristas. Tratan de la acción, de la actuación, de la corrección de los problemas y deficiencias observados y, normalmente, precisan de estudios causales previos (y, por supuesto, conceptuales y de medida)<sup>49</sup>.

Finalmente, los trabajos sobre las actitudes y opiniones ante la desigualdad, de sustancial contenido y naturaleza sociológica, estudian la parte perceptiva que los miembros de una sociedad dada tienen de las situaciones de desigualdad social (aspectos conceptuales omnipresentes) en referencia a unos valores (medida) que conciben más y menos desiguales en diversos ámbitos o situaciones<sup>50</sup>.

La dependencia inclusiva de las analíticas tipológicas desigualitarias permiten, y exigen, una constante y permanente presencia de los aspectos conceptuales. El estudio conceptual puede ser exclusivo o compartido por otras temáticas, pero siempre es posible descubrirlo como referente implícito u explícito. Los estudios referidos a la medida, a la afirmación de que una determinada situación puede ser o es de hecho (des)igualitaria, exigen, por lo tanto, una preconcepción conceptual, discernible en el enfoque, tras planteamientos normalmente tácitos. Ambos, los conceptuales y los centrados en la medida, pueden ser estudios exclusivos o llegar hasta los tratamientos causales. Éstos últimos, los causales, exigen de la medida y de lo conceptual para definirse y desarrollarse

---

<sup>49</sup> De entre las elaboraciones teóricas de *políticas igualitaristas* hay que mencionar el enfoque de Rae (1981). También Threlfall (1994), Vargas Machuca (1994), Mañeru/Rubio (1992) se adentran en las cuestiones teóricas de las políticas igualitaristas.

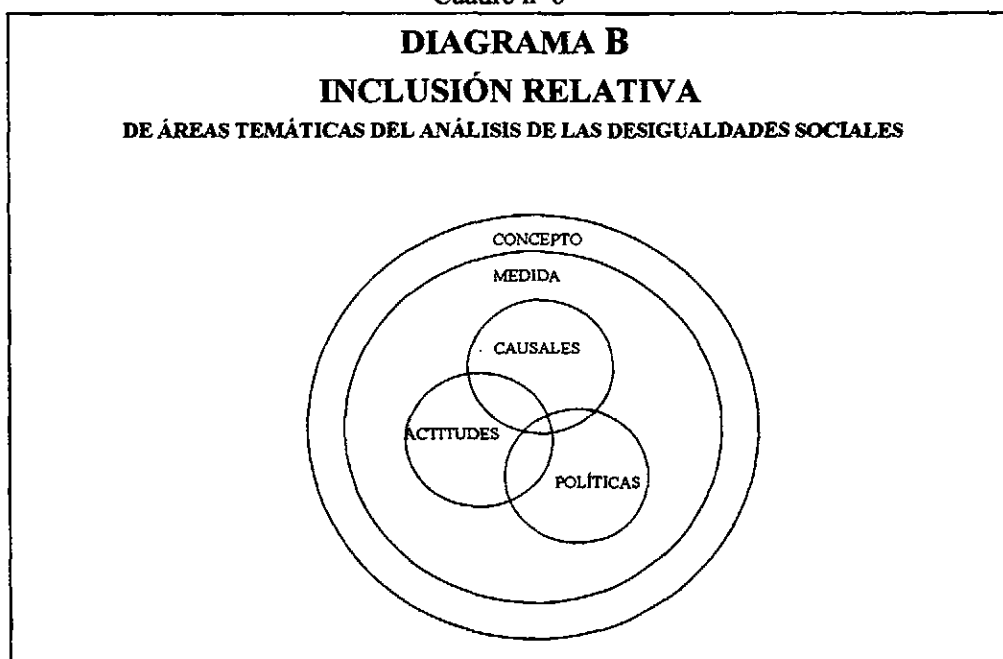
<sup>50</sup> En cuanto a estudios referidos a las actitudes y opiniones ante las desigualdades, puede consultarse el trabajo llevado a cabo por el ISSP (*International Social Survey Program*), en 1987, basado en una encuesta en diversos países sobre actitudes ante la desigualdad social desde una perspectiva comparativa e histórica. Esa Encuesta se repitió en 1992, proyecto al que se incorporaría España y en la que participaría el CIS publicando un informe, realizado por Javier Noya y Antonio Vallejos (1995) sobre Actitudes de los españoles ante la desigualdad. En 1997, el mismo Javier Noya ha leído su Tesis doctoral en la Universidad Complutense, la cual trata con exhaustividad ese tema.

como tales. A su vez, los estudios de políticas exigen de lo conceptual, de la medida y de cierto planteamiento causal y, finalmente, los estudios sobre la opinión y las actitudes con respecto a la igualdad, incluyen a todos los anteriores. Véase esto representado gráficamente en el diagrama A, de inclusión temática, expuesto a continuación.

Cuadro nº 5



Una alternativa a este esquema gráfico y analítico que no considere esa inclusión temática estricta, mantendría la dependencia del conjunto del concepto y, en un segundo nivel, de la medida, pero a partir de ahí, el resto de los estudios estarían al mismo nivel, con fuertes interconexiones –intersecciones–, entre ellos. Veamos este esquema de inclusión relativa gráficamente.



Los estudios causales, por ejemplo, no tienen por qué tener necesariamente una dependencia funcional de los referidos a las actitudes o a las políticas, si bien pueden tener múltiples elementos comunes con ellos (intersecciones comunes); sin embargo, la dependencia de los aspectos conceptuales y del discernimiento de las situaciones y gradientes de la igualdad, es total. La misma lógica expositiva podría seguirse para el caso de los estudios sobre las actitudes y opiniones sobre la desigualdad: éstos pueden tratar de las opiniones sobre las causas y de las opiniones y actitudes ante determinadas políticas, o bien pueden ignorar esos temas; lo que si precisan, aún implícitamente en el análisis, es una determinada preconcepción de qué se entiende por desigualdades (concepto) y cuándo se afirma que una situación se concibe como desigualitaria (medida).

Cada teórico escoge un tipo determinado de temática. Amartya Sen (1992) se plantea estudiar el principio ético clasificatorio de las desigualdades y la geometría asociada a su definición (medición); Rawls intenta una propuesta de política igualitarista; lo mismo que harán, en general, los liberal-igualitaristas, los utilitaristas y el liberalismo político; Marx se planteará un objetivo positivista que explique el papel social de las desigualdades en el devenir

histórico social; el Funcionalismo centrará su atención en el papel optimizador de ciertas desigualdades; etc.

Pero tal selección temática no es normalmente explícita y, aún cuando se pretenda que así lo sea, no puede quedarse más que en una vaga pretensión imposible de alcanzar en su totalidad. Así, por ejemplo, Douglas Rae, en su *Equalities*, una de las obras de imprescindible referencia a la hora de hablar de desigualdades, pretende un análisis global, general, de las desigualdades; muy en la línea de la vocación de esta tesis. Sin embargo, su análisis puede resumirse en cuatro tipos de analítica: 1) Su estudio de los *sujetos* sobre los que versan las desigualdades; 2) los *dominios* sobre los que se aplica; 3) los *valores* sobre los que versan las ideologías tanto igualitaristas como desigualitaristas 4) finalmente, dedica un amplio apartado a la tipología de las *políticas igualitaristas*.<sup>51</sup>

La obra de R. H. Tawney (1931), otro de los estudios clásicos sobre este tema, mantiene una esquema expositivo con una clara vocación generalista. Tras una descripción de la filosofía desigualitarista como una *religión*, pasa a analizar las desigualdades estructurales (en la Estructura Social) y el “trasfondo histórico” de esas formas e ideas –cap. 4º–, para continuar con una exposición política de lo que él llama la estrategia de la igualdad –cap. 5º– y finalizar con dos capítulos que se adentran, respectivamente, en el campo económico y el político: “condiciones de la libertad económica” y “democracia y socialismo”. Es, en definitiva, una obra de análisis global de la desigualdad, pasando de lo conceptual a lo formal, aún sin llegar a adentrarse en el mundo de la medida, pero con

---

<sup>51</sup> Todavía podríamos entender que básicamente relega su análisis a lo que podemos llamar *análisis de las políticas igualitaristas*, y, especialmente se dedica al estudio de la medida y de los tipos de políticas igualitaristas. Así, cuando habla de los tipos de sujetos sobre los que versan las desigualdades lo hace en función del tipo de igualdad medible entre sujetos: interindividual, intergrupos o intragrupos; cuando habla de los dominios, se refiere a cosas que pueden ser distribuidas (A *domain* is the class of things to be allocated) (Rae, 1981:62), centrándose así en los tipos de distribuciones (y cuando se adentra en la igualdad de oportunidades, básicamente distingue entre la igualdad de perspectivas y la igualdad de capacidades); Más clara es la centralidad en los aspectos de políticas igualitaristas de su capítulo dedicado a los valores (*Ibid.*, 82-103), el del *sueño* de Tocqueville y la forma de la sociedad ideal igualitaria (*Ibid.*, 1-19) y el estudio concreto de las medidas distributivas (*Ibid.*, 104-129).

un claro sesgo hacia la doctrina igualitarista y las estrategias de defensa de la misma.

### 1.5.3. Acotación teórica.

En este trabajo, inicialmente, me había marcado, como objetivo científico, el estudio de la *medida* de las situaciones de supuesta igualdad o, lo que es lo mismo, el estudio de indicadores que permitan concluir y afirmar que existe, o no, igualdad. Pero, como posteriormente se verá, no es posible considerar esto sin tener en cuenta una determinada formulación y definición del concepto; no es posible medir sin delimitar con precisión qué es lo que se va a medir, cual es su naturaleza, sus componentes, sus manifestaciones, etc. Es una disociación imposible; una relación de dependencia (jerárquica) que hace que un trabajo sobre la medida, como fue la concepción inicial de éste, se desdoble y amplíe hacia los aspectos conceptuales de la igualdad. Ésa es una complejidad más que podemos asumir asociada al análisis desigualitario.

El objetivo, en este trabajo, es llevar a cabo un estudio de las formas de medición de las desigualdades sociales, pero, como he dicho, el estudio de la medición precisa —depende— de la concepción, de la definición que de las desigualdades estemos llevando a cabo. La medida depende del concepto, se amolda a él y le sirve de instrumento. Lo conceptual es previo y buscará los útiles de medida que precise para desarrollarse. La medida, en sí misma, no es nada; sólo es posible medir conceptos. Por eso, este trabajo, hace referencia al concepto y a la medida de las desigualdades, relegando así, la investigación, a las dos primeras y principales temáticas de las desigualdades sociales, dada la necesidad de acotar un trabajo que ya de por sí se hace inconmensurable.

Dado el carácter de dependencia temática de las analíticas diferenciables sobre desigualdades, es pertinente empezar por los cimientos, por el concepto. Intentaré responder a qué es lo que decimos cuándo hablamos de igualdades y qué es lo que no decimos pero inconscientemente consideramos. Trataré de de-

sentrañar categorías y caracterizaciones conceptuales y para ello se hace patente la necesidad de recurrir a una perspectiva multidisciplinar, como el tema exige, y a seguir sus enfoques y aplicaciones en los diferentes dominios (ámbitos) en los que se realizan. Pero no se limita a eso el objetivo de la investigación, sino que mantengo una clara pretensión de dar un paso más y referirme a esa posibilidad de afirmar que una situación social determinada, definida conceptualmente como susceptible de ser igualitaria, llega a concebirse intersubjetivamente como tal. Se trata de adentrarnos en los aspectos, incluso aquellos de naturaleza netamente técnica, que conforman los análisis de la medida de las desigualdades.

El enfoque, pues, de éste objeto de estudio, como el análisis del concepto y la medida de la desigualdad, se justifica por esa necesidad teórica impuesta por la dependencia temática de los análisis desigualitaristas.

## 1.6. MULTIDISCIPLINARIEDAD DE SUS APROXIMACIONES.

La aproximación científica al estudio de las desigualdades se ha dado desde diversos campos y áreas del conocimiento. (Ello ha conllevado que las acepciones conceptuales de la desigualdad se hayan matizado en exceso, lo que ha contribuido, de forma excepcional, a hacer más complejo el estudio de las desigualdad). En *Matemáticas*<sup>52</sup> existe un claro consenso en que las desigualdades están definidas entre los dos miembros de una ecuación en el que uno de ellos es menor o mayor que el otro<sup>53</sup> y se simboliza con el signo  $\neq$ ; en *Geografía física y otras Ciencias Físico-Naturales* se entiende por desigualdades

---

<sup>52</sup> Véase, por ejemplo en la *Nueva Enciclopedia Universal* de Editorial Carroggio, Barcelona, 1982. También es sugerente la reflexión de Germain (1985: 16) sobre, especialmente la diferenciación entre la igualdad en aritmética, que se refiere a la identidad, y en álgebra, que se queda simplemente en paridad, en conformidad entre dos polinomios.

<sup>53</sup> Hume pregunta a los matemáticos que quieren decir con los términos "igual, mayor o menor" para concluir que dada la infinitud de divisiones posibles en que puede descomponerse un punto, es imposible hablar de igualdades o desigualdades (Hume, 1739: 96 y ss.).



geográficas la existencia de prominencias y depresiones en una superficie o terreno; en *Filosofía* hay una serie de preocupaciones que van desde el carácter natural e inherente a la condición humana de las desigualdades, hasta la posibilidad misma de la existencia de identidades sociales; en *Política* se habla de igualdad de equifonía, equipotencia e igualdad de derechos; en *Moral* se hace referencia al carácter espiritualmente igualitario de los hombres ante Dios; en *Psicología* se habla de libertad de autorrealización y de las desigualdades inherentes en la práctica sobre esa capacidad; en *Antropología* se resaltan las diferencias culturales y las distintas valoraciones de la cosmología cultural humana; en *Demografía* se hace hincapié en los desequilibrios estructurales de las variables vitales en una sociedad determinada; en *Economía* la igualdad significa equidistribución de los recursos, bienes y servicios<sup>54</sup>; etc.

En cuanto al uso del concepto en sociología nada es concluyente. Con frecuencia se afirma, y es innegable, que se han hecho especialmente esfuerzos en el enfoque de la desigualdad como estudio de las diferentes posiciones que las personas, sus roles, ocupan en la Estructura Social<sup>55</sup>, pero también otros muchos temas del análisis desigualitario han sido estudiados con detenimiento en el análisis de las desigualdades sociales: género —especialmente la importante tradición de estudios sobre la mujer—, movilidad social —con todas sus variantes: política, ocupacional, de ingresos, educativa, etc., estigmatización social y marginación en general—, etc.

---

<sup>54</sup> En ocasiones los economistas identifican el término “desequilibrios” al de desigualdades. Analogía ésta que, sin ser evidente, ha tropezado con la oposición de ciertos filólogos. Así, en el Manual de Estilo de *El País*, se recomienda: <<evítese el eufemismo económico de llamar “desequilibrios” a las desigualdades. Ejemplo: “Es necesario corregir los desequilibrios territoriales en España”>> (EL PAÍS (1977): *EL PAÍS. Libro de estilo*. Ediciones EL PAÍS, Madrid, 1990).

<sup>55</sup> Si bien trato el tema de las clases sociales y la teoría de la estratificación en otro capítulo, quiero introducir aquí el sentido de ese tratamiento posterior, en el cual cuestiono: 1) Qué relación tiene la estructura social con las desigualdades; 2) ¿Existe una desigualdad social, expuesta en la teoría de clases, que puede considerarse como única o generadora de otras muchas, o, por el contrario, hay que hablar de desigualdades en general, relegando la división en clases o estratos a una más entre muchas? 3) ¿Existe una concepción unánime en general sobre las desigualdades de clase o por el contrario no hay criterios unánimes y consensuados en la tradición sociológica?

No sólo las temáticas son múltiples, sino que el análisis de las desigualdades, en sí mismo, precisa una aproximación científico-metodológica desde la colaboración de diversas disciplinas. Son precisas las contribuciones de la estadística-matemática, de la economía, de la filosofía, de la antropología, de la historia, etc. Así lo requiere un análisis que va desde lo conceptual a la medida estadística concreta que permita determinar distancias e intensidades; desde los ámbitos económicos a los culturales, pasando por los jurídico-legales. Se requiere dar cuenta de importantes implicaciones políticas, demográficas, geográficas, históricas, etc. Saltaremos de un ámbito a otro con la misma facilidad que lo hacemos en nuestra vida cotidiana: de la educación a la sanidad, a los salarios, al sexo (género), a la comunidad, al ocio, etc. De todo, además, habrá que tener unos mínimos conocimientos, lo cual supondrá una lógica complicación analítica.

Además, no siempre que se habla de desigualdades se hace sobre desigualdades sociales. Es preciso diferenciar, en primer lugar, las aproximaciones que desde diferentes disciplinas se han llevado a cabo sobre las desigualdades y precisar cuál es la aproximación sociológica al respecto. Pero la sociología, en sí, es una ciencia multidisciplinar, que se ayuda y desarrolla complementariamente con otras. En concreto, en el caso de las desigualdades sociales, es preciso atender a la contribución de:

- La Estadística y, en concreto de la aportación que pueden hacer las leyes de distribución probabilística de las variables cuantitativas, así como de todos los instrumentos de medición que permitan identificar la existencia de desigualdades y su intensidad.
- La Filosofía, que permite determinar nuestro objeto de estudio, las desigualdades sociales, e insertarlo en su referente político-moral (Sen, 1987; Letiche, 1987).

- La Economía, con su base teórica sobre la distribución de los bienes y servicios en la sociedad, con su referente estereotipado y universal del dinero, las rentas, los salarios, el valor, etc.
- La Antropología, con su bagaje metodológico, que nos permite relativizar el etnocentrismo, además de centrarnos en las desigualdades como parte de nuestra cultura.
- La Historia<sup>56</sup>, la Geografía y ciencias que traten los temas espaciales y territoriales, que nos permitirán delimitar las desigualdades en una ordenadas espacio-temporales particulares.
- La Politología, ya que supone un ámbito de debate sobre las desigualdades y, además, ser la ciencia que tiene por objeto específico el estudio de las demandas de carácter ideológico.
- El Derecho y demás ramas jurídicas, por ser uno de los ámbitos más inmediatos de aplicación de las políticas igualitaristas y uno de los ámbitos clásicos de los estudios desigualitarios<sup>57</sup>.
- La Psicología, que permite diferenciar las actitudes y aptitudes naturales y culturales para plantearse metas, deseos, necesidades, etc.
- La Demografía, que marca el colectivo sobre el que se postulan las desigualdades, muchas veces de bienes escasos, en los que el determinante poblacional es la variable fundamental.

---

<sup>56</sup> Kaelbe concibió el estudio de las desigualdades como <<el camino real de la historia social>> (Kaelbe, 1983:21).

<sup>57</sup> Entre las contribuciones de los juristas, mencionar trabajos como el de Alfonso Ruiz de Miguel, *Las huellas de la igualdad en la Constitución* (Ruiz, 1995) o el analíticamente similar: *Las huellas de la desigualdad en la Constitución*, de Liborio L. Hierro (1995). Otros trabajos hacen referencia a la concepción igualitarista de algún artículo concreto de la Constitución, como el de Enrique Alonso sobre *el principio de la igualdad en el artículo 14 de la Constitución Española*; o más generales, sobre la jurisprudencia en su conjunto, como los trabajos de Jiménez Campo (1983), Ollero Tarasa (1989), Roca Trias (1986), Rodríguez Piñero y Fernández López (1986); Serrano González (1985) o Suay Rincón (1991), por citar algunos ejemplos de los más conocidos. Trabajos similares sobre otros países, y muy reconocidos, son los de Alan H. Goldman (1979), David Lyons (1993) o Peter Westen (1990).

- La Sociología, que, por ser un aspecto de carácter netamente social, no sólo la incluye como objeto específico de observación y explicación, sino que aglutina, en cierto sentido, las aportaciones de todas las anteriores ramas del conocimiento científico social

Sobre el carácter multidisciplinar del estudio de las desigualdades hay referencias abundantes en la literatura y pensamiento social. Un ejemplo importante vino constituido con la formación del grupo *d'Arras*, en el que se implicaron importantes profesores franceses de Economía y Sociología <sup>58</sup>. También en Francia, en la *École des Hautes Études en Sciences Sociales*, se creó un Instituto de Matemáticas Aplicadas, bajo la dirección de Marc Barbut, en el que colaboraron estrechamente matemáticos, sociólogos y otros científicos sociales, en el tema específico de la medición de las desigualdades. Además, pueden encontrarse manifestaciones a favor de tal interdisciplinariedad en: Letiche (1987:11), Sen (1970b:11); Vallespín (1993:10); entre otros.

## 1.7. DIFERENCIAS SUSTANCIALES AL ENUNCIAR O FORMULAR LA IGUALDAD.

Uno de los problemas que generan mayor indefinición y acrecientan la ya de por sí compleja conceptualización del análisis igualitarista viene dado por las diversidades y divergencias en la formulación o expresión funcional de la misma. Es decir, la igualdad se expresa mediante la fórmula "el sujeto A es igual (o desigual) al sujeto B en un dominio determinado y medido o evaluado de una forma determinada". Esa formulación tiene, imprescindiblemente, cuatro tipos de variantes, así entendida, como relación funcional: en cuanto a los *sujetos* a los que hace referencia la igualación, en cuanto a las *variables evaluativas*,

---

<sup>58</sup> Las periódicas reuniones del grupo D'ARRAS del que formaban parte Noroit, P. Dubois, J.-P. Pagé, Bourdieu, Darbel, Chamboredon, J. Cuiseinier, entre otros, dieron lugar a varias publicaciones, de entre las que destacamos: VV.AA. (1966): *Le partage des bénéfices*, Les Editions de Minuit, Paris, 1966.

en cuanto a la forma o momento en que se afirma (mide) la existencia de iguales (*equalisandum*) y, finalmente, en el *ámbito* o dominio evaluativo<sup>59</sup>.

Quiero presentar aquí las diferencias que se presentan al formular de una u otra manera las desigualdades, a partir de las múltiples posibilidades combinatorias de estos parámetros. Trataré someramente de presentar la variabilidad de sujetos, de variables evaluativas, de *equalisandums* y de dominios. Sin embargo, remitiré al lector más interesado al capítulo 5º, en el que redefiniré los conceptos del análisis de las desigualdades, retomando todos estos términos para dotarlos de una mayor precisión instrumental. Veamos, pues, una presentación conceptual de los tres primeros elementos enunciativos (sujetos, variable evaluativa y *equalisandum*), remitiendo el concepto de los *dominios* al apartado 1.8., para tener una visión de conjunto del carácter complejo que se impone en la formulación de las situaciones desigualitarias.

### 1.7.1. El sujeto.

Es cierto que al hablar de desigualdades sociales siempre nos referimos, en *última instancia*, a los individuos; sin embargo, en *primera instancia*, son muy importantes las referencias concretas que suponen los sujetos de igualación. Si nos referimos a la igualdad entre hombres y mujeres, el sujeto de la igualdad son cada uno de los dos géneros. Si nos referimos a los aspirantes a entrar en la universidad, los sujetos son un colectivo cuantitativamente indefinido y limitado e indeterminado a nivel personal, pero perfectamente discernible e identificable por la satisfacción de ciertos requisitos: estando en posesión de la acreditación que le posibilite acceder a la universidad intenta activamente acceder a ella. Si hablamos de la desigualitaria distribución del poder dentro de la familia, el sujeto de igualación es un *rol* predefinido en esa *institución* y la supuesta situación desigualitaria va adscrita a ese *rol*. Las desigualdades de clase

---

<sup>59</sup> Todos estos aspectos serán tratados con mayor detenimiento cuando recurramos a redefinir los conceptos analíticos de las desigualdades sociales (Capítulo 5º).

radican en su propia definición como clases (entendidas en su acepción marxiana).

Las desigualdades se enuncian, pues, necesariamente, sobre unos sujetos determinados y concretos. La amplitud de ese conjunto poblacional puede ser mayor o menor, siendo el mínimo, dos individuos cualquiera y, el máximo, el conjunto de toda la humanidad –ampliándose o reduciéndose su carácter isónomo—. Pero esos sujetos pueden estar representados por una *identidad* cualquiera (nación, localidad, clase, sexo, ocupación, color de la piel, interés por un tipo de música o, por seguir citando ejemplos, creyente en cualquier religión). Son tan múltiples y diferentes las características del conjunto poblacional sobre el que se enuncia la desigualdad que, ello, en si mismo, es un factor de complejidad analítica, que aquí se intentará resolver en base a una taxonomía que dará lugar a una estrategia analítica determinada, expuesta en los capítulos 7, 9 y 10.

#### **1.7.2. Variables evaluativas.**

Decir que los individuos son o deben ser iguales no deja de ser una sentencia abstracta e incluso vacía, si no se puede concretar en unos aspectos precisos de igualación. Es decir, es preciso indicar qué es lo que igualamos (Sen, 1992:25-29).

En principio, será determinante el tipo de *variable evaluativa* a la que hagamos referencia y las características que configuren su naturaleza. No es lo mismo redistribuir un bien material y cuantificable que restituir un determinado prestigio social a un colectivo de personas. En el primer caso, se trata de distribuir una variable cuantitativa y, en el segundo, de naturaleza cualitativa. El tipo de variable será determinante de la metodología y técnicas analíticas a emplear en el estudio de las desigualdades sociales. No sólo su carácter cuantitativo o cualitativo, sino también su naturaleza finita o infinita, material o inmaterial, etc.

### 1.7.3. El *equalisandum*.

Es cierto que el tipo de variable condiciona el tipo de igualdad requerida, sin embargo no agota las posibilidades de igualdad. Bryan Turner (1986) cita cuatro tipos de ámbitos de igualdad: 1) las características y condiciones fisicobiológicas de los individuos; 2) la igualdad de oportunidades; 3) la igualdad de condición y 4) la igualdad de resultados. Reissman (1973) y más tarde Verba y Orren (1985) y Kluegel y Smith (1986) llevan a cabo estudio empíricos para investigar cuáles son los ámbitos evaluativos subjetivamente considerados por la sociedad americana. En 1996 yo mismo realicé un estudio empírico para determinar estos referentes subjetivos entre un grupo de estudiantes de Sociología<sup>60</sup>, obteniendo una amplia variedad de referentes subjetivos en cuanto a los ámbitos de evaluación.

Es preciso, además, hacer referencia a las características de la igualdad. Un conjunto poblacional conformador de un sujeto susceptible de ser igualitario en un ámbito determinado será igual en función de tres criterios: la posesión de real de esa variable evaluativa, la posibilidad de facto y diferencial de acceder a la misma y la titularidad legal para acceder y estar en posesión de la misma, al mismo nivel y con las mismas apreciaciones que los demás miembros del sujeto de igualdad. Son, en definitiva tres principios: equidistribución, accesibilidad (potencialidad) y titularidad que se corresponden con tres momentos diferentes de igualdad: los resultados, las oportunidades y la condición; cada uno de los cuales precisará una métrica diferente.

La extensión y múltiple existencia de condiciones diferentes, supone la existencia de cierres sociales y de restricciones isonómicas. A su vez, dicha igualdad de condición puede restringirse a un ámbito estrictamente espiritual, como preconiza la tradición cristiana<sup>61</sup>, referirse a aspectos regulativos y forma-

---

<sup>60</sup> Véase nota a pie de página nº 7 de la Introducción (p. 24).

<sup>61</sup> Relegar la igualdad hasta este último referente espiritual, intangible, incluso sobrenatural, impide ciertos aspectos del análisis sociológico, ya que, si simplemente nos consideramos iguales en esa naturaleza espiritual y aceptamos el resto de las desigualdades ma-



les o, ser una igualdad de condición de hecho, lo que implicará igualdad en el trato<sup>62</sup>.

La igualdad de condición, normalmente, es previa a la igualdad de oportunidades y, ésta, a su vez, a la igualdad de resultados. La igualdad de resultados es fácil de comprender y de medir (no así de conseguir). Si todos los trabajadores de una fábrica cobran lo mismo, todos tienen igualdad salarial; si todos los humanos cobraran lo mismo o aún más allá, si todos poseyeran idéntico nivel de renta, estaríamos ante un caso de igualdad de resultados (Tumin, 1963:26). Esa igualdad de resultados puede conseguir atenuar las desigualdades observadas por medio de políticas redistributivas: que los más ricos paguen más y los más pobres reciban más<sup>63</sup>. Por igualdad de resultados entendemos un igualitarismo completo referido a la igualación del nivel de bienestar, de los ingresos de la riqueza y, en fin, de las ventajas que la gente busca. Por su parte, la igualdad de oportunidades se refiere a la anulación de las exclusiones en el acceso a un determinado ámbito o situación y que además todas las personas tengan igual posibilidad de alcanzar y superar dichas bases (Willians, 1961: 125-126).

---

teriales y terrenales observables, trabajos en la dirección del que aquí se presenta, carecen de sentido. Se acepta dogmáticamente la igualdad en esa condición y se acepta la desigualdad más allá de la misma –con resignación o con impotencia, el resultado es el mismo–. El cristianismo conservador actual, al igual que mantuviera la teología de las dos ciudades sanagustinianas, considera las desigualdades terrenales como pruebas individuales personales que tendrán su recompensa con justicia en el más allá. Los ricos tendrán escasas posibilidades de entrar en reino de los cielos, mientras que los pobres aparecen como bienaventurados por sus desgraciadas vivencias, que al final se verán recompensadas en la futura vida espiritual. Esta argumentación está basada, por ejemplo, en textos bíblicos, como el de Mateo (19, 16-26), en el que se hace referencia a la dificultad que entraña para los ricos entrar en el reino de los cielos (también explícito en Lucas, 18, 18-27; 21, 1-4; 15, 19-31 o Marcos 10, 17-23; 12, 41-44; entre otros pasajes. Sobre esto volveré en el apartado 4.3.). Sin embargo, cabrían ciertos matices interpretativos como los que realiza el cristianismo calvinista, al que Weber (1905) atribuye una clara capacidad interiorizadora del papel de la riqueza como símbolo social de estar entre los llamados, predestinados, a entrar en el reino de los cielos.

<sup>62</sup> Desde una perspectiva no religiosa existe una visión similar que centra el lenguaje en la igualdad de condición. Decir, así, que los hombres y las mujeres son iguales, en cuanto a humanos, sin ir más allá en la corrección de las desigualdades observadas, será volver a las concepciones dogmáticas que encorsetarían, sin posibilidad de salida, el análisis positivista de la mismas.

<sup>63</sup> Esta idea puede verse expuesta en obras como las de Rawls (1971) o Jencks (1972, 1979), obras en las que se insistirá en la igualdad de resultados frente a la mera reivindicación de la igualdad de oportunidades.

La defensa del *equalisandum* centrado en las oportunidades justificará las desigualdades observadas en la realidad y lo hará en base a los criterios de eficacia y libertad, fundamentalmente. Se trata de que todo individuo tenga la posibilidad teórica de acceder a cada una de las posiciones, bienes y logros existentes en la sociedad, si bien estos pueden ser perfectamente escasos y limitados y solo disfrutables, por definición, por algunos. Se trata de que todos los jugadores dispongan de la misma probabilidad de tener las mismas cartas, o de que todos los opositores a una plaza tengan garantizados los mismos criterios, etcétera. En los estados sociales y de derecho esto ha dado lugar a que todos los ciudadanos deben tener el mismo punto de partida, sin distinción de género, raza, religión, clase, etc. <<En otras palabras, el principio de la igualdad de oportunidades elevado a principio general apunta a situar a todos los miembros de una determinada sociedad en las condiciones de participación en la competición de la vida, o en la conquista de lo que es vitalmente más significativo, partiendo de posiciones iguales>> (Bobbio, 1977:78). Por supuesto, la consideración de cuáles son las condiciones iguales de partida, varía de sociedad en sociedad.

La concepción de que la igualación debe remitirse a las oportunidades aparece presente en toda la tradición liberal y socialdemócrata. Los igualitaristas liberales responden unánimemente que lo que se debe igualar son las oportunidades y no los resultados, ya que de igualar los resultados no habría lugar para la libertad individual. En lo que difieren los igualitaristas liberales es en lo que se entiende por oportunidades, es decir, en qué *equalisandum* es el más pertinente. Rawls considera que son los bienes primarios; Dworkin prefiere hablar de los recursos; Sen apuesta por las capacidades; Arneson propone las oportunidades para el bienestar y Cohen, el acceso a las ventajas.

Allen Buchanan (1985) ha sintetizado las diferentes concepciones igualitaristas basadas en las oportunidades en la siguiente tipología:

- a) Como *carreras abiertas a los talentos*, en oposición a la aristocrática concepción hereditaria de la carreras.

- b) Como *No Discriminación Comprensiva*. Supone la anterior así como la asunción de que existen barreras sociales y naturales (para razas, géneros, etnias, lenguas, etc.) para determinados individuos y/o colectivos, por lo que la igualdad de oportunidades precisa discriminar positivamente en aquellas situaciones que precisen de tal intervención.
- c) Como *Justa igualdad de oportunidades* o *Acción Afirmativa Fuerte*. Ésta se sitúa en la línea expuesta y defendida por Rawls (1971), de que la igualdad de oportunidades no puede limitarse a un ámbito formal, sino aproximarse a la igualdad de resultados que debería de servir de rasero y telón analítico de la actuación justa al nivel de las oportunidades, eso sí, dentro de un marco liberal que no impidiese la libre actuación personal.
- d) Como *Ausencia de Privaciones Inmerecidas*. No sólo se trata de actuar sobre las desventajas merecidas sino sobre los desafortunados, aún responsables de su mala fortuna, para que continúen llevando una vida digna.

Sin embargo, con un trazado más grueso, pueden sintetizarse las diferentes concepciones en una tipología más simple (Puyol González, 1995:48-50). Por una parte, estarían toda una serie de concepciones que pretenden igualar los medios para conseguir determinados objetivos y, por otro, igualar las probabilidades de éxito en las carreras hacia las distintas posiciones sociales para cualquier persona. La primera concepción atiende a la demanda moral de evitar las contingencias arbitrarias, tanto sociales como naturales, para lograr una determinada posición social por parte de los sujetos poblacionales (Rae, 1981:64-68).

Las desigualdades resultantes vendrían justificadas siempre y cuando este principio fuese considerado<sup>64</sup>.

Por otro lado, los críticos de este *equalisandum*, entienden que existen toda una serie de medios, que adoptan una forma marginal, generadores de desigualdades, de muy difícil, casi imposible, control social. La consecución de objetivos se inserta en una competición por su logro en la que influyen circunstancias adyacentes como la escolarización, la alimentación, los procedimientos burocráticos, la defensa jurídica, la herencia cultural o los mecanismos internos del mercado laboral, entre otros muchos. Se pueden controlar unos medios, pero existirán siempre una multiplicidad de ellos que escaparán a nuestro control, manteniendo impunes las desigualdades. Esta concepción igualitarista de las oportunidades encierra en sí misma una autocontradicción, pues supone basar una defendida igualdad sobre una desigualdad propugnada (Bottomore, 1977:148, Guisán, 1982:64)<sup>65</sup>. De esta forma, la única posibilidad de estudio de las desigualdades remite a la igualación de las probabilidades de éxito de todo el conjunto poblacional.

En un texto clásico de Bernard Williams, el autor explicitaba este planteamiento en base al ejemplo de una sociedad en la que existe una clase de guerreros en la que marginalmente su reclutamiento puede estar influido por la alimentación.

<<Supongamos que una sociedad determinada otorga un gran prestigio a los miembros de una clase guerrera, que poseen una gran fuerza física. En el pasado, los guerreros fueron reclutados entre las familias ricas, pero ahora los reformadores igualitaristas pro-

---

<sup>64</sup> Arneson (1987:87) entenderá como comparables aquellas situaciones en las que se cumpla alguna de estas tres condiciones: 1) Que las opciones sean equivalentes y que todas las personas tengan la misma capacidad para negociarlas; 2) Que si las opciones no son equivalentes, las personas tengan contraprestaciones que supongan una igualación de su capacidad de negociar; 3) Que las opciones sean equivalentes y que cualquier desigualdad en la capacidad de negociar sea responsabilidad del individuo

<sup>65</sup> <<La llamada "igualdad de oportunidades", no es generalmente sino un eufemismo para premiar un desigual reparto natural, cuando no social, de habilidades y capacidades. Y en esa medida podría alegarse que es "injusta", por cuanto atenta contra la *libertad igual*>> (Guisán, 1982: 64)

mueven un cambio en las reglas, de manera que los guerreros son reclutados de todos los sectores de la sociedad, sobre los resultados de una adecuada competición. El efecto de esto es que las familias ricas aún proporcionan virtualmente todos los guerreros, debido a que el resto de la población está mal alimentada por razones de pobreza y que su fuerza física es inferior a los ricos bien alimentados>> (Willians, 1961:126).

Pero igualar las probabilidades de éxito equivale en la práctica a igualar los resultados observados. Incidir con políticas de discriminación positiva intentado potenciar las dificultades marginalmente manifiestas existentes para un determinado colectivo, supone actuar sobre los resultados y concebir que éstos conformarán el ámbito apropiado de igualación.

Pero esto incidirá en la libre competencia social y del mercado de nuestras sociedades, con los consiguientes perjuicios que ocasionará al funcionamiento óptimo del capitalismo y de la libertad individual. Se ha intentado corregir las deficiencias del enfoque de la igualdad de resultados por medio de la consideración de una igualación total de resultados en todo aquello de lo cual el individuo no es responsable; pero permitir desigualdades con respecto a aquellas cosas que se consideran capacidades del individuo. Se consideran exentos de responsabilidad individual aquellos hechos que se asocian al individuo con independencia de sus acciones, por su origen y nacimiento. Se distingue así entre las acciones de una persona causadas por circunstancias que no están bajo su control de las que sí lo están. Sólo de estas últimas la persona es moralmente responsable, si bien las actuaciones personales, sobre las que recaerá tal responsabilidad, dependen directamente de su bagaje histórico-cultural (Roemer, 1993:150-156).

El análisis de las desigualdades, en sí, más allá de las políticas redistributivas, deberá dar cuenta del resultado, y en ese sentido, deberá medir las posibilidades diferenciales de acceso a determinadas situaciones, controlando probabilísticamente, y por tanto, con las desigualdades marginales intrínsecas, el resultado final observado. Pero no se agota ahí el análisis, pues, aún con los mismos niveles de renta, no todos los individuos tendrán la misma capacidad de

funcionamiento (Sen, 1992). De dos personas con los mismos niveles de renta, si uno es parálítico y el otro no, no existe la misma capacidad de realización de objetivos entre ellos (Cohen, 1989:916). Por lo tanto el análisis de las desigualdades de paso deberá matizarse con otro que de cuenta de la capacidad individual para conseguir funcionamientos particulares, al que haremos referencia en nuestro análisis de las desigualdades basadas en dicotomías nominales. Debemos reconocer que equiparar los recursos o la posesión de bienes básicos, no supone equiparar las *libertades* fundamentales de que disfrutaran unos y otros., <<puesto que pudo haber variaciones significativas en la *transformación* de los recursos y de los bienes básicos en los niveles superiores de libertades>> (Sen, 1992:47)<sup>66</sup>.

<<La distancia entre los *recursos que nos ayudan* a alcanzar la *libertad* y la extensión de la *libertad en sí misma* es importante en principio y puede ser crucial en la práctica. No sólo hay que mantener la distinción entre la libertad y las realizaciones alcanzadas, sino también entre la libertad y los recursos y medios para alcanzar la libertad>> (Sen, 1992:51).

En definitiva, la formulación y enunciación de las desigualdades precisa de la definición de un determinado aspecto o momento de igualación (condición, oportunidades y resultados) que varía doctrinalmente, lo cual hace muy complejo el análisis, por lo que propongo tomar en cuenta estos tres *equalisanda* a la hora de formalizar una metodología general de los análisis desiguales.

---

<sup>66</sup> Partiendo del análisis del propio Amartya Sen, es preciso diferenciar entre los objetivos (situaciones) alcanzados y la libertad para alcanzarlos: Si nos centramos en los resultados y analizamos, por ejemplo, los niveles de renta, nos encontraremos con el problema de que no todas las personas van a tener la misma capacidad de utilizar el mismo montante de renta. El conjunto presupuestario representa la extensión de la libertad de la persona para consumir varios bienes alternativos. Ese conjunto presupuestario depende de los recursos que posea la persona. Los recursos suponen pues los medios para alcanzar la libertad, mientras que el conjunto presupuestario es la extensión de la libertad misma (Sen, 1992: 50).

## 1.8. MULTIPLICIDAD DE ÁMBITOS SOCIALES DESIGUALITARIOS.

La amplitud de los ámbitos sobre los que se pueden estudiar las desigualdades es, también, de tal magnitud, que constituye otro de los factores relevantes de la complejidad del análisis de las desigualdades sociales<sup>67</sup>. Más aún, la diversidad de ambientes –de “esferas”, como prefiere llamar Walzer, (1983), en los que se puede exigir la igualdad, refleja realmente una diversidad más profunda; a saber: diferentes diagnósticos de baremos, diferentes puntos de vista de las nociones adecuadas y, ¿cómo no?, diferentes ventajas individuales en cada contexto. De esta manera, el problema de la diversidad no afecta sólo a la valoración de la igualdad. Las diferentes exigencias de igualdad reflejan posturas diversas con respecto de las cosas que tienen que ser directamente valoradas en ese contexto. Muestran ideas diferentes en cuánto a cómo deben evaluarse las ventajas de las personas frente a los otros. Las libertades, derechos, utilidades, ingresos, recursos, bienes elementales, satisfacción de necesidades, etc., ofrecen diferentes formas de ver las vidas respectivas de la gente, y, cada una de estas perspectivas, conducen a una visión correspondiente sobre la igualdad (Sen, 1992:37; Vallespín, 1995:18; Walzer, 1983, Rodríguez-Piñero et al., 1986:157-158).

Del mismo modo que hice con el uso de polisemias de la igualdad, se pueden recopilar, a modo ilustrativo, ámbitos susceptibles de análisis igualitario. Si acaso alguien pudiese dudar de la ingente cantidad de los mismos, aquí tiene

---

<sup>67</sup> <<El reconocimiento de pluralidad de ámbitos en los que se puede evaluar la igualdad puede hacer surgir algunas dudas sobre el contenido de la idea de igualdad>> (Sen, 1992:36). Kaelble se refería esa multiplicidad de ámbitos indicando que <<a los temas clásicos de la desigualdad en el patrimonio, en la renta y en las condiciones de trabajo se han añadido nuevos temas como la desigualdad en educación, en la vivienda, en la salud, en la esperanza de vida y en las diferencias en las migraciones. También se han hecho los primeros intentos por analizar las diferencias en la estructura familiar, en el ocio y tiempo libre y en la religiosidad>> (Kaelble, 1983: 31). Thomas Nagel considera que <<el debate contemporáneo reconoce cuatro tipos de igualdades: política, legal, social y económica>> (Nagel, 1979: 106). Sin embargo, estas tipologías, son estereotipadas, como reconoce Rae (1981: 66) y no entran en la estructura de los ámbitos sociales susceptibles de ser (des)igualitarios.



una lista, con títulos genéricos, de entre muchos otros que se podrían incluir en la misma.

Cuadro nº 7

**ÁMBITOS SUSCEPTIBLES DE SER SOCIALMENTE DESIGUALITARIOS**

Acceso a la cultura	Hambre	Política
Acceso a las ocupaciones	Herencia Ocupacional	Prestigio
Actitudes	Homogamia matrimonial	Producción
Aptitudes	Idioma	Profesiones
Asalariados	Infancia	Raza
Bienes elementales	Información	Recursos
Bienestar	Infraestructuras	Relaciones personales
Cargas fiscales	Ingresos	Relaciones de producción
Casta	Inmigrantes	Renta
Ciudadanía	Instituciones	Riqueza
Clase	Instrucción	Salarios
Condiciones de trabajo	Inteligencia	Salud
Constitución	Justicia	Sanidad
Consumo	Lenguaje	Seguridad ciudadana
Cultura	Leyes	Seguridad en el empleo
Demografía	Libertades	Seguridad en el trabajo
Deportes	Masculinización social	Seguridad Social
Derechos	Movilidad ocupacional	Servicios Sociales
Desarrollo Regional.	Movilidad Social	Sexos
Desequilibrios territoriales	Morbilidad	Status
Disparidad salarial	Mujer	Tareas domésticas
Edad	Nacionalismos	Tercer Mundo
Educación	Necesidades básicas	Trabajo
Equipamientos	Nutrición	Trato
Empresarios	Ocio	Universidad
Enfermedad	Ocupación	Urbanismo
Envejecimiento poblacional	Oportunidades	Vejez
Enseñanza	Origen Social	Vivienda
Fecundidad	Pensiones	
Feminización social	Pobreza	
Gasto	Poder	

Algunos autores se han limitado a mencionar la diversidad ambiental. Otros han intentado simplificaciones y tipologías, como la de Kerbo (1983:10), diferenciando entre ámbitos referidos a las cualidades individuales distinguibles (edad, sexo, conocimientos, raza, ideología, etc.) y los ámbitos referidos a roles sociales (ocupación, cargos, etc.).

Sin embargo, los ejemplos más radicales de reduccionismo ambiental se aprecian en la teoría marxista más ortodoxa. La consideración de la teoría de

clases como explicación, *en última instancia*, de las desigualdades sociales, llevada al extremo, (extremo que nunca ha sido la tónica de los teóricos marxistas ni mucho menos del propio Marx<sup>68</sup>), reduciría todo a un único ámbito materialista y centrado en las relaciones de producción.

Pero si el marxismo ha sido explícito en la consideración de que no se puede llegar a tal reduccionismo, no es menor el grado de reconocimiento de la multiplicidad ambiental de los Funcionalistas y, en mayor medida, de los Weberianos.

El reconocimiento de esa multiplicidad no ha impedido que se llevasen a cabo intentos de jerarquización o de acentuación en la relevancia que determinados ámbitos tienen sobre otros (Sen, 1992:7-8). Así Salvador Giner (1976:121-122) ha puesto de relieve la importancia de esa multidimensionalidad, critica los análisis reduccionistas y sitúa el análisis en tres ámbitos especialmente relevantes: los status, las clases y el poder<sup>69</sup>. Dahrendorf menciona cuatro ámbitos analíticos de las desigualdades: 1) las diferencias naturales de los tipos de características, caracteres de personalidad e intereses; 2) las diferencias naturales de talento e inteligencia; 3) las diferencias en las posiciones sociales y 4) las diferencias de prestigio en los distintos status sociales (Dahrendorf, 1968:154)<sup>70</sup>.

---

<sup>68</sup> Véase apartado 3.5.2 de este trabajo.

<sup>69</sup> <<La desigualdad social (no simplemente natural, sino la sancionada por fuerzas sociales, es decir, ideologías, gobiernos, modos de dividir el trabajo) puede ser convenientemente presentada, puede presentarse unidimensionalmente como estratos o clases, [...] pero en realidad parece poseer varias dimensiones. Por lo pronto, los hombres se agrupan en instituciones unidas por una jerarquía de *status*, un código de honor y lealtad y un modo de vida específico: iglesias, ejércitos, colegios profesionales, universidades, sindicatos, obreros. Estos a su vez, a menudo cortan verticalmente la gradación en rangos que imponen clases, estamentos o castas. Tan sólo esto impone ya una bidimensionalidad a la desigualdad social, la cual tiene una dimensión de colectividad a un mismo nivel (por ejemplo, una clase social) y otra de grupo de pertenencia a una institución, con su jerarquía interna, su espíritu de cuerpo y su lealtad de unos miembros para con otros. [...] Hay que tener presente una tercera dimensión que complica a un más la desigualdad: el poder>> (Giner, 1976: 121-122).

<sup>70</sup> No hay que confundir lo que es una tipología de ámbitos con una tipología de desigualdades según las características de estas. Así por ejemplo, no debe confundirse la propuesta de Sartori (1988: 420), comentada en pag. 6 de este texto, en la que distingue cuatro tipos de demandas igualitaristas: jurídico-legal, social, de oportunidades y económica. Cada una de las cuales puede ser perfectamente aplicable a ámbitos diferentes.

Walzer ha llevado a cabo un análisis sobre los puntos en común de la obra de autores igualitaristas de la talla de Rawls o Dworkin. Pero no hay pautas o criterios únicos para delimitar lo que sea un nivel de igualdad justo: igualdad de oportunidades o igualdad de resultados; posesión total de un determinado bien o posesión en función de algún criterio, como la necesidad, por ejemplo.

## 1.9. IMPRECISIÓN DE LA SOCIOLOGÍA DE LAS DESIGUALDADES.

La Sociología no ha conseguido, en su corta historia como disciplina institucionalizada, definir de forma unánime, cuál es su objeto específico de estudio. Ello atañe directamente al tema de desigualdades sociales por la dificultad que entraña delimitar con precisión cuál es ese carácter *social* de las desigualdades humanas. Esta cuestión es importante porque si queremos delimitar cuáles son las desigualdades sociales, precisaremos delimitar cuáles son las desigualdades que queremos referir como de carácter social.

La indefinición del objeto de la sociología ha sido una constante de referencia de todos los sociólogos que en diversos momentos han intentado sintetizar ese cometido. El propio Ortega y Gasset<sup>71</sup> muestra su sorpresa intelectual ante el hecho de que los libros de sociología no nos dicen nada claro sobre qué es lo "social". Refiriéndose a Comte, Ortega señala que de las cinco mil páginas que suman sus obras de sociología, apenas puede encontrar "líneas bastantes para llenar una página que se ocupe de decirnos lo que Augusto Comte entiende por sociedad". Y, en general, ésta es la situación de la mayoría de los clásicos posteriores.

Es conocido el desconcertante análisis de P. H. Furfey (*The Scope and Method of Sociology*), quien en 1953 somete a examen nada menos que ochenta y una definiciones de Sociología que han sido propuestas por diferentes autores

---

<sup>71</sup> Ortega y Gasset, J. (1958): *El hombre y la gente*, Madrid.

y escuelas a lo largo de su historia. Unos definen a la Sociología como el estudio de los "grupos sociales"; otros, como el estudio de las "relaciones sociales" o de las "formas" de relación social, etc. Los "fenómenos sociales", los "hechos sociales", la "acción social", las "instituciones" o la sociedad en su conjunto, han sido otras tantas formas en que los sociólogos han definido el objeto propio a la disciplina. Y, desde, 1953, el panorama no ha hecho otra cosa que complicarse progresivamente. Como señalará R. Aron, en el único punto que hay acuerdo sobre la definición de sociología es el la dificultad de la definición (Aron, 1965:15).

En ocasiones se ha intentado simplificar la definición haciendo una referencia al estudio de lo social, pero ello va a conllevar problemas de delimitación disciplinar con otras ciencias, como la Antropología, la Historia, la Psicología Social y, desde una perspectiva amplia, la economía, el derecho, el urbanismo, la politología, etc.

Se ha intentado explicar esa indefinición sociológica por 1) la coincidencia del sujeto investigador con el objeto investigado: el hombre; 2) la proximidad de la investigación sociológica al lenguaje coloquial, dando entrada a cualquier persona que quiera o considera oportuno opinar sobre cualquier tema; 3) la Sociología comparte objeto con las demás Ciencias Sociales en una posición, además, con frecuencia, residual, para llenar los espacios que *todavía* no eran abordados por ninguna disciplina específica<sup>72</sup>; 4) por último, algunos autores atribuyen el problema simplemente a una presunta *inmadurez científica*, que se supone quedará resuelta en buena medida *cuando pase cierto tiempo* y se vayan acumulando experiencias y conocimientos. El estudio de las desigualdades sociales, como cualquier otro de los que se desenvuelven en el ámbito de la so-

---

<sup>72</sup> Los aspectos sociales que van generando un campo específico de conocimientos, se convierten en dominios científicos independientes, como la Economía, la Politología, la Demografía, el Urbanismo, etc. La Sociología pasa a ser una especie de *cajón de sastre* que intenta profundizar y especializarse en aquellos ámbitos temáticos no especialmente tratados por otras ciencias.

ciología, ha de cargar necesariamente con ese lastre, añadiendo un nuevo punto de complejidad a los ya expuestos.

Carlota Solé señala como la sociología surge y se desarrolla inicialmente a partir de cuestiones en torno a las desigualdades sociales con una clara perspectiva de superarlas (Solé: 1996:19-20). Sin embargo, tras resaltar ese hecho, apostilla que las desigualdades son inevitables. ¿Cómo es posible constituir una ciencia sobre la superación de lo inevitable?

María Ángeles Durán alude a esta problemática general del análisis de las desigualdades, extendiéndola a todas las fases del mismo, centrándolo en el posicionamiento político-valorativo, que exige este objeto de estudio:

<<En tanto que la igualdad ha adquirido el rango de valor político básico, es imposible realizar una investigación sobre este tema sin que implícita o explícitamente se convierta en un juicio político. El mero comienzo del proceso de reflexión es ya un acto de consecuencias políticas, y sigue siéndolo la selección del marco de referencia, la delimitación de los sujetos y las unidades globales, el objetivo específico de desigualdad observado, el tipo de instrumento manejado en la investigación y el tratamiento dado a los resultados>> (Durán, 1994:62)

Pero al margen de esa consideración de carácter general, la sociología es especialmente difusa en el tema concreto de las desigualdades. Éstas fueron tradicionalmente relegadas al ámbito disciplinar de la Estructura Social y, de allí, a un apartado marginal, objeto de referencia al hablar de clases y estratos, en posición central, y con una relativamente frecuente referencia a la misma como justificación heurística desigualitaria.

La Estructura Social, como disciplina académico-científica, no centra su interés en el estudio de las desigualdades, sino en lo que se supone su verdadero objeto: la *organización social*. Ciertamente, que esa organización es vista como generadora de desigualdades y eso ha generado una confusión tan grave como frecuente, entre lo que son las desigualdades asociadas al sistema de organización social y el estudio de las desigualdades sociales en sí mismo.

El postulado teórico de la Estructura Social no ha resuelto con unanimidad toda una serie de cuestiones primarias del análisis desigualitarista, de entre las cuales, traemos tres aquí a colación:

- 1) ¿Qué relación tiene la estructura social con las desigualdades?
- 2) ¿Existe una desigualdad social, expuesta en la teorías de estratos y clases sociales, que puede considerarse como única o generadora de otras muchas, o, por el contrario, hay que hablar de desigualdades en general, relegando la división en clases o estratos a una más entre muchas?
- 3) ¿Existe una concepción unánime en general sobre las desigualdades de clase o estratos o, por el contrario, no hay criterios unánimes y consensuados en la tradición sociológica?.

La respuesta a estas cuestiones pasa por la consideración de la propia polisemia que también encierra el concepto de estructura social, así como por la consideración multiparadigmática de la interpretación de la misma. Y si la concepción teórico-heurística de la estructura social es multiparadigmática, también lo será la interpretación y explicación que sobre las desigualdades estructurales encontraremos en la teoría sociológica. Básicamente, el estudio de las desigualdades asociadas a la estructura social se ha asimilado con el estudio de las posiciones sociales. Exceptuando las teorías de carácter moral o las naturalistas, la perspectiva más sociológica se refiere a los condicionantes estructurales de la vida social. Los funcionalistas han puesto el acento en los estratos –como agregados de individuos de similar prestigio, propiedad y poder– y los marxistas, en las clases, cuidando la explicación desigualitaria de las mismas y como alternativa heurística en los estudios de estratificación social <<el estudio de las clases sociales pretende descubrir la distribución de las <<recompensas materiales y

simbólicas>> (Crompton, 1993:17)<sup>73</sup> en la sociedad. La estructura social es un sistema de significados que persisten en la sociedad y explican y justifican culturalmente las desigualdades económicas y sociales. Se han elaborado diferentes síntesis y resúmenes de las principales teorías explicativas de las desigualdades de clase y en estratos sociales<sup>74</sup>, pero una solución amplia rigurosa de las mismas ha de considerar, al menos, los tres paradigmas presentados en las diferentes concepciones de la estructura social (marxistas, funcionalistas y weberianos) y, de entre ellos, hay que distinguir significativas diferencias interpretativas.

El estudio de las desigualdades sociales es, no obstante, abordable desde muchas otras áreas y disciplinas sociológicas: algunas de ellas clásicas en los planes de estudio, como la Estructura Económica, Sociología Política o Sociología del Conocimiento, y otras emergentes entre los nuevos planes, Sociología del Desarrollo, Sociología del Género, la Sociolingüística; también es frecuente, y relevante, su tratamiento en los contextos de la Sociología Urbana y Rural, la Sociología Industrial, de la Empresa y de las Organizaciones, el Cambio Social, etc. y, en sus fundamentos teórico analíticos, en Teoría Sociológica, Métodos y Técnicas, Sociología del Conocimiento, Historia de la Ideas y de las Formas Políticas, etc. En fin, la sociología estudia las relaciones sociales en ámbitos distintos y cada uno de ellos es susceptible de relaciones humanas desigualitarias. Existe multidisciplinariedad en las aportaciones teóricas que sustentan el

---

<sup>73</sup> En una línea similar podríamos citar diferentes definiciones que asociarían el estudio de clases sociales con el de las desigualdades: <<Una clase es un agregado de individuos con poder, ingresos, propiedad y ocupación semejante o de algún modo equivalentes dentro del sistema de desigualdad general de una sociedad. La clase social de las gentes viene determinada, sobre todo, por su posición dentro de la división general del trabajo, así como por sus recursos y poder en el seno de la sociedad>> (Giner, 1985: 124-125); Un marxista como Pierre Laroque entiende que las clases sociales son <<grupos relativamente cerrados de dignidad desigual>> (Laroque, 1971: 5); Parkin entiende que <<uno de los objetos de la teoría de las clases ha sido el identificar la línea básica de división social dentro de un determinado sistema>> (Parkin, 1979: 15).

<sup>74</sup> Rosemary Crompton describe tres tipos principales de esquemas de clase: los de sentido común, los de prestigio o status ocupacional cuya pretensión es medir el rango o valor societal de tipos particulares de ocupaciones para toda la población y los teóricos o relacionales (Crompton, 1993: 31-32)



análisis desigualitario y, recíprocamente, todas las parcelas de la sociología se nutren de dicho análisis.

Pero, si la Sociología no ha sido muy precisa en sus soluciones teórico-metodológicas, no ha ido mucho mejor la solución aportada por otras disciplinas. Por ejemplo, la escasa aportación de la Economía (Sen, 1973:19), debido, en buena parte, a evitar el enfoque ético de las perspectivas igualitaristas y el escaso interés por enfrentarse a los aspectos conflictivistas de las situaciones igualitaristas. Tengamos presente que, básicamente, la igualdad y el crecimiento igualitario vienen a superponerse a un crecimiento económico subyacente, de forma que no hay desarrollo en los casos de crecimiento desigualitario y sí lo hay en el caso de crecimiento económico igualitario. Por ello, el entronque económico debe realizarse desde una perspectiva política, que ayudará a trazar las reivindicaciones igualitaristas transversales<sup>75</sup>.

## **1.10. CONNOTACIONES POLÍTICO-MORALES.**

### **1.10.1. El contexto ético político de su reivindicación.**

La idea de igualdad es, inicialmente, un principio moral. Se trata de un deseo que es preciso aceptar tautológicamente, como una doctrina. De hecho, en ocasiones, se ha considerado como una de las bases sustanciales de la moral: <<un principio para que la moral sea posible>> (Valcárcel, 1994:1). Hemos de tomar ese origen moral como un principio definidor de la misma y, a la vez, como un factor más de complejidad del concepto<sup>76</sup>.

---

<sup>75</sup> Un ejemplo coloquial sencillo, familiar en Sociología Política: La derecha liberal quiere crecimiento, aunque sea a costa de ciertas desigualdades y la izquierda pone el acento especialmente en la igualdad, como justicia social. Véase el artículo de opinión de Felipe González Márquez en el diario *El País* (p. 27) aparecido en un día tan simbólico como el 18 de Julio (de 1996) titulado <<Riqueza y desigualdad>>

<sup>76</sup> Sobre la definición del concepto de igualdad como principio político-moral, se insistirá en el capítulo 5º de este trabajo. Aquí, me limitaré a reflejar la complejidad que conlleva su desarrollo y formación conceptual en esa base de los grandes principios morales.

Como idea moral, tendrá su reflejo en el sistema de valores de cada persona y con ello nos enfrentamos a uno de los más graves y complejos dilemas de la deontología científica: la dual incidencia de razones y sentimientos en los actos y decisiones humanas.

<<En cuanto valor, la igualdad se conecta directamente con el ámbito de los sentimientos y las pasiones, poco sensibles a la lógica o a la evaluación objetiva. Ningún estudio científico podrá obligar a una sociedad o a un individuo a optar entre valores en conflicto, aunque muestre las posibles consecuencias derivadas de uno u otro tipo de acción>> (Durán, 1994:62)

La filosofía contemporánea ha abordado la idea de igualdad desde esa perspectiva y han sido muchos los que han dejado constancia de ello (Valcárcel, 1994:1-15; Ferrater Mora, 1979:1617, Nozick, 1974, Schoeck, 1969<sup>77</sup>, Vallespín, 1995). La igualdad, como principio ético, es considerada un deber ser, una suposición, una aspiración<sup>78</sup>. Dejemos a Ferrater Mora explicar ese *principio moral* en el que se define la igualdad:

<<El terreno en el cual se opera –o, más precisamente, se debe operar– es un terreno moral. Hay entonces razones para afirmar que el principio “los hombres son iguales” –en el sentido de “los hombres deben ser iguales”, “ningún hombre debe contar ni más ni menos que otro”, etc.– es un principio moral, siendo inmoral la afirmación o serie de afirmaciones contrarias>> (Ferrater Mora, 1979:1617).

Teóricos importantes del igualitarismo contemporáneo, como Rae, Rawls, Dworkin o Walzer, separados en cuanto a la percepción conceptual, temática y analítica, coinciden también en ese carácter moral de la idea de igualdad. Amartya Sen volverá sucesivamente a esa idea repreguntándose el ¿por qué de la igualdad? e inaugurando así un vía de investigación que tiene un primer

---

<sup>77</sup> Schoeck y Nozick, entre otros, consideran que la igualdad es una idea moral que recalca en la idea de justicia, pero en la base, lo que justifica la resolución de una política igualitarista, es la solución de la natural envidia humana, consustancial a su ser.

<sup>78</sup> Frente a la concepción *ética* de la igualdad, podría oponerse una rudimentaria concepción *óntica*, que tendría su representación en el mito de Procasto, el cual, dado el tamaño desigual de las personas y ante el problema de que tenía lechos de un único tamaño, optó por adaptar las personas a las camas, cortándole las piernas a aquellos que sobresalían de las mismas. El carácter ético acepta la diversidad humana y adapta el mundo material a ella.

escollo de complejidad en la difícil solución de por qué investigar la igualdad o de por qué tratar de crear una sociedad con situaciones más igualitarias.

La moral no supone únicamente un valor en sí misma, sino que <<es el punto de partida de la teoría particular de los deberes y del derecho>> (Sevilla, 1979:44). Es, como Kant indicó, una guía personal cognoscitiva que nos responde a ¿qué debo hacer? (Kant, 1785:84). Es el principio de autoridad de la actuación personal política y social que señala Popper (1963:213). Y, en fin, la igualdad, señalará Atkinson (1975:14), se basa en un *juicio* moral.

Como otros muchos grandes principios de carácter moral, la idea de igualdad ha pasado al ámbito político (Valcárcel, 1994:1-2) y su aplicación concreta a los ámbitos de la justicia legal, de la economía y de la teoría sociológica en general. Será en el entorno de estas últimas donde se asimile con ideas modernas como las de ciudadanía, equipotencia, oportunidades, etc.

Las ideologías políticas resumen todas las aspiraciones morales y con ellas, las diferentes tomas de posición y concepciones de la igualdad, mostrando la heterogeneidad y divergencias observables en su concepción contemporánea<sup>79</sup> (Threlfall, 1994; Rae, 1981), reflejando, a su vez, la complejidad para definir un fenómeno que no sólo es tautológico, sino diverso y divergente como aspiración y concepción humana. Su análisis sociológico será en base a sus fundamentación político-moral –lo que Dahrendorf parafraseará en el título de uno de sus

---

<sup>79</sup> Los partidos políticos de izquierda defienden una igualdad de oportunidades como eje de su identidad ideológica; los partidos conservadores, sin embargo, también tienen ese concepto como eje ideológico, pero entre ambas posturas partidistas hay importantes diferencias. Para los partidos de izquierdas, la igualdad de oportunidades se centra en el punto de partida, en la carrera en la vida, el partir de la misma base, eliminando tanto los privilegios heredados como los obstáculos discriminatorios. Se sobreentiende que si hay un punto de partida igual, los resultados serán más parecidos que si no hubiera existido la política de igualdad. La postura conservadora mantiene un planteamiento similar entendiendo que es deseable un punto de partida igual o semejante para que durante la carrera de la vida sean los "mejores" los que ganen. Se acepta que unos acaben más adelantados que otros, y no importa cuánto. En este sentido, la igualdad de oportunidades es casi un mecanismo de repartición de posiciones para que al final haya, no una mayor igualdad, sino una desigualdad más justa, más merecida, más ligada al esfuerzo personal que haya invertido cada concurrente individual.

trabajos sobre las desigualdades como: <<una reflexión de un sociólogo sobre un tema clásico de la Política>> (Dahrendorf, 1968:179)–.

Concebirla como un principio moral relega la complejidad al ámbito de lo subjetivo. La definición moral no supone ninguna simplificación, sino más bien lo contrario. De una parte puede representar una idea neutra, se acepta como principio moral, subjetivo, y nada más. Pero además de principio moral, es un valor (dogmático y *cuantificado*) y una relación (Valcárcel, 1995:65). Se cuantifica, se opone y asocia a otros valores, se traspasa a otros ámbitos y, especialmente, al de la política; en fin, se interioriza en función de las culturas, las personalidades individuales, los intereses de cada uno etc. La heterogénea idea moral original ha de resolverse en ámbitos concretos de la intersubjetividad humana (Walzer, 1983) para no caer en una excesiva abstracción que nos conduzca a un camino de irresoluciones frente a los problemas igualitaristas (Vallespín, 1995:18). Tendrá su reflejo en las ideologías partidistas, en los diferentes regímenes políticos instaurados (Vargas Machuca, 1994), en las constituciones de los diferentes estados (Rawls, 1971:14), en la distribución económica (Francfort, 1987:21, Goodin, 1987, Lucas, 1965, 1980) y en el conocimiento general (Camps, 1994).

Retomado en el ámbito político, se le reconoce cierto origen moral, pero se defiende su desarrollo específico en la *praxis* política (Roemer, 1994:28-29). En concreto, se materializará regulativa y operativamente en los marcos jurídico-legales, inundando toda la vida pública e institucional. Abandona, por tanto, su carácter volitivo para convertirse en un hecho efectivo y real. La igualdad se convierte en idea motriz del ordenamiento jurídico<sup>80</sup>, reflejada en las constituciones democráticas y, entre ellas, la española, que en su artículo 1º se refiere a una serie de principios, como la libertad, la justicia o el pluralismo y, con ellas

---

<sup>80</sup> Como Alexander Rosenberg (1995) indica, los Estados modernos son, en sí mismos, agentes morales (pasando así, de centrar el análisis de lo individual a lo societal). La razón de ser del Estado es considerada por Rosenberg como una agencia colectiva que debe proveer igualdad, entre otros valores.

la igualdad, como uno de los valores superiores del ordenamiento jurídico español. En desarrollo de ese principio, el artículo 14 de nuestra Constitución declara a los españoles iguales ante la Ley y prohíbe toda discriminación entre ellos. Y en coherencia con esa caracterización del Estado encomienda a los poderes públicos, en el art. 9, la creación de las condiciones que hagan posible que la libertad e igualdad sean reales y efectivas, sin obstáculos que impidan o dificulten su plenitud.

Su desarrollo, no obstante, no se limita a los ámbitos políticos y jurídicos, sino que se extiende a todas las instituciones sociales<sup>81</sup>, bajo las cuales aparecen concepciones claras y demandas específicas de mayor igualitarismo. La noción de igualdad se interioriza individualmente (Berger/Luckman, 1966) a partir de los parámetros culturales que comporta cualquier proceso de interiorización de referentes ético-políticos. Todos los individuos poseen una determinada concepción igualitarista, discernible implícitamente en su discurso, pero condicionada culturalmente. Sobre esos condicionantes sociológicos ponemos nuestra especial atención.

Joaquín Almunia, en su presentación de *las I Jornadas sobre Distribución de la Renta y la Riqueza*<sup>82</sup>, hace mención expresa a la complejidad ética del concepto de igualdad:

<<Hablar de igualdad desde una perspectiva ética, nos introduce en un terreno complejo, en el que no siempre es fácil establecer consensos y dónde es muy probable toparse con posiciones contradictorias en cuanto se abandonan los planteamientos generales y se trata de descender a lo concreto. Es muy difícil a veces afirmar que X es igual a Y en el sentido de "X semejante a Y" cuando los términos de comparación se refieren a personas insertas en una sociedad, o a la renta percibida por las personas; pues bien, la cuestión deviene aún más compleja si tratamos de establecer preferencias éticas acerca del grado de igualdad que se acerca más a nuestra particular acepción de la justicia>> (Almunia, 1993: VIII).

---

<sup>81</sup> Algunos autores, como Kaelble (1983: 34) diferencian entre desigualdades sociales y desigualdades políticas y, si tal diferenciación puede tener un sentido práctico de acotación en determinadas analíticas, nada induce a excluir lo político de lo social.

<sup>82</sup> Organizadas por la Fundación Argentaria en Madrid en 1993

### 1.10.2. Responsabilidad ética y social de las desigualdades.

La aceptación de las diversidades humanas y de la diferenciación universal de los individuos, tomados dos a dos, aún evitando la discusión sobre el carácter natural de las desigualdades sociales, aboca hacia el cuestionamiento sobre la responsabilidad social o personal de tales desigualdades y de si debemos actuar o no sobre ellas.

Planteando esto de otra manera: si acepto la existencia de desigualdades observadas y, a su vez, acepto el principio de la diversidad humana, por qué tengo que intervenir en su corrección igualitarista. La diversidad genera desigualdad de oportunidades ¿tengo, pues, que intervenir sobre las diferencias observadas, sobre todas las diferencias o sobre algunas sí y otras no?.

La respuesta a estas cuestiones ha llevado a la formulación teórica de las desigualdades de responsabilidad social y personal. Hay desigualdades que no son obra o causa de la acción personal. Por ejemplo, nacer ciego supone una desventaja de la cual no se puede considerar responsable al individuo invidente. Más aún, ser hijo de agricultor, no supone una responsabilidad personal, si bien, la estructura profesional es un constructo social derivado de la acción y organización colectiva.

El caso del invidente, además, puede llevarnos a la conclusión de que no se trata de una situación desigualitaria, tal como aquí se ha definido dicha situación, sino tan sólo de *un hecho diferencial*, aunque ello conlleve unas evidentes desventajas de partida para la consecución de determinados logros, materiales o espirituales, lo cual si puede suponer una desigualdad de oportunidades.

Lo mismo cabría decir en el caso del hijo del agricultor, ya que pertenecer a esa categoría ocupacional no tiene porque implicar *a priori* ninguna desigualdad social, ni siquiera respecto a las rentas o a los ingresos. De hecho, podría ser posible una sociedad en la que el agricultor percibiese el mismo salario que cualquier otro profesional, gozando del mismo nivel de bienestar material y espiritual. Ahora bien, si en una estructura social dada se observan unas pautas

determinadas de herencia ocupacional, de forma que los hijos de los miembros de determinada clase o grupo ocupacional tienen barreras, aunque sean simplemente culturales, en ese caso existe una situación de desigualdad social, medible por su probabilidad de paso a otras categorías o situaciones sociales.

Por el contrario, puede haber responsabilidad en que un individuo trabaje más o menos, se esfuerce, se arriesgue o estudie más, sin que ello conlleve diferencias en sus niveles de bienestar material observado.

Allen Buchanan (1985) deriva el principio de *prevención de desventajas* de este principio de responsabilidad personal. Ello implica que nosotros somos moralmente responsables de las discapacidades de ciertas personas, si bien no hemos sido causantes, socialmente, de las mismas.

Es opinión generalizada que es preciso distinguir entre las dotes naturales del individuo y las influencias sociales de las que goza el mismo. Determinadas dotes naturales, como la inteligencia, de partida distribuida desigualmente entre los individuos, es cuestionada como principio descompensatorio a reequilibrar<sup>83</sup> y por eso la injusticia de las contingencias naturales que el azar reparte entre las personas debe corregirse no por la igualdad de oportunidades, sino por el *principio de la diferencia*, el cual postula que <<las mayores expectativas de los miembros mejor situados de la sociedades son justas si y sólo si actúan como parte de un esquema que mejora las expectativas de los miembros peor situados de la sociedad>> (Rawls, 1971:15).

El principio de la diferencia como compensatoria del reparto desigualitario de dotes naturales es criticado por Dworkin quien propone abandonar la distinción entre igualdad de oportunidades y principio de la diferencia, y subsumir ambos principios bajo uno solo: la igualdad de recursos. La igualdad de

---

<sup>83</sup> Así se manifiesta, por ejemplo, Rawls (1971: 99-100), quien considera que no es prudente que opere el principio equitativo con respecto a la inteligencia, puesto que de hacerlo eliminaríamos la incentivación a la potenciación de los talentos y provocaríamos, como consecuencia, un estado de ineficiencia económico-productiva.

recursos supone igualar los medios materiales que condicionan las circunstancias de la persona, haciéndola responsable sólo de sus preferencias.

Esto ha sido criticado por autores como Arneson, Cohen o Roemer, quienes han insistido en que las preferencias individuales no son tan voluntarias como pretende Dworkin, sino que son producto de su biografía y entorno cultural, por lo que abogan por considerar un marco bienestarista referencial para cada sociedad, en el que incluirían todas las desigualdades, bien fuesen naturales o sociales, y compensarían a los desfavorecidos en cualquier caso.

### **1.11. NATURALEZA DUAL DE LA DESIGUALDAD.**

El hecho único y real de la desigualdad social tiene una doble versión, inseparable pero clara, y necesariamente diferenciable, como las dos caras de una misma moneda. De una lado, la igualdad es una *idea*, una demanda político moral, una reivindicación histórica, conceptualmente condicionada y enmarcada en unas coordenadas espacio-temporales a considerar. Por otro lado, la desigualdad es una forma de interrelación social real, observable y mensurable.

Entre la una y la otra existe una relación funcional y, a la vez, cierto grado de autonomía. La igualdad, como concepto, evoluciona, vive en constante y lenta transformación, dependiendo, cómo no, de las relaciones sociales reales observables en la sociedad, entre otros condicionantes que la contextualizan. Las reivindicaciones igualitaristas surgen con frecuencia ante patentes situaciones de desigualdad social, pero su relación no es determinística; no siempre que se observan situaciones de desigualdad aparece la idea igualitarista en esa cultura. Como idea, se conforma en la mente humana y en los esquemas de valores de cada individuo a partir de la experiencia vivida, de lo aprendido, de la realidad observada y, en definitiva, de las formas sociales de interrelación que son susceptibles de desigualdad. Pero eso no implica que cada idea o forma de desigualdad tenga su imagen conceptual en el esquema de valores de los individuos.

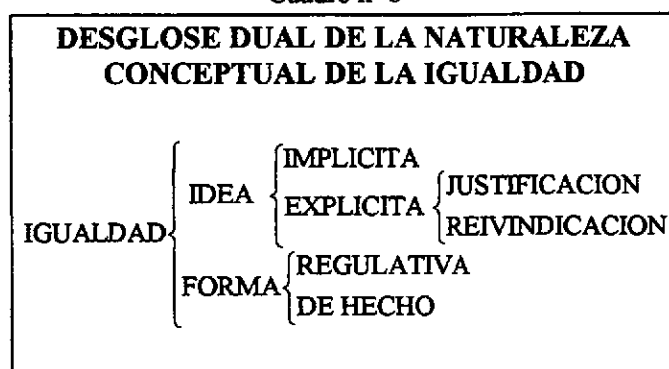


Existen ideas igualitaristas, como deseos de interrelación social en *equifonía* o *equipolencia* que no existen en la realidad, que son imaginados como posibles. Inversamente, existen formas de desigualdad que no están presentes en la cosmología cognoscitiva de las personas de una sociedad dada.

Podemos partir de las ideas igualitaristas, para concluir que no todas tienen su imagen en una realidad observada, lo mismo que, si partimos de las formas reales de desigualdad, no todas tienen un reflejo en la cultura de cada sociedad. De esa forma es comprensible que durante siglos no se hablase de las desigualdades por género, se legitimase la esclavitud como natural o que se considere como *cuasinatural* que una parte de nuestros conciudadanos estén carentes de una buena parte de los bienes y equipamientos que para otros muchos son naturales, —pongamos por caso, el empleo, por no referirnos a situaciones del tercer mundo o de colectivos gravemente excluidos y marginados—. En determinadas sociedades es posible apreciar aspectos muy desigualitarios sin que aparezca reflejada reivindicación político-moral alguna referida a la igualdad.

La igualdad se resuelve en un concepto de doble naturaleza, como idea y como forma. A su vez, la idea puede ser explícita, como justificación o reivindicación, o implícita. En cuanto a la forma, puede ser observable como tal desde una perspectiva regulativa o, compatiblemente, como igualdad de hecho. Todos estos componentes pueden resumirse en un esquema gráfico, tal como aparece en el cuadro nº 8. En los apartados siguientes iré desentrañando todos y cada uno de esos componentes, hasta reconstruir ese mismo esquema de la naturaleza conceptual de la igualdad.

Cuadro nº 8



### 1.11.1. Carácter dual: como idea y como forma

Es posible entender las desigualdades sociales como hilemórficamente descomponibles en materia y forma, siendo la primera de carácter totalmente ideológico-cultural y, la segunda, una forma de interrelación social observable.

Entender la igualdad como una idea supone concebirla como socialmente construida. Supone adentrarnos en el espeso campo de la *sociología del conocimiento* y de los procesos de *interiorización* y *exteriorización* de ideas y valores. Supone, en fin, entenderla como un *referente cultural*, existente en cada sociedad dada, que moldea y es moldeado por cada persona particular individualmente considerada.

El estudio de la igualdad, como idea, requiere una reflexión sobre ese proceso de construcción social que la configura. Proceso que genera discursos explícitos en los que serán perceptibles argumentaciones justificativas de las desigualdades percibidas como tales y discursos reivindicativos de otras desigualdades que se mantienen en el ámbito de lo deseable. Esos discursos forman parte de la idea construida y conformarán una evolución ideológico-cultural, perceptible en los análisis teóricos de sociología, política y filosofía social, tanto en la actualidad como a lo largo de la historia.

La estrategia investigadora diseñada y, paralelamente, expositiva, recorrerá todos esos procesos *paso a paso*. En primer lugar me detendré en una bre-

ve reflexión que intentará discernir en qué consiste y cómo se produce (y reproduce) ese proceso de construcción social de las desigualdades (cap. 2º). Una vez acotados sus parámetros principales y caracterizadas las vías abiertas por dicho proceso constructivo, se hace preciso concretar cuáles han sido las principales manifestaciones ideológico-culturales construidas a lo largo de la historia occidental. Desarrollaré esa reflexión en dos etapas. En primer lugar, centrándome en la génesis del concepto de igualdad y, con ello, en los principales *modelos-tipo* de concepciones igualitaristas que hemos conocido y heredado a lo largo de la historia de nuestro entorno cultural. En una segunda etapa, me centraré, con mayor amplitud, en las principales teorizaciones conceptuales post-ilustradas y contemporáneas.

Pero la igualdad no se agota en su naturaleza ideológico-cultural (Walzer, 1983:17), sino que se materializa como forma de organización social tanto en el interior de cada institución como en el amplio sistema de organización social general y, ello, en una multiplicidad de ámbitos que van desde lo individual a las relaciones internacionales. Se trata de diferentes formas discernibles de relación social que permiten un análisis, una medida de su proximidad a formas preconcebidas de igualdad o desigualdad. Son formas reales, observables y tipificables en la realidad, caracterizando la Estructura Social de cada cultura y organización determinada.

### **1.11.2. Carácter implícito y explícito.**

La igualdad, como idea, habita en el mundo de las creencias, se reproduce en los discursos y en ellos es discernible. Sin embargo, ese discernimiento, en ocasiones, será del discurso explícito y, en otras ocasiones, del discurso implícito: de lo que no se dice pero lo implica.

Ejemplifiquemos esto último. Si una persona manifiesta estar a favor de la igualdad entre mujeres y hombres a todos los niveles de su interrelación social, pero después nos comenta que considera que la mujer está mejor dotada

para los trabajos del hogar, que no es buena conductora o que es demasiado sentimental para ejercer con destreza las dotes de mando o del ejercicio del gobierno, implícitamente está descubriéndonos un discurso en el que se perciben elementos que nos inducen a pensar que la manifiesta igualdad explícita se haya condicionada por sus prejuicios sobre las peculiaridades diferenciales de cada sexo.

El discurso explícito convive perfectamente con el discurso implícito. Esa problemática requiere un estudio de la construcción social de la (idea de) igualdad. Esa será la primera parada en esta línea estratégica de investigación. Me detendré en reflexionar sobre como se produce el discurso igualitario y como éste se halla condicionado por nuestras vivencias pasadas (*interiorizaciones*) que, a su vez, nos permiten mantener ciertas expectativas de vida (sobre los otros) que mediatizarán nuestro discurso explícito (*exteriorizaciones*).

La teorización conceptual forma parte del discurso explícito y así será expuesto en los capítulos dedicados a ello, sin embargo, entre líneas, intentaremos descubrir cuáles son las concepciones existentes y no expresadas directamente: no reivindicadas. Tras cada discurso teórico explícito aparece siempre un discurso, más o menos distante, pero implícito. Para percibir mejor esta idea recurriré a una estrategia metodológica de una enorme riqueza ilustrativa en estas cuestiones: la entrevista en profundidad. Ilustraré los discursos igualitaristas de nuestra sociedad contemporánea en base a la exposición argumental de conciudadanos nuestros; discurso sobre el que haré un análisis de lo explícito y de lo implícito, del distanciamiento entre ambos y de las contradicciones perceptibles, así como de las tipologías discursivas que sobre ese material pueden llevarse a cabo. —A ello me referiré en el capítulo 4°—.

### **1.11.3. Justificación y reivindicación igualitaria.**

La importancia del discurso explícito es, por tanto, sólo relativa, vista la mediatización que presuponen los procesos de socialización y de la propia

construcción social de la idea de igualdad. En nuestras relaciones *face to face*, partimos de la limitación de nuestros conocimientos sobre la realidad, aprendida de lo que otros (nuestro *grupo de significación*) nos han enseñado como real. Nosotros aprendemos que cada persona tiene una visión particular y subjetiva de las relaciones de igualdad entre los seres humanos y adaptamos nuestro discurso a nuestras conveniencias, exteriorizando, en ocasiones, lo que nos conviene como más nos conviene. A su vez, cuando lo exteriorizamos, estamos incidiendo en los procesos de interiorización de los demás, en un ciclo vital sin fin, conformador del proceso de socialización que define la existencia del hombre en comunidad.

La exteriorización tiene dos vertientes. Por un lado aparecen justificaciones valorativas de las desigualdades existentes percibidas y, por otro, aparecen procesos discursivos de disconformidad, que se convierten en reivindicaciones en formas más o menos débiles.

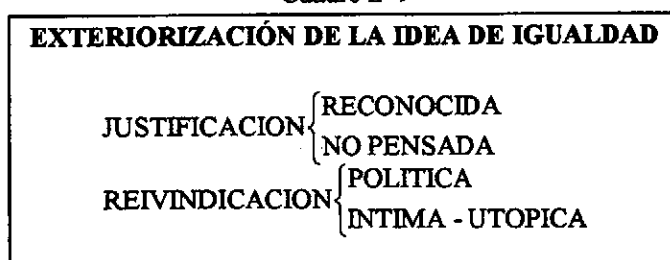
La justificación suele ir asociada al discurso implícito, pero es discernible en el explícito, precisamente, por su omisión en el mismo y su desviación hacia otras desigualdades. Sin embargo, ante la pregunta directa sobre la opinión ante ciertas desigualdades que nuestro interlocutor justifica implícitamente, aparecerá explícita la misma justificación, si bien, en ocasiones, se vuelve oscura y oculta, ya que no forma parte aún de su realidad pensada.

La reivindicación es siempre pensada, interiorizada –aunque sea de forma incipiente–, coherente con un esquema más amplio de pensamientos y, claramente explícita. Ha sido interiorizado el hecho diferencial y concebido como plausible el hecho igualitario. Aparece explícito el deseo, la valoración futurible de lo que *debiera de ser*. Supone una reivindicación pero que puede materializarse en muy diferentes grados de intensidad. Existe así una reivindicación más intensa, asumida políticamente, activa, y generadora de movimientos sociales, de luchas, de trabajo por la igualdad. Pero también puede quedar relegada a un plano más interior, casi íntimo, en el que cumple también los requisitos de de-

seabilidad. En ocasiones la plausibilidad es más concreta, más real, ejemplificada en situaciones reales, vividas por los sujetos; en otras, esa posibilidad parece más débil, difuminada, claramente manifiesta en una creencia deseada pero til-dada de utópica.

La justificación puede ser, por tanto, conocida o desconocida; la reivin-dicación, por su parte, puede distinguirse en función de su carácter de exteriori-zación política o su relegamiento a lo íntimo, deseable pero utópico.

Cuadro nº 9



Esa diferenciación entre justificaciones y reivindicaciones de la igualdad ha sido un aspecto clave del igualitarismo, constatable ya en los primeros plan-teamientos de análisis igualitaristas con vocación científica. Así es perceptible en los trabajos de Tawney, quien expone en su *Equality* (1931) como la justifi-cación de las desigualdades se constituye en una religión para los individuos, argumentando e ilustrando con lujo de opiniones y citas de discursos, los pará-metros y los matices de tal justificación. Aunque un poco extenso, consideramos de una extraordinaria riqueza ilustrativa esa exposición de lo que fueron las jus-tificaciones desigualitaristas que acompañaron el final del siglo XIX y las pri-meras décadas del siglo XX.

<<Lord Birkenhead, por ejemplo, declaró que la idea de que los hom-bres son iguales es una “doctrina venenosa”, y se retorció las ma-nos atormentadas al pensar que pudieran disminuir de valor los “deslumbradores premios” de la vida. El señor Garvin, con su perspicacia para los peligros del momento [...] nos previene con-tra el espíritu que busca el nivel muerto e ignora la desigualdad de los premios humanos. Sir Ernest Benn escribe que la igualdad económica es una imposibilidad científica” tal como el profesor Pareto ha demostrado [...] Un gran industrial, como Sir Herbert Austin, y un distinguido ministro de la religión, como el déan Lu-ge, repiten, cada uno a su modo, la misma lección. El primero nos

ruoga “dejar de enseñar que todos los hombres son iguales y con un derecho a una participación igual en la riqueza común”, y “enriquecer a los hombres que hacen sacrificios que justifican su enriquecimiento”, y “dejar a los otros a su contento, mejor que tratar de moldear un material que nunca estuvo destinado a resistir los fuegos del refinamiento”. El segundo se lamenta [...] de que “el gobierno está quitando el pico a las clases trabajadoras y educándolas a expensas de los contribuyentes para permitirles arrebatarse el pan de las bocas de los hijos de hombres de profesiones liberales”. Este lamentable proceder, sostiene, tienen que acabar por ser dañoso para la nación entera, ya que daña a la “clase media alta”, que es “la crema de la comunidad”>> (Tawney, 1931:40-41)

La justificación puede darse en diferentes posiciones de desigualdad de *facto*, de hecho, tal como señala Willians (1961:118), los individuos explotados de forma más manifiesta (esclavos, por ejemplo) consideran que son iguales a los que están en otra situación, resignándose frecuentemente a su condición hasta reducirlo a la normalidad, justificando explícitamente su existencia y condición. También Tawney se hace eco de esa tendencia a la debilitación de la capacidad crítica de las casos más extremos de desigualdad (Tawney, 1931:37), agravado por el hecho de que, como mucho, los desfavorecidos envidian a los favorecidos, pero no desean transformaciones estructurales en torno a posturas igualitaristas (Tawney, 1931: 41-43), relegando la idea de igualdad al ámbito de la envidia, en que Nozick (1974:239 y ss.) la sitúa<sup>84</sup>.

Realmente, el igualitarismo, como reivindicación ideológica, es un hecho minoritario. Al menos es un hecho que la gran mayoría restringe a ámbitos muy reducidos y limitados. Esperanza Guisán se hace eco de ese hecho a la vez que, en su artículo de 1982 en la revista *Ágora*, se declara miembro de la élite minoritaria igualitarista (Guisán, 1982:55). Christopher Jenks se había quejado en 1972 de que la falta de sensibilidad hacia las fuertes desigualdades de ingresos

---

<sup>84</sup> Esta concepción del igualitarismo como envidia ha sido ampliamente contestada. Un planteamiento alternativo es, por ejemplo, el de Willians, quien considera las demandas igualitaristas como deseo de “autorrespeto” o “autoconsideración”, algo que podría distinguirse conceptualmente de la envidia (Willians, 1961: 114). Brandt (1979: 122 y ss.) plantea determinadas posturas vindicativas igualitaristas como revanchas y venganzas.

en los Estados Unidos. A. G. N. Flew (1978:51) comenta con sarcasmo como se aceptan, en general, las desigualdades sociales, y como los sociólogos suelen considerar a las personas más iguales de lo que realmente son.

#### **1.11.4. Formas regulativas y de hecho.**

La reivindicación igualitarista explícita supone entenderla como un *principio regulativo* (Vallespín, 1995:18), idea ésta que se opondría a la concepción de la *igualdad de facto*, aplicada a ámbitos concretos.

La igualdad formal, como principio regulativo, se refiere a un conjunto de *isónomos* identificables y se generaliza históricamente, como idea, a partir de los planteamientos ilustrados y, posteriormente, permanece especialmente ligada al liberalismo. Se refiere a la igualación no sólo teórica de todos los individuos, en dignidad, sino a la igualación efectiva ante la ley. La igualdad ante la ley permanece en ese ámbito regulativo y formal, y es perfectamente compatible con las desigualdades materiales. La igualdad ante la ley consiste en la coacción que el derecho ejerce sobre todos los individuos por igual con el fin de respetar su libertad (Kant).

Allen Buchanan (1985:111) considera que el principio de la igualdad formal se ha desarrollado teóricamente a partir de cuatro consideraciones:

- Lo igual será tratado igualmente y lo desigual desigualmente (Principio Formal de Justicia).
- Todas las personas, en cuanto a personas, son iguales (Principio del valor igual de las personas).
- Permitir que algunas personas tengan proyectos de vida más limitados que otros, como resultado de sus innecesarias diferencias de recursos sociales o naturales, sería tratarlas, como personas, desigualmente<sup>85</sup>.

---

<sup>85</sup> El propio Buchanan manifiesta la debilidad teórico-argumental en la justificación de este principio. Dada la diversidad humana, no parece posible mantenerlo como criterio uni-



- En la medida de lo posible, los recursos naturales y sociales serán distribuidos igualmente (Principio de la igualdad de recursos).

Entre las más importantes formulaciones teóricas, tanto Kant como Popper sostienen un concepto de igualdad totalmente formal. En Popper es perceptible en su concepción de la justicia.

<<Aquellos que tenemos una formación generalmente humanitaria, entendemos por "justicia" algo semejante a esto: a) una distribución equitativa de la carga de la ciudadanía, es decir, de aquellas limitaciones de la libertad necesarias para la vida social, b) tratamiento igualitario de los ciudadanos ante la ley, siempre que, por supuesto, c) las leyes mismas no favorezcan ni perjudiquen a determinados ciudadanos individuales o grupos de clases; d) imparcialidad de los tribunales de justicia, y e) una participación igual en las ventajas (y no sólo en las cargas) que pueden representar para el ciudadano su carácter de miembro del Estado>> (Popper, 1945:95-96).

En Kant aparecen los principios liberales de definición formal de la igualdad y justificación de las desigualdades de facto resultantes. En concreto aparece una defensa de la movilidad social en base al talento, al trabajo y a la suerte y, con ello, una justificación de la estructura social con roles y posiciones jerárquicamente definidas junto a una crítica al carácter hereditario de la posición social (Kant, 1785:291-292). Hegel y Marx se situarán en el polo opuesto, como críticos del concepto formal de la igualdad precisamente por encubrir las desigualdades *de facto*.

Walzer ha sido uno de los principales teóricos que han hecho hincapié en esa contrastación primigenia de las dos concepciones clásicas de la idea de igualdad (como principio regulativo y como situación *de facto*) e introduce el concepto de igualdad compleja, que supone una suma de ambos. Su tesis afirma que la igualdad de hecho sólo puede aplicarse a un ámbito concreto o a una di-

---

versalizador (Buchanan, 1985: 112). Para resolverlo propone la diferenciación entre desigualdades de responsabilidad del individuo y aquellas no merecidas, dentro del contexto de la igualdad de oportunidades *intervenidas artificialmente (genéticamente)*.

mencción muy limitada de ámbitos, pero, en la realidad, no puede llevarse a cabo ninguna de esas simplificaciones sin que unas desigualdades no estén interfiriendo en las otras. Por ejemplo, cuando la desigual distribución del poder económico, derivada de la asimétrica distribución de la riqueza, repercute sobre el reparto del poder político, que ha de ser necesariamente igualitario; o cuando la influencia del poder político trastoca el principio de asignación meritocrática de cargos. La cuestión estriba en no trasladar la lógica de unas esferas a otras. No hay, en consecuencia, un único criterio de distribución (meritocrático, “socialista”, igualitario, etc.), sino que cada esfera impone sus propios criterios: el libre intercambio en la esfera de los bienes de consumo, el mérito en la educación profesional y especializada, la “necesidad” en la esfera de la seguridad y el bienestar, etcétera<sup>86</sup>.

La igualdad *de facto* puede ir desde los planteamientos ontológicos que la definen como tal en las instituciones del Estado liberal democrático y su práctica jurídico-constitucional formal (Arneson, 1993:489), hasta la materialización concreta, como igualdad de condición, en cada situación social concreta, en cada institución, como adecuación a los principios generales, ontológicos que la formalizan. En otras palabras, en una caso hablamos de igualdad *formal* y abstracta, y en el otro de igualdad *efectiva*. El debate sobre la igualdad de hecho se ha movido siempre entre estas dos dimensiones, que han dado lugar a discusiones autónomas. Por encima de ellas, sobrevolándolas, se extiende el discurso moral, de la idea de igualdad, que se convierte quizá en el auténtico nexo o vínculo entre ambas. Basta acercarse a la obra de R. Dworkin o J. Rawls, los “liberales igualitaristas” por antonomasia, para ver confirmado este último extremo.

Amartya Sen comenta en un artículo (1985a) que, en la estimación ética, existe una “dualidad” esencial e irreductible en la concepción de una persona. Podemos considerar a la persona en términos de *agencia*, reconociendo y respe-

---

<sup>86</sup> A este respecto puede consultarse también Vallespín (1995).

tando su capacidad para establecer objetivos, compromisos, valores, etc., y también, podemos considerarla en términos de bienestar. Por un lado entiende que la igualdad es, o debe ser de tal o cual manera, pero en la práctica, no juega con su bienestar, no arriesga la estabilidad del sistema, no plantea cambios estructurales que perturben el orden social.

Esa diferencia o dualidad suponen la consideración de que ética y bienestar están a dos niveles diferentes de la cosmología personal. El bienestar es posible sólo en el contexto de unas determinadas consideraciones ético-valorativas. La ética es previa (portada en la "agencia") sobre la que se desarrollarán consideraciones particulares de bienestar social. El hecho que ambos aspectos estén a diferente nivel no implica que sean independientes, sino que, contrariamente, están muy interrelacionados. Una persona se puede sentir más feliz por el hecho de actuar conforme a sus principios. Estos pueden suponer una merma de bienestar en función, por ejemplo, de su familia, partido u otra causa (Sen, 1987:60). En ocasiones, sin embargo, pueden producirse problemas de índole ético-moral, cuando una persona actúa conforme a sus inclinaciones bienestaristas y en contra de sus principios éticos. Es el caso de que una persona robe a otra algo que contribuya a su bienestar, pero que por prejuicios morales, no desea<sup>87</sup>.

En segundo lugar, valorar el bienestar en términos de utilidad y, en concreto, por el logro de felicidad y satisfacción de deseos, comporta enormes problemas evaluativos y de métrica. Una persona que ha tenido una vida muy desdichada se conformará con muy poco, mientras que la que ha gozado de altos niveles de bienestar, deseará mucho más.

---

<sup>87</sup> Normalmente se define utilidad-bienestarista en términos normativo-objetivistas pero podría argumentarse, aunque no sea lo usual, que bienestar es todo aquel logro de los deseos de una persona. En ese caso, se igualaría las categorías de Sen de agencia y bienestar de la persona, pero, la utilidad práctica de las argumentaciones bienestaristas, carecerían de plausibilidad objetivista-científica, validando los argumentos expuestos de la desigualdad como principio regulativo subjetivo y diverso.

Norberto Bobbio introduce un nuevo elemento de distinción: además de la igualdad formal y la de *facto*, considera conveniente distinguir el *equalisandum* de igualación de hecho: oportunidades o resultados.

<<Lo que se entiende genéricamente por “igualdad de hecho” es algo bastante claro: se entiende la igualdad respecto de los bienes materiales, o igualdad económica, viniéndose así a distinguir de la igualdad formal o jurídica, y de la igualdad de oportunidades o social>> (Bobbio, 1977:79).

## 2. UN MARCO TEÓRICO.

*“El bienestar social es una multiplicidad de juicios  
sobre el bienestar social”*

(J. C. Harsanyi).

## 2.1. EL CARÁCTER SOCIAL DE LAS DESIGUALDADES.

Por acotación definida en los objetivos de esta investigación, centraré mi atención en las desigualdades *sociales* –hágase hincapié en lo de sociales–. Empero, es posible definir éstas de una forma bastante *amplia* y conviene detenernos un momento en reflexionar brevemente sobre las implicaciones de esa extensa y abierta consideración de lo *social*.

Es fácil convenir que son sociales todos aquellos aspectos que producen y reproducen la vida (interacción) en comunidad humana. Así, por ejemplo, todo lo referente a la organización social, la estructura, los roles, las instituciones, las pautas, etc., es consensualmente incluido en la definición de social. A pesar, de la dificultad de procurarnos una definición más precisa, y sin necesidad de entrar en debates del tipo de los de Weber y Durkheim sobre acciones y hechos, lo social aparece vinculado a lo humano y aparenta ir más allá de lo físico y material para configurar una dimensión especial: lo social; lo que acontece *entre* los seres humanos..

Quizá no sean sociales las desigualdades biométricas o antropomórficas, existentes en un determinado territorio y colectivo; sin embargo, pueden tener importantes implicaciones sobre las desigualdades *sociales* y, por ello, las incluimos en el estudio potencial de las mismas. De hecho, todo lo que está en nuestro entorno, material e inmaterial, físico o cultural (tangible o intangible), conforma la realidad social que percibimos y que definimos como tal.

Durkheim fue especialmente insistente en este aspecto y muestra, con esencial maestría, como un hecho, aparentemente neutro, individual, casi aleatorio, encierra en sí mismo una importante componente social. Así lo hizo en su estudio sobre el suicidio<sup>1</sup>: algo que aparentemente obedecería a factores de tipo

---

<sup>1</sup> DURKHEIM, E. (1987): *El suicidio*, Akal, Madrid, 1981.

individual-psicológico, responde, tras los datos recopilados por él, a determinantes ambientales, afectando diferencialmente a diferentes roles y posiciones en la estructura social.

No podemos aislar los hechos exteriores, del tipo y naturaleza que sean, de la consideración de los aspectos sociales y, en definitiva, de las implicaciones sobre las relaciones humanas. El mundo exterior, en su suma complejidad, se nos aparece como el mundo real, con sus atractivas sugerencias, sus desgracias y su monotonía cotidiana. <<El ámbito de las cosas que pertenecen al mundo exterior es social para mí>> (Shutz/Luckmann, 1973:26). También mi mundo interior es social, aprendido del exterior y con constantes, entre uno y otro, sin solución de continuidad, desde mis sentimientos hasta mis sueños y, por supuesto, toda mi conciencia ideológica. Mundo exterior e interior son así dos esferas que aprendemos a distinguir a lo largo de nuestros procesos de interacción social. Mi mundo interior es la realidad tal como yo la veo; el mundo exterior es la realidad intersubjetiva, concebida como existencia objetiva.

Pero, en mi mundo interior desarrollo valoraciones, ideas, opiniones, creencias, etc., y entre esos procesos encadenaré un sistema de valoraciones sobre los otros y sus situaciones que formarán mi particular percepción de las desigualdades sociales. Ese sistema de valores de mi mundo interior se exteriorizará por medio de acciones y discursos, en los que reflejaré una actitud con respecto a los otros, objeto de investigación sociológica, sobre la que versará parte del análisis sobre las desigualdades sociales.

## **2.2. EL PROCESO GENERAL DE SOCIALIZACIÓN.**

Las desigualdades sociales se producen y conciben, en última instancia, entre individuos. Por eso nos referimos a ellas como sociales. Y digo en última instancia porque ciertamente podemos hablar de desigualdades referidas a un *grupo* de individuos (los habitantes de ..., la clase social, las mujeres, etc.) o in-

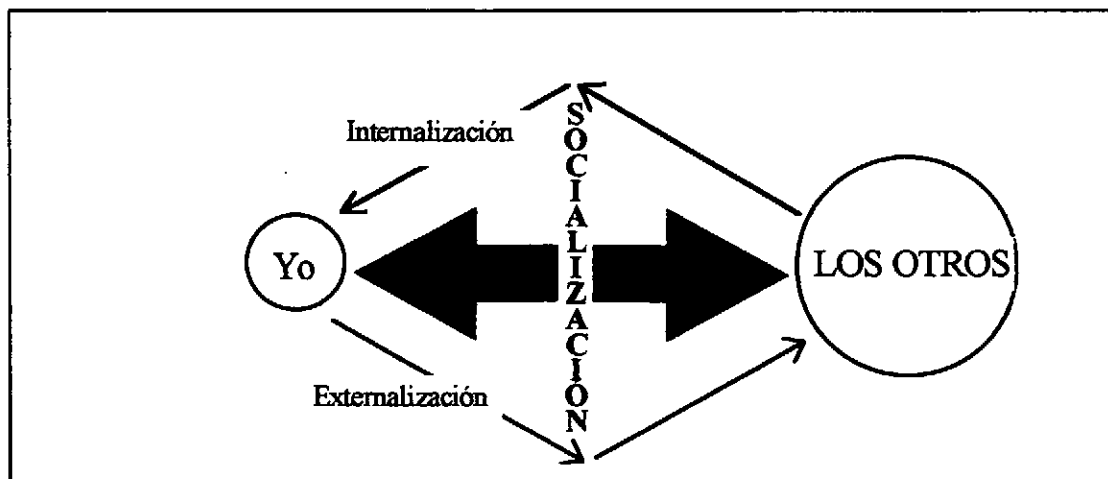
cluso a un vehículo cultural o una institución que no tenga adscritos a unos individuos de una forma fija: la lengua gallega, las escuelas públicas, etc. Los individuos son, siempre y no obstante, el referente final al que se van a referir las (des)igualdades.

Pero además, como venimos diciendo, son principios éticos y, por lo tanto, tienen mucho que ver con los procesos mentales: requieren un aprendizaje que se efectúa en el universo de los elementos y referentes que tomamos de nuestro entorno cultural (Garfinkel, 1967).

Son procesos mentales que aprendemos de nuestra percepción de los otros, de sus grupos sociales, sus referentes culturales, etc. Ese aprendizaje se producirá a lo largo de la vida del individuo, en un proceso muy personal, particular, en el que sus experiencias vitales engendrarán un marco referencial sobre su papel entre los demás y el papel de los demás entre ellos. Ese proceso de aprendizaje es denominado en la literatura sociológica como *interiorización*.

Realmente, esos procesos de interiorización se producen en el entorno de otro proceso más general, tal cual es el de *socialización*.

Cuadro nº 10  
**PROCESO DE SOCIALIZACIÓN**





La apertura al mundo es un acto intersubjetivo<sup>2</sup> en el que la persona aprende cómo son las cosas a través de la interrelación con los demás, los otros. Ellos, no sólo nos indican y enseñan las cosas, sino, y sobre todo, nosotros las interiorizamos, desde un proceso inicial –*socialización primaria* (Berger/Luckmann, 1966:164-173)–, hasta otro proceso más maduro y constante –*socialización secundaria*–. Desde esa vivencia en la que percibimos a los demás, con sus posicionamientos sociales, sus valoraciones, estimaciones, etc., interiorizamos valores que configuran y codifican nuestro esquema ético-político.

Cada persona vivirá una suma de experiencias particulares que condicionarán su esquema de valores. La estructura social existente configurará que tenga uno u otro modo de pensar. Los otros mediarán en la propia percepción individual de cada individuo influyendo en la manera concreta de interiorizar las ideas (y actitudes). Lo harán, además, de dos maneras: expresamente, contándole, en sus respectivas externalizaciones, las cosas del mundo, filtradas y seleccionadas desde la perspectiva que ellos las han interiorizado (procesos secundarios permanentemente incluidos) e, implícitamente, en virtud de la percepción personal de cada individuo de las idiosincrasias de los otros de su entorno.

A pesar de que pueda parecer un párrafo algo extenso, creo que Berger y Luckmann han expresado claramente esta idea en el siguiente pasaje de *La construcción social de la realidad*:

---

<sup>2</sup> No se profundiza aquí en las implicaciones conceptuales del término intersubjetividad, sin embargo, se asumen, en consonancia con Alfred Schutz y Thomas Luckmann, los siguientes aspectos: a) la vida cotidiana presupone la existencia corpórea de otros hombres; b) que esos cuerpos están dotados de conciencias esencialmente similares a la mía; c) que las cosas del mundo externo incluidas en mi ambiente y en los de mis semejantes son las mismas para nosotros y tienen fundamentalmente el mismo sentido; d) que puedo entrar en relaciones y acciones recíprocas con mis semejantes; e) que puedo hacerme entender por ellos (lo cual se desprende de los supuestos anteriores); f) que un mundo social y cultural estratificado está dado históricamente de antemano como marco de referencia para mí y mis semejantes, de una manera, en verdad, tan presupuesta como “el mundo natural”; g) que, por lo tanto, la situación en que me encuentro en todo momento es sólo en pequeña medida creada exclusivamente por mí (Schutz/Luckmann, 1973:26-27).

<<Todo individuo nace dentro de una estructura social objetiva en la cual encuentra a *los otros* que están encargados de su socialización y que le son impuestos. Las definiciones que *los otros* hacen de la situación del individuo le son presentadas a éste como realidad objetiva. De este modo, él nace no sólo dentro de una estructura social objetiva, sino también dentro de un mundo social objetivo. Los *otros*, que mediatizan el mundo para él, lo modifican en el curso de mediatización. Seleccionan aspectos del mundo según la situación que ocupan dentro de la estructura social y también en virtud de sus idiosincrasias individuales, biográficamente arraigadas. El mundo social aparece “filtrado” para el individuo mediante esta doble selección. De esta manera, el niño de clase baja no solo absorbe el mundo social en una perspectiva de clase baja, sino que lo absorbe con la coloración idiosincrásica que le han dado sus padres (o cualquier otro individuo encargado de su socialización primaria). La misma perspectiva de clase baja puede producir un estado de ánimo satisfecho, resignado, amargamente resentido o ardientemente rebelde. Consiguientemente, el niño de clase baja no sólo llegará a habitar en un mundo sumamente distinto del de un niño de clase alta, sino que tal vez lo haga de una manera completamente distinta que su mismo vecino de clase baja>> (Berger/Luckmann, 1966: 166-167)<sup>3</sup>.

En los procesos de interiorización asumimos nuestra posición particular en la estructura social, nuestras diferencias con los demás, configuramos ideas (formamos nuestra ideología) y esquemas de pensamiento, damos valoraciones a las actitudes, opiniones y posiciones observadas por cada uno de los miembros del entorno de referencia.

Nuestra concepción de la desigualdad depende, pues, de la exteriorización de los otros, de lo que ellos nos hayan contado.

<<Además, presupongo simplemente que otros hombres también existen en este mundo mío, y, en verdad, no sólo de manera corporal y entre otros objetos, sino más bien dotados de una conciencia que es esencialmente igual a la mía>> (Schutz/Luckmann, 1973:26).

La idea de igualdad se forja en ese contexto: interiorizo el mundo exterior con diferencias entre los demás hombres de mi entorno (e incluso de otros

---

<sup>3</sup> En este párrafo aparecen en cursiva las palabras *los otros* que no aparecen así en el original. Realmente allí no dice los otros, sino los otros significantes, para hacer referencia sólo a los otros que tiene relevancia, los que aportan algún sentido con sus actos y omisiones a la vida personal de cada uno y los denomina: *los otros significantes*, expresión que debe sustituirse en mi reproducción para obtener un literal del original.

entornos). Valoro de forma circunstancial esas diferencias, dependiendo de mi proximidad a ellos y de mi posición personal con respecto a las mismas. <<Acepto que mi percepción de la realidad puede ser diferente de la realidad percibida por los demás>> (Nagel, 1991:17). Consideraré determinadas situaciones como injustas (detrás, oscuros procesos de envidia, ansia de poder, egoísmo, fe, codicia, amor, etc., interfieren dificultando sistematizaciones más sociológicas), criticaré y me rebelaré con otras situaciones (Berger, 1981:40) y, con respecto a algunas, adoptaré una actitud de justificación y consentimiento. Las desigualdades sociales aparecen, se exteriorizan así al mundo exterior, se construyen.

El proceso pasa primeramente por interiorizar diferencias, pero no toda diferencia interiorizada va a constituir una situación susceptible de ser socialmente desigualitaria. Determinadas diferencias se nos aparecen como naturales y otras como sociales. Es sobre estas últimas sobre las que erigimos la idea de desigualdades sociales. Sin embargo, en sintonía con la postura abierta y amplia del concepto de social, es posible considerar todo el mundo exterior como social. Por ello, es verdad que las diferencias interhumanas de carácter biométrico o antropomórficas son de carácter sustancialmente natural, pero, procede incluirlas en el estudio de las características que generan diferenciaciones humanas que podrán derivar en desigualdades sociales.

## **2.3. LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LAS DESIGUALDADES.**

### **2.3.1. Las diversidades humanas.**

Los seres humanos son tan diferentes en una multiplicidad tan grande de aspectos que es imposible pensar una igualdad total general. <<Somos profundamente diferentes, tanto en nuestras características internas, tales como la edad, el género, las capacidades generales, los talentos particulares, la propensión a la

enfermedad, etc., como en las circunstancias externas, como la propiedad de activos, la extracción social, los problemas de circunstancias, y otras>> (Sen, 1992:9)<sup>4</sup>.

Esa constatable e ingente diversidad humana ha servido de argumento justificativo teórico de la pervivencia de situaciones claramente desigualitarias (como, por ejemplo, la justificación de la existencia de un estamento aristocrático o una determinada casta o la justificación de la existencia de una clase idónea para el desempeño de las tareas de gobierno formulada en contextos diferentes como los de Platón o Maquiavelo) y que persiste en institucionalizaciones de organizaciones socialmente desigualitarias (como el *apartheid* sudafricano), y con desarrollos intelectuales importantes (como la teoría funcionalista de la estratificación social o teorías más específicas, como la de las *élites* de Mosca). En todos los casos se ha justificado la existencia de posiciones privilegiadas en base a la creencia de que una serie de individuos caracterizados por la posesión diferencial de una característica asociada (color de la piel, conocimientos, nacimiento en una determinada cuna, etc.).

Las diversidades humanas existen y son de tal magnitud que tomados los individuos dos a dos, podemos generalizar que todos son diferentes: unos más altos, otros más gordos, algunos más inteligentes, otros con determinadas destrezas y habilidades, etc. Las circunstancias históricas, familiares, geográficas, culturales, etc. también contribuyen a incrementar esa diversidad. Los hay que trabajan más, que van más a la escuela, que coinciden con profesores más hábiles a la hora de transmitirle conocimientos, tienen que caminar menos para llegar a la escuela o al trabajo, etc. Todos estos ejemplos, en definitiva, se nos aparecen como condicionantes que particularizan las características de los seres humanos y que englobamos bajo el término de diversidades.

---

<sup>4</sup> Véase también: Sen, 1992: 32-34.

¿Cómo es posible mantener una postura de defensa del igualitarismo frente a esa diversidad innata? Cuestión ésta que se formula una y otra vez por los teóricos de la desigualdad y que aquí ilustramos con las palabras de Rae:

<<La más profunda dificultad para el igualitarismo es presentada en todas sus formas desde la persistencia de la diversidad humana: Si las personas son diferentes, ¿cómo pueden ser iguales?>> (Rae, 1981:82).

O, dicho de otra manera, dadas las ingentes diversidades existentes, ¿a quiénes tenemos que considerar como iguales y en qué tenemos que considerarlos como tales? (Rakowski, 1991:1). La conclusión antiigualitaria, llegados a este punto, no es muy complicada. Así, por ejemplo, Lois R. F. Germain, expone que “la ley de la naturaleza es la diversidad” y cómo eso imposibilita la igualdad.

<<La naturaleza no ha previsto nada en materia de igualdad. Ella ha previsto, por el milagro del A.D.N., que dos seres pertenecientes a la misma especie, la especie humana, por ejemplo, no pueden ser idénticos, por lo tanto no pueden ser iguales. Nada que esté vivo es igual a otra cosa viviente y, a fortiori, a especies diferentes>> (Germain, 1985:28)

Será preciso, para defender un posible igualitarismo sobre el que basar nuestra medida y referencia analítica, reconstruir pilares teórico-instrumentales en los que *igualar* a los seres humanos y sus variables características. En definitiva, se trata de encontrar algunos aspectos comunes en todos los seres humanos, con el fin de erigir sobre esas bases un principio de igualdad.

Las características sobre las que descansan esas diversidades son de muy diferente tipo. Se han intentado tipologías que las clasifican en función de su naturaleza (psíquicas, biológicas, culturales, etc.), en función de su origen (adscriptivas, adquisitivas), en función de su intensidad (débiles, fuertes, etc.) o en función de otros criterios. Sin embargo, ninguna de esas tipologías contribuye a solucionar el problema del equalisandum, el denominador común sobre el que basar la igualdad para, a partir de ello, poder erigir doctrinas y posturas igualitaristas. Simplemente una constatación acerca de su naturaleza es impor-

tante para el análisis desigualitarista. Se trata de verificar que hay diversidades cuya naturaleza es eminentemente biológica, como el color de la piel o el hecho de nacer con una tara física; además, hay diversidades, que aún siendo simples construcciones culturales, se asimilan a condicionantes físicos: por ejemplo, aún siendo las naciones y países construcciones socioculturales, el hecho de tener un origen geográfico u otro, se presenta frecuentemente como una diversidad físico-natural. Cualquier tipo de naturaleza de diversidad humana, aún siendo netamente biológica, tiene interés social, tiene implicaciones sociales, por lo que no llegamos a ningún extremo aclaratorio en base a esas tipologías. Sólo la naturaleza ética de las relaciones humanas puede proporcionar tal base. Es en esa búsqueda de identidades humanas cuando surge la creencia en que es precisamente el hecho humano el que nos iguala a todos, con las connotaciones que eso conlleva: el carácter político-moral de los seres humanos, el subjetivismo cognoscitivo, el relativismo asumible, la ética subyacente en las acciones y en las conciencias humanas. Existe una posibilidad ético-teórica de entender que a pesar de la diversidad de partida reaparece, como constante histórico-social, una deseabilidad arbitraria de posibilitar las mismas capacidades a todos; a pesar de las diferencias físico-naturales no se considera que ninguna de esas diversidades tengan que interferir en la consecución de unos determinados logros. Nuevamente recurrimos a Rae para ilustrar esta idea:

<<El problema no es el de que la gente sea distinta –por género o raza, digamos por ejemplo– y por ende no igual en el sentido más literal. Ni es una dificultad esencial que unas personas sean “mejores” o “peores” que otras. La dificultad es en cambio que la gente difiere en sus necesidades, gustos, vulnerabilidades, capacidades, compromisos morales e historias de vida. Estas son diferencias que pueden hacer “igual” trato de personas “desiguales” y, no menos importante, puede haber “desigual” trato de personas “iguales”>> (Rae, 1981:82).

La lógica es la siguiente: los individuos tienen unas condiciones físico-psíquico-sociales diferentes, de partida, pero <<¿cómo podemos tratar a la gente [con sus diferencias] más igualitariamente?>> (Dixon, 1986:48); eso conlleva la existencia de ventajas y desventajas entre ellos para conseguir determinados

objetivos. Si los individuos nacen con desiguales dotes de partida (fuerza, inteligencia, belleza, habilidades, destrezas e, incluso, herencia económica) ¿cómo es posible lograr igualdad ante tanta diversidad? ¿cómo es posible encontrar a individuos iguales ante tantas diversidades que configuran sus individualidades?

La multiplicidad de aspectos que configuran la esencial diversidad humana no debe perdernos en un maremagnum que impida conceptualizar y medir las desigualdades; algunos de esos aspectos son regulativamente más relevantes que otros. Amartya Sen expresa con claridad esta idea:

<<Hay diversidades de muchos tipos diferentes. Es razonable pensar que si intentásemos tomar nota de todas nuestras diversidades, podríamos acabar en un revoltijo total de confusión empírica. Para ser prácticos hay que ser sensatos y dejar de lado alguna de nuestras diversidades mientras nos concentramos en las más importantes. No hay que burlarse de este poco de sabiduría mundana, y de hecho no hay estudio serio de desigualdad que quiera adecuarse a las exigencias del razonamiento práctico y de la acción que pueda dejar de lado la necesidad de pasar por alto una gran parte del inmenso campo de nuestras diversidades. La pregunta oportuna en cada contexto es: ¿cuáles son las diversidades significativas en ese contexto?>>(Sen, 1992:135).

Precisamente, el recurso instrumental que encontramos para analizar las desigualdades tras ese revoltijo de diversidades pasa por redefinir por estudiar el concepto de *identidades sociales*, ya que será el que nos permita distinguir entre ciertas diversidades y edificar el esquema analítico sobre ellas. Con la introducción del concepto de identidades sociales encontramos un recurso teórico y operativo al problema de la enorme diversidad humana. Estas últimas existen, pero se integran en identidades, también socialmente construidas, en base a las cuales si podremos definir diferentes niveles de igualdad

### **2.3.2. Las identidades sociales.**

Dado por evidente el principio de la diversidad humana ¿cómo engarzar la teoría de la igualdad sobre tal diversidad? La respuesta pasa por tener en

cuenta otro proceso de construcción social de las desigualdades: el de la formación cultural de identidades sociales<sup>5</sup>.

Si bien todos los individuos son diferentes –diversos– en cuanto su totalidad, existen, no obstante, toda una serie de características que los hacen comunes a otros individuos. Esas características les identifican y diferencian<sup>6</sup> según sean poseedores o no de las mismas. El número de características identificadoras es considerado, en la práctica, infinito: nacionalidad, origen social, edad, raza, ocupación, religión, ideología política, hábitat de residencia, gustos musicales o, por qué no, el color de los ojos. En definitiva, todos los elementos que habían caracterizado la diversidad consustancial a los seres humanas, son, a su vez, como el anverso de una misma moneda<sup>7</sup>, elementos caracterizadores de las identidades sociales. Los individuos se diferencian, diversifican, por el color de sus ojos, pero cuando dos o más de ellos tienen unos ojos de un color similar, por lo tanto identificados por una característica común, se interiorizan culturalmente como “idénticos” respecto a esa característica: <<lo que los diferencia de unos los identifica con otros>> (Rodríguez Magda, 1994:95-97). Se habla así de los rubios, los hombres, los obreros, los gallegos, los creyentes, los rockeros, los de izquierdas, los gordos, etc. Todas ellas etiquetas estereotipadas *de creación cultural*, interiorizadas en diferente medida en cada sociedad y discerniblemente exteriorizadas en los discursos de sus miembros<sup>8</sup>.

---

<sup>5</sup> Una alternativa teórica a la aquí expuesta se basa en atribuir un denominador común sobre el que basar las desigualdades en el carácter humano de los miembros de la sociedad (Vlastos, 1962:41-53). Esto ha sido criticado, entre otros, por Lloyd Thomas (1979:540) que considera inoperativo referirse a una cualidad tan amplia e indefinida como esa.

<sup>6</sup> Esa reversibilidad de los conceptos de diversidad e identidad ha sido estudiado en la filosofía en múltiples momentos y contextos históricos, constituyendo el eje tradicional de reflexión desde que Platón, introduciendo el *heteron* intentara salvar las aporías entre el ser y el no ser. Más recientemente las contribuciones Hegelianas de Kojève, el existencialismo, la fenomenología, el post-estructuralismo (Bataille, Blanchot, Foucault, Kristeva, etc.), la filosofía de la diferencia o el nuevo feminismo, junto a otros nombres como los de Kierkegaard, Nietzsche, Heidegger, Klossowski, Deleuze, Derrida o Lyotard.

<sup>7</sup> El hecho de ser mujer caracteriza a unos individuos, identificando a los que poseen esa característica, diferenciándolos de los que no la poseen –en este caso, los varones–.

<sup>8</sup> Nozick (1993:32-33) se refiere incluso a los *principios* como identidades.



Las identidades sociales funcionan doblemente como nexo común de unos individuos con otros (Walzer, 1983:21), a la vez que elementos de diferenciación social. Son etiquetas con las que se autclasifican los individuos por alguna característica que los hace, a la vez, *comunes* (idénticos) y diferentes a otros. Su creación opera desde el marco cultural interiorizado, desde un primer proceso de identificación *virtual*, en los primeros encuentros con el otro aún desconocido, hasta cierta identificación *real* (Goffman, 1963), cuando poseemos un conocimiento más preciso de ese otro.

<<El medio social establece las categorías de personas que en él se pueden encontrar. El intercambio social rutinario en medios preestablecidos nos permite trabajar con “otros” previstos sin necesidad de dedicarles una atención o reflexión especial. Por consiguiente, es probable que al encontrarnos frente a un extraño las primeras apariencias nos permitan prever en qué categoría se halla y cuáles son sus atributos, es decir su “identidad social”>> (Goffman, 1963:12).

Las identidades sociales van más allá de lo establecido por el concepto *status* social, pues incluyen tanto atributos personales, –honestidad, valentía, etc., como estructurales –ocupación, etc.–.

Pero la creación social de etiquetas no resuelve en sí misma el problema analítico de las desigualdades. Las identidades funcionan como simplificación de la diversidad humana, pero no implican necesariamente desigualdades. Éstas son analizables, discernibles, *sobre* algunas identidades. Las identidades servirán como instrumento analítico de búsqueda de espacios desigualitarios, si bien precisan de la delimitación concisa de ámbitos específicos. Podremos, así, hablar de las desigualdades entre hombres y mujeres, pero, dicho así, sin más, sin especificar ámbitos concretos, puede resultar vacío: hay igualdad en determinados aspectos, simultáneamente a perceptibles situaciones de desigualdad femenina en múltiples ámbitos e, incluso, algún ámbito en que el hombre sufre una situación de desigualdad.

### 2.3.3. Características de la creación social de identidades.

Esa creación social de identidades puede matizarse aún más de cara a concretar su uso instrumental en la definición de desigualdades sociales. De entre sus características es preciso resaltar las siguientes:

#### 1) *Infinitud de etiquetas identificadoras.*

La creación de identidades se produce sobre los mismos elementos que definen la diversidad humana. Si las diversidades fueron concebidas como infinitas, también lo serán las identidades.

Los procesos de diferenciación e identificación forman parte de la misma realidad: yo soy igual a alguien en tanto que soy diferente de otro. Yo soy un *hombre*, al igual que muchos otros, en tanto que soy diferente a otro gran colectivo: las *mujeres*. Se me identifica con alguien en tanto existe una diversidad definida de grupos identificables. Soy diferente en tanto existen elementos distintivos que me caracterizan (identifican) como perteneciente a un determinado *grupo de diferentes*.

Las características que se convierten en etiquetas identificadoras son un constructo social y se sustentan en un marco cultural que las hace discernibles. Ese constructo es inextrapolable a otros marcos o sociedades. Así, mientras en determinadas culturas fue primordial el hecho de haber cazado o matado a algún animal, en otras pudo ser garrafal creer en determinadas supersticiones tildadas de herejías o, incluso, en determinados ambientes contemporáneos, puede ser motivo de prestigio el consumo de cocaína.

La cantidad de etiquetas identificadoras depende asimismo de cada marco sociocultural, pero cuanto más diversa y plural sea la sociedad, más se incrementarán las probabilidades de construir identidades al respecto. En general, en nuestras sociedades occidentales, su número es de tal magnitud, que su tratamiento operativo es el de un conjunto infinito.

## 2) *Naturaleza de las identidades.*

La naturaleza de las identidades, coincidiendo con la de las diversidades, proviene de sus cualidades, que pueden ser tanto físico-biológicas, como psíquicas o sociales (M<sup>a</sup> J. Izquierdo, 1993:123-124; Goffman, 1963:14).

<<El proceso de constitución de la identidad nos sitúa en la encrucijada de la naturaleza y la cultura, de lo intersubjetivo y lo intrasubjetivo, de lo conocido y de la imposibilidad de adquirir un conocimiento completo. Cada ser humano es el resultado del encuentro en un cierto momento y en un cierto lugar, entre lo físico, lo psíquico y lo social>> (Izquierdo, M<sup>a</sup> J., 1993:123)

Las identidades se sitúan en esa frontera entre lo físico, psíquico y lo social, en el sentido en que, normalmente, se asocian al individuo independientemente de su voluntad específica de asunción, como creaciones culturales existentes en su mundo real exterior.

En términos puramente estáticos y estructurales, podrían distinguirse tres tipos de etiquetas-identidad, según la modalidad de división sociocultural que genera; esto es, si forman subgrupos, subculturas o jerarquías. Esas divisiones pueden presentarse como ejes o dimensiones sociales diferentes, obteniendo, así:

- a) una “horizontal” en las que los individuos aparecen estructurados en redes conformando grupos;
- b) una cultural o simbólica en la que aparecerán diferencias en el sistema de símbolos (Parsons, 1966), del “bagaje de conocimientos” (Schutz, 1932), consciencia colectiva (Durkheim, 1893) y la generalización de los otros (Mead, 1934) y otras configuraciones simbólicas y
- c) una dimensión vertical o jerárquica que hace a los individuos y colectivos de individuos distinguibles en términos de sus respectivas cuotas de fuentes, poder y recursos (Turner, 1989:194).

### 3) *Delimitación dicotómica.*

La construcción social de las identidades supone una cuestión de límites, porque la identidad supone una segmentación o compartimentación social dicotómica, en base a la cual se tienen, o no, una o unas determinadas cualidades: dentro, los poseedores de las mismas, los idénticos; fuera, los otros, los diferentes.

Es posible percibir segmentaciones de identidades multinominales. Por ejemplo, un caso sencillo lo supone la división generacional en grandes grupos de edad: la infancia, juventud, edad madura y tercera edad. Ese tipo de clasificación no impide la consideración de la misma como una operación de asociación de carácter dicotómico y esto puede resolverse con tipos de argumentaciones diferentes. Por un lado, individualmente, cada sujeto es poseedor, o no, de esa cualidad, —pertenece a la infancia, o no<sup>9</sup>—. Dado que las identidades que estamos tratando se refieren siempre a individuos, es posible el empleo de esta perspectiva individual que supone discernir si los individuos carecen o poseen esa cualidad de referencia. En segundo lugar, desde una perspectiva social, cada identidad puede verse con independencia de las demás: el conjunto de personas incluidas en el grupo de los poseedores de una determinada cualidad, con independencia de que existan otras etiquetas valorativas alternativas o que esos mismos individuos tengan otras características que los hagan diferentes.

<<La constitución de la identidad es una cuestión de límites, como límites tiene el conocerla. Lo que está en juego es establecer entre qué y qué se sitúan los límites. Porque la identidad es la cualidad de lo idéntico, o la relación entre cosas idénticas... o la circunstancia de ser lo que dice ser, por consiguiente al otro lado de la identidad está la diferencia, o la circunstancia de no ser lo que se dice ser>> (Izquierdo, M<sup>a</sup>. J., 1993:124)

---

<sup>9</sup> Es evidente que en estos conceptos sociológicos las barreras que delimitan la pertenencia o ausencia a una determinada etiqueta no son rígidas. Como toda creación sociocultural, están sometidas a cierto relativismo subjetivo, de apreciación e indefinición, únicamente resoluble en términos generales y para amplios colectivos.

#### 4) *Carga valorativa.*

La existencia de características sociales comunes entre diferentes individuos genera que socialmente se creen etiquetas *sobre los idénticos*, en ocasiones, de claro carácter peyorativo.

<<Cuando se dice que los gitanos trafican con droga, que los inmigrantes son sucios y maleantes, que las mujeres tienen una orientación innata hacia el cuidado de los niños, se está afirmando que los miembros pertenecientes a los colectivos en cuestión son idénticos>> (Amorós, 1994:30)<sup>10</sup>.

Dentro de las cargas valorativas que asocian las identidades, dos de ellas suponen el extremo aclaratorio de más clara evidencia: el estigma y el carisma. El primero, especialmente estudiado por Erving Goffman (1963), como el que lleva asociadas cualidades que provocan socialmente menosprecio y desvaloración y, el segundo, instrumentalmente descrito por Weber (1922), como la cualidad que pasa por extraordinaria<sup>11</sup>.

Las etiquetas identificadoras cambian, no obstante, su carga simbólica, por diferentes procedimientos, permitiendo a los estigmatizados descargar parte de la carga peyorativa que los caracteriza, del mismo modo que los grupos que durante cierto tiempo gozaron de prestigio, puede perderlo y pasar a situaciones de indiferencia o incluso de estigma.

#### 5) *Asunción diferencial.*

Se trata de una pugna entre el destino y la elección (Weeks, 1987), de forma que los individuos pueden asumirlas con orgullo o tratar de esconderlas y

---

<sup>10</sup> La autora va más allá y mantiene que los creadores de esas valoraciones peyorativas son siempre los grupos sociales dominantes, al considerar que <<este tipo de enunciados en que se expresan determinados estereotipos recaen sobre los grupos sociales dominados y no sobre los dominantes, sobre aquellos que sufren discurso socialmente relevante o hegemónico y no sobre aquellos que lo generan>> (Amorós, 1994:30).

<sup>11</sup> El carisma, en Weber, es una virtud de carácter sobrenatural (1922:194-204, 214, 711-715), creada operativamente para definir un modo determinado de legitimación. Sin embargo, es posible recoger dicho concepto y emplearlo en todas esas virtudes con una carga social positiva.

confundirlas en la *indiferencia*. Por ello se sitúan analíticamente entre lo intersubjetivo y lo intrasubjetivo, en función de la asunción diferencial de las mismas.

Cuando una persona es identificada con un aspecto carismático, produce en él una normal aceptación; por el contrario, el estigma provoca generalmente un autoocultamiento de esa etiqueta.

Rodríguez Magda (1994:110-111) señala tres formas principales de asunción de la identidad:

- Como aceptación orgullosa de la diferencia, de la marca de clase, provocando una autoexclusión diferenciadora –ciertas identidades de alto status, como ciertas ocupaciones–.
- Como aceptación con fuerte cohesión del colectivo reivindicando un espacio social propio –ciertos colectivos gays, por ejemplo–.
- Ocultación de la marca de clase y pugna individual por la disolución indiferenciada en la sociedad en general.

Si el concepto de igualdad se opone antónimamente al de desigualdad, el de identidad se opone al de diferencia. La producción de la idea de diferenciación –por oposición a identidad– puede surgir de cuatro formas <sup>12</sup>:

1. Exclusión (modelo de la lepra según Foucault): Expulsando de la sociedad a aquello que no se desea, o generando divisiones masivas en el seno de ésta: razón/locura, sano/enfermo, normal/anormal, ciudadano/extranjero, etc.

---

<sup>12</sup> Tomadas de Rodríguez Magda, 1994, pp. 109-110. Además, nos dirá: <<estas modalidades no representan fases evolutivas ni sucesivas, si bien cada una de ellas es característica de un tipo de sociedad: represiva (1), disciplinaria (2), democráticas (3 y 4), todas ellas pueden coexistir dependiendo del grupo al que se aplican, o darse involuciones, pensemos por ejemplo en los extranjeros, enfermos de SIDA, asociaciones de mujeres, grupos étnicos o religiosos, reinserción social de la delincuencia, etc.>> (Rodríguez Magda, 1994: 110).

2. Control (modelo de la peste, según Foucault), no se separa al diferente de la sociedad sino que se le somete a una libertad vigilada, para ello es necesaria una red de mecanismos de control tal que acaba también sometiendo disciplinariamente a todo el cuerpo social.
3. Asunción diferencial. La marca diferencial de los grupos deja de ser motivo de exclusión o estigma vigilada para pasar a convertirse en "distintivo"
4. Reducción a la insignificancia, por dos procedimientos: o bien la posibilidad de acceso al poder por el grupo diferente, en tanto *su* grupo es insignificante, o bien la marca de grupo ha quedado diluida, reducida a la insignificancia sin que por ello los individuos hayan alcanzado una igualdad de oportunidades

Esas etiquetas pueden ser asumidas o no. Normalmente, todos los individuos asumen buena parte de ellas como propias y se identifican con su significado social, produciéndose así el proceso de la socialización a través de lo que denominamos identidades (o, su homólogo inverso, las diferencias)..

La integración de los conceptos de diversidad (diferenciación) e identidades sociales supone introducir una especie de esquizofrenia en la individualidad<sup>13</sup>, que escinde a las personas entre un yo "desvinculado", sujeto a los principios universales de la persona y los dictados de la razón, y un yo "vinculado" que construye su ser, su propia identidad diferenciada, con total libertad (Vallespín, 1995:26).

---

<sup>13</sup> <<Un lugar donde el conflicto entre identidad y diferencia ha encontrado una de sus mejores definiciones –aunque no precisamente claras– es el libro de W. Connolly, *Identity and Difference*. Aquí nos plantea gráficamente como existe un individuo "normalizado", <<respecto del cual debe ser enjuiciada la conducta de cada uno>> (Connolly, 1991:74), pero que queda siempre una amplia capacidad de decisión en función de intereses diferentes. Marcial Gondar (1982) esquematiza los procesos de adaptabilidad y cambio con respecto a la asunción y/o rechazo de las identidades.

### 2.3.4. De la identidad a la igualdad.

La percepción de determinadas diferencias se realiza culturalmente a partir de una previa percepción de la diversidad humana, sobre la que operamos con simplificaciones o etiquetas identificadoras de individuos coincidentes en una misma diversidad. La sociedad se compone de esos dos elementos: las identidades sociales y las diversidades sociales, ambos aparecen agrupados frecuentemente en la historia de la literatura sociológica bajo el mismo epígrafe que los auna en un mismo proceso de diferenciación.

Conviene aclarar desde un principio la confusión frecuente, y la duda conceptual, que las relaciones entre las nociones de desigualdad y diferencia, aparecen reiteradamente en los discursos de no pocos científicos sociales. El concepto de diferenciación ha sido central para la teoría sociológica desde sus inicios (Smith, 1776; Comte, 1830-42; Spencer, 1874-96; Durkheim, 1893) y más recientemente las macro teorías que centran su atención en la estructura y organización de los actores sociales (Blau, 1977; Parsons, 1966, 1971). Mientras todos los teóricos están de acuerdo en que el término diferenciación se refiere a esas fuerzas que crean diferencias entre los individuos y actividades de los actores, existe aún una importantísima variedad de puntos de vista sobre sus dimensiones (Turner, 1989: 194). Desde Hegel, hasta otros filósofos contemporáneos como, Lyotard y Derrida<sup>14</sup>, se ha insistido en matizar la concepción ética de la igualdad, subrayando la enorme dificultad de discernir entre los aspectos distintivos de los conceptos de desigualdad y diferencia, o, en términos antónimos, entre diferencia e identidad<sup>15</sup>.

---

<sup>14</sup> En Derrida (1989) y en la Lyotard (1988); en cuanto a Hegel véase su *Enciclopedia de las Ciencias Filosóficas* (1944), Editorial Libertad, Buenos Aires.

<sup>15</sup> Históricamente, el discurso igualitarista partía de la tradición ilustrada, mientras que el discurso de la diferencia pertenece a la tradición postmoderna. Se trata de diferentes acentos normativos de una misma idea. En el primer caso estamos ante la idea regulativa de la que hablábamos en el epígrafe anterior, como útil para contemplar la realidad a la luz de un ideal político-moral, y denunciar su apartamiento o desviación del mismo; en el segundo supuesto, la diferencia se opone a identidad, sirviendo de instrumento de la inclusión y/o exclusión de determinados individuos en el mismo grupo, permitiendo la simplificación de sus individualidades por una etiqueta, un estereotipo. Vallespín calificará ese proceso, la diferenciación cultural, como un constreñimiento de la realidad, re-



Esa superposición de los conceptos de igualdad e identidad, (y, análogamente, desigualdad con diferencia)<sup>16</sup>, patente en los discursos feministas y enraizados en la filosofía de Kristeva y Derrida, supondrá una complejización añadida al estudio de las desigualdades. Existe toda una línea de pensamiento feminista, a pesar de su relevante fraccionamiento interno, representado por S. Benhabib, S. Moller Okin, C. Pateman o Iris Marion Young, que confluye en lo referente a su concepción de la igualdad y la diferencia. Su tesis básica puede sintetizarse en las siguientes palabras de I. M. Young <<Los ideales del liberalismo y de la teoría del contrato, tales como la igualdad formal y la racionalidad universal, están profundamente desfigurados por distorsiones masculinas sobre lo que significa el ser humano y la naturaleza de la sociedad>> (Young, 1987:58)<sup>17</sup>. Una vez conseguidos ciertos parámetros de igualdad formal, la mujer reivindica, a su vez, su derecho a la diferencia (Camps, 1994: 24), –lo mismo que pasará con otros colectivos étnicos, religiosos, raciales, etc.–. Diferencia con la que reclama su libertad de poder comportarse de otra forma, diferente a la heredada y creada por/para los varones (Camps, 1990b, cap. 7)<sup>18</sup>.

El proyecto de este sector del feminismo coincide en una crítica al universalismo que oprime las diferencias. A primera vista, no parece que las dife-

---

duciéndola a determinadas pautas, universalizadoras y homogeneizadoras (Vallespín, 1995:15 y 73-74). El concepto de diferencia, señalará Rorty (1991: 120), simplifica la analítica sociológica hasta un extremo científicamente cuestionable, excesivamente reduccionista.

<sup>16</sup> La mujeres se sitúan <<en el espacio de las idénticas>> en donde todo es anomia y reversibilidad (Amorós, 1994: 46). Es un espacio sin individualidades, con elementos indiscernibles.

<sup>17</sup> YOUNG, I. M. (1987): <<Impartiality and the Civic Public: Some Implications of Feminist Critiques of Moral and Political Theory>>, en S. BENHABIB y D. CORNELL, eds., *Feminism as Critique*, Cambridge University Press, Cambridge.

<sup>18</sup> <<Tanto la concepción de la sociedad inscrita en la filosofía moral liberal, con sus pretensiones de universalidad, como las implicaciones derivadas de ella –el principio de neutralidad y la escisión entre un marco de lo público y otro de lo privado– estaría encubriendo una sutil forma de dominación que no sólo afectaría a la mujer, sino a razas u otros grupos sociales minoritarios y marginados. El concepto “persona”, “humano” o “humanidad” no sería a la postre más que una forma sofisticada de referirse al varón heterosexual, blanco y judeo-cristiano>> (Vallespín, 1995: 24-25).

rencias entre este enfoque y una determinada lectura de las implicaciones del liberalismo igualitarista, sean antagónicas, ni mucho menos.

Históricamente, el discurso igualitarista partía de la tradición ilustrada, mientras que el discurso de la diferencia pertenece a la tradición postmoderna. Se trata de diferentes acentos normativos de una misma idea. En el primer caso estamos ante la idea regulativa de la que hablábamos en el epígrafe anterior, como útil para contemplar la realidad a la luz de un ideal político-moral, y denunciar su apartamiento o desviación del mismo; en el segundo supuesto, la diferencia se opone a identidad, sirviendo de instrumento de la inclusión y/o exclusión de determinados individuos en el mismo grupo, permitiendo la simplificación de sus individualidades por una etiqueta, un estereotipo. El concepto de diferencia, señalará Rorty (1991: 120), simplifica la analítica sociológica hasta un extremo científicamente cuestionable, excesivamente reduccionista. Fernando Vallespín calificará ese proceso, la diferenciación cultural, como un constreñimiento de la realidad, reduciéndola a determinadas pautas, universalizadoras y homogeneizadoras (Vallespín, 1995:15 y 73-74).

Desde la insistencia ilustrada en el concepto de igualdad, el de diferencia quedará asociado a posturas conservadoras desigualitaristas; sin embargo, tal identificación, supone una confusión, derivada de una falta de descomposición de los niveles de análisis en los que se ha intentado resolver. De hecho, no se trata de una oposición entre igualdad/diferencia, sino en una reivindicación de defensa de la diversidad frente al rodillo homogeneizador que supone la identidad universal<sup>19</sup>. Las palabras de Bihr y Pfefferkorn pueden explicar esta idea.

<<La desigualdad ha sido defendida en nombre del derecho a la diferencia; esta defensa, ha sido llevada a cabo fundamentalmente por la "nueva derecha", bajo las plumas de los teóricos liberales. Dicho argumento se basa en una doble confusión, espontánea o interesada, entre igualdad e identidad, por un lado, y entre desigualdad y diferencia, por el otro. Ahora bien, la desigualdad no implica la diferencia, sino más bien al contrario, la igualdad no implica la identidad.>> (Bihr/Pfefferkorn, 1995: 19).

---

<sup>19</sup> Sobre esto último ha insistido Ángeles Perona (1995).

De hecho pueden describirse tres acepciones culturales del concepto diferenciación social: una de ellas se refiere al reduccionismo simplificador “de lo radicalmente otro”; por otro lado estaría la visión postmoderna de la diferencia como multiplicidad y, finalmente, caracteriza una tercera acepción de lo diferente como lo ficticio, lo que no sigue las pautas de lo *normal-real* (Rodríguez Magda, 1994:96 y ss.).

Sin embargo, parece posible convenir que desigualdad y diferencia están a distinto nivel analítico. La desigualdad es una creación sociológica de medición de las situaciones de interrelación humana, mientras que la diferencia es una creación cultural (basada en características reales del entorno). Amelia Valcárcel (1995) partirá del discernimiento entre desigualdad y diferencia (en sus terminología: igualdad e identidad) para definir la igualdad<sup>20</sup>. La igualdad es un principio moral, mientras que la identidad nunca se ha resuelto como tal (Vallespín, 1995:18). La identidad, término antónimo a la diferencia (del mismo modo que igualdad es antónimo de desigualdad), resume y sintetiza conjuntos de individuos en un único concepto. La igualdad permitirá seguir manteniendo la multiplicidad, pero asumiendo que la relación comparativa resultante entre esos sujetos, mantiene unas determinadas características (Bihl, 1991).

Diferencia e igualdad no son conceptos antónimos. En un estudio teórico sobre el racismo, Teresa San Román (1996) insiste en esa característica conceptual:

---

<sup>20</sup> Realmente lo hace en base a una tétrada conceptual: identidad, igualdad, diferencia y diferencia absoluta. Se dice que un ser es idéntico a otro cuando la cantidad de parámetros a que responden sus aspectos relevantes es un incontable teórico y práctico; Se dice de un ser que es igual a otro cuando contemplamos un conjunto finito de parámetros en uno y otro que se comportan isomórficamente; La diferencia coincide con la igualdad en que puede contar con parámetros finitos, pero coincide con la identidad en que también se le pueden atribuir incontables parámetros. <<En este último caso la estructura triembre mostraría su verdadero aspecto que es el de la clasificación en cuatro: una diferencia de parámetros incontables es una diferencia absoluta, es decir, el caso límite de la negación de la identidad>> (Valcárcel, 1995:75). De hecho, tras esta clasificación que Amelia Valcárcel atribuye a la filosofía Hegeliana, también sería posible distinguir: igualdad absoluta=identidad, igualdad relativa, desigualdad relativa=igualdad relativa=diferencias, desigualdad absoluta=diferencia absoluta.

<<Igual no se opone a *diferente* sino a *jerarquizado*; *diferencia* no se opone a *igualdad* sino a *idéntico*, a *similitud*. No estamos utilizando los mismos criterios cuando afirmamos la igualdad de todos los seres humanos y cuando afirmamos la existencia de diferencias entre ellos. Es el propio criterio de comparación el que varía en uno y otro caso>> (San Román, 1996:134).

La diferencia se podría definir como la desemejanza recíproca o la diversidad existente entre entes de la misma especie, lo cual permitirá distinguirlos entre sí como singulares (Perona, 1995:39; Amorós, 1987; San Román, 1996), pero no deriva necesariamente en desigualdades, ya que muchas diferencias son neutras o, al menos, neutralizables.

<<la *igualdad entre* admite diferencias pero no desigualdades; admite desemejanzas recíprocas entre individuos de una misma especie pues sólo así es posible distinguirlos como singulares, como identidades propias e intransferibles>> (Perona, 1995:43).

La diferenciación se establece culturalmente a partir de la interiorización de identidades particulares específicas, normalmente físicas, y, éstas, a su vez, se producen a partir de una serie de diversidades humanas previas que cobran relevancia social. Las ideas de igualdad, y sus antónimas de desigualdad, se forjan en ese contexto, en esa experiencia interiorizadora. A su vez, según la hemos interiorizado, la exteriorizamos. Esto se hace por palabra, acción u omisión. Independientemente de nuestras intenciones, los demás interiorizan nuestra concepción de la igualdad, así como de los demás valores. Entre todos construimos la realidad objetiva, y en ella, el abanico posible de concepciones política, éticas, religiosas, económicas, etc. La realidad en la que estamos diferenciados e identificados, como si de unas etiquetas se tratase, a través de codificación de roles, de valoraciones, de prestigios, o, por qué no, de rasgos físicos o experiencias íntimas personales.

Ese matiz ha sido reflejado tempranamente por los defensores del igualitarismo. Diferencia no suponía desigualdades y esto puede ilustrarse con nítida claridad expositiva en el siguiente párrafo de Tawney.

<<Es cierto que algunos hombres son inferiores a otros por lo que se refiere a sus parámetros intelectuales y, es posible, —aunque no se

haya demostrado de modo convincente [...] – que lo mismo valga para determinadas clases. Sin embargo, no se sigue de este hecho que tales individuos o clases deban recibir menos consideración que otros ni que deban ser tratados como inferiores en relación con problemas, como el *status* jurídico, la salud o la organización económica, que está dentro del control de la comunidad>> (Tawney, 1931:51).

Las desigualdades operan sobre esas identidades de individuos, pero no sólo sobre ellas. Hay desigualdades que pueden evaluarse sobre todas las personas y desigualdades sobre identidades. Además las identidades pueden conllevar un tipo de desigualdad implícito<sup>21</sup>.

Caso 1: Desigualdades individuales: los ingresos entre una población determinada.

Caso 2: Desigualdades sobre identidades: Los ingresos por género.

Caso 3: Identidades desigualitarias: Las mujeres son malas conductoras.

Es importante resaltar la distinción que establecíamos entre los conceptos de igualdad e identidad<sup>22</sup>. Ambos conceptos son de naturaleza claramente distinta, mientras que la identidad es una característica propia de los procesos de socialización e interiorización del *yo* y del *otro*, la igualdad es un principio regulativo político-moral, aunque formalmente medible, en donde sus elementos constitutivos son discernibles (Amorós, 1994). Valga la siguiente aclaración, al respecto, propuesta por Celia Amorós:

<< Se puede decir que A y B son idénticos cuando se dan en ambos únicamente las mismas características y cualidades que consideramos relevantes en la predicción común que establecemos, de tal manera que aquellos sobre quienes recae nuestra predicción

---

<sup>21</sup> A cada una de esas identidades pueden asociársele comportamientos más allá del propio de su identificación: las mujeres no saben conducir; los gallegos son desconfiados, los españoles son vagos, los jueces son políticamente conservadores, los de provincias son paletos, la juventud pasa de todo, etc., son algunos de los numerosos ejemplos con los que se podría ilustrar la asociación de características a las identidades de individuos socialmente establecidas.

<sup>22</sup> En ocasiones, de cierto discurso político, parece derivarse cierta confusión (Amorós, 1994; Valcárcel, 1981; Santa Cruz, 1992).

se vuelven por ello mismo indiscernibles como sujetos. [...]. La igualdad, por el contrario, no hace sino establecer una relación de homologación, es decir, de ubicación en un mismo rango de cualidades o de sujetos que son diferentes y perfectamente discernibles>> (Amorós, 1994:30).

Uno de los denominadores comunes o identidades sociales universales se ha dado históricamente en una interpretación religiosa –los hombres son entre sí hermanos en tanto hijos de un mismo Padre– y una interpretación filosófica, que se funda generalmente en la concepción de una igualdad primitiva, o “natural”, corrompida y pervertida por las instituciones sociales que han introducido y perpetuado la desigualdad entre ricos y pobres, entre gobernantes y gobernados, entre clase dominante y clase dominada. A menudo se encuentran entremezcladas ambas interpretaciones (Bobbio, 1977:85). Pero la constatación de la igualdad natural no es necesaria para mantener tesis y posturas netamente igualitaristas. (Bobbio, 1977:87). De hecho, el marxismo contemporáneo la ha abandonado.

## **2.4. LA IGUALDAD COMO PRINCIPIO ÉTICO RELATIVO.**

Una vez acotado nuestro objeto de estudio como una reflexión práctica sobre cuándo se puede afirmar que existen situaciones desigualitarias y conviniendo que esa afirmación sólo puede ser llevada a cabo en base a una medida de una determinada concepción de la igualdad, es preciso dar un paso más y desarrollar con mayor precisión cuáles son las características que se desprenden de la naturaleza de los conceptos que estamos tratando.

Sabemos que se trata de un concepto polisémico y, además, no ponemos en duda su naturaleza ético-política que, necesariamente, dará como resultado una permanente multiplicidad de enfoques, de subjetivas posturas al respecto, de maneras de entenderla y concebirla. ¿Cómo es posible enfrentarse al estudio de las desigualdades desde una perspectiva racional, sociológica, científica, si

cualquier concepción o idea de lo que se entiende por igualdad puede ser tan válida como cualquier otra, precisamente por su naturaleza ética? ¿Para qué perder el tiempo escribiendo una tesis sobre algo relativo por definición, sobre lo que cada ser humano puede tener una idea y ser tan respetable como la del que tiene otra o de la del que no tiene ninguna?

#### 2.4.1. El relativismo ético.

En definitiva, la primera cuestión ahí implícita y que por lógica debemos plantearnos es la del sentido y justificación de estudiar un concepto de la naturaleza ético-política al que relegamos la igualdad. Desde su particular naturaleza, la igualdad debe concebirse como un principio moral, como un valor último sobre el que no caben discusiones: se acepta tal cual aparece presentado en la consciencia de los hombres.

Como otros valores de la misma naturaleza (libertad, justicia, etc.), la igualdad es un principio moral que está en consonancia con todo el esquema de valores de cada individuo. Éste, además, se haya claramente inserto en una cultura determinada, que lo delimita mientras establece los parámetros en los que se producirá la *interiorización*.

El tratamiento y sentido que damos a la teorización sobre conceptos de naturaleza abstracta y relativa no pretende un conocimiento ni un discernimiento de una verdad absoluta oculta, pues, muy por el contrario, parte del supuesto de que es imposible que exista tal verdad, tal posibilidad de solución unánime: existen y existirán diferentes formas de concebir la igualdad, porque es un concepto vivo, que se readapta permanentemente a las contingencias histórico culturales; porque se construye sobre unos máximos de delimitación infinita: la igualdad total sólo podría resolverse en identidad, sin diversidad, sin culturas diferentes, sin diferencias de género, de forma de pensar, de carácter o fuerza, etc.

<<Los valores últimos no se justifican, se asumen; aquello que es último, precisamente porque es último, no tiene fundamento>>(Bobbio, *El tiempo de los derechos*, p. 56)

Parafraseando a Alf Ross (1952) en una serena defensa de la democracia, convengo con él en que si a una persona le disgusta la igualdad, soy incapaz de probarle lógicamente que está cometiendo un error y que yo estoy en lo cierto.<sup>23</sup>

En esta línea de pensamiento pueden situarse los planteamientos más generalistas sobre la idea de igualdad y, de hecho, así ha sido reconocido explícitamente por algunos de los teóricos más prestigiosos al respecto: Rawls (1993:22 y 122-123), Dahrendorf (1968:157), Bobbio (1977:63), Dixon (1986:65-71), Guisán (1982:50), etc. Así, por ejemplo, lo expresa de forma sintética Berlin:

<<La igualdad es un valor entre muchos: el grado en que es compatible con otros fines, depende de la situación concreta, y no puede deducirse de ninguna clase de leyes generales; no es ni más ni menos racional que cualquier otro principio último>> (Berlin, 1956:169).

Quisiera, a pesar de la insistencia ilustrativa, incluir también la clara visión relativista de un político conservador español, tan conocido, y reconocido como tal, como Herrero de Miñón, quien expresa nítidamente esta idea:

<<No pretendo que mi visión de la igualdad sea la única posible, ni siquiera la única legítima; pero, porque es una entre las demás, es, a su vez, no menos legítima y posible>> (Herrero de Miñón, 1993:63).

De hecho, concebir el principio de la igualdad como un principio político (moral) consensuado para la organización social, en la base de la teoría política ilustrada, herencia del contrato social expuesta por Rousseau, permite campear el problema teórico, sin entrar en más disquisiciones sobre su origen. Caemos, conscientemente, en una solución positivista en la que se reencuentra no sólo la sociología contemporánea sobre las desigualdades, sino también, la filosofía del derecho, la economía, la historia y buena parte de la filosofía contemporánea que atiende a estos temas. La igualdad es definida como una demanda

---

<sup>23</sup> Alf ROSS (1952), *Why Democracy?*, Harvard University Press, Cambridge, Mass. Realmente son palabras son: <<Si a una persona le disgusta la democracia, la libertad, o la paz, soy incapaz de probarle lógicamente que está cometiendo un error y que yo estoy en lo cierto>> (*Opus cit.*, p. 92).



política, un deseo o un anhelo de lo que debería de ser, de la deseabilidad política<sup>24</sup>

La concepción de igualdad se resuelve en principio regulativo ético y, como tal, interacciona, regula, afecta y depende de cualquier otro valor ideológico y cognoscitivo: principios políticos, religiosos, económicos, etc. Como principio ético, debe desarrollarse desde la apertura conceptual del *relativismo ético*, asumiendo, con ella, la imposibilidad que supone fundamentar de manera objetiva<sup>25</sup> los diferentes sistemas de valores que los individuos sustentan<sup>26</sup>. También sería posible entenderlo como el reconocimiento de opiniones éticas conflictivas que son igualmente válidas (Brandt)<sup>27</sup>.

Es un principio individualmente subjetivo pero delimitado por un marco cultural de la sociedad en la que están inmersos los individuos, que define los parámetros referenciales sobre los que cada uno interiorizará-exteriorizará su esquema particular de valores. La igualdad será un elemento más de ese sistema de valores del individuo, del cual forman parte otros de similar naturaleza y que, postergan o priman, la importancia de éste, dependiendo de cada caso. Si la igualdad prima sobre la libertad, caracterizaremos el esquema de valores de esa persona de una determinada manera y, caso contrario, a la inversa; si el orden prima sobre la libertad y la igualdad, obtendremos un individuo tipológicamente diferente respecto a su concepción de la igualdad.

---

<sup>24</sup> Sobre esta idea puede consultarse, entre otros: Barry (1965); Benn/Peter (1959); Bluhm (1978); Diggs (1974); Feinberg (1973); Flathman (1973); Fowler y Orenstein (1977); Held (1984); Lucas (1966); R. Taylor (1982); Schwartz (1973). También es interesante la reflexión sobre la deseabilidad que realiza Dixon, tras plantearse la cuestión de si ¿Es la igualdad deseable? (Dixon:1986:65-71).

<sup>25</sup> El campo ético en el que se desenvuelven los discursos igualitarios y desigualitarios pretende una objetividad (imparcialidad en palabras de Rawls). Véase especialmente en Rawls (1971) y también en otras de sus obras más recientes (1985, 1988a, 1988c, 1990).

<sup>26</sup> Cfr. <<Ethical Relativism>>, en *The Encyclopedia of Philosophy*, Paul Edwards (ed.), MacMillan Publishing Co., New York, 1972, vol. 3, p. 73.

<sup>27</sup> Richard B. Brandt, *Teoría Ética*, Alianza Universidad, Madrid, 1982, 319, 322 y 326. La forma de concebir el relativismo expuesta por Brandt es esencialmente diferente de la primera, pues aquella niega la posibilidad de conseguir juicios sobre la validez de las opiniones, mientras que esta se los otorga a varias simultáneamente.

Amartya Sen, en línea con esta perspectiva, argumenta que todos los principios políticos tienen esa misma vocación y espíritu, y, además, todo principio político recoge una determinada concepción de la igualdad y pretende una aplicación de la igualdad en uno u otro ámbito, sobre una u otra variable. Todas las doctrinas, según Sen (1992:7), desean igualdad de algo y ese algo es siempre el aspecto relevante de su teoría. Los comunistas piden igualdad de rentas, los bienestaristas, igualdad de bienestar, los utilitaristas exigen la misma ponderación a las utilidades de todos y los libertarios piden igualdad en lo referente a los derechos y libertades.

La igualdad se concibe así como un principio necesariamente variable, múltiple e individualmente subjetivo, pero socialmente *intersubjetivo*, compartido, sino por todos, por colectividades numerosas de individuos. En una sociedad dada, existen doctrinas que conciben de forma diferente los principios igualitarios, pero, de forma genérica, estos están presentes en todas las doctrinas políticas, que lo conciben como “igualdad fundamental” e hilo conductor de su doctrina, si bien, el peso o la atención de la igualdad en un ámbito o variable, puede generar desigualdades en otros ámbitos<sup>28</sup>. Idea esta sobre la que reiteradamente vuelve Amartya Sen<sup>29</sup>:

<<La clase de teorías normativas de orden social con las que nos estamos relacionando exigen igualdad en algún que otro ámbito. Esta igualdad sirve como “igualdad fundamental” del sistema, y tiene consecuencias sobre los esquemas distributivos en otros ámbitos. De hecho, la igualdad fundamental puede ser la causante directa de las desigualdades en otros ámbitos>> (Sen, 1992:38).

El relativismo ético de la concepción igualitaria no implica que la diversidad y multiplicidad que se abren necesariamente desde esta perspectiva, impidan un tratamiento sociológico de la misma. Aparentemente puede resultar paradójico estudiar racionalmente algo que tiene profundas raíces en lo emotivo e

---

<sup>28</sup> Más adelante tendremos oportunidad de aclarar y matizar esta idea.

<sup>29</sup> La misma idea puede verse en Sen (1992:33): <<Una de las consecuencias de la “diversidad humana” es que la igualdad en una ámbito determinado suele ir unida, de hecho, con la desigualdad en otro ámbito diferente>>.

irracional. Sin embargo, el conocimiento de todo lo que se refiere al ser humano tiene interés científico y, en concreto, lo que se refiere a las relaciones entre personas, a relaciones sociales, es objeto de estudio específico de la sociología. Ciertamente no podremos llegar a ninguna verdad absoluta sobre lo que es o lo que no es la igualdad, pero sí podremos decir cómo entienden las diferentes personas y culturas la igualdad, como ha evolucionado ese concepto, si se han aproximado las formas de relación social igualitaria a la idea que se tenía de las mismas, etc.

#### 2.4.2. El consenso entre sistemas éticos diferentes.

En consonancia, pero más allá de los postulados que aquí se precisan, toda una corriente de pensadores ha tratado de estudiar cómo es posible convivir en sociedad con principios éticos diferentes y, frecuentemente, opuestos. El *consenso social* (Schneewind, 1990 y 1991)<sup>30</sup> aparece así como centro de estudio y de debate de una filosofía social positivista, con justificaciones teóricas sólidas, como las de todo el *intuicionismo intuitivo* y, en concreto, en los trabajos de Brian Barry, R. B. Brant y Nicholas Rescher<sup>31</sup>. Se trata de una doctrina que mantiene que existe una familia irreductible de primeros principios que tienen que ser sopesados unos con otros preguntándonos qué balance es más justo según nuestro juicio. Una vez que alcanzamos un cierto nivel de generalidad, el intuicionista sostiene que ya no existen criterios constructivos de orden más elevado que sir-

---

<sup>30</sup> Schneewind sintetiza en tres posibilidades el origen del conocimiento de los principios morales: o bien su conocimiento es de origen divino, o bien es de origen racional, o bien es un contrato social –un acuerdo tácito– para que intersubjetivamente una comunidad dada pueda organizarse socialmente. Esta tercera vía no descarta las dos anteriores, sino que permite que determinados principios sean considerados por una parte de la sociedad como naturales (o divinos) y, por otra parte, puede estar argumentado como la forma idónea y correcta de relacionarse los seres humanos (conclusión extraída de un razonamiento de tipo científico). Bajo la idea de la insoslayable soberanía popular, las decisiones concernientes a la organización social, son, serán, consensuadas, bajo un principio de arbitrariedad, que permita definir, en cada momento histórico-social concreto, cuáles son los principios que guiarán la acción política.

<sup>31</sup> Barry, B. (1965): *Political Argument*, Routledge and Kegan Paul, Londres, especialmente en pp. 4-8, 286 y ss.; Brandt, R. B. (1959): *Ethical Theory*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, especialmente páginas 404, 426, 429 y ss.; Rescher, N. (1966): *Distributive Justice*, Bobbs-Merrill, New York, pp. 35-41 y 115-121).

van para determinar el énfasis correcto de los principios constitutivos de la justicia. Los primeros principios surgen en la moral individual de las personas y, por tanto, pueden entrar en contradicción en la sociedad; será entonces, en caso de conflicto, cuando las personas deberán de llevar a cabo un balance de lo que intuitivamente es más correcto<sup>32</sup>.

Además se nos abren posibilidades de estudio de carácter positivista, en la línea de decidir, entre dos situaciones, cuál es la más igualitaria (sabiendo que la igualdad no es un principio supremo, sino uno de los principios éticos que regulan el sistema de valores<sup>33</sup>).

Ello no impide que no podamos cuestionarnos y trabajar en la línea de intentar discernir, tanto en situaciones concretas como en abiertos debates deontológicos, qué es lo mejor –preferible de acuerdo a unos parámetros preestablecidos– para cada sociedad, cada cultura, cada grupo humano, cada nación etc. Todo ello dio lugar a una extensa y apasionante rama del conocimiento sociológico que ha venido a conocerse como *Teoría de la Elección Social*. Los desarrollos recientes de esta teoría han tratado de tener en cuenta consideraciones de libertad dentro del marco de evaluación en el contexto específico de va-

---

<sup>32</sup> El primer rasgo del intuicionismo racional consiste en su afirmación de que los primeros principios y juicios morales, si son correctos, son enunciados verdaderos acerca de un orden independiente de valores morales, además, ese orden no depende de la actividad de ninguna mente (humana) real, incluida la actividad de la razón, ni puede ser explicado por ella. El segundo rasgo consiste en la afirmación de que los principios morales primeros son conocidos por la razón teórica. Ese rasgo viene sugerido por la idea de que el conocimiento moral se adquiere en parte merced a una especie de percepción e intuición, y se organiza a través de primeros principios que parecen aceptables tras la debida reflexión. Un tercer rasgo se refiere a que el intuicionismo no exige una concepción plena de la persona y apenas necesitas otra cosa que la idea de un yo cognoscente. El requisito principal es que seamos capaces de conocer los primeros principios en los que se expresan esos valores y que seamos susceptibles de ser movidos por ese conocimiento. Finalmente, el intuicionismo racional concibe la verdad de un modo tradicional al entender como verdaderos los juicios morales que versan sobre el orden independiente de valores morales y se ajustan a él.

<sup>33</sup> Para justificar cualquier propuesta de orden social es preciso ordenar una ontología de valores que podemos entender como un sistema. Estas cuestiones son tratadas, entre otros, por Willians (1972, 1973, 1981 y 1985); Sen y Willians (1982); Scanlon, T. (1988); Mackie (1978), Ackerman (1988); Parfit (1984), O'Neill (1989) y Taylor (1982). Todos ellos parten de la filosofía kantiana en la que toda ética interiorizada y asumida por cada individuo, se interioriza precisamente porque ese individuo está convencido que su sistema ético es creíble para los demás individuos.

lorar la libertad (Sen, 1992:46). Un intento en esta dirección es el realizado por Sen (1970a, 1970b). Suzumura (1983), Wriglesworth (1985) y Riley (1987), entre otros, han discutido y escrutado la extensa bibliografía sobre el planteamiento de la libertad en la teoría de la elección social. El modelo de elección social tiene tanto ventajas como limitaciones a la hora de plantearse la importancia de la libertad comparado con: 1) las formulaciones deontológicas tradicionales; 2) las formulaciones “bienestaristas” estándar, y 3) las interpretaciones basadas en la teoría de juegos.

## **2.5. INTERRELACIONES ENTRE PRINCIPIOS ÉTICOS.**

La igualdad es un principio moral entre otros que rigen la cosmología ética de las sociedades humanas<sup>34</sup>. La política, en definitiva, es esa forma que tienen las personas de organizarse socialmente: todo lo social tiene su propia lectura política y, la igualdad, desde esa concepción de la política, es un aspecto crucial de la misma. Pero en política se entrecruzan los valores positivista-democráticos, con otros de naturaleza divina y racional-absolutista; derivan, en fin, de una cosmología ética inherente a las sociedades humanas, que manifiestan una connatural insistencia en valorar todos los aspectos organizativos en términos de bueno-malo, mejor-peor, etc. (Bourdieu, 1976:54)

La igualdad es un principio moral entre otros, decíamos, al igual que lo son la libertad, la justicia, el anhelo de bienestar material, la búsqueda de la felicidad personal, la preponderancia de los valores de eficiencia en organizaciones e instituciones, la valoración del orden y la costumbre, etc. Cada uno de ellos diferentemente ponderado e interiorizado por cada una de las personas que

---

<sup>34</sup> Steiner (1983) ha identificado y examinado los principales principios regulativos de la ética.

conforman la sociedad y, por supuesto, condicionada histórica y culturalmente por las particularidades macrosistémicas de cada sociedad.

Es tal la interrelación existente entre todos estos principio morales que constituyen la cosmología imponderable de valores ético políticos de cada persona y de cada sociedad, que buena parte de la literatura sobre las desigualdades, o relacionada con ella, ha intentado permanentemente llevar a cabo una delimitación y ubicación de esos valores. Dworkin, en su *Ética política*, funde el concepto de igualdad con otros que considera también como principios regulativos de la acción orientada hacia la organización social, tales como la libertad, la democracia o la particular concepción del bienestar, la justicia o la eficiencia (Dworkin, 1990:91).

### 2.5.1. Libertad.

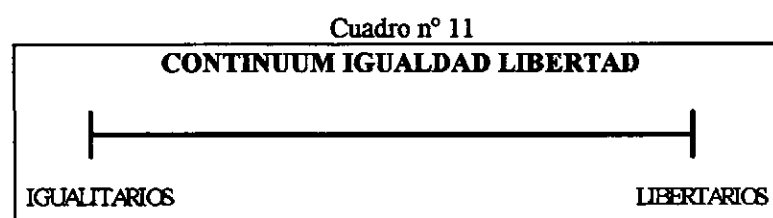
Con especial relevancia y “parentesco intelectual” con la igualdad, aparece el principio de la libertad (Dixon, 1986:9-13). Parentesco puesto en cuestión por algunos autores, que no ven tan clara la proximidad de ambos conceptos, (Germain, 1985; Bobbio, 1977)<sup>35</sup>, si bien, en general la afirmación de sus vínculos teórico-prácticos es harto frecuente.

---

<sup>35</sup> Germain argumenta que son conceptos claramente diferentes, pues la libertad es un absoluto, en tanto que la igualdad, por definición, es algo relativo, comparativo, subjetivo>> (Germain, 1985:25). Bobbio, por su parte, afirma que <<mientras que la libertad es una cualidad o propiedad de la persona (no importa si física o moral [...]), la igualdad es pura y simplemente una relación formal, que se puede colmar con los más diversos contenidos>> (Bobbio, 1977:54). <<El único nexo social y políticamente relevante entre libertad e igualdad se confronta allí donde la libertad se considera como aquello en lo que los hombres, o mejor, los miembros de un determinado grupo social, son o deben ser iguales, de ahí la característica de los miembros de ese grupo de ser “igualmente libres” o “iguales en libertad”: no hay mejor confirmación del hecho de que la libertad es la cualidad de un ente, y la igualdad un modo de establecer un determinado tipo de relación entre los entes de una totalidad, a pesar de que la única característica común de todos los entes sea el hecho de ser libres>> (Bobbio, 1977:56).

La postura que los diferentes pensadores sociales adoptan con respecto a la libertad —el papel y valor social de la misma— ha servido frecuentemente como indicador del tipo de ideología igualitarista en el que se ubica ese pensador —además de ser un indicador de toda su posición política, desde una perspectiva global—. Generalmente la relación entre ambos conceptos se ha considerado inversa: a mayor interés por la libertad, menor por la igualdad; e inversamente, a mayor interés por el igualitarismo, menor por las libertades (Bobbio, 1977: 91-92). Amartya Sen se sirve de este criterio para diferenciar a sus dos grupos de teorías sustantivas sobre las desigualdades: los libertarios y los igualitaristas.

El enfoque analítico derivado entiende que igualdad y libertad pueden situarse en una única función lineal de *continuum*, con sus extremos caracterizados por la filosofía igualitaria y libertaria, respectivamente.



Ambos principios se hallan, no obstante, estrechamente vinculados. Si se valora de una determinada manera la libertad y se asume como un principio primordial incuestionable, la igualdad quedará condicionada a llegar sólo hasta ese punto en el que no perturbe las libertades individuales.

Alternativamente, para un igualitarista que insista en la igualdad de resultados, la libertad tendrá que ser un valor subsidiario pues, necesariamente, para conseguir determinadas igualdades, habrá que reprimir determinadas libertades individuales.

Sin embargo, la supuesta oposición entre libertad e igualdad no es tan evidente. Amartya Sen ha insistido en que la libertad es una más entre las múltiples variables evaluativas en las que descansan los análisis igualitaristas: todos son iguales en tanto en cuanto todos tienen la misma libertad. Considerar la li-

bertad y la igualdad como conceptos de una dicotomía alternativa es <<por completo defectuosa>> (Sen, 1992: 34). Es un “error categórico”, dirá en otro momento, ya que <<la libertad se encuentra entre los posibles *campos de aplicación* de la igualdad y la igualdad se halla entre los posibles *esquemas* distributivos de la libertad>> (Sen, 1992:35).

La idea de conciliación entre libertad e igualdad es defendida frecuentemente por los teóricos más abiertamente considerados proigualitaristas (Tawney, 1931: 168-170; E. F. Carr 1940: 210). De hecho, esta es la postura habitual de los liberales (liberal-igualitaristas incluidos). La diferencia estriba en la preeminencia que juega la libertad con respecto a la igualdad de otras variables evaluativas. Eso separará posturas políticas, pero el consenso en que son variables no excluyentes es más que posible. Así lo admite, desde posiciones próximas a la izquierda Esperanza Guisán, quien insistirá en la complementariedad de ambos principios.

<<Si libertad e igualdad fuesen, como tradicionalmente ha querido entenderse, dos desiderata irreconciliables bien estaría que tuviéramos cautela respecto a la posible utilidad del derecho a la igualdad. Sin embargo, cuando aquí decimos que los hombres bajo condiciones determinadas, desean la igualdad, no hacemos sino afirmar que los hombres, cuando actúan racionalmente [...] desean una “libertad igual”, o unos pre-requisitos que garanticen que cada hombre contará como uno sólo y sólo como uno>> (Guisán, 1982:58-59).

Es importante matizar, siguiendo a Kant, la diferencia entre libertad positiva y negativa. La primera se refiere a la autonomía y alude a <<la facultad de no obedecer a ninguna ley externa, a no ser en la medida en que he podido darle mi consentimiento>> (Kant, 1785:350). La libertad negativa se refiere a la posibilidad de buscar la felicidad personal con tal de no impedir la de los demás (Kant, 1785:290). La positiva está en consonancia con la rousseauniana, la negativa entronca más con la concepción liberal (con Montesquieu) y tiene como rasgo distintivo el no constreñimiento, el permiso, la no coacción y la limitación.



La positiva compaginaría mejor la igualdad y permitiría el recurso hacia la “libertad creativa” (Popper, 1973:215).

Es precisamente Karl R. Popper, esencialmente liberal, quién mostrará su desconfianza hacia las posturas más defensoras de la libertad, con lo que el llama la paradoja de la libertad:

<<La llamada *paradoja de la libertad* postula que la libertad, en el sentido de ausencia de todo control restrictivo, debe conducir a una severísima corrección, ya que deja a los poderosos en libertad para esclavizar a los débiles>> (Popper, 1945:511)

Popper, en línea con Kant, se mostrará de acuerdo con una combinación de libertad y control. Ahí entrará el equilibrio libertad/igualdad, con la consideración mencionada de la libertad como un bien igualable socialmente en sí mismo.

### 2.5.2. Justicia.

Otro principio regulativo de la cosmología político-moral de nuestra sociedad es el sentido de la justicia; este último se concibe tan estrechamente emparentado con la igualdad que en ocasiones llega a hacerse sinónimo de la misma. Realmente, no obstante, la acepción prevalente de la justicia la convierte en el compendio o principio que conlleva todas las demás virtudes (Aristóteles, *Política*, III, 13, 1283b). Esa consideración ha pervivido en los análisis igualitaristas contemporáneos y ello es perceptible en el tratamiento de la filosofía justicialista —baste revisar las teorías de Rawls, entre otros teóricos de la justicia, o del propio Bobbio, que insiste en su similitud semántica (Bobbio, 1977:56; Rawls, 1971)—. Esto ha conllevado que, en ocasiones se haya relegado el análisis de la igualdad al ámbito de la justicia, como <<sumo bien>> (Bobbio, 1977:58; Rakowski, 1991: 1 y ss.).

Pero la justicia resume otros valores y no podemos confundir el carácter *ideal* de la justicia, frente al hecho, empíricamente constatable, que supone la igualdad, ya que la justicia no es más que una formulación práctica y sintética de la cosmología político-moral (igualdad incluida) que define quiénes son los

iguales –que deberán ser tratados como iguales–, y quiénes los diferentes, sobre los que pesarán aplicaciones sustantivamente diferenciadas (Vargas Machuca, 1994)<sup>36</sup>.

Norberto Bobbio<sup>37</sup> ha depurado las acepciones de justicia hasta entenderla como igualdad basada en un “a cada uno lo suyo”, según el mérito, según la capacidad, según el talento, según el esfuerzo, según el trabajo, según el resultado, según las aspiraciones, según las necesidades, etc. (Bobbio, 1977:63). En definitiva una suma de componentes que tendrá que resolverse en lo que el denomina “la regla de la justicia” (Bobbio, 1977:64-67) que representa la manera de aplicar la idea misma de justicia.

La noción de lo que es justo puede equipararse con lo que es igualitario, lo que no favorece a nadie en particular (aunque si lo haga con respecto a unos pocos pero genéricos); sin embargo, nada conduce a que esa consideración sea mejor que otras. Las concepciones de la justicia, tanto o más que ninguna otra, abocan a un profundo relativismo ético que sólo puede solventarse en el marco de una cultura determinada y entre un abanico de posibilidades ideológico-prácticas permitidas, a partir de las cuáles aparece el espacio, culturalmente definido, de lo prohibido, lo penado, lo delictivo. Todo ello con total independencia al igualitarismo de determinados ámbitos y variables. De esa forma, una teoría de la justicia puede centrar su atención, y definir legalmente, la igualdad

---

<sup>36</sup> <<El principio de la justicia proporciona una información formal: tratar lo igual de forma igual y lo desigual de forma desigual [...] Lo que hace relevante una concepción de la justicia es la información que la misma es capaz de proporcionarnos para discernir qué es, en concreto, lo que se debe a cada cual, y en razón de que algunas igualdades deben ser procuradas o preservadas, y ciertas diferencias erradicadas o compensadas>> (Vargas-Machuca, 1994:55).

<sup>37</sup> Norberto Bobbio enfoca su concepción y estudio de la igualdad desde dos campos diferentes y estrechamente ligados de la filosofía: la teoría de la justicia y la filosofía política. En la teoría de la justicia su dimensión metodológica arranca de una crítica al *iusnaturalismo* y varía desde una primera época, donde acepta que los juicios de valor han de contar con los juicios de hecho, a una segunda, donde acepta la tesis de la falacia naturalista y la imposibilidad de deducir los valores de los hechos (Peces Barba, 1993). Paralelo a ese cuestionamiento del *iusnaturalismo*, aparecen otros tres elementos permanentes en su obra: el *emotivismo*, como origen de los valores humanos; el *historicismo*, que rechaza la existencia estable y permanente de valores abstractos válidos para cualquier tiempo y, finalmente, el *esfuerzo racionalizador* por la comprensión de esos valores y sus derivados, como los derechos humanos.

ante la ley, pero no admitirá, en general, como justo, al ladrón –un Robin Hood– que enajene las pertenencias a los ricos para repartirlas entre los pobres, contribuyendo, indiscutiblemente a una equidistribución de los recursos.

El principio de igualdad ante la ley suele ser el primero y más ampliamente reconocido por todas las regulaciones normativas de nuestras sociedades contemporáneas. El problema comienza tras la cuestión de la aplicación igualitaria de la ley. Obsérvese que son cuestiones claramente diferenciables. La ley es igual para todos, pero existen, no obstante, principios discriminatorios (Rodríguez Piñero/Fernández López, 1986) fundamentalmente positivos<sup>38</sup>, que incitan a la actuación de determinadas conductas. Puede discriminarse positivamente para que los minusválidos entren con mayor facilidad en el mercado laboral, o las mujeres, o se puede ayudar económicamente al tercer hijo de una familia o al uso de determinada lengua vernácula, etc.; todos ellos ejemplos de discriminaciones positivas.

La desigualdad en la aplicación de la ley llega a que se fallen diferentes sentencias ante casos aparentemente similares pero en contextos, con jueces y con sujetos, diferentes. Ello ha sido objeto de discusión en sentencias del Tribunal Constitucional, tal como recoge, Alonso García (1983:25). La sentencia del alto tribunal declara:

La simple desigualdad en los fallos de diversos casos aparentemente iguales en sus supuestos de hecho no da derecho tampoco, sin más, a entender vulnerado el *principio de igualdad en la aplicación de la ley*, pues tales diferencias entre fallos pueden tener su

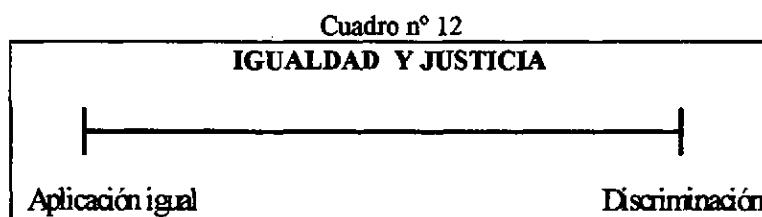
---

<sup>38</sup> Hay que recordar que la discriminación tiene una doble acepción semántica. Por un lado se utiliza el término atribuido a procesos de distinción y diferenciación (en sintonía con el término inglés *discrimination*) y, por otro, se hace esa distinción con un claro carácter peyorativo. La discriminación positiva puede incidir sobre determinados colectivos bien identificables a los que se supone en situación de desiguales oportunidades de partida y que se pretende contrarrestar esa desigualdad en los resultados finales. No implica necesariamente que haya una valoración peyorativa previa. Véase RAMÍN (1978): <<Introduction>>, en F. Schmidt et al, *Discrimination in Employment*, Estocolmo, especialmente pp. 15 y 19; VIERDAG (1973): *The Concept of Discrimination in International Law*, La Haya; MCDUGALL, LASWELL y CHEN (1980): *Human Right and World Public Order*, New Haven; RAMCHARAN, (1981) <<Equality and Non Discrimination>>, en Henkin (de.), *The International Bill of Rights: The Covenant on Civil and Political Rights*, New York, especialmente páginas 246 y ss.; McKEAN (1983), *Equality and Discrimination under International Law*, Oxford.

*justa razón de ser* o bien en la no identidad de los hechos probados o bien en un margen de apreciación del juzgador

Si la igualdad supusiese un tratamiento idéntico para todos los ciudadanos, la aplicación de dicho principio sobre la observable diversidad humana y las desigualdades históricas, provocarían una absurda y arbitraria desigualdad. Puesto que los hombres tienen deseos y necesidades distintos, la más elemental justicia requiere de una desigualdad suficiente que garantice unos resultados, oportunidades o libertad, más equitativos (Guisán, 1982:59).

Los planteamientos de que la justicia reside en la igualdad de aplicación de la ley en todos los ciudadanos y situaciones, contrastan con los que permiten situaciones de discriminación. Estos últimos defienden el principio de tratar a los iguales como iguales y a los desiguales desigualmente. Pero dada la diversidad de las situaciones humanas, consideran ampliamente justificable el uso diferencial de las situaciones legales ante cada ciudadano y, a su vez, considerarán injusta la aplicación igualitaria de las normas.



La historia nos ha enseñado construcciones particulares y diferentes. François Ewal, ha elaborado el siguiente esquema sintético (Cuadro nº 13) que resume esa diferenciación conceptual (Ewel, 1985:243), ilustrando, así, la idea de que la justicia no está ligada a una única manera de concebir la igualdad.

Cuadro nº 13  
**FORMAS REGULATIVAS Y CONCEPCIÓN IGUALITARIA**

	<i>Derecho natural clásico</i>	<i>Derecho natural moderno</i>	<i>Derecho social</i>
<i>Concepción igualitarista de la sociedad</i>	El doble de igualdad geométrica que aritmética	Igualdad de derechos	Mezcla de igualdad geométrica y aritmética
<i>Unidad métrica</i>	Bien común	El derecho como forma de reciprocidad	Norma
<i>Base epistemológica</i>	Deontología	Física	Sociología

Mas allá del plano jurídico, en el plano económico, una propuesta de justicia de igualdad de aplicación para todos consiste en un incremento salarial porcentualmente constante para todos los trabajadores, independientemente de su sueldo actual. Otra propuesta, de desigual aplicación según los casos, incrementaría el salario de forma diferencial según fuesen las percepciones anteriores. Un caso particular sería el incremento uniforme, en el que a todos le suben las mismas unidades absolutas sin tener en cuenta el monto inicial. Con ello si subimos una unidad, al que sólo tenía una se le incrementa en un 100%, mientras que al que tenía 100 su incremento le supone un 1%.

El concepto de igualdad se aleja así del de la *parificación igualitarista*, en cuanto actuación positiva justa, pero se mantiene para la discriminación negativa (se prohíbe para todos, contrariamente a la permisón que es sólo para algunos).<sup>39</sup> El artículo 14 de nuestra Constitución es expreso al efecto:

<<Los españoles son iguales ante la ley, sin que pueda prevalecer discriminación alguna por razón de nacimiento, raza, sexo, religión, opinión o cualquier otra condición o circunstancia personal o social>> (Art. 14. Constitución Española de 1978).

---

<sup>39</sup> Así lo ha entendido nuestro Tribunal Constitucional que en su sentencia 3/83, e 25 de enero, recuerda que el artículo 14 de la Constitución Española "no establece un principio de igualdad absoluto [...] y mucho menos que excluya la propia necesidad de establecer un trato desigual sobre supuestos de hecho que en sí mismos son desiguales" (Rodríguez Piñero *et al.*, 1986:49)

No obstante, es preciso diferenciar el nivel normativo, legal, del de hecho o real y, si bien la constitución prohíbe tales discriminaciones, en la práctica pueden existir, de hecho existen, y la ley permite que se actúe positivamente, desigualtariamente, contra las mismas<sup>40</sup>. El problema de la justicia deviene, por tanto, en una definición previa de las identidades sociales que pueden ser consideradas como tales. Si entre dos identidades se percibe una discriminación de hecho, ya que de derecho no ha lugar en este marco constitucional, excepción hecha de los infractores, se considera justo actuar en detrimento de su existencia discriminatoria. Podría decirse, así, que en la actualidad la problemática de la igualdad gira en torno al análisis de las diferencias normativas, de las desigualdades de trato, de su admisión o rechazo según los casos (Pérez Luño, 1981; Rodríguez Piñero *et al.*, 1986).

Tratar a los diferentes desigualmente conlleva, en la práctica, “actuaciones afirmativas”, que inciden en esos tratamientos diferenciales en función de los distintos grupos o situaciones sociales sobre los que actúan. Cuando esas actuaciones se enfocan de cara a la integración o compensación de determinados grupos sociales, suelen denominarse “políticas de discriminación positiva” (Ruiz Miguel, 1994<sup>41</sup>). A continuación se ofrece una lista ilustrativa que contiene ejemplos de este tipo de acciones.

---

<sup>40</sup> La igualdad de los hombres no es incompatible con la desigual distribución de bienes y otros atributos. Ejemplo: el artículo 9º de la Constitución de la República Popular China que dice “De cada uno según sus capacidades, a cada uno según su trabajo”.

<sup>41</sup> <<La discriminación positiva o inversa (DI) tiene antecedentes en la lucha contra la división en castas en la India, pero su origen más cercano se encuentra en EE UU, donde se practicó con cierta amplitud a comienzos de la década de los setenta para dos tipos de grupos y en dos campos diferentes: para las mujeres y para minorías raciales, en especial la negra, y bien en la contratación laboral, bien en la admisión a algunos estudios universitarios. [...] En Europa, la DI es conocida y aplicada sólo en materia política, por la polémica introducción de cuotas del 25% de mujeres en ciertos órganos políticos (en España, por vez primera, en Enero de 1988 para los órganos internos de PSOE)>> (Ruiz Miguel, 1994:77)

Cuadro nº 14

**EJEMPLOS DE ACCIONES AFIRMATIVAS.**

- Sistemas impositivos con cargas desiguales según los tramos de renta poseídos
- Sistemas electorales no estrictamente proporcionales (tipo D'Hont) o con diferente peso circunscriptorial
- Existencia de pensiones no contributivas para determinados colectivos poblacionales
- Becas para estudiantes con escasos recursos
- Campañas de promoción de la mujer en el trabajo, la educación, etc.
- Fomentos de inversiones en regiones deprimidas
- Ayudas a la contratación de jóvenes.
- Construcción de instalaciones especiales para discapacitados.
- Exenciones de impuestos en bienes de primera necesidad.
- Promoción de determinados *bienes*, como por ejemplo los libros.
- Subvención de determinados tipos de viviendas.
- Fomento del arte.
- Políticas proteccionistas con determinados productos agrarios
- Políticas contra el consumo de tabaco o alcohol.

Aunque complementarias, la defensa de las políticas afirmativas suele ir acompañada de una crítica de las políticas de discriminación positiva. Éstas se basan en argumentos del tipo de los expuestos en el cuadro nº 15:

Cuadro nº 15

**CRÍTICAS A LA DISCRIMINACIÓN POSITIVA<sup>42</sup>**

- |   |
|---|
| <ul style="list-style-type: none"><li>• Es un tipo de discriminación</li><li>• Injustificación de responsabilidades culpatorias.</li><li>• Genera hostilidad social.</li><li>• Genera estigmatización social de los afectados.</li><li>• Generaliza determinados colectivos sin matizar en su interior según sus posibilidades.</li><li>• No reconoce la igualdad ante la ley (Art. 14 de la Constitución Española) que menciona expresamente, por ejemplo, el sexo.</li><li>• No reconoce el principio de mérito</li><li>• Atribución grupal de beneficios y no individualizada.</li></ul> |
|---|

**2.5.3. Eficiencia.**

La defensa de los principios basados en la eficiencia, ha sido uno de los argumentos más recurridos por las doctrinas denostadoras del igualitarismo. Su argumentación se basa en una supuesta contardicción entre igualdad y eficiencia (Gutiérrez, 1996:11-12), es decir, se basa en la creencia de que para que una sociedad u organización sea eficiente, debe estructurar, jerarquizar, redistribuir desigualmente premios, recompensas y castigos, etc.. De esta forma, dichas desigualdades, servirán como incentivos para las actuaciones individuales, redundando, de ese modo, en una mayor eficiencia, generadora, a su vez, de mayor bienestar social. Esto puede formularse inversamente, diciendo que la reducción de las desigualdades, bien sean de poder, de ingresos u de otros bienes materiales o inmateriales, incidirá en una relajación de la eficiencia de esa sociedad u organización.

Igualdad y eficiencia parecen así principios enfrentados, pudiendo reconstruirse un gráfico que represente el *continuum* sobre el que se sitúe la valoración o situación concreta de cada grupo social organizado.

Sin embargo, dicha oposición es matizable. Matizable en el sentido de que es posible una defensa bastante radical de la eficiencia desde posiciones

---

<sup>42</sup> Véase Ruiz Miguel (1994).



muy igualitaristas. Esto es posible al proponer una eficiencia que redunde en una mayor igualdad social, definida ésta, normalmente, desde la perspectiva de la igualdad de oportunidades (Solé, 1996:23). Se trata, en definitiva, de ser eficientes para ser más igualitarios; es decir, pueden existir premios y recompensas que animen la eficiencia, pero, ello no debe implicar, sino al contrario, revertir en una mayor igualdad: tener instituciones más eficientes que consigan que el mayor número de personas pueda acceder a las mismas, independientemente de sus constricciones estructurales no derivadas del esfuerzo y la capacidad.

Igualdad y eficiencia no son, así entendidos, principios opuestos, sino complementarios. Es posible defender una eficiencia igualitarista: ser más eficientes de cara a conseguir más igualdad social.

El problema reaparece al preguntarse por el tipo de igualdad que busca esa eficiencia. Si simplemente se trata de igualdad de oportunidades, el mercado aparece como el mecanismo idóneo, frente al cual, las asociaciones corporativas, que defienden una solidaridad más espontánea y, en general, más isonómica, suponen un cierto freno a la igualación de las oportunidades. Alternativamente, estas últimas, pueden prestar una especial atención a la igualación de los resultados de determinados grupos que pueden estar desfavorecidos o, simplemente, ser internamente muy desigualitarios. Desde esta última perspectiva, las organizaciones corporativas defienden una eficiencia que redunde en una isónoma igualdad de resultados.

Entre ambas posturas caben posibilidades intermedias y mixtas, de forma que el mapa sociológico de los discursos sobre la desigualdad refleja posturas que desvaloran la eficiencia y otras que la valoran y dentro de estas últimas, las hay que incluyen el principio igualitario, pudiendo estar este más centrado en las oportunidades o en los resultados.

#### **2.5.4. Bienestar.**

El igualitarismo se ha manifestado como una reivindicación de defensa del derecho a la búsqueda de felicidad, de forma que, los hombres, son iguales

en tanto satisfacen sus deseos de felicidad personal (Brandt, 1978: 311). Este principio subyace prácticamente en todas las defensas igualitaristas, pero dada la imprecisión filosófica que rodea al concepto de felicidad, se ha resuelto, en ocasiones, como estudio de la calidad de vida o *binestar social*<sup>43</sup>

Una derivación igualitarista de esta teoría viene dada por el análisis de la igualdad en base a los *bienes elementales* (como en los sistemas evaluativos de Rawls), los *recursos* (como en el análisis social de Dworkin) o el *ingreso real* (como en los análisis enfocados en el PNB, el PIB, o vectores de bienes determinados<sup>44</sup>). Estas variables están relacionadas con los *instrumentos* para alcanzar el bienestar y otros objetivos, y también pueden considerarse como los *medios* para la libertad.

Pero esta visión unidireccional y de base bienestarista ha sido también reiteradamente criticada<sup>45</sup>. Por un lado, no parece posible ponderar la importancia primordial de unos valores bienestaristas sobre otros posibles, por otro lado, es prácticamente imposible operativizar el bienestar de forma que nos permita

---

<sup>43</sup> Hay cierta base teórica de esta equivalencia en la filosofía de Aristóteles (véase concretamente su *Ética a Nicómano*, I, 7). Una recopilación general de diferentes análisis sobre esta perspectiva de desigualdad basada en el bienestar pueden encontrarse en la recopilación de Nusbaum/Sen, 1992. La elaboración teórica más importante de esta perspectiva suele remitirse a algunos trabajos de Sen (1982, 1985). Espin-Andersen (1990), presenta tres modelos de Estado de Bienestar; D. Harris, en *La justificación del Estado de Bienestar* (Instituto de Estudios Fiscales, Madrid, 1990), presenta una visión contrastada entre la vieja izquierda y la nueva derecha españolas respecto a sus concepciones bienestaristas. También es muy influyente en los estudios contemporáneos sobre el tema, la obra de Ramesh Mishra, *El estado de bienestar en crisis* (Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1992). Sobre la opinión pública con respecto a los Estados de Bienestar puede consultarse Peter Taylor-Gooby, *Public Opinion, Ideology and the State Welfare*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1985. La obra compilada por Rodríguez Cabrero, *Estado, privatización y bienestar*, Icaria-Fuhem, Barcelona, 1991, incluye diversos trabajos sobre aspectos relacionados con el tema, especialmente los referidos al papel de los sectores público y privado. También las 21 ponencias recogidas en *La crisis del Estado de bienestar*, editada por la Conselleria de Economía e Facenda de la Xunta de Galicia en 1994, contribuyen a perfilar las concepciones bienestaristas en la España actual. Finalmente, la obra de Alejandro Estruch (1996) supone una de las contribuciones más actualizadas sobre la incidencia de los gastos sociales en la España Contemporánea.

<sup>44</sup> En Sen (1984) encontramos un estudio crítico de la literatura analítica sobre este tema.

<sup>45</sup> Véase Arneson (1989); Brannen y Wilson (1987); Cohen, G. A. (1989, 1990); Dasgupta et al. (1973); Drèze y Sen (1989); Erikson y Aberg (1987); Goodin (1988); Hamlin (1986); Hossain (1990); Kakwani (1986); Nussbaum y Sen (1992); O'Neill (1986); Pogge (1989); Riley (1987); Ringen (1987); Roemer, J. (1982b, 1994b); Sen et al. (1987); Streeten et al. (1981); Van Parijs (1990a, 1990b); entre otros.

var a cabo comparaciones entre diferentes sociedades; además, la visión unidireccional de la igualdad no conlleva consenso político y resulta, pues, igualmente inoperativo para el análisis sociológico.

El bienestar deviene un problema en el análisis igualitarista no sólo en el sentido de tener que decidir que variable indicará el *equalisandum*, sino que también hay que precisar el nivel de medición y de satisfacción o bienestar alcanzado y con ello nos adentramos en un mundo subjetivista de difícil solución.

Desde el punto de vista del bienestarismo más material, la igualdad no provoca incremento del mismo, sino que, frecuentemente, por efecto de la redistribución, deviene en decrecimiento del total de la sociedad<sup>46</sup>. De hecho, sociedades con un importante nivel de pobreza, son muy igualitarias, mientras que los factores que inducen al crecimiento, pasan por facilitar el desarrollo de los talentos individuales, premiar los esfuerzos, recompensar sacrificios y provocar desigualdades materiales y de bienestar.

El problema alcanza también a la diversidad de aspectos de igualdad y a la forma de llevarla a efecto. Así, por ejemplo, entre los partidarios de igualar el bienestar, se habla de igualdad de los bienes materiales pero ¿qué bienes? y por qué no hablar también de los bienes espirituales o intelectuales<sup>47</sup>. Algunas tentativas de respuesta a esa pregunta remiten a la idea de necesidades, de satisfacción de las necesidades<sup>48</sup>. Concepto éste excesivamente vago que no aclara gran cosa: algunos se refieren las necesidades vitales, otros a las necesidades socialmente útiles (frente a ciertas supuestas necesidades nocivas), hay quien distingue las necesidades naturales de las artificiales, las espontáneas o las pro-

---

<sup>46</sup> Esto es así porque es más barato darle educación a una persona normal que a un discapacitado, cuidar de la salud de un sano que de la de un enfermo, llevar equipamientos al rural que al urbano, etc.

<sup>47</sup> Por otro lado surge otro tipo de cuestiones con respecto a la igualdad de hecho basada en si podemos quedarnos en la simple posesión de bienes o es preciso referirnos a su uso.

<sup>48</sup> Incluso Marx echa mano del mismo refiriéndose a él: "A cada uno según sus necesidades".

vocadas por los productores de bienes de consumo<sup>49</sup>. El problema teórico fundamental aparece al percibir las enormes diferencias entre lo que unos y otros miembros de la misma sociedad entienden por bienestar (Rosenberg, 1995). Algunos no se considerarán satisfechos si no pueden disfrutar diariamente de una botella de *champagne*, mientras que otros no aspiran más que a tener suficiente agua potable.

La carga subjetiva del concepto de bienestar puede superarse, considerando algunas de las apreciaciones de Amartya Sen. Este autor reconoce que una persona busca en la vida otras cosas que no son precisamente lo que él denomina bienestar, pero, el análisis igualitarista carece de sentido fuera de este último ámbito (Sen, 1985). Para hacer operativo el concepto de bienestar, introduce la noción de funcionamientos, como una descomposición de los logros a los que aspiran las personas:

<<El bienestar de una persona puede entenderse considerando la calidad (por así decirlo, la “bondad”) de su vida. La vida puede considerarse como un conjunto de funcionamientos interrelacionados, consistentes en estados y acciones. La realización de una persona puede entenderse como el vector de sus funcionamientos. Los funcionamientos pertinentes pueden abarcar desde cosas tan elementales como estar suficientemente bien alimentados, tener buena salud [...] hasta realizaciones más complejas, como el ser feliz, el tener dignidad, el participar en la vida de la comunidad, etc.>> (Sen, 1992:53).

Las diversas condiciones que una persona puede o no alcanzar se denominan *funciones* (Sen, 1992:53). Las funciones pueden ser actividades (comer, leer, etc.) o estados de existencia (estar bien nutrido o libre de enfermedades, etc.). La vida de una persona puede considerarse como un conjunto de funcionamientos. Toda acción humana y todo estado personal puede entenderse como un “funcionamiento”. De hecho, los funcionamientos son constitutivos del estado de las personas (Sen, 1992:53). El conjunto de funciones que una persona puede alcanzar se denomina vector de función (Sen, 1985:197-198).

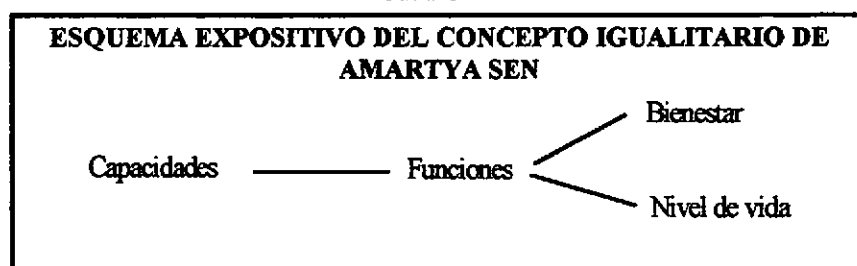
---

<sup>49</sup> ¿La necesidad de escuchar una sinfonía de Beethoven es natural o artificial, espontánea o provocada?

Estrechamente relacionado con la noción de funcionamientos está la noción de *capacidad* de funcionar. Esta <<representa las diversas combinaciones de funcionamientos (estados y acciones) que la persona puede alcanzar. Por ello, la capacidad es un conjunto de vectores de funcionamientos, que reflejan la libertad de un individuo para llevar un tipo de vida u otro<sup>50</sup>>> (Sen, 1992:54). Capacidad es, en definitiva, la aptitud para alcanzar funciones (Sen, 1988b:16), y el conjunto de capacidades es el conjunto de vectores de función que está dentro del alcance de esa persona (Sen: 1988b:201). La función es un logro y la capacidad es una aptitud para alcanzar ese logro (1985a:36).

Para solucionar el dilema que supone la falta de objetividad y el enfoque positivista de la igualdad, el autor resalta la diferencia existente entre *nivel de vida* y *bienestar*. Una persona como la Madre Teresa de Calcuta tiene muy bajo nivel de vida pero mucho bienestar, en cambio, puede haber una persona muy opulenta —con un alto nivel de vida— que no obtenga mucho bienestar. La capacidad aparece así como la primera pieza clave en el concepto igualitario de Sen<sup>51</sup>.

Cuadro nº 16



Las funciones están directamente relacionadas con las condiciones de vida, puesto que ellas son las condiciones de vida. Los funcionamientos que se

<sup>50</sup> Sobre los varios problemas técnicos en la representación y valoración de los vectores de funcionamientos (más en general, de  $n$ -múltiplos de funcionamientos) y los conjuntos de capacidades de tales vectores (o múltiplos- $n$ ), véase Sen (1985b y 1991b).

<sup>51</sup> Este modelo ha sido cuestionado, entre otros, por Farrel, (1992:168-172), quien entiende un orden secuencial subyacente en Sen que liga el nivel de vida al bienestar. Por otro lado, y sobre esa corrección, incluye la opulencia, como variable dependiente inicial de las capacidades y el nivel de vida.

incluyen van desde los más básicos (alimentación, salud) hasta otros más complejos. Si se consigue realizar un funcionamiento, subjetivamente valioso para la vida de un individuo concreto, se contribuye a la autorrealización y al desarrollo de la libertad<sup>52</sup> de esa persona. <<La capacidad de una persona para realizar aquellas funciones que piensa que tienen valor nos proporciona un punto de vista desde el que valorar las condiciones sociales y ello nos permite una visión especial de la evaluación de la igualdad y la desigualdad>> (Sen 1992:17).

<<La capacidad es principalmente un reflejo de la libertad para alcanzar funcionamientos valiosos. [...] En la medida en que los funcionamientos son constitutivos de bien-estar, la capacidad representa la libertad de una persona para alcanzar el bien-estar>> (Sen, 1992:63).

## 2.6. LA ENUNCIACIÓN DE LA IGUALDAD.

### 2.6.1. La formulación clásica.

La formulación analítica clásica de la igualdad se basa en dicotomizar dos posturas: de una parte, los defensores del igualitarismo y, de otra, sus detractores (Goldthorpe, 1982: 181). Los desigualitaristas son considerados como tales por justificar las diferencias de *status* económico, medios, educación, cultura y modos de vida (Tawney, 1931: 64) y, entre ellos, suelen incluirse figuras tan dispares como Leibniz, Ortega y Gasset, T. Parsons o F. Hayek. En el lado opuesto, aparecen los críticos de determinadas situaciones desigualitarias y se incluye entre ellos a pensadores como Rousseau, Marx o Gandhi.

En ocasiones se limita ese proceso dicotómico a diferenciar las diferentes concepciones sobre la naturaleza humana (Ferrater Mora, 1979: 1617). Quienes deducen que los hombres son iguales por naturaleza<sup>53</sup> creen encontrar una justi-

---

<sup>52</sup> La libertad se refiere a la <<capacidad de conseguir funcionamientos valiosos>> (Sen, 1992:9), es decir, sus oportunidades reales de conseguir bienestar.

<sup>53</sup> En cuanto al problema del origen de las desigualdades, se han dado distintas respuestas contradictorias: aparte del origen natural, que defendía Aristóteles, autores como J.-J. Rousseau y Marx vieron en la propiedad el origen de la desigualdad. Para E. Durkheim,

ficación evidente de defensa y reivindicación de las posturas igualitaristas. Quienes, por su parte, sostienen una perspectiva de lucha constante de la especie humana por la supervivencia (entre si y con la naturaleza, en general) a la manera darwiniana, concluyen que la adaptabilidad de las especies provoca que existan individuos más cualificados para el desempeño de determinadas funciones; con lo que proceden a concluir que las desigualdades son naturales y consustanciales al ser humano.

Sin embargo, la discusión sobre el carácter igualitario original de la naturaleza humana es, en términos generales, estéril. Aún cuando pudiera discernirse algo sobre la naturaleza humana originaria, nada induce a concluir que tal origen condicione el “deber ser” futuro, sin posibilidad de modificación (Guisán 1982: 50 y 62). La igualdad reivindicada no tiene por qué coincidir con ninguna igualdad originaria para ser legítima como deseo político –Ése es, en definitiva, la base de la dialéctica hegeliana y marxista–. El origen natural sirve simplemente de apoyo argumentativo, al igual que otros artilugios, como la sistematización orgánica, las referencias a Paraísos incontextuados (terrenales o no) o el sorteo (Delaporte, 1987).

No obstante, ver la cuestión de las desigualdades <<como una mera lucha entre aquellos que están “a favor” y “en contra” de la igualdad (...) es dejarse en el tintero un aspecto central de esta cuestión>> (Sen, 1992:7). La igualdad es principio ético aplicable a múltiples, casi infinitos, aspectos y ámbitos de las interrelaciones sociales. No se reduce a una determinada concepción del origen de la naturaleza humana, ni a una simple equiparación de una o varias variables evaluativas. La definición de una determinada doctrina como igualitarista es, sociológicamente, y por las razones que se exponen a continuación, irrelevante. Por el contrario, lo relevante es el análisis igualitario de cada formulación concreta y de cada forma de organización social.

---

ésta está en la división del trabajo, y T. Parsons sostiene que la desigualdad es un principio necesario para mantener cualquier estructura social.

### 2.6.2. Una concepción alternativa del análisis del igualitarismo.

La igualdad no es un dogma universal. Nada implica que los humanos debamos ser iguales en ningún aspecto concreto. Simplemente se trata de un deseo, un objetivo político, que hunde sus raíces en un *esquema de valores* de naturaleza ética<sup>54</sup>. En él, la igualdad, junto a otros principios de la misma naturaleza, se conjugan para dar lugar a un deseable proyecto de organización social, manifiesto y perceptible de cada persona, pero encubierto en su discurso valorativo y en su modo de actuar cotidiano (Berlin, 1956: 178).

La existencia de la igualdad como principio ético y reivindicación política, es innegable. Lo que resulta más complicado es defender la *utilidad* de la igualdad (Guisán, 1982). En ocasiones se ha intentado resolver dicho cuestionamiento aludiendo a la paz social que generan las situaciones de mayor igualdad, pero, no es menos cierto, que son muchos los ejemplos y períodos históricos en los que sociedades con fuertes desigualdades convivieron en paz y orden. La igualdad, además, no contribuye al aumento de la riqueza (Tawney, 1931:46-47). Incluso muchas defensas y reivindicaciones igualitarias se mantuvieron simultáneamente al crecimiento económico —como la teoría marxista o la utilitarista— pero con cierta independencia de principios: lo relevante era dignificar la condición humana, para lo cual era indispensable la igualdad social.

De hecho, cualquier reivindicación de un principio general aplicable a todo el género humano, es decir, que busque el interés, cualquier interés social (Bachrach, 1973), puede considerarse como una ideología igualitarista; sólo cambia la variable evaluativa sobre la que versa cada igualación.

<<Debemos considerar las discusiones entre las distintas escuelas de pensamiento como expresión de lo que cada una considera el ámbito social más importante dentro del cual exigir igualdad>> (Sen, 1992:8).

---

<sup>54</sup> Esto no impide que desde otras perspectivas analíticas en sociología, no se busquen las consecuencias sociales de las situaciones desigualitarias y de las políticas que aducen una mayor o menor igualdad social.



Toda doctrina *política* es igualitaria en algún sentido (Sen, 1992:15), porque siempre habrá una igualación, una generalización de algún principio ético al conjunto de la sociedad –por ello la llamamos doctrina “política”–. Aparentemente, las discrepancias doctrinales inducen a pensar que hay ideologías más igualitarias que otras, pero en realidad lo único que cambia es la centralidad y de cada principio ético, la preponderancia que unos asumen sobre los otros, el esquema de valores, en definitiva. Cada uno de esos esquemas da como resultado un tipo de igualación diferente, por lo que la cuestión pasa a centrarse en qué tipo de igualdad propone cada doctrina, es decir, qué equalisandum considera cada una.

La diversidad humana conduce a una diversidad de enfoques doctrinales que se centran en *espacios, o variables focales diferentes*, generándose escalas diferentes que impiden las comparaciones interpersonales, a no ser que nos ciñamos a una de esas variables focales, abandonando el resto. En definitiva, existe un igualitarismo diverso basado en diferentes variables focales. <<Todos los enfoques referentes a la ética de las condiciones sociales que se han mantenido a través de los tiempos es desear igualdad de *algo*, algo que ocupa un lugar importante en esa teoría>> (Sen, 1992: 7). Esa igualdad en algo considerado como *fundamental* conlleva siempre desigualdades en otros aspectos considerados como secundarios (Sen, 1992: 8).

Cuando se analiza el discurso de una persona en torno a sus ideas sobre la igualdad, aparecen múltiples ambivalencias que, con intensidad diferente, dependiendo de si se trata de un discurso pensado o espontáneo, se traslucen entre sus palabras<sup>55</sup>. Por ello, es posible el discurso igualitarista de Rousseau en el que aparecen justificadas desigualdades por género tan evidentes –y exactamente lo mismo podría decirse de Marx, de Gandhi o de otros pensadores que pasan por igualitaristas–.

---

<sup>55</sup> En este aspecto incide la Tesis Doctoral de Javier Noya, *El hombre de las dos caras o la ambivalencia ante la igualdad y el Estado de Bienestar*, leída en la Universidad Complutense de Madrid en Febrero de 1997.

Las diferentes doctrinas políticas proponen una determinada igualación en algo y ese algo puede ir desde la simple igualdad de condición espiritual, que preconiza la ética cristiana, en la que todas las desigualdades terrenales pueden justificarse como pruebas personales que serán recompensadas en el más allá-, pasando por las defensas formales de la igualdad de derechos ante la ley, o de oportunidades, hasta firmes defensas de igualdad de resultados en determinados aspectos.

En cualquier caso, no parece posible igualar a todos los seres humanos en todo; es preciso delimitar las variables en torno a las cuáles se va a aplicar la igualación. Estas variables pueden ser materiales, como la renta, la educación, el tiempo de descanso, o netamente espirituales, como la seguridad, la libertad o la paz.

Además, junto al *equalisandum* y a la *variable evaluativa*, la formulación doctrinal de la igualdad incluye nuevos elementos, como el de la forma de establecer o aplicar los criterios equitativos. Ahí se plantean dudas sobre si la igualdad de bienes debe tomarse como a cada uno una parte igual o a cada uno una parte proporcional a algo. En este último reparto se incluye la idea de a cada uno según sus necesidades. Julia (1964: 75-76) entiende que hay dos maneras de concebir la igualdad.

1. En base a lo que él llama justicia conmutativa: “darle a cada uno la misma cosa”
2. En base a una justicia distributiva: “a cada uno según un criterio: su trabajo, méritos, necesidades, etc.”

La segunda concepción de la justicia en realidad está ocultando una enorme heterogeneidad interna, pues, como hemos mencionado, son considerables las diferencias entre la justicia de “a cada uno según sus necesidades” (Aristóteles), “a cada uno según sus mérito” (Parsons) o “a cada uno según trabajo-necesidades” (Marx). Rawls plantea que los ingresos (*bienes elementales*) deben distribuirse equitativamente entre todos los individuos; esa es pues su va-

riable evaluativa de la igualdad. El bienestar alcanzado por los individuos puede ser desigual, y así lo permite su teoría de la Diferencia, dado que cada individuo puede gastar sus ingresos de forma diferente. Nozick, por el contrario, plantea que la herencia de los bienes elementales es siempre desigualitaria y lo que trata de conseguir es una libertad análoga para conseguir, bajo esas diferencias, el mismo nivel de libertad para todos los individuos.

En fin, las múltiples variables en torno a las que pueden elaborarse tipologías sobre las concepciones personales sobre la igualdad, como, por ejemplo la particular concepción sobre el origen de las desigualdades (natural o social), la valoración sobre la plausibilidad de las transformaciones, el posicionamiento con respecto a las desigualdades estructurales de su cultura y sociedad, la concepción y definición de la isonomía y los isónomos, etc. –Éstas y otras variables serán tratadas empíricamente en el capítulo 4º–

### **3. POSICIONAMIENTOS DOCTRINALES.**

*“El hombre es un ser de historia, se desarrolla en el  
tiempo y por el tiempo”  
(Van der Ven)*

### 3.1. EVOLUCIÓN IGUALITARISTA DE NUESTRO ENTORNO CULTURAL.

El bagaje ontológico de una sociedad se va conformando en el pensamiento colectivo a partir del sinfín de contingencias que constituyen sus referentes cognoscitivos. Entre ellos, la historia del pensamiento definirá algunos de los parámetros entre los que discurrirá el debate filosófico en el que se inserta la noción de igualdad. Y, en nuestro entorno cultural, una serie de *momentos* históricos aparecen como *claves* en la formación del pensamiento occidental.

Entre esos múltiples momentos que han contribuido a conformar nuestra actual manera de entender la reivindicación igualitaria y la justificación de las desigualdades, sobresalen algunas construcciones teóricas, de entre las cuales he querido traer aquí sólo algunas de ellas, en base a un proceso de selección operativa, que responde instrumental y manifiestamente, a la línea expositiva y argumental de esta tesis. Se trata de enmarcar y contextualizar en unas coordenadas espacio-temporales determinadas, el devenir histórico y las transformaciones sufridas por la concepción social de la igualdad entre los hombres.

El proceso de construcción social de las desigualdades —expuesto en capítulo anterior—, es inherente al ser humano, como ser social. Es por tanto, constatable históricamente, una permanente reflexión sobre la relación que cada hombre, cada ser humano, tiene con sus semejantes. Reflexión que se caracteriza por el matiz impersonal, que se le da a la misma y que convive con otras de carácter netamente personal (Nagel, 1991).

Lo relevante de todo ese devenir histórico, de toda esa reflexión, es el hecho de que siempre se ha girado conceptualmente en torno a tres parámetros de igualación o de consideración de la relación interpersonal desde el punto de vista impersonal. Esos tres parámetros conceptuales son: la igualdad de condición, la igualdad de oportunidades y la igualdad de resultados. Tres esquemas

igualitarios, que responden a creencias y principios de naturaleza ético-política, base sobre la cual se desarrollarán los posicionamientos doctrinales particulares de cada línea teórica y de cada contexto social. Esos tres esquemas son denominados, en mi exposición taxonómica, como los *equalisanda*; término éste que se traduce, por tanto, por el esquema conceptual en el que se basan las reivindicaciones y justificaciones (des)igualitaristas.

No existe una línea uniforme y/o evolutiva de transformación de un *equalisandum* a otro, sin embargo, la elaboración doctrinal y argumentativa que se ha generado a lo largo de la historia, ha ido ampliando el bagaje teórico-referencial de dichas argumentaciones. Así, por ejemplo, aún siendo la democracia un sistema de organización político-social más igualitario que otros regímenes, la historia demuestra, con abundantes ejemplos, cómo se producen frecuentes involuciones en este sentido, transformaciones que vienen justificadas por la preeminencia de otros principios éticos, como la eficiencia, el mantenimiento del orden social o la simple creencia en la primacía de determinados grupos o valores sociales. Sin embargo, un régimen dictatorial puede ser más igualitario con respecto a un *equalisandum* basado en la *igualdad de resultados* que uno democrático; el democrático, por su parte, defiende un *equalisandum* centrado en la *igualdad de condición*.

Otro ejemplo más: la sociedad feudal europea estaba caracterizada por una clara diferenciación de las *condiciones* de sus miembros; eso ha dado lugar a hablar de estamentos, cada uno de los cuales se caracterizaba por una clara relación de *desigualdad regulativa*. Sin embargo, la posibilidad de acceder a un estrato superior estaba relativamente abierta: una persona podía prácticamente con el único límite de su deseo, acceder al estamento eclesiástico o al militar y, dentro de estos últimos, podía escalar algunos peldaños de la pirámide feudal, por sus habilidades o por su esfuerzo, si destacaba en el desempeño de sus funciones. La sociedad feudal tenía una determinada concepción de la desigualdad de condición, como *equalisandum* que ordenaba todo su sistema social, matiza-

do por otra concepción, limitada pero real, y más frecuente de lo que en ocasiones se piensa, de la *igualdad de oportunidades*; así como de otra concepción sobre el *equalisandum de los resultados*.

Lo que estoy introduciendo exige más matices y mayor detenimiento expositivo. Eso es precisamente lo que me propongo en los apartados siguientes, a lo largo de todo este capítulo: exponer las principales concepciones igualitaristas desde una perspectiva histórica. Naturalmente, no es posible revisar aquí toda la historia política y del pensamiento social, pero quiero llamar la atención sobre una serie de momentos históricos puntuales, que ayudarán a comprender los parámetros en torno a los que giran los *equalisanda*, de cualquier momento histórico<sup>1</sup>.

En primer lugar, quiero mencionar como se asume con naturalidad en el pensamiento clásico —especialmente *aristotélico*— que el *equalisandum* de la *igualdad de condición* se refiere a una población determinada, los *isónomos*, al margen de la cual, el resto de los seres humanos mantienen *otra* condición.

En segundo lugar, quiero detenerme en indicar cómo el ámbito de los *isónomos* se amplía a todo el género humano, en la teología *cristiana*, pero se limita al carácter espiritual de los mismos.

Seguidamente, señalaré como la *sociedad europea tradicional* (en el medievo y Antiguo Régimen) asume las posturas doctrinales aristotélicas y teológico-cristianas y justifica así un determinado sistema social, basado en la *desigualdad de condición terrenal, pero con igualdad de condición espiritual*, y enmarcado en una determinada concepción de las oportunidades y los resultados.

---

<sup>1</sup> De hecho, en el capítulo siguiente, haré un análisis empírico del posicionamiento igualitarista en la sociedad española actual —lo que denominaré, el *mapa sociológico del discurso*—. Ahora, en este capítulo, me contentaré con exponer una serie de posicionamientos teóricos históricamente contextualizados.

Ese sistema, se desestructura a partir del ascenso hegemónico de la burguesía y se hace patente en los posicionamientos doctrinales de los *ilustrados*, quienes reconstruirán el edificio ontológico de los equalisanda.

El desarrollo de las economías de mercado, especialmente en los siglos XIX y XX, generará, a su vez, la aparición de posicionamientos que legitimen las desigualdades observadas, como deficiencias de un sistema que se consideraba el más igualitario de los posibles. Pero aquí descompondré tales posicionamientos, dada la heterogeneidad de los mismos, en una serie de doctrinas argumentales que considero de especial relevancia, tales como el *utilitarismo*, el *funcionalismo* sociológico y las posturas defendidas por los *liberal-igualitaristas*.

Alternativamente, perdurarán los posicionamientos *conservadores*, que legitimarán una particular defensa igualitarista, limitada por la preminencia de principios tales como la tradición y la defensa del orden tradicionalmente vigente.

Finalmente, quiero detenerme en presentar algunas contribuciones críticas al liberalismo, unidas por su crítica a la simple defensa de la igualdad de oportunidades y de su reivindicación de un equalisandum que preste más atención a los resultados. He seleccionado cuatro posturas de inspiración socialista, comenzando por los socialistas utópicos, pasando por el marxismo, y el pensamiento de Marx en concreto, hasta algunas propuestas de los defensores del llamado “socialismo de mercado” o, en otra línea radicalmente opuesta, de defensores de cambios radicales en los modelos de organización social, como las sociedades –comunidades– de corte gandhiano.



### 3.2. LA ASUNCIÓN NATURAL DE LA IDEA DE ISONOMÍA.

La acotación igualitaria entre un colectivo poblacional, los *isónomos*, al margen del cual las desigualdades se justificaban como algo natural, consustancial a las sociedades humanas, es perfectamente perceptible en importantes exponentes de la filosofía clásica de corte aristotélico. La noción de igualdad en la Grecia clásica (extensible, en buena parte, a la concepción romana), ilustra un proceso en el cual los principios éticos se resuelven como atributos naturales de la humanidad, de forma que las desigualdades sociales *son*, existen, porque también existen en la naturaleza<sup>2</sup> (así justificarán la dominación del hombre sobre la mujer o la esclavitud). Por contra, también existen ámbitos igualitarios, porque se considera natural que así sea (como la democracia), pero siempre es una “igualdad entre iguales” (los *isónomos*).

La base sobre la que se estipulaba la identidad, la *isonomía*, era la naturaleza: “la naturaleza indicaba qué era lo idéntico y qué lo diferente”. Dos son, por tanto, los aspectos sobre los que se sustenta la concepción igualitarista del pensamiento aristotélico clásico. Por un lado, el componente y referente natural de la desigualdad (y, antónimamente, de la igualdad) y, por otro, la aplicación de la misma entre unas coordenadas sociales delimitadas con precisión: los *isónomos*. Simultáneamente, existieron y se postularon alternativas conceptuales, como las de los sofistas, los cínicos o los estoicos, que ampliaban enormemente el ámbito de referencia de los iguales, sentando las bases de las interpretaciones espirituales del cristianismo.

En la Grecia clásica, reflejada tanto en obras filosóficas como literarias, es perceptible una polémica sobre el igualitarismo, especialmente en los ámbitos

---

<sup>2</sup> Es preciso recordar que los griegos usaban términos diferentes para designar cada uno de los ámbitos a los que la idea de igualdad hacía referencia. Así la igualdad ante la ley se designará como *isonomía*, la igualdad ante el poder político y de gobierno: *isocracia*, la igualdad de palabra *isegoria*, etc. El término naturaleza, que empleamos en este apartado, se refiere simplemente a la realidad empírica observada, lo cual se comprende bien en Platón y se compatibiliza con una justificación racional en Aristóteles.

del poder y de la ley, aunque pueda considerarse, desde una perspectiva amplia y generalista, como un concepto que inunda toda la cosmología conocida en su mundo<sup>3</sup>.

Fundamentalmente, las defensas atenienses de la idea de "isocracia" *supuso un giro*<sup>4</sup> desde las concepciones monárquico-tiranas de los regímenes en los que se justificaba el poder unipersonal y el sometimiento a la voluntad de su detentador, pasando por gobiernos aristocráticos, en donde una pequeña parte de la población tenía un mayor peso cualitativo que la masa popular, hasta llegar a los gobiernos democráticos, en los que los ciudadanos se consideraban soberanos detentadores del poder.

Sin embargo, y aún siendo conscientes de simplificar en exceso, la desigualdad social con respecto al poder político se resume, en los tres casos, en dos grupos: los detentadores (los ciudadanos) y los excluidos. *Dentro* de cada uno de esos dos grupos bien podría producirse una situación de igualdad. Entre los desposeídos del poder, por una parte, podría existir exactamente la misma capacidad de poder político: supongamos ninguno; y dentro de los que mandan, sean uno, varios o todos, también el mismo poder. La desigualdad está realmente en la existencia de esos dos grupos. Vista desde la perspectiva de la sociedad griega, la desigualdad *inter*, entre grupos, revestiría un mayor interés.

En definitiva, lo que varía es la concentración o equidistribución del poder *entre* todos y cada uno de los individuos que componen la población. El

---

<sup>3</sup> Véase, por ejemplo, Germain, 1985, aunque fundamentalmente es preciso recordar al lector que en el apartado 2.2 de este trabajo, se señalan las peculiaridades terminológicas de la tradición griega, cuya precisión y especificidad contrasta con la indeterminación de nuestra heredada etimología latina.

<sup>4</sup> El giro consistió en una ampliación de los sujetos a los que hacía referencia la igualdad pero en ámbitos muy determinados y para unos colectivos poblacionales muy específicos. En unos casos el gobierno estaba detentado por una voluntad unipersonal, en otros, por la voluntad de unos pocos y, en la democracia, por la voluntad de *muchos*. Realmente, se amplía el número de sujetos que entran a formar parte de las decisiones de gobierno. El giro igualitarista del que hablábamos se refiere a esa mayor equidistribución de la soberanía política. La igualdad entre los *aristoi* ya era algo revolucionario frente a la tradición monárquica o tiránica, pero la inclusión paritaria en la toma de decisiones públicas del hombre de la calle tuvo que suponer un cambio de mentalidad realmente desconcertante para muchos conservadores. (Savater, 1993).

análisis desigualitario podría resumirse, si el poder fuese cuantificable, en un índice de concentración (tipo *índice de Gini*). Pero, por el contrario, éste es esencialmente cualitativo, descomponible en múltiples atributos, los cuales se poseen o no, definidos sobre un marco normativo y, en buena medida, legal. Es ahí, precisamente, en la igualdad de los individuos ante la ley, en donde se define el ámbito de la *isonomía*.

El giro conceptual hacia una mayor *isocracia* es traducible en un giro hacia una mayor *isonomía*. Los iguales son los *isónomos* y su ámbito de igualdad es la ley (Fouchard, 1985). En las aristocracias espartana o tebana, por poner algún ejemplo, los iguales eran los miembros de esa minoría cerrada que ejercía el poder frente a la masa de ciudadanos<sup>5</sup>; en la democracia ateniense, el círculo cerrado lo componía toda la masa de ciudadanos frente a los esclavos, que quedaban fuera de la *isonomía*. Con ellos cabría mencionar a ciertos colectivos sociales que seguirán claramente relegados a un plano secundario y, de entre ellos, el caso de las mujeres es especialmente ilustrativo.

Se amplía la definición de los *isónomos*, pero se consideraba perfectamente legítimo que existieran, en un ámbito determinado, diferencias entre grupos sociales *isónomos*. Aristóteles dejó perfecta constancia de esta idea, justificando la naturalidad de la esclavitud o de la dominación del hombre sobre la mujer: (*La Política*, 1254b y 1252a).

<<Es evidente que los unos son naturalmente libres y los otros naturalmente esclavos; y para estos últimos es la esclavitud tal útil como justa [...] De padres distinguidos salen hijos distinguidos, del mismo modo que un hombre produce un hombre y un animal produce un animal>> (Aristóteles, 1969:28-30).

Se configura, en el pensamiento clásico, una idea que perdurará en la ontología occidental hasta nuestros días: las desigualdades observadas en la realidad son naturales, son normativamente consustanciales con la sociedad; las soluciones igualitaristas que las contradigan son tildadas de utópicas, pues no se

---

<sup>5</sup> Entre la que se distinguían subgrupos sociales, como los ilotas y los esclavos

ve una solución posible en esa cosmología cultural. <<Es ésta una perspectiva que descarta todo tratamiento sociológico de la cuestión: si las desigualdades son “naturales”, entonces no es necesario seguir investigándolas>> (Crompton, 1993:17).

Pero la desigualdad natural suponía igualdad entre algunos, que se consideraban de la misma especie o nivel: *los idénticos*; frente a los diferentes, *los otros*. Son iguales ante la ley algunas personas (en posesión de la titularidad de la ciudadanía), otros, por el contrario (las mujeres, los esclavos, los extranjeros, etc.), son diferentes. <<Los isónomos, los que se reconocen iguales entre sí, aplican entre ellos un principio de equipotencia que niegan al resto>> (Valcárcel, 1994:3). Consideramos iguales a los poseedores de algo, los otros son los excluidos y, aún en el caso de igualdad de carencia de titularidad o posesión alguna, no entran en la noción de *isotés* (de igualdad), sino en la de los excluidos.

La moral griega sobre el *isotés* se resolvía en un muchos más ámbitos que los mencionados de la isocracia e isonomía, realmente hacía referencia a todas las cosas abarcadas por su conocimiento y resultó ampliamente exhortada en los textos literarios de Homero, Eurípides o Aristófanes, y en la Filosofía de Anaximandro, Aristóteles, Platón, Sócrates, los sofistas, etc. Así aparece en forma literaria en *Las Fenicias* de Eurípides, cuando Yocasta exhorta a su hijo Eteocles a la moderación<sup>6</sup> pidiéndole:

Honra a la igualdad, que une a los amigos con los amigos,  
a las ciudades con las ciudades, a los aliados con los alia-  
dos.

La ley de la naturaleza del hombre es la igualdad.

(Versos, 536-540)

Porque la igualdad, al igual que la desigualdad, es siempre natural en la moral griega. La igualdad no es reivindicada porque sea justa, sino por natural,

---

<sup>6</sup> Precisamente, Eurípides estaba poniendo en boca de una mujer (Yocasta), considerada como inferior por el ideario griego, esa exaltación de la igualdad. Esto sólo es comprensible si entendemos que existía un jerarquía de ámbitos en la cosmovisión griega de entre los cuales el de la vida pública, la política, ocupaba la cúspide; mientras que el ámbito de lo privado, al cual se relegaba el rol de mujer, tenía una importancia mucho menor.

porque es armoniosa, porque confiere equilibrio a la sociedad. Por eso, uno de los protomédicos, Alomeón de Crotona, formula con gran explicitud la teoría de que la salud del cuerpo humano depende de la armoniosa isonomía de cuantos elementos lo componen, mientras que la enfermedad está causada por la oligarquía de unos pocos o la tiranía de uno solo<sup>7</sup>.

Precisamente Aristóteles se refiere a esa diferencia entre justicia e igualdad y llega a la conclusión de que <<parece que lo igual es lo justo y lo es, pero no para todos sino sólo para los iguales; y lo desigual parece que es justo, y ciertamente lo es, pero sólo para los desiguales>> (Política, 1280a). Para Aristóteles la justicia parece ser más bien la imparcialidad y no le parece imparcial dar igual trato a quienes no son iguales. Y no lo son porque esa condición ya viene impuesta por la naturaleza.

La naturaleza indicaba qué era lo idéntico, y qué lo diferente. Sobre los idénticos, los griegos establecían el campo común sobre el que se aplicaba la isonomía: la igualdad. Fuera de ella, entre los otros, había *otras igualdades*, pero dada la consideración natural de esas identidades, la igualdad no podía resolverse comparativamente entre ellos de la misma manera que no se puede comparar *el tocino con la velocidad*.

La concepción de la igualdad como armonía natural lleva a algunos sofistas, como Hippias o Anfitón, a defender la liberación de la esclavitud, la oposición a los convencionalismos legales e, incluso, a la liberación de la mujer de su posición discriminada. Sin embargo, esa mayor universalización de los isónomos es perceptible en la filosofía *cínica*, que en su indiferencia por las convenciones socioculturales, llegan al nihilismo, considerando iguales a los ricos y a los pobres, a los griegos y a los bárbaros, a los ciudadanos y a los extranjeros, a los libres y a los esclavos; son todos iguales porque todos ellos se reducen a un nivel común de indiferencia, ampliando la isonomía a una nueva reformulación

---

<sup>7</sup> Tomo este ejemplo de Fernando Savater, 1993:21.

del concepto de naturaleza, más cosmopolita, en el que entran todos los hombres. La misma tendencia se observa en el *estoicismo*, filosofía que disminuía enormemente las distinciones sociales entre los hombres, promoviendo la armonía entre ellos.

Los romanos heredaron toda esa tradición filosófica y, con ella, su concepción de la igualdad. Rechazaron generalmente la isocracia, pues no consideraban igualmente dotadas o por naturaleza a todas las personas para el ejercicio del gobierno. Sin embargo, las corrientes estoicas pervivieron largamente y fieles a sus antiguos planteamientos. Marco Aurelio, en sus *Soliloquios* hace una defensa de la isonomía en un agradecimiento a su maestro griego:

<<Gracias a él he concebido una constitución basada en la igualdad ante la Ley, regida por la equidad y por la libertad de expresión igual para todos, y de una realeza que honra y respeta, por encima de todos la libertad de sus súbditos>> (*Soliloquios*, Lib. I, 14).

Cicerón, en el Imperio Romano, muestra una defensa del derecho natural, generador de una única ley, aplicable a todos los hombres, y, en ese sentido, su igualitarismo es patente. No son iguales en saber ni en riqueza, cosa que no considera conveniente, pero iguales en su ética de lo que todos consideran honorable y digno. El edificio jurídico romano se erige sobre esos principios, pero aparece una distinción entre el *ius naturale*, igualitarista en sus principios, y el *ius gentium*, reconocedor de las diferencias sociales (como la esclavitud). Esta diferencia pervivirá en el medievo europeo integrándose en la tradición cristiana, separando la ley divina de la humana.

### 3.3. LA AMPLIACIÓN DEL ÁMBITO DE LOS ISÓNOMOS EN EL IGUALITARISMO TEOLÓGICO CRISTIANO.

#### 3.3.1. Particularidades conceptuales en el análisis hermenéutico.

El grupo de referencia de los incluidos en la *isonomía*, que era muy restringido y limitado en las civilizaciones griega y romana, fue incrementándose en determinadas corrientes de pensamiento, hasta alcanzar a todo el género humano, manifiestamente presente en la “filosofía” cristiana.

El estudio del igualitarismo bíblico tiene una necesaria y primaria doble distinción. De una parte, la hermenéutica aplicable al *Antiguo Testamento* y, de otra, la referente al *Nuevo Testamento*. En el *Antiguo* hay una visión claramente desigual de la humanidad en sexos y jerarquías; así, si bien Dios crea al hombre a su imagen y semejanza (Génesis, 1, 26) castiga a la mujer, Eva, y al resto de las mujeres que le sucederían, a ser sometidas por el hombre:

<<Y dijo a la mujer: Multiplicaré los trabajos de tus preñeces. Parirás con dolor a tus hijos y buscarás con ardor a tu marido que te dominará>> (Génesis, 3, 16).

En los libros del Antiguo Testamento aparece una constante referencia a Israel como pueblo elegido (Éxodo, 19, 5; Levítico, 20,23; Números, 21; Esdras, 10) y a la legitimidad de la esclavitud (Éxodo, 21, 1; 21, 6; Levítico, 25, 23-55); sin embargo, mantienen una defensa de la honestidad para con los otros también en reiteradas ocasiones (Deuteronomio, 24, 11-14; Proverbios, 3, 27-35; Eclesiástico, 25,2) y una actitud ambivalente con respecto a la dominación del hombre sobre la mujer. Se trata, en fin, de una referencia isónoma que aunque referida desde el libro del Génesis a todos los seres humanos, en la práctica, se reduce al pueblo elegido. Por lo demás, su *dominio* de igualación es simplemente el ámbito espiritual, aparte del cual coexisten, como en todo el pensamiento clásico, las igualdades y desigualdades tal como aparecen conformadas y consideradas por la naturaleza.

El Nuevo Testamento, por su parte, aportará un enfoque sustancialmente innovador. En él, la igualdad, <<quiere decir que todos somos iguales respecto de un *Otro* para quien no cuentan las diferencias que entre nosotros nos atribuimos>> (Valcárcel, 1994:2). San Pablo es explícito al respecto: <<No hay judío ni griego, no hay esclavo ni libre, no hay varón ni mujer, todos sois uno en Cristo>> (Gálatas, 3, 28).

La idea de igualdad cristiana queda universalizada y ampliada a todos los seres humanos, pero subsumida, en sus concepciones originarias, al mundo espiritual. La separación entre lo espiritual y lo terrenal, no obstante, no aparece nítidamente diferenciada desde un primer momento. Eso conlleva una complejidad, aparente, de la igualdad cristiana. Lo espiritual, no es un ámbito totalmente autónomo o independiente, sino que configura una unidad con lo material y aparece ligado a comportamientos y actitudes materiales particulares. En concreto, son numerosos los pasajes bíblicos que condenan las riquezas y el lucro (Mt, 19, 16-26; Luc, 18, 18-27; 21, 1-4 y 15, 19-31; Mc, 10, 17-23 y 12, 41-44). En el mundo terrenal, por su parte, se predicaba la obediencia a los poderes establecidos resumida en la idea de <<pagar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios>> (Mateo, 22, 21; Marcos, 12,17; Lucas, 20, 25)<sup>8</sup> que desecharon las primeras ideas comunitaristas y anárquicas de las primitivas comunidades cristianas y establecían las bases de la posterior fusión entre el poder terrenal sancionado por la divinidad, propio de la Edad Media.

En la sociedad terrenal las desigualdades son concebidas de forma natural. Son abundantes los ejemplos de enfermos, locos, ciegos y leprosos, que buscan mejor fortuna en las curaciones y milagros de Jesús. No son pocas las parábolas que descubren un sistema de estratificación y propiedad sin ningún

---

<sup>8</sup> La concepción política de obediencia a los poderes establecidos viene también reflejada en la *Epístola a los Romanos* de San Pablo, en la que pronuncia un auténtico discurso político al respecto (véase en Romanos, 13, 1-7) y en la reprensión de los fariseos y doctores: <<¡Ay de vosotros, fariseos, que pagáis el diezmo de menta, y de la ruda, y de todas las legumbres, y descuidáis la justicia y el amor de Dios! *Hay que hacer esto sin omitir aquello*>> (Lc, 11, 42).



comentario crítico al respecto: la parábola de los viñadores infieles (Mt, 21, 33-46; Mc, 12, 1-12; Lc, 20, 9-19), la parábola de los invitados a la boda<sup>9</sup> (Mt, 22, 1-14) y la parábola de las diez vírgenes (Mt, 25, 1-13) entre otras. En ningún pasaje se condena la esclavitud, que se inserta dentro de la concepción natural de la misma<sup>10</sup>, salvando las excepciones manifiestas de Sócrates, los estoicos e incluso de la propia revuelta de Espartaco.

El concepto *cristiano* de igualdad requiere tener en cuenta que las desigualdades terrenales, tan naturalmente asumidas, serán compensadas con un premio en el más allá, la vida eterna. Las desigualdades terrenales son justificadas con resignación, pues a cada uno se le exigirá en la vida futura en función de los *talentos* de los que gozaba. Ello conlleva una concepción de indiferencia respecto a la justicia terrenal, incluso a las desigualdades terrenales<sup>11</sup>. Los bienes materiales se aceptan tal cual le son dados al individuo, con sus trabajos y penurias, pues nada importa en esta vida. Buen ejemplo de esto es la *parábola de los obreros enviados a la viña*:

<<Porque el reino de los cielos es semejante a un amo de casa que salió muy de mañana a por obreros para su viña. Convenido con ellos en un denario al día, los envió a su viña. Salió también a la hora de tercia y vio a otros que estaban ociosos en la plaza. Díjoles: Id también vosotros a mi viña y os daré lo justo. Y se fueron. De nuevo salió hacia la hora sexta y de nona e hizo lo mismo, y saliendo cerca de la hora undécima, encontró a otros que estaban allí, y les dijo ¿Cómo estáis aquí sin hacer labor en todo el día? Dijéronle ellos: Porque nadie nos ha contratado. Él les dijo: Id también vosotros a mi viña. Llegada la tarde dijo el amo de la viña a su administrador: Llama a los obreros y dales su salario, desde los últimos a los primeros. Viniendo los de la hora undéci-

---

<sup>9</sup> Obsérvese en esta y otras la naturalidad con la que se describe la posición de los criados.

<sup>10</sup> Prácticamente no se habla de la esclavitud en todo el Nuevo Testamento; Jesucristo nunca se refiere a ella, San Pablo exhorta a los siervos a servir y obedecer a sus amos y a éstos a tratar con caridad a sus siervos (Ef. 6, 5-9). No obstante, en una brevísima carta de San Pablo, la *Epístola a Filemón*, el apóstol escribe una recomendación al *amo* de un esclavo el cual se había fugado con cierto dinero y llegado a la de Pablo se arrepiente y convierte al cristianismo. Pablo escribe al amo y le pide misericordia, con las siguientes palabras: <<Puede ser que él se haya separado de ti por algún tiempo, para que tu lo recuperes para siempre, no ya como un esclavo, sino como algo superior a un esclavo ...>> (Filemón, 15-17)

<sup>11</sup> Incluso justifica un comportamiento igualitario en medio de circunstancias desigualitarias.

ma, recibieron un denario. Cuando llegaron los primeros, pensaron que recibirían más, pero también ellos recibieron un denario. Al tomarlo murmuraban contra el amo, diciendo: Estos postreros han trabajado una hora y los has igualado con los que hemos soportado el peso del día y el calor. Y él respondió a uno de ellos: Amigo, no te hago agravio; ¿no has convenido conmigo en un denario? Toma lo tuyo y vete. Yo quiero dar a este postrero lo mismo que a ti: ¿No puedo hacer lo que quiero de mis bienes? ¿O has de ver con mal ojo que yo sea bueno? Así, los postreros serán los primeros y, los primeros, postreros. Porque son muchos los llamados y pocos los escogidos>><sup>12</sup>.

Y si aquí es remarcable la idea de *igualdad en los resultados*, no es sino una falsa y engañosa conclusión, pues nada de lo terrenal es premio o fin en sí mismo, sino prueba, *test*, para el más allá. En otras ocasiones *la Biblia* insiste en la *oportunidades diferenciales* de cada individuo. Recuérdese a este respecto la *parábola de los talentos*: a cada uno se le exige en función de lo que tenía inicialmente. Esta parábola (Mateo, 25) cuenta como el propietario de una hacienda, antes de partir de viaje, entrega varios *talentos* a sus siervos. A uno le entrega cinco, éste los invierte y obtiene otros cinco; a otro le entrega dos, también los invierte y obtiene otros dos; un tercero recibe un denario y simplemente lo entierra y lo guarda hasta el regreso del amo. A la vuelta de éste, los dos siervos que habían obtenido beneficios se ven gratificados por el señor, mientras que el que había enterrado su único denario se ve reprendido y desposeído del mismo, para dárselo al que tenía diez, <<porque al que tiene se le dará y abundará, pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará>> (Mateo, 25, 29).

La misma idea reaparece en la parábola de las minas (Lc 19, 11-28), pero aquí se le entrega a cada siervo la misma cantidad – o sea, igualdad de oportunidades de partida– y, sin embargo, cada uno obtiene un resultado diferente. El señor de la hacienda acaba castigando severamente al que la había guardado improductiva y premiando, en cambio, al que había multiplicado la producción.

---

<sup>12</sup> Evangelio según San Mateo, cap. 20, versículos 1 a 16. Tomado de la *Sagrada Biblia*, Editorial Católica, Madrid, 1967, cit. en p. 1181.

La comprensión igualitarista del *Nuevo Testamento* se resume en su concepción de la justicia y de la vida recta, caracterizada por el *amor al prójimo como a uno mismo*. En Mateo (25, 31-46) se explica como se diferenciarán las personas que han obrado bien de las que lo han hecho mal, siendo condenados unos, mientras que los otros tendrán un lugar en el Reino de los Cielos. Todas son situaciones solidarias con el prójimo: dar de comer al hambriento, de beber al sediento, acogida al peregrino, vestido al desnudo, visitar al enfermo y al preso. La caridad aparece así como la regla de oro de la vida cristiana; caridad que tiene una manifestación netamente material pero una significación sustancialmente espiritual y, de ahí, la indisociabilidad de ambos dominios: espiritual y material.

El *equalisandum*, por tanto, radica en la justicia<sup>13</sup>. Todos serán juzgados por la misma infinita sabiduría, el mismo omnicompresivo conocimiento y la misma severidad – todo se tendrá en cuenta, lo conocido y lo desconocido por los demás hombres, pues Dios “todo lo ve y todo lo sabe”: pensamientos, palabras, obras u omisiones. En origen todos son desiguales, parten con diferentes talentos, y, el resultado, es también desigualitario: unos a la derecha, premiados (el reino de los cielos), y otros, a la izquierda (el infierno), eternamente castigados. Implícitamente, no obstante, la regla de oro cristiana basada en la caridad, implica una igualación terrenal de resultados, si los hombres caminasen hacia la perfección<sup>14</sup>.

---

<sup>13</sup> La introducción del principio de la justicia como marco de referencia igualitario, supone una importante referencia, innovadora, conceptual. La igualdad justa supondrá tratar a los diferentes de forma diferente. Como cada individuo, particularmente considerado es diferente, único, con sus talentos particulares; el tratamiento igualitariamente justo es siempre desigual –“tratar lo igual de la misma forma y lo diferente de forma desigual”, (apartado 2.5.3.)–.

<sup>14</sup> Aquí es preciso recordar el severo pasaje que Jesús dedica al joven rico que se le acercó a preguntarle que debería hacer para salvarse. Jesús le contesta que cumpla con los mandamientos, a lo cual el responde que ya lo hace. Jesús sentencia entonces: <<si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, dalo a los pobres y tendrás un tesoro en los cielos y ven y sígueme>> (Mt 19, 21).

### 3.3.2. Traslación religiosa hacia la vida secular.

La iglesia ha extendido esa idea, penetrando lentamente en diversas corrientes de pensamiento y, posteriormente, arribando al poder en los Estados Feudales europeos. San Pablo será uno de los principales apologetas de esta filosofía con importantes referencias implícitas a la idea de igualdad.

Inicialmente, esa idea de igualdad, se limitaba, como hemos dicho, al ámbito religioso. Todos los individuos son iguales porque todos han pecado: <<por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios>> (Romanos 3, 23) Además, todos son iguales porque donde quiera que los individuos se someten a la salvación por medio de la gracia, esa gracia se les da a todos igualmente (Gálatas, 3, 23). Se trata de una igualdad potencial, únicamente efectiva en la vida espiritual, en tanto, en lo material, lo mundano, las diferencias existen y existirán, como *talentos* o pruebas que serán desigualmente distribuidos entre todos los seres humanos, para demostrar ante el Divino que se han aprovechado correctamente y poder gozar del *justo* premio o, en caso contrario, del *justo* castigo. Los *hombres* son diferentes en cuanto a sus talentos naturales: altos y bajos, inteligentes y torpes, sanos y enfermos, ricos y pobres<sup>15</sup>, etc. Diferencias que serán aceptadas, sin excesivos problemas, como naturales. Cada persona tiene, de partida, de nacimiento, una serie de talentos, unos más y otros menos, desigualmente repartidos; precisamente lo que hagan con ellos es lo que importa (parábola de los talentos). Al que más tiene, más se le exigirá a la hora de dar cuentas al Creador. Por eso los ricos tendrán mayores dificultades que los pobres para entrar en el Reino de los Cielos; por eso serán bienaventurados los que vivan con penurias en la tierra; porque no importan las desigualdades materiales, pues sólo son una prueba que habrá que superar para vivir una vida eter-

---

<sup>15</sup> Si bien es muy osado incluir la riqueza como un talento natural, no lo es tanto en los sistemas sociales que se desarrollaron desde la era Antigua hasta el final del Antiguo Régimen.

na: feliz o condenado<sup>16</sup>. La secularización de la idea de igualdad aparece, pues, tempranamente condicionada por las diferencias terrenales y claramente justificadas las desigualdades existentes: <<Toda alma se somete a las potestades superiores, porque no hay potestad sino de Dios, y las que son de Dios son ordenadas>> (Romanos, 13, I). Con ello legitima San Pablo no sólo los poderes establecidos, sino también sus divisiones sociales, por conformar una fuente indirecta de la potestad Divina. Esto sería especialmente entendido por los Estoicos, que casarán bien esta filosofía con el iusnaturalismo que les aboca a una creencia en el origen divino de las instituciones terrenales; algo, que a su vez, reencontraremos en toda la Europa medieval y Antiguo Régimen, hasta su cuestionamiento definitivo por la Ilustración.

### **3.4. LA CONCRECIÓN FORMAL EN LA SOCIEDAD EUROPEA TRADICIONAL.**

#### **3.4.1. El marco.**

Tras la caída del imperio romano de occidente, en nuestro entorno se desarrolla un sistema de organización social que tiene un importante componente sancionador en la divinidad, bajo la cual se estructura un sistema piramidal y estamental, más o menos cerrado, que identifica y diferencia a los colectivos poblacionales isónomos y/o comparables en términos igualitarios. Se trata de la sociedad feudal occidental, entendida aquí, como el extenso período que abarca desde el desmoronamiento imperial romano hasta la creación y consolidación de los estados modernos<sup>17</sup>.

---

<sup>16</sup> Tampoco la vida espiritual eterna es concebida como una igualdad de todos los hombres. Contrariamente, unos estarán en el reino de los cielos y otros en los infiernos. Es precisamente el obrar de los hombres en la tierra, con los talentos que le fueron dados y en un ejercicio de extrema justicia divina, que colocará a unos y otros en la posición que se hayan ganado, como justo premio o justo castigo.

<sup>17</sup> No hay unanimidad sobre el período histórico al que se hace referencia como Edad Media. Una de las acepciones más clásicas y habituales es la que distingue entre Alta Edad Media (siglos X al XII) y Baja Edad Media (siglos XIII y XIV). Es posible, sin embargo,

En este período, se producen una serie de hechos que transforman el sistema de organización interpersonal, debido, entre otros factores, a la desvinculación con respecto al ordenamiento jurídico romano por parte de los primeros pueblos germánicos; la cristianización de los mismos; las interferencias musulmanas en la sociedad europea, con las implicaciones de reavivamiento del fervor religioso que provocan; la instauración propiamente dicha de la sociedad feudal y su característico sistema estamental; la derivación política hacia las monarquías absolutas; el renacimiento y recuperación de los valores y estética del mundo clásico; etc<sup>18</sup>. (Agulla, 1984:19 y ss.; Ayala, 1988:94-96, Bendix, 1974:14; Giner, 1967:107-160, Le Goff, 1965; Bloch, 1961).

Ya desde el siglo IV, en Europa, tras la invasión de los pueblos *germánicos*, se modifica enormemente el sistema de desigualdades sociales. La caracterización de la concepción igualitarista de la época, sintéticamente, ha de dar cuenta de:

- a) la concepción metafísica de la vida y teológica-cristiana “del bien”, que se convertirá en uno de los pilares del pensamiento medieval a partir del cristianismo como identidad unificadora y diferenciadora, a la vez que referente cognoscitivo general.

---

y no menos frecuente, incluir un período más extenso que abarcaría desde la liquidación final del imperio romano de occidente (476) hasta casi el siglo XVI (En ocasiones se limita con la Caída de Constantinopla, en 1453; en otras con el descubrimiento de América, 1492 o, como el recurso aquí empleado, con la aparición de una nueva concepción de Estado, absolutista y Moderna, a partir del siglo XVI).

<sup>18</sup> Pero la sociedad feudal no es homogénea, las características sociales y las circunstancias histórico-geográficas son muy diferentes y el estudio de las mismas es todavía deficitario. De hecho, tiende a calificarse este período de oscuro, debido a los frecuentes errores que se repiten como tópicos sobre el mismo (Pernoud, 1977) y a las particularidades de la actividad filosófica transmitida. Respecto a esto último, es preciso destacar dos hechos: 1) que el saber filosófico se debate en términos metafísicos, preocupado por lo absoluto, la Verdad, la infinitud, la eternidad, el espíritu, la existencia de Dios, etc.; y 2) que la actividad filosófica fundamental no tiene un componente tan personalista como en otros momentos, sino que se configura, en esencia, a partir de un sinfín de documentos de obispos y religiosos, de poemas y obras literarias, de cartas regias y otros documentos oficiales. Algunas personalidades, no obstante, sobresalen sobre ese marco y, entre ellos, cabría mencionar aportaciones personales tan relevantes, y en un período histórico tan amplio, como las de Pablo de Tarso, San Agustín, Juan de Salusbury, Marsilio de Padua, Guillermo de Occam o Santo Tomás de Aquino.

- b) El fraccionamiento social, derivado de la propia dinámica de división del trabajo, que generaba excedentes suficientes tanto para permitir que sólo determinados segmentos de la población se dedicasen a las actividades productivas y, dentro de ellas, existiese cierto incipiente y creciente grado de especialización. El fraccionamiento social es también geográfico y aparece aglutinado territorialmente por la figura de un monarca.
- c) La concepción de un supuesto origen y justificación natural de las desigualdades, explícitamente heredado del pensamiento de Aristóteles (Tomás de Aquino). Lo que conlleva a considerar que las desigualdades derivaban de una estructura de la sociedad establecida por la divinidad, al igual que acontecía con el sistema de castas hindú de la India clásica<sup>19</sup>, de la China, Japón, o los pueblos Incaicas. Las desigualdades materiales nacían de cierto orden divino, formando parte del orden natural de las cosas. La justificación de las desigualdades descansaba <<en la creencia cotidiana en la santidad de las tradiciones que regían en lejanos tiempos y en la legitimidad de los señalados por esa tradición>> (Weber, 1922:174).

La caracterización de la sociedad europea tradicional como feudal no agota el desarrollo de la organización social de la misma, puesto que, a partir de siglo XV, con la configuración de los Estados Modernos y de la legitimación cultural que los sustenta y orienta, modifica sustancialmente toda la cosmología humana y, consiguientemente, la concepción igualitaria del ordenamiento social.

---

<sup>19</sup> Algunos antropólogos marxistas analizan el sistema de castas a partir de los condicionamientos materiales. Meillassoux (1973), por ejemplo, argumenta que la diferenciación de castas refleja diferencias de poder y dominación material antes que de pureza ritual.

#### 3.4.1.1. *La justificación teológica.*

La expansión del cristianismo a lo largo de la Edad Media europea, será un hecho decisivo, no sólo en cuanto a la configuración del pensamiento colectivo, sino por cuanto dota a occidente de una identidad propia y diferenciadora de otras civilizaciones.

En ese marco ideológico cristianizado aparece la concepción igualitarista de cariz espiritual descrita en el apartado anterior –Apartado 3.3.–, pero, ahora, con una nueva peculiaridad: el ejercicio del poder. Los cristianos dejan por completo de desarrollar su actividad en la catacumbas para convertirse en marco referencial de la cultura de *Estados* enteros. La igualdad cristiana es analizable más allá del plano ideológico en las *formas* de esos nuevos estados, con sus actuaciones, legislaciones y organización social.

Las relaciones interpersonales, y la concepción igualitaria de las mismas, aparece desdoblada, ante esa nuevo marco político, entre la justificación teológica de la igualdad de condición espiritual y las desigualdades terrenales observadas. En el contexto de las primeras reflexiones teóricas sobre ese particular aparece la obra de San Agustín<sup>20</sup> (354-430) y su solución de las dos ciudades: *la ciudad de Dios* y *la ciudad de los hombres*. La división parte de la diferenciación teológica entre cuerpo y alma, realidades que se configuran interrelacionadas pero separadas por su distinta naturaleza, base sobre la que se configurarán deberes específicos. La ciudad de Dios se rige por la Ley Divina en un orden de perfección impensable en la ciudad de los hombres, en la que dadas las imperfecciones terrenales es necesaria una *subordinación* a las autoridades establecidas. (Pérgoles, 1985; Giner, 1967:126-131). En la ciudad de Dios es posible y real la igualdad total, pero en la tierra son necesarias las desigualdades que contribuyan a ordenar la vida social como vía para acercarse a la *Ley Divina*. La finalidad es

---

<sup>20</sup> San Agustín será uno de los referentes cognoscitivos más importantes e influyentes del medioevo. Para él lo primero es la fe; lo segundo, la vida santa en la fe, la conducta moral y lo tercero, la inteligencia o razón que nos permita formular en qué creer (Véase especialmente en *De agone christiano*, 13, 14.)



hacer en la tierra la voluntad de Dios, pero eso no es más que un fin para el cual se concibe un camino plagado de eventualidades que requieren una organización social que vele por el cumplimiento de la misma.

La obra de santo Tomás supondrá un enfoque integrador entre las dos ciudades agustinianas. En la tierra, la ley de los hombres ha de buscar la justicia. Y la justicia tendrá un importante componente igualitario:

<<La justicia tiene como característico, entre las otras virtudes, el ordenar al hombre en todo aquello que se refiere a los demás. Lo cual supone una cierta igualdad>> (Tomás de Aquino, 1270:117)<sup>21</sup>

Su aristotélica distinción entre justicia distributiva y justicia conmutativa supondrá una justificación de las desigualdades observadas desde la moral sancionadora imperante. La justicia conmutativa se refiere a la igualdad humana, la distributiva, por su parte, al reparto de méritos y privilegios; la primera aparece en la base de la filosofía cristiana y la segunda viene dada por la imperfección humana de la que hablara san Agustín.

Santo Tomás crea una notable influencia en el pensamiento medieval que se alargará hasta el siglo XVIII, e incluso hasta nuestros días —como nos ha mostrado Delaporte (1987: 73-79)—. La concepción tomista de la igualdad debe dar cuenta de cinco ideas:

- La negación de la legitimidad cristiana de los contratos interpersonales en los que alguien se beneficia inequitativamente de otro o de su trabajo. Lo que le lleva a aceptar la esclavitud, como natural, pero limitando enormemente los poderes del amo sobre el esclavo.
- Contra la avaricia y por la generosidad material, por ser principio fundamental de la ética cristiana

---

<sup>21</sup> Recojo la cita de santo Tomás de la recopilación editada por Carlos Ignacio González que aparece en la bibliografía como Tomás de Aquino (1270). En realidad, este párrafo aparece en su *Suma Teológica*, II, II, Cuestión 57, art. 1.

- Deslegitimación del comercio, el beneficio y la usura, y legitimación del trueque<sup>22</sup>, con una argumentación similar a la del punto anterior.
- Comunismo inicial en el estado de naturaleza, roto a partir del pecado, justificando también de ese modo la tendencia a la naturaleza igualitaria humana
- Carácter natural de las jerarquías terrestres, a instancias de las jerarquías celestiales

Más que en la igualdad de justicia, se desprende de la obra tomista, un igualitarismo de carácter bienestarista. El principio conceptual igualitario aparece, cuando menos, constreñido por una determinada concepción del principio bienestarista y la variable evaluativa será la seguridad: la vida, frecuentemente frágil, escasamente valorada en muchos casos y en muchas circunstancias, exige aferrarse a la seguridad. Todas las divisiones son justificadas porque todos, finalmente, viven mejor, más seguros. Esto, especialmente patente en *De regimine principum*, de santo Tomás, pero es perceptible también en otros muchos documentos y autores, como en el *Libro de l'Orde de Cavalleria*, de Ramón Llull, en el *Tratado de la Monarquía* de Dante Alighieri.

#### 3.4.1.2. *El fraccionamiento social.*

La justificación más inmediata y común de la organización social feudal se halla en la *Teoría de los tres órdenes*. Básicamente, ésta viene a resaltar la complementariedad de las grandes divisiones de ocupaciones que existían en el momento: *oratores*, *bellatores* y *laboratores* (clérigos, soldados y trabajadores).

Esta concepción de la organización social funcionalmente segmentada en los tres órdenes es ampliamente perceptible en la literatura en diversos mo-

---

<sup>22</sup> La justificación de esa crítica tiene una doble vertiente (Barnes/Becker, 1938: I, 260): a) por ser proclive al engaño, lo cual es pecado y b) por mantener inalteradas las fronteras y las relaciones interestatales, lo cual, desde la perspectiva platónica, genera inseguridad y desestabilización política.

mentos, tal como señala Duby (1978) en documentos tanto del siglo IX, como en muchos otros hasta el siglo XVII, sólo claramente cuestionados por la filosofía social imperante, a partir de las concepciones ilustradas de la organización social<sup>23</sup>.

Una de las muchas ejemplificaciones históricas con las que se podría ilustrar este recurso es la que reproduce el poema de Benito de Sainte-Maure, quien, a principios del tercer cuarto del siglo XII, escribió la *Historia de los duques de Normandía*. Entre los versos 13229 y 13270 podemos encontrar el relato de la visita de un duque a un Convento, en donde el prior explica a este lo siguiente:

Tres órdenes son, cada cual para sí  
Caballeros y clérigos y villanos  
....Cada orden sostiene a los otros dos  
Y cada orden mantiene a los otros dos<sup>24</sup>

El recurso a la trifuncionalidad social descansa en una pretensión equidistributiva de servicios y privilegios. En la base es evidente una premisa de la desigualdad claramente asimilada en la época. Lo que se indica es que no podemos vivir juntos en igualdad de condiciones y es necesario que unos gobiernen y que los otros obedezcan. Los que gobiernan poseen varios órdenes, rangos y grados. El orden viene de arriba. Se propaga por vía jerárquica. La superposición de los grados asegura su difusión. Los señores soberanos gobiernan a todos los de su Estado y mandan a los grandes, los grandes a los mediocres, los mediocres a los pequeños y los pequeños al pueblo. Y el pueblo obedece a todos aquellos.

---

<sup>23</sup> Es cierto, no obstante, que, especialmente, a partir del siglo XIV, comienzan a hacerse más reiterativas las críticas hacia el sistema social imperante y buena prueba de ello son las propuestas reformistas de Petrarca, Cola di Rienzo, Marsilio Ficino, Leonardo da Vinci, Erasmo de Rotterdam, Juan Luis Vives, etc., dentro de la corriente humanista y, más tarde, las aportaciones de Tomás Moro y, con muchos matices, del propio Lutero.

<sup>24</sup> He encontrado una reproducción y comentario de estos versos en la obra de Duby, 1978:353-364. Los versos continúan explicando la función de cada uno de ellos y el papel integrador de la iglesia en esa división. La misma división se describe en los versos de Esteban de Fougères (véase Duby, 1978:367-371): "Los clérigos por todos deben orar/ Los caballeros sin tardanza/ deben defender y honrar/ Y los campesinos trabajar". Otros ejemplos pueden consultarse en Duby, 1978:374-375).

<<Según esta teoría el orden descansa en la pluralidad de órdenes, en un encadenamiento de relaciones binarias: algunos dan órdenes a otros que las obedecen y ejecutan>> (Duby, 1978:9).

En realidad lo que resume la teoría de los tres órdenes es, únicamente, como ha señalado Le Goff (1965:193 y ss.), lo que acontece en el nivel inferior de una pirámide estamental. En la base existe cierta movilidad social intrageneracional horizontal. Los jóvenes pueden optar por hacerse agricultores, clérigos o soldados; sin embargo no existe una apertura similar respecto a la movilidad social ascendente. Los tres órdenes hacen referencia al vasallaje, incluso aunque sean perceptibles diferencias de estatus entre clérigos, soldados y campesinos.

Le Goff señala como existían amplios sectores de población excluidos – judíos, herejes, goliardos, etc.– (1965:171-175), como existían muy diferentes condiciones de campesinos (1965:195-200), así como una fuerte segmentación existente tanto entre la aristocracia (1965:193-194) como entre los habitantes de las ciudades (1965:201-203). Sobre lo mismo tenemos importantes referencias en otros estudios (Bloch, 1961).

El fraccionamiento social puede sintéticamente concebirse apoyado y justificado en los siguientes hechos:

- a) Las condiciones económicas del período, caracterizadas por un debilitamiento del comercio, que impulsaron una economía de carácter *cuasiautárquico* (Bloch, 1961:85-87) que imponía una división social del trabajo de carácter territorial limitado; la ampliación de los latifundios, provocada tanto por el reparto de tierras entre los colonizadores bárbaros, así como, posteriormente, tras la reconquista musulmana (Pirenne<sup>25</sup>); que se uniría a un constante crecimiento de las mejoras técnicas en todos los sectores, lo que contribuía a la especialización, la aparición de gremios y la producción de excedentes que ser-

---

<sup>25</sup> Henri Pirenne (1933): *Historia económica y social de la Edad Media*, FCE, México, 1963.

viría, a su vez, para mantener a una amplia población económicamente dependiente.

- b) El miedo existente a inicios del periodo feudal. Como Marc Bloch señala (1961), en diversos puntos de Europa se producen constantes y reiterados saqueos por parte de pueblos ajenos a la cristiandad. Musulmanes por el sur, Hunos por oriente, Normandos por el norte, Escandinavos en Inglaterra y Francia, hordas de bandidos en el interior de todos los países, guerras por el poder entre dinastías, etc. Todo ello creaba una sensación de inseguridad que servía de justificación a la existencia de una amplia capa de la población dedicada a la seguridad (y defensa) del conjunto.
- c) La profunda espiritualidad de la época, que conllevó la aparición de numerosas órdenes monásticas y una proliferación de religiosos, con un nada desdeñable poder político y social. En términos absolutos, la religiosidad influyó en que una parte importante de la población se dedicase a la actividad clerical.

#### 3.4.1.3. *Justificación natural de las desigualdades.*

La justificación de servilismo, del vasallaje, aparece anclada en la filosofía cristiana imperante: Sólo es libre quien sirve (Evangelio de S. Juan, 41, 8). No es libre quien no sirve a nadie, sino quien sirve a su señor. La libertad agustiniana no se mide por la capacidad de elección sino por la capacidad de alcanzar el fin, el propio bien. Se trata de una libertad relativa, una libertad para, y el fin siempre será direccionado hacia la santidad.

Igualmente, la aceptación de las divisiones sociales será *naturalmente* justificada por su origen divino. Las penurias humanas, en general, son teológicamente justificadas en base al pecado original y a la condena impuesta por Dios. En esa condena aparecerá el trabajo, mal que conllevará al fraccionamiento, en definitiva, de origen divino. Y, precisamente, por ser de origen divino, es

indivisible: <<Lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre>> (San Mateo, 19, 6).

Santo Tomás argumentará en favor de esa idea de que las grandes divisiones sociales fueron producto de la intención divina. Así, aparece tempranamente un Caín agricultor y un Abel pastor, una mujer caracterizada por su debilidad manifiesta en su incapacidad para resistirse a la tentación ilustrada con el mordisco que Eva da a la manzana, etc.

Las teorías organicistas, por su parte, como la de Juan de Salisbury, que entendían la sociedad como un organismo, compuesto de una serie de partes funcionalmente interdependientes, suponían una concepción naturalista de las desigualdades. La naturalidad de la división de rangos y distinciones tienen también una ilustración justificativa en las distinciones de criaturas celestiales, dada la existencia de ángeles y arcángeles que evidentemente no son iguales y que se diferencian unos de otros en poder y orden<sup>26</sup>. Algunas justificaciones desigualitaristas de la época se basan en ejemplos tomados directamente de la naturaleza, como el caso de la debida sujeción de la mujer al hombre, como sugiere santo Tomás en su *Suma Teológica*, (I, XCIII; art. 4), debido a las supuestas condiciones físicas de la mujer.

### **3.4.2. ¿Sociedad feudal, sociedad desigual?**

Feudalismo ha venido a significar, para muchos, desigualdades estamentales. Marc Bloch, en esta línea, considera que <<más que jerarquizada, fue una sociedad desigual; de jefes, más que de nobles; de siervos y no de esclavos>> (Bloch, 1961: 456). Sin embargo, sin menoscabo de las mismas, también es cierto que algunos tipos de desigualdades se atenuaron en ese período. De hecho, la esclavitud dejó de ser una forma de relación social habitual, para dar paso a la servidumbre, cualitativamente muy diferente. Una defensora de la Edad Media,

---

<sup>26</sup> Duby (1978:50-52) cita varios ejemplos tomados de documentos eclesiásticos (del Papa Gregorio y del obispo Gerardo) en los que se expresa con claridad esta idea.

de la talla de Régine Pernoud (1977) insiste en esta idea<sup>27</sup>, así como en el papel que la mujer jugaba en este período, del que destaca el hecho de que la mujer fuese coronada con igual derecho que el hombre, la igual disposición paternal hacia el matrimonio impuesta a los dos sexos, la similitud de poderío de monasterios de monjes y monjas, la posibilidad de voto femenino en comunas y concejos rurales, la posibilidad de actuar comercialmente con independencia del marido, etc. (Matellanes, 1993)

Por otra parte, algunos acontecimientos de ese período muestran los anhelos igualitaristas de la sociedad de la época, que rectifican la clásica concepción de la sanción legitimadora indiscutida. Así, habría que mencionar el papel de las ciudades, burgos, como centros libres, islas en el feudalismo, en el cual los individuos eran estamentariamente igualitarios (Villares, 1982), o, mencionar las revueltas irmandiñas en Galicia y las comuneras en Castilla (Lojo, 1991; Bernárdez, 1982)<sup>28</sup>.

De hecho, muchas de esas situaciones se endurecerían en el Antiguo Régimen, con el nacimiento de una ideología de Modernidad, y el desencadenamiento de acontecimientos (Ayala, 1988:99-102; Rawls, 1993:18-20) de la talla del descubrimiento de nuevos territorios, el desarrollo científico-técnico<sup>29</sup>; el crecimiento económico; la Reforma del siglo XVI y la fragmentación de la unidad religiosa de la Edad Media que condujo al pluralismo religioso, propiciando así pluralismos de otros tipos y el desarrollo del Estado Moderno, con su administración central, poseedora de un enorme poder, cediendo sólo una parte del mismo (a las clases medias o a la aristocracia) en momentos puntuales.

---

<sup>27</sup> <<No hay punto de comparación entre el *servus* antiguo, el esclavo, y el *servus* medieval, el siervo, ya que el primero era una cosa y el segundo un hombre. Y es que el concepto de persona humana experimentó en la Edad Media una completa mutación, lenta, porque la esclavitud estaba perfectamente enraizada en la sociedad antigua, especialmente en la romana, pero irreversible>> (Pernoud, 1977:127).

<sup>28</sup> Ramón Villares (*Foros, frades e fidalgos*, Xerais, Vigo, 1982); Fernando Lojo Piñeiro (*A violencia na Galicia do Século XIV*, Universidade Compostelá, 1991); Xosé Bernárdez Vilar (*Un home de Vilameán*. Anatomía dunha revolución, Xerais, 1982).

<sup>29</sup> El desarrollo de la Ciencia Moderna, que empieza a partir del siglo XVII (con Copérnico, Newton, Leibniz y Kepler).

### 3.4.3. La modernización.

El sistema social se articula, durante toda la Edad Media hasta bien entrado el Antiguo Régimen, estructuralmente, en base a la doctrina de los tres órdenes, que se sintetizan en el siguiente párrafo tomado de un historiador francés del siglo XVII, Charles Loyseau<sup>30</sup> :

Unos están consagrados particularmente al servicio de Dios; otros a conservar el Estado por Medio de las armas; otros a alimentarlo y a mantenerlo mediante el ejercicio de la paz. Estos son nuestros tres órdenes o estados generales de Francia, el Clero, la Nobleza y el Tercer Estado

El propio Georges Duby comenta que el orden de los villanos no se refería a todo el pueblo, sino tan sólo a una minoría urbana. Realmente los tres órdenes se refieren únicamente a las clases ociosas. Duby ilustra como en 1567, Du Bellay, en su *Amplio discurso al rey sobre el hecho de los cuatro estados del reino de Francia*, incluye a la clase trabajadora, junta a las tres iniciales: las primeras con poder y la cuarta excluida del mismo. Siglos después, tras el acceso de la burguesía al poder, la exclusión de la clase trabajadora permanecerá inalterable.

<<En la sala del juego de la pelota en 1789, tres brazos se alzaron para jurar. Estos no eran brazos de trabajadores. Y los diputados del Tercer Estado, aquellos hombres seguros que se empeñaban en destruir el “feudalismo”, no eran trabajadores [...] Reclamaban la libertad y la igualdad naturales. Pero la reclamaban para ellos, en el seno de la clase dominante cuya dominación no pretendían que fuese abolida>> (Duby: 1978, 461-462).

Sobre la base de la pirámide social, tanto en la sociedad feudal como en el Antiguo Régimen, en la cual la movilidad es factible, se erige una cúspide cerrada por el nacimiento, conformada por una aristocracia que se consolida con el paso de los siglos. Su afianzamiento se produce en dos direcciones: ante la incipiente y creciente burguesía y, además, ante el poder eclesiástico. El poder, su

---

<sup>30</sup> Se refiere a Carlos Loyseau, quien en 1610 publicó el *Tratado de los Órdenes y Simples Dignidades*, obra en la que figura el párrafo extractado y que aquí recogemos indirectamente de Duby, 1978:7.



poder, vendrá simbolizado, defendido y claramente representado por la monarquía.

Lutero servirá como elemento de disociación entre el poder civil y la iglesia romana pero serán sobre todo las nuevas concepciones de los Estados, en el contexto de expansión y colonización que se abre a partir del siglo XVI, sustentadas por teorizaciones defensoras de la política de Estado, bien desarrolladas por Maquiavelo, cuando se produzca un salto cualitativo de tal envergadura que nos haga abandonar la concepción social feudal para adentrarnos en una nueva sociedad europea. Política y ética aparecerán claramente separadas.

Los acontecimientos relatados inciden en la reconversión de las comunidades feudales en Estados Absolutistas. Sólo en Inglaterra perduraron con más intensidad los parlamentos aristocrático-feudales; mientras que en el resto, el poder se fue concentrando más y más en manos del monarca, desapareciendo la práctica totalidad de ciudades-estado libres, se expropiaron las propiedades de los monasterios y se desvaneció la potestad independiente de la iglesia.

Surgen en ese contexto la teoría política de Maquiavelo, Lutero y los demás reformadores religiosos, Theodore Beza, Juan Bodino, Altusio y Hugo Grocio, entre otros, que reflexionaron sobre el poder de los monarcas y el sometimiento de los ciudadanos a dicho poder. La igualdad, como máxima, se convierte en el referente jurídico y legal de todo ese debate, aunque inserta en los condicionantes iusnaturalistas de la época.

Pero en este nuevo contexto la unidad doctrinal se tambalea, se acrecientan las críticas y, aparece una nueva teoría social adaptada a las nuevas contingencias históricas que conllevan las transformaciones hegemónicas de clase.

### 3.5. CONTRACTUALISMO E ILUSTRACIÓN.

#### 3.5.1. Un nuevo conocimiento para un nuevo orden social.

La emergencia de la burguesía como nueva clase social hegemónica y su necesidad intrínseca de espacios de poder, quedarán reflejados tanto en la literatura como en las convulsiones revolucionarias que sufre occidente desde el siglo XVII y muy especialmente a lo largo del XVIII. Se abre una era que precisa aniquilar los vestigios del *Ancien Régime* y sus estructuras absolutistas ancladas en un *iusnaturalismo* inmovilista.

Es preciso construir un nuevo modelo social que permita a la nueva clase el libre acceso a las riquezas y al poder, alcanzables no por nacimiento, sino por su éxito en las nuevas ocupaciones desarrolladas con el incipiente capitalismo. El nuevo orden social precisa desarrollos de Teorías Constitucionalistas, como las propuestas por Bacon, Coke o Smith (Allen, 1951), defensas republicanistas, como las de Harrington, Milton y Sidney, y, por supuesto, las teorías ilustradas sobre el poder político, como la división de poderes de Montesquieu o las del contrato social, de Locke y Rousseau<sup>31</sup>. Francia, y especialmente París, se convertirán en la nueva Atenas, centro de irradiación de la ilustración<sup>32</sup> y de las ideas revolucionarias que, bajo la famosa tríada: “liberté, égalité, fraternité” se exportarán violentamente a otros países de la mano de los ejércitos napoleónicos.

La profunda transformación del orden social conllevará la reconstrucción del edificio cosmológico que lo sustenta. Los paradigmas teórico-filosóficos se transformarán sustancialmente en todos los ámbitos y disciplinas.

---

<sup>31</sup> Alternativamente se proponían modelos de ordenación social que no conducían a la hegemonía burguesa, como las teorías sociales de Bacon, Campanella, Tomás Moro y de los primeros socialistas utópicos

<sup>32</sup> Sin desdeñar en nada la primigenia y relevante ilustración inglesa, con nombres de la talla de Hobbes, Bacon, Newton y Locke. La ilustración francesa, sin embargo, aparece tempranamente exportada, acompañando a las invasiones napoleónicas y con referencias a nombres de la talla de Fontenelle, Bayle, Montesquieu, Voltaire, Diderot, La Mettrie, Rousseau, Condillac, Helvetius, D'Holbach, etc.

El etnocentrismo de la raza humana será cuestionado y relegado en favor de un mayor cosmopolitismo, especialmente a partir del desarrollo científico de la obra de Copérnico. “El hombre no tiene en absoluto razones para creerse un ser privilegiado en la naturaleza”, sentenciaría significativamente Holbach (1770:173). La metafísica, que centraba el pensamiento anterior, quedará a su vez relegada a un plano más residual, sirviendo al estudio genealógico de las ideas (o al desarrollo de las ciencias), pero alejada del servicio al ejercicio de gobierno o a la legitimación del mismo. D’Alambert, en su *Discurso preliminar de la Enciclopedia*, no deja dudas acerca de su valoración al respecto y, refiriéndose a los metafísicos, dice:

<<Yo no dudo que, sin tardar mucho, este título sea una injuria para nuestros buenos ingenios, de la misma manera que el nombre de sofista, que sin embargo significa sabio, envilecido en Grecia por quienes lo llevaban, fue rechazado por los verdaderos filósofos>> (D’Alambert, 1768:116-117)

También en Rousseau encontramos claramente explícita esa falta de interés por las ideas vagas y abstractas de la metafísica<sup>33</sup>:

<<No tengo intención de entrar en discusiones metafísicas que a nada conducen [...] Gracias al cielo, ya estamos libres de todo ese pavoroso aparato de filosofía y podemos ser hombres sin ser sabios>> (Rousseau, 1780: 217-218)

Sin embargo, lo que realmente se pretende criticar no es la metafísica<sup>34</sup> en sí, que seguirá vigente y actualizándose en un vivo debate durante la Ilustración, sino el sistema de verdades que legitimaba el absolutismo (Ginzo:1985:84-89). Se precisaba un conocimiento práctico, que permitiese legitimar y reconocer la formas adecuadas de organización social tras el vacío resultante de la negación de poder divino de los reyes.

---

<sup>33</sup> También encontramos ejemplos sobre la falta de interés ilustrado por las cuestiones metafísicas en el *Discurso preliminar de la Enciclopedia*, de D’Alambert, en los comentarios sobre Bayle y la crítica a las teorías sistémicas, de Voltaire, que también son tema recurrente de Le Mettrie y, especialmente Maupertius.

<sup>34</sup> Voltaire escribe un *Tratado de Metafísica*, Condillac escribe su *Tratado de los Sistemas*, y tanto Rousseau como D’Alambert, entre otros ilustrados, muestran una frecuente debilidad por el debate metafísico y, muy concretamente, por lo religioso.

Se precisa *Igualdad* en el sentido de destruir los privilegios absolutistas<sup>35</sup>. Se fundamenta esa reivindicación en una supuesta condición inicialmente igualitaria de la naturaleza humana; La razón se convertirá en el instrumento legitimador de cualquier propuesta sociopolítica, en detrimento de otros sistemas metafísicos; La libertad de expresión se impone como una cláusula de la igualdad de condición y como un instrumento del ejercicio relativista de la razón; La burguesía precisa, además, la colaboración del pueblo llano, para alcanzar el poder: la fraternidad será la fórmula que extienda la igualdad hacia las masas populares, guiño con el cual la burguesía incita a las capas más humildes a apoyar *su* causa, con el objetivo común de destruir los privilegios *adscritos* por nacimiento a una pequeña y cerrada porción de población. (Bell, 1973:488; Perona, 1995:41; Tezanos, 1988:307-308).

El vacío resultante por la destrucción del conocimiento apoyado en el iusnaturalismo que definía la emanación divina del poder, vendrá a sustentarse, a partir de ese momento, por tres referentes cognoscitivos<sup>36</sup> (Waldron, 1987:14-18): la naturaleza, la razón y el consenso. Veamos cada uno de ellos con cierto detenimiento:

---

<sup>35</sup> Aunque este sea el fundamento principal no es exclusivo. Un buen ejemplo de ello son los textos de Marie de Gournay (1622), en los que se reclama y argumenta en favor de la igualdad natural de los dos sexos. Sus planteamientos gozan de plena vigencia reivindicativa en la actualidad, si bien ella expresaba ya en el primer tercio del siglo XVII que <<si las mujeres no llegan tan frecuentemente como los hombres a los niveles de excelencia, eso es debido a la educación, [...], es debido a la instrucción que ellas han recibido, según la cual ellas han sido educadas tanto en el campo como en la ciudad>> (Gournay, 1622:52-53).

<sup>36</sup> Hobbes es considerado como el refundador del nuevo iusnaturalismo. Bobbio (1989:15-21) considera que a diferencia del clásico-aristotélico, el contractualista vendrá caracterizado por: a) poner el punto de partida en el estado de naturaleza; b) entre ese y el estado político existe una contraposición; c) el estado de naturaleza aparece fundamentalmente, aunque no exclusivamente, por individuos; d) en el estado de naturaleza reinan la libertad e igualdad; e) el paso de uno a otro estado se produce por medio de un contrato; f) el consenso es el principio legitimador de ese contrato

### 3.5.1.1. La razón.

Un periódico revolucionario de la época, *Le Moniteur Universal*, el 13 junio de 1798 se expresaba en su primera página con las siguientes palabras firmadas por el cura de Cérigné:

Nosotros, señores, venimos, precedidos por la llama de la razón y conducidos por el amor al bien público, a situarnos al lado de nuestros ciudadanos, de nuestros hermanos. Nosotros acudimos a la llamada de auxilio de la patria que nos solicita el restablecimiento de la concordia entre los órdenes<sup>37</sup>

La llama de la razón será el motor que justifique las transformaciones estructurales revolucionarias. Los testimonios ilustrados que invocan a la razón como argumento sancionador y justificador de sus acciones son abundantes (David, 1987). <<¡Ten el valor de servirte de tu propia razón! He aquí el lema de la ilustración>>, indicará Kant (1985:25) La razón permitirá alcanzar el conocimiento sobre el buen gobierno y la bondad de las cosas, en una línea que culminaría con la “autonomía de la razón” propuesta por Kant<sup>38</sup> y que Hegel<sup>39</sup> opon-

---

<sup>37</sup> Tomado de Marcel David, 1987:45

<sup>38</sup> Kant, retomará las aportaciones de todos los autores ilustrados y anteriores, depurándolos de sus excesos, promoviendo una sugerente defensa de la igualdad ante la libertad. Aunque no trataremos en profundidad la concepción igualitarista kantiana, si conviene situarlo en la línea inaugurada por este pensamiento ilustrado, y apuntar, como ejemplo, que en su *Ciencia del Derecho* sostiene la existencia de una <<innata igualdad perteneciente a todo hombre, que consiste en su derecho de ser independiente a verse sujeto por otros en nada más de lo que él mismo recíprocamente les sujeta. Tal es, consecuentemente, la nativa cualidad de cada hombre en virtud de la cual es su propio dueño por derecho (*sui juris*)>> (Kant en la Introducción a su *División de la Ciencia del Derecho*, B, II).

<sup>39</sup> Hegel, heredero de toda esta corriente de pensamiento pero afianzado en las posturas post-ilustradas, distinguirá entre la igualdad interna inherente al valor de las cosas, como igualdad natural, existente a nivel de la sustancia de las cosas, frente a la igualdad eterna, fruto de la identidad del intelecto. (Hegel, 1820:109-111). La igualdad entre hombres, como igualdad interna, es consustancial al hombre –cada hombre vale lo mismo– y se supone una exigencia del desarrollo humano (Ibid. 178). Hegel reconoce desigualdades resultantes por el capital diferente de cada persona y sus destrezas diferentes (p. 181), así como por otras circunstancias adicionales <<cuya multiplicidad produce la diversidad en el desarrollo de las disposiciones naturales, corporales y espirituales, ya de por sí desiguales; diferenciación que en esta esfera de la particularidad se manifiesta en todas las tendencias y en todos los grados y con otra accidentalidad y con un distinto arbitrio tiene como consecuencia necesaria la desigualdad de la riqueza y de la destreza de los individuos>> (Hegel, 1820:181). Eso no impide que no se exija la igualdad, sino que es parte del desarrollo de la humanidad, que, por naturaleza, es desigualitaria. Las aptitudes diferentes darán lugar a las clases de Hegel (la sustancial-campesina, la industrial-artesanal y la universal-general) (pp. 182-184). En su Filosofía del Derecho sostiene que <<es falso mantener que la justicia requiere que la propiedad de todo sea igual por-

dría dialécticamente a la creencia; si bien es frecuente encontrar entre los ilustrados, conciencia de los límites que impone la razón (Diderot, 1964: 192 y 1975:23; D'Alembert, 1967, IV, 24; Voltaire, 1961:905-906) y que precisamente abren la puertas al segundo gran ámbito de argumentación y legitimación sociopolítica: el consenso.

El individuo se remitirá a sí mismo como única realidad sustantiva en la que apoyar su percepción del mundo, a su razón natural, a los impulsos y capacidades que le son propios. El cartesianismo y los métodos científicos racionalistas conforman una lógica que se convierte en referente filosófico a la vez que abre nuevas vías de estudio empírico del hombre reduciéndolo a sus meras capacidades naturales (despojándolo de los dogmas de origen divino). Los hombres se concebirán <<tal cual son>> (Spinoza<sup>40</sup>), La razón coincidirá con la ley y enseñará a los humanos que quieran consultarla (Locke, 1690:6).

### 3.5.1.2. *La Naturaleza.*

La racionalidad aboca hacia lo natural (Spinoza, Hobbes), la razón se usa para justificar lo natural y la naturaleza es concebida como causa y consecuencia de sus argumentaciones. Robespierre, con la pasión del político, reflejará el culto y devoción de esa época por la naturaleza, expresándolo con las siguientes palabras:

<<El verdadero sacerdote de Ser supremo es la naturaleza, su templo es el universo, su culto la virtud, su festividad será la alegría de un pueblo congregado bajo sus ojos para estrechar los lazos de la fraternidad universal y para presentarle el homenaje de los corazones limpios y puros>><sup>41</sup>

---

que lo único que requiere es que cada cual sea propietario de lo suyo. La verdad de tal particularidad es justamente la esfera en la que ha lugar la desigualdad y donde la igualdad sería errónea>> (*Adiciones*, parágrafo 49)

<sup>40</sup> SPINOZA, B., *Tratado Político*, cap. I, pág. 141, Tecnos, Madrid, 1966. Un tratamiento del concepto igualitario en Spinoza puede encontrarse en Barret-Kriegel (1985): <<Liberté et égalité chez Spinoza ou le traitement d'une antinomie>>, *Cahiers de philosophie politique et juridique de l'Université de Caen*, nº 8, pp. 97-106.

<sup>41</sup> Saboul, A y Bouloisseau, M. (ed.) (1975): *Oeuvres de Robespierre*, PUF, t. X, pp. 458-459.

Se apela a lo natural, como la imagen verosímil y propia de la vida, en la línea puesta de manifiesto por Hume en su *Tratado de la naturaleza humana*. Bajo la concepción de que las leyes naturales gobiernan la sociedad lo mismo que el universo físico, se buscaba cuál era la forma natural de la sociedad. La base teorizadora más regular revierte toda la lógica igualitaria ilustrada a un abstracto *estado de naturaleza*. Este variará en sus fundamentos, origen y finalidad entre unos teóricos y otros, pero se mantiene su constante recurrencia instrumental. Básicamente, su variabilidad girará en torno a (Bobbio, 1989:16):

- a) Que el estado de naturaleza sea un estado histórico o imaginado
- b) Que sea pacífico o belicoso
- c) Que sea un estado de aislamiento individual o bien social

Thomas Hobbes (1588-1679) consideraba que el hombre, en su primigenio estado de naturaleza, gozaba de igualdad generalizada, pero se trataba de una “igualdad espontánea”, basada en un “cualquiera puede matar o ser muerto por cualquiera” —se trata, así, de un estado de naturaleza *histórico, belicoso e individual*—. Hobbes critica ese estado natural desigualitario por considerarlo fuente de todos los males sociales y defiende la existencia de desigualdades institucionalizadas y aceptadas contractualmente, con objeto de mantener el orden social. El fin supremo de los hombres que viven en sociedad no es la mayor igualdad posible sino exclusivamente la paz social, y funda esta última, precisamente, en la renuncia a la igualdad natural y en la constitución de un ordenamiento en el que se trace una línea neta de demarcación entre los que tienen el deber de dirigir y los que tienen el derecho único de obedecer.

Hobbes no da un juicio de valor positivo de la igualdad natural; más bien considera que la igualdad material de los hombres, como se encuentra en el estado de la naturaleza, es una de las causas de que “el hombre sea un lobo para el hombre”, que hace intolerable la permanencia de tal estado y obliga a los hombres a dar vida a la sociedad civil. Ésta, por tanto, tiene un origen artificial: cada

persona singular “construye”, concertándose con los demás, una “persona civil” y, sobre el conjunto de las mismas, se pactará el contrato de *sumisión* al Estado.

Contrariamente a Hobbes, Locke no considera que el estado de naturaleza fuese un estado de guerra; de hecho, la guerra existe cuando no impera la ley de la naturaleza que conduce a los hombres a obrar racionalmente. Dios creó al hombre racionalmente para que pudiera obtener y deducir conclusiones verdaderas sobre sí mismo, los demás y la realidad que le rodea<sup>42</sup>. El estado de naturaleza de Locke es también histórico, pero pacífico y social<sup>43</sup>.

Kant conferirá a la sociedad civil de una base natural al atribuirle una ley moral rectora y configuradora de derechos. Así se reformulará con posterioridad, pero desde esa perspectiva ilustrada, un derecho natural, diferenciable del derecho positivo, y precisamente su diferencia consiste en que el primero es aquel cuya fuente es la naturaleza misma de las relaciones entre individuo e individuo, y cuyo carácter es racional e ideal.

### 3.5.1.3. *El consenso.*

El consenso, el hacer las cosas de acuerdo con los demás personas, surge de la idea de que tras un estado inicial de naturaleza, la sociedad se constituye como un contrato entre los hombres, perdiendo algunas prerrogativas del Estado inicial, pero ganando, en general, un beneficio en su conjunto.

El fundamento general es el siguiente. En las teorías contractualistas ilustradas se recurre normalmente a un origen abstracto: el estado de naturaleza, en el que los hombres son libres e iguales. Eso puede derivar en luchas egoístas (Hobbes) o en armonía (Rousseau). Normalmente, el estado de naturaleza es considerado como un estadio imperfecto y los hombres generan instituciones comunitarias con objeto de obtener mayores beneficios individuales y colecti-

---

<sup>42</sup> Locke, 1690, párrafos 4-15, pp. 5-13.

<sup>43</sup> En una línea similar se sitúa la concepción rousseauiana del estado de naturaleza: pacífico y social; pero, a diferencia del concebido por Locke, el de Rousseau es simplemente un estadio imaginario.



vos. Se constituye así la sociedad civil, y con ella, se erige un respaldo de naturaleza sancionadora y legal: el Estado. En ese marco se produce el consenso, el contrato. Se trata de asegurar marcos de actuación estables y, si así lo desean los ciudadanos, igualitario.

El concepto de contrato social varía desde las posiciones propuestas por Hobbes o Locke, al reinterpretar la libertad, dándole una mayor relevancia y finalidad existencial, hasta posturas como la de Kant, quién lo considerará una exigencia moral. En Locke y Hobbes se busca <<total libertad con una seguridad jurídica también plena>> (Vallespín, 1985:43). De hecho se concibe que sólo es posible la libertad con un igual sometimiento a la ley; la igualdad viene dada por exigencias de la libertad, a la cual se somete.

Hobbes, en el *Leviatán* (parte II, cap. XXX) explica como entre los súbditos y el Monarca se establece una escala jerárquica que rompe el igualitarismo violento propio del estado natural. Esa jerarquía permite que se puedan conseguir los méritos, honores y bienes que inicialmente podían conseguirse únicamente por el uso de violencia, gracias, ahora, a las destrezas desarrolladas en las artes, las ciencias, el comercio y el mérito civil. Se trata de renunciar voluntaria y racionalmente a la igualdad natural y establecer un contrato social en el que se institucionalizan las desigualdades. Sin embargo, esas desigualdades, consideradas como necesarias y socialmente beneficiosas, desembocan en una igualdad superior: la igualdad ante la ley. El contrato lleva a que finalmente Hobbes proponga una monarquía absoluta (*Lev.*, X, 82) de poder indivisible, con el fin de conseguir y mantener el orden social, en un pacto irrevocable (*Lev.*, XVIII, 172-173)<sup>44</sup>.

Para Locke, por el contrario, el gobierno se forma mediante un voluntario sometimiento de las libertades individuales a un poder superior para que este

---

<sup>44</sup> Una exposición de la teoría hobbesiana puede encontrarse en Bobbio (1989). En Fernández Santillán (1988) puede encontrarse un estudio comparativo entre Hobbes y Rousseau.

las proteja<sup>45</sup>. No es que se genere una nueva sociedad inexistente anteriormente, como presentaba Hobbes, pues Locke define el Estado de Naturaleza con un marcado carácter societal; sino que los hombres recurren al contrato para poder regular ciertas actividades de las cuales el soberano no es Dios: el dinero, la propiedad privada, la acumulación de riquezas en general, etc. Surge así el *contrato social* que se establece entre el pueblo y el gobernante.

<<La finalidad máxima y principal que buscan los hombres al reunirse en Estados o Comunidades, sometiéndose a un gobierno, es la de salvaguardar sus bienes>> (Locke, 1690:93-94).

Ese contrato precisa, en primer lugar, una ley establecida, aceptada, firme y conocida que sirva consensualmente para distinguir lo justo de lo injusto, a la vez que permita resolver las disputas que surjan entre los hombres (Segundo tratado, párrafo 124). En segundo lugar, hace falta un juez imparcial que valore el (in)cumplimiento de la ley (Segundo trat., parr. 125) y, en tercer lugar, un poder, un gobierno, que pueda imponer castigo a los transgresores (Segund. trat., párraf. 126).

En la teoría contractualista de Locke: *a*) pervive el sentido de la justicia como criterio de igualación, concediendo desigual tratamiento a los desiguales; *b*) subyace un equilibrio entre libertad e igualdad, ya que cede libertad por medio del contrato y del consiguiente sometimiento a la ley, pero parte de que ese contrato se hace para mejor desempeño de las libertades de los individuos (e incluso podría decirse que de salvaguardar la propiedad (Seg. trat., parr., 124); *c*) pervive, además, un amplio sentido generalizado de los isónomos extensible a toda la ciudadanía, incluyendo al gobierno y, finalmente, *d*) incorpora un am-

---

<sup>45</sup> La crítica hacia el absolutismo político desde las teorías de los derechos naturales puede ser vista desde dos aproximaciones: como respuesta a la teoría de la jerarquía natural y como respuesta a las teorías contractuales de sujeción a una autoridad absoluta (Waldron, 1987:7). La propuesta de Locke se centraría en este segundo bloque. De hecho, el primero de los *Two Treatises* sobre el gobierno civil se basa en la refutación de las afirmaciones que Robert Filmer había hecho en sus libros *Patriarcha* y *Observations Concerning the Original of Government*, acerca de la legitimidad del derecho divino de los reyes; el segundo tratado versará sobre el consentimiento en el que debe ejercitarse cualquier gobierno que pretenda legitimidad.

plio número de variables evaluativas, concediendo igual capacidad para el gobierno a todos los ciudadanos.

En Locke reaparece la idea hobbesiana de la función social igualitaria de la ley frente a la desigualdad resultante de la igual capacidad de los seres humanos para hacerse daño. Sin embargo, el origen lógico de ello es diferente, pues no se trata de un beneficio derivado del egoísmo humano (Hobbes) sino de origen divino. Locke (1632-1704) ya había dejado constancia, un siglo antes que Rousseau, que fuerzas, méritos y talentos hacen a los hombres desiguales por naturaleza. Además, las alianzas interpersonales agudizan esas desigualdades que sólo se ven contrarrestadas por el común apego hacia los valores de la libertad individual, que no consiente en vernos sometidos a la voluntad arbitraria de ningún hombre.

<<La finalidad de la sociedad civil es evitar y remediar esos inconvenientes del estado de Naturaleza que se producen forzosamente cuando cada hombre es juez de su propio caso, estableciendo para ello una autoridad conocida a la que todo miembro de dicha sociedad puede recurrir cuando sufre algún atropello, o siempre que se produzca una disputa y a la que todos tengan obligación de obedecer>> (Locke, *Segundo ensayo sobre el gobierno civil*, cap. 7, 90, p. 66).

La soberanía reside en el pueblo y el gobierno es, por tanto, una creación popular. No existe ningún tipo de sujeción inversa (de los gobernados frente a los gobernantes) y Locke justificará esto en base a dos teorías estrechamente vinculadas: la Ley de la Naturaleza y el Contrato Social. La Ley de Naturaleza es la razón que enseña al hombre que siendo todos iguales e independientes, nadie puede dañar a otro en su vida, propiedad, salud o libertad. El imperio de esta ley es el Estado de Naturaleza en donde cada uno es libre y goza de los frutos de su propio trabajo.

<<El estado natural tiene una ley natural por la que se gobierna, y esa ley obliga a todos. La razón, que coincide con esa ley, enseña a cuantos seres humanos quieran consultarla que, siendo iguales e independientes, nadie debe dañar a otro en su vida, salud, libertad o posesiones; porque, siendo los hombres todos la obra de un Hacedor [...] son propiedad de ese Hacedor que los hizo para que existan mientras le plazca a El y no a otro>> (Locke, 1690:6-7)

En Kant<sup>46</sup> el contrato se presenta a los individuos como un deber, como una condición formal de los demás deberes externos y como una limitación recíproca de las libertades para garantizar la vigencia de los derechos de todos (Perona, 1993:42). En el contractualismo de Rousseau aparece una búsqueda de voluntad general, en sintonía con los derechos generales de Kant, si bien el primero tiene connotaciones más solidarias y el segundo más liberalistas.

Con Kant se produce un enorme salto cualitativo en la concepción del contrato, al compatibilizar razón y poder, instituyendo metodológicamente la razón práctica. La libertad será entendida como ley de la razón práctica, lo que exigirá una autoridad concertada para ordenar la arbitrariedad individual. La voluntad general equivale a la voluntad racional de los miembros del cuerpo político. Con Kant se acaba por articular la teoría del contrato como instrumento legitimador de la sociedad burguesa.

La variabilidad teórica puede resumirse (Bobbio, 1989:16-17) en los siguientes aspectos:

- a) Que el contrato se realice entre individuos en beneficio de la colectividad.
- b) Que al contrato entre individuos deba seguirle un contrato con el soberano
- c) Que el contrato sea indisoluble o no
- d) Que suponga la renuncia a los derechos naturales o no

### **3.5.2. Las representaciones de la idea de igualdad.**

El principio de igualdad de oportunidades se forja en este contexto histórico. Se trata de un revulsivo contra los derechos consuetudinarios de determinados grupos sociales que, por su origen (o sus vínculos con la tierra, el ejército

---

<sup>46</sup> El Estado civil se funda, a juicio de Kant, en base a los siguientes principios a priori de razón pura (Kant, 1785:289): a) La libertad de cada miembro de la sociedad, en cuanto hombre; b) La igualdad de éste con cualquier otro, en cuanto súbdito y c) La autonomía de cada miembro de la comunidad, en cuanto ciudadano.

o la iglesia), mantenían unas prerrogativas y posiciones cerradas y diferenciadas. La igualdad de oportunidades sería la posibilidad de autorrealización de la burguesía, de los nuevos colonos inmigrantes americanos, de los campesinos europeos, etc.<sup>47</sup>. Como principio, la igualdad de oportunidades rechaza la prioridad del nacimiento, del nepotismo, del patronazgo o de cualquier otro criterio de asignación de la posición, que no sea la limpia competencia abierta por igual al talento y a la ambición. Afirma, según los términos de Talcott Parsons, el universalismo sobre el particularismo, la realización sobre la atribución. Es un ideal que nace directamente en la ilustración, tal como lo codificó Kant: el principio del mérito individual generalizado como imperativo categórico.

En definitiva, en su origen, los hombres, nacían todos iguales, si bien, el resultado, era una sociedad desigualitaria. La explicación de esas desigualdades observadas partía, en ese momento, de la idea de la existencia de un contrato social y de una sumisión al Estado. Hobbes (1588-1679) afirmaba que la vida en el estado de naturaleza era igualitaria pero también “peligrosa, brutal y corta” y se caracterizaba por la guerra del “hombre contra el hombre”: La solución a este “problema de orden” era la sumisión al estado, sin el cual no habría más que caos. Locke (1632-1704) creía que era la autoridad del estado la que mejor podía garantizar los “derechos naturales” a la vida, a la libertad y a la propiedad. Rousseau (1712-1778) expresó una conocida frase que desde entonces ha reso-

---

<sup>47</sup> Giddens matiza esa política emancipatoria en el siguiente párrafo: <<La vida se organiza de tal modo que el individuo es capaz –en un sentido o en otro– de acción libre e independiente en los entornos de su vida social. Libertad y responsabilidad se encuentran aquí en una especie de equilibrio. El individuo se libera de los constreñimientos impuestos sobre su comportamiento por condiciones de explotación, desigualdad y opresión; pero no por ello se hace libre en sentido absoluto. La libertad presupone actuar responsablemente en relación a otros y en reconocer que están implicadas obligaciones colectivas>> (Giddens, 1991: 213). Este modelo definido por Giddens, propio de la filosofía ilustrada y predominante en la modernidad contrastaría con otro modelo, más contemporáneo, que recibe el nombre de “política de la vida” (*life politics*) y describe un proceso de pérdida gradual de vigencia del concepto política emancipatoria por el de política de vida. Actualmente estamos ante una “política de elecciones” (*politics of choice*) y no sólo ante la aspiración de libertad o de condiciones de decisión libre. Así, si la política emancipatoria era una política de oportunidades de vida, la política de vida es una política sobre el estilo de vida. Su rasgo básico es la visión del poder como energía generativa, como capacidad transformadora que tiene su sede en la libertad de elección, más que como instancia jerárquica (Giddens, 1991:214).

nado a lo largo de la historia, que “el hombre nació libre, y en todas partes se encuentra encadenado”. No pensaba que pudiera alcanzar la libertad absoluta, pero afirmaba que la democracia directa, expresada por medio de la voluntad general proporcionaba la mayor protección al individuo. Así, en siglo XVIII se establecieron los fundamentos del argumento de que todos los “ciudadanos” tenían derechos políticos, tal y como se expresa en el sufragio universal y las instituciones democráticas.

<<Frente a la idea de que los hombres nacen desiguales por causas divinas o naturales, se desarrolló desde el siglo XVII el argumento de que, en virtud de su humanidad, todos los seres humanos nacían iguales, no desiguales>> (Crompton, 1993:19).

La idea de igualdad se encuentra en el centro de los debates<sup>48</sup>, bien cuando se defiende –en la inmensa mayoría de las obras de inspiración diversa–, o que se refute, –en una clara minoría de los casos–. Ella se relaciona con los temas más variados, como la esclavitud, el incipiente feminismo, la igualdad religiosa, la educación, el problema fiscal, etc. Se puede encontrar en el centro de un ensayo –tal como el segundo discurso de Jean-Jacques o el *Código de la Naturaleza* de Morelly–, o evocada incidentalmente, como en *El Espíritu de las Leyes*, de Montesquieu. También la encontraremos, a diversos grados y en diferentes niveles, en estudios históricos, en ensayos de ciencia política, económica o antropológica (Delaporte, 1987).

Pero esa igualdad viene frecuentemente manifiesta y representada por la idea de fraternidad. Ésta porta un componente cristiano, pero caracterizado en el discurso por un referente constante a la *ciudadanía* –y a la mentalidad consolidada en el Antiguo Régimen respecto a los modernos y fuertes Estados–. Los individuos, en la Francia revolucionaria, son acompañados del sobrenombre de

---

<sup>48</sup> Tanto en el planteamiento de algunos de los portavoces más destacados de la ilustración, como Rousseau en el Discurso sobre los orígenes de la desigualdad entre los hombres (1755), sino también en la filosofía inglesa inmediatamente precedente, como en Hobbes (*El Leviatán*) o Locke, en el *Segundo ensayo sobre el gobierno civil* (1690); además de, por supuesto, los más destacados enciclopedistas franceses: Jancourt (1753), Montesquieu (1734), Voltaire, Morelly, Diderot, etc.

*citoyen*. El ciudadano Verginaud, en ese sentido, habla en un discurso pronunciado ante la “asamblea electoral” con las siguientes palabras:

La naturaleza nos ha hecho iguales, pero la religión nos une por vínculos más íntimos todavía, ella nos ha hecho a todos hermanos<sup>49</sup>

La igualdad concebida como fraternidad atañe a los ciudadanos y a los derechos referidos a ellos. Igualdad en las libertades, fundamentalmente, pero materializada en libertad de prensa, de culto o de comercio. La fraternidad precisamente evoca ese contenido de moral civil, lejos de las incipientes y escasas propuestas reivindicativas de igualdad en las condiciones materiales de vida (Babeuf, Jancourt, 1753). La noción de igualdad pasa, en este momento, de la ética –volitiva– al campo de la política –efectiva y regulativa–, pero no al de la economía –material y medible–, aunque se encubra tal limitación con el artificio de la noción de fraternidad, como rentable guiño que la burguesía dirige a las clases menos favorecidas.

El ámbito de igualación fraternal, como se ha dicho, se aplica a lo común, a la ciudadanía, lo cual dará lugar a una exclusión manifiesta de la mujer en ese *equalisandum*. La mujer queda relegada al ámbito de lo privado (Molina Petit, 1994) lo cual explicaría en parte la relativa ausencia de referencias a su papel<sup>50</sup>, a pesar de su carácter simbólico y emblemático y su clara incorporación en muchas actividades laborales (Godineau:1992). Junto a la mujer, los niños, los enfermos, los ancianos y otros colectivos, pasarán inadvertidos a la reivindicación

---

<sup>49</sup> Tomado de David, 1987:72. El discurso fue pronunciado el 3 de abril de 1791. Otros testimonios recopilados de la época aparecen en esta misma obra de Marcel David.

<sup>50</sup> Con notables excepciones, como el *Essai sur l'admission des femmes au Droit de Cité*, de Condorcet, publicado en 1790. Ese mismo año Olympe de Gouges publicará una *Déclaration des Droits des femmes*. Dos años más tarde, una inglesa, Mary Wollstonecraft publicará *Vindication of the Rights of Women*. Sin embargo no se producirá ningún reconocimiento formal, constitucional, de igualdad ante la ley, hasta la segunda mitad del siglo XIX en el proceso de constitución de uno de los estados que actualmente integran USA (Wyomin). Un trabajo que se refiere al papel de las mujeres durante la Revolución Francesa es el de Paul Marie Duhet, *Las mujeres y la Revolución (1789-1794)*, Península, Barcelona, 1984. También es reveladora la recopilación de textos del siglo XVIII llevada a cabo por Alicia H. Punleo: Condorcet, De Gouges, D'Alambert y otros, *La ilustración olvidada. La polémica de los sexos en el siglo XVIII*, Anthropos, Barcelona, 1993.

igualitarista ilustrada, sobre la que se irá deconstruyendo la concepción liberal de la sociedad netamente diferenciada de otras posturas que concebirán *otro* igualitarismo<sup>51</sup>.

### 3.5.3. Ilustrados y enciclopedistas.

Lo específico de la apuesta *ilustrada* por la igualdad no ha sido tanto la pasión por un igualitarismo nivelador a ultranza como por el rechazo de ciertas desigualdades consideradas como injustas, indeseables y remediables. Lo que ha procurado dicha tradición es determinar qué constricciones, desventajas y diferencias discriminan, agravian y humillan, y ha promocionado además igualdades y sistemas de igualación que, ya fuera por merecimiento o por compensación, se han considerado moralmente recomendables<sup>52</sup> (Vargas-Machuca, 1994:49). Gibbon o Voltaire expresan en diversos lugares de su correspondencia el inquieto desdén que les produce la suposición de que el vulgo pueda aspirar a recibir el subversivo beneficio de la educación superior y llegue a considerarse ni más ni menos del mismo rango que la clase intelectualmente mejor preparada. D'Alambert es explícito al respecto cuando tranquiliza a Federico II de Prusia con las siguientes palabras: <<Es gran necedad acusar a los filósofos, al menos a aquellos que merecen este nombre, de predicar la igualdad, porque la igualdad es una quimera. Sería estúpido querer igualar las clases sociales; baste con que los hombres sean iguales ante la ley y que el nacimiento no confiera ningún privilegio. En esto solamente consiste la igualdad>><sup>53</sup>.

El proyecto de la ilustración encontrará sus manifestaciones literarias más significativas en el *Diccionario* de Voltaire y en la *Enciclopedia* de Diderot

---

<sup>51</sup> Que será tratado en el apartado 3.6.

<sup>52</sup> <<La matriz igualitaria en la *tradición ilustrada* promueve concepciones de la justicia más informadas que aquellas por las que, por lo común, ha transitado la *ideología liberal* a secas. Una de ellas ha sido la concepción *marxista* de la justicia, que deviene a la postre antiliberal; otra, la concepción democrática de la justicia, que si bien obliga a comportarse políticamente como liberales, también empuja a ser algo más que liberales>> (Vargas-Machuca, 1994:50).

<sup>53</sup> Tomo la cita de D'Alambert y la referencia a la correspondencia entre Gibbon y Voltaire de Savater (1993:27), texto en el que no se indican fuentes originales.



y D'Alambert. En la *Enciclopedia* se matizaba que la "igualdad natural" se entendía como <<la constitución de la naturaleza humana común a todos los hombres>> (De Jancourt, 1753: t.14, 69). Pero el enciclopedista nos está hablando de la igualdad *natural* de los hombres, pues no debemos –añade– <<caer en error de suponer que por un espíritu de fanatismo, yo apruebe [...] esta quimera de la igualdad absoluta [...] Conozco demasiado la necesidad de condiciones diferentes, de grados, de honores, de distinciones, de prerrogativas, de subordinaciones>> (*Ibid.*: 70). Igualdad natural, sí; igualdad absoluta, no. En este texto están enunciadas las desigualdades que se consideraban naturales en una sociedad basada en la libertad. La libertad daba contenido a la existencia de desigualdades. La filosofía burguesa se asienta pues sobre este principio básico: La igualdad natural, en una sociedad libre, genera desigualdades sociales.

#### **DEFINICIÓN DE IGUALDAD NATURAL EN LA ENCICLOPEDIA DE DIDEROT Y D'ALAMBERT (TEXTO DE JANCURT)**

**IGUALDAD NATURAL:** (derecho natural) es aquella que está entre todos los hombres por la constitución de su simple naturaleza. Esta igualdad es el principio y fundamento de la libertad.

La igualdad natural o moral está pues fundada sobre la constitución de la naturaleza humana común a todos los hombres que nacen, crecen, subsisten y mueren de la misma manera.

Puesto que la naturaleza humana es la misma en todos los hombres es evidente que según el derecho natural, cada uno debe estimar y tratar a los otros como seres que le son naturalmente iguales, es decir, que son hombres de la misma manera que lo es uno mismo.

De este principio de la igualdad natural de los hombres se extraen varias consecuencias, de entre las cuales, mencionaré las principales:

1º Resulta de este principio que todos los hombres son naturalmente libres y que la razón no ha podido volverlos independientes más que para su felicidad

2º que a pesar de todas las desigualdades producidas en el gobierno político por la diferencia de las condiciones, por la nobleza, el poderío, las riquezas, etc. ..., aquellos que estén por encima de los demás deben tratar a sus inferiores como naturalmente iguales, evitando toda injuria, sin exigir nada más allá de lo que se debe y exigiendo con humanidad aquello que se le es incuestionablemente debido

3º que cualquiera que no haya adquirido un derecho particular, en virtud del cual pueda exigir alguna preferencia, no debe pretender más que los demás, sino al contrario, dejarles participar igualmente de los mismos derechos que se atribuye a sí mismo. ....

Montesquieu aboga por la igualdad ante la ley pero recuerda que esa igualdad legal se apoya en la existencia de jerarquías contractuales que liquidan la igualdad original (en la línea de la idea hobbessiana). Esto es claramente explícito en el siguiente párrafo:

<<En el estado de naturaleza, ciertamente, todos los hombres nacen iguales pero no pueden continuar en esa igualdad. La sociedad les hace perderla para que luego la recobren bajo la protección de las leyes. Tal es la diferencia entre una democracia bien regulada y otra que no lo está, que en la primera los hombres son iguales solamente en cuanto ciudadanos mientras que en la segunda lo son también en cuanto senadores, magistrados, jueces, padres, maridos o amos>> (Montesquieu, *El espíritu de la leyes*, Libr. VIII, cap. 3)

La moderación fundamenta la grandeza de un pueblo y el lujo la corrompe, nos dirá en sus *Consideraciones sobre las causas de la grandeza de los Romanos y su decadencia* (publicada anónimamente por primera vez en 1734), obra cargada de referentes moralizantes. En *El espíritu de las Leyes* se centrará en los aspectos sociopolíticos, distinguiendo cuatro regímenes de gobierno: la democracia, la aristocracia, la monarquía y el despotismo. Es también ahí donde se sistematiza la división de poderes, en legislativo, ejecutivo y judicial y, lo que nos interesa más específicamente, se refiere a la igualdad, a la que verá atacada en los regímenes democráticos por el lujo, del que ya hablara en sus *Consideraciones*...

Igualdad y democracia son conceptos que aparecen estrechamente ligados en la obra de Montesquieu. Además ambos conceptos aparecen ligados a la moderación (*frugalité*, en su original francés).

<<El amor a la democracia es el amor a la moderación. En ella cada uno debe tener la misma felicidad y las mismas ventajas, debe de gozar de los mismo placeres y poder formarse las mismas esperanzas, cosa que no se puede alcanzar más que con la moderación general>> (Montesquieu, *El Espíritu de las Leyes*, Lib. V, III)

Montesquieu se posiciona en favor de un reparto de las tierras de los aristócratas entre los agricultores trabajadores (frente a una idea usual en la época del trabajo comunal de las mismas) porque así podrá proponer un reparto

igualitario de propiedades de pequeñas dimensiones; algo que, en definitiva, casará bien con su idea de frugalité.

Delaporte (1987) habla de las incongruencias internas de las filosofías de Montesquieu (pp. 241-298) que si bien se muestra frecuentemente muy crítico con el gobierno y la aristocracia absolutista francesa, es condescendiente con ella en muchas otras ocasiones, e incluso parece desprenderse de sus escritos en los que consideraba óptimo un estado de bienestar que garantizase <<la subsistencia, el alimento, el vestido y un género de vida que no sea contrario a su salud>> (En *El espíritu de las Leyes*, IV, VI), mientras considera que <<el pueblo, que está capacitado para darse cuenta de la gestión de los otros, no es apto para gobernarse por sí mismo>> (*El espíritu de...*, II, II).

Otros ilustrados son más radicales, como Morelly, con su *Utopía*<sup>54</sup>, Helvetius, en sus obras *Del espíritu*, o en su *Tratado del hombre*; también en Condorcet o en nuestro Jovellanos, ejemplar defensor, por ejemplo, de la universalización de la enseñanza.

La estrategia básica del discurso filosófico de la ilustración estaba dirigido a realizar un “empeño emancipatorio” (Giddens, 1991): liberando a las personas de las situaciones de opresión aristocrática, de forma que, el hombre, recobre un valor que no había en los siglos anteriores, un mayor grado de autonomía, que podrá leerse como mayor libertad (Toulmin, 1990). La política resultante se centraría en tres principios básicos (Vallespín, 1995:20), reforzados por una importante sanción moral, como son los principios de la justicia, la igualdad y la participación (Giddens, 1991:212). Su unidad se establecería a través del principio de la autonomía, que se convierte en la variable independiente.

---

<sup>54</sup> Aunque en su novela *La Basiliade* se descubre ya un importante sustrato ideológico igualitario, será en posteriores ensayos cuando se perfila su *Utopía*. La obra de ensayo más relevante fue *Code de la nature, ou le Veritable esprit de ses lois de tout temp négligé ou méconnu*, que apareció por primera vez en 1755. Uno de los trabajos más importantes sobre este autor está realizado a principios de siglo por Gilbert Chinard. Él invoca un igualitarismo basado en la filosofía natural. Culpa de los males a la avaricia, que a su vez da como resultado la desigualdad. Como Rousseau, imagina al ser humano aislado de su marco cultural en una Naturaleza ofertante de una exultante abundancia de frutos.

Rousseau es el referente ilustrado que afronta más directamente el tema de la desigualdad. La aborda desde un inicial interés ético por considerarla “la primera y principal causa de todos los males”(Philonenko, 1984, I).

En su *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, habla de la necesidad de referirse a dos tipos de desigualdades: la *natural o física* <<porque se halla establecida por la naturaleza, y que consiste en la diferencia de edades, de salud, de fuerzas del cuerpo y de las cualidades del espíritu o del alma>> (Rousseau, 1755:25) y la que él califica de “*moral o política*”, que depende –dirá– de una especie de convención y que se halla establecida o al menos autorizada por el consentimiento de los hombres. Esta consiste en los diferentes privilegios de los cuales gozan algunos en perjuicio de los demás, como el ser más rico, más honrado, más poderoso o estar en condiciones de hacerse obedecer.

Para explicar las injusticias, y las miserias derivadas de las injusticias, que caracterizan a las sociedades modernas, recurre a la ficción de un *estado natural*, tal como ya habían hecho Locke y Hobbes, pero mientras éstos últimos se lo tomaban como un estadio histórico de la humanidad, él sabía que era un supuesto imaginario. En el primigenio estado natural de la humanidad, Rousseau no creía que se desarrollase una sociedad igualitaria, pero la baja densidad poblacional reducía el detonante de la envidia, clave de la violencia hobbesiana, lo que generaba que <<la desigualdad apenas es sensible en el estado de naturaleza>> (Rousseau, 1755:64). Precisamente al incrementarse el tamaño poblacional, dirá Rousseau, empezarán los problemas, empezarán las comparaciones, la interiorización de la desigualdad<sup>55</sup>. La sociedad es culpable de la desigualdad entre los hombres por hacernos vivir tan cerca unos de otros. La desigualdad está ya desde siempre en la naturaleza humana, como desigualdad fi-

---

<sup>55</sup> Originariamente, cada hombre-individuo era igual a los demás hombres-individuos, del mismo modo que pasa en las demás especies. A partir de los procesos de socialización comienzan a instaurarse las desigualdades. Éstas se institucionalizan, primeramente con la ley y el derecho, luego se institucionalizará la magistratura y, posteriormente, se crearán los poderes arbitrarios (Rousseau, 1755:97).

sica, en su diversidad; la envidia, la vanidad —e, incluso, la propiedad—, serán los desencadenantes de la desigualdad social. La propuesta de Rousseau es generar una igualdad moral o política, de carácter artificial:

<<He creído que debía ahondar hasta la raíz y enseñar, en el cuadro de la naturaleza, como la desigualdad natural está lejos de tener en ese estado tanta realidad e influencia como pretenden nuestros escritores>> (Rousseau, 1755:62).

La ficción lo lleva a la formulación de la idea del contrato social que es la forma post-natural o convencional de realizar el ideal natural de igualdad (Reyes Mate, 1995:77; Ferrari, 1985). A Rousseau le inquieta la desigualdad<sup>56</sup> porque busca un ciudadano de una sociedad racional, un ciudadano que debe estar dispuesto no sólo a satisfacer sus deseos, sino a cooperar y adecuarse a la libertad general. Para esa tarea no se puede contar con individuos muy desiguales.

<<Las cosas hubieran podido permanecer en esta situación iguales si los talentos hubieran sido iguales [...] Pero la proporción no sostenida en nada fue pronto rota. El más fuerte produjo más obra, el más hábil sacó más partido de la suya, el más ingenioso halló medios de abreviar su trabajo. El labrador necesitó mayor cantidad de trigo, y trabajando lo mismo el uno ganaba mucho, mientras que el otro apenas tenía para vivir. Así es como la desigualdad natural se despliega insensiblemente con la desigualdad de combinación; y así también las diferencias de los hombres, ampliadas por las diferencias de las circunstancias, son más sensibles, más permanentes en sus efectos, y comienzan a influir en la misma proporción sobre la suerte de los particulares>> (Rousseau, 1755:80).

Rousseau hablaba de “libertad moral” para referirse a aquella que vive de acuerdo con las “leyes del corazón”. En una sociedad justa todos los hombres serían económicamente independientes y políticamente competentes. Los hombres deberían ser aproximadamente iguales en su poder de contratación. Decía que la libertad de contratación entre ricos y pobres es un engaño porque el rico puede esperar más tiempo que el pobre para obtener la aceptación de sus térmi-

---

<sup>56</sup> Existen, a juicio de Rousseau, desigualdades de diversas clases, pero en general, la riqueza, la nobleza o el rango, el poder y el mérito personal, son las principales distinciones por las que se mide a uno en la sociedad, si bien, reconoce, todas tienden a reducirse a la primera, a la riqueza, por servir de indicador universal de la sociedad de su tiempo.

nos. La igualdad tendría que ser mantenida por la ley, pero nunca se preguntó hasta dónde las reglas necesarias para el mantenimiento de la igualdad podrían restringir la independencia del ciudadano. Daba por sentado que en una comunidad política justa no hay esclavos ni extranjeros residentes excluidos de la ciudadanía, y creía que las leyes deben ser elaboradas por los ciudadanos colectivamente.

En todo caso, el “todos” al que se refiere Rousseau no incluye a las mujeres. Sobre la educación de la mujer, dirá en su Emilio:

<<Los deberes de la mujer son más rígidos, por la razón obvia de que puede tener hijos ilegítimos. No importa que únicamente sea fiel la mujer, sino que su marido la tenga por tal, sus parientes y todo el mundo; importa que sea modesta, recatada, atenta y que lo mismo los extraños que su propia conciencia den testimonio de su virtud [...] Estas son las razones que constituyen la apariencia misma como una obligación de las mujeres, siéndoles la honra y la reputación no menos indispensables que la castidad [...] el sostener de una manera vaga que son iguales los dos sexos y que tienen las mismas obligaciones es perderse en manifestaciones vanas, sin decir nada que no se pueda rechazar>> (Rousseau, 1780:246-247).

En el terreno laboral asumía que los hijos se dedicarían a la misma ocupación que sus padres, por ello no plantea en ningún momento reformas estructurales en las relaciones laborales. El acento recaía en la igualdad entre los jefes o cabezas de familia, en un sentido tanto económico como político.

En opinión de Rousseau, la igualdad sólo puede lograrse en las comunidades pequeñas y esto no sólo por la menor estructura de autoridad requerida, sino también por la mayor posibilidad de compartir lealtades. Estima que el hombre es naturalmente bueno; es la sociedad quien lo corrompe<sup>57</sup>. La causa inicial de esta caída, el pecado original, es la usurpación inicial y fraudulenta de los bienes y las riquezas que la generosa y opulenta *Naturaleza* había originariamente dispuesto para todos y cada uno, indistintamente. El mal comienza con las desigualdades ocupacionales (Rousseau, 1755:65; 1780:187-190).

---

<sup>57</sup> Véase el tratamiento de esta idea en Fernández Santillán, 1988:68-81.

Starobinski (1971) se refiere a un proceso social evolutivo discernible en Rousseau y basado en cuatro estadios, cada uno de los cuales se caracteriza por el descubrimiento de uno de los siguientes elementos: *institucionalización* del trabajo, progreso técnico, división del trabajo y propiedad de los bienes (y especialmente de las tierras).

### 3.6. CONCEPCIÓN LIBERAL DE LA SOCIEDAD.

#### 3.6.1. El igualitarismo en el mercado libre.

Las nuevas circunstancias históricas que se imponen tras el paulatino desmoronamiento del *Antiguo Régimen* y la emergencia de la burguesía como nueva clase social, suponen el desarrollo teórico del *liberalismo* como corriente de pensamiento sancionadora del nuevo sistema de organización social, bien apoyado en la *tradición Ilustrada* y en clara oposición a otras corrientes de pensamiento que pretendían defensas de otras *clases* y/o grupos sociales. Aunque el liberalismo es una ideología social que se adapta como *horma* al zapato de la burguesía, en la práctica real es una ideología de carácter populista, al que se aferran grupos sociales muy diferentes<sup>58</sup>, traspasando los límites de una ideología política, hasta convertirse en una concepción filosófica amplia (Vargas-Machuca, 1994; Rawls, 1993; Puyol, 1995).

En el marco de la filosofía liberalista surgen una serie de enfoques aplicados a diferentes campos de las Ciencias Sociales. En concreto, referidas a las desigualdades sociales, podemos distinguir, ya desde mediados del siglo XVIII y durante todo el XIX, una corriente de pensamiento sobre economía política, con múltiples aspectos de homogeneidad interna, conocida como utilitarismo, y

---

<sup>58</sup> Conviene matizar la diferencia del concepto liberal en el entorno de la literatura sociológica americana frente al utilizado en Europa en general y en España en particular. En España este concepto denota cierto posicionamiento hacia la derecha sociológica, quizá moderada; en los EE.UU. denota, al contrario, cierto posicionamiento hacia la izquierda política-sociológica.

que tendrá un apéndice a lo largo del presente siglo en las posturas bienestarias que se defienden en nuestros días (si bien suponen una importante evolución de sus supuestos orígenes utilitaristas). Por su parte, en Sociología, desde finales de la década de los 30, surge todo un paradigma explicativo de las desigualdades sociales, el funcionalismo, de clara herencia liberalista. Más recientemente, inserto en los tratamientos filosóficos de la justicia, la economía y la política, aparece un planteamiento liberal-igualitarista, que constreñirá el máximo desarrollo posible de la igualdad en el mayor número de ámbitos, al máximo desarrollo de la libertad individual.

El liberalismo puede entenderse así como un *ethos* basado en la centralidad de la idea de la *libertad* humana, lo que supone una clara reivindicación de la *igualdad de condición*: todos los hombres son igualmente *libres*.

La puesta en práctica de dicho principio supondrá la defensa del principio de la *igualdad de oportunidades*, destruyendo los privilegios aristocráticos y la <creencia en la santidad de las tradiciones>> (Weber, 1922: 174), pero legitimando las diferencias observadas en la distribución de los bienes y servicios en la sociedad; es decir, legitimando la *desigualdad de resultados*.

Sintéticamente, puede resumirse la concepción de la igualdad desde la perspectiva liberal, en cuatro características.

- 1) Preminencia de la perspectiva personal e individual.
- 2) Asunción de una igualdad de condición, centrada en la idea de que todos los hombres son igualmente libres.
- 3) Concepción del igualitarismo desde el equalisandum de las oportunidades.
- 4) Aceptación de las desigualdades resultantes

### I. *La perspectiva individual*

Dicotomizando las perspectivas analíticas sobre las relaciones sociales que Thomas Nagel expusiera (1996), existen dos posibilidades de entender el



deber ser de las relaciones sociales: la perspectiva individual o personal y la perspectiva social o impersonal. El liberal asume como correcta la primera. Para él lo importante es la persona, el individuo y el edificio argumentativo sobre el que se levantará su noción de igualdad se basará en ello.

A esa perspectiva individualista, el liberal añadirá otros dos principios: el de la elección racional individual y el de la innata búsqueda de felicidad de cada persona. En base a esos principios —que no son exclusivos de los liberales<sup>59</sup>—, el comportamiento individual puede explicarse como una serie de mecanismos selectivos con los que los hombres eligen aquellas opciones que racionalmente más le convienen para conseguir mayores cuotas de satisfacción personal —utilidad, bienestar o eficiencia—. De entre la amalgama de opciones que se presentan a cada individuo en el quehacer cotidiano, éste elegirá, bajo cierta supuesta libertad, entre las diferentes alternativas, aquella que más le satisfaga.

El marco en el que se toman dichas decisiones es competitivo, por mor de la escasez de los bienes y servicios<sup>60</sup>. Cada individuo opta por la mejor alternativa a su alcance, compitiendo con los demás y esa competencia redundará en una mayor eficiencia social, apareciendo así, en una instancia argumentativa posterior, la perspectiva impersonal y social. La filosofía social liberal pretende, así, alcanzar la mayor cantidad de felicidad para el mayor número de personas, para lo cual recurrirá a fórmulas regulativas, e incluso intervencionistas, que garanticen dicho principio (Andréani/Féray, 1993: 11 y ss.).

## II. *La igualdad de condición.*

Esta perspectiva individualista se basa en la firme creencia de que todos los seres humanos tienen el derecho de buscar su felicidad y, por ello, la igual-

---

<sup>59</sup> No se debe confundir esa elección racional, de carácter individual, con otra de carácter colectivo, al que recurren teóricos situados en una muy diferente concepción de la igualdad, como en los casos de Roemer o Elster.

<sup>60</sup> Estos valores orientan a las emergentes sociedades de mercado capitalista, que serán consideradas como el modo de organización social que conduce a una menor desigualdad frente a otras formas alternativas de organización (Friedman, 1966:192)

de la sociedad. El ideal del Estado liberal, como se expresa de manera paradigmática en Kant, es el ideal del Estado en el que todos los ciudadanos gocen de igual libertad, es decir, sean igualmente libres, o iguales en el derecho a la libertad.

Uno de los ejemplos en los que esta idea de igualdad de condición se hace más patente es en la emblemática obra de Alexis de Tocqueville, *La Democracia en América*. Las primeras líneas de dicha obra lo expresan con nitidez:

<<Entre todas las cosas nuevas que durante mi estancia en los Estados Unidos llamaron mi atención, ninguna me sorprendió tanto como la igualdad de condiciones>> (Tocqueville, 1845: 9).

Dicha igualdad de condición radica en la idea de que todos los hombres son igualmente libres para buscar su felicidad individual. De esta forma, todos los hombres son iguales en dignidad, precisan el mismo trato y requieren imparcialidad en el ejercicio de sus decisiones –aunque se interpongan restricciones para no lesionar las libertades de los demás–. La igualdad de trato conlleva una igualdad formal o legal, que tendrá su materialización en el ordenamiento político y legal: los mismo derechos jurídicos y políticos como fueros de todo individuo, la misma importancia social y la igual consideración de méritos de cada uno. En definitiva, igualdad de condición que implica igualdad formal y de trato. Se pierde, así, el carácter espiritual que la igualdad de condición tenía en la sociedad europea tradicional para asumir los principios ilustrados de igualdad formal de condición.

La materialización y ejercicio de este principio conlleva la instrumentalización de mecanismos colectivos que garanticen la igualdad de oportunidades.

### *III. Igualdad de oportunidades.*

La visión liberal de la igualdad se basa en la construcción de un orden social basado en la igualdad de oportunidades de partida, definida como libertad de actuación (Bobbio, 1977:90).

Tocqueville ve una característica sociedad igualitaria en la naciente América, con igualdades de naturaleza material, en la equidistribución de la riqueza, la renta, las tierras, el trato e, incluso, en la inteligencia (Tocqueville, 1845:12 y 46-54). Sin embargo, dicha visión oculta ciertas realidades sociales evidentes de la situación que describe: esclavitud, colonización étnica, discriminación de la mujer, imperio de la ley del más fuerte, etc. (Minc, 1987:7) que, precisamente, ayudan a comprender cuál es la concepción igualitarista subyacente a sus palabras. Lo que se indicaba, en realidad, era que nadie debería tener los aires ni los derechos aristocráticos, lo cual implicaba la posibilidad de ascenso social sin tener en cuenta los orígenes. En realidad, la igualdad era concebida como una fuerza moral en debate entre la subyugación a la equidistribución material o la concesión de parcelas a la libertad.

Para ellos, el liberalismo representó la supremacía de la ley y el Estado constitucional; la libertad era la libertad política y no tanto el principio económico del libre comercio o la ley de la supervivencia de los mejor dotados (Vargas-Machuca, 1994). La política económica, perfectamente diferenciable, se dirigía hacia la consecución de un mercado libre, sin aranceles y, en definitiva, sin intervencionismo estatal (George/Wilding, 1976)<sup>61</sup>, si bien, corrientes posteriores del liberalismo corrigieron esas primeras posiciones (Friedman, 1966:54; Galbraith, 1967)<sup>62</sup>. Adoptaron, empero, una postura conceptual de separación de la libertad

---

<sup>61</sup> Los efectos del intervencionismo han sido resumidos y sintetizados por V. George y P. Wilding (1976), en los siguientes puntos: 1) La intervención del Estado produce una desorganización del edificio social al reconocer que los ciudadanos tienen derechos sociales cuya consideración crea expectativas ilimitadas y genera presiones continuas para satisfacer todo tipo de deseos; 2) Produce despilfarro de recursos; 3) El sector público es económicamente ineficiente y 4) el sector público es una amenaza a la libertad individual

<sup>62</sup> Friedman reserva tres áreas para la acción estatal: el mantenimiento de la ley y el orden; la asistencia social de carácter inviable para la empresa privada y las actuaciones de interés de riesgo y/o alta responsabilidad. El liberalismo tecnocrático, partidario de cierto nivel de intervencionismo se diferencia de los neoliberales en que para estos el mercado produce desequilibrios y genera desigualdad; el intervencionismo estatal es precisamente útil para corregir esos desajustes. Galbraith y Keynes son dos de los máximos exponentes de esta corriente: <<Considerando la entera economía desde el punto de vista puramente técnico, no puede afirmarse que el mercado ni la planificación tengan una superioridad natural. En algunos casos sigue siendo útil la respuesta del mercado. Pero cuando se trata de un área dilatada, no es posible basarse en esta respuesta; el mercado tiene que ceder su lugar a una planificación más o menos amplia de la demanda y de la oferta. No hay nin-

y la igualdad, <<no sólo ven la necesidad de procurar las condiciones para que el derecho a la libertad sea, en efecto, un derecho *igual* para todos, sino que creen que no cabe querer ambos ideales al mismo tiempo porque se destruyen el uno al otro>> (Camps, 1994: 17). El libre cambio sin interferencias estatales se considera *justo* y, por ello, concluyen que los resultados observados, aún siendo desiguales, son también justos (Vargas-Machuca, 1994: 51).

#### *IV. Aceptación de las desigualdades resultantes*

De partida se reivindica una igualdad que tendrá su equalisandum en la igualdad de oportunidades, pero, el resultado final, el observado en cada sistema de organización social concreto, puede resultar claramente desigualitario y esa desigualdad de resultados aparece claramente justificada, en mayor o menor medida, en todas las teorizaciones liberales.

La libertad individual se sustenta implícitamente en la libertad de elección y en el reconocimiento de que existen desigualdades sociales y que así debe ser ya que el esfuerzo individual, entre otras causas, ha de manifestarse en una desigual distribución de las rentas (Goldthorpe, 1982:181).

La aceptación del desigualitarismo como algo natural se transforma desde una predisposición a las desigualdades innatas en la cuna, en función del origen social (propias de la sociedad feudal y absolutista tradicional), hacia una aceptación de unas reglas de juego iguales para todos, que seleccionarán a unos para determinadas posiciones ventajosas y a otros los relegarán hacia posiciones más desfavorables.

La concepción formal de la igualdad y la justificación de las desigualdades de facto se resuelve en el discurso del siguiente modo: en principio todos los individuos son iguales ante la ley, pero si gracias al esfuerzo algunos consiguen

---

guna presunción natural en función del mercado; dado el crecimiento del sistema industrial, la presunción, si hay alguna, debe ser la contraria. Basarse en el mercado cuando la planificación se impone es suministrar a la sociedad un miserable comistraje>> (Galbraith, 1967:392).

destacar sobre los demás provocando desigualdad material (pues la igualdad natural siempre pervive) esto es algo que el Estado no debe abortar; pues si un individuo merece –por su esfuerzo– ascender en la escala social lo hará, basta con que se respete la igualdad formal y la libre competencia entre los individuos.

El liberalismo niega la máxima de igualdad de resultados no respecto de la totalidad de los sujetos sino de la totalidad (o casi totalidad) de los bienes y males respecto de los cuales los hombres habrían de ser iguales (Bobbio, 1977:89-90), es decir, admite la igualdad de todos no en todo (o casi todo) sino sólo en alguna cosa, y este “alguna cosa” suele ser habitualmente los así llamados derechos fundamentales, o naturales, o, como se dice en la literatura más reciente, derechos humanos, que son además las diversas formas de libertad personal, civil y política, que han sido enumeradas sucesivamente por las distintas constituciones de los Estados nacionales desde finales del siglo XVIII hasta hoy<sup>63</sup>.

La nueva asunción de las desigualdades vendrá sustentada en la creencia de que existe una correspondencia ordenada entre el mérito del individuo y las recompensas que, en reconocimiento, recibe de la sociedad: es el triunfo de la “meritocracia”, donde una competencia vitalicia viene a sustituir a los tradicionales criterios de nacimiento y edad en la asignación de las posiciones de los individuos (Cachón, 1989:4-10).

Tocqueville, en *La democracia en América*, había sido explícito al reconocer que el igualitarismo suponía *un mal en sí mismo* si no se equilibraba con la idea preminente de la libertad.

<<Existe una pasión viril y legítima por la igualdad, que incita a los hombres a querer ser todos fuertes y estimados. Esta pasión tiende a elevar a los pequeños a la altura de los grandes; mas también alberga el corazón humano un afán depravado de igualdad que induce a los débiles a querer rebajar a los fuertes a su nivel, y que reduce a los hombres a preferir la igualdad en la servidumbre, a

---

<sup>63</sup> Como en la Declaración universal de los derechos del hombre (1948) y la Convención europea de derechos del hombre (1950).

la desigualdad dentro de la libertad>> (Tocqueville, 1845: 53-54).

Con ello pretende indicarse que la igualdad es buena siempre y cuando no destruya otros valores superiores, tales como el de la libertad, por lo cual quedan justificadas las desigualdades observadas si inciden en una mayor libertad, eficiencia, bienestar o justicia.

La igualdad aparece así enfrentada con la libertad y se alerta sobre el servilismo al que conllevaría una centralidad de la idea de igualdad de resultados. <<Lo que se debe igualar son las oportunidades y no los resultados, ya que de igualar los resultados no habría lugar para la libertad individual>> (Puyol González, 1995:47). Se inaugura así el debate que posteriormente mantendrán igualitaristas liberales y socialistas en estos mismos términos.

### 3.6.2. El Utilitarismo bienestarista.

El utilitarismo aparece como una aplicación concreta de los postulados de la filosofía liberalista principalmente en el ámbito de la economía, sin embargo, dos pilares filosófico-liberalistas sustentarán las particularidades esenciales de su edificio teórico: desde una perspectiva individualista, el ser humano se movía en base a fuerzas interiores de marcado carácter egoísta, objetivo genérico de elección racional, y, socialmente, la colectividad buscaba las máximas utilidades para el mayor número de sus miembros. De esta manera, la visión individual de obtención del máximo provecho para cada persona, considerada individualmente, era matizada por la visión ético-social, en la que aparecerían valores como la igualdad, la solidaridad, la compasión, etc.; si bien es cierto que, en ocasiones, se ha reducido esa *utilidad total* de la colectividad a una suma de *utilidades individuales* (Lionel Robbins, 1935 y 1938), dando lugar al principio clásico de optimalidad de Pareto<sup>64</sup>.

---

<sup>64</sup> Un estado social se define como óptimo, en el sentido de Pareto, si no se puede aumentar la utilidad de uno sin reducir la utilidad de otro. Obsérvese que una situación con enormes desigualdades económicas puede ser perfectamente un óptimo de Pareto si no se puede incrementar la riqueza de los pobres sin reducir la de los ricos.

Entre los primeros referentes utilitaristas, podríamos remontarnos a los inicios del siglo XVIII y mencionar a Shaftesbury y Hutcheson<sup>65</sup>. Este último había definido utilidad como aquello que proporciona felicidad al individuo. Poco después los trabajos de Hume, Adam Smith y, especialmente, Bentham<sup>66</sup>, contribuirán a afianzar la homogeneidad interna de esa corriente de pensamiento y a dar solidez a sus argumentos.

Ya en la primera obra de Bentham, *Fragment on Government* (1776), se descubren con claridad los ejes del pensamiento utilitarista y su concepción de las desigualdades sociales en particular. Se insiste en la búsqueda de *felicidad* como *motor* de las acciones humanas individuales y se matizan las reformas legales que debería llevar a cabo el gobierno inglés con objeto de *conseguir una mayor felicidad entre sus ciudadanos*. Luego, en su obra de 1789, es más explícito al ilustrar su teoría moral y su aplicación con respecto al gobierno de la humanidad<sup>67</sup>:

<<La naturaleza ha colocado a la humanidad bajo el dominio de dos amos soberanos, el dolor y el placer. A ellos sólo toca señalar lo que debemos hacer, así como determinar lo que haremos. Por una parte, la norma del bien y del mal y, por la otra, la cadena de causas y efectos están atadas a su entorno>> (Bentham, 1789, Capítulo 1, sección 1).

Más tarde, con David Ricardo, (*Principios de Economía Política*, 1817), Henri Sidgwick, Edgeworth<sup>68</sup> y, sobre todo, con John Stuart Mill, se traducirá el

---

<sup>65</sup> *An Inquiry Concerning Virtue and Merit* (1711), de Shaftesbury y *An Inquiry Concerning Moral Good and Evil* (1725), de Hutcheson.

<sup>66</sup> *A Treatise of Human Nature*, de Hume (1739); *An Inquiry Concerning the Principles of Morals* (1751), también de Hume; *A Theory of the Moral Sentiments*, de Adam Smith (1759); *Fragment on Government* (1776) y *The Principles of Morals and Legislation* (1789), de Bentham.

<sup>67</sup> El principio de la mayor felicidad, según creía Bentham, colocaba en manos del legislador un instrumento que era considerado objetivo y cuantificable.

<sup>68</sup> La obra más relevante de David Ricardo es *Principios de Economía Política* (1817); *Mathematical Psychics*, es la más importante de F. Y. Edgeworth (Londres, 1888). Henry Sidgwick tiene varias obras que se consideran como parte esencial de la historia del utilitarismo: en *The Methods of Ethics*, (Londres, 1874) resume el desarrollo de la teoría moral utilitarista. El libro III de sus *Principles of Political Economy* (Londres, 1883), aplica esta doctrina a los problemas de la justicia social y económica y viene a ser un precursor de *The Economics of Welfare*, de Pigou (1920). *Outlines of the History of*

*principio de la mayor felicidad* por el de la *moral de la utilidad*. Esta moral enjuiciará todas las acciones humanas en función del grado de felicidad<sup>69</sup> que provocan entre los individuos (Stuart Mill: 1863:46). Las utilidades que conducen a la felicidad individual devendrán ámbito igualitario relevante por excelencia y el *equalisandum* sobre el que efectuar análisis de desigualdades. Sobre esa base se erigirán los trabajos de Marshall (1890), Pigou (1920), Bergson (1938), Samuelson (1947) y Robertson (1952), en teoría económica, y, ya en el contexto específico de la desigualdad y especialmente en los estudios sobre distribución de la renta, los trabajos de Dalton (1920), Lange (1938), Lerner (1944), Arrow (1951), Aigner y Heins (1967) y Tinbergen (1970)<sup>70</sup>.

El utilitarismo defiende una organización social basada en los principios liberales y en que la distribución de los bienes, ocupaciones, premios, cargos, etc., debe efectuarse de modo que proporcione el mayor beneficio a la colectividad (Sidgwick, 1907: 416 y ss.). Se parte de la creencia en la *elección racional* individual, de la escasez y/o limitación de los logros, y de la necesidad de éstos en interés de la colectividad. Este interés supone la aplicación del principio de Hutcheson, “la mayor felicidad para el mayor número de personas”, lo que implica una maximización del *bienestar colectivo*<sup>71</sup>

El interés de la colectividad dará lugar a la utilidad total. Ésta no es una suma de las utilidades individuales sino que, muy por el contrario, con frecuen-

---

*Ethics*, de Sidgwick (Londres, 1902), contiene una breve historia de la tradición utilitarista.

<sup>69</sup> La felicidad estará ligada a un comportamiento ético-moral correcto que el denomina como *justo*. Se considera comportamiento injusto *privar a alguien de su libertad*, privar o negar a las personas de sus derechos naturales, negar a las personas aquellas cosas que *merece*, faltar a la palabra dada a alguien, ser parcial y, en sexto lugar, ser insolidario (no igualitario) (Stuart Mill, 1963:100-108).

<sup>70</sup> Estoy incluyendo ciertos niveles de bienestar como utilidades, tal como hacían los clásicos utilitaristas, si bien es algo discutible, aunque pueden verse justificaciones argumentadas de esa tipología en Little (1950), Robertson (1952) y Sen (1970b).

<sup>71</sup> Conviene diferenciar el utilitarismo aquí concebido, como bienestar colectivo, del también defendido por Bentham basado en la simple elección de “lo más útil para cada individuo” (Harsanyi, 1955:13-14; 1977a:50-51; 1977b:47-48; Sen, 1982: 99-104).



cia la sociedad precisa el sacrificio de algunos para conseguir grandes beneficios para la mayoría.

<<La sociedad se mueve con objeto de producir su mayor bienestar resignándose en los sacrificios menores que para ciertos individuos tenga que suponer la satisfacción de los deseos de la mayoría>>  
(Gauthier, 1963:126).

La utilidad total (colectiva) es perfectamente diferenciable de la individual, operativizable en términos de *utilidad marginal*. El análisis de las desigualdades sociales desde la perspectiva utilitarista partirá de la definición conceptual de esos dos tipos de desigualdades y medirá en cada sociedad y momento concreto la distribución y situación de cada una de ellas.

La utilidad marginal es la que se generaría si una persona dispusiera de una unidad más de *ingresos*. Tal vez un ejemplo de fácil comprensión sea el caso del “reparto de un pastel”. Cada persona recibe una porción de pastel (de utilidad) y ese pastel es la única fuente de utilidad. Si una persona recibe un pedazo extra, su utilidad marginal aumenta. Podemos así comparar las utilidades marginales entre todos los individuos. La definición de cuál es el pastel a repartir es parte de la definición política de la utilidad total, sobre la cual se suponen que existen unos óptimos de reparto de utilidades marginales.

En definitiva, el utilitarismo buscará “la mayor cantidad de felicidad para el mayor número de personas”. Es cierto que no es evidente si de sus principales formulaciones teóricas se deriva una maximización del total de felicidad o una maximización de la media de felicidad, aunque parece más cierta la segunda (Sève, 1985:149-150)<sup>72</sup>.

El papel del igualitarismo en el pensamiento utilitarista ha sido visto desde dos perspectivas diferentes. Por un lado, en ocasiones aparece como cierta

---

<sup>72</sup> Nozick propone una discusión sobre este tema en (1974:35-42) y Rawls en (1971, secciones 27 y 30). René Sève deduce que si lo importante fuese la maximización del total, una política natalista activa sería un vehículo más que probable de consecución de la misma. Eso, además, parece ser parte de la propuesta social de Bentham. Mill, por el contrario, parece más próximo a la postura maltusiana, decantándose así por una maximización de la media. (Sève, 1985:149-150).

creencia moral de que debe existir el mayor grado posible de igualdad social (siempre bajo las exigencias del interés colectivo) vinculado a un dogma de fe, moral, ético o religioso<sup>73</sup>. Por otro lado, se argumenta que el utilitarismo defendía el igualitarismo con el objeto de conseguir la paz social (Bell, 1973:503), aspecto éste intrínsecamente ligado a la optimalidad de la organización social. La igualdad individual vendrá constreñida por el bienestar colectivo y sólo cuando haya indiferencia ante dos alternativas marginales con respecto a la utilidad total, podrá elegirse entre la más igualitaria. En ese sentido el utilitarismo clásico conecta directamente con las posteriores corrientes de pensamiento bienestarristas. Esa conexión es evidente tanto en Bentham (véanse los capítulos I y III de *The Principles of Morals and Legislation*), en Stuart Mill o, con formulaciones más específicas en W. L. Davidson<sup>74</sup>.

El utilitarismo no aparenta centrarse en ningún momento en la igualdad ni en defender en ningún momento los principios igualitaristas, sino que su eje central se basa en buscar la optimización del reparto de los cargos, posiciones, poderes, etc., entre los miembros de la sociedad, buscando el mejor funcionamiento de la misma. La idea utilitarista, por el contrario, es que las instituciones sociales deben organizarse con el fin de proporcionar el mayor balance neto entre todos los individuos de la colectividad (Rawls, 1971:40), no la igualdad.

En definitiva, el problema que se plantean el utilitarismo y el bienestarrismo es el de como debe actuar el legislador para que se produzca un marco de actuaciones individuales justas, y se considera justa aquella situación en la que el individuo, libremente, es capaz de elegir entre las decisiones que pueden encaminar a obtener mayores utilidades<sup>75</sup>. Los individuos son vistos como empresarios (Berlin, 1956:147) que, conocedores de las reglas del mercado, invierten

---

<sup>73</sup> Así lo interpreta Guisán (1984: 27 y 33-34) o Ana de Miguel Álvarez (1994) sobre la obra de Stuart Mill.

<sup>74</sup> DAVIDSON, W. L. (1915): *Political Thought in England*, London; cf. Dahrendorf (1979:44), quien remite a un texto muy explícito en Davidson, 1915:15.

<sup>75</sup> Lo que supone que se pueda hacer corresponder un nivel de utilidad (o de bienestar) con cada individuo y con cada elección posible (Van Parijs, 1991b:18).

sus esfuerzos en conseguir los mejores beneficios y su actuación se considerará justa si, en su obrar por conseguir satisfacción personal, no perjudica a los demás —lo que Sen (1987:57) denominará como *consecuencialismo*, recordando que el análisis utilitarista se basa en la bondad del estado social producida tras cada acción, norma, institución, motivación etc., individual o colectiva—.

Pero el bienestarismo concebido por los utilitaristas mantendrá especificidades propias que lo diferenciarán con nitidez de ciertas aproximaciones posteriores (como los casos de Rawls, Dworkin o de otros planteamientos más a la izquierda). Por un lado, su bienestarismo no se refiere a la maximización del *mínimum* de bienestar (Sève, 1985:150). No se trata únicamente de incrementar el nivel de vida de los menos favorecidos, sino, por el contrario, es preciso el incremento del total y de la media de los individuos. Esa lógica no conduce a un mayor igualitarismo, pues con tal de que los ricos sean más ricos y los pobres menos pobres, el utilitarismo da su beneplácito, mientras las desigualdades pueden ser similares o superiores. Por otro lado, y como derivación de lo anterior, el utilitarismo no busca la maximización de la igualdad, que podría producirse no sólo por el reparto o traspaso de bienes de los ricos a los pobres, sino también por la reducción y limitación de las satisfacciones individuales que conformarían la felicidad o bienestar, pues, insisto, el utilitarismo busca la maximización, el incremento de la media de bienestar incrementando el total.

Sin embargo, sería erróneo concluir que el utilitarismo es una doctrina desigualitaria, pues parte de la base de que hay que conseguir el máximo bienestar posible, con la máxima igualdad en su distribución. “Cada persona contará por una y tan sólo por una” (Bentham). La igualdad de consideración es manifiesta; ahora bien, dada una cantidad total de bienestar, para el utilitarismo, es indiferente a la distribución personal del mismo, en una atención centrada en la cantidad de ese total más que en los individuos que carecen o poseen la misma.

Por otro lado, el concepto igualitarista utilitarista se centra en los derechos, no en el trato. La utilidad se refiere a los derechos individuales, no al trato

interpersonal individual<sup>76</sup>. Con respecto a esto último, las soluciones prácticas son variadas. En lo referente a la igualdad de trato en materia jurídica es patente una aceptación generalizada igualitarista, por las ventajas de tal aplicación, pero con una amplia justificación de las desigualdades que conduzcan al bienestar general. Así, los utilitaristas, son partidarios del sufragio universal, sin embargo proponen (Mill) el voto múltiple para determinadas posiciones profesionales o niveles intelectuales y, a su vez, excluyen del derecho a voto, a determinados colectivos: los menores, los *iletrados* y los *asistidos* –los que dependen del Estado para sobrevivir–.

Eso da lugar, siguiendo a René Sève (1985:153-156), a tres tipos de propuestas de trato interpersonal en el marco teórico utilitarista, lo que supone un discurso legitimador y/o reivindicador de alguno de los siguientes tipos de igualdad, según convenga al interés colectivo:

- a) La igualdad aritmética: el sufragio universal
- b) La igualdad geométrica: las prerrogativas de determinados individuos o colectivos
- c) La desigualdad fuerte: la exclusión

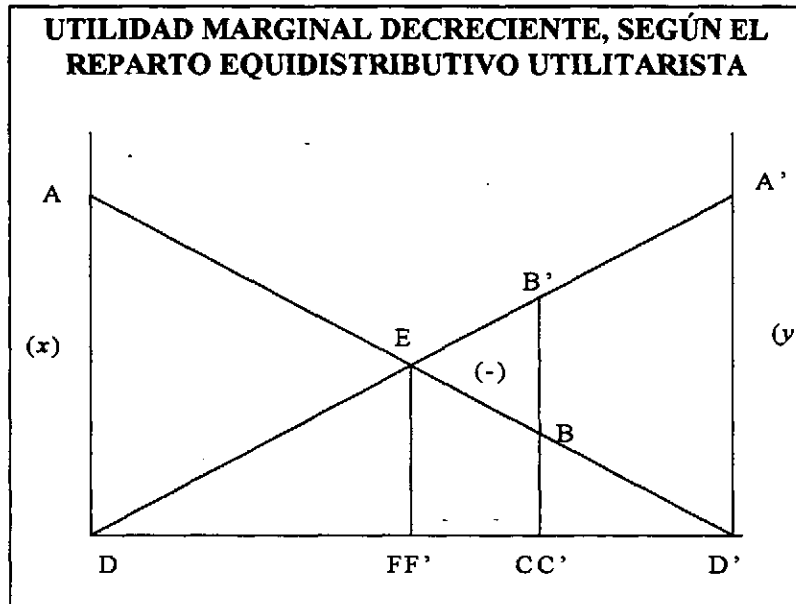
En materia económica aparecen las mismas soluciones ambiguas. Quizá es más patente la justificación desigualitaria en Bentham que en Mill. Este último defiende una política social basada en la redistribución. Para ello, echa mano de la utilidad marginal decreciente. Según ésta, el incremento de felicidad que proporciona una nueva utilidad para un rico es inferior al incremento de felicidad (bienestar) para el que adquiere una unidad estando desposeído de otras. En definitiva, cuanto peor es la situación de la persona, más valorará la adquisición de una nueva utilidad. El proceso es por tanto decreciente, a más utilidades, menor valor de las mismas.

---

<sup>76</sup> Bentham es explícito al considerar las cuatro finalidades siguientes del derecho: la seguridad, la subsistencia, la abundancia y la igualdad; sin embargo, considera que las tres primeras son fuente directa de felicidad, mientras que la igualdad precisa de la intermediación de las demás (Sève, 1985:151-152).

En la figura siguiente se especifica ese decrecimiento creciente. Sean los individuos  $x$  e  $y$ .

Cuadro n° 17



La figura anterior representa las líneas respectivas de utilidad de dos individuos  $x$  e  $y$ . Los ejes  $DD'$  y  $D'D$  indican, respectivamente, las cantidades de utilidad poseídas por cada uno de ellos. Esas cantidades serán regularmente decrecientes, según la hipótesis expuesta por la teoría utilitarista. A pesar del decrecimiento, y según la hipótesis,  $x$  es más feliz en  $CC'$  que en  $FF'$ . Si pasamos de una situación  $CC'$  a  $FF'$ , en el caso de bienes escasos, el individuo  $x$  ganará en felicidad, si bien su utilidad marginal se verá disminuida por la superficie comprendida en el triángulo  $EBB'$ .

Es posible defender una postura igualitarista basada en la consecución del punto medio  $FF'$  (H. S. Goldman, 1980:353-355), sin embargo, el problema y las deficiencias más importantes aparecen con la operativización práctica de los postulados teóricos formulados.

La métrica derivada de la concepción utilitarista de las desigualdades sociales plantea algunos problemas específicos, de entre los que destacan<sup>77</sup>:

1. La métrica basada en utilidades marginales resulta inadecuada en la práctica comparativa interpersonal pues no todas las personas, aún dentro del mismo ámbito (del mismo *pastel*), pueden alcanzar ni gozar de las mismas utilidades (por ejemplo un inválido no puede disponer de las mismas utilidades que otra persona que no sufra discapacidades)<sup>78</sup>.
2. El cálculo de las utilidades requiere una especificación de una situación o estado determinado, lo cual implica que la información sobre utilidad referente a cualquier estado se evalúe considerando sólo la suma total de utilidades en ese estado (Sen, 1987:56-57, Van Parijs, 1991b:19), dejando de lado las compensaciones de utilidades que cada individuo puede gozar o poseer en situaciones alternativas no medidas.
3. El nivel de utilidades marginales no es uniforme y no se puede comparar la invalidez con los ingresos, ni compensar moralmente una cosa con la otra. No se puede comparar utilidades marginales

---

<sup>77</sup> Algunos problemas relacionados con las reflexiones más recientes del utilitarismo y bienestarismo contemporáneo pueden consultarse en: R. P. Harrod (1936): <<Utilitarianism Revised>>, *Mind*, vol. 45; J. D. Mabbott (1939), *Mind*, vol. 48; Jonathan Harrison (1952-53): <<Utilitarianism, Universalisation, and Our Duty to Be Just>>, *Proceeding of the Aristotelian Society*, vol. 53; J. O. Urmson (1953): <<The Interpretation of the Philosophy of J. S. Mill>>, *Philosophical Quarterly*, vol. 3; J. C. Harsanyi (1953): <<Cardinal Utility in Welfare Economics and in the Theory of Risk-Taking>>, *Journal of Political Economy*; J. C. Harsanyi (1955): <<Cardinal Welfare, Individualistic Ethics, and Interpersonal Comparison of Utility>>, *Journal of Political Economy*; J. J. C. Smart (1961): <<Extreme and Restricted Utilitarianism>>, *Philosophical Quarterly*, vol. 6; J. J. Smart (1961): *An Outline of a System of Utilitarian Ethics*, The University Press, Cambridge; R. B. Brandt (1967): <<Some Merits of One Form of Rule-Utilitarianism>>, *University of Colorado Studies*, Boulder, Colorado, 1967.

<sup>78</sup> Un análisis de estos problemas puede verse en la obra de David Lyons (1965): *Forms and Limits of Utilitarianism* (The Clarendon Press, London). Véase también Sen, 1979:139-141; Van Parijs, 1991b:18-19 y 33-46. Sen, en su obra de 1992 señala (Sen, 1992:19, 69) como si utilizamos la métrica de la utilidad, las diferenciaciones como las de casta, pierden utilidad; cosa que no sucede aplicando la que él propone, la de las capacidades, que describiremos más adelante (apartado 6.6.)

diferentes ni conformar con ellas una misma utilidad total (Sen: 1979:139-140). No se puede precisar, en fin, cuáles son los bienes o utilidades a evaluar, ni si son todas las que deberían estar o están todas las que deberían de ser.

4. No se puede llegar a demostrar que las personas buscan el bienestar social de la colectividad ni siquiera es posible mantener que busquen tan racionalmente su propio bienestar individual, con lo que no se sustentaría una métrica basada en escalas de satisfacción subjetiva de bienestar social alcanzado (Van Parijs, 1991b:19 y32). Aquí resulta muy ilustrativa la diferenciación entre agencias y bienestar realizadas por Amartya Sen (1987:58-62).
5. No resulta clara la postura utilitarista con respecto a si se busca la maximización del total de felicidad o, alternativamente, la maximización de la media de felicidad (Sève, 1985:149-150, Nozick, 1974:35-42; Rawls, 1971: secc. 27 y 30).
6. Ciertos bienes se escapan a la métrica utilitarista, bien porque sean indivisibles (propiedad) o bien porque determinadas ganancias son reinvertidas en el proceso productivo de utilidades.

El utilitarismo ha servido de blanco preferente de las críticas de algunos de los teóricos más relevantes del igualitarismo contemporáneo y desde diferentes perspectivas, como desde el liberalismo de Rawls o Sen, desde el libertarismo de Nozick, o desde posiciones próximas al marxismo como Roemer o Van Parijs. Todo ello ha redundado en un manifiesto descrédito del carácter igualitarista de esta teoría y de su factibilidad operativa. Sin embargo el utilitarismo pervive claramente en el pensamiento académico contemporáneo y es manifiesto en los postulados de buena parte de los teóricos del mercado (Lepage, 1980:492), en muchos discurso políticos socialistas (Lukes, 1982:12-13) o en algunas formulaciones políticas y ecologistas.

### 3.6.3. El funcionalismo sociológico.

Si anteriormente he insistido en que el liberalismo supone una concepción cosmológica del mundo y de la organización social que inunda todos los aspectos de la vida y, por supuesto, de las ciencias, no hay campo más específico para su desarrollo teórico práctico que el de la sociología. Y, si en el ámbito estrictamente económico he ilustrado el perfil del igualitarismo utilitarista, en sociología no puede pasar por alto el concepto de igualdad tal como el *funcionalismo sociológico* la entendió.

Se trata de una corriente de pensamiento claramente enraizada en la tradición filosófica liberal, pero también muy asentada en los fundamentos sociológicos que le permiten constituirse en una Escuela crítica de las debilidades del liberalismo tradicional (Alexander, 1987: 22-35) hasta convertirse en una de las más importantes de la, aún breve, historia de la teoría sociológica. Aunque es habitual buscar sus fundamentos teóricos en Durkheim<sup>79</sup>, es en torno a los años treinta (Gouldner, 1970: 173-176; Cachón, 1989:25, Colomy, 1990: XIII), con los desarrollos de Schumpeter, Sorokin, y las contribuciones de destacados antropólogos como Lesser, Radcliffe-Brown o Malinowski, y, sobre todo, a partir de los trabajos de Talcott Parsons, cuando se configura una escuela de pensamiento que convulsionará toda la teoría social de las décadas posteriores. A partir de 1940 aparecen las más importantes y sistemáticas elaboraciones teóricas funcionalistas, de la mano de Parsons, Davis, Moore<sup>80</sup>. Desde la posguerra, la sociología

---

<sup>79</sup> Durkheim pasa por ser el primer y el más importante pilar sobre el que se erigirá el edificio funcionalista, si bien no es el único, pues Comte, Weber (autor sobre el que había hecho su tesis doctoral Parsons) o Tönnies, R. H. Tawney, Louis D. Brandeis, entre otros, pueden ser mencionados como fuentes primarias del funcionalismo (McRae, 1953-1954; Pease/Form/Rytina, 1970).

<sup>80</sup> En 1940 había aparecido el <<Analytical approach to the theory of social stratification>> de Parsons. En 1942 aparece <<A conceptual analysis of stratification>> de Kingsley Davis en la *American Sociological Review*, en el cual intenta redefinir y dar mayor consistencia a buena parte de los conceptos hasta entonces manejados por la literatura funcionalista (Davis, 1942: 309). En 1945 Davis y Moore publican <<Some principles of stratification>> que se convierte en la obra culminante de esta etapa. Algunos años después, en 1948, Davis publicará su *Human society*, en el que defiende y profundiza en lo ya enunciado en su obra de 1945, coescrita con Moore; trabajos, todos ellos, cruciales a la hora de entender la conceptualización funcionalista de la desigualdad social.



mundial, en general, y la americana, en particular, vivirán dominadas bajo la hegemonía funcionalista. Entre 1949 y 1966, siete comprometidos funcionalistas obtuvieron la presidencia de la ASS/ASA y, en torno a ellos, girarán los debates teóricos más importantes del momento, entre los que cabría subrayar, además de concernirnos muy directamente, los referidos a la *necesidad funcional de las desigualdades*; tema sobre el que tomarán partido Tumin, Davis, Moore, Barber, Huaco, Schwartz, Simpson, Backley y Wesoloswki, entre otros<sup>81</sup>.

Si bien no es fácil homogeneizar todas las posturas funcionalistas y aún sin llegar a los extremos de Laurin-Frenette (1976), podemos considerar una se-

---

<sup>81</sup> En los años sesenta aparecerá un importante volumen de análisis empíricos que intentarán someter a contraste las formulaciones teóricas de los años precedentes, dando lugar a una ingente aportación al análisis de las desigualdades sociales tal como se concebían ideológicamente por esta corriente de pensamiento: estudios de diferenciación social, estratificación y movilidad social. Los protagonistas principales serán Stinchcombe (1963) con su elaboración de las consecuencias empíricas extraíbles de las teorías de Davis y Moore; Blau, Duncan, Sewell y sus colaboradores (Blau y Duncan, 1967; Duncan, Featherman y Duncan, 1972; Sewell y Hauser, 1975), que llevan a cabo modelos *path* con un gran número de variables. Abrahamson (1973) derivando de su estudio empírico la validez de las conclusiones de Stinchcombe; Broom y Cushing (1977) sometiendo toda la teoría funcionalista a test empíricos sobre directivos de más de 700 grandes empresas y, finalmente, nombrar el modelo causal de Cullen y Novick (1979) sobre las rentas y el prestigio.

Tras cierto desencanto y agotamiento de tentativas heurísticas que no daban los resultados esperados, el funcionalismo entra en la década de los setenta en una crisis (Marsal, 1977:247; Bertaux, 1972:226-227), en parte, debido a cierta sensación de frustración e impotencia de que todo el aparato conceptual, normativo y metodológico no había conseguido evidencias de que el paradigma funcionalista caminase en la dirección correcta —por ejemplo, después de décadas de análisis de la movilidad social aplicando modelos de *path analysis*, ninguno de ellos ha conseguido superar un 50% de la varianza total explicada por el modelo—; en parte, también, por el vacío y callejón sin salida al que abocaban ciertos análisis funcionalistas —como el llevado a cabo por Smelser (1959) sobre la industria algodonera de Lancashire—; y, también en parte, por el arreciamiento de las críticas que desde reforzadas posiciones neoweberianas y neomarxistas se dirigían hacia esa escuela. Para distintas exposiciones de esta idea, véanse: Hamilton (1985), Dahrendorf, 1959 y 1961; Lockwood (1956 y 1964), Horton (1964 y 1965), y Friederichs (1970). Pero el funcionalismo no sólo ha logrado sobrevivir a esa crisis —como prueba el hecho de que Bernard Barber continuase publicando y despertando un fuerte interés a finales de los setenta, lo mismo que Merton o Gerstein—, sino que se ha reafirmado, reforzando sus postulados, ahora desde posiciones menos conservadoras, en lo que se ha convenido en llamar neofuncionalismo y con protagonistas como N. Luhmann, P. Colomy, J. C. Alexander, E. W. Lehman o S. N. Eisenstadt, entre otros (Para una visión de conjunto de la sociología funcionalista puede consultarse Colomy (1990)). También se ha producido una aproximación muy heterodoxa al funcionalismo desde algunas posiciones marxistas en las que se critica el determinismo materialista y se abandona el análisis institucional. Ejemplos de esta corriente serían Dick Atkinson (1971), Erich Fromm o buena parte de las concepciones etnometodológicas.

rie de principios troncales en la concepción de las desigualdades sociales que guían y unen a la teoría funcionalista; son los siguientes:

- 1) *El estudio de las desigualdades es un objetivo esencial de la teoría funcionalista.*
- 2) *Las desigualdades se conciben como una estructura universal de posiciones sociales diferenciadas*
- 3) *El análisis recae sobre una serie de variables fundamentales y en unos ámbitos institucionales que configuran el sistema de estratificación, pero las desigualdades derivan de las diferencias interpersonales naturales de talento, capacidad, etc.*
- 4) *Las desigualdades sociales no sólo son necesarias, sino también beneficiosas*

#### I. Objetivo teórico del análisis desigualitario funcionalista

Davis fue explícito al considerar que el objetivo de la teoría sociológica era el de explicar la existencia de <<un sistema de recompensas desiguales ligado a diferentes posiciones en una sociedad>> (Davis, 1959:82). El objeto de estudio desigualitario era *central* en el funcionalismo. Eso ha llevado a que Bendix y Lipset calificasen el desarrollo teórico funcionalista como <<un continuo debate sobre la igualdad>> (1972, I, 155).

El objetivo teórico es, en definitiva, el estudio de la sociedad; pero ésta se supone estructurada en una serie de instituciones-roles que configuran toda una serie de posiciones sociales diferenciadas. Es difícil separar el objeto central de estudio del funcionalismo del estudio y análisis de las desigualdades sociales. Ese indiferenciación da como resultado que algunos de los manuales y publicaciones paradigmáticas del funcionalismo tuviesen por título una equivalencia entre desigualdad social y estructura social (Tumin, 1963 y 1965; Moore, 1963a; Parsons, 1970; Schwartz, 1955; Okun, 1975; Barber, 1978; Hauser, 1978b; entre otros).

Nada es despreciable en la literatura funcionalista con respecto a la concepción de las desigualdades sociales. Una visión estática de la sociedad y de la organización social daría como resultado un énfasis en los aspectos estratificacionales, jerarquizables y desigualitarios de la diferenciación social. Una visión dinámica remite al *análisis funcional*, del que se extraen necesidades, recompensas y status diferenciados y desiguales. La teoría funcionalista intentará explicar el por qué de la existencia de esas posiciones diferenciadas y, por tanto, el por qué de la existencia de desigualdades. Se trata de una búsqueda constante de los resortes que estratifican a los individuos en una sociedad dada y la función que tiene cada una de las diferentes posiciones sociales, con sus recompensas y exigencias asociadas.

## II. Estructura social y desigualdad estructural.

La base del edificio teórico de la concepción (des)igualitarista del funcionalismo estriba en su particular concepción de la estructura social, que será resuelta en un marco teórico amplio, normativo y complejo<sup>82</sup>, sustentado en las definiciones de *rol* e *institución*, dando cuenta, con ello, del funcionamiento global de la sociedad y de las relaciones interindividuales. El sistema de estratificación social es la clave descriptiva de las desigualdades de una sociedad dada. Ejemplos que avalan esta afirmación pueden encontrarse en todas las grandes obras del funcionalismo y así en Sorokin (1956:11 y 15), Schumpeter (1965:174), Parsons (1940:364 y 1954:69), Davis (1959:82) o Barber (1964:17). De entre ellos, algunos se han aproximado más a la estructuración en la línea de la teoría de clases (Sorokin y Schumpeter), y otros, la línea más general del funcionalismo, se distancian claramente de ella.

El sistema social se estructura en *instituciones*, que se caracterizan por configurar unos *roles* predeterminados; cada *rol* tiene asociados unos niveles o

---

<sup>82</sup> Véanse, al respecto, las apreciaciones de Toharia (1978:111-115), Cachón Rodríguez (1989) o Almaraz (1981).

cotas de *status*, poder y riqueza, comparables a los que poseen los demás *roles*, lo que permitirá jerarquizarlos gradacionalmente en grupos o estratos y definiendo, así, un sistema social en base a un sistema de *estratificación* social. Tal sistema se concebirá metodológicamente alternativo al estudio de las clases sociales.

Esa *estratificación* es considerada una desigualdad social que, por otra parte, es entendida como necesaria y beneficiosa para el *correcto funcionamiento* de la sociedad. De esa forma, las desigualdades existen para que la sociedad funcione en sus óptimos, de forma que logre la maximización de los objetivos propuestos. En ese sentido el funcionalismo entronca directamente con el utilitarismo pero sin el atomismo de aquel, (Parsons, 1937:746), con ciertas limitaciones al fundamento de permanente elección racional individual que el utilitarismo precisaba (Gould, 1981:199-201)<sup>83</sup>.

El sistema de *estratificación* social es una concepción teórica de diferenciación de posiciones sociales, culturalmente definible e históricamente mutable, de forma que las *posiciones* se redefinen en cada momento y lugar de una forma determinada (dependiendo de las circunstancias y contingencias políticas, económicas, de *status*, etc.), pero siempre discernible, jerarquizable y analizable. La diferencia de *posiciones* sociales se produce por la existencia de *roles* diferenciados (comparativamente jerarquizables) y esos *roles* sólo son definibles en el marco de una determinada *institución social*. Será, por tanto, en cada una de las *instituciones sociales*, sobre las que podamos hablar de desigualdades, en concreto. Dentro de las misma institución las posiciones son perfectamente mensurables en términos de igualdad, pero no así entre posiciones de instituciones diferentes. Así habrá desigualdades en la empresa, la familia, la escuela o el

---

<sup>83</sup> En ese artículo, Mark Gould analiza las relaciones y divergencias entre Parsons y Marx. Básicamente Parsons consideraba a Marx como un utilitarista, fundamentando básicamente dicha inclusión en que Marx creía en el comportamiento racional de los actores (colectivos). Con respecto a la relación entre la tradición utilitaria y el funcionalismo de Parsons, puede consultarse el artículo de Leon Mayhey (1984)

grupo de amigos. Siempre que se define un *rol*, se definirá una *posición* que será evaluable jerárquicamente con respecto a las demás<sup>84</sup>.

Ésta es, precisamente, una de las cuestiones claves de la teoría sobre las desigualdades sociales y supone un interrogante recurrente de la literatura funcionalista: ¿Existe una estratificación que se manifiesta en diferentes campos, que adopta distintas formas o, por el contrario, existen estratificaciones diversas, aunque íntimamente relacionadas entre sí? Sorokin (1956:16), por ejemplo, como uno de los primeros en plantearse la cuestión, acepta prácticamente la segunda posición, *pluralista*, que entiende la existencia de desigualdades diferentes según el ámbito en el que se producen. No obstante, Sorokin emplea el término desigualdad en singular, lo que provoca una cierta ambigüedad en su teoría. La estratificación se manifestará principalmente en tres campos: el económico, el político y el ocupacional, muy íntimamente relacionados entre sí. La estratificación económica es la que viene dada por la riqueza/pobreza; la estratificación política da lugar a diferentes posiciones en la escala del poder y la estratificación ocupacional, inter e intra-ocupacional, se refiere a la diversidad ocupacional.

La estratificación social, como sistema de estructuración y jerarquización de las posiciones sociales en una sociedad dada, supone un sistema descriptivo de las desigualdades observadas en esa sociedad. Esas desigualdades son estructurales, inherentes al sistema y, en ese sentido, es posible hablar de desigualdad social (en singular) al referirnos a una sociedad dada. Ello implica que las desigualdades se conciban estructuralmente de lo que se derivan dos hechos fundamentales:

- a) las desigualdades radican en las posiciones sociales, en los roles y no en los individuos que los ocupan.

---

<sup>84</sup> La circularidad de las definiciones es intensa, quizá tanto como la propia realidad que intenta describir: Las instituciones sociales se definen a partir de la existencia de roles predeterminados y éstos, a su vez, por la existencia de instituciones sociales. Por su parte los roles <<son las maneras en los que los individuos se comportan de acuerdo a los requerimientos de cada posición>> (Davis, 1942:311).

- b) La desigualdad está inserta en el sistema social; cada sistema social tiene una estructura desigualitaria particular y es conceptualmente posible comparar dos sistemas sociales en base a sus desigualdades observables.

### III. Justificación y necesidad

La sociedad, para desarrollarse y existir a un nivel de desarrollo determinado, precisa del *desempeño* de una serie de funciones. Esas funciones están predefinidas como roles sociales y, según las capacidades y talentos requeridos, son localizados en una posición determinada del sistema de estratificación social. Para conseguir cubrir esas posiciones por las personas más capaces, cada sociedad establece mecanismos propios de *premio-recompensa*. Los individuos compiten a lo largo de sus vidas por las mejores posiciones posibles que puedan alcanzar, pero dada la limitación de las mismas, la necesidad de las desigualdades resultantes está servida: existen desigualdades porque existen posiciones, roles, diferenciados, asociados a cada una de las instituciones que componen el sistema social, cuantitativamente limitadas, escasas.

La existencia de tales roles es en sí necesaria. <<Los carpinteros necesitan a los reyes y los reyes a los carpinteros>> (Barber, 1957:12) pero el status inherente a ellos es desigualitariamente diferencial. Esas desigualdades son, además, necesarias y *beneficiosas* para el buen funcionamiento del sistema social (Barber, 1957:17).

La existencia de esas posiciones estructuradoras de desigualdades se considera funcionalmente necesaria: *justificación funcional de la estratificación social*. Todas las *funciones* existentes corresponden a *necesidades* sociales y son, por tanto, *necesarias* (Schumpeter, 1965:195), enunciación clásica de "postulado de indispensabilidad" (Merton, 1970:42), tal como en esa misma época

lo hiciera el primer formalizador del funcionalismo, B. Malinowski<sup>85</sup>. En ese marco es coherente que el fenómeno de las desigualdades sociales se vea, antes de nada, como <<adaptaciones a las necesidades existentes, captadas por el observador [...] como tales>> (Schumpeter, 1965:145). El postulado funcional básico es el de la <<necesidad universal que origina la estratificación de cualquier sistema social>> (Davis/Moore, 1945:145).

Para Sorokin, la organización social *exige*<sup>86</sup> una estratificación de posiciones sociales (Sorokin, 1956:23 y 354)<sup>87</sup> en una multiplicidad de ámbitos. Parsons legitima ampliamente las desigualdades y así, siempre y cuando éstas estén <<conseguidas en base a una igualdad de oportunidades y las recompensas de los diferentes status y logros estarían justificadas en términos de contribución formal al desarrollo y bienestar de la sociedad>> (Parsons, 1970:341)

<<La combinación de un sistema industrial ocupacionalmente diferenciado y un sistema familiar socialmente solidario tiene que ser un sistema de estratificación en el que los tipos de los que están situados más arriba lleguen a tener ventajas diferenciales, en virtud de su status familiar adscrito, no compartido por los que se encuentran más abajo>> (Parsons, 1967b:364).

La formulación más explícita e influyente de justificación funcional de las desigualdades había aparecido en el artículo de 1945 de Davis y Moore <<*Some principles of stratification*>>. En 1953 aparece una crítica de Melvin M. Tumin (1953a) a ese artículo, con lo que comienza una activa polémica que

---

<sup>85</sup> Malinowski había publicado su artículo "Antropology" en la *Enciclopedia británica* en 1926, ese mismo año aparece su *Crime and custom in savage society*, un año después se publica *Sex and repression in savage society*. La publicación de estas obras de Malinowski son coetáneas de este primer trabajo de Schumpeter, recordemos que este último publicó originariamente su "Die sozialen Klassen in ethnisch homogenen Milieu" en 1927. Aquí se cita siempre la versión castellana de esta obra hecha por Vicente Girbau (véase bibliografía) desde la edición inglesa de *Imperialism and social classes*.

<sup>86</sup> Para Sorokin cualquier grupo social está estratificado (Sorokin, 1956: 18 y 353) porque la estratificación es inevitable y permanente en toda organización social (*Ibid.*, 23 y 354). <<La base de su existencia es una distribución desigual de los derechos y privilegios, los deberes y las responsabilidades, los valores sociales y las privaciones, el poder y la influencia, entre los miembros de una sociedad>> (*Ibid.*, p. 15).

<sup>87</sup> <<Estratificación social significa la diferenciación de una determinada población en clases jerárquicas superpuestas>> (Sorokin, 1956:15).

tendrá su respuesta y contrarrespuesta<sup>88</sup>, sobre la que irán tomando posiciones otros autores, incorporando nuevos elementos de debate. Tumin (1955) vuelve a criticar a Davis y Moore en 1955 proponiendo una alternativa al sistema de recompensas desiguales defendido por aquellos. Ese mismo año Schwartz (1955) propone la consideración de la desigualdad como una consecuencia social en lugar de un prerrequisito funcional, alejándose de la postura que atribuía un papel necesario a la desigualdad. En una línea paralela se encuadra la obra de Simpson (1956) planteando el abandono del concepto de *necesidad funcional* en favor del análisis de la oferta y de la demanda. Bernard Barber interviene en la polémica con su obra *Social stratification. An analysis of structure and process* (Barber, 1957) aliándose con las posturas de Parsons/Davis/Moore. La polémica se recrudece a partir de la crítica que Buckley (1958) realiza de Davis, Moore y Barber, aceptando las críticas de Tumin. Esto dio lugar a contrarréplicas (Davis, 1959) y a la síntesis de Wrong (1959) señalando las deficiencias de ambas posturas<sup>89</sup>.

Es importante resaltar el papel integrador que los funcionalistas atribuyen al sistema de estratificación social. Véase la interpretación de Barber al respecto:

<<Contrariamente a la primera impresión, aunque acentúa diferencias entre la gente, una función esencial del sistema de estratificación

---

<sup>88</sup> La réplica de Davis (1953) está recogida en la obra de Bendix y Lipset, (1953:187-196). En esa misma obra se encuentra recogida la contestación de Tumin (1953b).

<sup>89</sup> En los primeros años sesenta, Tumin recobra el protagonismo (Tumin, 1963 y Tumin y Felman, 1961) junto con las críticas de Moore (1963a) y su posterior postura conciliadora (Moore, 1963b), los comentarios de Buckley (1963) y Huaco (1963) sobre esta polémica y, finalmente, la aportación de Wesolowski sobre la importancia del mecanismo de la motivación (Wesolowski, 1962). La culminación de esta etapa de reflexión, polémica y replanteamientos teóricos puede representarse por la aparición en 1965 del manual de Tumin *Social stratification: the forms and function of inequality*. Su publicación viene a suponer una alternativa al manual de Barber, antes citado, dentro del campo funcionalista. Y si la obra de Barber puede considerarse una presentación adecuada a los planteamientos de la teoría en la primera etapa de la controversia, el breve manual de Tumin representa *la otra* visión funcionalista que había ido aflorando desde 1953. Cuando Huaco publica en 1966 su <<*The functional theory of stratification: two decades of controversy*>>, ésta puede considerarse cerrada, pero no resulta, a nivel teórico. Desde 1963, aparte del libro de Tumin no ha habido aportaciones significativas en este terreno. Pero la polémica sigue estando presente. En Pease/Form/Rytina (1970) pueden verse otras intervenciones anteriores y posteriores al libro de Tumin.



en una sociedad es la función *integradora*. Es decir, que en la medida en que el sistema de estratificación es expresión o resultado de juicios diferenciales de jerarquía según una tabla de valores, sirve para unificar la sociedad. Los hombres tienen una sensación de que se ha hecho justicia y se ha recompensado la virtud cuando creen que han sido justamente valorados como superiores o inferiores por las normas valorativas de su propia comunidad moral. [...] El sistema de estratificación social también puede tener una función *instrumental o adaptativa* en la medida en que suministra, en su estructura de jerarquías diferenciales, un conjunto de servicios y recompensas relativos para que se realicen las actividades valoradas en la sociedad, y un conjunto de privaciones y castigos relativos por no haber hecho esas cosas o no haberlas hecho bien>>(Barber, 1964:17).

#### IV. La naturaleza de las desigualdades.

Las desigualdades son mensurables en cada una de las instituciones, a su vez, las instituciones pueden ser jerarquizadas en importancia, de forma que todas las posiciones sociales que existen en una sociedad determinada son jerarquizables, pudiendo caracterizarse un sistema de estratificación particular, global, que permite una análisis singular de estudio de la desigualdad social. Metodológicamente se agruparán las *posiciones* próximas entre sí en un mismo *estrato*, que se define como una categoría descriptiva y operativa, claramente diferenciable de las clases que definirán marxistas y weberianos, criticando a éstas por su carácter monista economicista.

El *equalisandum* que posibilita el análisis, el estudio, la jerarquización y, en definitiva, las diferentes posiciones sociales, es de muy diverso tipo, pero las variables más recurrentes en la literatura funcionalista son las de riqueza, poder y prestigio.

Para Sorokin, las desigualdades sociales se conciben como diferencias estructurales necesarias para el funcionamiento de la sociedad, operacionalizadas en el análisis concreto en posiciones sociales diferenciadas, sobre las que es posible medir tres aspectos configuradores:

- a) su altura (posiciones socialmente relevantes existentes),
- b) gradación (distancia entre las diferentes posiciones)

- c) perfil (proporción de miembros en cada posición), consustanciales a la sociedad.

Como en la última etapa del pensamiento de Sorokin, Schumpeter centra el estudio de las desigualdades en la configuración de un sistema de clases sociales. Significatividad de la función social de la clase, grado de realización satisfactoria de esa función y cota de poder de la posición, son los factores para determinar la posición relativa de una clase (Schumpeter, 1965:195-196). La clase tiene siempre una misma función social, pero cambian constantemente los miembros que la componen. De ahí la célebre frase de Schumpeter de que <<cada clase se asemeja a un hotel o a un ómnibus, siempre lleno, pero con gente diferente>> (Schumpeter, 1965:163). De esta manera su concepción necesariamente desigualitaria de la sociedad no condiciona ni determina a los miembros a una posición concreta, sino que la movilidad es, lenta, atenuada por los procesos de patrimonialización, pero constante e intensa, sin que parezca especialmente difícil el ascenso o descenso social. El por qué de la existencia de clases sociales como posiciones sociales diferenciadas, clave de análisis de las desigualdades, radica en las aptitudes individuales: <<El fundamento último sobre el que se apoya el fenómeno de las clases sociales es la diferencia en la aptitud de los individuos. No se trata de diferencias en sentido absoluto, sino de diferencias de aptitud respecto a aquellas funciones que el medio hace "socialmente necesarias" [...] en un determinado momento del tiempo histórico [...]. Además las diferencias no se refieren al individuo aislado, sino al clan o a la familia>> (Ibid., p. 198). La *aptitud familiar*, <<los diferentes grados en que las familias están calificadas para resolver los problemas con los que su medio social las confronta>> (Ibid., p. 197), he ahí el fundamento de las diferencias de clase. La aptitud de la familia unida al sistema de estratificación, para enfrentarse con las funciones que le son encomendadas es la razón última de su clasificación en el *ranking* social.

El resultado del desarrollo teórico de Schumpeter pone de manifiesto su concepción desigualitaria de la sociedad y del carácter *natural* de esa desigualdad (Passeron, 1972:18-19). Para Schumpeter, la posición social depende de la naturaleza humana: de lo que el individuo *naturalmente* es (Cachón, 1989:42-43). La *igualdad natural* se asienta sobre la existencia de *desigualdades también naturales*. El mercado capitalista parte de que todos los hombre son iguales, pero la existencia real de desigualdades provoca diferencias jerárquicas, desigualdades, empíricamente observables.

La clave de la diferenciación social está asociada a la existencia de roles diferenciados. Los roles se hallan diferenciados por los actores en función de una serie de variables (*pattern variables*). Según Parsons, una sociedad tiene que resolver cuatro problemas fundamentales si quiere funcionar normalmente<sup>90</sup>:

- La adaptación.
- La consecución de los fines colectivos (good attainment) de la sociedad.
- La integración
- El mantenimiento de las pautas culturales (pattern maintenance).

Existen dos vías generales para alcanzar una posición (Davis, 1942:316): la adscripción que refiere la asociación de un status de forma externa e incontrolable por el individuo, como la edad, la raza y el sexo; por otro lado, la adquisición, , asociado en virtud de la acción y comportamiento del individuo<sup>91</sup>

El orden de prioridad entre unos imperativos funcionales y otros, existentes en una determinada sociedad, es el que explica por qué unos individuos ocu-

---

<sup>90</sup> En *Working Papers in the Theory of Action* se presentan las cuatro fases en que se concretan las relaciones posibles de un sistema con su situación a partir de la selección de cuatro de las cinco variables-pautas expuestas en *The social system*. Estas cuatro dimensiones de un espacio tetradimensional son: <<A>>: adaptación; <<G>>: gratificación de la meta; <<I>>: integración y <<L>>: latencia (Parsons/Bales/Shils, 1970:81, 85 y 172-175).

<sup>91</sup> Davis atribuye esa categorización a Linton, *Study of Man*, New York, 1936, p. 115.

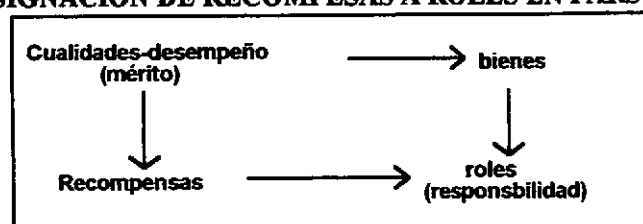
pan una posición social superior y otros una inferior dentro del sistema de estratificación. Este orden de prioridad es el que sirve para evaluar la aportación de cada individuo hacia el conjunto de la sociedad. De cada individuo hay que tener en cuenta: sus cualidades personales, la actividad y sus posesiones (bienes y recompensas). La asignación de personas entre los diferentes roles tendrá en cuenta: 1) los procesos *adscriptivos*; 2) los *designativos* y 3) los *selectivos*.

Para la integración y estabilidad del sistema social los *recursos* deben corresponder a la escala jerarquizada de los *roles* y, por su parte, las *recompensas* deben ser proporcionales al *mérito*, a las cualidades-desempeños. <<Hay una relación esencialmente paralela entre la integración de la posesión de los objetos de recompensas y el ordenamiento jerárquico de las unidades por evaluación directa [...]. El principio que opera aquí es muy simple: la recompensa es proporcional al <<mérito>>, interpretado en el amplio sentido que incluye la recompensa de las cualidades deseables como también de los desempeños>> (Parsons, 1967b:340).

En Parsons se descubren así dos funciones lineales. Una que asocia las recompensas, y sobre todo el prestigio, a las cualidades del actor y, otra que asocia los bienes a determinados roles. Esto había quedado establecido en *The social system* (Parsons, 1951:156)

El circuito completo podría así representarse del siguiente modo<sup>92</sup>:

Cuadro 18  
ASIGNACIÓN DE RECOMPENSAS A ROLES EN PARSONS



<sup>92</sup> Y así aparece en la obra de Cachón Rodríguez, (1989:71).

## V. *Un espacio para el igualitarismo.*

Las posiciones se diferencian entre ellas por su importancia y su escasez. Es realmente en el nivel de las posiciones (de los roles) y no en el de las personas, en donde se producen desigualdades. Tiene que haber, necesariamente, desigualdades, pues son ellas las que configuran la estructura social; lo que no queda predeterminado es el grado e intensidad de las mismas y ahí encontrará el funcionalismo la aplicación-justificación empírica de su teorización: reducir las desigualdades sociales al óptimo posible.

Barber (1957, 1974, 1978) argumenta que las sociedades modernas están estructuradas por una tensión entre conseguir un buen funcionamiento de la sociedad y la igualdad. El primero produce inevitablemente desigualdades en la estructura ocupacional y en el prestigio asociado a cada posición mientras que los sentimientos igualitaristas son intermitentemente invocados para redistribuir las diferencias retributivas y de recompensas sociales.

<<Contrariamente a la primera impresión, aunque acentúa diferencias entre la gente, una función esencial del sistema de estratificación en una sociedad es la función *integradora*. Es decir, que en la medida en que el sistema de estratificación es expresión o resultado de juicios diferenciales de jerarquía según una tabla de valores, sirve para unificar la sociedad. Los hombres tienen una sensación de que se ha hecho justicia y se ha recompensado la virtud cuando creen que han sido justamente valorados como superiores o inferiores por las normas valorativas de su propia comunidad moral>> (Barber, 1957:17)

Si existe un mecanismo, como es el *mercado libre competitivo*, que tiene por finalidad adecuar diferentes jerarquías sociales y distribuir el prestigio y los recursos según el mérito y el rol de cada actor, ¿cómo explicarse la existencia de discrepancias entre el orden *ideal*, definido por los valores, y el orden *real*, tal como es observable empíricamente? Para Parsons, cuando esto ocurre, si el orden *ideal* se explica por la jerarquización en términos de valor, "el estado

de cosas de hecho" hay que explicárselo <<en términos de "poder">> (Parsons, 1967b:337)<sup>93</sup>.

La concepción igualitarista del funcionalismo tiene una serie de componentes políticos tildados de conservadores. Básicamente esa afirmación, siguiendo a Colomy (1990:38), se apoya en los siguientes aspectos:

- a) Una parte de la carga teórica de la concepción desigualitarista de la estructura social sirve de justificación ideológica para que mantengan su status aquellos que ya tienen poder, prestigio y dinero (Buckley, 1958)
- b) Los funcionalistas parecen concluir la inevitabilidad de la estratificación social en el hecho de que siempre haya existido en el pasado (Tumin, 1953a); con lo cual, no sólo lo consideran necesario, sino inamovible, dejando fuera de discusión la posibilidad de cambio social y, mucho menos, de revoluciones o cambios estructurales.
- c) La noción de posiciones diferenciadas en importancia en la estructura social es arbitraria y deja entrever prejuicios valorativos al respecto (Huaco, 1963; Tumin, 1953b); al igual que la preconcepción de los sistemas de recompensas (Wesolowski, 1962), propios de una previa noción valorativa de los equalisandums y de las métricas valorativas de lo igual.

---

<sup>93</sup> El poder es definido por Parsons como "la capacidad real de una unidad del sistema para efectuar sus <<intereses>> [...] dentro del contexto de la acción recíproca entre sistemas y, en este sentido, para ejercer influencias sobre los procesos que se dan en el sistema" (Parsons, 1967d:337). En esta aparición en escena del poder hay al menos tres contradicciones entre sí: 1) El poder era inicialmente, un elemento espúreo; 2) Posteriormente, el poder es considerado como un factor resultante; 3) Además, el poder es concebido como objeto de recompensa y, por tanto, de evaluación, jerarquización y distribución, que tendría su más alta formalización en la asignación de roles específicamente políticos como roles ocupacionales. Ante estas aparentes contradicciones, el autor centra el análisis de la estratificación en el análisis de las pautas de valor vigentes (Parsons, 1967b:339). <<En el terreno de la estratificación, el jinete que impone su ley dentro del cerco es, *a priori*, "el valor", fuera de él, Parsons reconoce que manda "el poder". Pero "La Gran Teoría" no se ocupa de éste>> (Cachón, 1989:77).

- d) La asunción de que hay un número escaso de personas capaces o preparadas para el correcto desempeño de las posiciones más privilegiadas ha sido correctamente cuestionada (Collins, 1971, 1979).
- e) La teoría funcionalista nunca prestó atención a las disfunciones de la desigualdad, a la marginación, la exclusión, la discriminación, etc.

#### 3.6.4. Liberal-igualitaristas.

A partir de los años setenta aparece una corriente doctrinal, que aunque continúa poniendo el acento en las libertades individuales, se convierte en una corriente *crítica* del liberalismo dentro del liberalismo. Se trata de un grupo de pensadores que acercan el pensamiento liberal al socialista, incidiendo en la defensa de los valores igualitarista, frente al excesivo énfasis en los valores individualistas (Dworkin, 1990: 40; Perona, 1995:37; Rawls, 1971:149-150)<sup>94</sup>.

Los liberal-igualitaristas *asumen los principios generales de la sociedad liberal* y consideran que la libertad personal es un principio básico incuestionable. Pero, dicha asunción, se complementa con la creencia de que los seres humanos conviven en sociedad, lo que conlleva una ética solidaria que conduce a políticas igualitaristas. De hecho, consideran que para que se dé una verdadera igualdad de condición es requisito indispensable la existencia de una verdadera igualdad de oportunidades y, eso es, precisamente, lo que los diferenciará, tanto del liberalismo clásico –que se limitará a una simple enunciación formal–, como de las corrientes más a la izquierda –que abogarán por una igualdad de resultados– (Camps, 1994: 17).

La libertad debe erigirse sobre la asunción previa y constatable de la existencia de una enorme diversidad de características e identidades humanas

---

<sup>94</sup> Ronald Dworkin atribuye otros defectos al liberalismo convencional, como la poca atención prestada al principio de la justicia a los valores de la moral tradicional (Dworkin, 1990: 40).

diferenciables, que darán lugar a expectativas personales particulares, que socialmente habrá que hacer compatibles en un marco político abierto y plural (Rawls, 1993: 14). La sociedad debe integrar y asumir colectivamente esa pluralidad de identidades y de diferencias personales, generando una política, *una justicia*, adaptada a las mismas. El interés por la igualdad proviene, pues, de un primigenio interés por la *Justicia Política*. Interesa la igualdad porque sin ella no hay justicia y, para que haya justicia, hay que respetar tanto la libertad como la “verdadera igualdad de oportunidades”. La justicia requiere una concepción político-moral y encuentra su sustento en la idea de igualdad; una situación social justa es una situación social igualitaria. Su igualitarismo deriva de su concepción de *La Justicia*, que deberá tratar desigualmente los casos desiguales, para obtener unas oportunidades más igualitarias.

Quizá la figura más emblemática de esta corriente doctrinal sea la de John Rawls, quien a partir de la publicación de su *A Theory of Justice* (1971), revitaliza el panorama académico-intelectual que rodeaba el análisis de las desigualdades, generando unos nuevos ejes de controversia del que se harán eco, muy pronto, todos los analistas contemporáneos (Laslett/Fishkin, 1979). Él mismo sintetiza que las propuestas liberal-igualitaristas se centran en a) universalizar las libertades políticas; b) generalizar la libertad de oportunidades –de forma real y no sólo puramente formal– y, c) aplicar políticas correctoras para los más desaventajados socialmente (Rawls, 1993: 36).

Rawls hizo girar su propuesta doctrinal en torno a dos principios básicos, el primero de ellos, *proposito inicial* de su teoría (Rawls, 1993: 329), hace referencia a la “equidad de las libertades”<sup>95</sup> –a la universalización de la igualdad

---

<sup>95</sup> Este principio fue expuesto en diferentes momentos, y dicha evolución y las razones de los cambios pueden consultarse en (Rawls, 1993: 368-372). En sus “Conferencias Tanner”, en 1981, lo expuso como sigue: <<Toda persona tienen el mismo derecho a un esquema plenamente válido de iguales libertades básicas que sea compatible con un esquema similar de libertades para todos>> (Rawls, 1981:13). El principio, tal como aparece enunciado, encierra y asocia una serie de nociones fundamentales: a) La creencia moral de la equidad (*fairness*) o capacidad de desarrollar las mismas libertades personales públicas para todos los individuos (que puede leerse como *igualdad de trato*). Esa idea conlleva la formulación de una concepción de la justicia como *reciprocidad*, lo que



de trato y de condición— y, el segundo, conocido como principio de la diferencia, hace referencia al reconocimiento de la existencia de las desigualdades y a la corrección de las mismas, enunciado del siguiente modo:

<<Las desigualdades sociales y económicas deben satisfacer dos condiciones. En primer lugar, deben estar asociadas a cargos o posiciones abiertos a todos en igualdad de oportunidades; en segundo lugar, deben suponer el mayor beneficio para los miembros menos aventajados de la sociedad>> (Rawls, 1981:13, 1993:328).

Desde su primera formulación, este principio ha experimentado diversas modificaciones. En la primera aparición de <<Justice as Fairness>>, en 1958, aparece enunciado así <<Las desigualdades son arbitrarias a menos que sea razonable esperar que ellas obrarán en ventaja de todos>>. En <<Distributive Justice>>, aparecido originariamente en 1967, se enuncia como: <<las desigualdades, tal como están definidas por la estructura institucional o alentada por ella, son arbitrarias a menos que sea razonable esperar que ellas obraran en ventaja de todos. En su *Theory of Justice*, de 1971, aparece como: <<Las desigualdades sociales y económicas deben ser dispuestas de modo que sean... para el mayor beneficio de los menos aventajados>>. Si el segundo enunciado circunscribe las desigualdades a la estructura institucional, en el tercero, la novedad es que el beneficio no redundará en beneficio de todos, sino de los más desaventajados.

De la enunciación de este segundo principio se deriva: a) el reconocimiento explícito de la existencia justa de desigualdades asociadas a cargos o posiciones, siempre y cuando cumplan los dos aspectos que a continuación se señalan; b) que las oportunidades deben igualarse equitativamente, al igual que

---

le confiere una clara proximidad al contractualismo; b) La creencia de que cada persona es responsable de todo aquello sobre lo que tiene competencia; c) Existe un esquema de valores sobre lo que es justo, socialmente consensuable en la equidad, diferente de los esquemas estrictamente morales sobre “lo que es bueno”, que varían con mucha mayor intensidad y no guardan relación con la igualdad/desigualdad (Rawls, 1988a). La existencia de ese común acuerdo sobre lo que es justo o injusto es un prerrequisito para que una comunidad humana sea viable<sup>95</sup> (Rawls, 1971: 22); d) Las variables básicas se especifican en la siguiente lista: <<libertad de pensamiento y de conciencia; libertad política y de asociación, junto con las libertades que especifican la libertad y la integridad de la persona; por último, los derechos y libertades garantizados por el Derecho>> (Rawls, 1981, 13).

se hacía con las libertades; c) se reconoce implícitamente que la igualación equitativa de oportunidades es una falacia que no se observa más allá de los aspectos formales en los que se formula, pero que, en realidad, no se cumple o no se obtienen los resultados esperados y por ello se precisa un principio corrector en beneficio de los miembros menos aventajados; d) Se formula expresamente que el reparto de cargos y posiciones debe favorecer abiertamente a los más desaventajados.

La aceptación general, por parte de los liberalistas solidarios, de que no hay verdadera igualdad de oportunidades si no se igualan determinadas variables evaluativas de partida<sup>96</sup>, centra el problema en cuáles deberán de ser esas variables. Rawls considera que son los *bienes primarios*, y enumerará cada uno de ellos, agrupándolos en cinco grupos: a) libertades básicas; b) libertad de movimiento y elección; c) Disfrute de prerrogativas asociadas a cargos y posiciones; d) Ingresos y riqueza y e) autorrespeto. Pero tales bienes elementales parecen exigir una desigualdad estructural que ha sido fuertemente contestada por otros teóricos liberal igualitaristas y, en concreto por Ronald Dworkin. Para este último la variable evaluativa debe centrarse en los *recursos* o, más en concreto, en igualar el coste de la obtención de los recursos<sup>97</sup> (Dworkin, 1990: 187-188). Amartya Sen se sitúa en una línea próxima a Dworkin al hacer recaer el peso en el coste de las adquisiciones de bienes y posiciones, que él llamará capacidades,

---

<sup>96</sup> La aplicación de este principio se justifica por el hecho de que los miembros más aventajados socialmente gozan permanentemente de mayores oportunidades para obtener más beneficios. En ese caso no está funcionando el “verdadero principio de igualdad de oportunidades”, ya que, los individuos que tienen un origen social más desfavorable, tienen menos oportunidades de llegar a la misma posición de los que parten desde posiciones más aventajadas. La igualdad de oportunidades exige diferenciar entre aquellos aspectos condicionantes de la elección individual que son de responsabilidad social de los que no lo son (Rawls, 1971: 102)

<sup>97</sup> En las últimas obras de Dworkin (1990) aparece una clara ejemplificación de su concepción igualitarista. Utiliza para ello lo que llama “modelo de una subasta ideal”, a la que todos acceden en plan de igualdad con la misma capacidad adquisitiva. La igualdad ideal se alcanza cuando de la distribución resultante se satisface la “prueba de la envidia”: nadie estaría dispuesto a cambiar su lote por el de otros. La igualdad liberal dworkiniana considera iguales a personas con recursos iguales aunque tengan bienestar desigual; considera justo igualar los recursos y es éticamente neutra en cuanto a los comportamientos personales.

pero reconvirtiendo el valor de ese coste en una medida subjetiva, que viene definida por el significado que cada recurso o bien —cada *logro*— tiene para cada individuo (Sen, 1979: 152-153; 1992: 39 y 45-47). Arneson (1993) intenta una definición de variable evaluativa genérica que llamará oportunidades, en base a una métrica que incida en las diferentes probabilidades de paso de cada identidad. Rex Martin propone que la distribución resultante de bienes económicos primarios sea eficiente en el sentido paretiano, pero que, al mismo tiempo, la desigualdad entre los más favorecidos y los menos desfavorecidos sea minimizada (Martin, 1985:97). En fin, múltiples tentativas de intentar resolver una métrica que evalúe la proximidad de una verdadera situación de igualdad de oportunidades.

El sistema de organización social derivado de todo ello no exige la supresión de las desigualdades resultantes, pero si aparece cuestionada su necesidad, como postulaba el funcionalismo sociológico (Van Parijs, 1991b:59-75). Que exista igualdad de oportunidades no implica que deba existir igualdad de resultados, sino que las desigualdades no pueden, en ningún caso, condicionarse a un origen social determinado.

<<Nadie ha hecho méritos para alcanzar su mayor capacidad natural ni merece una posición de comienzo más favorable en la sociedad. Pero de aquí no se deduce que habría que eliminar estas distinciones. Hay otro modo de tratarlas. Se puede disponer la estructura básica de forma que estas contingencias redunden en beneficio de los menos afortunados. Por tanto, nos vemos conducidos al principio de la diferencia si deseamos establecer un sistema social de forma que nadie gane o pierda por su lugar arbitrario en la distribución de las capacidades naturales o por la su posición inicial en la sociedad sin dar o recibir a la vez ventajas compensadoras>> (Rawls, 1971: 102).

Aparentemente, podría deducirse que esa *igualación real* conlleva, en sí, una igualación de los resultados, ya que si se observan desigualdades en algún grupo o ámbito, habrá que actuar para corregirlas. La igualación deberá producirse en las oportunidades, pero la métrica que indicará la existencia de una verdadera igualdad de oportunidades tendrá su reflejo en los resultados y, además, en resultados de índole material (Schaefer, 1979; Farrell, 1939:39 y ss.). El acento

normativo del principio de la libertad se conjuga así con lo que, según Rawls, acaba por dotarla de su “valor” (*worth*) real y efectivo: la posibilidad de gozar de un determinado nivel de recursos para permitir la libre realización de sus planes de vida. Pero sólo aquellos resultados desigualitarios que son causa o responsabilidad del sistema de organización social serán los que deban ser corregidos. Por ello, convendrán (Dworkin, 1990: 186; Rawls, 1971: 100 y 1993: 185) en que los gustos caros son responsabilidad individual, y no social, y no deberá producirse compensación por su defecto, como propondrá Roemer (1986b y 1993: 156).

### 3.7. LA ALTERNATIVA Y CRÍTICA SOCIALISTA

Frente a las nociones liberalistas de la desigualdad, caracterizadas por una clara concepción de la igualdad máxima permisible, acotada entre los infranqueables límites de la libertad personal, toda una serie de pensadores se revelaron contra el *status quo* imperante y contra las bases socioculturales que sancionaban tal sistema de organización social. Entre muchas otras concepciones revolucionarias, la denominada socialista, ha ejercido la más notable influencia en nuestra historia y continúa siendo uno de los referentes obligados más importante, junto a la *liberal*, la *conservadora* y la *libertaria*, en nuestros días.

Como postura política y doctrinal alternativa a la concepción centrada en la igualdad de oportunidades que postulaban las corrientes liberalistas, surge una corriente de pensamiento que pondrá el acento en la igualdad de resultados observados en la realidad; o, con mayor concreción, en la crítica de la desigualdad resultante de la supuesta y simple igualdad de oportunidades<sup>98</sup>. Las críticas

---

<sup>98</sup> La visión liberal suponía que si había igualdad en el punto de partida, se aceptaban las desigualdades que el sistema social generaba, ya que era necesario y/o conveniente para el buen funcionamiento de la sociedad. El resultado es una sociedad necesariamente desigualitaria y, aunque se pretendan corregir desequilibrios, discapacidades, o, en definitiva, desigualdades (tanto de partida como de resultados), las desigualdades son conside-

se dirigirán contra el sistema social vigente, caracterizado por el libre mercado, que será visto como causante de las principales desigualdades<sup>99</sup>. No serán, por tanto, opuestos a la igualdad de oportunidades, sino más bien, al sistema social que precisa de las desigualdades para su normal funcionamiento, si bien, es frecuente ver desconfianza en aquella, apoyándose en la sospecha de que nunca es posible igualar todos los factores y condicionantes que intervienen diferencialmente entre la multidiversidad interindividual de una sociedad dada. Se considera, en fin, que el principio de la igualdad de oportunidades no hace más que recrear una desigualdad de nuevo en cada generación, convirtiéndose por tanto en una fuerza conservadora dentro de la sociedad.

Manifiesta en la tentativas de determinados pensadores tildados de utópicos, como Fourier, Owen o Proudhon, que irían más allá de las formulaciones socialmente críticas de Locke o Rousseau, será con Karl Marx cuando se construya un edificio filosófico y sociológico, con identidad propia, en clara oposición no sólo a las posturas conservadoras, sino también a las liberales y libertarias. La explicación del devenir histórico-social propuesta por Marx, en torno al materialismo dialéctico, otorga un peso específico y considerable a las condiciones materiales de la existencia humana y, por ello, el discurso igualitarista derivado de su concepción se centrará especialmente en el *bienestar social*.

La industrialización decimonónica había causado unas deplorables condiciones humanas en la clase trabajadora, lo que supuso que se levantasen voces reivindicativas que pretendían remediar esa situación. De entre ellas, serán principalmente los marxistas los que hagan la aportación teórica más sólida a la teoría de las desigualdades. Su perspectiva, presentaba al hombre como sujeto y objeto de la historia, en sintonía con toda una emergente tradición que arrancaba

---

radas como un mal necesario e, incluso, beneficioso, para el correcto funcionamiento de la sociedad.

<sup>99</sup> Y los tiros se dirigirán con especial virulencia hacia la propiedad, como sostén principal de las desigualdades de nuestra sociedad y por ser el origen de todos los males y de todas las desigualdades, habrá que comenzar por suprimirla y distribuirla de otra forma>> (Camps, 1994:23).

en la ilustración, y que dejaba así de lado las corrientes de los utópicos, como Proudhon, que mantenían sus cimientos en cierto teologismo sobre el origen y fundamento divino del hombre y, en definitiva, la naturaleza humana.

Las corrientes de pensamiento materialistas, abandonan el *iusnaturalismo* precedente<sup>100</sup> y consideran la igualdad como “un bien digno de perseguirse”, no porque los hombres nacen o son por naturaleza iguales, sino por el juicio de valor “la desigualdad es un mal”, dando por supuesto que se trata de la desigualdad observable en la historia concreta de los hombres, que es la historia de la sociedad dividida en clases antagónicas y por tanto profundamente desiguales. (Bobbio, 1977:87-88; Sacristán, 1978:19; Cohen, 1978: 34 y 60).

Con diversos gradientes, el marxismo influyó no sólo en los planteamientos sociales de los países llamados de socialismo real, sino en muchas socialdemocracias que perviven con inmejorable salud en nuestros días. Frente a la idea comunista de la colectivización y nacionalización, la idea socialista de la igualdad se centraba más en la equidistribución de los recursos y los partidos socialdemócratas se comprometieron en la tarea de edificar un estado del bienestar<sup>101</sup>. El sistema capitalista es visto, con frecuencia, como la madre de todos los males, y se pretenden reformas estructurales sobre el mismo de muy diversa índole. La variedad de esas reformas diferencia sustancialmente el ideario político de sus defensores, si bien su concepción igualitarista tiene una misma base, en la que puede encontrarse las siguientes ideas reincidentes y específicas:

- El carácter universalista y mundialista de sus análisis convierte a estos discursos en autónomos, radicales y claramente opuestos a los de los liberales.

---

<sup>100</sup> Pierre Laroque desmentirá a Rousseau al declarar <<Con perdón de J. J. Rousseau, la igualdad no es un fenómeno natural>>(Laroque, 1971: 33).

<sup>101</sup> La obra de Richard M. Titmuss es, sin duda, representativa de una tradición que arranca de R. H. Tawney, Webb, Beveridge, etc. En su obra *Essays on the Welfare State*, publicada en 1958, se recoge una tradición caracterizada por el estudio empírico de los problemas sociales y una actitud de reforma social o de ingeniería social frente a las consecuencias sociales del crecimiento económico que también se podría calificar de pragmatismo reformista desde una óptica social demócrata (Rodríguez Cabrero, 1988:18).

- Se hace una referencia utópica a la igualdad total y se considera legítimo mantener viva y reivindicar dicha utopía
- Siempre se habla de igualdad de oportunidades más igualdad de resultados

La identificación marxismo igualitarismo es más que frecuente (Guisán, 1992:21-23; Serra, 1993:9-13; Bobbio, 1977:87-88). Las críticas reformistas, socialdemócratas, aceptan sin embargo, desigualdades resultantes<sup>102</sup>. Éstas pueden ser justificadas, en ocasiones, como estímulo al trabajo socialmente útil, o cuando tienen un carácter transitorio, de difícil o problemática solución inmediata.

### 3.7.1. Los utópicos

Desde los planteamientos alternativos renacentistas de Tomás Moro, Campanella o Bacon, o los ilustrados de Voltaire, Diderot o Rousseau, continuarán sucediéndose tentativas reformistas, que tendrán su concreción principalmente en América. Hacia allí se embarcará Robert Owen en 1824 para poner en marcha su breve proyecto de *New Harmony* que de forma manifiesta influiría en la *Icaria* de Cabet (Cappelletti, 1990: 81-106). Saint-Simon planteará un modelo social alternativo gobernado por un positivismo que generaría paz y armonía entre todos los hombres.

A principios del siglo XIX Fourier diseña su proyecto de sociedad ideal en base a la construcción de *falansterios*, en los que los hombres vivirían en perfecta armonía con las leyes de la naturaleza. El falansterio es un vasto hotel donde cada hombre o mujer, soltero o casado, dispondrá de un alojamiento particular para dormir, ya que las comidas son comunitarias y con unas posesiones

---

<sup>102</sup> <<El pensamiento socialista defiende dos versiones de la igualdad que, en principio, resultan compatibles. Una de ellas consiste en la "igualdad de oportunidades": es decir, que toda persona tenga las mismas posibilidades que cualquier otra de mejorar o empeorar su condición social con independencia de sus orígenes. Otra es la "igualdad de condición": que se reduzca el privilegio o la necesidad derivados de la distancia entre las distintas posiciones sociales>> (J. M. Maravall, 1993, 9-10).

que se limitan a lo necesario. En él habría fortunas desiguales y una estricta jerarquía, existiendo tres clases de personas: los ricos, los intermedios y los pobres, cada uno de ellos tendría un espacio físico diferenciado, aunque el papel que desempeñará sería diferente que el conocido en las sociedades capitalistas. Por su parte, las mujeres, aparecerán con una posición más igualitaria con respecto a los hombres, una vez que las tareas domésticas y el cuidado de los niños son asumidos por la comunidad. Incluso el sexo es planteado de una forma más igualitaria, al introducir elementos correctores, casi por sorteo, para los más desfavorecidos al respecto<sup>103</sup>.

Owen propondrá un sistema de comunismo autogestionario e igualitario, en el que la propiedad privada no existirá y la principal forma de estructuración social se articulará en torno a la edad, a partir de la que se asignarán una serie de tareas de las que todos participarán y abandonarán según se vayan sucediendo cada una de las ocho fases que propone.

Cabet, en su *Viaje a Icaria* (1840) propone organizar el sistema social en base al principio de equidad natural que considera consustancial a la raza humana, en una comunidad de asociados en la que todo es planificado por el Estado, a su vez, propietario de todo, desde la vivienda al vestido, incluyendo la producción y la educación. El igualitarismo propuesto es total, casi asfixiante, dando por resultado una sociedad en la que todos vestirían igual, tendrían los mismos muebles, comerían lo mismo, etc.

<<Convencidos profundamente por la experiencia de que no hay felicidad posible sin asociación y sin igualdad, los Icarianos forman juntos una sociedad fundada sobre la base de Igualdad más perfecta. Todos somos asociados, ciudadanos, iguales en derechos y en deberes; todos participamos igualmente de las cargas y beneficios de la asociación; todos componemos también una sola familia, cuyos miembros están unidos por las virtudes de la fraternidad>> (Cabet, 1840: 65)

---

<sup>103</sup> Una recopilación de textos originales de las obras de Fourier puede verse en Armand/Maublanc, 1984



Proudhon se situará en una línea opuesta, al criticar la existencia de Estados y de toda forma de poder. Explotar y gobernar serán, para él, sinónimos. En 1963 publica su obra *Del principio federativo*, en la cual expone sus ideas sobre una sociedad compuesta por una federación agrícola-industrial. La soberanía, empero, parece residir más en una “ciencia social” que indicaría *lo mejor* y conveniente en cada caso, más que en las decisiones democráticas de los individuos.

En consonancia con el planteamiento antiestatista, anarquista, surgirán, a partir de mediados de siglo XIX, toda una serie de planteamientos teóricos sobre cómo desarrollar una sociedad igualitaria en un sistema social alternativo. Joseph Déjacques centrará su proyecto en suprimir las múltiples condiciones estructurales que condicionaban la alienación humana (Cappelletti, 1990: 107-137). Pierre Quiroule (1867-1938) desarrollará su proyecto de ciudad anarquista como una sociedad auténticamente comunista (Gómez Tovar/Gutiérrez/Vázquez, 1991). Bakunin y Kropotkin formularán propuestas alternativas de organización social comunal sin Estado. Otras muchas propuestas aparecerán a lo largo del siglo XIX y XX (González Matas, 1994).

### **3.7.2. El concepto de igualdad en Marx.**

Las obras de Marx tuvieron una importantísima difusión desde sus primeras publicaciones y, ya a principios del siglo XX, tenía un numeroso grupo de adeptos en los ámbitos académicos e intelectuales<sup>104</sup>. Desde los primeros momentos, las propuestas sociopolíticas de Marx influirán de forma importantísima en el análisis sociológico de las desigualdades sociales. Sin embargo, el análisis

---

<sup>104</sup> Kolakowski, en su extensa obra sobre las principales corrientes del marxismo, calificará el periodo de la II Internacional (1889-1914) como “la edad de oro del marxismo” (Kolakowski, 1982, t. 2, p. 9). El marxismo apareció en los medios intelectuales como una doctrina seria, que incluso sus adversarios respetaban. Tenía en ese momento defensores como Kautsky, Rosa Luxembourg, Bernstein, Lenin, Jaurès, Max Adler, Bauer, Hilferding, Labriola, Panekoek, Vandervelde y Cunow. También tenía críticos eminentes como Croce, Sombart, Masaryk, Simmel, Strammeler, Gentile, Böhm-Bawerk y Peter Struve. (Kolakowski, 1982, t. 2, p. 9-10).

y la teoría desigualitaria extraída de la obra de Marx es confusa y ello se hará manifiesto en las interpretaciones que sobre ese particular harán posteriores marxistas —como la tipología elaborada fundamentalmente por Gouldner entre marxistas críticos y científicos<sup>105</sup>—.

En la obra de Marx, la desigualdad es un tema implícitamente central, pero oculto bajo nombres y analíticas diferentes. Explícitamente apenas aparece nombrada, como si Marx intentase evitar un concepto excesivamente desgastado e indefinido pero que formaba parte indudablemente de sus *metas* políticas.

Es norma encontramos, en las obras generales sobre el pensamiento Marx, con una extraña ausencia de referencias al planteamiento con respecto a la igualdad humana<sup>106</sup>. Es cierto que no son pocas las obras que se han centrado en determinados aspectos *éticos* resultantes de su obra y, tras los que se descubren, no sin discrepancias sustanciosas, cuál es su concepto de la igualdad y de cómo éste puede ser concebido como una constante en el pensamiento de su autor<sup>107</sup>. De hecho se ha considerado la teoría de Marx como basada en una espiritualidad igualitaria (Erich Fromm, 1961:9), caracterizada por una particular

---

<sup>105</sup> De una parte, un marxismo humanista y crítico, y de la otra un marxismo de carácter más científico. Los *marxistas críticos* harán más hincapié en la intervención política y en la necesidad de adhesión y voluntad humana de transformar las situaciones sociales observadas, mientras que los *científicos* darán por sentado que las propias inherencias estructurales del sistema social provocarán por sí mismas transformaciones estructurales, independientemente de las voluntades humanas. Los primeros mantendrán una actitud intelectual crítica, de acorde a provocar el cambio social, mientras que los segundos insisten en la constricción estructural impuesta independientemente de los planteamientos teóricos sobre la sociedad. (Gouldner, 1980). E. O. Wright insistirá en que dentro de la misma tradición marxista existe tres tipos de primacías o *nudos* teóricos: la emancipación de clase, el análisis de clase y la teoría de la historia (Wright, 1994:236). El hecho de que prime uno más que otro, puede conllevar que sea un tipo particular de marxismo.

<sup>106</sup> El diccionario de términos marxistas de Tyerrel Caver (*A Marx Dictionary*, Polity Press, Cambridge, 1987) no dice nada sobre igualdad; el de Gérard Bekerman (*Vocabulario básico del marxismo*, Crítica, Barcelona, 1983), la considera como a) autoconsciencia del ser humano sobre el ser humano y b) en un sentido más rousseauniano, como relación social entre seres humanos (Bekerman, 1983:124).

<sup>107</sup> Se ha insistido mucho en que la finalidad del trabajo teórico de Marx no era la de tratar de diseñar un modelo social más igualitario, sino la de seguir una lógica científica, metodológicamente rigurosa. Eso no menoscaba en nada que Marx estuviese también totalmente convencido de que, dado el carácter materialista-dialéctico del devenir histórico, no hubiese que elegir entre el modelo social más igualitario. En cuanto a la ética en la obra de Marx: Elster, 1986: 96-107.

solución del binomio libertad-igualdad (Volpe, 1969) –en el sentido de que Marx propugna una libertad igualitaria, frente a la libertad “egoísta burguesa” que creará una *ilusión igualitaria* construida sobre un edificio desigualitario–.

Los usos conceptuales son diferentes, con frecuencia instrumentales y, por ello, se hace precisa una revisión del concepto de igualdad en el conjunto de su obra, diseccionando su empleo en base a una tipología de categorías útiles para discernir su sentido último y esencial. A partir de ese análisis hermenéutico es posible descomponer las diferentes acepciones y sentidos apreciables en el discurso de Marx (y eventualmente también de Engels) y atribuibles, de una u otra forma, al genérico concepto de igualdad. De entre esos diferentes usos es posible llevar a cabo una categorización tipológica que vendría perfilada en los siguientes seis epígrafes<sup>108</sup>.

1. Como relación de equivalencia en su teoría del valor
2. Como condición humana
3. Como ilusión burguesa
4. Como método analítico-científico
5. Como *equalisandum* de contribución versus necesidades
6. Como formulación político social liberalizadora.

Se trata de una disección metodológica, si bien, en realidad, Marx no entiende más que una forma de igualdad correcta. Esta aparente multiplicidad de polisemias responde a la propia complejidad del concepto y a su propia indefinición, manifiesta en el uso instrumental que Marx lleva a cabo del término.

---

<sup>108</sup> Estamos haciendo una descomposición hermenéutico-analítica de modo muy similar a la que Giddens realiza con el concepto de clase, separando las diferentes acepciones conceptuales de ese término en Marx y la problemática que de ello se deriva (véase en Giddens, 1989: 29 y ss.), o de modo similar a la realizada por Roemer en cuanto al uso marxiano de concepto de explotación (Roemer, 1982a, 1982b, 1985) o, incluso, similar a Althusser (1965) en su descomposición entre el joven y en el Marx maduro.

### I. Como relación de equivalencia en su teoría del valor.

La acepción conceptual de la igualdad más claramente explícita, con una naturaleza social más primitiva, y más fácilmente comprensible y discernible en la obra de Marx, se refiere a la consideración de ésta como relación de equivalencia en el intercambio de mercancías. Se trata de una noción de igualdad en el sentido aristotélico de equiparación sustantiva de objetos corporalmente distintos pero trocables en base a una idea de equidad valorativa sustancial. Para que pueda existir el intercambio de mercancías es precisa una idea de igualdad que se base en la comensurabilidad. Esa equiparación es ajena a la naturaleza de las cosas que se comparan y por tanto <<un recurso para salir del paso ante las necesidades de la práctica. Las mercancías se relacionan entre ellas como una función conmensurable de valor y ese valor viene atribuido a cada objeto por el trabajo humano que supone su constitución en mercancía>> (Marx, 1867:I, 25-26).

Aristóteles había sido pionero en la descripción de esa relación de igualdad sustancial conmensurable entre mercancías pero de distinta naturaleza a las mismas; sin embargo, dado el carácter desigual de la sociedad esclavista de su tiempo, no pudo llegar a entender, enjuiciará Marx, que es el trabajo humano lo que mide el valor de cada mercancía:

<<Lo que acredita precisamente el genio de Aristóteles es el haber descubierto en la expresión de valor de las mercancías una relación de igualdad. Fue la limitación histórica de la sociedad de su tiempo la que le impidió desentrañar en qué consistía "en rigor", esta relación de igualdad>> (Marx, 1867:I,26).

Idea que se repite en otros momentos y que, entre otros, es claramente perceptible en Rousseau (1780:186) y en Hegel:

<<En el contrato real, conservando cada uno la misma propiedad –con la cual se presenta y renuncia a la vez–, la propiedad que permanece idéntica a aquella que en el contrato en sí, se distingue de las cosas externas que en la permuta cambian de propietario. Ese es el valor en el cual los objetos del contrato son entre sí iguales, no obstante la diversidad cualitativa externa de las cosas, lo universal de las mismas>> (Hegel, 1968:95)

El intercambio de mercancías, en su forma *pura*, es siempre un cambio de equivalentes y, por tanto, no da pie para lucrarse obteniendo más valor —<<El cambio es, por naturaleza, un contrato de igualdad celebrado entre un valor y otro igual a él>> (Marx, 1867, I, 113)—. Sin embargo, la creación civil del valor de cambio, y su fetiche en moneda, permite no sólo calibrar, medir y evaluar comparativamente esos procesos igualitarios, sino que la emergencia capitalista supone una relación de intercambio de objetos de distinta naturaleza, con apropiaciones diferenciales de las mismas por parte de los sujetos intervinientes. Surgen así, intercambios desiguales (Marx, 1861: I, 336). Lo que indica esa desigualdad, no obstante, sigue siendo el valor. La fuerza de trabajo como mercancía tiene un valor que deviene en salario legalizado jurídicamente y que se erige en justicia burguesa de “a cada uno según su trabajo” (Marx, 1867 :I, 453).

El concepto de igualdad de valor<sup>109</sup> nace de la naturaleza necesariamente cuantitativa del mismo, pero se queda simplemente en una magnitud, sin mayor interés para el análisis de las desigualdades sociales. Sería más propio hablar de desigualdades del valor, incluso incluyendo las desigualdades de salarios y otras, netamente sociales, pero que no son objeto de análisis en la teoría marxista.

<<El valor implica una sustancia común y la reducción de todas las diferencias, proporciones, a diferencia y proporciones meramente cuantitativas>> (Marx, 1857: 730).

Es, por tanto, un concepto que aparece aplicado a desigualdades de tipo no estrictamente sociológico, como la desigualdad en la fertilidad de las tierras (1861: II, 98-99 y 120-121), los flujos de tiempo (1861: II, 156), cantidad de trabajo (1861:II, 209), situación geográfica (1861, II, 281), el volumen producido (1861:II, 509),

<<[Anderson] afirmaba que era posible llegar a nivelar de un modo progresivo la desigualdad existente en cuanto a la fertilidad de las distintas clases de tierra>> (Marx, 1861:98-99)

---

<sup>109</sup> Para cuestiones referentes a la Teoría del valor puede consultarse Arteta (1993), especialmente el capítulo I (pp. 11-72) en el que hace una presentación de la teoría marxista del valor desde sus dimensiones cuantitativas y cualitativas.

La formulación de la igualdad como relación de equivalencia es suficientemente explícita en el siguiente párrafo, extraído de su *Teorías sobre la plusvalía*:<sup>110</sup>

<<Capitales de igual magnitud producen mercancías de valores iguales cuando sea la misma la composición orgánica de aquéllos, es decir, cuando inviertan partes iguales en salarios y en condiciones de trabajo>> (Marx, 1861: II, 176).

El párrafo continúa sin desperdicio. También se podrían citar pasajes en los que menciona la tasa ganancia desigual, valor desigual, precio igual, valor de mercado igual<sup>111</sup>.

Por supuesto, y esto será una aplicación importante y un aspecto de suma relevancia teórica, la desigualdad de valor llega, lógicamente, a permitir comparaciones entre las rentas de los individuos y son explícitas algunas manifestaciones al respecto:

<<La desigualdad puede aumentar al retirarse el capital y al disminuir la fertilidad, o incluso cuando se retiran del mercado tierras menos fértiles>> (Marx, 1861:296)

La igualdad entendida como una relación de equivalencia del valor es más transcendental de lo que aparentemente pudiera parecernos. De hecho, existe una clara conexión, como señala Prior Olmos, <<Marx establece una conexión entre las relaciones de intercambio y los derechos del hombre, contrastando el papel histórico que la libertad, la igualdad y la propiedad privada reciben en el mundo burgués>>(Prior Olmos, 1978:46).

## II. *Como condición humana*

Marx recoge la idea que identificaba los principios de igualdad y libertad como postulados consustanciales con la esencia humana en general, tal como la

---

<sup>110</sup> También pueden encontrarse afirmaciones similares en Marx, 1846:527 y en 1857:52 y 238.

<sup>111</sup> Véase especialmente el tomo segundo de las *Teorías sobre la plusvalía* (1861) y muy concretamente, los capítulos referidos a "Historia de la Ley Ricardiana" y "Precio de costo en Ricardo y Smith", ambos en el tomo II.

defendían las más importantes religiones –incluidas judaísmo y cristianismo–, e, incluso, extendiendo sus postulados más allá de la esencia del individuo humano hasta su carácter de individuo-ciudadano, defendiendo la igualdad política y legal<sup>112</sup>. La igualdad será entendida como un <<derecho humano innato>> (Marx, 1867:I, 326) cuando Marx se refiere a las condiciones laborales de los trabajadores, mujeres y niños en particular, y a la enajenación laboral en general sobre la que existe una lucha concurrencial de hombres contra hombres.

Marx recoge notas y datos de la prensa (*Daily Telegraph*, *Times*, *Reynolds Paper*, *Standard*) de la comisión de estudio de niños empleados (*Children's employment Commission*), sesiones y actas de juicios (Marx: 1867:I, 219), de revistas científicas como la *Social Science Review*, o trabajos específicos, especialmente en el área de medicina, por ejemplo, *Gesundheit* de W. Strange (1864) (cit. Marx, 1867:I; 201) y, por su puesto, de la estructura jurídico legal de la época y de las reformas que se fueron llevando a cabo.

Sin embargo, trata estos hechos de injustos y deplorables, pero nunca se refiere a ellos como desigualdades. Los considera situaciones de “esclavitud desenfrenada” (Marx, 1867:I, 188) para ilustrar sus críticas a las condiciones laborales de los trabajadores ingleses, en concreto, de los niños (Marx, 1867:I, 188-206).

En ciertos pasajes es discernible una actitud de distanciamiento hacia ciertas situaciones de sufrimiento humano, dado el convencimiento que tenía sobre la evolución necesaria que conllevaba el materialismo histórico y que la causa-motor del embrión revolucionario estaba precisamente, en las malas condiciones que la explotación capitalista generaba en los trabajadores asalariados.

---

<sup>112</sup> Esta idea está tomada del análisis más pormenorizado que M. Markovic desarrolla en <<Equality and Freedom>> (1973), en donde desarrolla una teoría que distingue tres etapas históricas en la conceptualización de la igualdad y la libertad. En la primera etapa, estas ideas son concebidas como algo connatural al ser humano; en una segunda etapa, en un larguísimo período que iría desde el Derecho Romano hasta el Liberalismo cuasicontemporáneo, estas ideas se hacen concordantes con la idea de ciudadanía; finalmente, en una tercera etapa, aparece la reclamación de la igualdad y libertad referidas al individuo en tanto que productor.

En este sentido, se ha intentado resolver en términos de *conciencia* la igualdad marxiana, como conciencia que el hombre tiene de sí mismo, o conciencia que el hombre tiene del hombre en general, o del comportamiento del hombre con respecto al hombre. (Así, por ejemplo, G. Bekerman, 1983: 124).

Además, Marx insistirá en la importancia que tienen ciertas condiciones que normalmente no se relacionan tan directamente con las desigualdades, de forma que, lo que le lleva a considerar que las igualdades de salarios pueden conllevar desigualdades en la enajenación de los trabajos (Marx, 1844 -1975-, 116). Marx critica las reformas incluso en la igualdad de resultados, manifiesta explícitamente como nivelación salarial, y va mucho más lejos. (Marx, 1844-1975-: 157) para llegar a la base sustentadora del comunismo, de la consciencia de sí por parte del hombre, de igualdad política.

### III. Como ilusión burguesa

Los derechos igualitarios de los individuos como ciudadanos no son identificables a los de individuo como "bourgeois"<sup>113</sup>. Mientras, en nombre de la ciudadanía, se reclama una igualdad de todos los miembros de un Estado, una parte de esos ciudadanos reclamarán como legítimas sus iguales posibilidades de acrecentamiento individual y egoísta de bienes y otros privilegios. Esta será la base de igualitarismo liberal burgués, a los ojos de Marx.

Esto se manifestará en las obras de Marx tras una distinción entre las reivindicaciones políticas (de la ciudadanía) *versus* las económicas (de la burguesía). Véase, por ejemplo, en *La Cuestión Judía*

<<El hombre, en cuanto miembro de la sociedad burguesa, es considerado como el *verdadero* hombre, como el *homme* a diferencia del *citoyen*, por ser el hombre en su *inmediata* existencia sensible, e individual, mientras que el hombre *político* no es sino el hombre

---

<sup>113</sup> Tomamos aquí la distinción clásica, apreciable tanto en Hobbes como en Kant, entre "citoyen" y "bourgeois": el primero hace referencia a los individuos como miembros de un Estado, mientras que el segundo va más allá, para referirse a un tipo particular de individuo asociado a un hábitat y contexto específico. Puede encontrarse un desarrollo de esta idea en A. Philonenko (1976): *Theorie et praxis dans la pensée moral et politique de Kant et de Fichte en 1793*, J. Vrin, París, (ver especialmente pp. 61 y 62).



abstracto, artificial, el hombre como una persona *alegórica, moral*. El hombre real sólo es reconocido bajo la forma del individuo *egoísta*; el *verdadero* hombre, sólo bajo la forma del *citoyen abstracto*>> (Marx, 1843:37)

El hombre burgués, egoísta, a diferencia del ciudadano, define la igualdad en base a criterios temporales, enmarcados históricamente, pero no puede entenderse esa igualdad como un derecho natural consustancial al ser humano.

<<Así como el Estado antiguo tenía como fundamento natural la esclavitud, el *Estado moderno* tiene como *base natural* la sociedad burguesa y el *hombre* de la sociedad burguesa, es decir, el hombre independiente, entrelazado con el hombre solamente por el vínculo del interés privado de la necesidad natural *inconsciente*, el *esclavo* del trabajo lucrativo y de la necesidad *egoísta*, tanto la propia como la ajena>> (Marx/Engels, 1845:179).

En *El Capital* ironiza sobre la reivindicación igualitarista por ser, precisamente, uno de los argumentos de la ideología burguesa. Para referirse a la órbita en la que opera el intercambio de mercancías capitalista en la que el *librecambista vulgaris* va a buscar argumentos dice: <<Dentro de estos linderos, sólo reinan la *libertad*, la *igualdad*, la *propiedad* y *Bentham*. La *libertad*, pues el comprador y el vendedor de una mercancía, v. gr. de la *fuerza de trabajo*, no obedecen a más ley que la de su *libre voluntad*. [...] La *igualdad*, pues compradores y vendedores sólo contratan como *poseedores de mercancías*, cambiando equivalente por equivalente. La *propiedad*, pues cada cual dispone y solamente puede disponer de lo suyo. Y *Bentham*, pues a cuantos intervienen en estos actos sólo los mueve su interés>> (Marx, 1867 :I, 128-129).

En *La Sagrada Familia* se pone de manifiesto que la hipotética igualdad de la sociedad no es más que aparente y, en realidad, oculta un nuevo sistema de esclavitud:

<<Precisamente la *esclavitud de la sociedad burguesa* es, en apariencia, la más grande *libertad*, por ser la *independencia* aparentemente perfecta del individuo, que toma el movimiento desenfrenado de los elementos enajenados de su vida, no vinculados ya por los nexos generales ni por el hombre, por ejemplo, el movimiento de la propiedad, de la industria, de la religión, etc., por su *propia libertad*, cuando es más bien su servidumbre y su falta de

humanidad acabadas. El *privilegio* es sustituido, aquí, por el *derecho*>> (Marx/Engels, 1845:183).

Marx ilustra el concepto igualitario burgués a partir de un repaso de las Constituciones francesas post-revolucionarias. En la Constitución de 1793, La igualdad burguesa, dirá Marx, no es otra cosa que igualdad de la libertad, y de una libertad muy especialmente concebida, a saber <<que todo hombre se considere por igual como una mónada atendida a sí misma>> (Marx, 1843: 33). El derecho a la propiedad<sup>114</sup> constriñe la concepción igualitarista liberal resolviéndola en una imposibilidad, como una visión social de autonomía individual, de independencia de unos hombres con respecto a los otros (Marx, 1843: 195-196). Es un derecho egoísta y antisocial, relegado en exclusiva al ámbito jurídico, cuando en realidad está encubriendo una desigualdad mucho más real, la político-social. En la Constitución de 1795, por su parte, Marx entiende que la igualdad<sup>115</sup> se refiere a igual *seguridad* o, bajo una perspectiva amplia, igualdad ante la ley (Marx, 1843:33).

Pero Marx rechazará la igualdad en el sentido jurídico y en *Crítica al programa de Gotha* critica abiertamente a quienes defienden una “distribución equitativa” y un “derecho igual” pues <<si en otro tiempo tuvieron un sentido, hoy ya no son más que tópicos en desuso [...] patrañas ideológicas, jurídicas y de otro género, tan en moda entre los demócratas y socialistas franceses>> (Marx, 1875:24)<sup>116</sup>.

---

<sup>114</sup> <<El derecho a la propiedad es el derecho de todo ciudadano a gozar y disponer a su antojo de sus bienes, de sus rentas, de los frutos de su trabajo y de su industria>> Art. 16 de la Constitución de 1793.

<sup>115</sup> <<La igualdad consiste en la aplicación de la ley a todos, tanto cuando protege como cuando castiga>>, Art. 3º, Constitución de 1795.

<sup>116</sup> En esta misma línea, critica el concepto de igualdad como atribución jurídica del derecho (1846:381-384). También critica la igualdad defendida por Saint Simon cuando éste se refiere a la masa desposeída (Marx, 1846:604). A su vez (en Marx, 1852:30) muestra su desconfianza en la igualdad como referente de la libertad igual y en esa misma obra cuando sustituye la tríada revolucionaria de *liberté, égalité et fraternité* por la que considera más apropiada a los hechos históricos: infantería, caballería y artillería (Marx, 1952:66).

Esta misma idea crítica del igualitarismo es perceptible en Engels, tal como descubrimos en la carta a Babel de 18-28 marzo de 1875:

<<La concepción de la sociedad socialista como reino de la igualdad, es una idea unilateral francesa, apoyada por el viejo lema "libertad, igualdad, fraternidad"; una concepción que tuvo su razón de ser como fase de desarrollo en su tiempo y en su lugar, pero que hoy debe ser superada, al igual que todo lo que hay de unilateral en las escuelas socialistas anteriores, ya que sólo origina confusiones, y porque además se han encontrado fórmulas más precisas para exponer el problema>> (Engels, 1875: 55-56).

Es posible distinguir en Marx un demanda igualitaria burguesa de una demanda igualitaria proletaria (Marx, 1857: 243). La burguesía quiere igualdad de oportunidades y los trabajadores quieren una sociedad sin clases. Engels no puede ser más claro al respecto en su *Anti-Dühring*, <<la igualdad no debe ser sólo aparente, no debe limitarse al ámbito del Estado, sino que tiene que realizarse también realmente, en el terreno social y económico>> (Engels, 1878: 118) y un poco más adelante añade : <<el contenido real de la exigencia proletaria de igualdad es la reivindicación de la *supresión de las clases*>> (Engels, 1878: 118).

Aquí Engels introduce la distinción entre dos tipos de concepción de la igualdad. Así, sigue, habitualmente, el camino de denostar el concepto de igualdad por considerarlo burgués; sin embargo, como veremos en el sexto tipo de concepto igualitario de la obra marxiana, toda su obra es una defensa de una sociedad igualitaria sin clases propia de la sociedad comunista.

El rechazo de Marx por toda forma de derecho queda también patente en su *Crítica del programa de Gotha*, en base a la que hace una referencia denostadora de la idea de igualdad:

<<El derecho sólo puede consistir, por naturaleza, en la aplicación de una medida igual; pero los individuos desiguales (y no serían distintos individuos si no fuesen desiguales) sólo puede medirse por la misma medida siempre y cuando [...] que se les mire solamente en un aspecto *determinado*; por ejemplo, en el caso concreto, *sólo en cuanto obreros* >>(Marx, 1875: 23).

John Elster ha sido especialmente consciente de la denostación de la justicia por parte de Marx debido a qué ésta es producto (superestructura) amol-

dada a las necesidades del modo de producción hegemónico. En concreto dirá que <<Marx explícitamente niega defender una particular concepción de la justicia. Afirma que las teorías de la moralidad y la justicia son construcciones ideológicas, únicamente útiles para justificar y perpetuar las relaciones de propiedad existentes. De las acciones se dice que son justas o injustas de acuerdo con un código moral correspondiente a un modo particular de producción. En el capitalismo, la esclavitud y el fraude son injustos, pero no la extracción del plus trabajo. No existe una concepción absoluta, transhistórica de la justicia>> (Elster, 1986a, pp. 96-97).

Marx sólo concibe hablar de la justicia en sentido relativo, y negaba su interés por la justicia por considerar que el desarrollo histórico estaba gobernado por leyes que operaban por necesidad, considerando superfluas las condenas morales, y si bien esto es más claro en la perspectiva que Gouldner calificará como Marxismo científico, abre ciertas puertas de reivindicacionismo positivista en el marxismo crítico (Gouldner, 1980).

En *Miseria de la Filosofía*, crítica la supuesta igualación que produce el trabajo automatizado entre todos los obreros, tal como señalaba Proudhon cuando argumentaba que en la empresa industrial, los obreros realizaban el mismo trabajo, durante idéntica jornada. (Marx, 1847:87 y ss.). En definitiva, Marx considera un error centrar tal equivalencia en la jornada laboral. De hecho, las jornadas laborales de los trabajadores no están igual pagadas; dependen del valor de cambio del producto y, finalmente, de nuestros gustos<sup>117</sup>. La desigualdad ha de centrarse, —deducirá Marx, apoyándose en citas de Bray—, en la explotación que se produce entre patronos y obreros (Marx, 1847: 110 y ss.).

---

<sup>117</sup> Marx critica en esa misma obra algunos otros aspectos pretendidamente igualitaristas producidos por la industrialización, desde la óptica proudhoniana, tales como la competencia en el mercado (Marx, 1847:201) o la pretendida igualación de precios obtenida en medios diferentes (*Ibid.*, p. 222).

#### IV. Como método analítico-científico

Uno de los referentes más inmediatos al hablar de desigualdades desde la perspectiva marxista es el de las clases sociales. De hecho, una de las contribuciones más importantes de Marx a la Teoría Sociológica, fue su tesis de que el devenir histórico se explica por la existencia de una lucha de intereses materiales diferentes que los individuos adquieren debido a su desigual relación con los medios de producción (Marx/Engels, 1859:4). Los individuos aparecen así clasificados según su relación con los medios de producción, de forma que cada modo de producción concreto tienen una determinada estructura de *clases sociales*.

Precisamente, el último capítulo de *El Capital*, donde Marx se preguntaba expresamente <<¿Qué es lo que constituye una clase?>> quedó sin terminar. Esto no impide, sin embargo, comprender la concepción que Marx tiene de las clases sociales a partir de la mención que sobre ellas hace en el conjunto de su obra<sup>118</sup>. Tal comprensión, precisa tener en cuenta las dos construcciones conceptuales que pueden deducirse de sus escritos, en relación con la noción de clase: *un modelo abstracto o "puro" de dominación de clase*, que se aplica a todos los sistemas clasistas; y unas descripciones más *concretas* de las características específicas de las clases en determinadas sociedades (Giddens, 1989: 29)<sup>119</sup>. En el primer modelo las clases pueden resumirse en dos: explotadores y explotados

---

<sup>118</sup> La presentación de la clases varía entre las diferentes obras de Marx: un amplio número en el *Dieciocho Brumario de Luis Napoleón Bonaparte* y en *La Lucha de clases en Francia*, –la burguesía terrateniente, la industrial, la financiera, la pequeña burguesía, el campesinado, el proletariado, etc.–. En *El Capital*, sin embargo, reduce sus clases a tres: los obreros asalariados, los capitalistas y los terratenientes. En el *Manifiesto Comunista*, publicado bastante antes de comenzar a trabajar en *El Capital*, Marx limita las clases a dos solamente, prácticamente los opresores y los oprimidos. Es también en esta obra en la que Marx y Engels predicen una simplificación final de la estructura de clases, que si bien históricamente había estado amortiguada por toda una serie de clases intermedias, finalmente acabarán por resumirse en dos..

<sup>119</sup> De hecho pueden distinguirse tres problemas en la definición de clase marxiana: la diferencia entre modelo puro o abstracto y concreto o empírico; la cuestión terminológica y, finalmente, la diferencia entre modelo puro o abstracto de capitalismo y modelos concretos o empíricos. (Véase el análisis, ya clásico, de Giddens, en su obra de 1989, pp. 29 y ss.).

(Marx/Engels, 1848: 42), en el segundo, aparecerán las múltiples posiciones que se observen en cada modo de producción concreto.

La teoría de clases sociales se utiliza para explicar el devenir histórico en base a una desigual relación con los medios de producción, pero no deja de ser un método analítico de unas desigualdades que radican en la existencia de una *explotación* injusta (Marx/Engels, 1846:27-31; Agulla, 1984, t. I, pp. 275-282; Kerbo, 1983:101; Bottomore, 1973:18; Appelbaum, 1978a:78; Harrington, 1976:41). Los explotadores se apropian de un valor –medible en términos monetarios–, un *surplus* de trabajo que no revierte en los trabajadores, por lo cual adquieren más riqueza que aquellos, de forma que la burguesía, los explotadores y la riqueza, aparecen en la obra marxiana como términos correlacionados.

<<Proletariado y riqueza son términos antagónicos. Forman, en cuanto a tales, un todo. Ambas son modalidades del mundo de la propiedad privada>> (Engels/Marx, 1845:100).

Pero es importante subrayar que Marx no considera desiguales a los burgueses de los proletarios por que unos tengan más cantidad de tierra que otros, sino por la posesión cualitativa de la misma (Marx, Engels, 1845:103-106). La propiedad desigual de los medios de producción, en sí misma, es injusta y eso es la raíz de las críticas de Marx al sistema que las sustenta. No se trata de una crítica hacia las desigualdades en sí, sino hacia los injusto de tales desigualdades. El equalisandum puede formularse en términos de igualdad de condición o de resultados: nadie puede explotar ni ser explotado por nadie.

La teoría de clases es una herramienta de la mano de la teoría de la explotación, de tal forma, que una vez llevada a cabo la fase de la dictadura del proletariado, extinguida la explotación, desaparecidas las clases, no hay análisis de desigualdades relevante: cada uno empleará sus capacidades para satisfacer las necesidades, también diferenciales, de cada persona.

Esto ha hecho difícil mantener el análisis de clases en las sociedades de socialismo real, en las cuales si fueron, y son, manifiestas muchas formas de desigualdad social.

### V. *Como equalisandum de contribución versus necesidad.*

Marx condena la explotación capitalista apelando al principio de “a cada cual según su contribución en el trabajo”. En su desdibujamiento de la sociedad comunista sustituirá ese principio por el de “a cada cual, según sus necesidades”. De ello deducimos una triple descripción sobre el elemento que medirá las desigualdades sociales: la explotación capitalista, y dos críticas que erige como alternativas a la misma: una basada en la contribución individual a la sociedad y otra basada en las sociedades.

El por qué aparece ese doblete de alternativas diferentes debe explicarse, tal como hace, por ejemplo Elster, en base a que Marx considera que el capitalismo ha hecho al hombre egoísta, por lo tanto, el paso de la primera parte de la sociedad comunista ha de basarse en el abandono de la explotación pero en donde los trabajadores tendrían un salario en base a su contribución; posteriormente, en una fase más avanzada del comunismo, esto sería abolido y el trabajo estaría simplemente en función de cubrir las necesidades de cada uno.

Así, en la fase final del socialismo, la formulación marxiana del problema de la igualdad está basada en la tematización a instancia de las necesidades (Prior, 1978:221-223; Colletti, 1975: 227). Marx es explícito al respecto:

<<Uno de los principios más esenciales del comunismo, por el que se distingue de todo socialismo reaccionario, estriba en la concepción empírica, basada en la naturaleza del hombre, de que las diferencias referentes a la *cabeza* y a las capacidades intelectuales no condicionan al *estómago* y a las necesidades físicas; de que, por tanto, la tesis falsa, basada en nuestras concepciones actuales, de “*a cada cual con arreglo a sus capacidades*”, debe transformarse en referencia al disfrute en sentido estricto, en la tesis de *a cada cual con arreglo a su necesidad*; de que, dicho en otras palabras, la *diferencia* en cuanto a las actividades, a los trabajos, no justifica ninguna *desigualdad*, ningún *privilegio* en cuanto a la posesión y al disfrute>> (Marx, 1845:657-658)

La misma idea reaparece corregida y ampliada en la *Glosas marginales al programa de Gotha*, en 1875: <<¡De cada cual, según sus capacidades, a cada cual, según sus necesidades!>>.

<<En la fase superior de sociedad comunista, cuando haya desaparecido la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo, y con ella, la oposición entre el trabajo intelectual y el trabajo manual; cuando el trabajo no sea solamente un medio de vida, sino la primera necesidad vital; con el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos, crezcan también las fuerzas productivas y corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva, sólo entonces podrá rebasarse totalmente el estrecho horizonte del derecho burgués, y la sociedad podrá escribir en su bandera: “¡De cada cual, según su capacidad; a cada cual, según sus necesidades!”>> (Marx, 1875: 24).

De esta forma, el planteamiento igualitario marxista supone una concepción desigual de la naturaleza humana, en función de las capacidades y necesidades diferenciales. Esto conlleva una aplicación del principio, tratar desigualmente lo desigual, para exigir y redistribuir desigualitariamente, en parte, en función de las capacidades, pero limitado por la finalidad última de satisfacer las necesidades diferenciales de cada individuo.

#### VI. *Como formulación político social liberalizadora*

Uno de los componentes de la visión marxiana de la sociedad “idónea” es la idea de la reconciliación del hombre consigo mismo y con la naturaleza. Es a ese nivel en el que se produce una auténtica relación de igualdad, en ausencia de explotación, en armonía total y absoluta. Se trata del estadio de desarrollo social alcanzable una vez superado el comunismo.

La sociedad comunista permitirá a sus miembros dedicarse “hoy a esto y mañana a aquello” (Marx, 1846:34)<sup>120</sup>.

En la sociedad burguesa, tal como la describe Marx, los hombres se tratan recíprocamente, sobre todo, como medios para sus propios fines (justamente como lo hacen en la sociedad civil de Hegel).

La sociedad comunista es una sociedad de iguales, sin clases. Incluso el peso de la ley quedaría fuera de lugar, ya que la pena no será otra cosa que el

---

<sup>120</sup> Sobre la abolición del trabajo hay abundantes referencias en esta obra: (Marx, 1846: 76-78, 81, 89-90, 248, 251-252).



juicio del infractor acerca de sí mismo<sup>121</sup>. En *La Sagrada Familia* hace una auténtica elegía de la igualdad como autorrealización:

<<La igualdad es la conciencia del hombre acerca de sí mismo en el elemento de la práctica, es decir, consiguientemente, la conciencia del hombre acerca del otro hombre como igual a él y el comportamiento del hombre con respecto al otro como su igual. La igualdad es la expresión francesa de la unidad humana esencial, de la conciencia y el comportamiento de la especie humana, de la identidad práctica del hombre con el hombre, es decir, consecuentemente, de la actitud social o humana del hombre ante el hombre>> (Marx, Engels, 1845:104).

La igualdad humana reside precisamente en esa posibilidad de que todo hombre sea tratado como tal, como hombre, sin que nadie pueda explotar a nadie, lo que implica necesariamente las abolición de la propiedad privada de los medio de producción.

### 3.7.3. La sociedad comunista

La igualdad había sido una reivindicación especialmente presente y patente en el triada que sirvió de lema identificador de las demandas de la burguesía en la Revolución Francesa. Marx entenderá, en ese contexto histórico-intelectual, ciertas reivindicaciones igualitaristas como una *ilusión burguesa*, aunque en realidad estuviese refiriéndose concretamente a la “igualdad de oportunidades” –la concepción de igualdad predominante en su época–, y no hacia la igualdad de resultados, que es una de las resultantes de su *praxis* política. Esto quiere decir que no es correcto entender la obra de Marx como ajena al análisis de las desigualdades, a pesar de las escasas menciones y referencias hacia la misma.

Plamenatz hace referencia a la mención casi despreciativa de la idea de la *Igualdad*, especialmente en los escritos de Engels, para referirse a lo que antes he denominado, la *ilusión igualitarista burguesa*. Realmente, no se trata de

---

<sup>121</sup> Marx comparte idea con Hegel esa concepción de la teoría de la pena, en la que <<el criminal, en la pena, dicta sentencia sobre sí mismo>> (Marx/Engels, 1845:244)

menospreciar la idea de igualdad, sino de referirse a que el concepto reviste múltiples perspectivas, como idea política, los burgueses tienen una y los trabajadores otra, pero Engels, critica la idea concreta burguesa, y relega, el concepto igualitario a un nivel más abstracto:

<<La idea de igualdad que tiene en mente Engels es presumiblemente abstracta. No se refiere a los derechos o las oportunidades en efecto disfrutados en un tipo de sociedad en particular, ya que se usa para cuestionar los derechos legales y consuetudinarios existentes. Es un principio cuyos partidarios justifican señalando las capacidades y las necesidades que tienen todos los hombres. El hecho de que la burguesía lo aplique sólo en la esfera política, y no en la esfera económica, no lo convierte en un principio diferente del que aplican los trabajadores, aún cuando insisten en su aplicación a la esfera económica también>> (Plamenatz, 1975:363)

La solución marxista a los problemas observados de desigualdad social sólo podrá superarse en la sociedad socialista. El planteamiento resolutorio propuesto consta de dos fases. En la primera fase prevalecerá el principio "De cada cual según sus capacidades, a cada cual según su trabajo". Prevalecerán, pues, una serie de desigualdades interpersonales atribuidas a las diferencias de talento y capacidad que son innatas o producto de las condiciones ambientales (Bottomore *et alter*, 1983:286). Este principio de distribución no alcanza todavía una "igualdad justa" (tratamiento igual). En tanto en cuanto se aplica a "todos los individuos" una norma "abstractamente equitativa", reciben, *de hecho*, un tratamiento materialmente desigual.

El principio de "a cada uno según su capacidad y a cada cual según sus necesidades" Marx, 1975:24), se corresponde con la fase comunista superior de la sociedad post-revolucionaria. Tan sólo bajo el comunismo se dará el tratamiento realmente igual de todos los seres humanos desiguales, con todas sus necesidades necesariamente desiguales<sup>122</sup>. Dicho principio supone que la aportación de cada individuo es independiente de su consumo (Van der Veen/Van Parijs, 1986:636).

---

<sup>122</sup> Ver a Heller, en su *Teoría de las necesidades en Marx*, (1978).

En la primera fase, el principio contributivo de “a cada uno según sus trabajo y capacidades” supone una falta de maduración social, en una sociedad en la que se precisan incentivos al trabajo, mientras que, en la fase ulterior, en la sociedad comunista, el trabajo se habrá convertido en el “primer deseo vital” (Vargas Machuca, 1994: 52), en el contexto de un modelo de organización social no alienante ni explotador, sino socialista. Para Marx, el comunismo es no sólo el final sino, y por ello, el fin de la autoenajenación humana. De esta forma, ya no se hablará de riqueza y pobreza, alterando los referentes igualitarios, sino que todos los hombres son ricos porque están en su plenitud de necesidades humanas, todas colmadas (Marx, 1842).

De hecho, la plausibilidad de la existencia de una sociedad igualitaria, en su sentido más amplio y absoluto, se hará realidad cuando se excluya de la faz de la tierra los procesos de alienación y explotación, que convierten a la sociedad capitalista en injusta. Precisamente el carácter negativo de la sociedad capitalista es que sea injusta, no que sea desigualitaria, aunque una cosa conlleve la otra. Por ello Marx no se preocupa excesivamente por criticar las desigualdades, sino la injusticia, tras la superación de la cual se considera que desaparecerán todas las situaciones desigualitarias. Por ello, con la superación de la alienación y de la explotación, por injustas, se superarán las situaciones desigualitarias (Lenin, 1917:78).

Marx había recurrido al concepto de alienación para explicar el proceso de proyección de las facultades humanas sobre los bienes y, en concreto, para referirse a la pérdida de control sobre la naturaleza de sus cometidos y sobre el producto de su trabajo por parte de los trabajadores<sup>123</sup>. La tradición marxista

---

<sup>123</sup> Las primeras conceptualizaciones relevantes de la alienación, como las de Hegel o Feuerbach, hacían referencia a la idea del establecimiento de valores o ideas creados por el hombre que llegan a ser vistas como el producto de seres ajenos o independientes (fuerzas religiosas y dioses). Marx matizará que la alienación religiosa es solamente una entre las muchas formas de alienación humana en las que siempre el hombre genera ideas o cosas que adquieren valor para él e independientemente de él. Marx retomará esa idea para explicar el proceso de proyección de las facultades humanas sobre los bienes y, en concreto, para referirse a la pérdida de control sobre la naturaleza de sus cometidos y sobre el producto de su trabajo por parte de los trabajadores.

posterior tardó en encontrar la utilidad de este concepto (oculto en las primeras obras de Marx, últimas en publicarse) para describir y explicar las interrelaciones humanas y las situaciones desiguallitarias allí discernibles. Lukács (1923), Althusser (1965), Lefèbvre y Erich Fromm (1961) señalarán, en este sentido, la utilidad conceptual de la alienación como característica explicativa de la sociedad capitalista<sup>124</sup>. Tanto en los escritos de Marx como en la tradición marxiana posterior, el concepto se desdobla en una doble enajenación: respecto a la actividad humana y respecto a la naturaleza humana.

<<La enajenación (o “extrañamiento”) significa, para Marx, que el hombre *no* se experimenta a sí mismo como el factor activo en su captación del mundo, sino que el mundo (la naturaleza, los demás y él mismo) permanece ajeno a él. Están por encima y en contra suyo como objetos, aunque puedan ser objetos de su propia creación. La enajenación es, esencialmente, experimentar al mundo y a uno mismo de forma pasiva, respectivamente, como sujeto separado del objeto>> (Fromm, 1961:55)

La alienación se convierte así en un resumen desigualitario de todas las condiciones criticables de los seres humanos, precisamente, por su enajenación como tal, como humanos (Engels, 1878: 112). La alienación servirá como categoría referencial, compleja y difícil, de las desigualdades, en términos comparativos y en términos gradacionales (*más alienado que...* y *con mayor alienación a...*). La finalidad del socialismo será la de conseguir hombres desalienados, de forma que así, todos los hombres, junto a la propia naturaleza, serán una misma unidad (Fromm, 1961:69), formalizándose así un concepto de igualdad como *comunidad universal*. Se trata de generar un *autocontrol* de los seres humanos (Wright, 1995:36-37), que revestirá dos formas fundamentales: primero, los modos en que los productores pierden el control sobre sus propias vidas y actividades en el proceso de producción; y segundo, el modo como la producción organizada para el mercado roba a la gente, tanto individual como colectivamente, la

---

<sup>124</sup> Un estudio del concepto de alienación derivado del planteamiento marxista puede consultarse en Lamo de Espinosa, 1991, en el cual se incluye un amplia bibliografía al respecto.

capacidad de dirigir conscientemente el desarrollo general de la sociedad<sup>125</sup>. De esa forma, sirve conceptualmente para describir las impotencia tanto social como productiva, de los trabajadores, asociándolo así, a la dominación, y en última instancia a la *explotación*, como característica de un tipo determinado de relaciones sociales.

La alienación productiva conduce a la definición ortodoxa de explotación. La explotación aparece así definida, como una forma de desigualdad, producida, en su forma más genérica, de unas clases sobre las otras —unas clases explotan a otras, apropiándose de su plustrabajo—. En términos más concretos, se produce una situación de explotación sobre los trabajadores cuando otra parte de la población (una burguesía propietaria, por ejemplo, aunque otros grupos sociales serían definibles<sup>126</sup>) se apropia y beneficia, inequitativamente, del producto del trabajo de aquellos (del plustrabajo).

<<Para obtener un ingreso determinado, la gente entra en una serie de diferentes tipos de relaciones sociales. Estas variarán históricamente y pueden clasificarse en función de los diferentes modos de producción en los que están basados. Esas relaciones capacitan a algunos grupos para apropiarse del trabajo de otras personas. Esta apropiación es llamada explotación. La explotación implica que el ingreso del grupo explotador, al menos en parte, depende del esfuerzo del grupo explotado más que de su propio esfuerzo>> (Wright, 1994:27).

Roemer considera que basar la definición de explotación en la obtención de un surplus de trabajo genera dos tipos de problemas (Roemer, 1994:98). En primer lugar que la definición de surplus de trabajo es muy indeterminada y, en cualquier caso, se trata de una definición circular: explota porque se apropia del

---

<sup>125</sup> Pero cualquier forma de alienación puede resumirse en una (y única) autoalienación humana (Bottomore, 1983:22-30). La alienación es, en fin una limitación de las capacidades humanas (Giddens, 1989:787) y como tal describe las condiciones de la situación en la que se encuentra cada grupo de individuos, bien sea por la sobredeterminación marxiana que se impone sobre las formas de conciencia social, bien sea por la descodificación del proceso de construcción social de las desigualdades, que cada individuo encuentra inherente a su realidad conocida y aprendida.

<sup>126</sup> Fernández Enguita ha insistido en que es posible percibir situaciones de explotación en otros ámbitos no específicos del modo de producción capitalista, como la familia. Debe ser posible reproducir la definición de explotación en todas las esferas de la producción, como la familia.

surplus de trabajo y se apropia del surplus porque explota. En segundo lugar, considera que la apropiación de ese surplus es una característica necesaria pero no suficiente para que se produzca explotación, ya que puede darse el caso (Roemer, 1982: 33-43) de que haya diferencias importantes en la dedicación de bienes y horas de trabajo, sin que exista explotación. Sobre esto también ha sido explícito Van Parijs:

<<Considérese una situación hipotética en la que todos los ingresos sean iguales, no por mor de las preferencias de la gente (a algunos podría gustarles ganar más de la cuota igualitaria), sino en virtud de las reglas básicas del sistema: los impuestos se recaudan de tal modo que el rendimiento del capital después de impuestos y la tasa de salarios después de impuestos son iguales a cero. [...] En semejante situación, el test de igualación de la riqueza llevaría a la conclusión de que, aun cuando la riqueza está desigualmente distribuida, no hay explotación de riqueza. Al mismo tiempo, la dominación basada en la riqueza podría ser pululante. Los dueños de la fábricas no obtienen ningún rendimiento de su capital después de impuestos, pero bien podrían ejercer un poder considerable sobre los trabajadores que contratan, aun cuando éstos encuentren su trabajo tan atractivo que estén dispuestos a desempeñarlo por un sueldo neto igual a cero>> (Van Parijs, 1993:197).

Alternativamente, es posible utilizar el concepto de explotación, tal como Roemer explica en la última parte de su obra *Teoría general de la explotación y de las clases* (1982), que podríamos denominar, definición de la explotación basada en las relaciones de propiedad y que expone ayudándose de lo que denomina “el juego de retirada”, en base al cual, un grupo es *explotado* (o explota) cuando sus miembros podrían mejorar (o empeorar) económicamente retirándose de la economía; o, dicho de otro modo, una coalición de agentes es explotada,  $S$ , y que otra es explotadora,  $S'$ , si se cumple alguna de estas dos condiciones:

<<(1) Hay una alternativa, que podemos concebir como hipotéticamente factible, en la que  $S$  estaría en mejor situación que en la actualidad.

- (2) Para esta alternativa, el complemento de  $S$ , la coalición  $S'$ , estaría en peor situación que en la actualidad>> (Roemer, 1982:213)<sup>127</sup>.

Roemer considera (1982a, cap. 2 y 4) que se puede establecer una tipología de clases en base a las características que definen si un colectivo es explotador o explotado; los individuos aparecen como miembros de una entre cinco clases, que se definen por determinadas posiciones dentro de las relaciones sociales de producción:

Cuadro nº 19  
**CONFIGURACIÓN DE CLASES EN FUNCIÓN DE LA APROPIACIÓN DE PLUSTRABAJO, SEGÚN ROEMER**

Clase	Contrata fuerza de trabajo	Vende fuerza de trabajo	Trabaja para sí mismo	Explotación	Cantidad de bienes
1. Capitalista	Sí	No	No	Explotador	Muchos
2. Pequeño empleador	Sí	No	Sí	Explotador	Moderados
3. Pequeño-burgués	No	No	Sí	Ambiguo	Cerca de la media per cápita
4. Semiproletario	No	Sí	Sí	Explotado	Pocos
5. Proletarios	No	Sí	No	Explotado	Ninguno

Esta definición modal permite un análisis desigualitario en sí misma, pero puede pecar de trazar unas distinciones excesivamente *gruesas* (Elster, 1985:323-324), pero puede refinarse con un tercer tipo de concepción de la explotación que considere un gradiente de la intensidad de la explotación, dependiendo del nivel de descompensación existente, entre las horas invertidas en la producción respecto de las percibidas como pago o salario de las mismas. Así concebida, la explotación se perfila como un método analítico causal del análisis desigualitario susceptible de uso fuera de las esferas estrictamente productivas (Fernández Enguita, 1995), tanto en la empresa pública como en la privada, pasan-

<sup>127</sup> Esta formulación en términos de juegos de retirada puede conducir hacia una serie de consecuencias antiintuitivas (Van Parijs, 1993:192-197; Van der Veen y Van Parijs, 1985) sobre todo en el supuesto de una economía de competencia perfecta. Tales dificultades pueden, obviarse si se interpreta la definición como un simple *test* conceptual para verificar la explotación en circunstancias sumamente idealizadas (competencia perfecta, rendimientos constantes a escala, ausencia de efectos incentivadores).

do por la familia o por cualquier organización caracterizada por un tipo específico de forma de cooperación.

<<Tendremos entonces capitalistas explotadores y proletarios explotados, pero también funcionarios explotadores y funcionarios explotados, –catedráticos y maestros, por ejemplo–, contribuyentes explotadores y explotados –trabajadores por cuenta propia y asalariados, por ejemplo–, familiares explotadores y explotados –ganapanes y amas de casa, por ejemplo–, cambiantes explotadores y explotados, –vendedores y compradores de inmuebles, por ejemplo–, etc.>> (Fernández Enguita, 1995:97-98).

De esta manera, autoridad y cualificación funcionan como factores de desigualdad y de explotación con una relativa independencia respecto a la propiedad. Ampliar el concepto de explotación a esos extremos, hace que pierda parte de la utilidad conceptual inicial del marxismo y se aproxime a los planteamientos weberianos de *oportunidades vitales*, conjugando un análisis basado tanto en el equalisandum de los *resultados* como en el de las *oportunidades*.

### 3.7.4. Socialismo de mercado

Tras la caída del sistema comunista en la Unión Soviética y en la Europa del Este, las ideas socialistas entran en una renovada crisis, pero de entre las que salen airadas propuestas a la defensiva como la propuesta de un “socialismo de mercado”<sup>128</sup>, basado en la aceptación de determinados aspectos del libre mercado, sin menoscabar el carácter socialista de su propuesta. ¿Que es lo que caracterizaría esa economía de mercado como socialista? Pues, precisamente, la defensa de la igualdad. Lo injusto del capitalismo no es concebido tanto por la apropiación de la plusvalía del trabajador sino por las desigualdades resultantes<sup>129</sup>.

---

<sup>128</sup> Este concepto procede del debate de los años treinta sobre el “cálculo socialista”, cuyos principales protagonistas fueron Oscar Lange y Friedrich Hayek.

<sup>129</sup> La concepción del socialismo como un igualitarismo se hace a sabiendas que no todos los marxistas estarán de acuerdo, ya que existen las dos posturas anteriormente mencionadas, pero bajo la creencia de que en eso, en la igualdad, los socialistas están de acuerdo. <<Algunos socialistas, y muchos marxistas, negarán enérgicamente que mi retrato de “lo que quieren los socialistas” sea adecuado. Dirán que lo que ellos quieren es acabar



Roemer, en una reciente defensa de los postulados del socialismo de mercado, ha sintetizado que la igualdad debe referirse a aspectos concretos y es explícito al identificarlos en tres ámbitos claramente discernibles (Roemer, 1994:21):

- 1) la autorrealización y bienestar,
- 2) la influencia política
- 3) el *status* social.

El equalisandum se referirá a la igualdad de oportunidades y no a la igualdad de resultados o de bienestar.

<<Si el objetivo fuera la igualdad de bienestar, en vez de la igualdad de oportunidades de bienestar, entonces la sociedad estaría obligada a suministrar dotaciones gigantescas de recursos a quienes se propusieran objetivos tremendamente caros e irrealistas. Supóngase que yo, un más que modesto atleta, llegara al convencimiento de que mi vida no valdría la pena si no escalo la cima del monte Everest. Se necesitaría una gran cantidad de dinero, destinado a contratar un número suficiente de sherpas y otros servicios de apoyo, para que esta excursión fuera posible. En cambio, apelar a la igualdad de oportunidades de bienestar me impone una cierta responsabilidad de elegir objetivos generadores de bienestar que sean razonables>> (Roemer, 1994: 22).

Esta demanda igualitarista, centrada en las oportunidades, aproximará conceptualmente a socialistas y liberales, pero lo que los distingue será el significado exacto de la oportunidad<sup>130</sup>, de forma que para los socialistas no sólo basta con que exista igualdad de oportunidades sino que además, ésta tienen que manifestarse eficaz en la igualación de los resultados.

El principio de partida es la igualdad de recursos y oportunidades para todos, pero las diversidades humanas reparten suerte diferente entre las perso-

---

con un sistema en el que la pequeña clase capitalista vive a expensas de la plusvalía generada por los trabajadores y que, en justicia, les pertenece: es decir, quieren acabar con la explotación. Lo que yo he avanzado, dirán, es un credo liberal-igualitarista, no un ideario socialista o marxista>> (Roemer, 1994: 26).

<sup>130</sup> Arneson (1989, 1990), G. A. Cohen (1989, 1990) y Roemer (1993, 1994) desarrollan argumentos en defensa de las oportunidades en favor de los resultados, dentro de una línea de pensamiento socialista

nas, de tal forma que algunos tienen más fortuna que otros; algunos nacen con discapacidades físicas, con problemas psíquicos o sociales (nacer en un hábitat económicamente desfavorecido, etc.). La proclama igualitarista supone dar igualdad de oportunidades y de acceso a los recursos a esas personas menos favorecidas por la fortuna (Rakowski, 1991:2). La justicia requiere que una vez repartidas inicialmente de forma igualitaria las oportunidades debe mantenerlas el mayor tiempo posible.

El objetivo de la sociedad socialista debe ser el de buscar la optimización de la igualdad de oportunidades en esos tres aspectos. Alcanzar la igualdad total es utópico, pero buscar obtener el nivel máximo de igualdad al respecto es legítimo y posible. Los socialistas eligen el tipo de sociedad y de organización social que maximiza el nivel de autorrealización que puede conseguirse como nivel igual para todos y que, a su vez, lo compagina con la maximización del nivel de bienestar, como bienestar igual para todos, e *idem* con la influencia política y el estatus social.

Roemer es consciente que una cosa no implica la otra, que la maximización del nivel alcanzado no implica la igualdad de todos, que lo que acontezca en un ámbito tenga por que conllevar la misma tendencia en otro. De hecho, han formado parte del debate socialista cuestiones como: ¿qué es más importante, incrementar la democratización o incrementar el bienestar?

Tres tipos de propuestas que conducen hacia una igualdad, en el marco conceptual del socialismo de mercado. Estas propuestas son:

A.- Propuesta basada en la idea de *Empresas Gestionadas por los Trabajadores* (EPG). Parte de los problemas tradicionales referentes a la financiación y optimización empresarial pueden resolverse en base a las propuestas de Jaques Drèze (1993) que propone una parte del salario de los trabajadores con cargo al supuesto beneficio de las empresas; Marc Fleurbaey (1993), que entiende que los bancos deben ser las EPG; y Thomas Weisskopf (1993), que sugiere

una accionarización generalizada que permita un mayor acceso de la población a la financiación de las EPG.

B.- Propuestas que conservan las formas de gestión tradicional pero que permiten una distribución igualitaria de la renta. En esta línea estarían Pradab Barhan (1993) y el propio Roemer (1994).

C.- El tercer grupo de propuestas agrupa a aquellas que pretenden conservar la estructura jurídica de propiedad existente, sino que pretenden cambios en las competencias en los mercados de capitales –y en la estructura de gobierno de empresas y bancos–, como propone Fred Block (1992); o propuestas como las de Joshua Cohen y Joel Rogers (1993) en la línea de “democracias asociativas”, tipo sindicatos, pero con objetivos más empresariales y productivos.

### 3.7.5. Gandhianos

Es difícil defender la propuesta social gandhiana en el contexto de las socialistas, pues las diferencias que las separan son notables. Sin embargo, algo esencial une sus perspectivas en un mismo tronco común: el interés por la igualdad de resultados.

Si caracterizamos la noción socialista de igualdad por una reivindicación, en última instancia, de mayor igualdad de resultados, la propuesta de líder hindú deberá ser incluida entre las más radicales al respecto. El propio Gandhi se reconoce próximo al concepto socialista y así lo ha manifestado en diferentes momentos:

<<La palabra socialismo no carece de belleza, pues, si no se abusa de ella, evoca la idea de una sociedad cuyos miembros son todos iguales, sin que ninguno sea grande o pequeño>> (Gandhi, 1959:123; MGP, II:140)<sup>131</sup>

---

<sup>131</sup> La publicación original en la aparecieron estas palabras fue una recopilación de textos, cartas y discursos, recogidos por Pyarelal, titulada: *Mahatma Gandhi, the last phase* (Navajivan Publishing House, Ahmedabad); obra que consta de dos volúmenes aparecidos en 1956 y 1958. La cita referida aparece en la página 140 del segundo volumen. Sin embargo, yo he utilizado una publicación que recopila textos de aquella y de otras publicaciones, aparecida por primera vez en inglés en 1959 y traducida posteriormente al castellano, bajo el título de *Todos los hombres son hermanos*, y esta será la referencia pa-

Varias líneas después de reconocer afinidades comunes, mostrará algunos de los aspectos claves del distanciamiento entre el socialismo marxista y el por él defendido.

<<El socialismo, tal como yo lo concibo, tiene la pureza del cristal. Exige, por consiguiente, medios totalmente puros para llegar a sus fines [...] No es con el andamiaje con lo que se puede establecer una verdadera igualdad [...] Sólo unos socialistas puros de corazón, no-violentos y amantes de la verdad podrán construir una sociedad auténticamente socialista en la India y en el mundo>> (Gandhi, 1959; 1959, II: 141)

En el párrafo anterior quedan desdibujados los rasgos de su noción igualitarista. Ésta vendría caracterizada por una dual caracterización de igualdad de resultados materiales y espirituales. En este sentido, Gandhi estará hablando en otra onda muy diferente a la planteada por Marx y el marxismo científico. Al Mahatma no le interesa construir un andamiaje para lograr igualdad, sino la igualdad en el corazón de los hombres: que el rico renuncie voluntariamente a querer ser rico y el pobre al deseo de riqueza, etc.

Esto quiere decir que en el terreno descriptivo, la sociedad ideal en Marx y Gandhi no sería aparentemente muy diferente. Gandhi es incluso explícito al referirse a la necesidad de abolir la sociedad de clases. Es explícito además, al referirse a las cuestiones económico-materiales, en reivindicar el dinero y poder de los ricos para nivelarlos con el poseído por los pobres:

<<Trabajar por la igualdad económica equivale a abolir el eterno conflicto entre capital y trabajo. Para lograr esa nivelación, hay que reducir a sus justas proporciones las fortunas de ciertos ricos en cuyas manos se encuentran concentrados casi todos los recursos de la nación, y por otra parte elevar el nivel de esos millones de hombres medio muertos de hambre, y que no tienen nada con qué cubrir sus carnes>> (Gandhi, 1959:187; SB: 77-78)

La propuesta de Gandhi no se queda en un simple deseo teórico, sino que es una praxis política tanto o mayor que la defendida por Marx. No sólo lu-

---

ra el resto de las citas, si bien se indicará la publicación de procedencia con iniciales: MGP, para esta señalada y SB para otra obra recopilatoria de los primeros escritos de Gandhi, *Selections from Gandhi*, publicada originariamente en 1948 por la misma editorial.

cha por la independencia de su país, —con los medios no-violentos en los que cree—, sino que crea toda una serie de pequeñas comunidades de personas que viven conforme a sus ideas y que han perdurado así hasta nuestros días. Además, participa activamente de la vida política de su país.

La construcción y justificación teórica es científicamente débil, ya que su solución de indisociabilidad entre política-ciencia-religión, posterga su contribución al mundo de lo exotérico, no académico, idílico o, en todo caso, simplemente religioso. Sin embargo, para Gandhi, su único interés era actuar en favor de la verdad. Incluso tuvo fases de euforia racionalista y siempre, en definitiva, concluía que la igualdad era un objetivo último por el cual el ser humano debería luchar y trabajar a lo largo de toda su vida. Esa es la verdad que dice perseguir, la que dará la paz al corazón del hombre, etc.

Gandhi cree en la igualdad justificando la creencia de que ésta es la verdadera naturaleza humana: la búsqueda constante de la paz de corazón consigo mismo y con todos y cada uno de los otros, que además son Dios y por tanto, no es permisible, ante eso, ni el más mínimo viso de falta de respetabilidad, sino que requieren una actitud casi de adoración; lo que impide, lógicamente, el empleo de la violencia, aunque nos duela. Pero, además de ser parte de Dios, los hombres son hombres y actúan con vanidad, equivocados, haciéndose daño. Entonces los demás hombres tienen el deber moral de indicárselo e, incluso de impedirselo. Al menos de no participar, bajo ningún concepto, en esa actuación errónea. Eso implica la posibilidad de ejercer una defensa no violenta, la resistencia pasiva, incluso en perjuicio de los intereses de otros y cuando esos intereses están en perjuicio del hombre.

Como es propio, no existe la diferenciación dicotómica que caracteriza las filosofías orientales entre razón y emotividad; Gandhi buscará no sólo la igualdad espiritual, sino también la material, pues ambas son indisociables.

<<Mi ideal sería una distribución igual de las riquezas. Pero me parece que estamos muy lejos de conseguirlo. En ese caso, hago todo lo posible para que se llegue al menos a una distribución equitativa>> (Gandhi, 1959:185; SB, 77).

Mantiene, en ocasiones, una concepción de la igualdad referida al umbral de las necesidades básicas

<<Para llegar al reparto igual de los bienes, es absolutamente necesario que cada uno tenga al menos con qué atender a las necesidades de su naturaleza>> (Gandhi, 1959:188; SB, 78)

Continúa el párrafo anterior con el ejemplo del hombre con mucho apetito, que necesita comer más que aquel que tiene poco apetito.

Sin embargo admite ciertas características desigualitarias en la sociedad y especialmente respecto al rol femenino.

<<Si hemos nacido iguales en nuestros derechos, no todos tenemos las mismas capacidades. Tiene que ser así necesariamente por la fuerza de las cosas. Por ejemplo, no podemos tener todos la misma talla o la misma inteligencia, etc.; así pues, por la misma de las cosas, algunos tendrán la posibilidad de ganar más que otros. Los que están mejor dotados en este aspecto emplearán sus talentos en ganar más. Si son bien intencionados contribuirán al bien público>> (Gandhi, 1959:199; SB: 82-83)

En el siguiente párrafo expresa suficientemente bien la idea de la desigualdad de sexos

<<A mi juicio, la educación adecuada de las mujeres no puede ser la misma que la de los hombres>> (Gandhi, 1959:228).

Sin embargo, esa actitud diferencial perceptible en el tratamiento del género es corregida por sus seguidores (Vasto, 1972:84)

La grandeza y peculiaridad de su igualitarismo hay que buscarla en otra dirección y, por extraño que pudiera parecer a los ajenos a su obra, en un nivel estructural, global y, en concreto, en aspectos de carácter sociolaboral. Y esto no es algo que se derive únicamente de sus intenciones, sino que ha sido llevado a la práctica en toda la cadena de pueblos y aldeas que formó y organizó en la India de su tiempo y que exportó a occidente por medio de las Comunidades del Arca, fundadas por Lanza del Vasto. Este último será especialmente crítico con la estructura social de las sociedades occidentales industrializadas, mostrada tanto en la aversión hacia las desigualdades como hacia las máquinas y todo aquello que constituye la esencia de ese sistema social.

<<La exagerada división del trabajo, tal y como se practica hoy día, el trabajo en cadena y la mecanización, es la destrucción del obrero, su conversión en polvo (ésta es la principal razón de nuestra aversión por la máquina. Se basa en nuestro respeto al trabajador y al trabajo)>> (Vasto, 1972:85)

La alternativa propuesta pasa por recomponer esa estructura social impidiendo la jerarquización laboral. La sociedad industrial genera diferentes posiciones sociales que constituyen en sí mismas, por el hecho mismo de su existencia, desigualdades. El esquema gandhiano exige prescindir de las mismas y encuentran la posibilidad de solventarlo con la rotación socioprofesional durante períodos vitales de dos o tres años. Es decir, una persona será carpintero durante dos años, luego será agricultor otra temporada, luego albañil, cocinero, tejedor o pastor de ovejas.

<<Cuando un hombre ha llegado a dominar su oficio, comienza el aprendizaje de otro oficio y desarrolla así nuevos talentos, se enriquece con nuevos conocimientos en lugar de inmolarse a la producción indefinida de objetos de la misma naturaleza>> (Vasto, 1972:85)

## 4. EL MAPA SOCIOLÓGICO DEL DISCURSO.

*“Sé  
que no eres el vapor  
intangible, blanco y fugaz,  
aunque desaparecido has,  
tras la ciudad de los muros de piedra”*

(Del poema *Merlín* de Carlos Faraco)



#### 4.1. ANÁLISIS EMPÍRICO Y ARGUMENTACIÓN TEÓRICA.

Como idea, la igualdad se presenta, en ocasiones, como reivindicación, mientras, en otras, convive con múltiples y variadas justificaciones de situaciones desigualitarias observadas. De hecho, la igualdad, no aparece, en el esquema de valores individuales, como un principio universalmente válido y dogmáticamente indiscutible, sino que se matizan los límites hasta donde eso se produce, así como las condiciones en las que se proclama y defiende su vigencia.

Desde su particular posición social, con su experiencia vital, su *background*, el individuo piensa y actúa, interioriza y expone, construye, en fin, la realidad, tal como él la concibe. El referente teórico individual en base al cual el individuo articula su pensamiento último, con sus complejos procesos de formación incluidos, constituye su conciencia: un esquema de valores, de principios, entre los cuales, la igualdad, es tan sólo uno más. Con ella, la libertad, la justicia, el principio de la eficiencia o la percepción, tan subjetivamente cargada, de la concepción del bienestar material, se articulan en un sistema que, más allá de lo estrictamente ideológico, se interrelaciona con lo formal, la realidad concreta y cotidiana que moldea y somete a contraste con el universo poblacional de las conciencias ideológicas.

Dada la variedad indefinida de experiencias vitales, la concepción de la igualdad se resuelve individualmente en diversidad. Pero, nada impide tipificar posturas, agruparlas y generalizar concepciones al respecto. Tales tentativas reduccionistas pecan, por definición, de cierta arbitrariedad, si bien quedan justificadas por la utilidad de las mismas. La construcción de tipos ideales responde a ese esquema comprensivo, útil por simplificar una realidad que empíricamente se hace indefinidamente compleja.

El concepto de igualdad, en nuestro entorno cultural, aunque múltiple y diverso, adopta formas modales, que vienen constreñidas por las concepciones respecto a los demás principios del esquema de valores individuales. Indagando en todos ellos a la vez, reaparecen discursos reiterativos, repetidos en diferentes voces, cada una de las cuales forma uno de esos *tipos-ideales*. La exploración personal de las valoraciones conceptuales se focaliza en una serie de cuestiones claves, tales como las que a continuación se especifican:

- Puede concebirse la *naturaleza humana*, como básicamente solidaria o, contrariamente, como dominada por principios como el egoísmo, la ambición y otros similares que conlleven cierto desigualitarismo natural.
- Las *diversidades humanas* pueden impedir la concepción igualitarista o justificar ciertas desigualdades. El papel conceptual que las diversidades humanas observadas en la realidad, desempeñan en cada esquema argumentativo personal, condiciona y focaliza los discursos igualitaristas, posicionando claramente a los individuos en unas coordenadas perceptibles y determinadas.
- Puede que la naturaleza humana sea igualitaria y el *sistema social* genere desigualdades o todo lo contrario; la naturaleza es desigualitaria y el sistema genera mecanismos de control, redistribución y equiparación. Se trata de una introspección en los esquemas alternativos teóricos que describieran respectivamente Hobbes y Locke.
- En qué *equalisandum* se defiende y postula la igualdad y, en concreto, buscando en las tres concepciones principales al respecto: la igualdad de condición, la igualdad de oportunidades y la igualdad de resultados.

- Se pueden encontrar referencias diferentes hacia la concepción del *bienestarismo* en el que se limita la igualdad. Éste es concebido generalmente como subjetivo y unos centrarán determinados aspectos como centrales y mientras que otros apuntarán hacia parámetros opuestos.
- Cómo se articula la igualdad con la *eficiencia* de las organizaciones e instituciones en las que ésta se plantea. Eso conlleva a que, en defensa de la eficiencia, se justifiquen ciertas desigualdades, se consideren útiles o, incluso, necesarias.
- Cómo compaginar igualdad y *libertad*. No es fácil defender a ultranza los dos principios, pues si cada uno hace lo que quiere, aún respetando no intervenir en la libertad de terceros, la igualdad se hace difícil de sostener, pues unos trabajarán más que otros, desearán más o preferirán los desarrollos de las capacidades de unas en vez de los de otras personas.
- También es posible plantearse el papel teórico y político de la *justicia*; si ésta debe tratar igualmente sólo los casos iguales o, si deberá ampliarse a la totalidad de los casos y, ello, con las implicaciones que conlleva de políticas de discriminación positiva, de políticas redistributivas, etc.
- El mantenimiento del *orden social* puede limitar ciertas reivindicaciones igualitaristas, aún cuando éstas se consideren situaciones ideales.
- Finalmente, es importante resaltar, también, una diferente *actitud* general en torno a la idea de la igualdad y hacia los planteamientos igualitaristas.

En definitiva, es posible reconstruir un mapa sociológico, de los discursos y las concepciones sobre la igualdad social, en función de las respectivas nociones con respecto a los temas enunciados: la naturaleza humana, el papel de las diversidades, el sistema social, el equalisandum, el bienestarismo, la eficiencia, la libertad, la justicia y la actitud general ante la igualdad. Todos ellos son perceptibles, latentes, en el discurso personal, mediante el cual se descubre la realidad construida por cada individuo.

<<Todo orden social produce representaciones, saberes inmediatos, de sí mismo. Esos saberes funcionan como matrices de discursos, como textos implícitos que producen discursos explícitos, discursos que hacen tolerable ese orden haciéndolo comprensible, produciendo una explicación global y compatible con todos los fenómenos que ese orden regula, una explicación que da razón de esos fenómenos>> (Ibañez, 1979:21).

Las opiniones personales, al respecto de estas cuestiones, perfilan un mapa sociológico sobre las concepciones igualitaristas en nuestra sociedad, perceptibles en la exploración discursiva, en entrevistas, textos, discursos en general, con una especial relevancia de lo que ha venido en llamarse investigación cualitativa<sup>1</sup>. Trabajando sobre los discursos, sobre lo implícito y lo explícito, ha sido posible construir cuatro tipos de concepciones, tales como las que posteriormente se detallan: la conservadora, la liberal, la socialista y la libertaria.

## 4.2. LOS MODELOS.

Históricamente, una doctrina igualitarista es una doctrina que sostiene la igualdad para el mayor número de hombres en el mayor número de aspectos (Bobbio, 1977:84). Esto es sostenible para la práctica generalidad del pensamiento

---

<sup>1</sup> En el transcurso de esta investigación he recogido más de cien redacciones personales abiertas sobre la concepción, valoración y opinión al respecto de la sociedad y más de una docena de entrevistas en profundidad, cuyos resultados se sintetizan a lo largo de este capítulo. Para la realización de las entrevistas he contado con la colaboración de mi colega José Antonio López Rey, gracias al cual, y a su buen hacer, esta síntesis ha sido posible.

político-social de las sociedades democráticas contemporáneas. Pero, dado el carácter ideal de la igualdad absoluta, es lícito hablar de teorías más igualitaristas y menos igualitaristas.

Bobbio (1977) señala que existen únicamente dos tipos de teorías igualitaristas<sup>2</sup>: las socialistas (o comunistas), que persiguen la igualdad política a través de la igualdad económica, y las teorías igualitaristas anarquistas, que perseguirían la igualdad económica a través de la igualdad política. Quizá sea excesivamente reductivista esa tipología y hay que recordar la importante y reciente tradición liberal igualitarista, cumplidora, por otra parte, de todos los requisitos que Bobbio otorga a las teorías igualitaristas.

Es posible abrir el abanico, pues, como señala Amartya Sen, toda postura política siempre reclama igualdad en algún aspecto (Sen, 1992:7). El problema es que si ampliamos en exceso el número de *modelos*, encontraremos un discurso diferente en cada persona. Por ello, es pertinente un criterio de parsimonia, que dé cuenta del menor número de situaciones, el modelo más simple, siempre y cuando no se pierda capacidad explicativa.

El método de investigación propuesto y empleado, en este caso, para resumir y modelizar<sup>3</sup> los discursos *observados* con respecto a la igualdad, en la sociedad española, ha constado, a muy grandes rasgos, de dos fases. En primer lugar, he observado discursos al azar; clasificándolos y contrastándolos con el mapa político social. Posteriormente, he profundizado en la categorías elaboradas tras la primera etapa, intentando contrastar la autonomía y significatividad de esos discursos.

---

<sup>2</sup> Bobbio aclara que puede concebirse el igualitarismo desde otra perspectiva, más radical y abstracta y, afirma que <<cualesquiera que sean las diferencias específicas, lo que caracteriza a las ideologías igualitaristas respecto a todas las demás ideologías sociales, que acaso admitan o exijan esta o aquella forma particular de igualdad, es la demanda de igualdad sustancial, en tanto distinta de la igualdad ante la ley y de la igualdad de oportunidades>> (Bobbio, 1977: 83).

<sup>3</sup> El empleo de metodologías de modelización discursiva con respecto a la igualdad, ya había sido empleado, entre otros, por Bobbio (1977: 83); Dworkin (1990: 39), Goldthorpe (1982: 181), Van Parijs (1991: 24), Parfit (1984: 143), Farrel (1992) y Nagel, (1991), entre otros.

De ello deriva un nuevo mapa sociológico de los discursos igualitaristas, no exactamente coincidente con el mapa político-social, aunque muy próximo a aquel. Frente al mapa electoral, que depende de los partidos que se institucionalizan en cada momento y en cada país, el mapa político sociológico suele ser más estructural y homogéneo. Responde, aunque sea forzando estereotipos que aquí se pretende que funcionen como tipos ideales weberianos, a una serie de modelos generales, entre los cuales destacamos como los más importantes: el conservadurismo, el liberalismo, el socialismo, el anarquismo libertario.

El *Conservadurismo* basa su peculiaridad en una igualación de la seguridad. El orden aparece como principio rector de su sistema de valores. La igualdad de oportunidades estará bien, habrá que potenciarla, siempre y cuando no perturbe el *status quo* establecido.

El *Liberalismo* basa la igualación en las oportunidades. Éstas pueden medirse o evaluarse directamente, como igualdad regulativa e indirectamente, como igualdad de hecho o de resultados. Ésta última, sin embargo, no es un objetivo liberal en sentido estricto, pues, por definición, los recursos son escasos (limitados) y las posiciones sociales mejor valoradas, también (finitas, limitadas y escasas).

Los *Socialistas* corrigen la igualdad de oportunidades por los resultados. No hay igualdad de oportunidades si los resultados son desiguales. El principio de la justicia entra en el sistema de valores exigiendo tratamiento igual para los iguales y tratamiento desigual para los desiguales. Eso abocará a una constante matización de la aplicación de cualquier política, ya que las diversidades humanas y las situaciones sociales de partida son diferentes y exigen actuaciones desigualitarias que son consideradas como más justas. El indicador de que son desigualdades viene dado, en definitiva, por los resultados. El abanico de posibilidades de modificaciones estructurales se abre desde un ala socialdemócrata, muy próxima a los liberales, aunque quizá con un mayor acento en ciertas correcciones de los resultados, pero primando la igualación de las libertades; hasta

un extremo comunista, que supeditaría la libertad en favor de la igualdad de resultados. De hecho, la libertad aparece como principio ético positivamente valorado en el esquema de valores socialistas, pero condicionada por las exigencias de la igualdad. Ello justifica el intervencionismo, primando la libertad positiva frente a la negativa<sup>4</sup>.

<<Los liberales han acusado siempre a los socialistas de sacrificar la libertad individual, que se alimenta de la diversidad de las capacidades y aptitudes, por la uniformidad y la nivelación impuesta por la necesidad de hacer a los individuos que conviven entre sí lo más semejantes posible; en la tradición del pensamiento liberal el igualitarismo deviene sinónimo de aplastamiento de las aspiraciones, de compresión forzada del talento, de la igualación improductiva de las fuerzas motrices de la sociedad. Liberalismo y socialismo hunden sus raíces en concepciones profundamente distintas; individualista, conflictual y pluralista, la liberal; totalizadora, armónica y monista, la igualitaria. Para el liberal el fin principal es la expansión de la personalidad individual, considerada abstractamente como un valor en sí misma; para el igualitario, el desarrollo armónico de la comunidad. Distintos son los modos de concebir la naturaleza y las tareas del Estado: limitado y garante el Estado de los primeros, expansionista e intervencionista el Estado de los segundos. Esta diversidad no cierra la posibilidad de síntesis teóricas>> (Bobbio, 1977:91-92).

En el *anarquismo libertario*, la libertad se convierte en el sumo valor. Esto no contradice su espíritu igualitario, que, por el contrario, aparece asumido con claridad e intensidad, pues lo que tratan es de igualar libertades, tanto en oportunidades como en resultados. Los libertarios aceptan una clara distinción entre omitir y el actuar, argumentado en base a que las omisiones no pueden ser causas; conceden preeminencia a la libertad negativa sobre la positiva (prácticamente ignoran la positiva).

Si comparamos cada uno de los modelos en un aspecto específico del discurso (des)igualitarista, observaríamos nítidamente diferencias sustanciales.

---

<sup>4</sup> Estas distinciones entre libertad negativa y positiva, así como otras en esa misma línea, (por ejemplo la diferente concepción de las obras u omisiones o la valoración de los razonamientos subjetivos) son analizados por Farrell (1992), quién a su vez remite a Peter Singer, <<Famine, Affluence and Morality>>, *Philosophy and Public Affairs*, vol. 1, nº 3, 1972.

Así, por ejemplo, respecto al equalisandum, para las ideologías igualitaristas socialistas, el ámbito evaluativo de la igualdad debe medirse en el entorno de los resultados; para los anarquistas o libertarios, el ámbito evaluativo es la libertad igual y total para todos los individuos; los liberal igualitaristas, por su parte, entienden que la igualdad debe medirse en el entorno de las oportunidades; los conservadores, por su parte, encontrarán justificable la igualdad de oportunidades pero desconfiando de que la misma sea empíricamente posible, útil y constatable.

Un ejemplo de contraste significativo entre estos cuatro modelos, responde a la puesta en común de dos variables factoriales, una de ellas referida al gradiente valorativo individuo-estado (colectividad) y, otro, referido al papel del mantenimiento de orden-transformación de sistema. Dicha puesta en común dará lugar al siguiente esquema:

Cuadro nº 20  
**MODELIZACIÓN EN BASE INDIVIDUALISMO Y ACTITUD TRANSFORMADORA**



Mientras liberales y conservadores valoran positivamente el mantenimiento del orden social y del *status quo* dominante, socialistas y libertarios proponen una transformación sustancial del mismo, aún cuando eso conlleve una clara alteración de la paz social. Por su parte, liberales y libertarios se encuentran a la hora de criticar el papel intervencionista del estado, que defenderán



tanto conservadores como socialistas. Este segundo eje, contrasta incluso las posiciones doctrinales con respecto a la perspectiva personal frente a la impersonal (la preponderancia del individuo o de la colectividad<sup>5</sup>).

Alternativamente, aplicando el esquema propuesto por Farrell (1992), basado en el diferente papel que en cada tipo de modelo discursivo juegan las tres variables propuestas en su modelo<sup>6</sup>, obtendríamos una tipología similar, al tomar cada uno de los cuatro grupos los atributos siguientes:

Cuadro nº 21  
**MAPA SOCIOLÓGICO DE LA LÓGICA DISCURSIVA DERIVADA DE LOS ESQUEMAS DE VALORES, SEGÚN EL ESQUEMA ESBOZADO POR FARRELL**

	Distinción entre omitir y actuar	Valora la libertad negativa	Existencia de razones subjetivas
Libertarios	SI	NO	SI
Socialistas	NO	SI	NO
Liberales	NO	SI	SI
Conservadores	SI	SI	SI

En fin, valgan de introducción, estos dos ejemplos de modelización y tipificación de los ejes discursivos con respecto a la igualdad –en los que se perfilan sintéticamente las cuatro posiciones señaladas– y que, a continuación, vamos a desentrañar de forma ilustrada, una a una, con el objeto de obtener una mayor comprensión de sus perfiles y diferencias, a la vez que mostrar algunos de los principales resultados de la investigación empírica al respecto.

<sup>5</sup> <<Un punto de vista impersonal produce en cada uno de nosotros una potente exigencia de imparcialidad e igualdad universal, a la vez que el punto de vista individual hace brotar motivos y exigencias individualistas que obstaculizan la búsqueda y realización de aquellos ideales>> (Nagel, 1991:12).

<sup>6</sup> Farrel (1992) propone distinguir las filosofías contemporáneas en base a la controversia suscitada en torno a tres temas. En primer lugar, ha si existe se considera relevante la diferencia entre hacer y dejar de hacer, –obrar u omitir–. En segundo lugar, la preeminencia que se otorgue a la libertad negativa sobre la positiva y, en tercer lugar, la importancia relativa que jueguen las razones de carácter estrictamente subjetivo.

### 4.3. CONSERVADORES.

Frente a la amplia aceptación de los principios igualitaristas y a pesar de las importantes discrepancias en cuanto a su definición y ámbitos evaluativos, una parte de la sociedad, representante del ala más conservadora de la misma, ha mantenido siempre una actitud crítica hacia la igualdad, no sólo por la restricción limitativa de la libertad, sino también, por la falta de respecto a las tradiciones, al mantenimiento del orden social establecido por éstas, y a la ineficacia práctica que se derivada de plantear la igualdad como un objetivo político-económico.

W. H. Mallock, un británico escéptico ante la democracia, y tal vez el más capacitado pensador conservador de finales del siglo XIX, refleja en su obra *The Limits of Pure Democracy* (1917) su ironía hacia la creencia de que la igualdad de oportunidades era efectiva en su sociedad o en la sociedad americana en la que insistía Tocqueville. Mallock arguye que la civilización procede únicamente de la aptitud de unos pocos creadores, y que la igualdad completa significaría el fin del progreso económico y de la cultura. A este respecto, escribe: <<La petición de igualdad de oportunidades puede, ciertamente, presentar en su superficie ciertos aspectos revolucionarios; pero en realidad –y en su verdadera naturaleza– es un síntoma de moderación, o más bien de conservadurismo no propuesto, del que la masa de hombres normales no puede, aunque quisiera, despojarse. El deseo de igualdad de oportunidades –el deseo del derecho a ascender– es el deseo a alcanzar alguna posición o condición que no es igual, sino que es, por el contrario, superior a cualquier posición o condición que esté al alcance de los talentos de todos>><sup>7</sup>.

Buena parte de las justificaciones de ese inigualitarismo conservador – que no debemos confundir con el preconizado por los libertarios– se basa en la constatación empírica de que las desigualdades han existido siempre y en la cre-

---

<sup>7</sup> Citado por Daniel Bell (1973:491).

encia de que es imposible solventarlas en la práctica de la diversidad humana y social.

<<Es obvio que las grandes desigualdades son insuperables [...] Jamás las taras y defectos podrán pesar en la balanza del existir como las virtudes>> (Moure-Mariño, 1982:9).

<<El conservador está inspirado en principios perfeccionistas, muchas veces derivados de preceptos religiosos: hay ciertos tipos de vida superiores a otros, y el individuo puede ser obligado a adoptar un determinado tipo de vida>> (Farrell, 1992:9). Con el ejemplo sobre las drogas se entrevé la diferencia entre liberales y conservadores. Los primeros la aceptan, legalmente, en nombre de la autonomía individual, el conservador la proscribe, en nombre de un perfeccionismo en la conducta social y moral.

El conservadurismo mantiene que las posturas liberalistas minan la estructura social, el orden social tradicionalmente consensuado y, por ello, defendible. La diferenciación y jerarquización social aparece como instrumento vital para el mantenimiento del orden social <sup>8</sup>.

Los precedentes teóricos antiigualitarios han pretendido buscarse en construcciones doctrinales tan diversas como las de Hobbes, Hegel, Tocqueville o Tane (Nisbet, 1986:75). Burke, y más tarde, Dawson, Elliot y Kirk, construyen algunas las propuestas doctrinales más importantes.

Contra las pretensiones igualitarias también se han alzado multitud de voces en la década de los ochenta (Valcárcel, 1994:12), en todos los países de nuestra área cultural. Minc, Bloom, Berger pueden ser las más orientativas. Minc (1987) afirma que hay desigualdades variadas y por tanto indistintas a causa del funcionamiento del Estado de bienestar que las ha desactivado logrando como mucho una enorme clase media y también porque se ha producido la

---

<sup>8</sup> La vida –dirá Moure-Mariño en su obra justificativa del pensamiento desigualitarista La desigualdad humana– es un continuado proceso de diferenciación, y, por lo tanto, de desigualdad (Moure Mariño, 1982:38). En otro momento será explícito afirmando que <<la jerarquía y el escalonamiento, no sólo de los que mandan a los que obedecen, sino en las más diferentes funciones, es nota característica de toda sociedad>> (*Ibid.*, p. 49).

quiebra de la cultura universitaria como baremo absoluto. <<Lo que ayer eran desigualdades materiales, hoy son desigualdades psicológicas>> (Minc, 1987:89). Sin duda hay ahora profundas desigualdades, pero crean excluidos, no una clase revolucionaria, si bien hay que esperar que resucite bajo otras formas en el siglo XXI, formas que brotarán del compromiso ético.

Bloom<sup>9</sup> (1990) es contundente: el igualitarismo introducido en la tradición cultural de Occidente por los filósofos, que además para nada eran ellos mismos igualitaristas, amenaza todo producto superior. Amparándose en Tocqueville, a quien considera un aristócrata del *ancien régime*, afirma que la igualdad puede destruir la justicia y que desde luego destruye la cultura. Y además, el universalismo ético, —que es la otra presentación del igualitarismo, como Bloom interpreta a Rawls— incluye la falta de respeto de cualquier ser humano hacia sí mismo y hacia otro a fin de que pueda aparecer la noción de interés común.

Para Berger (1988) todo el discurso de la izquierda es un mito. La eficacia del propio mercado para producir redistribución de la riqueza siempre será mayor que la de cualquier política dirigida. El Estado democrático ya es de por sí benefactor que interviene constantemente en la economía y distribuye derechos. Privilegio, poder y prestigio también están sometidos a su propio mercado y la movilidad social depende de la propia industrialización. Peter Bauer (1981) hace una enérgica defensa a favor de que todos tengan el mismo derecho a disfrutar de lo que han “producido”. Dumont (1976:25) habla de nuestra sociedad contemporánea como compuesta por dos polos opuestos, el individualismo y la igualdad, a la vez que crea la economía como discurso validante de la acción individual y social. El holismo que así se pierde habrá de reconstruirse por otras vías, las totalitarias, que son naturalmente indeseables, o las religiosas.

<<Las doctrinas no igualitarias presuponen no ya la consideración de la fundamental e invisible desigualdad humana, sino la apreciación

---

<sup>9</sup> Bloom (1990): *Gigantes y enanos: interpretaciones sobre la historia sociopolítica de occidente*. Citado por Valcárcel (1994), en pag. 12.

positiva de esta o aquella forma de desigualdad, ya sea entre individuos más o menos dotados por la naturaleza en lo que concierne a la fuerza física, a la inteligencia o a la habilidad, ya sea entre razas, estirpes o naciones; presuponen, en otras palabras, un juicio de valor opuesto al de las doctrinas igualitarias, o bien el juicio de que esta o aquella forma de desigualdad es provechosa o sin más necesaria para el equilibrio o para el progreso civil y, por tanto, el orden social debe respetar y no abolir la desigualdad entre los hombres o, al menos, las desigualdades que son consideradas social y políticamente relevantes>> (Bobbio, 1977:88)<sup>10</sup>.

Miguel Herrero de Miñón, en su artículo *La igualdad vista por un conservador*, tras definirse como tal, expone en qué consiste ser conservador en la sociedad actual y cómo ser conservador es no sólo compatible sino necesariamente igualitario. Él mismo reconoce la creencia habitual de que ambos términos se emplean politológicamente como antónimos y lo ilustra con aportaciones de Nisbet, Tocqueville o Burke. Sin embargo, él si defiende su integración en base a que el conservador defiende la libertad como imperativo moral y ello precisa de una defensa de la igualdad para que aquella pueda ser real.

El conservador cree en la igualdad ontológica de los hombres, como imperativo filosófico. <<Los hombres todos tienen la misma naturaleza y la misma dignidad y esta igualdad trasciende las diferencias originarias y adquiridas, individuales y sociales, también ha de traslucir a través de tales diferencias>> (H. de Miñón, 1992: 66).

La igualdad es una exigencia de la libertad, al igual que la estructura jerárquica derivable de los procesos de socialización, porque si los hombres no fueran iguales, los cometidos carecerían de libertad y si no hubiese jerarquías, la sociedad se volvería ingobernable e ineficiente<sup>11</sup>.

---

<sup>10</sup> Desde el momento en que las sociedades actuales son básicamente desigualitarias, los antiigualitaristas son alineados en el entorno conservador, sin bien, algunos de ellos, como veremos, están más próximos a posturas anarquistas.

<sup>11</sup> La preferencia conservadora por la estabilidad les lleva a preferir una élite, más o menos amplia, como factor de cambio, apoyándose en el supuesto de que la concentración de bienes, sean políticos, económicos o de cualquier otra naturaleza, pueden contribuir a un mejor diseño de las estrategias generales. <<La desigualdad implica poder y el poder,

<<Las jerarquías sociales que el conservador propugna y los límites a la igualdad que resultan de la estructura institucional [...], no pueden olvidar este imperativo categórico, consecuencia moral de su previa formulación metafísica: la consideración del hombre, de cada hombre, como un fin en sí>> (Herrero de Miñón, 1992:66).

El conservador va, de esta forma, sumando argumentos que justifican las desigualdades y a éstos se añaden, el respeto hacia las libertades individuales, la creencia en la santidad de las tradiciones, la constricción cultural moldeada a lo largo de la historia y, lo que es muy importante, una serie de principios políticos que derivan en la conservación del orden público, como principio de eficiencia social. En este último sentido, para los conservadores, la primera institución a mantener es la comunidad nacional, lo cual implica, *a*) que los miembros de una nación, por el simple hecho de serlo, son iguales en ciertos(s) aspecto(s) y, *b*) la existencia de la Nación y la configuración real de esta como tal, excluye la posibilidad de ciertas desigualdades, imponiendo unos mínimos de solidaridad, frecuentemente ligados a la seguridad y a la paz social, en general.

En la práctica la idea de igualdad se traduce en una serie de dimensiones: igualdad ante la ley, igualdad en la ley (de las costumbres y tradiciones), igualdad de oportunidades (concebida no como un punto de partida, sino como un fin). De hecho, la igualdad es concebida como algo instrumental y no un fin en sí misma.

Los conservadores no aceptan el dilema de que porque algunos no tengan la posibilidad de optar, ninguno pueda tenerla. Así justificarían su aceptación de la monarquía y otros privilegios hereditarios y cuantitativamente (muy) limitados.

<<La igualdad de oportunidades que los conservadores conciben está limitada por el respeto e incluso la tutela de esa desigualdad que supone la herencia, en todos sus aspectos económicos y no económicos que, indudablemente, sitúa mejor a unos que a otros>> (Herrero de Miñón, 1992:69).

---

capaz de conservar, es también un imprevisible factor de cambio>> (Herrero de Miñón, 1992: 66).

De esa lógica se sigue que no puede haber, por ejemplo, igualdad total en el sistema educativo, pues no todos tienen los mismos talentos naturales, ni las mismas capacidades ni realizan los mismos esfuerzos ni tienen los mismos intereses, profesionales y morales.

Los límites de la igualdad vendrán dados por tres consideraciones: La primera deriva de la pertenencia a un cuerpo político que refiere la igualdad a los miembros de una comunidad (estado, nación, o infra) y sólo aproximativamente a los que están fuera de esa comunidad <sup>12</sup>. La igualdad es mayor entre los conciudadanos y se diluye para con los extranjeros que dejan de ser tan isónomos, aunque se les considere iguales en dignidad, pero al margen de la igualdad ante la ley, oportunidades, recursos, etc. La Nación define el arco de igualdad conservadora, que además encuentra otra multiplicidad de argumentos justificativos, como que la igualdad sólo es posible en un marco cultural delimitado, no excesivamente plural.

En segundo lugar, las instituciones sociales relevantes, estructuran, definen y dan forma a la sociedad, siendo ellas la clave de la existencia de la comunidad como tal, por encima de los individuos (tal como reclamaban los liberales) o los grupos sociales (sobre los que hace hincapié la visión socialista), lo que conlleva un respeto de las mismas y de los roles que ellas configuran, como la patria potestad, o los puestos directivos de cualquier organización, lo cual implica la existencia de desigualdades.

Finalmente, es preciso atender a la jerarquía de valores para calibrar el alcance de la igualdad, dado el carácter éticamente pluralista de la sociedad conservadora, aún a pesar de la cerrazón ideológica a la que popularmente se le posterga. La defensa de los valores, diversos, requiere una defensa de las desigualdades, pues no todos quieren ni valoran lo mismo. Por que además, los va-

---

<sup>12</sup> Véase esto en la Constitución Española de 1978, en artículos 14 y 13.1.

lores no sólo son diversos, sino que se ordenan en una jerarquía. Una actitud conservadora conduce a fomentar lo valioso frente a lo que no lo es.

Cuadro nº 22.

**LA NOCIÓN CONSERVADORA DE LA IGUALDAD<sup>13</sup>**

La <i>propugnan</i>	a) Como exigencia de la ética de la dignidad humana b) Como consecuencia jurídica de la libertad, entendida en tanto que seguridad. c) Como imperativo político de la integración de la comunidad.
La <i>entienden en</i> :	a) El imperio de la ley b) Las oportunidades comunes mínimas c) La ausencia de privilegios limitativos
La <i>limitan</i> :	a) En los órdenes concretos cuya naturaleza institucional implica jerarquía b) En sedimentaciones culturales como plus de capacitación aunque no de legitimación c) En la jerarquía de valores

El profundo respeto que el conservador muestra hacia los valores tradicionales y la costumbre, genera una lógica que sustenta sus argumentos en la realidad observada del pasado, con ejemplos permanentes de desigualdades, lo que aboca a una actitud desconfiada hacia quienes pretenden situaciones sociales diferentes a las conocidas, que, aunque positivamente valoradas, serán tildadas de utópicas.

En realidad, el conservadurismo derivará en dos concepciones aparentemente distantes (Goldthorpe, 1990:39) en la que una de ellas, el conservadurismo clásico, legitima las desigualdades y todo el *status quo* observado, en contra de cualquier cambio estructural de los privilegios y la propiedad. Por otra parte, el conservadurismo moderno, de carácter muy próximo a los liberales, insiste en ser una doctrina también igualitarista, a pesar de continuar negando cualquier posibilidad de cambio social estructural.

<sup>13</sup> Construido a partir de Herrero de Miñón, 1992: (especialmente p. 74)



El conservadurismo moderno, encuentra un principio igualitarista en la igualdad de condición del ser humano en cuanto a tal<sup>14</sup>, con matices de imperativo ontológico, próximo a lo espiritual.

Pero el conservador desconfía de las ideologías igualitaristas que parten de la concepción originaria de la igualdad humana, más allá de cierta igualdad de condición, traducible en términos jurídicos, pero que no debe conllevar una igualdad de bienestar. Un cargo político en la Administración española, militante del Partido Popular indica:

“Yo no estoy de acuerdo en que los hombres sean iguales, de forma absoluta y general. El hombre está condicionado por una serie de normas de convivencia, de una serie de derechos adquiridos que hay que respetar. La mera existencia de los seres humanos no implica que los hombres tengan que ser todos iguales. Si iguales en una serie de derechos mínimos, pero no más allá de eso.” (E-D, 17)

El conservador justifica la existencia de desigualdades en base a la concatenación lógica de una serie de argumentos entre los que sobresale, en primer lugar, el origen diverso de los seres humanos. Esto puede ilustrarse en las palabras pronunciadas por un ciudadano español, militante del Partido Popular, que se autodefinía, además, a sí mismo, como conservador:

“Actualmente sabemos que las infinitas combinaciones del ADN producen un número infinito de individuos diferentes. No hacía falta tanta ciencia como la que tenemos ahora para llegar a la conclusión de que no somos iguales. No hay un árbol igual a otro, no hay un caballo igual a otro, no hay un hombre igual a otro, etc. La igualdad se repite en todas las Constituciones, en todas las propagandas políticas precisamente por no ser un concepto evidente, que se demuestre por sí mismo, sino que tienen que convencernos de que es posible, aunque la evidencia nos esté mostrando todo lo contrario” (E-D, 15)

Partiendo de la diversidad natural, se hace uso de la fuerza argumental de la historia y de la experiencia, para mostrar que no hay evidencias de una

---

<sup>14</sup> “Todos somos diferentes, pero todos somos personas y eso es lo que nos iguala”, señala una joven militante de Nuevas Generaciones del Partido Popular (E-D, 16).

igualdad humana más allá de esa condición que une a todos los hombres y mujeres: su carácter humano. Sobre ellas persisten las desigualdades, que forman parte de los talentos diferenciados de cada persona, de los cuales tendrá que hacer el mejor uso posible (y el desarrollo mejor de ellos es lo considerado como éticamente justo), justificando así las desigualdades observadas resultantes, en base a la necesidad de eficiencia social y en el contexto del orden preestablecido. Veamos esto en la argumentación de un joven que manifestaba así su acuerdo con las existencias de jerarquías sociales:

“La desigualdad existente en la sociedad española es una desigualdad necesaria y justificada [...] Nuestra sociedad no podría sobrevivir sin determinadas profesiones, como los médicos o los políticos, pero sí podría prescindir de camareros o dependientes de supermercados. Es por tanto obvio que los primeros ganen más que los segundos. Si promocionásemos la construcción de una sociedad homogénea caeríamos en la mediocridad y encaminaríamos nuestra sociedad hacia un estancamiento que llevaría a la descomposición del país. La mayor potenciación y premio de las actitudes de mayor importancia, promueve la competitividad y el desarrollo en beneficio nuestro y de nuestra sociedad” (R-D, 27).

El conservador defiende con frecuencia ciertos mínimos de bienestar material para el mayor número de personas, pero lo restringe conceptualmente a su prójimo, a los isónomos, a las personas que tiene más próximas. Esto, que se hace muy patente en los discursos conservadores, ha sido explicado en términos de un gradiente de proximidades, como señala el profesor Rivera:

<<Hay un gradiente de altruismo según el cual nuestra inclinación a atender solidariamente las necesidades y deseos de nuestros semejantes decae sin remedio y sin parar a medida que dilatamos el círculo de nuestros contactos. Por la razón que sea, no estamos hechos para el altruismo indiscriminado o insensible a la escala [...] En los órdenes sociales extensos es la búsqueda de beneficios, y no la solidaridad el principal acicate que nos mueve a atender a los demás>> (Rivera, 1997: 10).<sup>15</sup>

---

<sup>15</sup> RIVERA, J. A. (1997): <<Los liberales y la igualdad>>, artículo de opinión aparecido en el diario EL PAÍS, de 6 de febrero de 1997, p. 10.

En general, el discurso conservador es reincidente en sus ideas de que las desigualdades son concebidas de forma natural “siempre las hubo y siempre las habrá, e intentar luchar contra ellas puede quebrar el orden social” (R-D, 35). “Las desigualdades sociales son un hecho tanto histórico como real. La existencia de desigualdades es algo con lo que la historia de la humanidad ha tenido que convivir desde el principio de la misma” (R-D, 40). “La única sociedad igualitaria es la que diseñamos en nuestra mente” (R-D, 53). “La reivindicación de una sociedad igualitaria es totalmente inaceptable o ¿Acaso un obrero debe ganar lo mismo que un médico? (R-D, 54). “Los hombres son seres desiguales, que deben aprender a convivir con su propia naturaleza desigualitaria y que deben ser capaces de sacar de dentro de sí todo aquello que los hace particulares” (R-D, 75).

La actitud personal ante las reivindicaciones igualitaristas es de cierta pasividad personal, como derivación lógica de las múltiples desconfianzas que aparecen tras tales reivindicaciones<sup>16</sup>, incluso aunque se consideren “idealmente” como positivas.

“Las grandes transformaciones, las revoluciones, son violentas, y no son buenas. Nunca llegaremos a ser iguales, aunque yo lo desearía, pero poco a poco, después de muchos años, puede que se consiga algo más de igualdad. Pero en ningún caso impondría nada por la fuerza y tendría mucho cuidado con imponerle nada a nadie” (E-D, 16)

#### 4.4. LIBERALES.

El liberalismo ha mantenido siempre una relación ambivalente con el fenómeno del pluralismo y la diferencia. De un lado, ha gustado presentarse como el principio valedor de la pluralidad de intereses, formas de vida o concepciones

---

<sup>16</sup> Con la misma lógica de desconfianza aparecerá una clara crítica hacia las políticas de afirmación positiva o de discriminación positiva. Dichas políticas se conciben como desigualitarias y sirven para reafirmar su postura desigualitarista de afirmación de lo normal de la existencia de desigualdades basadas en las diferencias naturales (E-D, 16).

del mundo, pero, de otro, ha tomado siempre consciencia de su carácter esencialmente desintegrador de la convivencia social (Vallespín, 1995:26). En última instancia, el juego del principio hobbesiano de la paz social y el lockeano de la tolerancia y pluralismo han sabido conjugarse en una doctrina, que con sus posteriores añadidos teóricos, como el principio de la participación y publicidad roussoniano, o el de autonomía moral kantiano —por obviar otras contribuciones ya conocidas—, han acabado por confluir en nuestros días en un sistema hecho de retazos de una multiplicidad de tradiciones filosóficas, pero también de las más diversas experiencias históricas.

El liberal mantiene una posición amplia y abierta sobre la naturaleza humana. Ésta está caracterizada, por un lado, por múltiples diversidades, que dificultan el igualitarismo y, por otro, por sentimientos heterogéneos de los seres humanos, que se desarrollan en un *continuum* entre lo solidario y lo antisolidario<sup>17</sup>.

Respecto a lo primero, a la asunción diferencial de las características personales e individuales, es apreciable, en general, como pilar, la existencia de cierto inigualitarismo de partida. En la argumentación liberal se repiten inicios de frases como: “Bien, los seres humanos somos todos diferentes unos de otros. Eso es evidente ¿No?”. (R-D, 13; R-D, 19; R-D, 25; R-D, 66; R-D, 67) Tales diferencias, sin embargo, no son concebidas como desigualdades, sino simplemente como eso, como diferencias (R-D, 42; R-D, 66).

Respecto a lo segundo, al carácter dual de la acción ética del individuo, aparecen teorizaciones explicativas, desde las posturas más manifiestamente próximas al liberalismo, como la expuesta por el filósofo José Antonio Rivera, que basa esa dualidad en que en las pequeñas organizaciones es posible plantearse un mayor nivel de igualdad social en todos los sentidos, pero, a medida

---

<sup>17</sup> Una política liberal indicaba: “Yo considero que el hombre es a la vez solidario y antisolidario. Existen condicionamientos físicos que hacen a los hombres desiguales, pero a su vez, existen otros que los hacen básicamente iguales” (E-D, 14).

que crece el tamaño de las mismas, la igualdad debe dejar paso la eficiencia social.

El liberal cree que la libertad negativa –la libertad para *no* hacer algo– carece de importancia, limitada a ella sola; esto es, si nunca conduce a la libertad positiva. Además, el liberal cree, como el conservador, que debe existir *imposición* de deberes positivos, pero, a diferencia de aquel, considera equivalente “lo hecho” activamente, como lo omitido, siempre y cuando sea una omisión libre y consciente (Farrell, 1992). Ello conlleva una mayor asunción de responsabilidad ante las desigualdades, aunque no fueran causadas directamente por sus actuaciones personales, si existe posibilidad de remediarlas.

El pensamiento liberal simpatiza con el concepto de igualdad, pero referirá el mismo a la igualdad de oportunidades<sup>18</sup>, reivindicando la abolición de todo tipo de privilegios adscriptivos, aunque justificando las desigualdades de resultados, observables en organizaciones e instituciones, en aras de otros principios que consideran superiores.

<<Para un liberal el valor de la igualdad –al que él también se adscribe– se comporta más bien como un subproducto, es decir, como un estado de cosas que se alcanza mejor cuando no nos proponemos obtenerlo directamente, sino en realidad como resultado colateral de la consecución de otros valores>> (Rivera, 1997: 10)<sup>19</sup>

Un responsable político español, que se autodefine como liberal, es explícito a este respecto:

“La idea de igualdad es una construcción filosófica, derivada de la Revolución Francesa, que estuvo bien en su momento, como la Libertad y la Fraternidad, pero hay otras ideas, que también hay que tener en cuenta” (E-D, 14).

---

<sup>18</sup> Así, el liberal hablará fundamentalmente de igualdad de derechos (J. M. Maravall, 1993:15).

<sup>19</sup> RIVERA, J. A. (1997): <<Los liberales y la igualdad>>, artículo de opinión aparecido en el diario EL PAÍS, de 6 de febrero de 1997, p. 10.

El liberal justifica las desigualdades que favorecen el desarrollo positivo de la sociedad, las desigualdades que revierten en eficiencia social. Un joven estudiante de sociología indicaba:

“La desigualdad es pues un incentivo o quizás el resultado de una lucha continua por superarnos. Eso es lo que nos lleva a evolucionar y mejorar nuestras condiciones, de ahí que sea necesaria. Quizá sea el afán de supervivencia y el egoísmo, el origen de las desigualdades, pero mientras éstas provoquen desarrollo y evolución, serán útiles” (R-D, 70).

El sistema social se concibe como una estructura necesariamente desigualitaria y las desigualdades observables en ella serán justificadas siempre y cuando no perjudiquen a los principios básicos del esquema de valores liberal, especialmente, los relativos a la libertad personal y a la eficiencia social. Del mismo modo, serán reivindicadas en aquellos aspectos en los que se observen desventajas, de oportunidades, que, si dejaran de existir, contribuirían a una mayor capacidad de desempeño de la libertad personal y de la eficiencia. Aparecen así los elementos que desdibujarán el sentido de la justificación desigualitaria frente a la reivindicación alternativa, conviviendo en el mismo discurso individual<sup>20</sup>.

“Mientras nuestra sociedad siga funcionando bien, seguiremos apoyándonos sobre estas desigualdades” (R-D, 71).

El equalisandum igualitarista es la igualdad de oportunidades y de acceso a los mecanismos institucionalizados que se conciben como puertas de acceso a los niveles superiores de la escala social (legítimamente desigualitaria). La competitividad en un marco de libertad aparece pues como el ámbito idóneo en

---

<sup>20</sup> El liberal no tiene nada en contra de la igualdad, contrariamente, forma parte de su esquema de valores positivos, pero, en ocasiones, entra en contradicción con otros. Esto queda claramente explícito en palabras de un Catedrático de Filosofía: <<Mis simpatías por el liberalismo no me impiden ver, sin embargo, la pertinencia moral de algunas de esas políticas redistributivas en punto a corregir desigualdades arbitrarias en el reparto inicial de oportunidades y recursos entre los miembros de la misma sociedad, pero en cualquier caso estas medidas rectificadoras no deberían nunca robar a éste su protagonismo si se desea que la sociedad siga siendo libre y próspera>> (Rivera, 1997)

el que se desarrolle tal equiparación de oportunidades. El filósofo al que aludíamos anteriormente (J. A. Rivera) se expresaba así a este respecto:

<<El mercado tiene fallos, no cabe duda, pero habrá que seguir haciendo uso de él en tanto no demos con un mecanismo alternativo que lo haga tan bien como el mercado allí donde el mercado lo hace bien, y que, además, triunfe allí donde el mercado fracasa>> (Rivera, 1997).

Precisamente, la alusión que el profesor Rivera hace de los fallos y desajustes sociales observados en una sociedad dominada por el mercado libre, acaba dirigiendo la atención de los sectores críticos hacia las situaciones de discriminación, exclusión y pobreza. El liberal se defiende ante eso:

<<En una disputa entre un antiliberal y un simpatizante del liberalismo, el primero acabará poniendo sobre la mesa antes o después a los pobres del mundo, al tiempo que espeta al otro una mirada reprobadora cuyo contenido aproximado es éste: “¿Ves? a esto es a lo que conduce la tan cacareada competencia: Vuestra es la responsabilidad por la polarización creciente entre pobres y ricos”>> (Rivera, 1997)

La igualdad se concibe en la práctica como un conjunto de mínimos, especialmente en el campo de los derechos, pero también como un mínimo de bienestar. Sin embargo no hay máximo. De esta forma, para el liberal, desde el momento en el que desaparecen las condiciones de miseria y de pobreza y desde el momento en el que todo el mundo tiene garantizados sus derechos jurídico-políticos, las desigualdades son justificables, en sus máximos, bajo el pretexto, fundamentalmente, de que la sociedad funciona mejor, que las responsabilidades son siempre diferentes –incluso las capacidades personales– y que el bienestar está fuertemente cargado de valores subjetivos.

En todo caso, el liberal mantiene una posición optimista en cuanto al papel que desarrolla el sistema social en la consecución de mayores niveles de igualdad social, si bien la implicación personal no se aprecia como muy intensa. Tales consecuciones aparecen relegadas en el discurso a los poderes institucionales.

“La igualdad se construye evolutivamente, paso a paso, con consecuencias que se concretan en la realización de sociedades cada vez más democráticas” (E-D. 14).

## 4.5. SOCIALISTAS.

El pensamiento que concebimos como socialista, se aproxima al liberal en cuanto a la similar concepción de la naturaleza humana y al papel que las diversidades tienen en la diferenciación natural entre personas. Sin embargo, el socialista mantendrá una postura y una actitud política manifiesta de reivindicación igualitarista, reclamando no sólo la equiparación de oportunidades, que postulaban los liberales, sino una mayor igualdad de resultados, insistiendo en que esos resultados son observables no sólo en las cuestiones materiales, sino en otras no tan tangibles, como la alienación o la explotación.

Sin embargo, como ha señalado Dworkin (1990:39), una parte de mapa político socialista —constatable empíricamente en los discursos de los representantes de la izquierda española—, no difieren de lo que se pueden escuchar en lo que convenimos en llamar “derecha política”. La diferenciación de ambos modelos discursivos, según Farrell (1992: 25-26), podrá encontrarse en la defensa clara, desde las posiciones socialistas, de la imposición de deberes positivos, especialmente desde la esfera del Estado, aunque también extensible a la organización de las relaciones en otras instituciones. “La sociedad tienen que generar mecanismos que limiten el poder de los empresarios. Y nosotros somos los que tenemos que generarlos y exigirlos” (D-9). Sin embargo, el socialista contemporáneo, se halla frecuentemente próximo a la economía de mercado, limitada pero ampliamente justificada. En este sentido, un político socialista manifestaba: “Los regímenes socialdemócratas son los que más se acercan a la realidad, porque el socialismo puro, como teoría es perfecto, pero en la práctica deriva en una socialdemocracia” (E-D, 12).



El socialista entenderá como propia la defensa del igualitarismo y desde amplios sectores poblacionales, tienden a identificarse los conceptos de socialismo e igualitarismo (Guisán, 1992). Con ello, se está posicionando en el polo opuesto a los defensores de la “libertad de mercado”, como sinónimo de régimen capitalista, y hacia este sistema se dirigirá un discurso crítico que verá en el mismo, y en sus pilares esenciales, la causa de todas las desigualdades negativamente consideradas.

En el eje de su discurso, la naturaleza humana, mantiene principios contradictorios, que derivan tanto en actuaciones solidarias y antisolidarias<sup>21</sup>, al igual que sucedía en el discurso liberal, pero aquí se consideran principalmente parte condicionante del proceso de socialización en un sistema social concreto.

“Yo creo que los seres humanos y la naturaleza humana es buena, pero la realidad, lo que nos rodea, te va transformando, te vas entregando menos según te vas haciendo mayor y estás cada vez más influido por el medio, que corrompe tu naturaleza” (E-D, 12).

El sistema social, con sus entramados de naturaleza económica y cultural, es la causa de nuestros males. Los seres humanos son muy desiguales entre ellos y ello por mor del sistema social que ha mantenido y alimentado las desigualdades. Pero, a su vez, determinadas instituciones de ese Sistema Social, pueden amortiguar las desigualdades que se generan en los ámbitos latentes del mismo.

Una de las características que hace específico su pensamiento viene dada por su particular concepción de la libertad. Asumen, en general, el principio de

---

<sup>21</sup> Entrevistando a militantes socialistas y comunistas se obtiene un amplio abanico de respuestas, sobre ese carácter de la naturaleza humana y las diversidades. En ocasiones hallamos respuestas que confían en la bondad del ser humano, en otras, aparecen aproximaciones opuestas. En una ocasión un militante de Izquierda Unida comentaba: “El pensamiento marxista siempre estuvo más próximo de los planteamientos de Rousseau que de los de Hobbes, y ese, precisamente fue uno de sus errores conceptuales. Actualmente yo estoy más en la línea hobbesiana y en entender que el hombre, es en buena parte un lobo para el hombre, precisando, con ello de un sistema social equilibrador de cierto carácter desigualitario de la naturaleza humana” (E-D, 134). Las diversidades humanas, por su parte, son ampliamente concebidas como un factor de riqueza cultural, que no impide la existencia de una igualdad general, sino que, por el contrario, supone una riqueza cultural que dignifica a la humanidad.

“a cada uno según sus capacidades”, pero insisten en los principios de los derechos negativos.

Las desigualdades son útiles, en esta sociedad, e incluso cierta desigualdad de resultados “siempre que las relaciones no sean abusivas, pero tiene que haber mecanismos que controlen y corrijan esas desigualdades” (E-D, 09). “Quizá la división del trabajo y la especialización de los mismos, sea una causa generadora de desigualdades, pero la supresión de dicha división puede tener consecuencias imprevisibles y negativas en el desarrollo de la sociedad” (E-D, 13).

Sin embargo, se vislumbra otro modelo de sociedad, generalmente no muy próximo en el tiempo, en el cual dichas desigualdades desaparecerían. “Se puede conseguir todo, o casi todo” (E-D, 12). “La grandeza del marxismo se basa, en parte, en conservar un amplio grado de utopía como realización posible” (E-D, 13).

El socialista critica la alienación del ser humano especialmente en la esfera laboral y ésta se acentúa en determinadas condiciones laborales. Esto se traduce en las condiciones que generen debilidad de negociación, como la temporalidad en el empleo, etc. En ese sentido, la actividad sindical se valora positivamente, como fuerza reguladora y favorecedora. Pero siempre se acaba permitiendo una sociedad desigualitaria en las condiciones de bienestar material.

“Hay unos mínimos de bienestar que son generales, válidos para todos los países, pero en la práctica no es posible llegar a ningún tipo de igualdad, porque las diversidades culturales lo impiden. Es imposible pedir acuerdo entre los ciudadanos y la cultura de la India, con la americana” (E-D, 12)

El pensamiento más claramente socialista, muestra una nítida desconfianza hacia las políticas de discriminación positiva, en ocasiones, dirá un militante del partido comunista, “es preferible el sorteo o la lotería para elegir cargos, más que el establecimiento de cuotas” (E-D, 9). Otro militante comunista

señalaba que este tipo de políticas están diseñadas por personas y grupos específicos para defender determinados intereses, con lo cual, siempre habría que tratar de políticas generalistas y no específicas para grupos específicos (E-D, 13). Sin embargo, el eje del discurso socialista se basa en la planificación y el establecimiento de políticas correctivas y, con ello, la discriminación positiva.

La actitud del socialista ante la reivindicaciones es claramente optimista y conlleva un claro grado de implicación personal. No obstante, también se deja patente cierto pesimismo ante la situación sociopolítica presente y, como incidía un entrevistado que se autodefine como socialista, “un pesimista es un optimista bien informado” (E-D, 13).

#### 4.6. LIBERTARIOS.

Si son amplios y complejos los dominios político-conceptuales del liberalismo, socialismo y conservadurismo, no lo son menos los de los libertarios. Conviene distinguir, al menos, tres tipos de concepciones libertarias de la igualdad<sup>22</sup>. Una primera agruparía a los teóricos que rechazan la existencia del Estado, como podría desprenderse de las formulaciones de Murray N. Rothbard o Erick Mack<sup>23</sup>. En ese caso la igualdad se evalúa únicamente en el ámbito de la libertad y ninguna cortapisa puede quebrar esa igualdad en la total libertad individual, aún, por supuesto, observándose desigualdades resultantes a lo largo del desarrollo de los procesos tanto sociales como naturales. La discriminación positiva no tiene sentido en ese esquema de planteamientos y el valor moral de la igualdad se relega hasta un nivel inferior incluso que el de la suerte, conside-

---

<sup>22</sup> Distinción tomada de Farrell, 1992:121-122.

<sup>23</sup> Murray N. Rothbard, <<Society Without a State>>, en *Nomos XIX: Anarchism*, J. Roland Pennock y John W. Chapman (eds.), New York University Press, 1978. Erick Mack, <<Nozick's Anarchism>>, en *Nomos XIX: Anarchism*, J. Roland Pennock y John W. Chapman (eds.), New York University Press, 1978.

rándose a un discapacitado físico como una persona con mala suerte, sin que aparezca la necesidad teórica de tener que acogerlo en ningún tipo de planes de beneficencia.

Una segunda posición viene representada por Nozick, como abanderado de una postura libertaria que concibe la existencia de un estado de muy reducidas dimensiones institucionales, precisamente para atender a cuestiones como el caso del discapacitado anterior, junto a otras cuestiones limitadas a la seguridad y la defensa, para lo cual admite que deben existir impuestos.

El otro extremo vendría bien representado por la postura de Hayek, que atribuye un número mayor de atribuciones al estado, alcanzando a temas como la sanidad y la educación. Buchanan (1975, 1986) e incluso el propio Marx ha sido, en ocasiones, citado entre los defensores de esta corriente<sup>24</sup>.

A pesar de la complejidad que supone la realización de una síntesis discursiva de esos diferentes planteamientos, una serie de elementos comunes son fácilmente extraíbles en su posicionamiento doctrinal. Así, si ya los liberales situaban por encima de los valores igualitarios aquellos que conviniesen para preservar la libertad, en el caso de los libertarios esto es aún más acusado. De hecho, los diferencia de aquellos la radicalización de su defensa de la libertad. A su vez, mientras que para el liberal el mercado supone un mecanismo regulador, en la formulación teórica de los primeros padres del liberalismo (Locke, Montesquieu, e incluso Hobbes), para el libertario el estado toma la forma de poder tirano siempre amenazante de la libertad individual. Sin Estado, o con la minimización de éste, la igualdad aparece relegada o bien al único equalisandum de la libertad, o bien a una moral humana que se supone omnipresente en nues-

---

<sup>24</sup> En *La ideología alemana*, (Marx/Engels, 1845), menciona que la sociedad liberada del futuro <<me permitiría hacer una cosa hoy y otra mañana, cazar por la mañana, pescar por la tarde, criar ganado por la noche, hacer críticas después de cenar, de la forma que quiera, sin convertirme nunca en cazador, pescador, pastor o crítico>> (*Opus cit.*, p. 22). Sobre el planteamiento de Marx de la libertad puede consultarse Kolakowski (1978), C. Taylor (1979), Brenkert (1980, 1983), Buchanan (1982), Elster (1985), Lukes (1985), G. A. Cohen (1986, 1988, 1989) y Ramachandran (1990), entre otros.

tra naturaleza y que despertará cuando desaparezcan los valores más competitivos y alienantes de nuestra sociedad (Hayek, 1960).

<<Las teorías favorables a la libertad, es decir, liberales o libertarias, son doctrinas individualistas, que tienden a ver en la sociedad un agregado de individuos más que una totalidad; la igualdad es un valor para el hombre en cuanto genérico, es decir, en cuanto es un ente perteneciente a una determinada clase, justamente, la humanidad, de ahí que las teorías políticas que propugnan la igualdad o igualitarias, tienden a ver en la sociedad una totalidad de la cual es necesario considerar que tipo de relaciones existe o debe instruirse entre las distintas partes que constituyen el todo>> (Bobbio, 1977:55).

Los libertarios han sido acusados frecuentemente de antiigualitarios, en una posición en la que ellos mismos, con frecuencia, se sitúan. Esto aparece bien ejemplificado en Antony Flew y en su disertación titulada "Libertarios versus igualitaristas" (Flew, 1982), en la que distingue entre tres tipos de igualdades: la personal, la de oportunidades y la de resultados. Esos tres tipos se corresponden bien con las soluciones propuestas por libertarios, liberales y socialistas, respectivamente. Flew increpará contra los dos últimos tipos de igualdad y, especialmente, contra la de resultados, por atentar gravemente contra la libertad.

En su obra más importante, *Anarquía, Estado y Utopía*, de 1974<sup>25</sup>, Robert Nozick expone los fundamentos teóricos de su concepción sobre la igualdad. Su idea de que la libertad de derechos es el valor humano y social más importante, le ha valido el calificativo de antiigualitario, puesto que esa defensa a ultranza de la libertad, hace que ésta prime sobre las desigualdades surgidas de la defensa libertaria (de ingresos, utilidades, bienestar, etc.), ya que la distribución no surge de un centro de decisiones que asigna los recursos según un criterio justo o injusto, sino que constituye el resultado de la historia. No considera relevante la igualdad en el disfrute de los bienes elementales (contradiciendo a Rawls), pero sí exige igualdad de derechos libertarios de tal forma que nadie

---

<sup>25</sup> Su principal exposición teórica se encuentre en Nozick (1973, 1974), principalmente en esta última y, una reformulación más actualizada puede encontrarse en Nozick (1989).

tenga más derechos que nadie. Puede, incluso, deducirse, como hace Sen (1992:32), que esa desigualdad es una consecuencia de la igualdad en otro ámbito (la igualdad de libertad de derechos).

En el ensayo de William Letwin (1983), *The Case against Equality* aparecen una serie de argumentaciones en contra de los planteamientos igualitaristas. El autor considera que <<puesto que las personas no son iguales, es lógico suponer que no deberían ser tratadas por igual, lo que puede suponer porciones más grandes para los necesitados, o más grandes para los que más se lo merecen>> (Letwin, 1983:8). En la misma línea puede situarse obras como la de Harry Frankfurt (1987) o J. R. Lucas (1965, 1980). Sin embargo, la asunción y total respecto que el libertario muestra por la diversidad humana y el derecho a la diferencia, se ve matizada por su consideración igualitaria de la *naturaleza* humana, que supera y unifica de forma abstracta todas esas diversidades tras el calificativo de humanas. Una joven militante anarquista señalaba a este respecto:

“Yo creo que la naturaleza humana es igualitaria, es decir, yo creo que las diferencias que existen entre los seres humanos no son muy importantes y lo que predominan son sus semejanzas” (E-D, 10).

Todos los hombres son diferentes, pero sus diferencias y diversidades son igualmente válidas a las de todos los demás. Es el Sistema Social el que se encarga de atribuir más valor a unas diversidades que a otros: en el Estado de Naturaleza inicial, no existía la desigualdad. Se trata de una concepción rousseauiana que no sólo verá igualdad en el Estado de Naturaleza, sino que será el Sistema Social la causa de todos los males y de todas las desigualdades. Así lo expresa claramente un veterano militante del sector de transportes de la CNT-AIT, de Madrid:

“La naturaleza humana, en sus principios, es igualitaria. Nacemos todos de la misma forma, somos iguales cuando vemos por primera vez la luz, y nacemos con las mismas necesidades: comer, respirar, amar y ser amados. Empieza a ser desigualitaria cuando empieza a sufrir las enseñanzas y la presión de un sistema cruel e injusto que le obliga a su defensa para sobrevivir. De ahí parte la necesidad de destruir este sistema que es el origen de todas las

desigualdades existentes y de forma cada vez más acentuada" (E-R, 09).

Con lo cual el libertario coincide con el socialista en las críticas al sistema social, si bien, la propuesta de éste postulará una transformación diferente del sistema social, que, en ocasiones, podría confundirse con la última fase de la evolución de la sociedad comunista propuesta por Marx, en que sólo las necesidades serían la variable evaluativa base del *equalisandum*.

Sin embargo, el juego negociador que defienden los socialistas, es criticado por los libertarios, quienes propugnarán un cambio más radical y basado, principalmente, en la educación, que no es lo mismo que el incremento del nivel de instrucción. Se trata de cambiar el modo de vida e incluso las necesidades culturalmente creadas, puesto que este sistema se caracteriza, desde la perspectiva libertaria, por ser una sociedad de consumo<sup>26</sup> (E-D, 8).

Las desigualdades son directamente criticadas y no aparecen justificadas en ningún momento del discurso, aún cayendo en claras incoherencias, debido a las contradicciones que conlleva el sagrado respeto a la libertad que desde su esquema de valores se postula.

"Es cierto que la mayoría de la gente justifica muchas formas de desigualdad, como por ejemplo, las derivadas de la división profesional del trabajo, pero todo eso son cuestiones culturales, teóricamente injustificables. Las desigualdades desaparecerían en una sociedad como en la que yo creo, estructurada de un modo federativo, en base a la satisfacción de necesidades y en el marco de la ilimitación del desarrollo de la necesidad básica del ser humano, que es vivir su vida en libertad" (E-D, 10).

La libertad se convierte en el *equalisandum* básico y esa libertad con claras connotaciones individualistas, en donde el Estado es un enemigo de la misma, que conviene reducir al máximo<sup>27</sup>.

---

<sup>26</sup> Por ejemplo: "el deseo de consumo genera desigualdades. Genera desigualdad el que los desfavorecidos quieran imitar a los favorecidos, en vez de querer cambiar las cosas" (E-D, 08).

<sup>27</sup> En ese sentido, las políticas de discriminación positiva, aparecen como un tipo de discriminación y, por tanto, de desigualdad (E-D, 10; R-D, 09).

“La libertad individual es parte integrante de la igualdad, pero si luchamos por igualdades mezquinas, que incorporamos al sistema, entonces nos esclavizamos aún más, aún mejorando en ese aspecto parcial de la igualdad (R-D, 09).

Se aboga por una transformación social radical, pero se percibe un claro pesimismo ante la consecución de mejoras al respecto:

<<No somos todo lo pesimistas que deberíamos de ser o todo lo realistas que deberíamos de ser. Yo creo que si seguimos por el camino en el que estamos, la situación laboral, va a empeorar mucho más, los trabajadores vamos a perder muchos más derechos, y, consecuentemente, va a llegar un momento en el que, esa pérdida de derechos, va a generar, un aumento de la desprofesionalización, de la desidia, digamos del trabajador en sus empleos, hasta en las cosas más sencillas, y yo creo que va a generar un ...; yo pienso que al final al empresario le va a salpicar todo esto, pero siempre, siempre, los primeros perjudicados vamos a ser nosotros. Y, lo más grave es que la calidad de vida baja. Pero baja no ya por que bajen los sueldos, sino por la inestabilidad>> (E-D, 08).

Farrell (1992:23-25) propone describir la argumentación teórica libertaria en etapas. Primeramente, comienza la reconstrucción del edificio teórico por la consideración de que es muy diferente la responsabilidad derivada de nuestras actos de aquella derivada de nuestras omisiones<sup>28</sup>. Si es diferente actuar que omitir, eso va implicar que no son lo mismo los deberes positivos (que obligan a actuar) que los negativos (que impidan o prohíban actos). Esta distinción es, además, muy relevante, si tenemos en cuenta que sólo se causa daño al actuar, por lo que los deberes que corresponde imponer son deberes negativos. Así, tal como señala Jonathan Glover (1977:116)<sup>29</sup>, dejar conscientemente de salvar una

---

<sup>28</sup> Si una persona encamada necesita, de vida o muerte, una medicina que está sobre su mesilla; es muy diferente, para el libertario, que se muera por no poder alcanzarla, que se muera porque nosotros se la alejamos o que se salve porque nosotros se la acercamos. En el primer caso, no actuamos (omisión) aunque obtenemos el mismo resultado que en el segundo caso, que si actuamos. En el tercer caso actuamos y obtenemos un resultado diferente. En el caso de actuar, el individuo es responsable del resultado, pero no en el caso contrario. Estos aspectos están ampliamente expuestos en Gilbert Harman, <<Libertarianism and Morality>>, en *The Libertarian Reader*, Tibor R. Machan (ed.), New Jersey, Rowman and Littlefield, 1982. El caso del enfermo de muerte esta tomado de Thomas C. Grey, *The Legal Enforcement of Morality*, Borzoi Books, New York, 1983, p. 158.

<sup>29</sup> GLOVER, J. (1977): *Causing Death and Saving Lives*, Penguin Books, Middlesex.



vida es considerado de forma similar a matar, al menos moralmente. Sin embargo, argüirá, son cosas radicalmente diferentes. En una segunda etapa, el edificio teórico libertario llega a ese nivel en el que considera que lo que debe imponerse son deberes negativos, ya que son los únicos que inciden sobre la responsabilidad del individuo e impiden coerción sobre la libertad de los demás. Así, por ejemplo, el deber de no matar. Sin embargo, un deber positivo, como "ayudar a mantener cierto nivel de bienestar a los discapacitados físicos" no puede ser mantenido, pues nunca podemos ser capaces de obligarnos a algo de lo que no estamos seguros de poder hacer. No será esos últimos los deberes que se referirá al Estado ni que pervivan por encima de las relaciones interindividuales (el hábitat natural de los deberes). De aquí se sigue que la única libertad que le concierne al estado es la libertad negativa, la de prohibir cosas, <<como un cerco que rodea a un individuo y dentro del cual nadie está autorizado a intervenir (Berlin, 1974: 216 y ss.). Las libertades negativas gozan del privilegio libertario frente a las libertades positivas. El Estado existe para garantizar el máximo de libertad negativa, sin tener en cuenta el número de súbditos que gozan de libertad positiva, ni el grado en que lo hacen<sup>30</sup>. El Estado, por tanto, no tiene, en general, razón de ser más allá de unos límites mínimos –En el caso de Nozick (1994) relegado a la Seguridad Interior y Exterior–. Para ese fin, y sólo para ello, son justificables, según su criterio, los impuestos. En cambio, no son justificables en materia de Salud Pública o Sanidad.

---

<sup>30</sup> En una tercera etapa, el libertario construirá el resto de los argumentos justificativos al amparo del razonamiento anterior: creará en la existencia de razones sustantivamente subjetivas relativas para discernir cuáles son los deberes negativos a imponer.

Cuadro n° 23

## CARACTERÍSTICAS DE CADA MODELO DE DISCURSOS

	CONSERVADOR	LIBERAL	SOCIALISTA	LIBERTARIO
<b>Naturaleza humana</b>	Desigualitaria	Desigualitaria relativa	Igualitaria relativa	Igualitaria
<b>Diversidades humanas</b>	Claves de la desigualdad	Factores de desigualación	Concepto aparte	Riqueza de la igualdad
<b>Sistema Social</b>	Todo sistema social debe pasar por la organización de un Estado que será siempre necesariamente desigualitario.	El sistema social de libre mercado es el más igualitario de los posibles, a pesar de las deficiencias observadas.	El sistema capitalista es desigualitario por definición, por que produce explotación. Si se suprime ésta, puede diseñarse un Estado igualitario	Cualquier estado es desigualitario. Cuanto menor sea el Estado, mejor.
<b>Equalisandum</b>	Oportunidades, con limitaciones. Igualdad espiritual: cada quien deberá desarrollar sus talentos.	Igualdad de oportunidades como idea central.	Resultados Estos serán resumidos en necesidades y, con ciertos matices en capacidades.	Oportunidades de libertad igual y resultados, basados en la libertad igual
<b>Eficiencia</b>	Desigualdades necesarias y útiles	Desigualdades necesarias y útiles	Ciertas desigualdades son útiles y necesarias, pero puede avanzarse mucho, con formación e instrucción para conseguir eficiencia con igualdad	Se hace central la necesidad de un cambio cultural para que las organizaciones igualitaristas sean eficientes
<b>Justicia</b>	La justicia requiere respetar las desigualdades	Es justo tratar desigualmente las situaciones desiguales	Es justo tratar desigualmente las situaciones desiguales	La justicia supone un respeto de las libertades personales
<b>Libertad</b>	La libertad es un bien supremo, pero con un concepto limitado de este	La libertad es un valor supremo	La libertad es una reivindicación burguesa	Central. Se trata de igualar libertades
<b>Bienestar</b>	Muy subjetivo	Subjetivo, pero es posible igualarlo en sus mínimos, no en sus máximos	Poco subjetivo, lo que permite igualar las necesidades	Igualar libertades
<b>Orden Social</b>	Total respeto	Necesidad de respetarlo, aunque es precisa una corrección constante	Hay que transformarlo	Hay que transformarlo radicalmente
<b>Papel de la ley</b>	Respeto y <i>equalisandum</i>	Respeto y <i>equalisandum</i>	Respeto aunque desiguale	Desigual
<b>Actitud general</b>	Pesimista ante la igualdad y ante el futuro de ésta. Temor ante el futuro próximo	Optimista, pero relegando la acción positiva a las instituciones del Estado	Actitud activa personal ante el futuro, pero críticos, e incluso pesimistas ante el futuro inmediato	Pesimista. Es más cómodo justificar las desigualdades que limitar los máximos de bienestar.



## 5. REDEFINICIÓN CONCEPTUAL.

*“Las categorías simples desgarran la imagen  
humana”.*

(N. Elias)

## 5.1. ¿ES POSIBLE UNA DEFINICIÓN?: PROBLEMÁTICA Y OBJETIVO.

He insistido ya en que el concepto sociológico de des-igualdad es sustantivamente complejo. La noción de igualdad es diversa y, en definitiva, convivimos con múltiples maneras de entender las desigualdades, de reivindicarlas y justificarlas. Además, en ningún caso, a tenor de la confianza depositada en el relativismo ético que rige las ideas humanas, vamos a poder conocer si una idea o creencia (sobre la igualdad) que nosotros poseamos, es mejor, más correcta o verdadera, que la que tenga cualquier otra persona. ¿Es posible, ante ese panorama, construir una definición? La situación disciplinar actual, en definitiva, no es muy alentadora. Aparentemente todo parece posible, en cuanto a alternativas teóricas e, imposible, en cuanto a formalización de definiciones sociológicas.

Veamos qué es lo que pretendemos con una definición sociológica. No precisamos una definición determinística que, en base a la concatenación de una serie de palabras polisémicamente precisas, permita una delimitación concisa, al modo y manera de las que se emplean en Ciencias Naturales. En Ciencias Sociales, por el contrario, nos hemos resignado a no permitirnos esos lujos en la concisión de definiciones. *Nosotros* estamos habituados a la dificultad de precisión de nuestros conceptos<sup>1</sup>.

Podemos conformarnos con acotar temáticamente un campo o un conjunto de aspectos a los que referimos cuando hablemos de desigualdades. Será preciso, por supuesto, separar las desigualdades *sociales* de otros tipos de desigualdad; es decir, delimitar o discernir, entre varios fenómenos sociales, cuáles pueden considerarse como desigualdades sociales. Será preciso, en fin, poder afirmar que una determinada situación cumple con una serie de requisitos que

---

<sup>1</sup> Cómo definir lo urbano y lo rural, o una clase social o, simplemente, lo constitutivo y específico de "lo social" —recuérdese la polémica entre los hechos sociales durkhenianos y los actos weberianos—.

permitan calificarla como igualitaria y, si es posible, medir el grado de confianza en el que se base tal afirmación. Si satisfacemos esos requisitos, habremos cumplido el objetivo que nos marcamos con el establecimiento de una definición.

<<Una definición es la indicación del contenido atribuido a un concepto, o sea, la enumeración descriptiva del contenido figurativo caracterizado por una determinada palabra>> (Mayntz, *et alter*, 1969:20)

Sabemos que tratamos con un concepto manido, indefinido, polisémico y, lo que es más grave, éticamente relativo. Lo tendremos en cuenta. Sin embargo es preciso encontrar puntos de confluencia entre las concepciones, teorías y discursos, expuestos sobre la igualdad, a fin de extraer un denominador común, depurado y reelaborado, como (re)definición conceptual, que supere satisfactoriamente una serie de contrastes teóricos y empíricos que lo validen con ciertas pretensiones generalizadoras.

Es preciso operar sistemáticamente. Mantener presente, primeramente, los aspectos constitutivos de la naturaleza del concepto que estamos tratando y, especialmente, su proceso de construcción y reproducción social. En segundo lugar, procede una revisión de las definiciones que al efecto se han manejado históricamente en Ciencias Sociales. Ahí quiero detenerme e ilustrar, desde una perspectiva crítica, algunas de las tentativas y contribuciones más sugerentes. Posteriormente, mostraré como sí hay importantes puntos de confluencia; quizá más, incluso, que de divergencia —a pesar de la constatable pervivencia de las mismas—. Será, a partir de la recomposición de ese entramado cognoscitivo, cuando nos encontremos capacitados para presentar el enfoque redefinidor del concepto de desigualdades sociales.

## 5.2. DEFINICIONES POSIBLES Y USUALES

Una revisión de la *literatura filosófica* que se haya hecho eco de la definición de este concepto nos dará una idea de esa problemática, a la que anteriormente hacíamos referencia, y además nos introducirá en las coordenadas conceptuales entre las que se enmarca. Es cierto, que no es fácil encontrar definiciones formales. Algunas de las clásicas adolecen de carencias condicionadas por las contingencias histórico-intelectuales de su momento.

En muchas ocasiones se observa un uso restrictivo del concepto de desigualdad referido a determinados umbrales de bienestar, especialmente frecuente en el tratamiento que se hace del mismo desde la economía aplicada (Ricossa, 1982)<sup>2</sup>, derivado en indicadores de concentración de la renta y la riqueza o en identificación de determinados niveles de pobreza relativa, etc.

El concepto *Desigualdades Sociales*, –dirá el historiador Kaelble–, <<se refiere específicamente a la distribución de bienes y servicios escasos (materiales e inmateriales) en el seno de una sociedad: por ejemplo, la distribución del patrimonio, de la renta, de la vivienda, de la calidad de las condiciones de trabajo, de la educación, de la atención médica y sanitaria, del ocio y del tiempo libre, de la seguridad ante la ley, ante la posibilidad de organizar libremente la propia vida y ante la capacidad para hacer frente a los riesgos de la vida; el prestigio, la movilidad social y las oportunidades de contactar con otras personas>> (Kaelble, 1983: 23-24). Kaelble se desinteresa por las desigualdades nacionales o regionales, por las desigualdades políticas, desigualdades de clase, género, edad y desigualdades de pautas culturales<sup>3</sup>.

En sintonía con las definiciones reduccionistas, aparecen toda una serie de concepciones limitadas a determinados aspectos del bienestar. Así aparecen

---

<sup>2</sup> RICOSSA, S. (1982): *Diccionario de Economía*, Siglo XXI, Madrid, 1990, cit. p. 294.

<sup>3</sup> Tal como el propio autor lo reconoce en Kaelble, 1983, pp. 24-25.

definiciones de desigualdad basadas en la medición de la pobreza<sup>4</sup>. O los enfoques basados en la igualdad de oportunidades (J. M. Maravall, 1993:10), ya que no resulta posible discernir nunca la causa última de la oportunidad diferencial que se observa con facilidad discriminada. Otros enfoques reduccionistas y sintéticos intentan centrar el análisis de la relación de igualdad en equipotencia (Valcárcel, 1981), equivalencia interpersonal y equifonía (Santa Cruz, 1992), fraternidad (Dixon, 1986:4-5 y 43-91), etc. Todas esas concepciones unidireccionales han de ser tomadas con excesiva prudencia, pues difícilmente subsisten al contraste empírico universalizador de una definición de igualdad: son excesivamente influyentes las dotes y capacidades personales, los conocimientos, la habilidades, etc., que la solución final, analizada por tan sólo una variable, no puede conceptualizar universalmente a las desigualdades (Rae, 1981:65-66). Sin embargo, todas estas teorías y enfoques, sin duda, son correctos; únicamente es criticable su unidireccionalidad. De ahí mi propuesta de definición, basada en la potencial medición de la desigualdad y en función de la tipología potencialmente igualitaria *a priori* definible.

En ocasiones, la igualdad, principalmente desde la aproximación filosófica, se ha resuelto en un contexto próximo a lo que aquí consideraré y definiré como *identidad*:

<<La igualdad es un reconocerse, es en primer lugar una relación concedida o pactada, a veces incluso impuesta>><sup>5</sup> (Valcárcel, 1994:2).

---

<sup>4</sup> Para una crítica de las definiciones basadas en la pobreza, ver Dixon (1986). Como este político señala, es posible imaginar una sociedad igualitaria sin pobres y una sociedad pobre igualitaria. La pobreza relativa se asimila a las jerarquías existentes en la sociedad (Dixon, 1986:43-44).

<sup>5</sup> La autora realiza una explicación de esa afirmación:

<<En este sentido si la moral consiste esencialmente en la capacidad de ser justo, libre, benévolo o lo que se desee añadir, con los demás, cada una de estas cosas existe sobre el fundamento de que los demás son como uno mismo y que nada que uno se conceda a sí mismo tiene derecho moral a no concedérselo a otro, sino que, al contrario, tiene el deber en pensar en el otro como un sí mismo>> (Valcárcel, 1994:2).



Asimismo, buena parte de los modernos diccionarios terminológicos y conceptuales de Ciencias Sociales omiten totalmente estos conceptos<sup>6</sup>; otras obras hacen una mención periférica, tratando alguno de los conceptos polisémicamente asociados<sup>7</sup> —tal como se ha mostrado en el cuadro nº 3, del capítulo primero—.

Sin embargo, aunque más limitadas, las definiciones del concepto igualdad (o su antónimo), han ido apareciendo en la producción científica en número nada desdeñable. Entre las más sugerentes quisiera traer aquí algunas que permiten acotar con rigor y precisión ese concepto relacional.

El *Dictionnaire de la Philosophie* de Julia<sup>8</sup> define la igualdad como una <<relación entre dos cantidades idénticas o entre dos cosas de la misma naturaleza>> (*Op. cit. infra*: 75). Definición que, bajo su aspecto excesivamente simplificador, oculta los elementos principales que deberían constar en cualquier definición de igualdad. 1) Es algo relacionable; 2) existirá una medida (“cantidad”, en sus palabras), 3) que se referirá a *dos cosas* (habría que matizar mucho esa limitación a dos cosas, pero se puede convenir que hará falta un conjunto de elementos sobre el que aplicar esa relación y llevar a cabo la medición) y, 4), fi-

---

<sup>6</sup> Así por ejemplo lo he constatado en los siguientes *Diccionarios de Filosofía*. THINÈSA, G. (1978), *Diccionario general de Ciencias Humanas*, Ediciones Cátedra, Madrid; VV.AA. (1974): *La filosofía*, Ediciones mensajero, Bilbao; RUBERT CANDAU, J. M<sup>o</sup> (1946): *Diccionario Manual de Filosofía*, Editorial Bibliográfica Española, Madrid; BRUGGER, W. (1978): *Diccionario de Filosofía*, Herder, Barcelona, 1988; MILLÁN-PUELLES, A. (1984): *Léxico filosófico*, Rialp, Madrid; VV.AA. (1990): *Dizionario Bompiani dei Filosofi Contemporanei*, Tasabli Bompiani, Milano.

<sup>7</sup> Así, por ejemplo, el *Diccionario de Filosofía* de Ferrater Mora (Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 3 vol. 1971.) no menciona ni el concepto de *igualdad* ni el de *desigualdad*, pero sí hace referencia a ellos al hablar de *identidad* (*Opus cit.*, t. I, pp. 903-906), desarrollándola desde una doble perspectiva: ontológicamente y lógicamente, es decir, como principio ético y como relación formal; lo cual tiene una traducción directa, explícita en el texto, con el concepto de igualdad. La obra conjunta de H. Krings; H. M. Baumgartner, C. Wild et al., *Conceptos fundamentales de filosofía* (Herder, Barcelona, 1977), no dice nada de igualdad ni de desigualdad, pero hace alusión al concepto de *diferencia*, desde diversas ópticas, como la de Hegel.

<sup>8</sup> JULIA, D. (1964): *Dictionnaire de la Philosophie*, Larousse, París.

nalmente, y muy importante, esos elementos deben de ser de la misma naturaleza (del mismo ámbito y dominio y, esto, exige muchas matizaciones)<sup>9</sup>.

Nicola Abbagnano<sup>10</sup> parte de una definición más abstracta y general, para reiterar los mismos elementos que la de Julia, pero en base a un recurso instrumental de la *conmutatividad* —como propiedad de las (des)igualdades—: Recurre a definir igualdad como una relación de sustitución entre dos términos

<<Por lo general dos términos se dice que son iguales cuando pueden ser sustituidos uno por el otro en el mismo contexto, sin que cambie el valor del contexto mismo>> (Abbagnano, 1961:635)

Si nos detenemos en estas palabras observaremos que aparece 1) el carácter de *relación*; 2) la medida (el valor); 3) los elementos (dos términos) y 4) el contexto o ámbito de evaluación. Aquí, no obstante, se introducen dos aspectos nuevos: 5) la propiedad de las *sustituibilidad conmutativa* que toda relación de igualdad debe cumplir y 6) la centralidad del *contexto*, del dominio de evaluación, que es el portador de las desigualdades sociales medibles y no el individuo en sí.

<<La igualdad de los ciudadanos frente a la ley se puede reducir a la sustitución de los ciudadanos mismos en las situaciones previstas por la ley, sin que cambie el procedimiento de la ley misma; de tal manera, por ejemplo, el reo de un delito *d* en la circunstancia *c* puede sustituirse sin que se modifique el procedimiento de la ley. Del mismo modo se puede describir la Igualdad moral o jurídica como aquella por la cual un determinado individuo que se encuentre en unas determinadas condiciones posea prerrogativas o posibilidades no diferentes de las poseídas por cualquier otro individuo en las mismas condiciones. Es claro que un juicio de igualdad se puede pronunciar socialmente en base a un determinado contexto y, precisamente a base de la determinación de las condiciones a las que deben satisfacer los términos para poder ser reconocidos como sustituibles>> (Abbagnano, 1961:635-636)

Las menciones a estas características se repiten en los tratamientos filosófico-conceptuales. En *The Encyclopedia of Philosophie* de P. Edwards (ed.)

---

<sup>9</sup> Es cierto que el autor desarrolla algunas precisiones importantes, más allá del texto aquí expuesto, pero, en síntesis, no hacen sino consolidar los aspectos que he resaltado de su definición.

<sup>10</sup> ABBAGNANO, N. (1961): *Diccionario de Filosofía*, FCE, México, 1974.

(Macmillan Publishing, New York, 1972, 3. vol.) se insiste en la importancia del dominio de evaluación como referente necesario de definición, y en el carácter medible y relacionable (*Opus. cit.*, vol. 3, pp. 38-39).

La sociología de las desigualdades ha sido muy imprecisa al respecto de la definición formal. Veamos algunas de las contribuciones y definiciones aparecidas en la literatura sociológica. *El Diccionario de Sociología* de Helmut Schoeck<sup>11</sup> no menciona el término desigualdad y sobre el de igualdad nos remite a otros conceptos asociados: clase social, colectivismo, envidia, estrato social, justicia y utopía.

Sin embargo, sí encontramos una definición en la obra conjunta de varios de los más prestigiosos profesionales de la sociología francesa contemporánea (Boudon, Besnard, Cherkaoui y Lécuyer) quienes entienden como desigual el reparto no uniforme de los recursos. <<El reparto es desigual en la medida en que uno o varios individuos tienen una parte mayor que otros>> (Boudon *et al.*, 1993:69)<sup>12</sup>. Basan su definición en la existencia de diversidades y en la construcción de identidades sobre ellas, que son susceptibles de tratamientos diferenciales (desigualdades) de ventajas, condiciones de vida, rentas, etc., sobre los que es posible un análisis (medida). Sin embargo, su enfoque, se centra únicamente en los aspectos distribucionales cuantificables que no agotan, ni mucho menos, los existentes entre las situaciones desigualitarias, muchas de las cuales son de carácter netamente nominal, relacional o trabas a la accesibilidad, como sería el caso de muchas formas asociadas a la Estructura Social (movilidad intergeneracional, explotación contractual, etc.).

El Diccionario de Luciano Gallino (Gallino, 1978:294-295)<sup>13</sup> entiende las desigualdades sociales como un tipo específico de diferenciación que verifican conjuntamente las siguientes condiciones:

---

<sup>11</sup> SCHOECK, H. (1973): *Diccionario de Sociología*, Herder, Barcelona, 1985.

<sup>12</sup> BOUDON, R.; BESNARD, P.; CHERKAOU, M. y LÉCUYER, B. P. (1993), *Diccionario de Sociología*, Larousse, Barcelona, 1995.

<sup>13</sup> GALLINO, L. (1978): *Diccionario de Sociología*, S. XXI, Madrid, 1995.

- a) Las diferencias se manifiestan como posesión de cantidades más o menos grandes de recursos socialmente relevantes, o bien una mayor o menor posibilidad de acceso a un *status* superior.
- b) Son consideradas el producto de mecanismos de selección social destinados a mantener un orden social dado.
- c) Parecen superables mediante acciones dirigidas a modificar los mecanismos de selección social, o a eliminar, transformando más o menos radicalmente, el orden social al cual se consideran congénitas
- d) Son interpretadas por la conciencia social de los más desfavorecidos, o por sus portavoces, intelectuales o políticos, como una injusticia

Esta definición se basa en el cumplimiento conjunto de una serie de condiciones, estrategia eficaz que puede mostrarse útil si supera el contraste conceptual empírico. La primera condición se refiere a las desigualdades distribucionales y a las desigualdades en las que se observa una probabilidad de paso diferencial entre dos situaciones. No obstante, quizá convenga diferenciar, dentro de éstas últimas, aquellas probabilidades que permiten un gradiente de accesibilidad de aquellas otras posibilidades diferenciales que, o bien excluyen radicalmente, o bien permiten el acceso íntegro a una determinada situación. En esa línea argumental se sitúa la distinción que presento entre las *desigualdades de paso*, analizables como probabilidades de acceso de un determinado grupo poblacional a una determinada situación social, de aquellas otras constituidas por dicotomías nominales, caracterizadas por la posesión o ausencia de una determinada titularidad o atributo nominal.

La condición *b)* se refiere al carácter específicamente social de las desigualdades a las que estoy haciendo mención, lo que conduce a la condición *d)* que hacereferencia al proceso de construcción social de las desigualdades como

*idea*, tanto reivindicativa como justificativa, manifiesta en los discursos ideológicos, que Gallino centra en los *portavoces* de la sociedad, tales como los políticos y los intelectuales.

Por su parte, la condición c) hace referencia a que una situación social es desigualitaria siempre y cuando dicha situación fuese susceptible de ser igualitaria. Condición ésta que es esencial e imprescindible en una definición de desigualdad.

Los sociólogos, en general, han recogido la idea distribucional que se asocia a las desigualdades y su vertiente de dificultad diferencial de paso de unas situaciones a otras. Así, Erik Olin Wright comienza su *Interrogating Inequality* (1994) señalando que <<hablar de desigualdades sociales es describir un valor o atributo que puede ser distribuido entre las unidades relevantes de una sociedad de forma diferencial, donde “desigualdad” implica, por lo tanto, que diferentes unidades poseen diferentes cantidades de ese atributo>> (Wright, 1994:21). Sin embargo, tal simplificación tipológica, de indudable utilidad sintética y expositiva, adolece de recursos métricos para las desigualdades referidas a la accesibilidad diferencial de determinadas personas a determinadas situaciones, así como para aquellos atributos, que por su carácter nominal, intangible y dicotómico, no son distribuibles sino que, habitualmente, son preferentemente excluyentes, congénitamente a la propia definición de los mismos. Esto implica, que si analizamos la propiedad de la tierra, ésta puede estar distribuida desigualitariamente y podemos analizar qué/cuánta cantidad de tierra está asociada a cada uno de los elementos de una población; pero puede que determinados sectores de la población tengan más facilidad para hacerse propietarios que otros (por clases sociales, por ejemplo, pero también por intereses profesionales, por zona de hábitat geográfico, etc.), lo cual precisa otro procedimiento formulativo de la desigualdad, no estrictamente distribucional. Además, pueden existir colectivos que tengan prohibida la titularidad de la tierra o precisarse algún tipo de requisito o titulación para poseerla; la titularidad o carencia del mismo dará lu-

gar a otro tipo de planteamiento formulativo de las desigualdades más allá del distributivo. Volveré a insistir en estos aspectos en los apartados posteriores.

### 5.3. EL RECURSO AXIOMÁTICO.

#### 5.3.1. La secuencia de principios.

Definir la igualdad, o su simétrico conceptual, la desigualdad, no puede consistir, al menos exclusivamente, en una categorización normativa de hechos observados en la realidad, ya que la realidad social nos muestra, con numerosos ejemplos, que la variedad de casos y tipos es tan amplia que debe ser considerada como indefinida, semántica y tipológicamente. Además, la natural diversidad humana y el carácter político-moral de las desigualdades, impide convertir su estudio en una ciencia que únicamente se centre en buscar un comportamiento reglado y uniforme de la realidad observada. Ello no quiere decir que tengamos que investigar de espaldas a la realidad, ni mucho menos, sino que la definición de las desigualdades tendrá en cuenta las características substanciales que la conforman como estudio de *lo deseable*. Tendrá que dar cuenta de su naturaleza político-moral; de la reivindicación subjetiva que implica y de la relatividad con la que ha de ser considerada toda idea ética de deseabilidad social (Lucas, 1965, Dixon, 1986:48-52).

Como alternativa teórica y metodológica, propongo una definición basada en la categorización<sup>14</sup> de una serie (secuencia) de postulados, que ya he

---

<sup>14</sup> Categorizar ha sido un recurso del que la filosofía se ha servido en diferentes momentos y con acepciones particulares muy diferentes. Así, por ejemplo, Aristóteles lo empleó para referirse a todas y cada una de las diez nociones que calificaba de "abstractas y generales": sustancia, cantidad, calidad, relación, acción, pasión, lugar, tiempo, situación y hábito. Fue habitual en la filosofía de carácter teológico medieval para referirse a los conceptos puros y a las nociones con valor transcendental, lógico u ontológico. Aparece también en la *crítica* de Kant, con un uso similar, pero referido en concreto a lo que llamó "cada una de las formas del entendimiento": cantidad, cualidad, relación y modalidad. Aquí se guarda ese sentido filosófico original pero desde una perspectiva amplia que permita un marco de discernimiento del entorno conceptual en que podamos avanzar en el estudio de la idea y formas de desigualdad con el fin de lograr definirla y medirla.

enunciado y sobre los que, a continuación, presento una formulación más detallada. Se trata, pues, de considerar una serie de principios instrumentales, constitutivos de la naturaleza real observada, base teórica sobre la que poder construir la definición del concepto de desigualdades; base ésta que permitirá llevar a cabo, como objetivo final, la medición —o, lo que es lo mismo, la identificación y discernimiento, en la realidad observable, de las situaciones desigualitarias—.

Sobre tales principios es pertinente un consenso gramatical sobre los referentes de los mismos. Dichos principios pueden presentarse como una secuencia, sintetizada en los siguientes puntos<sup>15</sup>:

- 1) El proceso de construcción social de las desigualdades y la aceptación de los principios constitutivos de tal proceso.
- 2) La formalización de las situaciones potencialmente (des)igualitarias
- 3) La necesaria concurrencia de tres características analíticas de los procesos (des)igualitarios.
- 4) Un planteamiento métrico de discernimiento.

Partimos, pues, del proceso socialmente constructivo que implican las desigualdades, lo que nos permitirá un análisis sociológico que tenga en cuenta las particularidades de dicho constructo<sup>16</sup>.

---

<sup>15</sup> Son necesarios los cuatro principios; y si obviásemos alguno de ellos la redefinición analítica continuaría padeciendo la compleja indefinición a la que hacía referencia en el capítulo 2º. No son cuatro principios tomados al azar, sino que responden a cuatro criterios epistemológicos de normalización semántica consensuada: se parte, en primer lugar, de la aceptación de la naturaleza sociológica de las desigualdades y, por ende, del consiguiente proceso de construcción social de las mismas; en segundo lugar, se establecen unos límites conceptuales que permitan discernir los extremos, a modo de tipo ideal, en el marco del constructo mental que se hace real en el abanico ideológico social; en tercer lugar, se describe la norma constructiva que concurrentemente reaparece en todos esos constructos mentales para, finalmente, analizar las posibilidades métricas en función de las formulaciones aparecidas en el segundo principio. En los apartados siguientes se precisan aún más estos cuatro principios.

<sup>16</sup> El proceso de construcción social de las desigualdades fue expuesto en el capítulo 3º y no existen disensiones importantes en la aceptación de tal proceso. Asumo su aceptación en base, aunque sea, simplemente, a un consenso arbitrario, a una lógica simple de sentido

El primer punto relevante, de cara a una definición, consiste en delimitar cuáles son las situaciones sociales susceptibles de ser consideradas como (des)igualitarias. O, lo que sería un paso más, discernir, qué tipo de situaciones son consideradas socialmente como igualitarias y cuáles como desigualitarias. Para ello es preciso predefinir, a modo de tipos ideales, tales situaciones, en buena parte de los casos, hipotéticas, que suponen el referente al que poder aplicar cualquier tipo de métrica analítica.

A partir de ahí es preciso detallar las características concurrentes que reaparecen en todos los procesos susceptibles de análisis desigualitario. Para que una situación social pueda ser considerada como (des)igualitaria precisa de la concurrencia de tres características: 1) La existencia de un conjunto poblacional de dos o más sujetos; 2) La existencia de un criterio comparativo que permita llevar a cabo afirmaciones tipo más-menos, mayor-menor, posesión-carencia, etc., y 3) La existencia de un criterio evaluativo de naturaleza social, potencialmente asignable a todos los miembros del conjunto poblacional.

Precisamente la concurrencia de estas tres características definirá la existencia de igualdades o desigualdades sociales e, insisto, definirán, de forma taxativa, aplicando un recurso axiomático, del mismo modo a que ha tenido que recurrirse en otros ámbitos científicos, tales como la definición de la *probabilidad* en estadística.

### **5.3.2. El caso de la probabilidad estadística.**

Quisiera detenerme, aunque con brevedad, en la validez y significación de ese recurso a la definición axiomática. Quisiera ilustrarlo con el caso concreto, ampliamente consensuado y aceptado, de la definición axiomática que se hace en estadística de *probabilidad*. Durante mucho tiempo se intentaron definiciones de lo qué es una probabilidad en base al vano intento de encontrar una fórmula, semánticamente universal, que permitiese englobar con certeza todos

---

común, de evidencia empírica. Podemos no estar de acuerdo en determinados aspectos concretos de deseabilidad social, pero nada impide aceptar tales principios.



los supuestos en los que se hablaba en estadística de probabilidad. Entre las más comunes apareció la expresión “*probabilidad es el número de caso esperados (favorables) de entre los posibles*”, en un suceso dado. Evidentemente, tal afirmación viene cuestionada por la realidad observada, en ejemplos como los siguientes.

La probabilidad de que un feto humano sea mujer, según la teoría expuesta y derivada de la expresión-definición anterior, sería de 0’5. Ya que el número de casos posibles es de 2 y el número de caso favorables (sexo mujer) es de 1. Sin embargo, es de todos conocido que la probabilidad de concepción de mujeres es ligeramente inferior a la de hombres y se sitúa en torno a un valor próximo a 0’48. Tal expresión daría por resultado una falsedad en la definición.

Para paliar las deficiencias de una definición de carácter semántico se recurrió a la definición de una serie de axiomas, de condiciones de carácter evidente, concurrentes en todos los procesos susceptibles de ser entendidos como aleatorios, y se definió la probabilidad como aquella situación en la que se cumplía la coexistencia de esos axiomas, que en concreto, son los tres siguientes:

- I. La probabilidad de que se produzca algún resultado de un fenómeno aleatorio es siempre mayor o igual a cero<sup>17</sup>

$$\text{Para cada } A \in \Omega \text{ vale } P(A) \geq 0$$

- II. La probabilidad de que se produzca uno, y tan sólo uno, de los resultados del conjunto de resultados posibles es 1.

$$P(\Omega) = 1$$

- III. La probabilidad de que se produzcan dos resultados determinados, de dos sucesos independientes dados, es la suma de sus probabilidades.

---

<sup>17</sup> Siendo A un suceso elemental cualquiera y  $\Omega$  el conjunto de todos los sucesos elementales posibles.

$$P\left(\sum_{i=1}^n A_i\right) = \sum_{i=1}^n P(A_i)$$

Se parte de un objeto de estudio concreto: los fenómenos aleatorios, entendidos estos como aquellos fenómenos que pueden ser repetidos indefinidamente bajo las mismas condiciones y que, a cada repetición, producen un resultado diferente. Se enmarca un cuadro teórico, en este caso el *Álgebra de Boole* o Álgebra de sucesos, lo que permite perfilar una serie de propiedades aritmético-operativas (operaciones con los sucesos, incompatibilidades, complementariedades, etc.). La aceptación de esos tres axiomas supone la posibilidad de reconstrucción de una serie de propiedades, con las cuales se operará instrumentalmente, en función de la naturaleza de los sucesos.

El recurso axiomático en la definición de la probabilidad se propone como un modelo que se adapta bien a la realidad, sin fisuras teóricas, con el fin de permitir operar con el concepto definido (Arnaiz, 1978: 1-2)<sup>18</sup>.

### 5.3.3. La extrapolación teórica.

De manera análoga podemos utilizar este recurso en el caso de las desigualdades: Sustituyendo el álgebra de conjunto de conjuntos (*Álgebra de Boole*) por el proceso de construcción social de las (des)igualdades; sustituyendo a su vez la formalización de los procesos aleatorios por la de los procesos (des)igualitarios y, fijando las características concurrentes del mismo modo en que se establecen los axiomas de la definición de probabilidad. Eso nos permitirá un estudio de las características derivadas de esa definición y, con ello, el establecimiento de diferentes tipos de métricas asociadas a la variedad tipológica

---

<sup>18</sup> ARNAIZ VELLANDO, G. (1978): *Introducción a la estadística teórica*, Lex Nova, Valladolid. También pueden consultarse los desarrollos teóricos de la definición probabilística en muchos otros manuales, de entre los cuales señalamos: TROCONIZ, A. F. (1987): *Probabilidades, estadística y muestreo*, Tebas Flores, Albacete; FELLER, W. (1968): *An Introduction to Probability and its Applications*, John Wiley; KOLMOGOROV, A. N. (1933): *Foundations of the Theory of Probability*, Chelsea Pub., New York, 1956; LINDLEY, D. V. (1965): *Introduction to Probability and Statistics from Bayesian Viewpoint*, Cambridge University Press.

de situaciones socialmente susceptibles de ser consideradas como desigualitarias —el tipo de métrica que se adapta mejor a la naturaleza de cada suceso, lo que permitirá indicar la proximidad a una situación de igualdad prefijada o, alternativamente, de desigualdad—.

La definición axiomática formulada puede considerarse *válida* por cumplir los requisitos de discernir empíricamente los hechos a los que se refiere y permitir la operacionalización y elaboración de indicadores específicos (Mayntz *et aliter*, 1969:31 y ss.).

En los siguientes apartados de este capítulo se revisarán, con cierto detenimiento, las implicaciones de cada uno de estos principios. Ahora, simplemente, es preciso insistir en que todos ellos se postulan como el conjunto metodológico-instrumental necesario que permitirá discernir la susceptibilidad desigualitaria de una situación social dada. Permitirá, en definitiva, dilucidar qué situaciones sociales son susceptibles de ser (des)igualitarias y, en su caso, de su proximidad o distancia a cierta igualdad/desigualdad máxima preconcebida y predefinida.

#### **5.4. DE LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL AL ANÁLISIS SOCIOLÓGICO.**

He insistido en que la categorización conceptual de las desigualdades sociales parte de la naturaleza ético-política de la misma, como principio, y como tal ha de ser concebida con toda la carga subjetiva-relativa que impregna a todos los conceptos éticos. Ese subjetivismo se manifiesta y concreta a nivel ideológico, cognoscitivo, a través de un proceso de construcción de la realidad social, por medio del cual, como miembros de una sociedad, desde el momento del nacimiento, entramos a formar parte de un proceso constante y permanente de aprendizaje y fijación de conceptos e ideas, entre las cuales aparecerán los principios éticos y todo el complejo entramado de nuestro esquema de valores.

Como individuos insertos en una sociedad dada, esos procesos de aprendizaje y fijación, que llamamos interiorización, están mediatizados por el contexto específico y la posición social en la que nacemos, y por tanto, por lo que los demás nos cuentan y lo que *no* nos cuentan, sus propios esquemas de valores y principios éticos, sus intereses específicos y el conocimiento *deseado* con el que quieran presentarnos la *realidad*.

Cada uno de nosotros entra inmediatamente a formar parte de esa cadena mediando en los procesos retroalimentarios de interiorización de sus *otros significantes*. Hablamos y relatamos nuestra vida a los demás, nuestro mundo, la realidad, tal como la percibimos y la creemos, exteriorizando nuestros principios e ideas.

Aprendemos, interiorizamos, que determinadas externalizaciones pueden crear conflictos y problemas. No se puede, por ejemplo, desear *lo ajeno*, o por lo menos, ciertas cosas de lo ajeno —al menos en nuestro entorno sociocultural—. Aprendemos a callarlo, a no reivindicarlo y, por el contrario, a reivindicar aquello que hemos aprendido que es legítimo hacer y en el contexto que hemos interiorizado como apropiado para hacerlo. Aprendemos a reivindicar sólo determinados aspectos del mundo deseable; otros, por el contrario, aparecen justificados como normales. Así las desigualdades, en ese esquema general de todo el conocimiento humano, se perciben subjetivamente, encuadradas en un marco general de esquemas ético-valorativos de deseabilidad social, entremezcladas con las ideas de justicia, libertad o bienestar, entre otras.

En cada marco sociocultural concreto y bajo el abanico, amplio pero delimitado, de principios éticos que proporciona ese marco, aparecen discursos concretos de reivindicaciones igualitaristas y de justificaciones desigualitaristas, sobre los que se genera un debate sociopolítico dirigido a *formas* determinadas de organización social. La igualdad aparece así como una convención, arropada por los referentes socioculturales que perfilan la intersubjetividad dominante de cada sociedad.

<<La igualdad es una convención, es un pacto de derechos universales fundamentado no en una teoría contrastable (no es un enunciado científico), sino una creencia, en una fortísima convicción>> (San Román, 1996:135).

La categorización sociológica del edificio teórico conceptual, pasa por dar cuenta, por tanto y al menos, de los siguiente principios:

- La desigualdad como principio ético
- El relativismo de los principios éticos
- La construcción social de tales principios
- Su interiorización subjetiva y diferencial
- Las diferentes formas de exteriorización ideológico-cultural.
- La *politización* del principio

Toda definición de igualdad pasará por considerarla como un principio ético<sup>19</sup>. Esto quiere decir que es un deseo de carácter moral, que consideramos bueno. Si alguien considera que la igualdad no es un estado social bueno y deseable, dada su propia naturaleza conceptual, no podemos encontrar argumentos últimos que demuestren que estamos en lo cierto y nuestro oponente teórico-ideológico, equivocado.

En Sociología tenemos que partir de que hacemos referencia *sólo* a las desigualdades sociales. Por sociales podemos entender, en un sentido amplio, todas aquellas que no sean exclusivas de aspectos fisiológicos, biológicos o físico-naturales; aquellas que sean producto de cada sistema de organización social, producto de la acción humana, y que, por tanto, puedan ser mutables con la acción social. De esta forma, las desigualdades sociales se refieren a formas determinadas de organización sociocultural y que, por ende, podrían ser diferentes

---

<sup>19</sup> Desde su inicial naturaleza ética, la noción de igualdad, es susceptible de ser concebida como una manifestación política, como idea y como forma, y como tal, debe ser considerada desde la perspectiva del relativismo ético con el que se impregnan todos los conceptos de esta naturaleza. Son, en definitiva, reivindicaciones o justificaciones más o menos reconocidas que dependen del marco sociocultural en la que se interiorizan-exteriorizan los esquemas de pensamiento individuales y determinados.

en el caso de se produjesen transformaciones en la acción social o los hechos sociales que la condicionan y caracterizan. Son desigualdades sociales aquellas situaciones en las que un grupo de individuos, pudiendo estar en las mismas condiciones que otro u otros, no lo está. Rousseau fue categórico al expresar esas diferentes desigualdades:

<<Se sigue que hay en la especie humana dos géneros de desigualdades: una, a la que llamaré natural o física, por estar establecida por la naturaleza, consiste en la diferencia de edad, estado de salud, fuerzas físicas y cualidades de la mente y del espíritu; otra, que se puede llamar diferencia moral o política, porque depende de cierto tipo de convencionalismos y está establecida o, al menos, autorizada por el consenso de los hombres. Esta última consiste en diferentes privilegios disfrutados por algunos en detrimento de otros, como ser más rico, más honrado, más poderoso que los otros, o, simplemente, disponen de su obediencia>> (Rousseau, 1755:31)

Rousseau estableció la distinción entre desigualdad natural y desigualdad moral, la primera equivale a lo que ya anteriormente he denominado como *diversidades humanas* y la segunda se refiere propiamente a las desigualdades sociales. Lo relevante de la aportación de Rousseau es que sus desigualdades políticas están definidas sobre la base de que implican la ventaja de unos sobre la desventaja de otros. Quiere decir esto que yo puedo tener un gusto determinado como bañarme durante horas en el mar. Supongamos que eso no tiene mayores implicaciones y que con ello no genero ninguna desventaja en ninguna otra persona, con lo cual no puedo hablar de desigualdad social. Sin embargo, yo puedo querer vivir en un finca situada a la orilla del mar. Con ello puedo estar obrando desigualitariamente, aunque los demás no manifiesten tal deseo, pues la orilla del mar es un *bien* escaso y cuando otro pueda tener el mismo deseo quizá no tenga la posibilidad porque yo, y quizá otros, hallamos llegado antes.

El relativismo ético y la convencionalidad de los referentes igualitarios no impiden el análisis sociológico, pues los referentes (des)igualitarios son discernibles y la contribución sociológica permite, debe permitir, indicar de entre situaciones sociales alternativas, cuáles son las más igualitarias. Esto no implica

que siendo un concepto políticamente relativo y éticamente variable, no pueda ser estudiado y sociológicamente analizado. Las desigualdades sociales provienen de formas determinadas de organización social producto de la acción humana y justificadas culturalmente, por lo que es objeto legítimo de estudio y análisis sociológico, del mismo modo que lo es la búsqueda de un mayor y creciente igualitarismo social. Esto mismo, pero expresado con palabras escritas por Tawney, podría exponerse del siguiente modo.

<<Criticar la desigualdad y desear la igualdad no es, como a veces se sugiere, abrigar la ilusión romántica de que los hombres sean iguales en carácter e inteligencia. Es sostener que, aunque sus prendas naturales difieran profundamente, es característico de una sociedad civilizada aspirar a eliminar aquellas desigualdades que tienen su fuente, no en las diferencias individuales, sino en su propia organización>> (Tawney, 1931:64).

Hegel esboza un procedimiento analítico derivando el concepto de igualdad del de diversidad<sup>20</sup>. El proceso hegeliano es similar al defendido en esta tesis: de la diversidad a la diferencia (y a las identidades) y de ahí a la creación artificial del concepto político de igualdad. John W. Burbidge deriva de la diversidad humana una concepción igualitarista injusta.

<<La igualdad es injusta porque se la extrae de la complejidad y de la diversidad del orden social>> (Burbidge, 1985:189)

Alan Carling comienza su *Social Division* partiendo de que existen miles de características que diversifican a los seres humanos. Agrega, además, que eso es algo bueno. Sin embargo, existen una serie de diversidades que no son tan buenas, a su juicio, y menciona, por ejemplo, las que ocurren en determinados contextos socioculturales; las que se convierten en fatídicas para los individuos; las que institucionalizan determinadas trayectorias de movilidad social; las que preservan desigualdades de condición, etc. Esas diferencias perniciosas referidas a las diversidades serán su objeto de estudio y de la sociología de las desigualdades en general. <<Las diferencias de este tipo serán “divisiones sociales” y el

---

<sup>20</sup> Hegel, *La ciencia de la lógica*, libro 2, I, 1, B, 2: <<La diversidad>>.

proceso por el cual se conforman, división social (*social division*)>> (Carling, 1981:1).

Boudon y colaboradores<sup>21</sup> explican el carácter específicamente social de las desigualdades con el siguiente ejemplo:

<<Un negro y un blanco son distintos por la pigmentación de su piel. Esta diferencia natural no implica ninguna desigualdad. Sin embargo, en muchas sociedades disfrutan de unas condiciones distintas a las que están asociadas ventajas y desventajas. Las desigualdades son, por tanto, esencialmente sociales y están relacionadas a la existencia de estratificaciones económicas, políticas, de prestigio, etc.>> (Boudon *et al.*, 1993:69).

Las situaciones sociales derivadas de las formas concretas de organización social pueden ser más o menos igualitarias. El primer punto imprescindible para que una de esas situaciones puedan permitir un análisis des-igualitario será por tanto, el de que *dicha situación debe ser producto de un sistema de organización social dado* y, por tanto, mutable. De ese manera, pongamos por caso, una determinada situación en la que hemos acotado dos colectivos poblacionales, uno constituido por individuos de raza blanca y el otro por individuos de raza negra. Entre ellos se puede plantear una función comparativa con la que se pretende analizar si sus sistemas de sudoración cutánea son similares. En tal formulación no hay posibilidad de llevar a cabo un análisis sociológico de desigualdades porque el problema planteado no responde a sistema de organización social dado, sino que viene causado, principalmente, por causas biofisiológicas, y por tanto el referente social queda relegado a un segundo plano.

<<Lo que singulariza las ideologías igualitaristas es, generalmente, el acento puesto en el hombre como ser "genérico", es decir, como ser perteneciente a un determinado *genus*, y por tanto en las características comunes a todos los pertenecientes al *genus*, antes que las características individuales por las que el hombre se distingue de otro (que es, por el contrario, lo que singulariza a las teorías liberales), no importa si además el acento recae sobre las características negativas del hombre ("Los hombres son todos pe-

---

<sup>21</sup> BOUDON, P.; BESNARD, P.; CHERKAoui, M. y LÉCUYER, B. P. (1993): *Diccionario de Sociología*, Larousse Planeta, Barcelona, 1995.



cadores”) o bien en las positivas (“El hombre es un animal sociable por naturaleza”)>> (Bobbio, 1977:85).

## 5.5. LAS SUSCEPTIBLES SITUACIONES IGUALITARIAS Y DESIGUALITARIAS.

Si continuásemos con los dos colectivos poblacionales anteriores, las razas blanca y negra, pero en vez de pretender analizar las diferencias de sudoración de su piel analizásemos la accesibilidad de cada uno de esos dos colectivos al mercado laboral, entonces sí estaríamos ante una situación social producto de un sistema de organización dado y, por tanto, susceptible de análisis desigualitario.

En cualquier caso, no toda situación social entre dos colectivos es susceptible de análisis desigualitario. Si observamos las diferentes manifestaciones culturales entre dos poblaciones (música, gastronomía, lengua, arquitectura, etc.) no hay *susceptibilidad* de desigualdad porque la diversidad *ethno-territorial* implica diferencias culturales, las cuales no pueden resolverse nunca en igualdad. No es correcto un planteamiento igualitarista de las culturas de Kenia y Alaska, ni siquiera entre dos áreas geográficas más próximas, pues el marco sociocultural, fisiológicamente condicionado, genera manifestaciones culturales diferentes, sin posibilidad de igualdad.

*Para que una determinada situación social pueda ser considerada como desigualitaria es imprescindible que, tras las oportunas modificaciones, sea susceptible de ser considerada como igualitaria.*

El aparentemente complejo juego de palabras anterior descubre una de las ideas más importantes de la redefinición conceptual de la desigualdad. Qué es lo que se pretende, en definitiva: matizar que las situaciones sobre las que queremos estudiar la supuesta (des)igualdad que las caracteriza, han de permitir, que, en las mismas, sean perfecta y claramente discernible, cómo sería esa situación en caso de igualdad y cómo en caso de desigualdad. Para que eso sea

posible, y teniendo en cuenta que estamos hablando en todos los casos de situaciones sociales, la igualdad deberá referirse necesariamente a aspectos sociales; abiertamente considerados, pero producto, en definitiva, del sistema de organización social y, por ello, siempre mutables.

La desigualdad supone y exige una potencialidad de igualdad. De hecho, las desigualdades (o las igualdades) pueden pertenecer (como construcción social) a la realidad observada o a la realidad potencial. Dentro de esta última, se puede argumentar esa potencialidad en base a diferentes criterios: la memoria de existencia histórica pasada (por haber existido, aunque ahora no lo sea); la asequibilidad (conozco que existe o que teóricamente es posible pero puedo dudar, o contrariamente asegurar, que tengo o existen probabilidades –subjetivas– de alcanzar una meta); o, simplemente, como reordenación de lo existente, como transformación de elementos<sup>22</sup>.

Prácticamente todas las situaciones sociales son susceptibles de análisis des-igualitario. El problema pasa a estar centrado, principalmente, en formularlas analíticamente con corrección, matizando cuál/cómo sería la hipotética situación de igualdad absoluta y, alternativamente, de desigualdad absoluta, para, a partir de ahí, permitir la aplicación de una métrica que posibilite conclusiones sobre la proximidad a una de esas dos situaciones, normalmente hipotéticas y teóricas.

La igualdad absoluta se convierte en un referente teórico obligado para el análisis igualitarista al que rara vez se llega en las situaciones observadas

---

<sup>22</sup> Debo este desarrollo a los trabajos de Luckmann sobre la obra de Alfred Schutz (Luckmann/Schutz, 1973: 54-58), si bien el contexto es diferente. En su caso es estrictamente cognoscitivo (de la realidad social) y en el mío es una aplicación al caso concreto de las desigualdades (como construcción social cognoscible).

empíricamente en la realidad<sup>23</sup>. Entre la igualdad absoluta y la absoluta desigualdad aparecen toda una vasta y casi infinita gama de situaciones intermedias, que según se asemejen más a uno u otro de esos dos extremos, darán lugar a situaciones de hipotética igualdad o desigualdad relativa.

<<Por igualdad absoluta entendemos que cada par de individuos (o bloques) supuestos de igualdad son completamente iguales en todo>> (Rae, 1981:105).

La igualdad relativa guarda en sí misma una amplia variedad de situaciones que la métrica empleada se encargará de delimitar. Eso dará lugar a ciertos tipos de medidas que incidirán, en ocasiones, en el número de pares similares (igualdad relativa extensiva), o en el carácter o calidad de la igualdad entre los pares mensurables (igualdad intensiva)<sup>24</sup>.

El análisis sociológico de la desigualdad versará, por tanto, en una medición centrada en la aproximación de una situación real observada a una situación, factible, aunque hipotética, en la que todos los sujetos guardan una similitud o disimilitud con respecto a esa situación. En ese sentido, los indicadores resultantes harán referencia a situaciones concretas de carácter relativo con respecto a las hipotéticas de carácter absoluto (Rae, 1981:116-117).

---

<sup>23</sup> Douglas Rae (1981:6) señalará que para que una sociedad sea realmente igualitaria, igualdad absoluta, ha de cumplir conjuntamente los siguientes cinco requisitos:

- 1) Clasificación social unitaria
- 2) Singular reparto: todas las cosas de la sociedad están repartidas una vez y para todo el tiempo.
- 3) Buena divisibilidad: Cualquier valor de la sociedad puede ser dividido en partes idénticas, uno para cada miembro de la sociedad, sin disminuir su valor
- 4) Uniformidad humana: la gente tiene cubiertos totalmente sus gustos y necesidades.
- 5) Pensamiento dicotómico: las cosas son o bien verdaderas o bien falsas.

<sup>24</sup> Los términos igualdad extensiva e igualdad intensiva están tomados de Douglas Rae: <<Por igualdad relativa entendemos que una distribución es más igual que otra, por ser más extensiva o más intensiva o ambas. "Más extensiva" significa que abarca a un mayor número de sujetos que se supone pueden ser iguales. "Más intensiva" quiere decir que, para una pareja dada de igualdades posibles, cada una de las cosas para la absoluta igualdad ha sido bien alcanzada>> (Rae, 1981:106).

## 5.6. CARACTERÍSTICAS CONCURRENTES EN LA FORMULACIÓN.

La forma tradicional de generalizar una definición de desigualdad social ha sido, tal como he presentado en el apartado 5.2, en base a la caracterización de las mismas mediante la concurrencia conjunta de una serie de elementos presentes en su formulación analítica desigualitaria<sup>25</sup>. Tal recurso definitorio es, a mi entender, correcto y puede apoyarse en unas sólidas bases teóricas si se presenta como una definición axiomática, de tal forma que entendemos por desigualdades sociales, aquellas situaciones que cumplen una serie de requisitos que, en concreto, pueden resumirse en tres. El primero, por acotación disciplinar, se refiere al carácter social de las desigualdades a definir y analizar; el segundo, hace mención a la susceptibilidad o plausibilidad desigualitaria de toda situación que pretenda ser analizada como tal; el tercer principio axiomático se refiere a la concurrencia conjunta de una serie de características analíticas en la formulación de las desigualdades. Los elementos concurrentes presentes en toda formulación de una situación de igualdad son, a su vez, tres:

- 1) El sujeto poblacional
- 2) La comparación
- 3) La variable evaluativa

Estos tres elementos deberán formar parte del enunciado de toda situación de des-igualdad social. Es pertinente precisar brevemente las implicaciones

---

<sup>25</sup> He mencionado la de Luciano Gallino (1978:294-295) en apartado 5.2.; también cabría destacar la tentativa implícita de Douglas Rae, quien en su *Equalities* distingue cinco grandes criterios para caracterizar las situaciones (des)igualitarias (Rae, 1981:133):

- a) El sujeto de la igualdad puede ser individuos, sectores o bloques.
- b) El dominio de las desigualdades puede ser íntegro, marginal o global
- c) Las igualdades pueden ser directas, basarse en el sentido de la igualdad de oportunidades o basarse en las expectativas de igualdad de oportunidades
- d) Puede haber una visión de lotes o de igualdades personales
- e) Podemos hablar de igualdades relativas o de igualdades absolutas.

que ello conlleva, en su significado y en las tipologías permisibles sobre cada uno de estos tres elementos concurrentiales.

### 5.6.1. El sujeto poblacional.

El conjunto poblacional es el primer requisito necesario. Es preciso contar con dos o más sujetos sobre los que poder establecer comparaciones en un ámbito determinado. Llamemos *conjunto base* a aquel compuesto por todos los elementos sobre los cuales formular la situación de des-igualdad.

El conjunto base reúne una serie de propiedades propias del álgebra de conjuntos, tales como la reflexividad, simetría y transitividad. La reflexividad implica que todo sujeto es igual a si mismo; la simetría, que si A es mayor (disimilar) que B, B lo será inversamente de A y en la misma medida y, finalmente, la propiedad transitiva implica que si A tiene más de algo que B y B más que C, A tendrá siempre más que C. Estas tres propiedades son una característica de estos conjuntos poblacionales y sobre esa base se construirá la métrica analítica de las situaciones concretas.

Además del conjunto base es preciso que exista uno o más subconjuntos discernibles *en* ese conjunto. Cuando existe un sólo subconjunto, la formulación desigualitaria versará sobre los elementos de ese subconjunto con respecto a los del conjunto base; si, por el contrario, existe varios subconjuntos, la formulación podrá realizarse comparativamente entre ellos<sup>26</sup>. Las situaciones de (des)igualdad entre subconjuntos pueden ser *inclusivas* o *exclusivas*. Son inclusivas cuando existen individuos comunes a dos o mas subconjuntos y, son exclusivas, cuando no hay posibilidad para la intersección de elementos (Rae, 1981:23)<sup>27</sup>. El tipo acotación de los subconjuntos poblacionales da lugar a la

---

<sup>26</sup> Si comparo los niveles de renta de España con los del conjunto de la UE, se formula un análisis entre un subconjunto con respecto a su conjunto base; Si, por el contrario, comparo dos países de la UE, estoy ante el caso de dos subconjuntos, que lógicamente podría incrementar ilimitadamente hasta considerar a cada individuo como un subconjunto y analizar las desigualdades salariales entre la población española asalariada.

<sup>27</sup> Siempre que se formula una desigualdad entre un conjunto base y un subconjunto es una formulación inclusiva. Sin embargo, los matices de delimitación de los subconjuntos

existencia de situaciones igualitarias fijas o variables. La situación *fija* hace referencia a que todos los individuos pueden tener un determinado atributo; mientras que es *variable* si es un atributo que aunque se refiera a todos los individuos, sólo se hace expresa cuando éstos cumplan algún requisito, condicionante o acción (por ejemplo, las normas de circulación).

Los sujetos o elementos del conjunto base, y por tanto de sus subconjuntos, pueden ser de distinta naturaleza. En última instancia, los sujetos siempre se refieren a personas, pero en la práctica, serán frecuentemente atributos concretos asociados a esas personas, que a su vez, pueden estar agrupadas en bloques o colectivos. Más relevante, sin embargo, es la manera en que se presentan, en la formulación desigualitaria, esos atributos o personas o grupos de individuos. Según esto último, distinguimos sujetos individuales, sectores o bloques (Rae, 1981:20)<sup>28</sup>.

Una situación de desigualdad es *individual* si concierne a todos y cada uno de los individuos de la sociedad —del conjunto—. Por ejemplo, si decimos “cada persona un voto”, estamos en esa situación; si decimos, igualdad de derechos para todos, también.

Estas (des)igualdades individuales pueden ser implícitas o explícitas. Son *explícitas* aquellas que hacen referencia clara a todos los individuos de la

---

permiten un análisis de un gradiente inclusivo. Rae ilustra esa posibilidad con la siguiente secuencia de situaciones igualitarias: 1) Igualdad de acceso a la terapia de hemodiálisis gratuita para todas las personas que no tengan un nivel determinado de recursos; 2) Igualdad de acceso a la terapia de hemodiálisis para todas las personas que padezcan la enfermedad; 3) Igualdad de acceso a cualquier terapia para todas las personas enfermas de cualquier enfermedad y 4) Igualdad de acceso a los servicios médicos para todas las personas, bien enfermas o bien sanas, que quieran seguir un programa preventivo. Según vamos avanzando de la situación 1 a la 4, los límites de las clases de sujetos a los que hace referencia la norma van ampliándose. Todos los sujetos de la norma 1 están incluidos en la norma 2; todos los de la 2 en la 3 y todos ellos en la 4. Contrariamente, si hacemos una lectura inversa, de la 4 a la 1, aparecerán grupos de personas que quedan excluidos de ese derecho.

<sup>28</sup> Esta distinción, que coincide a grandes rasgos con la de Rae, ha sido efectuada por otros autores, si bien no profundizan en la misma. E. O. Wright señala como el sujeto de la (des)igualdad, —en su lenguaje, las *unidades*—, << pueden ser individuos, familias, grupos sociales, comunidades, naciones >> (Wright, 1994:21).

población e, *implícitas*, aquellas que lo sobreentienden por omisión. Por ejemplo, el derecho al voto para todos los ciudadanos es una igualdad individual explícita, pero la prohibición de aparcar en un determinado lugar, se refiere a los conductores, aunque implícitamente es una prohibición, regla, o recorte de derecho que se refiere a toda la población<sup>29</sup>.

Por situación de (des)igualdad en la que los sujetos son *sectores* (o *segmentos*) entendemos aquella situación <<definida por dos hechos: 1) los sujetos de igualdad están divididos en dos o más subclases mutuamente excluyentes y 2) tomados dos a dos, la igualdad es requerida dentro, y no entre, estas subclases>> (Rae, 1981: 29). Las desigualdades sectoriales no implican necesariamente la consideración de estos como personas, sino que pueden referirse a una etiqueta identificadora<sup>30</sup>. Esas identidades pueden tener diferente complejidad y siempre dependerá de la característica empleada para agrupar a los individuos. Por ejemplo, si usamos el género como característica identificatoria y diferenciadora de los individuos obtendremos un grupo de hombres y otro de mujeres. La construcción de grupos no impide, en principio, que tratemos con igualdades de tipo individual. Por ejemplo, si decimos que todas las mujeres tienen derecho a unos meses pagados de descanso por cada vez que se queden embarazadas, estamos ante una situación (des)igualitarista que se refiere a todos los individuos (en este caso que cumplan una condición: ser mujer embarazada).

Este tipo de formulación es propio de las situaciones *regulativas* de desigualdad y dará lugar a un tipo específico de medida: las dicotomías nominales. Pensemos, por ejemplo, el régimen de *apartheid* de Sudáfrica. Los blancos te-

---

<sup>29</sup> Rae (1981: 22) se refiere, como ejemplo de igualdad individual implícita, a los derechos del presidente de los Estados Unidos. Esos derechos se refieren a esa figura, pero, indirectamente, ya que todo el mundo puede ser presidente de los Estados Unidos, se refieren a la totalidad de la población.

<sup>30</sup> Hablo de identidades, siguiendo la lógica expuesta en el proceso de construcción social de las desigualdades del capítulo 3º. En todo caso, estas identidades son análogas a o que Rae denomina como clases. Para no caer en equívocos, es pertinente traducir las *class* de Rae por *identidades*, ya que sus clases no tienen un sentido sociológico, sino matemático. El mismo Rae hace esa matización en una nota (Nota 1 de p. 156 en Rae, 1981).

nían todos los mismos derechos entre ellos; los negros también tenía todos los mismos derechos entre ellos; pero cada uno de esos dos sectores poblacionales tenía muy diferentes derechos<sup>31</sup>.

Pongamos otro ejemplo más habitual. La estructura ocupacional genera derechos adscritos a una ocupaciones y no a otras. Un médico puede ejercer la medicina si está en posesión del título que lo acredite como tal, no así el resto de la población; un abogado puede defender un recurso ante el juez, mientras que habitualmente no lo puede hacer otra persona. Algunas ocupaciones no precisan ese requisito: un sociólogo puede hacer un diagnóstico legítimo de la sociedad de igual forma a como lo puede hacer cualquier otra persona.

En los atributos asociados a los segmentos o sectores entramos de lleno en el tema de las titularidades. Hay titularidades asociadas a determinados colectivos poblacionales, lo cual los convierte, en la teoría de las desigualdades, en segmentos o sectores de sujetos en situación desigual con respecto al conjunto de la población.

La visión de las (des)igualdades en *bloques* se refiere a grupos de individuos, definidos por una característica que los identifica y diferencia, pero que los hace iguales al resto de los bloques. Por ejemplo, hombres y mujeres, ambos bloques son iguales para el ejercicio del derecho al voto. <<Formalmente, las estructuras de bloques iguales están definidas por dos hechos: 1) los sujetos de la igualdad están divididos en dos o más subclases y 2) la igualdad es requerida entre subclases (bloques) y no dentro de ellas>> (Rae, 1981:32). El primer hecho distinguirá la visión individual de la de bloques y el segundo la de bloques de la segmentaria.

---

<sup>31</sup> <<Puede que sea necesaria una forma de igualdad segmentaria para toda forma sistemática de desigualdad. Para tratar a la gente de una forma sistemáticamente desigual se precisa, en primer lugar, que esta sea dividida en subclases, entonces los miembros de las subclases son tratados "igualmente de forma desigual" (*equally unequally*), así tendrán un comportamiento igual con los otros, excepto los de las subclases superiores e inferiores. Los segmentos de igualdad muestran, en otras palabras, la sistematización de la desigualdad>> (Rae, 1981:30).



Cuadro n° 24

**DIFERENCIAS ESENCIALES ENTRE ESTOS TRES TIPOS DE IGUALDAD SEGÚN EL SUJETO DE LA MISMA<sup>32</sup>**

	Visión individual simple	Segmentos	Visión en bloques
Cuántas clases	1	$\geq 2$	$\geq 2$
Igualdad intra o inter-clases	Intra	Intra	Inter

En ocasiones se han levantado voces críticas hacia los análisis desigualitarios *entre* subconjuntos (Bétaille, 1983a, 1983b; Loury, 1987) señalando el posible error de incurrir en falta de un referente sociocultural común, principio indispensable poder hablar de desigualdades sociales entendidas y construidas en el mismo marco referencial. En este sentido, el buen olfato del analista, con los conocimientos sociológicos que han de preceder al análisis concreto, deberá dar buena cuenta de que no se incurra en tal error.

### 5.6.2. La comparación

La comparatividad es un requisito necesario en la teoría de las desigualdades. Sobre ese conjunto de los sujetos que hemos definido, hay que establecer siempre una relación de comparación. De ninguna otra forma tendría sentido hablar de igualdad si no es por referencia a las situaciones hipotéticas de igualdad o desigualdad absoluta. La comparación exige, en sí misma, intuir culturalmente un sistema de medida que permita valorar las situaciones más próximas de la igualdad (lo que culturalmente se valora como igualitario) y lo más próximo a la situación entendida como desigualitaria.

Al operar con subconjuntos y analizar, bien sea la disimilaridad interna o de unos subconjuntos con respecto a otros, se formula, en todos los casos, un proceso comparativo, en el cual no sólo se hace referencia a las situaciones absolutas, sino que también, se establece una medida relativa de la situación comparativa observada entre los diferentes subconjuntos.

---

<sup>32</sup> Rae, 1981, p. 43.

La comparación desigualitaria se establece de dos formas fundamentales diferentes:

- a) Posesión de algo, con sus correspondientes gradientes e intensidades.
- b) Posibilidad de acceso a una determinada situación

En el primer caso, existirá siempre un bien o atributo del cual los sujetos serán poseedores, en diferente medida. Esa posibilidad de asociación de atributos podrá ser de tipo distributivo o de tipo nominativo, a lo cual haré referencia más adelante. En el segundo, los sujetos tendrán una mayor o menor posibilidad de pasar de una determinada situación inicial a otra final. Este tipo de comparación tendrá una métrica particular dada por las probabilidades de paso diferenciales, para cada sujeto.

La comparación que se efectúa en la formulación de situaciones igualitarias exige, en primer lugar, la existencia de un número de sujetos mayor que dos, si bien, normalmente, nos encontraremos con un conjunto poblacional dentro del cual podremos discernir, al menos, un subconjunto y, con frecuencia, varios. A su vez, la formulación puede centrarse en comparar los sujetos de un determinado (sub)conjunto dentro de sí (intra), o bien entre (sub)conjuntos (inter); para esto último habrá que calcular valores que representen a todo el (sub)conjunto o, alternativamente, proceder a comparaciones de pareados intercalados.

En segundo lugar, es preciso concretar el criterio comparativo que se establece; por ejemplo, más que..., mayor que..., posesión de..., posibilidad de..., etc. Dicha formulación conllevará asociada una determinada variable evaluativa que permita la operación en concreto de la que trate la formulación, lo que constituirá en sí el tercer paso de establecimiento de la comparación.

### 5.6.3. El *equalisandum* (el dominio de evaluación y la variable evaluativa)

Al hablar de desigualdades estamos realizando siempre una comparación. Esas comparaciones asignadas en el conjunto poblacional deberán referirse a algún ámbito social determinado<sup>33</sup>, del que se tomará, como referente, una determinada variable evaluativa. Ésta deberá poder asignarse a cada uno de los elementos del conjunto poblacional, y la ausencia o presencia de los atributos de esa variable, darán pie a una u otra conclusión al respecto de su carácter desigualitario<sup>34</sup>.

Existe una pluralidad de “espacios” relevantes en los que se puede juzgar la igualdad (la multiplicidad de variables –ingresos, riquezas, utilidades, libertades, bienes primarios, capacidades– que pueden usarse como esfera de comparación). Las exigencias de la igualdad en los diferentes espacios no coinciden las unas con las otras precisamente porque los humanos son tan diferentes (Sen, 1992:147)<sup>35</sup>.

<<Un individuo A puede tener más utilidad que B y C, mientras B tiene más ingreso que A y C, y C tiene más libertad de actuación que A y B, etc. [...] La ética de la igualdad tiene que adaptarse a las diversidades generalizadas que afectan a las relaciones entre los diferentes ámbitos. La pluralidad de las variables focales puede crear una gran diferencia justamente por la diversidad de los seres humanos>> (Sen, 1992: 40).

---

<sup>33</sup> Los ámbitos sociales serán las características o cualidades que poseen en mayor medida o menor medida los individuos de la población. Existen toda una serie de ámbitos en los que se han hecho estudios sobre desigualdades sociales. <<Responder a la pregunta ¿Igualdad de qué? nos lleva a los dominios de la igualdad, –esto es, a las clases de casos que pueden ser asignados igualitariamente>> (Rae, 1981:45).

<sup>34</sup> <<En el cálculo evaluativo, hay que distinguir claramente dos cuestiones distintas: 1) ¿Cuáles son los objetos de valoración? y 2) ¿Cuán valiosos los respectivos objetos?. Aunque, formalmente, la primera pregunta constituye un aspecto esencial de la última (en el sentido de que los objetos de valoración son aquellos que tiene ponderaciones positivas), la identificación de los objetos de valoración, sin embargo, es en lo sustantivo el ejercicio básico que permite buscar respuesta a la segunda pregunta>> (Sen, 1992:56-57). Además la identificación de un conjunto de objetos valorativos, el ámbito evaluativo, denota un “rango de dominancia”.

<sup>35</sup> La pluralidad de ámbitos no debe llevarnos a pensar en una barrera que imposibilite el estudio sociológico de las desigualdades sociales. <<La pluralidad de ámbitos no es un problema único, ni tampoco una fuente de confusión, para la idea de igualdad como tal>> (Sen, 1992: 38).

En definitiva, hablar de desigualdades exige referirse a algún ámbito determinado. La elección del ámbito presupone una concepción normativa del orden social y, dicha elección tiene consecuencias sobre las desigualdades en el resto de los ámbitos. La elección de un ámbito y de un tipo de medición de la desigualdad/igualdad implica una referencia necesaria a otros ámbitos que pueden estar directamente interrelacionados<sup>36</sup>.

Es, por tanto, preciso, en primer lugar, acotar con claridad el ámbito de evaluación. Éstos pueden tener una o más variables representativas elegidas como base del análisis. La elección de la variable evaluativa supone, pues, el segundo paso relevante de la determinación del equalisandum de modo que determina la fórmula concreta que medirá la situación concreta de desigualdad<sup>37</sup>. Dichas variables pueden ser *simples* o *complejas* (estas últimas serían las compuestas por varias variables simples).

<<Pueden ser los bienes, pero los bienes son múltiples; pueden ser las condiciones para su obtención, que siempre son variables; puede ser en último término la equipolencia, que es ella misma un límite, porque los individuos son diversos y divergentes en lo que quieren ser y en quién quieren ser>> (Valcárcel, 1993:20)

---

<sup>36</sup> Por ejemplo, si estamos estudiando las diferencias en la *esperanza de vida* en función de la *Renta per Capita* de diferentes países, observaremos que, según datos del *Informe sobre el Desarrollo Mundial 1991* (Banco Mundial, 1991), expresados en Dólares americanos, aparecen países como Sudáfrica (\$ 2.470), Brasil (\$2.540), Gabón (\$2.960) y Omán (\$5.220) con Rentas seis veces superiores a las de China (\$350) o Sri Lanka (\$430), pero con una esperanza de vida mucho menor, situándose los primeros en torno a los 60 años de vida media, mientras los segundos se sitúan en torno a los 70 años de esperanza de vida al nacer. Es preciso incluir una variable que refleje la dedicación institucional al tema sanitario; algo que se ha tomado muy en serio en China o Sri Lanka y que ha quedado algo más desplazado en los países del primer grupo.

<sup>37</sup> La solución de cuáles son las variables evaluativas esenciales para determinar las desigualdades sociales depende del tipo de estructura social de la sociedad de que se trate y del tipo de sistema cultural y de valores que forje una demandas políticas u otras. De la misma manera, el ámbito puede acotarse subjetivamente y en función de los intereses hacia un aspecto u otro. No es posible entender que haya una serie de desigualdades sistémicas moralmente más importantes que otras, si bien, con respecto a esto, no hay acuerdo en la doctrina al respecto y, sobre ello, volveré más adelante.

D. Rae ha insistido mucho en caracterizar nitidamente las tipologías, de lo que el llama *dominios*, en función del tipo de variable evaluativa que lo caracteriza:

<<Un *dominio* es una clase de cosas que pueden ser distribuidas y distinguimos entre dominios anchos y finos (*broad and narrow*) según su extensión. Un dominio es estrictamente más ancho que otro si incluye todas las cosas del otro más algunas otras. La definición del fino se haría por la inversa. Distinguimos también entre “dominio de distribución”, en respuesta a lo que un actor puede dividir en una demanda igualitarista y “dominio de cómputo” en el que un agente piensa en las cosas que pueden ser divididas [...] Bajo la repartición directa, todo el dominio de cómputo puede ser dividido. Esto no siempre es posible, o no siempre se admite esta posibilidad. Las igualdades marginales o globales representan una alternativa de respuesta en las cuales los dominios de distribución no consiguen cubrir a los dominios de cómputo. *La igualdad marginal distribuye igualitariamente sólo un dominio de distribución, cuando no consigue repartir igualitariamente todo el dominio de cómputo y cuando el residuo de dominio de cómputo es desigualmente distribuido: esas desigualdades permanecen así en su posición inicial*>> (Rae, 1981:62).

Sin embargo, y sin menoscabo de tal caracterización, la naturaleza realmente relevante de las variables evaluativas deberá distinguir entre los siguientes dos tipos de variables: las cuantitativas y las cualitativas.

Las variables evaluativas pueden ser, en principio, cualitativas o cuantitativas. Si la variable evaluativa puede descomponerse en un número de unidades cuantificables por un valor numérico, podemos hablar de variable cuantitativa. Si, por el contrario, la asignación se realiza en base a un criterio asociable a cada individuo que poseerá o estará desposeído de esa cualidad, estamos ante variables cualitativas.

E. O. Wright ha señalado como las variables evaluativas asignativas pueden ser de dos tipos *monádicas* o *relacionales*, de la misma manera que los procesos de adquisición de una determinada magnitud de un atributo por parte de los individuos pueden, a su vez, ser monádicos o relacionales. Un atributo monádico es el que puede ser definido para una unidad o sujeto poblacional dado sin hacer referencia a los poseídos por otras unidades. El consumo material

es un buen ejemplo ilustrativo: una unidad consume determinados bienes que podemos cuantificar con independencia de lo que consuman otras unidades. Contrariamente, los atributos relacionales no pueden ser definidos sin tener en cuenta a otras unidades. Por ejemplo, el poder es un atributo de este tipo (Wright, 1994:21-22).

De forma similar, los procesos monádicos de adquisición desigualitaria de atributos se definen por la independencia que tienen las unidades entre sí; por ejemplo, el peso de los individuos. Si, por el contrario, es preciso tener en cuenta a otras unidades, se tratará de procesos de adquisición de atributos relacionales, tal como el status o el poder.

El siguiente cuadro, resume ejemplos ilustrativos de esta tipología de atributos y procesos desigualitarios, tal como los ha propuesto Wright (1994:24).

Cuadro nº 25  
**NATURALEZA DE LOS ATRIBUTOS Y DE LOS PROCESOS DE-  
SIGUALITARIOS**

		ATRIBUTO	
		<i>Relacional</i>	<i>Monádico</i>
PROCESO	<i>Relacional</i>	Poder Status	Ingresos
	<i>Monádico</i>	Talento	Salud Peso

En el caso de tratar con variables cuantitativas, el conjunto de unidades que la componen será susceptible de ser distribuido de forma igualitaria entre el conjunto poblacional. Pueden darse, empero, dos situaciones:

1. Que haya un número de unidades de la variable evaluativa igual o superior al del número de elementos que posee el conjunto poblacional.
2. Que el número de unidades sea de dimensión inferior al número de elementos del conjunto poblacional.

En el primer caso sería posible una situación de igualdad absoluta del mismo modo que sería posible una asignación absolutamente desigualitaria. En el segundo caso nunca sería posible una situación de igualdad absoluta, pero si de desigualdad absoluta y también es posible un análisis de las desigualdades relativas que pueden ocurrir en dicha situación.

## 5.7. PLANTEAMIENTO FUNCIONAL.

La existencia de diferentes tipos de sujetos poblacionales, de tipos de análisis comparativos y, sobre todo, de variables evaluativas, dará lugar a una imposibilidad material de una definición estrictamente semántica de las desigualdades sociales. Sin embargo, tal dificultad puede solventarse, en buena parte, en base al recurso axiomático enunciado, de forma que serán consideradas como tales aquellas situaciones que cumplan una serie de requisitos. Tal definición conlleva que el planteamiento analítico tenga en cuenta la diversidad tipológica de las formulaciones, para lo cual podemos recurrir a una formulación funcional, en función de las características propias de la naturaleza que caracteriza a cada uno de los elementos concurrentes en su formulación<sup>38</sup>.

El proceso analítico, en definitiva, requiere, en primer lugar, determinar con precisión el ámbito evaluativo en el que se formula la desigualdad. Acotado dicho ámbito es preciso elaborar un “esquema” o tipo de medición de la desigualdad que permita afirmar la existencia de la misma, su intensidad, evolución y permita extrapolaciones y comparaciones. Esa medición se desarrollará sobre una o varias variables evaluativas referidas a unos sujetos concretos en base a los que se han formulado relaciones comparativas. La asignación de cada sujeto a un determinado atributo de una de esas variables puede entenderse como una función de cada sujeto a cada categoría de la variable. El análisis de la desigual-

---

<sup>38</sup> Esa formulación funcional recoge todas las tipologías significativas anteriores y simplifica en sobre manera algunos resultados obtenidos con otras categorizaciones tipológicas alternativas, tal como sucedía con la de Rae.

dad versará sobre las similitudes y diferencias de esas relaciones funcionales entre las diferentes tipologías de sujetos y de variables.

En función de las diferentes combinaciones permisibles entre las tipologías presentadas aparecen tres tipos de medidas compatibles, pero que matizan la formulación desigualitaria. Éstas son:

- Las desigualdades distribucionales
- Las desigualdades de probabilidades de paso diferenciales
- Las dicotomías nominales

Las *desigualdades distribucionales* pueden plantearse con cualquier tipo de sujeto, individual, sectorial o de bloques, siempre y cuándo sean más de dos los elementos que conforman el conjunto poblacional y sobre ellos pueda establecer una imputación de los elementos de otro conjunto de bienes. Los elementos del conjunto de los bienes serán susceptibles de ser distribuidos desigualitariamente entre el conjunto poblacional. En este sentido, la enunciación de una desigualdad distribucional vendrá siempre aplicada a un equalisandum de los resultados.

Las desigualdades entendidas como *probabilidades de paso* miden la dificultad diferencial que los elementos del conjunto poblacional, situados en una misma posición, tienen de alcanzar una determinada posición o situación final. Ello implica, que este tipo de formulación versa, inicialmente sobre el equalisandum de las oportunidades, aunque, en última instancia, hace también referencia a los resultados, entendidos como el porcentaje de sujetos que han logrado alcanzar el objetivo descrito en la situación final.

Por último, las desigualdades concebidas como *dicotomías nominales*, se referirán a la asunción de una cualidad o característica sociológica por parte de algunos sujetos del conjunto poblacional que, pudiendo ser asumida o ausente de todos los elementos del conjunto, diferencia a sus poseedores, limitando o posibilitando capacidades. Así, este tipo de desigualdad se plantea originalmen-



te sobre el equalisandum de la igualdad de condición, si bien ésta supone un cierre o apertura a las oportunidades y, en definitiva, a los resultados observados en la realidad.

Los tres tipos de métricas analíticas forman un conjunto inclusivo en el que es preciso, primeramente, una posibilidad adquisición o titularidad del logro o bien evaluado; en segundo lugar, caso de ser posible lo primero, habrá una posibilidad diferencial de conseguirlo y, finalmente, un posible reparto desigual de los elementos de dicha variable. No obstante, este proceso inclusivo no implica que todas las situaciones permitan un análisis con los tres tipos de métricas, sino que, debido a las características de cada conjunto de sujetos poblacionales, a la comparación efectuada y al tipo de variable evaluativa, podremos avanzar paulatinamente de un tipo de análisis al sucesivo.

Cuadro nº 26  
**INTERINCLUSIÓN DE LAS FORMULACIONES**



Valga lo anteriormente expuesto como presentación del carácter funcional de la metodología analítica defendida. En los capítulos sucesivos presentaré, con mayor detalle, las características de cada uno de estos procedimientos métricos, así como sus posibilidades de aplicación empírica

## **6. LA MEDICIÓN DE LAS DESIGUALDADES.**

*<<Toda medida debería de ser matemática, pero en  
realidad, en última instancia, es estética>>*

**(Amelia Valcárcel)**

## 6.1. EL SENTIDO DE LA MEDIDA

Medir, en general, es tratar de establecer un criterio consensuado y objetivo de una situación o aspecto, con respecto a un marco de referencia. Medir no implica necesariamente contar, aunque ello suponga una solución óptima. Por el contrario, medir significa, simplemente, utilizar un criterio, una magnitud que posibilite comparar, indicar la intensidad, la situación gradacional de una cosa o hecho<sup>1</sup>.

<<La mediación a cuyo través el pensamiento se autoconstruye para abarcar las determinaciones de lo real es la medida. No establecemos de hecho comparaciones sin medida, sino excepcionalmente. Por la medida asignamos un "quantum" a los segmentos del mundo fenoménico y ese "quantum" es una determinación formal y, en muchos sentidos, trivial.>> (Valcárcel, 1995:71)

Medir supone definir una *unidad* de medida y una métrica a aplicar, unos referentes, en definitiva, que definan extremos a los que puede acercarse o alejarse lo que estamos midiendo. La métrica supone un gradiente que permita discernir la proximidad a cada uno de esos extremos predefinidos y, según el nivel o valor alcanzado en ese escalamiento, se podrá llevar a cabo una *comparación*, que será el instrumento metodológico más eficaz para resolver nociones de naturaleza ético-política, como ésta de la desigualdad.

La medida es consustancial a la comparación. En una comparación hay siempre dos hechos, unidades o situaciones. <<Medir es establecer correspondencias entre dos conjuntos>> (Gonzalo Blasco, 1986:209). Al medir, en la comparación, intentamos caracterizar una determinada situación, correspondiente a un fenómeno o hecho observado, en relación a unos determinados extremos conceptuales, a los cuales se aproxima o distancia, en función de la métrica em-

---

<sup>1</sup> Conviene no identificar la medición con la cuantificación (González Blasco, 1989:229) en sintonía con la orientación contemporánea de la misma en Ciencias Sociales (Ander-Egg, 1990). El único aspecto decisivo de la medición es la comparación con ciertas unidades simbólicas (Balcells i Junyent, 1994:91).

pleada y de las unidades en ella definidas. No hay comparación sin medida, ni medida sin comparación.

La medida de la igualdad será una referencia a ese marco comparativo basado en la predefinición de unos extremos<sup>2</sup>, a los cuales se aproximará o alejará una determinada y concreta situación social. <<Medir algo consiste en comparar una magnitud con la unidad adecuada de esa magnitud>> (Balcells i Junyent, 1994:91). La comparación es la operación métrica clave.

<<La igualdad es la línea de fondo de una de las operaciones mentales más comunes, la comparación. La frase común “no se puede comparar lo desigual” o “no se pueden sumar peras con manzanas”, presente en todos los idiomas conocidos demuestra justamente que esta capacidad es universal y frecuentemente ejercida>> (Valcárcel, 1995:66).

La igualdad se mantiene sobre un referente político-moral-conceptual en base al cual se hace un ejercicio mental comparativo. <<En aquella fase de su proyecto en la cual la igualdad es una operación mental, surge todo ese poso de inombrabilidad que la igualdad posee. Ese no-nombrable de la igualdad se transforma en nombrable mediante ideas mediadoras, la más importante de las cuales es la proporcionalidad. Y sobre esa proporcionalidad se asientan las fases morales de justicia, imparcialidad y equidad>> (Valcárcel, 1995:66).

Aristóteles consideró iguales a <<las cosas que tienen en común la cantidad>> (Met, IV, 15, 1021a 11). Marx recogerá ocasionalmente ese uso conceptual, y en una bonita cita, partiendo del conocimiento cualitativo traza un escalonado sistema cognoscitivo que va de lo cualitativo a lo cuantitativo, de ahí a la medida, luego a la esencia, tras ella están los fenómenos, que a su vez ocultan la realidad y, ésta, a su vez, los conceptos, tras lo que descubrimos la objetividad, antes de llegar a la idea absoluta, en la que se encuentra la naturaleza, antes del espíritu subjetivo, luego la ética, el arte, la religión y, por fin, el saber absoluto.

<<La *cualidad* superada equivale a la *cantidad*, la cantidad superada equivale a la *medida*, la medida superada equivale a la *esencia*,

---

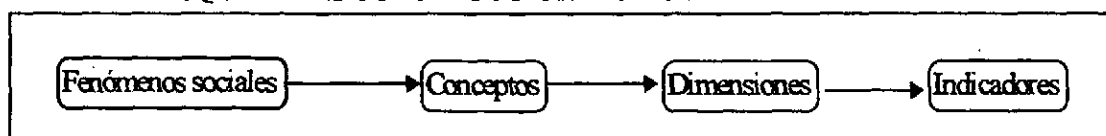
<sup>2</sup> Existe una larga tradición, que tendría sus más importantes representantes en Platón, Kant y Hegel, que insisten en la idea de que toda medida supone una antinomia.

la esencia superada al *fenómeno*, el fenómeno superado a la *realidad*, la realidad superada al *concepto*, el concepto superado a la *objetividad*, la objetividad superada a la *idea absoluta*, la idea absoluta superada a la *naturaleza*, la naturaleza superada al *espíritu subjetivo*, el espíritu subjetivo superado al espíritu objetivo *ético*, el espíritu ético al *arte*, el arte superado a la *religión*, la religión superada al *saber absoluto*>> (Marx, 1844: 63).

El planteamiento de la medida surge del análisis previo de los fenómenos sociales, los cuales se conceptualizan, se acotan, se definen y se perfilan sus múltiples e indefinidas dimensiones. Sobre ellas se establecerá la medida concreta. A partir del fenómeno es preciso definir los conceptos que darán lugar a cada una de las variables específicas a analizar. Éstas se referirán a diferentes dimensiones de la realidad social, que serán medidas por indicadores concretos.

Cuadro nº 27

**ESQUEMA DE CONSTRUCCIÓN MÉTRICA DE INDICADORES**



De la realidad se extraen, a través de un proceso de conceptualización, una serie de características definidoras de una situación concreta y dada, axiomatizando, para sobre ellos construir indicadores (González Raposo, 1990:60).

<<Las dimensiones de un concepto son los distintos aspectos en que puede ser considerado el concepto, representando así los "componentes" del concepto. Dichas dimensiones son conceptualizaciones, pero más específicas que el concepto inicialmente formulado, derivadas analítica o empíricamente a partir del propio concepto, y deben ser tales que puedan ser mensurables>> (Gonzalo Blasco, 1986:216).

El concepto <<es un contenido figurativo designado por un término concreto o, en su caso, una afirmación verbal>> (Mayntz *et alter*, 1969:13). Por lo tanto, el concepto no es idéntico al fenómeno social al que se refiere, ni siquiera es un reflejo del mismo, sino que constituye una simple caracterización axiológica, cargada de contenidos valorativos, dispuestos con una finalidad operativa

muy concreta, centrando nuestra atención en una determinada dimensión, en un aspecto específico del fenómeno.

El concepto de referencia es la igualdad, etiqueta de una determinada realidad social de la que puede ser característico (existir) o no. Para permitir tal aseveración o caracterización es preciso dimensionar el concepto entre situación igualitaria y desigualitaria, primero en términos absolutos y después, en términos relativos. Las dimensiones son variables aún más concretas, bien cualitativas o bien cuantitativas, con sus categorías específicas, a las que podremos asociar datos concretos extraídos por medio de la observación de la realidad social y sobre los que es posible calcular indicadores. Estos representan el aspecto técnico de la medición, que se materializará en la construcción de indicadores *ad hoc*. Los indicadores nos permiten medir conceptos, cuantificar dimensiones y convertirlas, así, en utilizables a efectos de manipulación estadística y, por tanto, a efectos comparativos, con otras dimensiones conceptuales.

<<Un indicador social es la medida estadística de un concepto o de una dimensión de un concepto o de una parte de aquel, basado en un análisis teórico previo e integrado en un sistema coherente de medidas semejantes, que sirva para describir el estado de la sociedad y la eficacia de las políticas sociales>> (Carmona Guillén, 1977:28).

## 6.2. ELECCIÓN RACIONAL Y MÉTRICA DESIGUALITARIA.

Una parte de la discusión metodológica sobre la medida de las desigualdades se ha basado en la elección racional por parte de los individuos entre diversas situaciones sociales<sup>3</sup>. Existe empero una importante diferencia entre los

---

<sup>3</sup> Alguna bibliografía a este respecto: Arrow (1951); Barry (1986); Batra/Pattanaik (1972); Bergsons (1938); Carling (1986); Elster/Hylland (1986); Farrell (1992); Gibbard (1974, 1986); Hamlin, A. (1989); Harsanyi (1977a, 1977b); Hurley (1989); Hylland (1986); Levi (1986); Little (1952); Mueller (1979); Ng (1979); Nozik (1974); Numi (1987); Pattanaik (1971); Riley (1987); Scalon (1988a); Schotter (1985); Schwartz (1986); Sen (1970b, 1976, 1977, 1982, 1986); Sudgen. (1981); Suzumura (1983); Wriglesworth (1985); entre otros.

análisis basados en la óptima o correcta decisión y los análisis de las desigualdades en sí, que si bien no ha sido convenientemente diferenciado, a pesar de sus estrechas ligaduras, denota objetivos completamente autónomos. La confusión estriba en la propia definición conceptual de las desigualdades y en la falta de reflexión, precisamente, sobre esos aspectos definitorios.

La distinción fundamental radica en la consideración de un equalisandum comparativo referido a un determinado bienestar. La teoría de la elección social tiene como marco de referencia la “economía del bienestar”. En general, trata de establecer <<un procedimiento para pasar de un conjunto de preferencias individuales a un modelo de formación de decisiones sociales>> (Arrow, 1951:17). Walras y Pareto pusieron los pilares teóricos y analíticos a la nueva disciplina (García López, 1978:109). Bergson enunciará los juicios de valor requeridos para la derivación de las condiciones de bienestar económico (Bergson, 1938:3), y Arrow cuestionará y reformará todo ese planeamiento por la subjetividad implícita en los mismos, convirtiéndolo en una ciencia de medición de los resultados óptimos para el mayor número de personas.

<<Debemos contemplar el sistema total de valores, incluidos los valores sobre esos valores, al buscar una teoría general del bienestar social>> (Arrow, 1951:79).

La metodología de toma de decisiones supone la existencia de una serie de alternativas mensurables (aunque sea en términos de aceptación porcentual entre los miembros de un colectivo) y jerarquizables (con las propiedades transitiva, reflexiva y de completud). Esa evaluación de la alternativa óptima podrá versar sobre los aspectos de igualdad/desigualdad social, pero no se agota en ellos, siendo una metodología propia y *ad hoc*, no necesariamente similar a la de las desigualdades.

La distinción entre el análisis bienestarista y el estrictamente desigualitarista comprende la distinción entre el tipo de medidas propio de cada uno de ellos: las medidas objetivas y las normativas (Sen, 1973a:14-16). Las medidas *objetivas* cuantifican la extensión de la desigualdad en sí misma, empleando al-

guna estadística de la variación relativa de la renta (usando la varianza, el coeficiente de variación, el coeficiente de Gini, etc.) y, por su parte, las medidas basadas en alguna noción *normativa* del bienestar social –en unas preferencias, en definitiva, previamente establecidas–, conducen a que un mayor grado de desigualdad corresponde a un menor nivel de bienestar social para una renta total dada y, por tanto, condicionan la desigualdad a la proximidad del mayor número de individuos a ese nivel de bienestar.<sup>4</sup>

Las normativas no son medidas de igualdad en sentido estricto, pero las objetivas son insensibles a los niveles de renta y desarrollo alcanzados, llevando a conclusiones de que dos países con muy diferentes niveles de renta y bienestar pueden tener idénticas medidas de igualdad.

El interés por el estudio de las medidas normativas proviene de propio interés científico y social derivado del hecho de que no nos interesa exclusivamente la igualdad por que sí, sino porque contribuye a un beneficio colectivo.

<<Cuando estudiamos la medición de la desigualdad económica no estamos interesados tanto en la distribución misma de la renta cuanto en la relación de dicha distribución con la cantidad y distribución de bienestar que produce>> (Salcedo Megales, 1994:174).

El estudio normativo tiene interés para la resolución de la optimalidad de las preferencias sociales, pero este tipo de relaciones precisan un tipo de medidas *ad hoc*, diferentes de las comparativas. La optimalidad de Pareto tiene su lectura, representación y significatividad desde estas perspectiva, al igual que la función de bienestar de Bergson-Samuelson o la de Arrow.

<<Sin una teoría perfeccionista que iguale las necesidades humanas y las oportunidades de desarrollo de las personas estamos condenados a relacionar la justicia con las preferencias de la gente, de forma que el subjetivismo distributivo resultante impone sus límites a las aspiraciones más ambiciosamente igualitaristas de los antisubjetivistas como Rawls y Dworkin. Este es el mensaje que hemos visto que iniciaba Arneson con la idea de una igualdad de oportunidades para el bienestar, que continuaba Cohen con la

---

<sup>4</sup> Entre ellos: Dalton (1920), Champerone (1952), Aigner y Heins (1967), Atkinson (1970), Tinbergen (1970), Bentzel (1970).



igualdad de acceso a la ventaja y que ahora sigue Roemer con su teoría pragmática de la responsabilidad para un planificador igualitarista>> (Puyol González, 1995:57).

Las relaciones comparativas de la desigualdad requieren, a su vez, una tipología específica de medidas, diferentes a las habituales de la Socioestadística, pues deberá dar cuenta, de una u otra manera, aunque en la línea de las medidas objetivas, de las modificaciones en el conjunto de referencia, en su población o en la propia configuración de la situación.

## 6.3. DIMENSIONAMIENTO MÉTRICO.

### 6.3.1. Escalas.

La medida se convierte en una asignación metódica de símbolos a las características observadas de una dimensión. Según las reglas de esa asignación, pueden distinguirse tres escalas de diferente nivel de medición (Sen, 1973a:16; Mayntz *et aliter*, 1969:51-53):

#### *A-. La escala nominal*

Se trata de una clasificación en base a una lógica uniposicional de predicados, en función de la posesión o no posesión de una determinada (cualitativa) característica. Así los hombres podrán clasificarse según la variable (dimensión) género en varones o mujeres; así como en función de otras muchas variables (religión, nacionalidad, raza, etc.).

La medición nominal debe cumplir las siguientes condiciones:

- 1) Ante dos sujetos debe poder decidirse si, con referencia a la dimensión estudiada, adoptan el mismo valor; es decir, o bien  $A=B$ , o bien  $A \neq B$ , pero no las dos cosas a la vez.
- 2) La relación de identidad entre dos sujetos para una determinada categoría de una dimensión dada ha de ser simétrica; si  $A=B$ , B deberá ser igual a A.

- 3) Deberán además cumplir la propiedad transitiva; si  $A=B$  Y  $B=C$ , entonces  $A=C$ .

Una característica de la medición en base a escalas nominales es la independencia de las categorías, de forma que entre ellas no existe un continuum métrico, ni, por tanto, jerárquico. Únicamente podrán establecerse indicadores de uno de estos dos tipos: 1) Para cada una de las clases de atributos se puede calcular separadamente las frecuencias absolutas o relativas que poseen y 2) Podrá medirse la relación de independencia o asociación de dos o más dimensiones con respecto a un mismo conjunto poblacional.

#### *B-. Escala ordinales.*

Cuando las categorías de una determinada dimensión pueden ordenarse jerárquicamente con respecto a algún criterio explícito, estamos ante una escala ordinal. En ella solo interesa el orden; así, la relación 1,2 3, 4 puede sustituirse por 100, 101, 179, 999, respectivamente, ya que el orden de los números es lo único importante. Una medida de escala ordinal no implica representación numérica alguna; implica, por el contrario, 1) que si una sujeto A es mayor que otro B, entonces B será menor que A y 2) la propiedad transitiva, que implica que si  $A>B$  y  $B>C$ , entonces  $A>C$  <sup>5</sup>.

Conviene tener presente que los valores de las categorías integrantes de la escala ordinal no tienen distancias cuantificables entre ellas y, un gradiente basado en valores de “mucho, bastante, regular, poco o nada”, no implica distancias internas entre dichos valores.

---

<sup>5</sup> Existe una derivación de escalas ordinales que no cumplen la propiedad transitiva y que han venido a denominarse cuasiordenaciones, ya que son posibles las clasificaciones jerárquicas dos a dos, pero no entre tres pares de elementos. Esto se da en caso prácticos de teoría de las elecciones: prefiero A a B y B a C, pero la preferencia de A sobre C es incierta (Fishburn, 1970; Sen, 1970; Pattanaik, 1971).

### C-. Escalas de intervalo

Este tipo de dimensionamiento supone una ordenación en la que conocemos cual es la distancia exacta que separa a cada par de categorías<sup>6</sup>.

Cuando dicho escalamiento es cuantificable entre unos extremos perfectamente definidos, llamamos a dicho gradiente "ratio" y, en el resto de los casos, nos referiremos a ellos como escalas de tipo intervalo.

#### 6.3.2. Valores absolutos y valores relativos.

Para examinar las condiciones en las que, por ejemplo, aumenta, disminuye o permanece estable la desigualdad de ingresos, es necesario analizar la forma de reparto de los recursos. Por regla general se definen dos mediciones de desigualdad. La medición absoluta es igual a la diferencia entre ingresos del individuo A (100.000 pts.) y los del individuo B (120.000 pts.). La medición absoluta será igual aunque A tenga unos ingresos de 10.000 pts. y B de 30.000 pts. Sin embargo, resulta evidente que esta medición no refleja correctamente la desigualdad de los dos casos. Es necesario introducir el concepto de medición relativa. En el primer caso B tiene un salario superior en un 20% al de A; en el segundo, B tiene un salario un 200% mayor que A>> (Boudon *et alter*, 1993:69-70)<sup>7</sup>

La medición absoluta conduce a equívocos. Supongamos dos situaciones en la que una de ellas tiene un determinado valor 130 y la otra 100. La diferencia de esos valores absolutos es la misma que si los valores iniciales fuesen 45 y 15.

Cuando se afirma, por ejemplo, que las desigualdades de salario entre hombres y mujeres disminuye, nos quedamos en la ambigüedad en tanto que no

---

<sup>6</sup> Una visión más fina de estas escalas distinguiría las de intervalo de las de ratio, estas últimas, basadas en una variable compleja, producto de varias simples, tendría un valor más continuo, con unos extremos bien delimitados, mientras que la de intervalo, tiene un inicio y fin difuso e indefinido, con cierta discreción en sus valores tomados de una única variable simple.

<sup>7</sup> BOUDON, P.; BESNARD, P.; CHERKAOU, M. y LÉCUYER, B. P. (1993): *Diccionario de Sociología*, Larousse Planeta, Barcelona, 1995.

se precisa si se trata de una reducción de la diferencia absoluta (diferencia entre salarios medios) o de la distancia relativa (relación de esta diferencia con respecto al salario medio masculino).

#### **6.4. VARIABLES EVALUATIVAS DESIGUALITARIAS Y MÉTRICAS APLICABLES.**

La base sobre la que se llevarán a cabo las comparaciones de los sujetos constituye el ámbito del *equalisandum*. Éste hará referencia al qué comparar, tanto como al cómo comparar, o lo que es lo mismo, qué medir y cómo medir.

Las medidas de la desigualdad forman parte del cuerpo teórico de las medidas propias de la Estadística Social, como la desviación media relativa, el coeficiente de variación o la desviación típica de los logaritmos (Sen, 1973a). Sin embargo, en el marco de ese referente disciplinar, es preciso mantener y caracterizar ciertas especificidades de la métrica desigualitaria. Además, no es posible homogeneizar un conjunto de medidas válido para todo tipo de desigualdades sociales, pues estas últimas son múltiples, de muy diversa naturaleza y con dimensionamientos métricos sustancialmente diferentes. Es preciso caracterizar las desigualdades en función del tipo de medida que podemos emplear para su estudio.

Los tipos de desigualdades que podemos definir dependen de las características del ámbito de referencia. En palabras de Amartya Sen:

<<El juicio y la medida de la igualdad dependen esencialmente de qué variable se elija (ingresos, riqueza, felicidad, etc.); en función de la cual se establecen las comparaciones>> (Sen, 1992: 14).

Sen llamará “variable focal” a aquella variable en la que se centra el análisis, al comparar personas distintas entre sí<sup>8</sup> (Sen, 1992: 14). La elección de una variable evaluativa u otra diferenciará sustancialmente la medición igualita-

---

<sup>8</sup> Esa variable focal puede tener una pluralidad interna. A esto ha hecho referencia explícita Sen en dos obras (1980-81 y 1982a).

rista que se lleve a cabo. La variable focal puede ser cuantitativa o cualitativa. Dependiendo de esa diferenciación podremos aplicar un tipo u otro de medida.

El objetivo consistirá siempre en constatar la evidencia empírica de situaciones desigualitarias. Medir servirá, en primer lugar, para afirmar o negar la existencia de desigualdades; en segundo lugar, la medida, ha de servir para cualificar la intensidad o proximidad de la situación observada a una situación de desigualdad o de igualdad absoluta<sup>9</sup> y, en tercer lugar, nos servirá, también, para comparar las desigualdades entre diferentes colectivos o poblaciones.

Naturalmente, establecer mediciones que nos permitan dimensionar el concepto en base a un triple objetivo: determinar la existencia de desigualdades, establecer la intensidad de las mismas y permitir comparaciones. Esa medición no será materialmente, técnicamente, homogénea entre todos los tipos de desigualdades posibles.

## **6.5. TIPOLOGÍA MÉTRICA.**

Amartya Sen (1982a) distinguirá conceptualmente diferentes tipos de métricas analíticas al considerar, por un lado los objetivos alcanzados, y por otro, la libertad para alcanzarlos. Los objetivos pueden ser bienes o situaciones y, la libertad de alcanzarlos puede ser cerrada o abierta. Jerárquicamente, para poseer o poder llegar a una determinada posición o situación, debemos tener permitido el acceso a la misma. Eso supondrá un análisis dicotómico, que indique si lo tenemos permitido o no. De poco vale intentar realizar un análisis de la situación de la mujer o de las rentas percibidas por las mujeres a lo largo de su realización del servicio militar obligatorio en España, si sabemos que las mujeres no tienen permitida dicha posibilidad.

---

<sup>9</sup> Este segundo punto será posible desde el momento en que podamos establecer intensidades relativas, cuantitativas, que varían entre valores ponderados determinados.

De entre las situaciones posibles, aquellas a las que los individuos o grupos pueden optar, podemos analizar la existencia de dificultades estructurales que descubran desigualdades inherentes a dichos grupos o individuos. Eso lo mediremos por la existencia de probabilidades de paso diferenciales. De esa forma podremos afirmar que aunque hombres y mujeres tienen posibilidad de acceder a todas las carreras universitarias, existen condicionantes culturales que impiden que las mujeres accedan con igualdad a dichas titulaciones.

Finalmente, un tercer tipo de análisis es discernible. Reconociendo que hay individuos que logran estar en una misma posición, entre ellos tendrán desigualmente repartidos los bienes y recursos disponibles. Ese análisis podrá efectuarse a través del estudio de las distribuciones probabilísticas de los bienes.

De esta manera conviene distinguir entre tres tipos de desigualdades, en función de las cuales existe un conjunto de medidas asociadas que dará respuesta a los objetivos planteados. Los tres tipos de desigualdades son:

- Desigualdades distribucionales.
- Probabilidades de paso
- Dicotomías Nominales

La exposición que seguirá (Capítulos 7, 9 y 10) expondrá cada uno de estos tres tipos de formulaciones de situaciones desigualitarias, métricamente distinguibles. En primer lugar, me referiré las desigualdades probabilísticas, que son las más fácilmente conceptualizables. En segundo lugar expondré el perfil analítico de las probabilidades de paso y, finalmente, las desigualdades que he denominado dicotomías nominales.

Cuando se cumplen todos los requisitos de las situaciones susceptibles de ser (des)igualitarias (apartado 5.5.) y, además, se dan una serie de peculiaridades sobre ellas, podemos distinguir cada uno de esos tipos particulares de las situaciones desigualitarias. La peculiaridad consiste en las características de la variable evaluativa, sobre la que aplicaremos un particular criterio evaluativo. En función de las características de dicha variable, así como de la imputación

que se aplique al conjunto poblacional de los sujetos, se formulará un tipo de métrica específica, intrínseca a la formulación desigualitaria definida, que configurará un modelo analítico particular.

## **6.6. FUENTES ESTADÍSTICAS.**

Es tan amplia la variedad temática sobre las desigualdades que son muchas las fuentes estadísticas de las cuales se puede obtener información sobre las mismas. De hecho, nuevamente, aparece lógica tal variedad debido a la multiplicidad de variables evaluativas de referencia. De tal multiplicidad resultará una amplia gama de fuentes de datos. No obstante, dicha abundancia deberá de ser matizada (Bihr/Pfefferkorn, 1995). En primer lugar, es preciso tener en cuenta que si para determinados ámbitos existe una superabundancia de material estadístico, para otros es muy difícil, por no decir imposible, obtener información en las fuentes secundarias. Por ejemplo, no es posible conocer, en España, como en otros países de nuestro entorno, las tasas de paro de larga duración por categorías profesionales; o por ejemplo, si los estudios sobre la pobreza son numerosísimos, son escasísimos los referidos a la riqueza.

En segundo lugar, los datos susceptibles de consulta son excesivamente heterogéneos, producidos por organismos diferentes, resultado de encuestas dispares, con campos de estudio y metodologías variadas. A modo de ejemplo, en ocasiones podemos encontrar datos sobre ingresos por individuos, en otras ocasiones por hogares, por activos, por declarantes de IRPF, etc. Además, provenientes de diversos organismos institucionales, mantienen la heterogeneidad en los aspectos temporales y espaciales, en ocasiones, aislados, sin continuidad en el tiempo, fruto de una investigación acotada en dichas coordenadas espacio temporales.

En tercer lugar, muchos de los datos con los que se trabaja en los estudios empíricos sobre las desigualdades, no están diseñados ni pensados al efec-

to, si no que se utilizan por ser los únicos indicadores existentes que más se aproximan al objetivo y problema planteado<sup>10</sup>.

En definitiva, las bases de datos sobre desigualdades sociales vendrán caracterizadas por a) la dispersión de las variables evaluativas; b) los contrastes temáticos; c) la heterogeneidad de las fuentes y d) la marginalidad de su objeto de estudio.

De entre las principales fuentes existentes en España, algunas sobresalen por su importancia y la frecuencia de su uso. Así, de una parte, las estadísticas oficiales, principalmente elaboradas por el Instituto Nacional del Estadística: Censos Generales, EPA, EPF, Encuesta Sociodemográfica, etc.; junto a la de otros organismos públicos (Registros de Empleo, Declaraciones de la Renta, etc.) y privados (Renta Nacional del España, Anuario del Mercado Español, etc.) a las que habría que sumar algunos estudios específicos de especial interés en el tema que nos ocupa (Encuesta de Estructura y Consciencia de Clase, junto a otros del Instituto de la Mujer, Ministerio de Asuntos Sociales, CIRES y CIS, entre otros) contribuyen a engrosar el bagaje de fuentes disponibles.

Sería largo enumerar y comentar las múltiples posibilidades de cada una de ellas. El informe "*Las desigualdades en España. Síntesis estadística*", (ANALÍTICA, 1995), cubre, en parte ese objetivo. Algunas otras publicaciones sobre fuentes de datos en general proporcionan alguna otra información auxiliar<sup>11</sup>. Aquí, me limitaré simplemente a sintetizar esquemáticamente, en el Cuadro nº 27, algunas de las principales fuentes de datos existentes en España para el análisis de las desigualdades sociales, señalando, únicamente, su denominación genérica, y el organismo que las produce.

---

<sup>10</sup> Por ejemplo, los datos relativos a siniestralidad laboral y accidentes de trabajo, no hacen mención a la exposición y riesgo asociado a dicha siniestralidad por actividades profesionales, con lo que la tasa calculada mantiene un denominador de dudosa significatividad.

<sup>11</sup> Por ejemplo, PUGA RODRÍGUEZ, J. M. (1993): *Manual de Fuentes Estadísticas*, Editorial Tórculo, Santiago de Compostela, 1993.



Cuadro nº 28

**FUENTES SECUNDARIAS ESPAÑOLAS PARA EL ESTUDIO DE LA DESIGUALDAD**

Anuario de Estadística Agraria	MAPA
Anuario de estadística universitaria	MEC
Anuario de estadísticas laborales	MTSS
Anuario estadístico (INE)	INE
Anuario estadístico (MOPTMA)	Ministerio de Obras Públicas
Anuario estadístico del Ministerio del Interior	Ministerio de Justicia e Interior
Boletín de estadísticas laborales	MTSS
Boletín Informativo. Accidentes	Dirección General de Tráfico
Censo de edificios	Instituto Nacional de Estadística
Censo de población	INE
Censo de viviendas	INE
Encuesta "Estructura, consciencia y biografía de clase"	Consejería de Economía, Comunidad de Madrid
Cuentas integradas de protección social (SEEPROS)	MTSS
Elecciones a Cortes Generales	Ministerio de Interior
Elecciones Sindicales	MTSS
Empleo del tiempo libre y uso de medios de comunicación	CIS (Estudio nº 1709)
Empleo, Salarios y pensiones en las Fuentes Tributarias	Ministerio de Economía y Hacienda
Encuesta del Coste Laboral	INE
Encuesta de Coyuntura Laboral	MTSS
Encuesta de Juventud	Ministerio de Asuntos Sociales
Encuesta de Morbilidad hospitalaria	INE
Encuesta de Población Activa	INE
Encuesta de Presupuestos Familiares	INE
Encuesta de salarios en la Industria y los Servicios	INE
Encuesta FOESSA	Fundación FOESSA
Encuesta Nacional de Salud	Ministerio de Sanidad y Consumo
Encuesta sobre discapacitados y minusvalías	INE
Encuesta sobre distribución salarial en España	INE
Encuesta Sociodemográfica	INE
Equipamientos y consumo cultural	Ministerio de Cultura
Estadística de accidentes de trabajo	MTSS
Estadística de huelgas y cierres patronales	MTSS
Estadística de la enseñanza en España	Ministerio de Educación y Ciencia
Estadística de IRPF y Patrimonio	Agencia Estatal de Administración Tributaria
Explotación de datos de albergues para transeúntes	Ministerio de Asuntos Sociales
Indicadores de Salud	Ministerio de Sanidad y Consumo
Indicadores Sociales	INE
Infancia y adolescencia: la mirada de los adultos	Ministerio de Asuntos Sociales
Informe General 1991	Ministerio de Justicia
Los valores de los niños españoles	Fundación Santa María
Movimiento Natural de la Población	INE
Mujer en Cifras	Ministerio de Asuntos Sociales
Panel de declarantes de IRPF y patrimonio	Instituto de Estudios Fiscales
Pensiones del sistema de la Seguridad Social	MTSS
Prestaciones por desempleo	MTSS
Quejas presentadas al defensor del pueblo	Oficina del Defensor de Pueblo
Registro nacional de asociaciones	Ministerio de Justicia e Interior
Registro nacional de SIDA	Ministerio de Sanidad y Consumo
Renta Nacional y su Distribución Provincial	Banco de Bilbao
Sistema estatal de información sobre toxicomanías (SEIT)	Ministerio de Sanidad y Consumo
Uso del tiempo por géneros entre los trabajadores	Instituto de la Mujer

## **7. DESIGUALDADES DISTRIBUCIONALES**

## 7.1. DEFINICIÓN DE LAS DESIGUALDADES DISTRIBUCIONALES.

### 7.1.1. Formalización.

Existe un tipo de situaciones sociales que cumpliendo todos los requisitos precisos para ser consideradas como susceptible de ser desigualitarias (Capítulo 5°), reúne, a su vez, una serie de peculiaridades específicas que hacen que se le pueda dar un tratamiento métrico propio de las distribuciones probabilísticas y que denominaré *desigualdades distribucionales*.

Este tipo de medición de desigualdades será posible cuando existan dos conjuntos de elementos bien definidos: uno, que voy a denominar población, y otro, al que llamaré conjunto de los bienes (ambos conjuntos finitos). El conjunto poblacional no precisa ninguna particularidad con respecto a la formulación general, y vendrá notado, en adelante, como conjunto *I*, de los individuos. Puede ser un conjunto de individuos simple o una identidad de cualquier tipo (geográfica, cultural, social, política, fisiológica, económica, etc.) y ha de estar compuesta por un conjunto de elementos no inferior a dos.

La peculiaridad principal de este tipo de formulación consiste en las características de la variable evaluativa, sobre la que aplicaremos un particular criterio evaluativo al cual se referirán las desigualdades, que deberá constituir un conjunto de unidades definibles y cuantificables, al que denominaremos conjunto *B* de los bienes. Los elementos de ese conjunto de los bienes deberán ser susceptibles de ser atribuibles o asignados a todos y cada uno de los miembros del conjunto poblacional.

El conjunto de bienes tiene las siguientes características:

- Pueden ser bienes simples o complejos. Bienes complejos son los compuestos por una combinación de bienes simples.

- Los bienes pueden ser materiales, culturales o de cualquier otra naturaleza; por supuesto, se incluyen todo tipo de servicios.
- Los bienes deben ser perfectamente identificables.
- Los bienes deben ser asignables o asociables a todos los elementos del conjunto poblacional. Si bien en la práctica no tiene por qué darse esa situación, sustantivamente ha de ser perfectamente posible.
- El conjunto de los bienes debe tener un número de elementos que oscilan entre dos y un número finito indeterminado

Cada bien<sup>1</sup> se atribuye a un individuo y sólo a uno; un individuo puede tener varios bienes, uno solo o eventualmente ninguno. La función que hemos definido se conoce en matemáticas con el nombre de *imputación*. Una imputación es una función de  $B \rightarrow I$  en donde a cada bien se le hace corresponder un individuo que lo percibe. Es sobre estas imputaciones donde se puede hablar de desigualdad<sup>2</sup>.

El término desigualdad, en su sentido de distribucional, está estrechamente ligado al de dispersión (o, dualmente, al de concentración). Por situación de igualdad, en este tipo situaciones (des)igualitaristas, entendemos equidistribución; término opuesto al de concentración<sup>3</sup>. Hablamos de desigualdad para referirnos a una serie de variaciones que en otra situación podrían ser iguales o constantes. Siempre subyace una comparación en la que algo es "más o menos desigual" que otra situación, que podríamos precisar de forma concisa. Pero la

---

<sup>1</sup> Ni que decir tiene que las imputaciones, al hablar de desigualdades sociales, han de ser de carácter social.

<sup>2</sup> Quizá haya sido Marc Barbut quien sintetizara por primera vez y de una forma más exhaustiva estas desigualdades socioeconómicas a las que nos referimos. Este autor propone una formalización en dos fases. En una primera se define el campo o ámbito matemático en el que se produce esa situación de igualdad o desigualdad. En una segunda fase se precisarían las reglas o propiedades que debe mantener una desigualdad para que sea considerada como tal.

<sup>3</sup> <<Una distribución de beneficios es más igualitaria, cuanto más amplio es el número de personas que los recibe, en comparación del número de personas que quedan excluidas de los mismos>> (Oppenheim, 1970:145).

definición y caracterización de este tipo de desigualdades gana en precisión al manejar el lenguaje matemático-estadístico que lo libera de los arbitrarismos a los que está sometida la literatura sociológica. Dado que el ámbito sobre el que basar las desigualdades es de naturaleza cuantitativa, podemos basar nuestro criterio comparativo en el estudio de la distribución de los elementos del conjunto de los Bienes de forma equidistributiva (todos los elementos del conjunto poblacional  $I$  tienen el mismo número o cantidad de elementos del conjunto de los  $B$  de los Bienes) frente a una distribución desigualitaria basada en la concentración (un elemento del conjunto poblacional tiene todos los elementos del conjunto  $B$ , mientras que el resto de los miembros del conjunto  $I$  no poseen ningún elemento de  $B$ ). Entre esas dos situaciones extremas existen toda una serie de situaciones intermedias, que consideraremos como situaciones de desigualdad relativa.

Las variables evaluativas de una situación desigualitaria de tipo distribucional son muy diversas. Siempre que se cumplan los requisitos enunciados en la definición —especialmente en los apartados 5.5. y 5.6.—, todas pueden incluirse. Así pertenecerán a este grupo todas las distribuciones de la renta, pudiendo ser el conjunto poblacional una población de individuos, las provincias de un país, los sectores de la actividad económica, los géneros masculino-femenino, las clases sociales u otras categorías socioprofesionales, etc. En vez de rentas podemos estudiar la distribución de determinadas ayudas oficiales por comunidades autónomas.

Se dan tres tipos de situación distributivas (Rae, 1981:48-63): Directa, Marginal y Global. Una situación de distribución es directa cuando el total a repartir es suficiente para darle a todas las partes una cantidad idéntica de bienes, resultando un total idéntico para cada unidad poblacional y, por ello, una distribución igualitaria. Es marginal cuando se le da a cada uno una parte idéntica, pero no se tuvo en cuenta la posesión diferencial existente y es Global cuando

quitamos en primer lugar todas las posesiones de cada uno de los demandantes y después volvemos a redistribuirlas igualitariamente<sup>4</sup>.

### 7.1.2. Propiedades.

Existen una serie de propiedades características, o reglas, de las imputaciones definidas que nos ayudan a identificar este tipo de formulación de situaciones desigualitarias. Las principales son cuatro y vienen dadas por su carácter de particiones, de reparticiones, de concentración y de normalización, tal como a continuación se expone:

#### 7.1.2.1. Las particiones y sus redes.

Dos imputaciones que se deducen una de la otra por una permutación de los elementos de  $I$  tienen la misma desigualdad. O lo que es lo mismo: *la desigualdad (y la concentración) de una imputación es invariante respecto al grupo de las permutaciones de  $I$* . Poco importa quien es el individuo que recibe los bienes sino el número de subconjuntos de clases de bienes que se constituyen.<sup>5</sup>

Se deduce de esta regla que toda transferencia de una parte de los bienes de un *poseedor* hacia un *no-poseedor* reduce la concentración y la desigualdad.

#### 7.1.2.2. Las distribuciones (reparticiones).

La desigualdad de una imputación es invariante respecto al grupo de permutaciones de  $B$ . En este caso lo que cuenta no son los bienes atribuidos a cada individuo sino su cantidad.

Sea  $I = \{1, 2, \dots, i, \dots, k\}$ .

La distribución (o repartición) de una imputación es el vector

---

<sup>4</sup> Ejemplo de Rae: A tiene 0, B 50 y C 50, pero sólo A y B son demandantes, C es un distribuidor-repartidor: Si C da a A sus 50 unidades, distribución directa; si C da 25 a cada uno, resultando 25 y 75, respectivamente, es una distribución marginal; si C quita los 50 de B y reparte el total, 100, entre los dos, resultando 50 para cada uno es una distribución global (Rae, 1981:50-51).

<sup>5</sup> Al hablar de imputaciones es suficiente con referirnos al conjunto origen.

$$x = (x_1, x_2, \dots, x_i, \dots, x_k)$$

en donde  $x_i$  es el número de unidades de bienes atribuidas al individuo  $i$ , y la suma de las  $x_i$  es igual a  $n$ , efectivo total del conjunto  $B$ :  $\forall i, x_i \geq 0, \sum x_i = n = |B|$ .

Se puede demostrar con facilidad que el número de imputaciones que admiten la misma distribución  $(x_1, x_2, \dots, x_i, \dots, x_k)$  responde a la expresión llamada "multinomial":

$$\frac{n!}{x_1! x_2! \dots x_k!} = \frac{(\sum x_i)!}{\prod (x_i)!}$$

### 7.1.2.3. Las reparticiones y sus curvas de concentración.

Si tenemos en cuenta simultáneamente las propiedades 1ª y 2ª, la desigualdad de una imputación  $B \rightarrow I$  es invariable tanto con respecto al grupo de las permutaciones de  $I$  como con respecto al de  $B$ . De esta manera no tendremos que quedarnos de cada imputación más que con el conjunto de partes de bienes recibidos por los individuos: la repartición del número  $n = |B|$  en  $k = |I|$  partes.

Es necesario ahora ordenar las reparticiones desde el punto de vista de las desigualdades en el sentido de "desigualdades de una repartición". Así si una transferencia de una unidad se lleva a cabo de una parte  $n_i$  a una parte  $n_j$  inferior ( $n_i > n_j$ ), entonces, o bien no varía el reparto (si  $n_i - n_j = 1$ ), o bien (si  $n_i - n_j > 1$ ) se reduce la desigualdad de la repartición. Iterando las transferencias de los poseedores hacia los no-poseedores se obtienen progresivamente reparticiones cada vez más igualitarias. Toda transferencia de una unidad de un bien de una parte hacia una parte inferior reduce la desigualdad de la repartición (o eventualmente la deja invariante). Esta regla es conocida en la literatura socioeconómica con el nombre de Principio de Pigou y Dalton<sup>6</sup>.

<sup>6</sup> Véase Dalton (1920:351) quien se remite a Pigou (1912:24). También mencionan esta regla las obras de Dasgupta, Sen y Starret (1973), Rothschild y Stiglitz (1973) y Sen (1973a), Kolm (1969), Atkinson (1970b, 1983).

#### 7.1.2.4. Concentración normalizada.

Si queremos hacer comparaciones entre diferentes imputaciones precisamos pasar todos nuestros datos (tanto los individuos como las partes que reciben) a proporciones. Esto nos permitirá calcular indicadores como el de Lorentz-Gini que más adelante veremos .

## 7.2. LA COMPARACIÓN ENTRE IMPUTACIONES.

### 7.2.1. Optimización e igualdad.

Al examinar un par de individuos o bloques de sujetos que son supuestos de ser iguales y cuestionar cómo puede ser distribuidos un conjunto de bienes en base a una serie de alternativas (soluciones) diferentes, podemos obtener un criterio de decisión (Sen, 1970b:66) de la más óptima en base a la elección de uno de los siguientes cuatro criterios (Rae, 1981: 110-129):

- 1) El criterio *máximum*
- 2) El criterio del *índice*
- 3) El criterio de la *menor diferencia*
- 4) El criterio del *mínimum*

Según el *criterio del máximum* la repartición más igualitaria entre las alternativas posibles es aquella que mejore la posición de los individuos menos aventajados de la población *I*. Éste es el criterio presente en la Teoría de la Justicia de Rawls<sup>7</sup>. En la tabla siguiente, II es más igualitario que I y así II debería

---

<sup>7</sup> Ya he comentado que el principio de la diferencia expuesto por Rawls no generaba un reparto igualitario, sino que, en ciertas ocasiones, da como resultado un reparto desigual, aunque siempre considerado como el más justo. Recuérdese que el principio de la diferencia conllevaba la elección de aquella situación que favoreciese al individuo que se quedaría en peor situación si su preferencia no fuera satisfecha. Supongamos la siguiente situación

	Caso A	Caso B	Caso C
Señor 1	100	120	115
Señor 2	100	115	115
Señor 3	100	110	115



recomendarse por el criterio del máximo: También III es más recomendable que I por este mismo criterio

Soluciones			
	I	II	III
Sujeto i	80	50	80
Sujeto j	20	50	50

La comparación entre la distribución I y II es evidente, pues el total de bienes es el mismo en los dos casos; en el caso de la distribución III el total de bienes se incrementa, con lo que se mejora la posición del Sujeto j sin que pierda ninguna unidad el Sujeto i. Ésta última distribución, aun siendo el reparto óptimo, es más desigualitaria que la II.

El *criterio del índice*, por su parte, considera que la solución preferida es aquella que incrementa la relación entre el menor y el mayor de los titulares. Esta solución concluye siempre que la solución óptima es la más igualitaria. En la tabla siguiente se muestra la evolución de los ratios desde la desigualdad absoluta hasta la igualdad absoluta, en cinco pasos en los que los ratios van creciendo progresivamente:

Soluciones					
	I	II	III	IV	V
Sujeto i	0	1	25	40	50
Sujeto j	100	99	75	60	50
	0	1/99	1/3	2/3	1

El *criterio de la menor diferencia*, por su parte, entenderá que una solución es mejor que otra si decrece la diferencia entre los poseedores de más bienes y los de menos bienes. Si en el criterio del índice la evaluación se basaba en

---

El Principio de la diferencia autoriza a pasar de A a B, porque en B la situación de los menos aventajados resulta mejor que en A. En C, en realidad, el Principio de la Diferencia no se aplica, puesto que sólo puede emplearse en situaciones de desigualdad, y la distribución en C es igualitaria. Lo que obligaría a pasar de B a C sería la aplicación de un principio estrictamente igualitarista. Si el Principio de la Diferencia impone el paso de B a C no es porque la distribución en C sea igualitaria, sino porque mejora la situación del menos aventajado, esto es, el señor 3. (véase Farrell, 1992:36)

una división, en éste se basa en una sustracción. <<Podemos disminuir el ratio mientras incrementamos la diferencia y podemos incrementar el ratio mientras disminuimos las diferencias>> (Rae, 1981:112), siempre y cuando no lleguemos a igualdades o desigualdades absolutas (valores 0 y 1)<sup>8</sup>. Este criterio es excesivamente sensible a los cambios en los niveles de renta, por lo que tiende a ser proclive a considerar más igualitarias las situaciones de menor renta total y de mayor pobreza general.

Soluciones					
	I	II	III	IV	V
Sujeto i	1	10	100	1000	1,000,000
Sujeto j	10	90	800	7000	6,000,000
<i>Diferencias absolutas</i>	9	80	700	6000	5.000.000

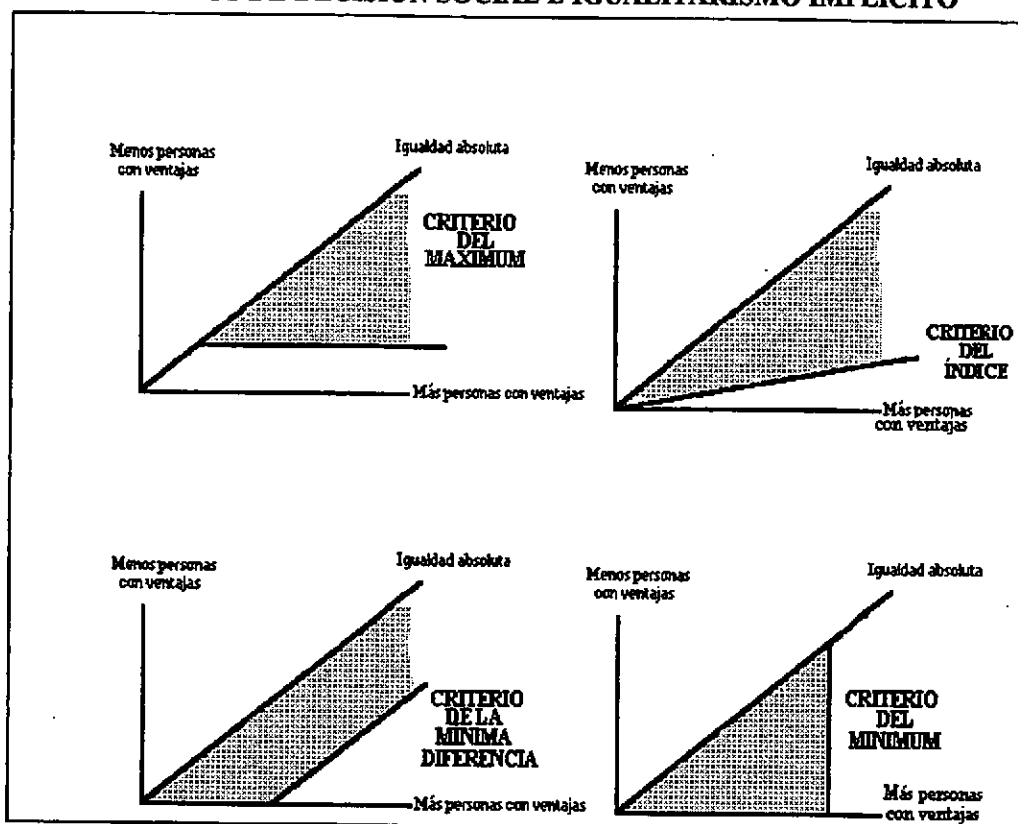
El *criterio del minimum* entenderá como óptima, aquella situación en la que el número de individuos más beneficiados disminuya. En este caso la medición afecta a la distribución porcentual de los individuos con más bienes.

Las diferencias con respecto a la medición de la igualdad derivada entre estos cuatro criterios puede entenderse mejor en base a la ilustración expuesta en el cuadro 29:

---

<sup>8</sup> Algunos de los autores que han utilizado esto son: Rae, 1981: 111; Dorn, 1971:34-35; James P. Smith and Finish Welch, 1978. (En estos tres casos para comparar la evolución de los ingresos por razas).

Cuadro nº 29

**CRITERIOS DE DECISIÓN SOCIAL E IGUALITARISMO IMPLÍCITO**

En las figuras anteriores se han representado cada uno de los criterios con sus respectivas áreas de incidencia<sup>9</sup>. En cada caso, la parte de los titulares menos favorecida se representa en el eje vertical y la más beneficiada en el eje horizontal. Las áreas sombradas se encuentran entre la situación observada de beneficiarios y la de los beneficiarios en la situación de igualdad absoluta, constituyendo un criterio de evaluación de las desigualdades relativas.

El *criterio del maximum* considera óptimas las soluciones más igualitarias hasta cierto umbral de pobreza, a partir del cual, el abanico desigualitario

<sup>9</sup> En la terminología de Rae, en la que están basadas estas figuras, se denominan *indifference curve*, (Rae, 1981:113). Como el mismo indica <<son análogas a las curvas de indiferencia de microeconomía>> (*Ibidem.*, p. 187. Nota 10). Representan una combinación de una colección de bienes que proporcionan una igual satisfacción en su consumo; estas curvas de indiferencia pueden ser vistas como representando las posibles distribuciones de consumidores (titulares-poseedores de bienes) que consiguen una satisfacción igual para un claro igualitarismo que suele considerarse la proporción de un tipo de igualdad relativa.

se amplía, siendo posible decantarse en un gran número de ocasiones por una solución que, aunque óptima, es ampliamente desigualitaria.

El *criterio del índice* es más sensible a la desigualdad, aunque según se amplíe el conjunto de los bienes, perderá tal sensibilidad.

Por su parte, el de la *mínima diferencia*, es el que mayor relación guarda con la igualdad absoluta, si bien, tal como se aprecia en el cuadro 28, será insensible a la pobreza total, por lo que tiene una amplia base sobre el eje de ordenadas.

Por último, el *criterio del minimum* aparece con un potencial discriminador de desigualdades mucho más débil, pues al considerar como óptimas las mayores pérdidas en los más beneficiados, incluye no solo una amplia gama de situaciones de pobreza total o parcial, sino un amplio número de soluciones desigualitarias posibles.

### **7.2.2. Variaciones en el conjunto de bienes.**

Existen toda una serie de situaciones alternativas que serían las más igualitarias aplicando cualquiera de los cuatro criterios; por el contrario, en otras, unos criterios optarían por una solución ante una determinada alternativa y otros por otra. Para ver esto hay que tener en cuenta en cual de los siguientes tres casos nos encontramos:

- I. Caso de se produzcan incrementos en las ganancias sin necesidad de que se produzcan pérdidas.
- II. Caso de que se produzcan pérdidas sin que se produzcan incrementos en las ganancias.
- III. Caso de que cada vez que se produzca una ganancia, suponga la pérdida de esa misma ganancia a algún otro elemento del conjunto.

### 7.2.2.1. *Ganancia sin necesidad de pérdidas.*

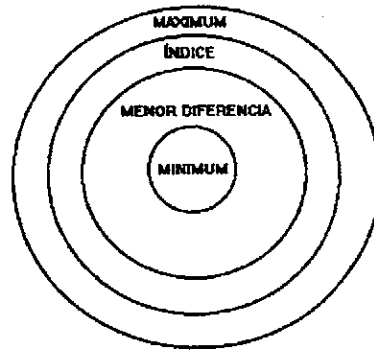
Un cambio implica una mejora de Pareto si nadie se encuentra en peor situación y alguien se encuentra en mejor situación. Una situación es un óptimo de Pareto si no existe ninguna otra situación posible tal que el movimiento hacia la misma representase una mejora de Pareto. Esto es, el óptimo de Pareto sólo garantiza que no es posible realizar ningún cambio para que alguien se encuentre en mejor situación sin que nadie se encuentre en peor situación. Si la suerte de los pobres no puede mejorarse sin reducir la opulencia de los ricos, la situación será un óptimo de Pareto a pesar de la disparidad entre ricos y pobres.

Supóngase que estamos considerando la división de un pastel. Suponiendo que todos prefieren obtener más del pastel que menos, cualquier distribución posible será un óptimo de Pareto, ya que cualquier alteración que mejore la situación de uno empeorará la del otro. Como el único problema es el de la distribución, el óptimo de Pareto no sirve para realizar la división. La casi exclusiva preocupación por el óptimo de Pareto en la moderna economía del bienestar no permite que esta atractiva rama del estudio sea especialmente adecuada para investigar los problemas de la desigualdad.

Podemos considerar dos soluciones X e Y, en la que Y se considera una solución más igualitaria que X para dos sujetos determinados si Y es más igualitario que X por el criterio del *mínimum*, lo cual implica que también lo será por el de la menor diferencia; y si es más igualitario por el criterio de la menor diferencia, también lo será por el del *índice*; y, a su vez, si lo es por éste, también lo será por el del *Máximum*. Por tanto, si no satisface el del *máximum*, entonces no satisface ninguno de los otros cuatro (Rae, 1981: 118-119).

Obsérvese, por tanto, la jerarquización inclusiva de los criterios en función de la selección más igualitaria para cada solución óptima, tal como se representa en el diagrama de curvas concéntricas siguiente:

Cuadro nº 30  
**GANANCIAS SIN PÉRDIDAS**

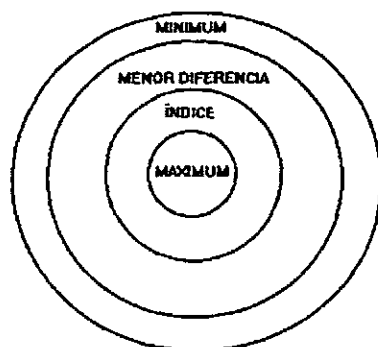


#### 7.2.2.2. *Pérdidas sin ganancias.*

Consideremos ahora una redistribución final en la que los individuos tienen pérdidas sin que se produzcan ganancias para ninguno de ellos. El orden de los criterios para decidir cual de las soluciones es más igualitaria es precisamente el inverso del que acabamos de ver para el caso de ganancias sin pérdidas. <<Considerando dos soluciones X e Y de las cuales Y es mejor para los sujetos en cuestión. Si Y es una solución más igualitarista que X por el criterio del máximo, necesariamente también lo será por el criterio del índice; y si es igual por el criterio del índice también lo será por el de la menor diferencia; y, si este se cumple, también lo será por el del mínimo; y, si no se satisface el criterio del mínimo, ninguno de los anteriores podrá satisfacerse. De esta manera, el criterio del máximo no es el más permisivo, pero es restrictivo, convirtiéndose en el mejor criterio para una situación como la descrita: pérdidas sin ganancias>> (Rae, 1981: 120-121).

Representando gráficamente esto obtenemos:

Cuadro n° 31  
**PÉRDIDAS SIN GANANCIAS**



#### 7.2.2.3. *Ganancias con pérdidas correlativas*

El principio enunciado de Pigou-Daltón en base al cual toda transferencia de un individuo rico a uno pobre supone un decrecimiento de la situación de desigualdad, es la base de la concurrencia conjunta de pérdidas y ganancias simultáneas. Evidentemente, el que éste principio sea incuestionable no implica que la población sea tan cerrada que no estén entrando constantemente nuevos sujetos a formar parte del conjunto poblacional, al igual que sucede con los bienes, cuyo carácter finito solo es definible en una situación analítica, si bien en la realidad, en el continuum de sucesiones que conforman la realidad cotidiana, la cantidad de bienes varia desde su formas ínfimas hasta llegar a cantidades importantes.

#### 7.2.2.4. *Igualdad relativa: caso general.*

Tenemos que conseguir un índice que nos indique la información suficiente de lo que se produce, independientemente de las pérdidas y las ganancias. Supongamos que en una situación X, dos individuos ( $i$  y  $j$ ) tienen respectivamente 7 y 3 unidades y en una situación Y tienen 700 y 300, ¿cuál de las dos situaciones es preferible?

Tendremos que resolver eso por el criterio del máximo, como vimos, pues es una situación de ganancias mutuas, sin pérdidas. Si la situación fuese la

inversa, pasando de la situación Y a la X, el criterio del *Mínimum* nos daría la solución.

Pero, ¿y en general? ¿Existe un indicador que tome en cuenta situaciones de pérdidas y ganancias múltiples?. Para responder a esta cuestión es preciso examinar las posibilidades instrumentales habituales en la medición de las desigualdades y los principales problemas que plantea cada una.

### 7.3. INSTRUMENTOS DE MEDICIÓN.

#### 7.3.1. Los índices simples.

La consideración de una imputación, como una relación de adscripción de un conjunto de bienes entre un conjunto poblacional, permite identificar y medir la existencia de desigualdades relativas y su intensidad, en su caso general, permitiendo comparaciones si nos servimos del bagaje estadístico analítico adecuado. Las imputaciones de bienes a los individuos constituyen una distribución de efectivos sobre los cuales podemos calcular una serie de momentos que servirán para resumirlas y caracterizarlas. En el caso de estudiar las desigualdades hay que destacar la importancia de las medidas de tendencia central (media, moda y mediana) y de concentración de la distribución. Aparte de la caracterización por estas medidas es posible caracterizar las distribuciones por su ajuste a alguna de las distribuciones de tipo teórico.

Sabemos que la normalización de los datos aporta en ocasiones una información suficiente, por ejemplo con los datos de la tabla siguiente

	Soluciones	
	I	II
Persona i	.33 (33%)	.35 (35%)
Persona j	.67 (67%)	.65 (65%)

En esta tabla el total normalizado ha permanecido invariante, pero puede ser reflejo de dos situaciones reales diferentes: de pérdida mutua o de ganancia



mutua, respetando siempre los porcentajes de la tabla anterior. Aparecen así las dos soluciones diferentes:

Solución A			Solución B	
	I	II	I	II
Persona i	330 (33%)	175 (35%)	330 (33%)	700 (35%)
Persona j	670 (67%)	325 (65%)	670 (67%)	1300 (65%)
TOTAL	1000	500	1000	2000

En la *solución A* hemos pasado de 1000 unidades totales a 500, mientras que en la B, partiendo del mismo número de unidades hemos pasado a 2000, sin embargo, los porcentajes han permanecido invariantes.

Una medida simple<sup>10</sup>, que observe los valores absolutos, pero sin perder el carácter de medida relativa, es el campo de variación, que se define por la relación de cociente entre el rango de una distribución y su valor medio. Así dado un conjunto poblacional de  $n$  individuos,  $i=1, \dots, n$  y sea  $y_i$  la renta de un individuo  $i$  y  $\mu$  la renta media de esa población. El campo de variación  $E$  vendrá dado por el cálculo empírico de la siguiente expresión:

$$E = \left( \text{Max}_i y_i - \text{Min}_i y_i \right) / \mu$$

Si la renta se distribuye de forma absolutamente igualitaria,  $E$  tomará el valor 0 y, en el otro extremo, si una persona posee toda la renta,  $E$  valdrá  $n$ . Y, en general,  $E$  variará entre 0 y  $n$ .

Se trata de una medida que depende excesivamente de los valores extremos, invalidándola para comparaciones entre poblaciones diferentes, además de discriminar pobremente los niveles de concentración o dispersión que existen en el interior de la distribución.

<sup>10</sup> En ocasiones se han empleado medidas de curtosis de una distribución como medidas de igualdad. Dicha medida no será tratada en esta exposición por considerarla como producto de una confusión entre simetría e igualdad. Una distribución es simétrica cuando su media coincide con su moda y su mediana y no implica ninguna otra conclusión con respecto a la igualdad (Stark, 1972:139-140).

La desviación media relativa ( $M$ ) considera a todos los valores de la distribución y compara el nivel de renta de cada individuo con la renta media, sumando los valores absolutos de todas las diferencias y considerando la suma como la proporción de la renta total:

$$M = \sum_{i=1}^n |\mu - y_i| / n\mu$$

Cuando la igualdad es perfecta,  $M=0$  y cuando un solo individuo recibe toda la renta,  $M=2(n-1)/n$ .

El principal problema de la desviación media relativa es que no resulta sensible a las transferencias de renta de un individuo pobre a otro más rico cuando ambos se encuentren en el mismo lado con respecto a la renta media.

Si en lugar de sumar simplemente los valores absolutos, elevamos previamente dichas diferencias al cuadrado, acentuaremos las distancias más alejadas de la media, obteniendo la fórmula de la varianza habitual de la estadística.

$$V = \frac{\sum_{i=1}^n (\mu - y_i)^2}{n}$$

La varianza será sensible a cualquier transferencia de una unidad de bien de un individuo pobre a otro más rico y viceversa, siguiendo así el principio de Pigou-Dalton (propiedad tercera de las desigualdades basadas en distribuciones probabilísticas), pero sin informar sobre el sentido de la transferencia. Además, la varianza sigue dependiendo del nivel medio de la distribución y, en definitiva, de los valores absolutos que la configuran. Esto ha pretendido solventarse con el *Coefficiente de Variación*:

$$C = \frac{\sqrt{V}}{\mu}$$

Este coeficiente relativiza y soluciona el problema del valor de las medias, pero continúa siendo insensible al sentido de las transferencias de los poseedores de bienes.

La *varianza de los logaritmos* es más sensible a las transferencias de la renta que los índices anteriormente expuestos, ya que incrementa las diferencias entre las rentas bajas y las altas, y, entre ellas, elimina la tendencia a concentrar las pequeñas distancias entre las rentas bajas. Además, es fácil de calcular, es descomponible aditivamente (es decir, permite la cuantificación de la desigualdad atribuible a subconjuntos de la población total –Comunidades Autónomas, categorías socioeconómicas, etc.) y resulta adecuado para hacerse una primera idea de la magnitud de la desigualdad. Su procedimiento de cálculo responde a la siguiente ecuación:

$$H = \frac{\sum_{i=1}^n (\log \mu - \log y_i)^2}{n}$$

Sin embargo, como las anteriores, necesita del arbitrario recuso a la elevación al cuadrado, insensibilizándose con respecto al sentido de las transferencias, que siguen refiriéndose al valor medio.

### 7.3.2. El Índice de Gini y la Curva de Lorenz.

El índice de Gini<sup>11</sup> proporciona una mejor medida de la igualdad con su concepto de la equidistribución total y la proximidad de cada distribución observada a la equidistribución máxima posible. En la notación de Sen (1973: 31)

$$G = \frac{1}{2n^2\mu} \sum_{i=1}^n \sum_{j=1}^n |y_i - y_j|$$

en donde el número de personas es  $n$  y  $\mu$  es la media aritmética de los bienes,  $y_i$  e  $y_j$  son los bienes de las personas  $i$  y  $j$ .<sup>12</sup>

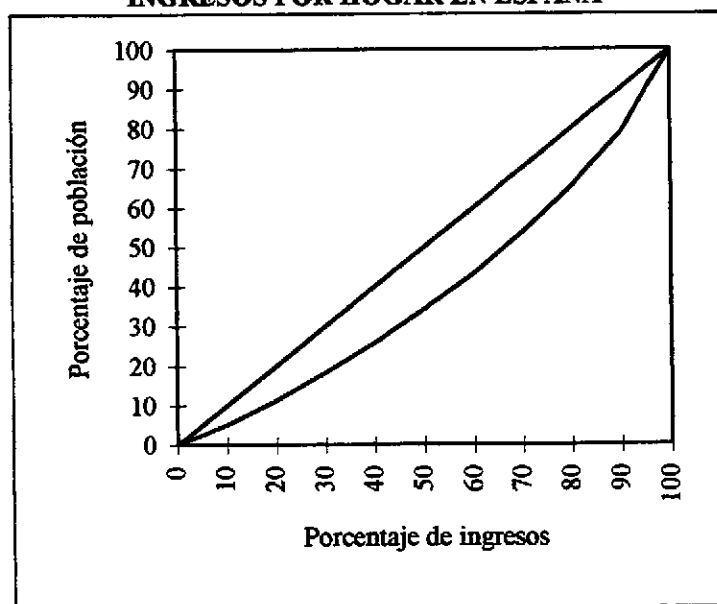
<sup>11</sup> Este índice se atribuye a Gini (1912) y fue extensamente analizado por Ricci, Dalton, Yntema (1938), Atkinson (1970b), Newbery (1970), Sheshinski (1972) y otros.

<sup>12</sup> Para distribuciones de variable continua, podemos notar la fórmula del índice de Gini como:

$$G = \frac{\Delta}{2\mu} = 2 \int_0^{\infty} [F(y) - L(y)] dF(y) = \frac{2}{\mu} \int_0^{\infty} y \left[ F(y) - \frac{1}{2} \right] dF(y).$$

Este índice se puede considerar en relación a la curva de Lorenz<sup>13</sup>, según la cual los porcentajes de población ordenados de más pobres a más ricos se representan en el eje horizontal y los porcentajes de renta disfrutados por el x% inferior de la población se representan en el eje horizontal. Con el primer cuadrante de un eje de coordenadas podemos construir un cuadrado que tenga por lados los ejes de abscisas (en donde se representarán los porcentajes de población considerados –acumulados–) y el de ordenadas, (con el porcentaje de bienes poseídos por esa población de referencia –por tanto, acumulada–). Si trazamos una línea continua entre los puntos obtenidos por los valores observados en dichas coordenadas, obtendremos una curva que irá de un extremos al otro del cuadrado, alejándose de la diagonal en el caso de concentración de los bienes o aproximándose a ella en el caso de equidistribución de los mismos.

Cuadro nº 32  
CURVA DE LORENZ  
INGRESOS POR HOGAR EN ESPAÑA



Fuente: Elaboración propia a partir de datos de la Encuesta de Presupuestos familiares 1990/1991. Principales Resultados. INE.

<sup>13</sup> La exposición del autor se encuentra en Lorenz (1905). En Atkinson (1970b y 1975) y en Sen (1973a) puede encontrarse una referencia a la amplia bibliografía existente sobre este instrumento métrico.

El índice de Gini de una serie positiva cualquiera es el doble del área de la superficie comprendida entre la diagonal del cuadro (Bienes - Recursos, en porcentajes) y la curva de Lorenz de esa serie estadística. El índice de concentración de Gini de una serie estadística es un número comprendido entre 0 y 1, puesto que el área del triángulo situado bajo la diagonal vale 0'5. Si el valor del Índice de Gini resultante es próximo a 0, la curva de Lorenz está próxima a la diagonal, es decir, que la serie estadística está poco concentrada. Por contra, si este número es próximo a 1, significa que la curva de Lorenz se mantiene mayormente próxima al eje horizontal, lo que quiere decir que la serie estadística es muy concentrada.

Para calcular el área comprendida entre la diagonal y la curva de Lorenz, deben calcularse primero las áreas de los trapecios situados entre la curva y el eje horizontal y limitados por las verticales de los vértices de esa curva. (El primer trapecio es, por otra parte, un triángulo —recordamos que el área de un trapecio es igual al producto de su altura por la semisuma de las bases). Tomaremos después su complementario a 5.000, si nuestros datos están expresados en porcentaje, y bastará con dividir por 5.000 el resultado obtenido.

Sea una distribución en la que se dispone de dos conjuntos,  $P_i$  y  $Q_i$ , ambos en porcentajes acumulados. Precisamos calcular las siguientes columnas (A) y (B), por medio de la fórmula que se indica a continuación:

Cuadro nº 33  
**FORMATO DE CUADRO PARA EL CÁLCULO DEL ÍNDICE  
EMPÍRICO DE GINI**

Columna (A)	Columna (B)	Columna (C)
$P_i - P_{i-1}$	$\frac{Q_i + Q_{i-1}}{2}$	(A) × (B)

A continuación será preciso multiplicar cada elemento de la columna (A) por su correspondiente de la columna (B). Obtendremos así una nueva columna, a la que llamaremos (C). La diferencia entre 5.000 y la adición de los valores de

(C) se dividirá por 5.000, para obtener finalmente el Índice de Gini de los valores observados.

A pesar de la estimable síntesis que este índice proporciona sobre el carácter igualitario de una distribución de bienes, ocasiona una deficiente visión de las distribuciones deseables al no tener en cuenta que suele ser deseable una igualdad a partir de ciertos niveles de renta. Así por ejemplo, en la tabla siguiente, dos personas no tienen nada y luego, en una segunda situación, esas dos personas han mejorado su nivel de rentas, ¿Cuál de las dos situaciones es preferible?:

Soluciones		
	I	II
Sujeto i	1	90
Sujeto j	1	40

El índice de Gini daría equidistribución perfecta,  $G=1$ , en la primera situación y un valor representativo de una distribución muy desigualitaria en el segundo caso ( $G=0.096$ ). Sin embargo, el sujeto j probablemente preferirá su situación desfavorable, en términos desigualitarios, a la igualdad en la pobreza de la primera solución.

En definitiva, el índice de Gini, aunque sensible al principio de Pigou-Dalton, depende excesivamente del número de sujetos que se están midiendo. Los mercados y demás conjuntos poblacionales sobre los que habitualmente se aplica, no son cerrados. Entran y salen sujetos a formar parte del conjunto de referencia, incidiendo directamente en el valor del índice, lo que conlleva que haya que tomarlo con precauciones para realizar comparaciones tanto históricas, como entre sociedades diferentes<sup>14</sup>. En todo caso, puede considerarse como un

---

<sup>14</sup> Dado que las estructuras sociodemográficas son diferentes en Galicia y en Cataluña, éstas condicionarán estructuralmente el valor del índice de Gini resultante. Amartya Sen, consciente de este efecto, lo explica con el siguiente ejemplo: <<Si A recibe un renta de 2.000 libras y B de 1.900 libras, y si A es el milésimo individuo más rico, mientras que B es el 1.100-ésimo individuo más rico, la entrega de 1 libra a B se considera equivalente a la entrega de 1'10 libras a A. Pero si aparecen otros individuos dentro de este intervalo

índice que mide correctamente la igualdad en sentido estricto, sin tener en cuenta el bienestar colectivo que genera la misma.

### 7.3.3. El índice de Theil.

En cierto sentido el índice de Theil supera algunos de los problemas que en ocasiones puede conllevar la utilización del índice de Gini. Las ventajas que se le suponen al de Theil son de dos tipos: por un lado, supera el problema de las distancias entre los diferentes niveles de renta, al relativizar las proporciones de bienes o renta poseídos, gracias a la utilización de logaritmo de dichas proporciones; por otro, puede calcularse sin necesidad de partir de la ordenación creciente de los datos, como precisaba el de Gini. En cualquier caso, y en general, los resultados de aplicar uno u otro no suelen diferenciarse en exceso y sus valores suelen ser muy próximos.

Dada una población de  $n$  sujetos, cada uno de los cuales posee una proporción determinada de bienes  $x_i$ , el *índice de Theil* (T), podría calcularse por medio de la expresión<sup>15</sup>:

$$T = \frac{1}{\ln(n)} \sum_{i=1}^n x_i \ln\left(\frac{x_i}{x}\right)$$

En esta fórmula  $x_i$  representa el número de sujetos que poseen la característica investigada en cada una de las  $i$  categorías investigadas (que puede venir dado en proporciones);  $x$  es el número total de sujetos (poseedores o carentes del bien o característica) y  $n$  es el número de categorías investigadas. Al estar dividido por  $\ln(n)$ , el índice está normalizado a 1.

---

de renta, por ejemplo, si 100 personas más obtienen rentas comprendidas entre 1.900 y 2.000 libras, el coeficiente de Gini asignará la misma ponderación a la entrega de 1 libra de A que a la entrega de 1,20 libras a A>> (Sen, 1973a:48-49). Por tanto, aunque los niveles de renta de A y B ha permanecido invariantes, sus ponderaciones sí han variado.

<sup>15</sup> Así descrita, la fórmula sólo precisa tener en cuenta el número de efectivos,  $n$  y los valores asociados a cada sujeto:  $x_i$ . Una aplicación empírica de los análisis desigualitarios basados en este índice puede encontrarse en Garrido/Toharia, 1995 (Los autores estudian la incidencia del desempleo en la sociedad española).

Aunque el origen y la formulación de este índice ha sido tildada de arbitraria, en realidad mantiene sus raíces teóricas en la teoría de la información y su capacidad de medición de las desigualdades es inestimable (Theil, 1967).

Podríamos generalizar la situación propuesta por Theil, de forma que, sea  $y$  la renta de una unidad económica dada. Sea  $\mu$  la renta media de esa unidad económica. Si tomamos las integrales de Stieljes-Riemann, tenemos:

$$T = \int_0^{\infty} (y/\mu) \left( \log \frac{y}{\mu} \right) dF(y).$$

Podría definirse un Índice de Entropía Generalizada asociado:

$$I(\beta) = \left( \frac{1}{\beta(\beta+1)} \right) \int_0^{\infty} (y/\mu) \left[ \left( \frac{y}{\mu} \right)^{\beta} - 1 \right] dF(y) \quad \beta \text{ real.}$$

Dada una población de  $n$  unidades de renta y de masa total igual a la  $n\mu$ , supongamos que existe una unidad que posea toda la masa de las rentas de forma que todas las demás unidades tendrán una renta igual a 0:

$$y_1 = y_2 = \dots = y_{n-1} = 0 \quad \text{e} \quad y_n = n\mu.$$

El índice de Theil, basado en ese índice de Entropía, será:

$$\max_{\{y\}} T = \max_{\{y\}} \lim_{\beta \rightarrow 0} I(\beta) = \log n.$$

Así pues las fórmulas discretas y normalizadas serán en este caso:

$$T = \left( \frac{1}{n} \log n \right) \sum_{i=1}^n \left( \frac{y_i}{\mu} \right) \left[ \left( \frac{y_i}{\mu} \right)^{\beta} - 1 \right].$$

$$I(\beta; \beta > 0) = \left[ \frac{1}{n} (n^{\beta} - 1) \right] \sum_{i=1}^n \left( \frac{y_i}{\mu} \right) \left[ \left( \frac{y_i}{\mu} \right)^{\beta} - 1 \right].$$

Podemos definir también la contribución de una renta  $y$  al bienestar de una sociedad gracias a la función  $U(F(y)) = U(y; F, \mu)$ . La reducción de ese bienestar puede así definirse como  $V(F(y)) = V(y; F, \mu)$ . Se puede también, y finalmente, definir la renta  $y$  en función de los incrementos y disminuciones del bienestar social:  $y = U(y; F, \mu) + \mu V(y; F, \mu)$ . Para cada uno de los ratios obtenemos:



$$U(y) = y - (1/\log n) y \log(y/\mu).$$

$$V(y) = y - (1/\log n) (y/\mu) \log(y/\mu).$$

y en el caso de un índice de entropía generalizada ( $\beta > 0$ )

$$U(y) = y - \left[1/(n^\beta - 1)\right] y \left[(y/\mu)^\beta - 1\right].$$

$$V(y) = \left[1/(n^\beta - 1)\right] (y/\mu) \left[(y/\mu)^\beta - 1\right].$$

El *Índice de Theil*, con valor  $\beta = 0$  del parámetro, satisface las principales propiedades normativas y, además, es aditivamente descomponible de forma satisfactoria.

#### 7.3.4. Los índices del nivel de bienestar.

La igualdad no se refiere a la prosperidad humana, sino, simplemente, a una estructura distributiva de los bienes evaluados. Ello implica tomar decisiones del tipo: qué es preferible prosperidad o igualdad. (Rae 1981: 129). El carácter no bienestarista de todos los índices expuestos, ha llevado a la elaboración de otros indicadores que de alguna manera tuviesen en cuenta el nivel de bienestar del conjunto poblacional<sup>16</sup>. Los anteriores índices, a excepción de la varianza, tienen la propiedad de ser invariantes a los incrementos de todas las rentas individuales en la misma proporción. Por tanto, insensibles a que todo el conjunto poblacional sea más rico o más pobre y por ello, puede resultar, de hecho sucede, que generen valores más igualitarios para los países más pobres que para los más ricos.

Hugh Dalton (1920) fue quizá el primero en elaborar un indicador de este tipo. Lo hizo en el marco, ya expuesto, de la concepción igualitarista del utilitarismo bienestarista. De esa forma, consideraba el bienestar social como la suma total de las utilidades individuales, y cada utilidad individual se consideraba una

---

<sup>16</sup> A lo largo de los últimos años, la investigación sobre las distribuciones probabilísticas, en general, y de la distribución de las rentas y los ingresos, en particular, se han centrado en la posibilidad de alcanzar una base teórica para las distribuciones de las rentas personales y un ratio explicativo entre la distribución funcional y personal de las rentas. Las contribuciones más importantes en el primer caso son las de Thurow (1970), Metcalf (1972), Beach (1976) y Dagum (1978). En el segundo caso, es preciso mencionar a Lebergott (1964), Tuckman y Brosch (1974) y Dagum y Théorét (1978).

función del ingreso de cada individuo. La misma función de utilidad marginal decreciente del ingreso, asegura que para cualquier ingreso determinado, distribuido entre la gente, una distribución igual maximizaría el “bienestar” social (es decir, generaría la suma total de utilidades más *elevada* para ese ingreso total)<sup>17</sup>. Dalton relacionó el nivel de desigualdad de un ingreso total determinado con el porcentaje de carencias de la suma total *real* de utilidades respecto de un valor *máximo*, es decir, la suma total que se habría generado por la distribución igualitaria de un ingreso total determinado para todos los individuos (Sen, 1973a: 53-54 y 1992:112-113).

De tal propuesta deriva la formulación de una relación por cociente entre la utilidad máxima total (medida por el total de ingresos):  $U(y_i)$  con respecto a la totalización de la renta distribuida igualitariamente y, por ello, la renta media  $U(\mu)$ , por tanto:

$$D = \frac{\sum_{i=1}^n U(y_i)}{nU(\mu)}$$

Esta medida ha sido criticada especialmente por Atkinson, quien señalará que es variable respecto a las transformaciones lineales positivas de la renta real, mientras se mantenga el mismo orden en las posesiones de los bienes (Atkinson, 1970b: 249 y ss.). Sen (1973a:54), al igual que Bentzel (1970), relativizarán tal crítica, al considerar que el índice sigue siendo sensible a las distancias entre las cantidades poseídas por los sujetos.

Atkinson propondrá un índice alternativo que considerará, por un lado, la renta real y, por otro, la “renta equivalente igualmente distribuida”. La medida de desigualdad de Atkinson se referirá, por tanto, en sus propias palabras:

---

<sup>17</sup> Esta también fue la base del famoso “principio de transferencia de Dalton”, que sostiene que, al realizar una traslación de una unidad de ingreso de una persona más rica a una pobre, el “bienestar” social debe aumentar y la medida normativa de la desigualdad debe disminuir. El principio ha sido utilizado extensamente en los estudios sobre medición normativa de desigualdad (véase Atkinson, 1970b, 1975, 1983). Véase también Dasgupta, Sen y Starret (1973) y Rothschild y Stiglitz (1973).

<<a la proporción de renta total actual que sería necesaria para obtener el mismo nivel de bienestar social que el actual si las rentas estuvieran distribuidas igualitariamente>> (Atkinson, 1975:69).

La fórmula que permite dicho cálculo precisa de un parámetro  $\epsilon$  que representa la ponderación asignada por la sociedad a la desigualdad de la distribución. Éste, variará desde 0, casi de indiferencia total de la sociedad hacia las desigualdades, hasta el infinito, caso de que fuese esa su preocupación prioritaria. El índice de igualdad propuesto es:

$$A = 1 - \left[ \sum_{i=1}^n \left( \frac{y_i}{\bar{y}} \right)^{1-\epsilon} f_i \right]^{\frac{1}{1-\epsilon}}$$

En donde  $y_i$  es la renta de los integrantes del intervalo  $i$ -ésimo (con  $n$  intervalos en total),  $f_i$  es la proporción de la población cuya renta se encuentra dentro del intervalo  $i$ -ésimo e  $\bar{y}$  es la renta media.

El *índice de Atkinson* se caracteriza por medir la desigualdad en términos del coste potencial en el bienestar que ocasiona, incorporando explícitamente un conjunto de juicios de valor desde el principio del análisis, materializados en el valor del parámetro  $\epsilon$ . Atkinson mide la desigualdad de una distribución de ingresos por la reducción porcentual del ingreso total que puede sostenerse sin que disminuya el “bienestar” social, tras distribuir el nuevo total reducido de forma exactamente igualitaria. <<Esto requiere juicios del tipo siguiente: “Un ingreso total menor de un 22 por ciento, si es distribuido *por igual*, sería tan beneficioso para la sociedad como el ingreso (mayor) actual, distribuido (tan desigualmente) como, de hecho, está”. Cuanto más desigual sea la distribución de ingresos actuales, más sostenible será una reducción del ingreso total, sin pérdida de “bienestar” social, al distribuir el nuevo total por igual. El nivel de “ingreso equivalente distribuido por igual” (en este caso un 22 por ciento menor que el ingreso real) es el concepto crucial del planteamiento de Atkinson, y la diferencia con el ingreso real (en este caso un 22 por ciento) nos proporciona la medida de la desigualdad de Atkinson>> (Sen, 1992:113).

El planteamiento de Atkinson, al construir el índice, trataba de permitir funciones de "bienestar" social no-utilitarista, superando así los planteamientos métricos esbozados por Dalton. Sin embargo, retoma un método muy próximo a aquel, pues, en realidad, considera el "bienestar" social como la suma total de los valores individuales –aunque no imprescindiblemente–. El planteamiento de Atkinson es, no obstante, más general que el utilitarismo clásico, al permitir las funciones de "bienestar" social no-utilitarista, aunque él en realidad prefirió considerar el "bienestar" social como la suma total de los valores- $u$  individuales (generalmente considerados utilidades individuales, pero abiertas también a otras interpretaciones). El bienestar aparece así concebido como un vector de ingresos, lo que lo va a limitar, a la vez que reforzar como instrumento métrico objetivo (Sen, 1973; Kolm, 1976; Blackorby y Donaldson, 1978 y 1984).

El índice es conceptualmente versátil y permite amplias posibilidades de combinaciones de la relación entre ingresos y bienestar social y, asumiendo esa noción particular, ha sido ampliamente utilizado, no sólo en los estudios de medición normativa, sino también en la economía social en general. Concretamente, la idea de un "ingreso equivalente distribuido por igual" relaciona directamente la medición de la desigualdad con la evaluación de la política social de manera muy aprovechable.

Sen (1992: 113-118) menciona, sin embargo, varios problemas de este índice. Por un parte, si la desigualdad tiene un doble contenido *descriptivo* y *normativo*, <<un planteamiento totalmente normativo con respecto a la desigualdad puede ir en contra de ciertas intuiciones relativas a la desigualdad>> (Sen, 1992:114). Esto puede ejemplificarse del modo siguiente, pongámonos en el caso de una utilidad marginal constante, o sea, en el caso en el que la utilidad marginal es función lineal del ingreso individual. En ese caso el ingreso equivalente distribuido por igual sería el mismo que el ingreso real, ya que no habría una pérdida de utilidad agregada a partir de las desigualdades de la distribución de ingresos. En este caso, el índice de Atkinson, que identifica la pérdida de

bienestar social a partir de la desigualdad, con la desigualdad misma, demostraría que toda distribución de ingresos, no importa el valor que tome, dará como resultado un valor cero o ausencia de desigualdad. Es decir, una distribución 1/99 sería considerada igual a otra 50/50<sup>18</sup>.

Otra consideración sobre las deficiencias de este índice está basada en que, en ocasiones, el valor del índice, puede ir en dirección contraria a la desigualdad real de las utilidades individuales, a medida que tomamos funciones de utilidad cada vez menos "cóncavas", es decir, utilizando la utilidad marginal para que disminuya más lentamente con cada aumento de ingreso. Esta interpretación es posible si se considera que la "función de utilidad" proporciona los valores de las utilidades individuales, en vez de ser un instrumento puramente analítico para expresar el "bienestar" social como una función aditivamente separable de los ingresos individuales ( $y_i$ ), sin que la utilidad  $u(y_i)$  represente ninguna característica particular de la persona  $i$  (Atkinson, 1983). Cuando la utilidad marginal experimenta una disminución relativamente rápida, <<el déficit de utilidad relacionado con un déficit de ingreso es mayor de lo que de otra forma habría sido, de manera que el nivel de desigualdad de utilidad examinado directamente (relativo a la estructura determinada de desigualdad de ingreso) es *mayor* que de otra forma. Por el contrario, con una utilidad marginal que disminuye lentamente, la pérdida de utilidad agregada como resultado de la desigualdad de ingreso es menor y, por ello, la medida de desigualdad de Atkinson (y también la medida de Dalton) es *más baja*, en vez de ser más alta. En este último caso, el índice tiene la perversa característica de que, para cualquier distribución de ingresos determinada, cuanto *más* desiguales son las utilidades que la gente disfruta, *menor* es el índice de desigualdad>> (Sen, 1992:115)<sup>19</sup>.

---

<sup>18</sup> Esto se opondría a la idea convencional de que una distribución 1/99 es considerada como desigualitaria.

<sup>19</sup> Es posible que este análisis sea demasiado conciso y podría reforzarse con la versión en diagramas presentada en Sen (1978b) y también en Sen (1984). Bengt Hansson (1977) estudia a fondo las cuestiones filosóficas; véase también Atkinson (1983)

<<El índice de Atkinson cambia (desciende) de forma contradictoria a la desigualdad de ingreso examinada directamente (que es estacionaria), y contradictoriamente a la desigualdades de utilidad examinada directamente (que asciende)>> (Sen, 1992:115).

Lo que está haciendo pues realmente el índice de Atkinson es medir la bondad de la distribución de los ingresos o de las utilidades, pero no midiendo la desigualdad en sí. Mide lo que Sen ha llamado la *maldad distributiva* y no la *desigualdad per se*. Lo que mide es la pérdida de bienestar social a partir de la pérdida de desigualdad y, en ese sentido, no sería muy apropiado entenderlo y llamarlo como índice de desigualdad.

Otra cuestión criticable del índice de Atkinson se refiere a que es una medida del bienestar basada en que los ingresos proporcionan bienestar. Esto puede obviarse y generalizarse para otras situaciones, como han considerado Sen (1973a), el propio Atkinson (1983) o Blackorby y Donalson (1984), pero en cualquier caso no tiene en cuenta la probabilidad diferencial de conversión de los ingresos en bienestar individual. No tiene así en cuenta el principio de la diversidad humana y de la multiplicidad de situaciones desigualitarias derivadas del mismo.

## 7.4. DISTRIBUCIONES PROBABILÍSTICAS.

Los índices utilizados habitualmente dan una visión excesivamente sintética del carácter de la distribución. Para obtener una información más amplia podemos recurrir a caracterizar la distribución observada por medio de su ajuste<sup>20</sup> a un modelo teórico. Los modelos de la distribución probabilística teórica permiten obtener no sólo información sobre la equidistribución de los bienes, a

---

<sup>20</sup> Para introducirse y consultar la teoría y aplicación general de los ajustes estadísticos, existen varios manuales que lo exponen, entre ellos: Sixto Ríos (*Análisis estadístico aplicado*, Paraninfo, Madrid, 1972); Calot (*Curso de estadística descriptiva*, Paraninfo, Madrid, 1985); Grais (*Méthodes statistiques*, Dunod, Paris, 1974); Leboeuf, Roque y Guegand (*Cours de probabilités et statistiques*, Ellipses, Paris, 1991); Arnaiz Vellando (*Introducción a la estadística teórica*, Lex nova, Valladolid, 1978); Caron y Tassi (*Problèmes résolus de statistique mathématique*, Economica, Paris, 1991)

partir de la asignación de una proporción a cada tramo poblacional, sino que posibilitan el establecimiento de una ley descriptiva y con connotaciones a un supuesto carácter intrínseco, definitorio, de dicho bienes en dicha población.

Una de esas leyes distribucionales es la lognormal. Decimos que una determinada variable  $X$  se distribuye en una población conforme a una ley log-normal, si su función de densidad obedece a la ecuación:

$$f(x) = \frac{1}{\sigma x \sqrt{2\pi}} \cdot e^{-\frac{1}{2} \left( \frac{\log x - \mu}{\sigma} \right)^2} \quad x \geq 0$$

$\mu$  y  $\sigma$  son la media y la varianza de  $\log x$ .  $\mu$  es al mismo tiempo mediana de  $x$  y de  $\log x$ . La curva representativa de  $f(x)$  crece de cero hasta un valor modal alcanzado por un  $x$  inferior a  $\mu$ , después decrece despacio y tiende a cero mientras  $x$  tienda hacia infinito. Su función de distribución puede escribirse:  $F(x) = P(x < X) = P(\log X < \log x)$ .

Para ver si una distribución observada sigue una ley log-normal podemos proceder por dos métodos<sup>21</sup>: el método gráfico y el ajuste lineal. El primero consiste en representar los valores observados en una papel graduado con una escala gaussiana en ordenadas y una escala logarítmica en abscisas (gradación *gaussologarítmica*). Si los valores adoptan la forma de una recta (la *recta de Henri*), la distribución observada es tipo log-normal. Este método evita calcular los logaritmos al permitirnos trabajar con los valores observados.

Para obtener un ajuste por linearización, examinaremos la proximidad de los valores observados a una recta en la cual la variable independiente es logarítmica. La función de distribución puede escribirse en función de las áreas de una distribución normal (0,1). Llamemos  $U_i$  a cada área  $N(0,1)$  de  $F(x)$ . Tendremos entonces

$$U_i = a + b \log x_i$$

---

<sup>21</sup> Siguiendo a Aitchenson y Brown (1963).

Por otra parte sabemos que las áreas de las probabilidades de una distribución normal  $N(0,1)$  van a ser

$$U_i = \frac{\text{Log } x - \mu}{\sigma}$$

de donde

$$-\frac{m}{s} + \frac{1}{s} \text{Log } x_i = a + b \text{Log } x_i$$

De la misma fórmula de la cual nos hemos servido para obtener la recta de regresión, podemos servirnos para calcular los parámetros  $(\mu, \sigma)$ , ya que si

$$\frac{\text{Log } x - \mu}{\sigma} = a + b \text{Log } x$$

entonces,  $\mu = \frac{a}{b}$  ;  $\sigma = b$

El objetivo de este ajuste es el de obtener los valores teóricos resultantes, así como los parámetros media, mediana y *mínimum* de la distribución. Finalmente, el índice teórico de Gini nos proporcionará una idea de la concentración de los valores, midiendo de esta forma la desigualdad existente en la distribución.

Cuadro nº 34

**VALORES OBSERVADOS Y AJUSTE A UNA DISTRIBUCIÓN LOGNORMAL  
DE LOS DATOS DE LA DECLARACIÓN DE LA RENTA DE GALICIA-1988**

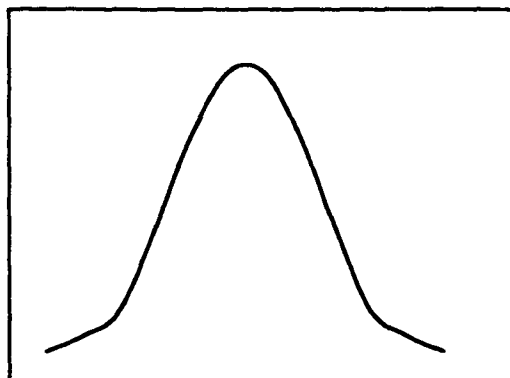
		A Coruña	Lugo	Ourense	Pontevedra	Galicia
<b>Valores Observados</b>	Media observada	1'521	1'213	1'406	1'584	1'479
	Índice de Gini	0'353	0'370	0'330	0'336	0'351
<b>Ajuste a la Distribución Log-normal</b>	$R^2$ de la recta de regresión	0'998	0'998	0'999	0'998	0'998
	Parámetro $\mu$	0'120	-0'155	-0'072	-0'164	0'095
	Parámetro $\sigma$	0'751	0'844	0'731	0'727	0'753
	Media $E(x)$	1'495	1'223	1'404	1'106	1'460
	Mediana $Me$	1'128	0'856	1'075	1'177	1'100
	Índice de Gini	0'404	0'445	0'390	0'404	0'404

Fuente: elaboración propia a partir de los datos de la declaración del Impuesto sobre la Renta de las Personas Físicas de 1988 (declaración de 1989) proporcionados por el Ministerio de Economía y Hacienda.

Esta distribución adoptará la forma:



Cuadro nº 35  
DISTRIBUCIÓN LOGNORMAL



La *ley exponencial*, por su parte, tiene una función de densidad:  $f(x) = \lambda e^{-\lambda x}$  ; para  $x \geq 0$ . y su función de distribución es:  $F(x) = 1 - e^{-\lambda(x-x_0)}$   $\forall x \geq x_0$  siendo  $\lambda \geq 0$ ; o, lo que es lo mismo,  $1 - F(x) = e^{-\lambda(x-x_0)}$

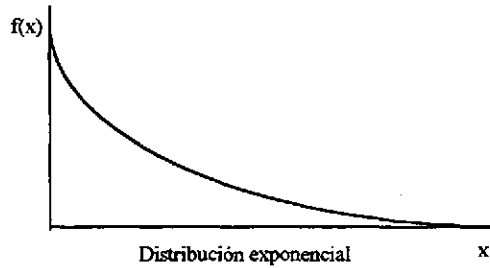
Para ver si una distribución observada es de tipo exponencial podemos examinar la distribución de los datos observados en papel semilogarítmico y, si los puntos  $(x_i, \ln(1 - F(x_i)))$  se sitúan aproximadamente en una recta, el modelo teórico es válido.

Si ajustamos por linearización, con los puntos  $(x_i, \ln(1 - F(x_i)))$  se buscan los valores  $a$  y  $b$  de la recta:  $\ln(1 - F(x)) = a + bx = -\lambda(x - x_0) = \lambda x_0 - \lambda x$

Los parámetros  $\lambda$  y  $x_0$  se obtienen a partir de los coeficientes de la recta de regresión, ya que  $a + bx = \lambda x_0 - \lambda x \Rightarrow \lambda = -b$  y  $x_0 = -\frac{a}{b}$

Si concluimos que nuestros datos observados siguen aproximadamente una distribución exponencial, su distribución será, aproximadamente del tipo:

Cuadro nº 36  
**DISTRIBUCIÓN EXPONENCIAL**



Cuadro nº 37  
**AJUSTE A LA DISTRIBUCIÓN TEÓRICA EXPONENCIAL DE LOS DATOS DE LA DECLARACIÓN DE LA RENTA. GALICIA-1988**

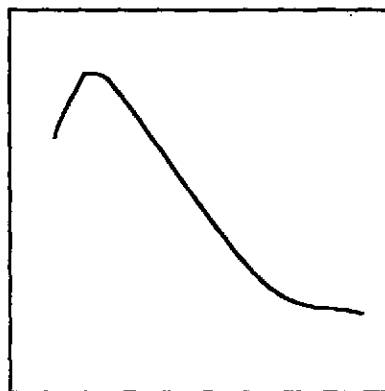
		A Coruña	Lugo	Ourense	Pontevedra	Galicia
<b>Ajuste a la Distribución Exponencial</b>	$R^2$ de la recta de regresión	0'999	0'999	0'999	0'994	0'999
	Parámetro $\lambda$	0'904	0'972	0'954	0'909	0'918
	Parámetro $X_0$	0'360	0'171	0'336	0'416	0'346
	Media $E(x)$	1'467	1'200	1'384	1'516	1'435
	Mediana $Me$	1'127	0'885	1'063	1'178	1'101
	Índice de Gini	0'377	0'429	0'379	0'362	0'379

Fuente: elaboración propia a partir de los datos de la declaración del impuesto sobre la renta de las personas físicas de 1988 (declaración de 1989) proporcionados por el Ministerio de Economía y Hacienda.

Otra importante alternativa teórica viene dada por la propuesta que en su día hiciera Vifredo Pareto. La distribución de Pareto estuvo pensada desde su concepción para describir la distribución de la renta en la población. Pareto observó que a partir de un cierto valor de  $x$ , el número de individuos que tienen unos ingresos superiores a  $x$  decrece proporcionalmente a  $\frac{1}{x^\alpha}$ . Decimos que una ley pertenece a la familia de las leyes paretianas cuando cumple la propiedad anterior.  $\alpha$  es normalmente conocido con el nombre de *coeficiente de Pareto*. En la mayor parte de los casos el coeficiente de Pareto  $\alpha$  es inferior a 2, lo que

implica que la ley no tenga varianza finita. Esta observación fue hecha distintas épocas y países<sup>22</sup>.

Cuadro n° 38  
CURVA DE UNA DISTRIBUCIÓN PARETIANA



Se trata de una distribución truncada (Arnaiz, 1978:232), ya que, las distribuciones observadas, no decrecen aproximativamente como una función potencial más que a partir de un cierto umbral (Lecrerc, 1972:29) lo que conlleva una búsqueda de las leyes que se ajusten bien al conjunto de la distribución. Desde un principio Pareto ha formulado varios modelos:<sup>23</sup>

La Función de distribución teórica de Pareto es  $F(x) = 1 - X_0 x^{-\alpha}$  y su inversa será pues  $1 - F(x) = X_0 x^{\alpha}$ . Para ajustar la distribución observada a la teóri-

<sup>22</sup> Véanse especialmente los trabajos de Champernowne (1952); Davis (1941), Hayakawa (1951) y Renyi (1966).

<sup>23</sup> La ley de Pareto de primera especie, tendrá como Función de Distribución:

$$F(x) = 1 - \frac{X_0}{x^{\alpha}}; x \geq X_0 \geq 0.$$

Ley de Pareto de segunda especie (que se convierte en más precisa por la inclusión de un segundo parámetro  $c$ ):

$$F(x) = 1 - \frac{X_0}{(x+c)^{\alpha}}; x \geq X_0 \geq 0.$$

La ley de Pareto de tercera especie, aunque no pueda considerarse estrictamente paretiana, si lo es en la práctica por tratarse de valores de  $b$  muy pequeños:

$$F(x) = 1 - \frac{Ae^{-bx}}{(x+c)^{\alpha}} \quad x \geq 0$$

ca debemos transformar esta ecuación en logarítmica, obteniendo así la función:  
 $\log(1 - F(x)) = \alpha (\log X_0 - \log x)$ .

Con el cálculo de los valores de la ecuación anterior podemos estimar una recta,  $\log y = a + b \log x$  por el método de los mínimos cuadrados. Si se representan los valores observados ( $\log x_j$ ,  $\log (1 - H_i)$ ) sobre un papel doblemente logarítmico y si estos se ajustan bien a una ley paretiana, obtendríamos una recta de pendiente negativa. Es decir, cuando la distribución observada está próxima de la de una distribución de Pareto, los puntos de coordenadas ( $\log x_i$ ,  $\log (1 - H_i)$ ) deben situarse próximos a una recta. Se puede calcular también un coeficiente de correlación para verificar la calidad del ajuste.

Cuadro nº 39  
**AJUSTE A LAS DISTRIBUCIÓN DE PARETO DE LOS DATOS DE LA DECLARACIÓN DE LA RENTA. GALICIA-1988**

		A Coruña	Lugo	Ourense	Pontevedra	Galicia
<b>Ajuste a la Distribución de Pareto</b>	$R^2$ de la recta de regresión	0'922	0'944	0'938	0'996	0'926
	Parámetro $\alpha$	1'210	1'316	1'286	1'214	1'231
	Parámetro $X_0$	0'489	0'434	0'489	0'514	0'489
	Media $E(x)$	2'484	1'810	2'194	2'916	2'604
	Mediana $Me$	0'876	0'735	0'837	0'910	0'859
	Índice de Gini	0'704	0'613	0'636	0'699	0'684

Fuente: elaboración propia a partir de los datos de la declaración del impuesto sobre la renta de las personas físicas de 1988 (declaración de 1989) proporcionados por el Ministerio de Economía y Hacienda.

En el cuadro nº 39 aparece resumido el formulario preciso para calcular los parámetros característicos de las distribuciones probabilísticas presentadas (sobre el desarrollo que hemos seguido para su obtención puede consultarse el capítulo 8º, que se incluye como un anexo a este capítulo sobre las desigualdades distribucionales). A su vez he incluido el cálculo empírico de dichos parámetros para el caso de la distribución de las rentas declaradas (IRPF) en las cuatro provincias gallegas, en 1989. Obsérvese como los coeficientes de correlación de estas distribuciones sobrepasan, en general, el 90%, a la vez que todos los parámetros se asemejan a los obtenidos por los datos reales observados.

Cuadro nº 40

**FORMULARIO PARA EL CÁLCULO DE LOS PARÁMETROS DE LAS DISTRIBUCIONES TEÓRICAS QUE AJUSTAN BIEN LAS DISTRIBUCIONES OBSERVADAS DE LA RENTA**

Parámetro	Log-normal	Exponencial	Pareto	Barbut I	Barbut II
Media	$E(x) = e^{-\mu + \frac{\sigma^2}{2}}$	$E(x) = \frac{1}{\lambda} + x_0$	$E(x) = \frac{\alpha}{\alpha - 1} x_0$	$E(x) = \beta x$	$E(x) = \beta x$
Mediana	$M_e = e^\mu$	$M_e = x_0 - \frac{1}{\lambda} \ln \frac{1}{2}$	$M_e = 2^{1/\alpha} x_0$	$m = \alpha 2^{1/\alpha}$	$m = 2^{1/\alpha} (a + c) - c$
Mínimo		$X_0 = a/b$	$x_0 = 10^{-a/\alpha}$		
Índice de Gini	$G = \frac{e^{\mu + \frac{\sigma^2}{2}} (1 - 2\Phi_{N(0,1)}\left(\frac{\sigma}{\sqrt{2}}\right))}{x_0 + e^{\mu + \frac{\sigma^2}{2}}}$	$G = \frac{1}{2} \frac{1}{1 + \lambda x_0}$	$G = \frac{1}{2\alpha - 1}$	$\frac{\beta - 1}{\beta + 1}$	$G = \frac{\beta - 1}{\beta + 1} \left(1 + \frac{c}{M}\right)$

donde  $\Phi$  es la función de distribución de una  $N(\mu, \sigma)$ .

$\mu$  y  $\sigma$  son siempre la media y la desviación típica de la distribución

$x_0$  es el mínimo de la distribución

$\alpha$  es el coeficiente de Pareto

$\lambda$  es el parámetro de la distribución exponencial

$\beta$  es el coeficiente del ratio de incremento de una distribución paretiana

$a$  es el coeficiente resultante de dividir la media de la distribución y  $\beta$

## **8. ANEXO**

**FORMULARIO PARA EL  
CÁLCULO DE LOS PARÁMETROS DE  
LAS DISTRIBUCIONES DE  
PROBABILIDAD ASOCIADAS A LAS  
DISTRIBUCIONES  
SOCIOECONÓMICAS.**

## 8.1. PRESENTACIÓN

He decido incluir este anexo de carácter netamente matemático dado, principalmente, su carácter inédito. Básicamente, en las páginas siguientes, podrán encontrarse los desarrollos en base a los cuáles se han obtenido las fórmulas presentadas en los cuadros 34, 37, 39 y 40, referidos a la caracterización de las distribuciones probabilísticas, susceptibles de describir distribuciones de Bienes o Servicios entre un conjunto poblacional y, en concreto, las que mejor se asocian a la distribución probabilística de las rentas: la distribución log-normal, la exponencial y la de Pareto. Además, también por su carácter inédito, se incluyen los cálculos de dichos parámetros para los datos de las declaraciones de la Renta (IRPF) en todos los municipios gallegos<sup>1</sup>.

## 8.2. EL AJUSTE A UNA LEY LOG-NORMAL.

Se dice que una variable aleatoria  $x$  sigue una ley log-normal de parámetros  $\mu$  y  $\sigma$  si la variable  $\text{Log } x$  sigue una ley normal  $N(\bar{x}, \sigma)$ . Su función de distribución puede escribirse:

$$F(x) = P(x < X) = P(\text{Log } X < \text{Log } x)$$

Sea  $\Phi_{N(\mu, \sigma)}$  la función de distribución y  $\rho_{N(\mu, \sigma)}$  la función de densidad de una ley normal  $N(\mu, \sigma)$ . Tenemos así para  $x \geq 0$ :

$$F(x) = \Phi_1(\text{Log } x)$$

de donde:  $f(x) = F'(x) = \frac{1}{x} \rho_1(\text{Log } x)$  y sustituyendo la función de densidad en la fórmula anterior obtenemos:

$$f(x) = \frac{1}{\sigma\sqrt{2\pi}} \frac{1}{x} e^{-\frac{1}{2\sigma^2}(\text{Log } x - \mu)^2}$$

$\mu$  y  $\sigma$  son la media y la varianza de  $\log x$ .  $\mu$  es al mismo tiempo mediana de  $x$  y de  $\log x$ . La curva representativa de  $f(x)$  crece de cero hasta un valor modal alcanzado por un  $x$  inferior a  $\mu$ , después decrece despacio y tiende a cero mientras  $x$  tienda hacia infinito.

---

<sup>1</sup> El cálculo empírico de los parámetros teóricos sobre la distribución obtenida a partir de dichos datos, muestra como las correlaciones son superiores al 90%, con lo cual el ajuste es casi perfecto.

Para estudiar si una distribución empírica se ajusta a esta distribución teórica, se puede realizar un primer examen a partir de la *recta de Henri*. Con este método gráfico se evita el cálculo de los logaritmos de  $\mu$  y  $\sigma$  en la distribución observada. Para evitar esto existe en el mercado un papel graduado con una escala Gaussiana en ordenadas y una escala logarítmica en abscisas. Ese papel, conocido como Gauso-Logarítmico, permite la representación de la función de distribución de la variable  $x$  como una recta sin necesidad de tener que pasar por los logaritmos.

Para obtener un ajuste por linearización, se parte de una recta en la cual la variable independiente es logarítmica. La función de distribución puede escribirse en función de las áreas de una distribución normal (0,1). Llamemos  $U_i$  a cada área  $N(0,1)$  de  $F(x)$ . Tendremos entonces:  $U_i = a + b \text{ Log } x_i$

Por otra parte sabemos que las áreas de las probabilidades de una distribución normal  $N(0,1)$  van a ser

$$U_i = \frac{\text{Log } x - \mu}{\sigma}$$

de donde

$$-\frac{m}{s} + \frac{1}{s} \text{Log } x_i = a + b \text{ Log } x_i$$

De la misma fórmula de la cual nos servimos para obtener la recta de regresión, podemos servimos para calcular los parámetros.  $(\mu, \sigma)$ , ya que si

$$\frac{\text{Log } x - \mu}{\sigma} = a + b \text{ Log } x$$

entonces

$$\mu = \frac{a}{b}$$

$$\sigma = b$$

La *media* teórica se obtiene de esta manera a partir de los valores de  $\mu$  y  $\sigma$ , ya que

$$E(x) = \int_0^{\infty} x f(x) dx = \frac{1}{\sigma\sqrt{2\pi}} \int_0^{\infty} e^{-\frac{1}{2\sigma^2}(\text{Log } x - \mu)^2} dx$$

Pongamos

$$t = \frac{\text{Log } x - \mu}{\sigma}$$



Así pues

$$E(x) = \frac{1}{\sqrt{2\pi}} \int_{-\infty}^{\infty} e^{\mu+\sigma t} e^{-\frac{t^2}{2}} dt = e^{\mu+\frac{\sigma^2}{2}} \int_{-\infty}^{\infty} \frac{1}{\sqrt{2\pi}} e^{-\frac{1}{2}(t-\sigma)^2} dt$$

Como

$$\int_{-\infty}^{\infty} \frac{1}{\sqrt{2\pi}} e^{-\frac{1}{2}(t-\sigma)^2} dt = 1$$

y de ello se deduce

$$E(x) = e^{-\mu+\frac{\sigma^2}{2}}.$$

La *mediana*  $M_e$  es un valor tal que  $F(M_e) = \frac{1}{2}$ . Ahora bien, como he mostrado anteriormente,  $F(x) = \Phi_1(\log x)$ , donde  $\Phi$  es la función de distribución de una  $N(\mu, \sigma)$ . Así pues  $F(M_e) = \Phi_1(\log M_e) = \frac{1}{2} \Leftrightarrow \log M_e = \mu$  ya que en una distribución normal la mediana coincide con la media. En resumen,  $M_e = e^\mu$

El *índice de Gini* se obtiene gracias a la fórmula:  $G = 1 - 2\Phi_{N(0,1)}(-\frac{\sigma}{\sqrt{2}})$ . A él se

llega a partir de:

$$P(X) = F(x) = \Phi_{N(0,1)}(u) \text{ donde } u = \frac{\log x}{\sigma}$$

$$q(x) = \frac{1}{E(x)} \int_0^x f(x) dx = \frac{1}{e^{\mu+\frac{\sigma^2}{2}}} \int_{-\infty}^u \frac{1}{\sigma\sqrt{2\pi}} e^{-\frac{1}{2}u^2} e^{\mu+\sigma u} \cdot \sigma \cdot du =$$

$$= \int_{-\infty}^u \frac{1}{\sqrt{2\pi}} e^{\frac{1}{2}(u-\sigma)^2} du = \int_{-\infty}^{u-\sigma} \frac{1}{\sqrt{2\pi}} e^{-\frac{1}{2}u^2} du = \Phi_{N(0,1)}(u-\sigma)$$

$$\int_0^1 q dp = \int_{-\infty}^{\infty} \Phi_{N(0,1)}(u-\sigma) d\Phi_{N(0,1)}(u) = F_z(-\sigma) = \Phi_{N(0,1)}(-\frac{\sigma}{\sqrt{2}})$$

(y haciendo  $z = u - \sigma$ , siendo  $Z \rightarrow N(0,1)$ )

$$= F_z(-\sigma) = \Phi_{N(0,1)}(-\frac{\sigma}{\sqrt{2}})$$

y así:

$$G = 1 - 2 \int_0^1 q \, dp = 1 - 2 \Phi_{N(1,0)} \left( -\frac{\sigma}{\sqrt{2}} \right)$$

y si  $x_0$  es conocida  $u_F = \frac{\ln(x - x_0) - u}{\sigma}$  y, finalmente

$$G = \frac{e^{\frac{\mu + \frac{\sigma^2}{2}}{2}} (1 - 2 \Phi_{N(0,1)} \left( -\frac{\sigma}{\sqrt{2}} \right))}{x_0 + e^{\frac{\mu + \frac{\sigma^2}{2}}{2}}}$$

### 8.3. EL AJUSTE A LAS LEYES PARETIANAS.

Entre las familias paretianas, se encuentran incluidas tanto las leyes continuas como las leyes discontinuas. En principio, una distribución observada no decrece aproximativamente como una función potencial más que a partir de un cierto umbral, lo que conlleva una búsqueda de las leyes que se ajusten bien al conjunto de la distribución. Desde un principio Pareto ha formulado varios modelos:

a) Ley de Pareto de primera especie:

$$F(x) = 1 - \frac{A}{x^\alpha} \quad x \geq x_0 \geq 0$$

b) Ley de Pareto de segunda especie (que se convierte en más precisa por la inclusión de un segundo parámetro c).

$$F(x) = 1 - \frac{A}{(x + c)^\alpha} \quad x \geq x_0 \geq 0$$

c) Ley de Pareto de tercera especie:

$$F(x) = 1 - \frac{Ae^{-bx}}{(x + c)^\alpha} \quad x \geq 0$$

La Función de distribución teórica de Pareto es  $F(x) = 1 - \lambda x^\alpha$  y su inversa será pues  $1 - F(x) = \lambda x^\alpha$ . Se trata de ajustar la distribución observada al modelo teórico propuesto. El procedimiento consiste en transformar las ecuaciones presentadas en ecuaciones logarítmicas. La función  $1 - F(x) = \lambda x^\alpha$  se convierte así en  $\log(1 - F(x)) = \alpha(\log \lambda - \log x)$ .

Se puede proceder calculando los valores siguientes a partir de los datos observados, tal como se sigue de la tabla que aparece a continuación:

$\log x_i$	$\log (1 - F_n(x))$	$(\log x_i)^2$	$(\log y_i)^2$	$\log x_i * \log y_i$
------------	---------------------	----------------	----------------	-----------------------

Con los resultados obtenidos se puede estimar una recta  $\text{Log } y = a + b \log x$  por el método de los mínimos cuadrados<sup>2</sup>. Si se representan los valores observados ( $\log x_i$ ,  $\log (1 - H_i)$ ) sobre un papel doblemente logarítmico y se ajustan bien a una ley paretiana, esto da lugar a una recta de pendiente negativa. Es decir, cuando la distribución observada está próxima de la de una distribución de Pareto, los puntos de coordenadas ( $\log x_i$ ,  $\log (1 - H_i)$ ) deben situarse próximos a una recta.

Se puede calcular también un coeficiente de correlación para verificar la calidad del ajuste. En el caso de que el alineamiento sea bueno, los valores obtenidos por la ley paretiana, ya que  $1 - F(x) = \lambda * x^\alpha$ , serán válidos.

El objetivo de este ajuste es el de obtener los valores teóricos resultantes, así como los parámetros media, mediana y minimum de la distribución. Finalmente, el índice teórico de Gini nos proporcionará una idea de la concentración de los valores, midiendo de esta forma la desigualdad existente en la distribución.

El cálculo de la media teórica es obtenido por  $\frac{\alpha}{\alpha-1} X_0$ , ya que:

$$E(X) = \int_{x_0}^{\infty} x f(x) dx = \int_{x_0}^{\infty} x \frac{\alpha}{x_0} \left(\frac{x_0}{x}\right)^{\alpha+1} = \frac{\alpha}{x_0} x_0^{\alpha+1} \int_{x_0}^{\infty} \frac{1}{x^\alpha} dx$$

$$= \alpha x_0^\alpha \left[ \frac{x^{1-\alpha}}{1-\alpha} \right]_{x_0}^{\infty} = \alpha x_0^\alpha \frac{x_0^{1-\alpha}}{\alpha-1} = \frac{\alpha}{\alpha-1} x_0, \text{ que existirá si y sólo si}$$

$\alpha > 1$ .

La mediana teórica paretiana se obtiene como:

$$F(M_e) = 1 - \left(\frac{x_0}{M_e}\right)^\alpha = 0,5 \Rightarrow \frac{x_0^\alpha}{M_e^\alpha} = \frac{1}{2} \Rightarrow M_e^\alpha = 2 x_0^\alpha \Rightarrow M_e = 2^{1/\alpha}$$

El mínimo de la distribución:

$$F(x) \geq 0; F(x_0) = 0 \Rightarrow 1 - 10^a (1/x_0)^\alpha \Rightarrow 10^a (1/x_0)^\alpha = 1 \Rightarrow x_0 = 10^{-a/\alpha}$$

<sup>2</sup> Sus valores serán definidos y calculados como:

$$\bar{x} = \text{media de los } \text{Log } x_i$$

$$\bar{y} = \text{media de los } \text{Log } Y_i$$

$$b = \text{cov}(x, y) / \text{var}(x)$$

$$a = \bar{y} - b\bar{x}$$

Finalmente, para obtener el índice teórico de Gini es necesario partir de  $p$  y  $q$ . Sea  $p$  la proporción de personas que tienen unos ingresos por debajo de  $x$ ,  $p = \int_0^x f(x) dx$ . Sea  $q$  la proporción del total de ingresos que tienen las personas con unos ingresos inferiores a  $x$ ,  $q = \left( \frac{1}{E(X)} \right) \int_0^x x f(x) dx$ . El área que buscamos es  $\int_0^1 p dq - \frac{1}{2}$ . Como la curva es una función de  $q$ , es necesario trasladar  $p$  a una función de  $q$ . Así  $G = 2 \left( \left( \int_0^1 p dq \right) - \frac{1}{2} \right) = 2 \int_0^1 p dq - 1$

Ahora bien,  $p = 1 - \left( \frac{x_0}{x} \right)^\alpha$ . Y también  $q = \frac{\alpha-1}{\alpha x_0} \int_{x_0}^x x \frac{\alpha}{x_0} \left( \frac{x_0}{x} \right)^{\alpha+1} dx$

$$= \frac{\alpha-1}{\alpha x_0} \frac{\alpha}{x_0} x_0^{\alpha+1} \int_{x_0}^x \frac{1}{x^\alpha} dx = (\alpha-1) x_0 \left[ \frac{x^{1-\alpha}}{1-\alpha} \right]_{x_0}^x$$

$$= (\alpha-1) x_0^{\alpha-1} \frac{x_0^{1-\alpha} - x^{1-\alpha}}{(\alpha-1)} = 1 - \left( \frac{x_0}{x} \right)^{\alpha-1}$$

Así  $p = 1 - (1-q)^{\alpha/\alpha-1}$ . Y el índice hallado puede expresarse del siguiente modo:

$$G = 2 \int_0^1 p dq - 1 = 2 \int_0^1 1 - (1-q)^{\alpha/\alpha-1} dq - 1 = \frac{1}{2\alpha-1}$$

#### 8.4. EL MÉTODO DE CÁLCULO PROPUESTO POR M. BARBUT.

En un artículo aparecido en 1988 en la revista *Histoire & Mesure*<sup>3</sup> M. Babut, con la aparente finalidad de criticar otro artículo anteriormente aparecido en la misma revista de Denis Morsa<sup>4</sup>, lleva a cabo un cálculo empírico de los parámetros de una ley paretiana con otra metodología diferente a la expuesta de linearización por logaritmos<sup>5</sup>.

Sea una variable numérica de función de distribución  $F(x)$  ( $F(x) = 1 - P(x)$  es la proporción de los valores de la variable que son inferiores o iguales a  $x$ ) para  $x \geq a > 0$ , y,

<sup>3</sup> BARBUT, M. (1988): <<Des bons et des moins bons usages des distributions parétiennes en analyse des données>>, *Histoire & Mesure*, Vol. III-1, pp. 111-128, 1988.

<sup>4</sup> MORSA, D. (1989): <<Distribution de la population des villes et des localités de la Principauté de Liège à la fin du XVIIIe siècle>>, *Histoire & Mesure*, Vol. II-2, pp. 73-92, 1987.

<sup>5</sup> Esta no es la primera ocasión en la que Barbut presenta este método de cálculo. Además una formulación más general puede consultarse en BARBUT, M. (1989): <<Distributions de type Parétien et représentation des inégalités>>, *Mathématiques, Informatique et Sciences Humaines*, N° 106, pp. 53-69, 1989.

para cada  $x$ , sea  $M(x)$ , el valor medio de los valores de esta variable que son superiores o iguales a  $x$ ; en fórmulas:

$$\forall x \geq a, M(x) = \frac{1}{1-F(x)} \int_x^{\infty} t \, dF(t) = \frac{1}{P(x)} \int_x^{\infty} t \, dF(t).$$

Entonces la distribución de esta variable es paretiana si y solamente si:<sup>6</sup>

$$\left( P(x) = \left( \frac{a}{x} \right)^{\alpha}, \alpha > 1 \right)$$

$$M(x) = \beta x.$$

donde el coeficiente  $\beta$  aparece ligado al exponente  $\alpha$  por la relación:

$$\frac{1}{\alpha} + \frac{1}{\beta} = 1 \quad \text{i.e.,} \quad \beta = \frac{\alpha}{\alpha - 1}.$$

El  $M(x)$  se obtiene empíricamente dividiendo la cantidad acumulada en el rango  $x$ , por el número de individuos a los que concierne. Se puede obtener pues una media  $M(x)$  para cada uno de los intervalos. Si dividimos esta media por el número de individuos de cada intervalo obtenemos un ratio  $\frac{M(x)}{x}$  que servirá para estimar el valor del parámetro<sup>7</sup>  $\beta$ , ya que

$$M(x) = \beta x \Rightarrow \frac{M(x)}{x} = \beta$$

Si la distribución sigue una ley de Pareto del primer tipo, los ratios obtenidos deben ser aproximadamente constantes.

Podemos calcular también el coeficiente de correlación entre los puntos  $(x_i, M(x_i))$  para verificar la calidad del ajuste. Este coeficiente se calcula sobre las observaciones mismas y no sobre sus logaritmos.

El valor de  $\beta$  puede estimarse por la media aritmética de los  $\frac{M(x_i)}{x_i}$  observados. Se puede también escoger el valor  $\beta$  que minimice la suma de las desviaciones absolutas entre el modelo y las observaciones:

$$\sum |\varepsilon_i| = \sum |M(x) - \beta x_i|.$$

<sup>6</sup> En el caso de la *primera ley*.

<sup>7</sup> Para una ley de Pareto del primer tipo.

También se puede obtener con facilidad el valor de  $\bar{M}$ , ya que es el valor medio de los valores observados en la población. A partir de ahí es posible calcular  $a$  y  $\alpha$ , ya que:

$$a = \frac{\bar{M}}{\beta} \quad \text{y} \quad \alpha = \frac{\beta}{\beta - 1}$$

Finalmente, se estima la distribución teórica por medio de:

$$\hat{P} = \left( \frac{a}{\beta} \right)^{\alpha}, \quad x \geq a$$

El valor del índice  $G$  de Gini es, para el modelo paretiano (primera ley), igual a  $\frac{\beta-1}{\beta+1}$  y la mediana será  $m = a 2^{1/\alpha}$

*Ley del segundo tipo:* Cuando las  $x_i$  crecen y los ratios  $\frac{M(x)}{x}$  decrecen, Barbut propone una Ley de Pareto del Segundo tipo.

$$\frac{M(x)}{x} = \frac{\beta x + \mu}{x} = \beta + \frac{\mu}{x}$$

$\beta$  y  $\mu$  serán estimadas por el método de los *mínimos cuadrados*.

$$M(x) = \beta x + \mu + \varepsilon(x)$$

Así obtenemos

$$a = \frac{\bar{M} - \mu}{\beta} \quad \text{y} \quad c = \frac{\mu}{\beta - 1}$$

Las probabilidades teóricas se obtienen por:

$$\hat{P}(x) = \left( \frac{a+c}{x+c} \right)^{\alpha}$$

El índice de Gini:

$$G = \frac{\beta-1}{\beta+1} \left( 1 + \frac{C}{M} \right)$$

Y la mediana:  $m = 2^{1/\alpha} (a+c) - c$

## 8.5. LEY EXPONENCIAL Y SU FAMILIA.

En un procedimiento de Poisson, la ley de la duración entre un suceso y el  $k$ -ésimo siguiente tiene por densidad

$$f(x) = \frac{c^k}{(k-1)!} e^{-cx} x^{k-1} \quad \text{para } x \geq 0 \text{ y } c > 0.$$

De una manera general, se llama *ley gamma* (o *ley gamma incompleta*, o *ley de Pearson de tipo III*) a una ley de la forma:

$$f(x) = \frac{c^r}{\Gamma(r)} e^{-cx} x^{r-1} \quad \text{para } x \geq 0 \text{ y } c, r > 0.$$

La función de distribución de una distribución exponencial es<sup>8</sup>:

$$F(x) = 1 - e^{-\lambda(x-x_0)} \quad \forall x \geq x_0 \text{ siendo } \lambda \geq 0$$

Y si tomamos logaritmos:  $\ln(1 - F(x)) = -\lambda(x - x_0) = \lambda x_0 - \lambda x$

Es decir, los puntos  $(x_i, \ln(1 - F(x_i)))$  deben localizarse, aproximadamente, y sobre papel semilogarítmico, sobre una recta.

Con los puntos  $(x_i, \ln(1 - F(x_i)))$  se buscan los valores  $a$  y  $b$  de la recta

$$\log(1 - F(x_i)) = a + bx. \text{ Entonces } a + bx = \lambda x_0 - \lambda x \Rightarrow \lambda = -b \text{ y } x_0 = -\frac{a}{b}$$

La *media* de la distribución exponencial es:

$$E(x) = \int_{x_0}^{\infty} x \lambda e^{-\lambda(x-x_0)} dx$$

Si hacemos  $t = x - x_0$ , obtendremos:

$$E(x) = \int_0^{\infty} (t + x_0) \lambda e^{-\lambda t} dt = \int_0^{\infty} \lambda t e^{-\lambda t} dt + x_0 \int_0^{\infty} \lambda e^{-\lambda t} dt = \frac{1}{\lambda} + x_0$$

La *mediana* es:

$$F(M_e) = 1 - e^{-\lambda(M_e - x_0)} = \frac{1}{2}$$

$$\text{Así: } e^{-\lambda(M_e - x_0)} = \frac{1}{2} \Rightarrow -\lambda(M_e - x_0) = \ln \frac{1}{2} \Rightarrow -\lambda M_e = \ln \frac{1}{2} - \lambda x_0 \Rightarrow M_e = x_0 - \frac{1}{\lambda} \ln \frac{1}{2}$$

El *mínimo* de la distribución se obtiene por  $a/b$ .

Finalmente, el *índice de Gini* se obtiene por el siguiente procedimiento:

$$\text{Sea } p(X) = F(X). \text{ Sea también } q(x) = \frac{1}{E(x)} \int_{x_0}^x x f(x) d(x)$$

<sup>8</sup> En particular, la ley del intervalo de tiempos entre dos sucesos consecutivos ( $k=1$ ) es la *ley exponencial*, en la cual:

$$F(x) = ce^{-\alpha x} \quad \text{para } x \geq 0.$$

Tenemos entonces 
$$\int_0^1 x p dq = \frac{1}{E(x)} \cdot \int_{x_0}^{\infty} x F(x) d(x)$$

y también

$$\begin{aligned} \int_{x_0}^{\infty} x F(x) f(x) dx &= \int_{x_0}^{\infty} x \left(1 - e^{-\lambda(x-x_0)}\right) \cdot \lambda e^{-\lambda(x-x_0)} dx = \\ &= \int_{x_0}^{\infty} x \lambda e^{-\lambda(x-x_0)} dx - \int_{x_0}^{\infty} x \lambda e^{-2\lambda(x-x_0)} dx = \end{aligned}$$

Ahora bien, si el primer término es la media de una distribución exponencial, el segundo término es la media de una exponencial de parámetros  $2\lambda$ . Podemos continuar entonces así,

$$= E(x) - \frac{1}{2} \int_0^{\infty} x 2\lambda e^{-2\lambda(x-x_0)} dx = E(x) - \frac{1}{2} (2\lambda + x_0)$$

con lo que obtenemos

$$\begin{aligned} \int_0^1 p dq &= \frac{1}{E(x)} \left( E(x) - \frac{1}{2} (2\lambda + x_0) \right) = 1 - \frac{1}{\frac{1}{\lambda} + x_0} \cdot \frac{1}{2} \left( \frac{1}{2\lambda} + x_0 \right) = \\ &= 1 - \frac{\lambda}{\lambda + \lambda x_0} - \frac{1}{2} \frac{1 + 2\lambda x_0}{2\lambda} = 1 - \frac{1 + 2\lambda x_0}{4(1 + \lambda x_0)} \end{aligned}$$

El índice de Gini se define así:

$$\begin{aligned} G = 2 \int_0^1 p dq - 1 &\Rightarrow 2 \left( 1 - \frac{1 + 2\lambda x_0}{4(1 + \lambda x_0)} \right) - 1 = 1 - 2 \cdot \frac{1 + 2\lambda x_0}{4(1 + \lambda x_0)} = 1 - \frac{1 + 2\lambda x_0}{4(1 + \lambda x_0)} = \\ &= \frac{2 + 2\lambda x_0 - 1 - 2\lambda x_0}{2(1 + \lambda x_0)} = \frac{1}{2} \frac{1}{1 + \lambda x_0} \end{aligned}$$



## 8.6. LOS ÍNDICES DE GINI, OBSERVADOS Y TEÓRICOS, EN LOS MUNICIPIOS GALLEGOS.

En los cuadros siguientes se presentan los valores calculados de los índices de Gini, tanto los observados empíricamente, como los calculados para cada una de las siguientes distribuciones teóricas: la de Pareto, la Exponencial y las obtenidas a partir de los dos métodos propuestos por Marc Barbut. Todas ellas referidas a los datos de las declaraciones del IRPF del ejercicio de 1988 para cada uno de los municipios de las cuatro provincias gallegas.

Tal como puede observarse en los cuadros adjuntos, la media de rentas declaradas en cada municipio oscila entre las 500.000 pts y 2 millones de pesetas anuales, como valores mínimo y máximo de la media. Esos valores indican, de por sí, un índice de riqueza relativo. Según estos valores, los municipios más ricos de Galicia, para esa fecha y esa fuente, serían, por este orden, los de As Pontes, Pontevedra, A Coruña, Oleiros, Santiago de Compostela y Vigo. Entre los más pobres estarían los de Toques, Paradela, Chandrexa de Queixa, Baralla, Baleira, Santiso, Triacastela y O Páramo.

En general, los municipios más pobres son también más igualitarios, resultando unos Índices de Gini empíricos con valores próximo a 0; Los municipios más desigualitarios se corresponden normalmente con los más ricos, aunque hay excepciones (como en los casos de Calvos de Randín, Pedrafita do Cebreiro, Becerreá e Irixoa, entre otros).

En cuanto a las distribuciones teóricas, el Índice de Gini resultante de la distribución de Pareto, aunque ajuste muy bien (coeficiente de correlación del 96'2%) sobredimensiona las desigualdades en los municipios más ricos, e incluso alcanza valores imposibles (valores superiores a la unidad). Las distribuciones teóricas restantes estiman mejor las equidistribuciones observadas, si bien la exponencial tiende a sobrestimar las desigualdades en los municipios más pobres, algo que también se observa en el segundo modelo de Barbut, pero en menor medida. Por su parte, el primer modelo de Barbut es el que muestra un comportamiento más próximo a la realidad, cuenta tenida la diversidad del conjunto; sin embargo, tiende a centrar excesivamente los valores, cerrando en exceso el abanico de los resultados, además de acentuar las desigualdades, en general, excepto en los municipios pobres pero desigualitarios, en los que tiende a infraestimar el valor.

Finalmente, aunque la serie sea insuficiente para extraer conclusiones al respecto, es manifiesta una tendencia alcista de las desigualdades en todas las provincias gallegas, pasando de un valor de 0'35, para el conjunto de la Comunidad en 1988 a otro próximo al 0'39. Tendencia que continúa la línea ascendente de los valores calculados para 1971, que era del 0'31, y para 1981, en el que se obtenía un valor de 0'32.

Cuadro nº 41  
**PROVINCIA DE A CORUÑA**

Municipio	Media	Gini empíric	Gini Pareto	Gini expon.	Barbut 1	Barbut 2
Abegondo	1142	0,27	0,43	0,37	0,32	0,38
Ames	1522	0,38	0,80	0,42	0,40	0,43
Aranga	856	0,31	0,44	0,54	0,32	0,49
Ares	1574	0,28	0,58	0,32	0,37	0,35
Arteixo	1530	0,31	0,59	0,35	0,39	0,39
Arzúa	1168	0,39	0,62	0,45	0,37	0,47
Baña, A	861	0,26	0,40	0,49	0,29	0,43
Bergondo	1441	0,32	0,63	0,38	0,38	0,40
Betanzos	1716	0,37	0,78	0,38	0,43	0,42
Boimorto	858	0,31	0,43	0,50	0,31	0,45
Boiro	1467	0,31	0,61	0,36	0,37	0,38
Boqueixón	1155	0,30	0,49	0,40	0,33	0,40
Brión	1054	0,29	0,45	0,42	0,32	0,41
Cabana	982	0,28	0,40	0,40	0,31	0,39
Cabanas	1539	0,28	0,56	0,33	0,37	0,36
Camariñas	1133	0,34	0,52	0,42	0,35	0,42
Cambre	1601	0,32	0,73	0,37	0,38	0,38
Capela, A	1524	0,36	0,87	0,40	0,37	0,40
Carballo	1323	0,37	0,62	0,42	0,39	0,44
Cariño	1341	0,32	0,56	0,38	0,36	0,40
Carnota	1405	0,29	0,53	0,34	0,35	0,37
Carral	1478	0,34	0,61	0,38	0,40	0,42
Cedeira	1369	0,35	0,63	0,40	0,38	0,42
Cee	1603	0,33	0,68	0,36	0,39	0,39
Cerceda	1138	0,37	0,67	0,49	0,35	0,50
Cerdido	1040	0,30	0,45	0,41	0,32	0,41
Cesuras	931	0,28	0,41	0,45	0,31	0,41
Coirós	1289	0,25	0,49	0,34	0,31	0,35
Corcubión	1547	0,31	0,63	0,34	0,37	0,37
Coristanco	943	0,28	0,38	0,42	0,32	0,40
Coruña, A	2119	0,44	>1	0,40	0,47	0,41
Culleredo	1672	0,32	0,74	0,36	0,40	0,39
Curtis	1147	0,33	0,47	0,39	0,36	0,41
Dodro	1357	0,22	0,43	0,30	0,32	0,32
Dumbria	1328	0,33	0,52	0,35	0,36	0,42
Fene	1628	0,25	0,56	0,31	0,36	0,33
Ferrol	1930	0,33	0,98	0,35	0,42	0,36
Fistera	1121	0,25	0,43	0,36	0,30	0,38
Frades	828	0,26	0,35	0,46	0,29	0,43
Irixoa	954	0,33	0,44	0,44	0,34	0,42
Laracha	1046	0,28	0,43	0,42	0,33	0,41
Laxe	1065	0,30	0,49	0,43	0,32	0,42
Lousame	1196	0,26	0,47	0,38	0,31	0,39
Malpica de B.	1117	0,28	0,45	0,40	0,33	0,39
Mañón	1045	0,35	0,58	0,49	0,33	0,47
Mazaricos	832	0,32	0,42	0,53	0,33	0,47
Melide	1191	0,39	0,62	0,45	0,38	0,46
Mesía	954	0,05	0,20	0,38	0,24	0,32
Miño	1469	0,36	0,70	0,40	0,39	0,42
Moeche	982	0,26	0,42	0,41	0,28	0,40
Monfero	874	0,27	0,37	0,42	0,29	0,41
Mugardos	1600	0,26	0,57	0,31	0,36	0,34
Muros	1544	0,34	0,72	0,37	0,38	0,39
Muxía	890	0,32	0,44	0,49	0,32	0,46

Cuadro 41b  
PROVINCIA DE A CORUÑA (CONTINUACIÓN)

Municipio	Media	Gini empir	Gini Pareto	Gini expon.	Barbut 1	Barbut 2
Narón	1571	0,27	0,52	0,31	0,37	0,35
Neda	1485	0,28	0,53	0,31	0,35	0,35
Negreira	1094	0,36	0,56	0,46	0,36	0,47
Noia	1671	0,35	0,86	0,37	0,39	0,38
Oleiros	2184	0,48	>1	0,41	0,49	0,45
Ordes	1388	0,40	0,70	0,45	0,42	0,47
Oroso	1195	0,31	0,47	0,37	0,35	0,40
Ortigueira	1279	0,34	0,58	0,40	0,36	0,42
Outes	1346	0,33	0,61	0,39	0,36	0,40
Oza dos Ríos	1183	0,25	0,42	0,37	0,33	0,37
Paderne	1191	0,25	0,43	0,36	0,33	0,38
Padrón	1558	0,32	0,67	0,36	0,38	0,38
Pino, O	1048	0,30	0,39	0,37	0,35	0,37
Pobra do Caramiñal	1628	0,33	0,74	0,36	0,39	0,38
Ponteceso	1237	0,33	0,54	0,39	0,35	0,41
Pontedeume	1637	0,33	0,74	0,36	0,39	0,38
Pontes, As	2286	0,45	>1	0,42	0,47	0,35
Porto do Son	1359	0,29	0,54	0,37	0,35	0,38
Rianxo	1283	0,26	0,47	0,35	0,33	0,36
Ribeira	1518	0,35	0,69	0,38	0,39	0,41
Rois	942	0,33	0,38	0,38	0,34	0,37
Sada	1683	0,36	0,81	0,38	0,41	0,41
San Sadurniño	1185	0,30	0,46	0,36	0,34	0,38
Santa Comba	983	0,36	0,53	0,54	0,36	0,48
Santiago de C.	2086	0,43	>1	0,39	0,46	0,41
Santiso	745	0,35	0,43	0,59	0,33	0,46
Sobrado	792	0,32	0,43	0,56	0,31	0,50
Somozas	1113	0,35	0,62	0,46	0,33	0,46
Teo	1903	0,44	>1	0,42	0,45	0,43
Toques	588	0,28	0,38	0,72	0,24	0,53
Tordoia	847	0,42	0,38	0,63	0,55	0,31
Touro	980	0,31	0,47	0,47	0,32	0,45
Trazo	1494	0,25	0,29	0,22	0,36	0,34
Val do Dubra	901	0,30	0,45	0,52	0,32	0,48
Valdoviño	1344	0,29	0,50	0,34	0,34	0,37
Vedra	1165	0,27	0,44	0,37	0,33	0,38
Vilarmaior	1021	0,31	0,47	0,43	0,32	0,44
Vilasantar	845	0,31	0,49	0,57	0,29	0,52
Vimianzo	1067	0,39	0,61	0,49	0,36	0,49
Zas	867	0,39	0,49	0,54	0,34	0,50
<b>TOTAL A CORUÑA</b>	<b>1732</b>	<b>0,40</b>	<b>0,95</b>	<b>0,39</b>	<b>0,43</b>	<b>0,42</b>

Cuadro nº 42  
**PROVINCIA DE LUGO**

Municipio	Media	Gini empir.	Gini Pareto	Gini expon.	Barbut 1	Barbut 2
Abadín	709	0,32	0,45	0,72	0,31	0,53
Alfoz	1079	0,33	0,52	0,49	0,36	0,46
Antas de Ulla	886	0,39	0,56	0,57	0,34	0,56
Baleira	773	0,38	0,52	0,64	0,32	0,60
Baralla	736	0,27	0,59	0,60	0,13	1,14
Barreiros	1258	0,34	0,57	0,41	0,36	0,42
Becerreá	1068	0,40	0,61	0,49	0,37	0,50
Begonte	996	0,32	0,47	0,43	0,31	0,45
Bóveda	1137	0,30	0,44	0,36	0,33	0,40
Carballido	879	0,34	0,53	0,59	0,33	0,52
Castro de Rei	1047	0,27	0,42	0,39	0,30	0,38
Castroverde	978	0,38	0,57	0,55	0,36	0,51
Cervantes	822	0,44	0,67	0,85	0,39	0,62
Cervo	1871	0,38	>1	0,37	0,43	0,39
Corgo, O	943	0,33	0,50	0,48	0,31	0,48
Cospeito	964	0,32	0,47	0,49	0,34	0,44
Chantada	1206	0,39	0,69	0,48	0,37	0,48
Folgoso do Courel	998	0,27	0,35	0,34	0,31	0,36
Fonsagrada, A	831	0,39	0,56	0,65	0,34	0,57
Foz	1513	0,36	0,72	0,38	0,39	0,41
Fríol	838	0,33	0,47	0,60	0,34	0,48
Guitiriz	1054	0,32	0,50	0,44	0,33	0,43
Guntín de Pallares	792	0,27	0,34	0,45	0,30	0,38
Incio, O	988	0,34	0,45	0,41	0,33	0,43
Láncara	867	0,36	0,50	0,59	0,36	0,48
Lourenzá	1249	0,36	0,63	0,47	0,38	0,47
Lugo	1917	0,43	>1	0,39	0,45	0,42
Meira	1277	0,36	0,60	0,41	0,38	0,42
Mondoñedo	1255	0,35	0,63	0,43	0,36	0,44
Monforte de Lemos	1528	0,36	0,75	0,38	0,38	0,40
Monterroso	1242	0,40	0,65	0,43	0,38	0,46
Muras	933	0,32	0,43	0,44	0,32	0,46
Navia de Suarna	830	0,40	0,58	0,62	0,33	0,59
Negueira de Muñiz	909	0,43	0,81	0,43	0,33	0,44
Nogais, As	951	0,41	0,64	0,58	0,35	0,53
Ouro	994	0,35	0,50	0,49	0,35	0,46
Outeiro de Rei	1075	0,29	0,43	0,39	0,33	0,40
Palas de Rei	959	0,37	0,55	0,53	0,34	0,51
Pantón	1083	0,35	0,55	0,46	0,34	0,46
Paradela	677	0,29	0,43	0,71	0,27	0,52
Páramo, O	777	0,28	0,37	0,45	0,26	0,46
Pastoriza, A	958	0,24	0,35	0,38	0,29	0,36
Pedrafita do C.	1249	0,46	0,80	0,47	0,40	0,55
Pobra do Brollón	942	0,27	0,41	0,42	0,29	0,41
Pol	925	0,30	0,42	0,44	0,31	0,44
Pontenova, A	1130	0,32	0,53	0,44	0,34	0,44
Portomarín	1014	0,32	0,51	0,49	0,33	0,45
Quiroga	1427	0,32	0,63	0,37	0,37	0,39

Cuadro nº 42b  
PROVINCIA DE LUGO (CONTINUACIÓN)

Municipio	Media	Gini empir.	Gini Pareto	Gini expon.	Barbut 1	Barbut 2
Rábade	1517	0,34	0,75	0,38	0,37	0,39
Ribadeo	1493	0,36	0,73	0,39	0,38	0,41
Ribas de Sil	1402	0,30	0,64	0,38	0,34	0,37
Ribeira de Piquín	689	0,30	0,40	0,61	0,29	0,49
Riotorto	978	0,31	0,47	0,46	0,32	0,43
Samos	833	0,27	0,36	0,43	0,28	0,41
Sarria	1336	0,36	0,66	0,41	0,37	0,43
Saviñao, O	853	0,31	0,44	0,50	0,30	0,47
Sober	1024	0,31	0,50	0,46	0,32	0,44
Taboada	977	0,35	0,53	0,48	0,33	0,47
Trabada	1128	0,33	0,53	0,45	0,36	0,43
Triacastela	776	0,29	0,37	0,47	0,28	0,49
Valadouro, O	1177	0,31	0,52	0,40	0,34	0,41
Vicedo, O	1224	0,30	0,44	0,35	0,36	0,38
Vilalba	1106	0,37	0,57	0,46	0,37	0,46
Viveiro	1662	0,37	0,80	0,38	0,41	0,41
Xermade	1100	0,34	0,58	0,45	0,32	0,46
Xove	1633	0,32	0,61	0,32	0,39	0,37
<b>TOTAL LUGO</b>	<b>1403</b>	<b>0,40</b>	<b>0,76</b>	<b>0,43</b>	<b>0,40</b>	<b>0,45</b>

Cuadro nº 43  
PROVINCIA DE OURENSE

Municipio	Media	Gini empir.	Gini Pareto	Gini expon.	Barbut 1	Barbut 2
Allariz	1373	0,35	0,66	0,40	0,37	0,41
Amoeiro	1140	0,22	0,37	0,34	0,32	0,33
Arnoia	1200	0,25	0,46	0,40	0,34	0,41
Avión	1283	0,32	0,59	0,45	0,37	0,44
Baltar	1154	0,31	0,45	0,39	0,36	0,40
Bande	1296	0,30	0,53	0,36	0,34	0,37
Baños de Molgás	1172	0,29	0,45	0,36	0,34	0,38
Barbadás	1397	0,26	0,53	0,34	0,34	0,35
Barco de V., O	1567	0,34	0,68	0,37	0,39	0,40
Beade	1142	0,28	0,41	0,36	0,34	0,37
Beariz	1191	0,36	0,57	0,45	0,37	0,45
Blancos, Os	1042	0,22	0,32	0,30	0,26	0,34
Boborás	1043	0,24	0,39	0,39	0,31	0,38
Bola, A	952	0,19	0,29	0,33	0,24	0,37
Bolo, O	1082	0,30	0,49	0,43	0,33	0,40
Calvos de Randín	927	0,45	0,68	0,63	0,38	0,60
Carballeda	1537	0,29	0,58	0,35	0,39	0,39
Carballeda de Avia	1107	0,27	0,48	0,42	0,31	0,40
Carballiño, O	1416	0,35	0,66	0,39	0,38	0,41
Cartelle	1211	0,33	0,59	0,43	0,35	0,43
Castrelo de Miño	1230	0,29	0,49	0,37	0,35	0,38
Castrelo do Val	1055	0,23	0,40	0,36	0,27	0,36
Castro Caldelas	1244	0,34	0,58	0,42	0,36	0,42
Celanova	1405	0,33	0,67	0,39	0,36	0,40
Cenlle	1424	0,31	0,50	0,33	0,39	0,38
Coles	1277	0,27	0,49	0,36	0,33	0,36
Cortegada	1327	0,29	0,49	0,35	0,36	0,38
Cualedro	1186	0,29	0,49	0,37	0,32	0,39
Chandrexa de Queixa	709	0,33	0,45	0,64	0,28	0,63
Entrimo	1258	0,30	0,52	0,38	0,34	0,40
Esgos	1143	0,30	0,55	0,50	0,35	0,46
Gomesende	1186	0,30	0,57	0,43	0,32	0,40
Gudiña, A	1260	0,30	0,57	0,39	0,32	0,39
Irixo, O	1006	0,27	0,37	0,39	0,33	0,38
Larouco	1185	0,22	0,43	0,37	0,30	0,38
Laza	1066	0,29	0,43	0,38	0,31	0,39
Leiro	1169	0,23	0,44	0,37	0,30	0,36
Lobeira	1389	0,39	0,99	0,45	0,36	0,42
Lobios	1429	0,40	0,86	0,43	0,38	0,43
Maceda	1380	0,36	0,66	0,40	0,38	0,42
Manzaneda	1380	0,36	0,68	0,40	0,37	0,43
Maside	1151	0,29	0,49	0,40	0,33	0,39
Melón	1035	0,23	0,38	0,39	0,30	0,38
Merca, A	1414	0,37	0,57	0,39	0,42	0,43
Mezquita, A	1103	0,33	0,51	0,41	0,33	0,44
Montederramo	896	0,35	0,45	0,51	0,36	0,44
Monterrei	1148	0,26	0,45	0,37	0,31	0,37
Muiños	1362	0,30	0,55	0,34	0,34	0,36
Nogueira de Ramuín	1385	0,33	0,64	0,41	0,37	0,41
Oímbra	1148	0,23	0,34	0,29	0,29	0,33
Ourense	1898	0,38	>1	0,38	0,43	0,39
Paderne de Allariz	1305	0,27	0,52	0,37	0,34	0,38
Padrenda	1355	0,37	0,76	0,42	0,36	0,43
Parada de Sil	1377	0,31	0,69	0,40	0,34	0,39

Cuadro nº 43b  
**PROVINCIA DE OURENSE (CONTINUACIÓN)**

Municipio	Media	Gini empir.	Gini Pareto	Gini expon.	Barbut 1	Barbut 2
Pereiro de Aguiar	1278	0,26	0,47	0,34	0,33	0,36
Peroxa, A	1214	0,29	0,52	0,39	0,33	0,40
Petín	1596	0,41	0,93	0,43	0,42	0,44
Piñor	1054	0,26	0,43	0,40	0,30	0,41
Pobra de Trives	1543	0,39	0,91	0,42	0,39	0,42
Pontedeva	1142	0,33	0,60	0,48	0,34	0,47
Porqueira, A	1088	0,28	0,34	0,31	0,34	0,36
Punxín	1244	0,25	0,50	0,36	0,30	0,35
Quintela de Leirado	1006	0,23	0,36	0,35	0,25	0,36
Rairiz de Veiga	1236	0,28	0,41	0,31	0,33	0,36
Ramirás	1134	0,27	0,49	0,40	0,30	0,41
Ribadavia	1423	0,30	0,59	0,37	0,36	0,38
Río	1116	0,34	0,53	0,40	0,33	0,43
Riós	1105	0,31	0,49	0,40	0,33	0,39
Rúa, A	1575	0,37	0,87	0,40	0,39	0,40
Rubiá	1164	0,26	0,41	0,37	0,35	0,38
San Amaro	1160	0,27	0,47	0,38	0,31	0,38
San Cibrao das viñas	1372	0,27	0,56	0,34	0,32	0,35
San Cristovo de Cea	1131	0,30	0,49	0,40	0,32	0,40
Sandiás	1222	0,38	0,67	0,45	0,36	0,47
Sarreaus	1150	0,35	0,58	0,47	0,36	0,46
Taboadela	1338	0,20	0,44	0,32	0,30	0,32
Teixeira	1377	0,36	0,65	0,42	0,39	0,45
Toén	1415	0,28	0,63	0,36	0,33	0,34
Trasmirás	1110	0,26	0,46	0,39	0,30	0,38
Veiga, A	1147	0,33	0,52	0,39	0,32	0,39
Verea	1007	0,04	0,19	0,33	0,23	0,30
Verín	1556	0,35	0,74	0,38	0,39	0,40
Viana do Bolo	1358	0,41	0,85	0,47	0,38	0,46
Vilamarín	1337	0,32	0,55	0,37	0,37	0,40
Vilamartín de V.	1329	0,34	0,48	0,38	0,43	0,42
Vilar de Barrio	1268	0,32	0,53	0,37	0,35	0,41
Vilar de Santos	1013	0,26	0,40	0,39	0,30	0,40
Vilardevós	1059	0,26	0,46	0,40	0,29	0,38
Vilariño de Conso	1070	0,45	0,90	0,62	0,36	0,56
Xinzo de Limia	1435	0,37	0,70	0,40	0,39	0,43
Xunqueira de Ambia	1117	0,30	0,50	0,40	0,31	0,40
Xunqueira de Espad.	1217	0,27	0,53	0,41	0,32	0,39
<b>TOTAL OURENSE</b>	<b>1583</b>	<b>0,36</b>	<b>0,80</b>	<b>0,39</b>	<b>0,39</b>	<b>0,40</b>

Cuadro nº 44

## PROVINCIA DE PONTEVEDRA

Municipio	Media	Gini empír.	Gini Pareto	Gini expon.	Barbut1	Barbut2
Agolada	1121	0,34	0,53	0,44	0,35	0,43
Arbo	1365	0,24	0,46	0,31	0,33	0,34
Baiona	1608	0,33	0,73	0,36	0,38	0,38
Barro	1506	0,27	0,58	0,34	0,36	0,36
Bueu	1678	0,37	0,84	0,39	0,41	0,41
Caldas de Reis	1570	0,30	0,59	0,34	0,39	0,38
Cambados	1381	0,36	0,62	0,40	0,39	0,42
Campo Lameiro	1319	0,25	0,47	0,34	0,33	0,36
Cangas	1667	0,33	0,74	0,36	0,40	0,39
Cañiza, A	1281	0,32	0,56	0,39	0,35	0,40
Catoira	1349	0,22	0,45	0,33	0,32	0,34
Cerdedo	1245	0,33	0,55	0,38	0,34	0,41
Cotobade	1409	0,25	0,51	0,33	0,34	0,35
Covelo, O	1266	0,25	0,45	0,34	0,31	0,35
Crecente	1223	0,28	0,47	0,36	0,33	0,38
Cuntis	1416	0,29	0,54	0,36	0,37	0,39
Dozón	1025	0,32	0,50	0,44	0,32	0,42
Estrada, A	1390	0,35	0,67	0,40	0,37	0,42
Forcarei	1082	0,38	0,62	0,48	0,34	0,47
Fornelos de Montes	1276	0,24	0,42	0,33	0,34	0,34
Gondomar	1497	0,29	0,57	0,34	0,37	0,37
Grove, O	1499	0,36	0,74	0,40	0,39	0,41
Guarda, A	1472	0,31	0,61	0,36	0,37	0,38
Lalín	1352	0,35	0,65	0,41	0,38	0,43
Lama, A	1244	0,28	0,51	0,40	0,34	0,40
Marín	1843	0,38	0,95	0,37	0,43	0,41
Meaño	1364	0,31	0,56	0,39	0,37	0,41
Meis	1352	0,26	0,53	0,37	0,34	0,38
Moaña	1479	0,32	0,63	0,36	0,37	0,38
Mondariz	1321	0,25	0,50	0,36	0,33	0,36
Mondariz-Balneario	1446	0,28	0,57	0,35	0,36	0,38
Moraña	1406	0,30	0,62	0,39	0,36	0,39
Mos	1606	0,26	0,57	0,32	0,37	0,35
Neves, As	1426	0,26	0,47	0,32	0,36	0,36
Nigrán	1878	0,42	0,98	0,38	0,45	0,43
Oia	1397	0,26	0,49	0,32	0,33	0,34
Pazos de Borbén	1280	0,26	0,47	0,34	0,32	0,36
Poio	1930	0,41	>1	0,38	0,45	0,42
Ponteareas	1498	0,31	0,58	0,35	0,38	0,39
Ponte-Caldelas	1327	0,28	0,54	0,37	0,34	0,38
Pontecesures	1702	0,33	0,80	0,36	0,39	0,37
Pontevedra	2138	0,43	>1	0,39	0,47	0,40
Porriño, O	1754	0,32	0,75	0,35	0,41	0,38
Portas	1396	0,24	0,48	0,33	0,33	0,35
Redondela	1570	0,30	0,63	0,34	0,38	0,37
Ribadumia	1369	0,30	0,57	0,38	0,37	0,40
Rodeiro	954	0,33	0,44	0,45	0,34	0,42
Rosal, O	1187	0,24	0,41	0,34	0,31	0,35



Cuadro nº 44b  
**PROVINCIA DE PONTEVEDRA (CONTINUACIÓN)**

Municipio	Media	Gini empir.	Gini Pareto	Gini expon.	Barbut1	Barbut2
Salceda de Caselas	1383	0,24	0,47	0,32	0,34	0,35
Salvaterra de Miño	1355	0,25	0,48	0,33	0,34	0,35
Sanxenxo	1562	0,37	0,74	0,39	0,41	0,42
Silleda	1191	0,36	0,56	0,43	0,37	0,44
Soutomaior	1598	0,29	0,67	0,34	0,37	0,35
Tomíño	1388	0,26	0,49	0,34	0,35	0,36
Tui	1642	0,33	0,68	0,36	0,41	0,40
Valga	1342	0,21	0,41	0,30	0,32	0,33
Vigo	2011	0,40	>1	0,37	0,45	0,40
Vila de Cruces	1165	0,30	0,48	0,39	0,34	0,40
Vilaboa	1530	0,25	0,52	0,31	0,36	0,34
Vilagarcía de Arousa	1724	0,35	0,81	0,37	0,41	0,39
Vilanova de Arousa	1213	0,27	0,46	0,36	0,33	0,37
<b>TOTAL PONTEVEDRA</b>	<b>1794</b>	<b>0,38</b>	<b>0,92</b>	<b>0,38</b>	<b>0,42</b>	<b>0,40</b>

Cuadro nº 45  
**GALICIA, 1988**

Provincia	Media	Gini empir.	Gini Pareto	Gini expon.	Barbut_1	Barbut_2
A CORUÑA	1521	0,35	0,70	0,38	0,39	0,40
LUGO	1213	0,37	0,61	0,43	0,36	0,44
OURENSE	1406	0,33	0,64	0,38	0,36	0,39
PONTEVEDRA	1584	0,34	0,70	0,36	0,39	0,39
<b>GALICIA</b>	<b>1480</b>	<b>0,35</b>	<b>0,68</b>	<b>0,38</b>	<b>0,38</b>	<b>0,40</b>

Cuadro nº 46  
**GALICIA, 1990**

Provincia	Media	Gini empir.	Gini Pareto	Gini expon.	Barbut_1	Barbut_2
A CORUÑA	1732	0,40	0,95	0,39	0,43	0,42
LUGO	1403	0,40	0,76	0,43	0,40	0,45
OURENSE	1583	0,36	0,80	0,39	0,39	0,40
PONTEVEDRA	1794	0,38	0,92	0,38	0,42	0,40
<b>GALICIA</b>	<b>1686</b>	<b>0,39</b>	<b>0,90</b>	<b>0,39</b>	<b>0,42</b>	<b>0,42</b>

Cuadro nº 47

**ÍNDICES DE GINI Y ATKINSON EN 1973 Y 1981  
EN CADA COMUNIDAD AUTÓNOMA ESPAÑOLA.**

COMUNIDAD	GINI, 1973	GINI, 1981	ATK., 1973	ATK., 1981
Andalucía	0'334	0'324	0'170	0'164
Canarias	0'335	0'324	0'172	0'160
Cantabria	0'305	0'321	0'143	0'157
Asturias	0'289	0'307	0'129	0'155
Galicia	0'306	0'318	0'142	0'154
Baleares	0'291	0'314	0'129	0'152
Extremadura	0'334	0'313	0'180	0'150
Castilla-León	0'333	0'308	0'168	0'147
Murcia	0'293	0'305	0'131	0'146
Madrid	0'330	0'310	0'163	0'145
Castilla-La Mancha	0'323	0'307	0'161	0'145
Valencia	0'290	0'304	0'132	0'141
Aragón	0'328	0'285	0'163	0'127
Cataluña	0'278	0'279	0'119	0'123
Navarra	0'277	0'273	0'123	0'117
País Vasco	0'285	0'269	0'125	0'111
La Rioja	0'278	0'263	0'120	0'110
ESPAÑA	0'320	0'316	0'166	0'156

Elaborado a partir de datos de la Encuesta de Presupuestos Familiares y de la presentación y análisis de los mismos en Bosh, Escribano y Sánchez (1989:21-22)

## **9. PROBABILIDADES DE PASO.**

*“No se puede comer el pastel y retenerlo al mismo tiempo”*

(Proverbio inglés: *You cannot eat the cake and have it*)

## 9.1. DEFINICIÓN Y FORMALIZACIÓN.

### 9.1.1. El marco de la formulación.

Las desigualdades distribucionales descritas en el capítulo anterior no agotan, tal como ya he insistido, el análisis de las formulaciones desigualitarias socialmente construidas, reivindicadas desde diferentes posturas teóricas y percibidas realmente como formas reales de interrelación social que son susceptibles de caracterizarse, como tales, de situaciones desigualitarias (Carabaña, 1993). Efectivamente, muchas de las formulaciones desigualitarias se refieren a las dificultades que determinados individuos y grupos sociales tienen en conseguir determinadas metas y objetivos sociales.

La organización social, como forma real sobre la que se definen e identifican las situaciones desigualitarias, se descompone en una multiplicidad de roles, de posiciones, de ocupaciones, de logros en definitiva, que son diferencialmente alcanzados por los individuos de una población. Muchos de ellos son socialmente considerados como finitos en un sumando inferior al de los sujetos poblacionales, definido, ese total, por un propio modelo que la sociedad ha construido, delimitado por las *necesidades*, justificando frecuentemente la limitación estructural de dichas posiciones y asumiendo que sólo algunos podrán alcanzarlas.

Por supuesto, hay distintas maneras de juzgar los objetivos alcanzados (Sen *et alter*, 1987), por ejemplo, por medio de la utilidad (tales como las satisfacciones conseguidas o los deseos cumplidos), o por medio de la opulencia (tales como los ingresos obtenidos o el consumo disfrutado) o por la calidad de vida (tales como algunas medias de nivel de vida). En esta línea estarían las formulaciones de “bienestar” social de Bergson (1938) y Samuelson (1947), cuyo eje central observa los objetivos alcanzados, como por ejemplo, la satisfacción de preferencias, la satisfacción del consumidor, valorando la libertad individual sólo indi-

rectamente como medio para lograr objetivos. También está en esta línea la propuesta analítica de Arrow (1951) y sus sistemas de elección social. El enfoque exclusivo de los logros ha sido, por contra, puesto en cuestión por autores de la talla de Rawls o Dworkin., quienes ponen el acento en los medios para conseguir tales logros. Dado el carácter diferencial de los medios, normalmente encubiertos e indiscernibles en una multiplicidad de formas, operativamente de difícil instrumentalización, esta técnica de medición analítica se hace especialmente útil y relevante para analizar las desigualdades sociales que se superponen ante las situaciones de igualdad de oportunidades, en las que todos los individuos son susceptibles de alcanzar un determinado objetivo o situación, pero las diferencias ambientales, y de otros tipos, inciden en que determinados sujetos tengan mayor dificultad en conseguirlo. Entre ellas, y con especial relevancia, la educación:

<<Para cada individuo, la educación adquirida, es un atributo que desarrolla su talento y habilidades, que potencia sus capacidades de aprendizaje y de adaptación a técnicas y valores sociales imperantes en cada momento. Desde esta perspectiva no cabe un enfoque de igualdad sino de heterogeneidad generada por inversiones distintas>> (Cañada, 1993:69).

La educación capacitará para determinados funcionamientos, que se ampliarán en el marco extenso de todo el *background* personal que el individuo adquiere a lo largo de su experiencia (Sen, 1992:57-58)<sup>1</sup>. El enfoque metodológico del análisis de las probabilidades de paso se refiere a la capacidad, a la amplitud, de poder adquirir bienes o posiciones deseadas. Por ello, este análisis amplía la metodología de estudio de la desigualdad, medida y discernida por las distribuciones probabilísticas expuestas, al matizar la dificultad que los individuos tienen de poseer los bienes y los recursos distribuibles.

Las desigualdades de partida y aquellas que se generan a lo largo de la vida de los individuos, y que subyacen estructuralmente en la configuración social de los grupos, son tenidas en cuenta en esta forma de análisis, sin bien no presta

---

<sup>1</sup> Amartya Sen considera que todo análisis que se haga de las desigualdades sociales debe dar cuenta de los funcionamientos individuales. En Sen 1985 desarrolla y representa simbólicamente los distintos tipos analíticos de funcionamiento individual.

atención a las causas de las mismas. El método se centra en la consecución de objetivos, en la situación final, suponiendo que existen desigualdades, indefinidas, que condicionan que determinadas identidades, colectivos o grupos sociales, muestren una mayor dificultad o facilidad de alcanzarlos, que otros.

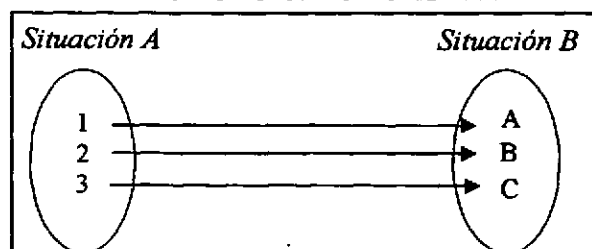
### 9.1.2. Definición.

Si en el caso de las distribuciones probabilísticas precisábamos una variable  $I$  (conjunto poblacional) sobre el cual distribuir un conjunto de elementos de otra variable  $B$  (conjunto de los bienes), en las “probabilidades de paso” el enunciado del problema cambia sustancialmente.

En este caso tenemos también una población, que pueden ser personas, géneros, clases sociales, ocupaciones, provincias o cualquier otro tipo de categorías sociales. Sin embargo, la diferencia, en este tipo de desigualdades, viene dada porque aquí precisamos además dos situaciones diferentes: La situación  $A$  y la situación  $B$ . El paso de los individuos del conjunto poblacional de la situación  $A$  a la situación  $B$  para la población estudiada puede encerrar una serie de desigualdades, que serán nuestro objeto de análisis.

Sea  $C$  un conjunto (poblacional) compuesto de una serie de subconjuntos: 1,2,3, etc.; y sean  $A$  y  $B$  dos situaciones sociales cronológicamente diferenciables y temáticamente homogéneas. Podemos definir una correspondencia imputacional para todos los subconjuntos del conjunto poblacional entre esas dos situaciones:

Cuadro nº 48  
**IMPUTACIONES EN SITUACIONES DIFERENCIALES DE PASO**



Algunos de los miembros del conjunto poblacional tendrán más facilidad que otros para acceder a esos bienes o situaciones. Confirmar tal suposición conlleva a estudiar las probabilidades de paso de los diferentes elementos del conjunto. Ese será, a grandes rasgos, el análisis de este segundo tipo de desigualdades. Son precisos, pues, los siguientes elementos conceptuales y analíticos de partida:

1. Es preciso una variable social poblacional, que podemos denominar conjunto poblacional. Ésta será analíticamente cerrada, debiéndose contabilizar los mismos efectivos en la situación inicial que en la final.
2. Son precisas dos situaciones diferentes: la situación inicial y la situación final.
3. Todos los elementos del conjunto poblacional deben ser susceptibles de pasar de la situación inicial a la situación final.
4. Las dos situaciones deben mantener una unidad temática.
5. Las desigualdades se definen en términos comparativos entre las diferencias de paso de los distintos subconjuntos del conjunto poblacional.

La situación final puede considerarse como un objetivo alcanzado, una realización, un logro, etc. Ello conlleva el estudio de toda la tradición de investigaciones sociológicas sobre la herencia ocupacional y la movilidad social, extrapolable a la herencia ideológica y/o de voto, etc.

Una formulación habitual de este tipo de análisis consiste en denominar situación de origen a la situación A y situación de destino, a la final o de llegada. Esto es especialmente común en los estudios de *movilidad social*<sup>2</sup> en los que no sólo se hace referencia al origen y a la situación actual, sino que permiten un análisis intergeneracional de reclutamiento y destino, respectivamente. Con ello,

---

<sup>2</sup> Se entiende, por movilidad social, siguiendo a Sorokin, <<toda transición de un individuo, objeto o valor social –cualquier cosa que haya sido creada o modificada por la actividad humana– de una posición social a otra>> (Sorokin, 1956:145).

los estudios de movilidad, no son más que una estrategia de la investigación general sobre las desigualdades sociales (Carabaña, 1992 y 1993:7).

### 9.1.3. Los estudios de movilidad social.

El estudio de la probabilidad diferencial de paso se ha manifestado con profusión y se ha desarrollado intensamente, como he dicho, en el estudio concreto de la movilidad social<sup>3</sup>.

Aunque existieron importantes aportaciones anteriores –de las plumas de Cooley, Small, Ward, Summer y Chapin, entre otros (Marsal, 1977: 179)–, será a partir de la publicación de la obra de Sorokin, *Social Mobility*, cuando comiencen a institucionalizarse los estudios sobre los procesos de movilidad social de forma, cualitativa y cuantitativamente, relevante. Dichos estudios tomarán una especial consistencia a partir de los desarrollos teóricos de Parsons, enmarcándose esencialmente en la tradición funcionalista. En 1951, la Asociación Internacional de Sociología (ISA) convoca la “Primera conferencia internacional sobre estratificación y movilidad social”. Ya en 1960 S. M. Miller publica un artículo comentando 138 títulos, la mayoría de recién aparecidos, sobre ese tema (Miller, 1960).

En 1967 aparecerá una obra que renovará la metodología de investigación imperante, que había estado muy centrada en el cálculo de indicadores del tipo de los propuestos por Glass (1954); se trata de la obra de Duncan y Blau *The American occupational structure*. En esta obra no sólo se incrementa notablemente el tamaño de la muestra investigada, sino que se introduce el análisis causal y los modelos de *path analysis*. Se inaugura así una tradición de estudios eminentemente causales, con una especial profusión de los análisis basados en la disociación de las correlaciones entre las variables, a partir de hipótesis que se refieren a

---

<sup>3</sup> Entre los estudios históricos más relevantes habrá que incluir, al menos, los de Bertaux (1977, 1985) Blau/Duncan (1967); Boudon (1973a); Duncan/Featherman/Duncan (1972); Featherman/Hauser (1978); Girod (1971a); Glass (1954); Goldthorpe (1980); Hauser/Featherman (1977); Hope (1972); Lipset/Bendix (1959); Sorokin (1927); Thélot (1982).



la acción que los fenómenos, por ellos medidas, ejercen, los unos sobre los otros, en el curso del desarrollo de la existencia de los individuos. En el fondo, estas hipótesis consisten en admitir que el origen social influye sobre la carrera escolar, que el nivel de instrucción influye a su vez sobre el estatus profesional alcanzado y que, en fin, ese status condiciona en parte los ingresos y rentas. En definitiva, el origen social es considerado como un factor influyente sobre el status ocupacional alcanzado finalmente por los individuos. Esto es, por supuesto, primordial, en el contexto de la sociología funcionalista, en su búsqueda de modelos sociales de igualdad de oportunidades que justificasen la desigualdad estructural resultante con independencia del origen social.

Sin embargo, la mayor parte de los modelos elaborados a lo largo de los años 60 y 70 no consiguen explicar la mitad de la varianza total de los modelos construidos. Así, por ejemplo, si tomamos los trabajos de Duncan, Featherman y Duncan (1972), la clase social de la familia de origen (definida a partir de la categoría socioprofesional del padre), su nivel cultural (grado de instrucción del padre) y sus dimensiones (número de hijos), consideradas como un índice del modelo o género de vida, explican un poco menos de la cuarta parte de la varianza del nivel de instrucción de los encuestados (Estos forman una muestra representativa del conjunto de la población blanca de los EE UU de sexo masculino). El resto de la desigualdades observadas, las tres cuartas partes, dependen de otros factores. El modelo explica, también, el 43% de la varianza del status socioprofesional y 20% aproximadamente de la varianza de los ingresos.

Estos resultados son análogos a los encontrados tanto en los EE UU como en otros países por un sinfín de investigadores: Alexander, Eckland y Griffing (1975); Treiman y Terrel (1975); Pöntinen (1975)<sup>4</sup>; Jones (1971); Muller (1975<sup>5</sup> y 1972). Incluso cuando se ha intentado hacer entrar un número elevado de varia-

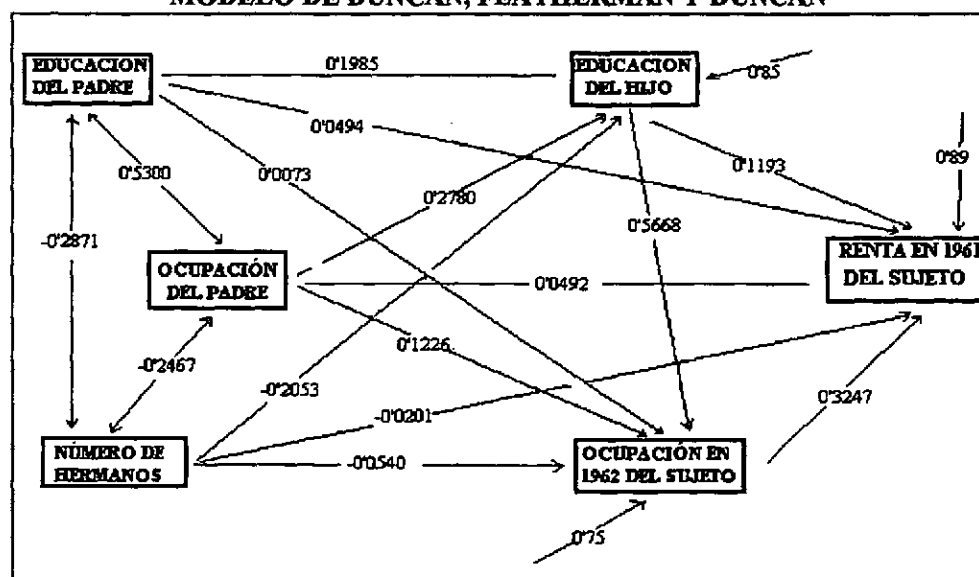
---

<sup>4</sup> Con un modelo que confronta los resultados obtenidos en Dinamarca, Finlandia, Noruega y Suecia.

<sup>5</sup> MÜLLER, W. (1975): *Familie-Schule-Beruf: Analyse zur sozialen Mobilität und Statuszuweisung in der BRD*, Westdeutscher Verlag, Opladen.

bles de este tipo en un análisis refiriéndose a la cohorte de hombres, como en la encuesta de Sewell y Hausser (1972), sobre una muestra de personas graduadas en las escuelas secundarias de Wisconsin (el nivel de instrucción del padre y el de la madre, la categoría socioprofesional de ambos, los ingresos y rentas de la familia, las aptitudes intelectuales de los encuestados, sus notas escolares a los 18 años, sus proyectos de estudios y de carrera a esa edad, los ánimos que ellos estiman haber recibido de sus padres y de sus amigos más próximos), Sewell y Hauser, a pesar de esta rica batería de datos y variables, no explican más que el 54% de la varianza del nivel de instrucción, o sea, un 11% más que Duncan, Featherman y Duncan. Pero no explican en una proporción más grande que aquellos el estatus socioprofesional y las rentas. Como las variables así añadidas son independientes, la operación tiene sobre todo el efecto de fragmentar todavía más las influencias.

Cuadro n° 49  
INFLUENCIAS CAUSALES EN LA RENTA INDIVIDUAL ALCANZADA  
MODELO DE DUNCAN, FEATHERMAN Y DUNCAN<sup>6</sup>



Se ha puesto de manifiesto que el mejor medio de elevar la tasa de explicación de las desigualdades de la situación social alcanzada al final de la vida es-

<sup>6</sup> Elaboración propia a partir de Duncan/Featherman/Duncan (1972:37-40). El modelo se refiere a varones, de raza blanca, activos en los EE UU en marzo de 1962.

colar es la de referirse a variables y acontecimientos de la vida post-escolar. Una fructuosa tentativa ha sido llevada a cabo por Walter Müller sobre una cohorte de hombres de 33 años residentes en Constance (Müller y Mayer, 1971). Este autor y sus colaboradores han hecho intervenir la variable de los cursos de perfeccionamiento profesional. La toma en consideración de esta variable ha incrementado en un 9% la proporción de la varianza socioprofesional que el modelo explica en total.

Se podrían incluir más y más variables y llegar a encontrar los factores causales que influyen en la consecución de determinadas posiciones sociales. Encontraríamos, sin lugar a dudas, que toda una serie de características del *background* personal influyen en la posición o destino social de cada individuo, pero, hasta la fecha, no han conseguido demostrar una determinación del mismo. Ésta es, aproximadamente, la posición de Blau, de Duncan, de Sewell y de sus colaboradores (Blau/Duncan, 1967; Duncan/Feartheman/Duncan, 1972; Sewell y Hausser, 1972). Otros autores llegan a la conclusión de que los resultados de los análisis *path* inducen a que las carreras escolares y socioprofesionales son resultado de efectos al azar ¿Concluiremos por ello que hay igualdad de oportunidades?

El análisis marxista de la movilidad social había sido muy receloso de tal metodología casuística e insistía en que más que un análisis de la igualdad de oportunidades se requería un análisis de las desigualdades de origen en sí (Feito Alonso, 1995:236). Pierre Laroque (1971: 32-39) había clasificado esas desigualdades de origen en una serie de grupos: a) creencia cultural en la superioridad de determinados grupos; b) factores demográficos —como la natalidad diferencial entre clases y los movimientos migratorios—; c) factores económicos; d) factores familiares —las sociedades con familias extensivas tienen mayores dificultades para propiciar la movilidad de sus hijos—; e) circunstancias políticas —la democracia actúa como factor potenciador—. Poulantzas mantenía incluso que lo relevante no era la movilidad, sino la existencia de una estructura determinada de relaciones

de clase, en la que los individuos cambian, pero se mantiene la misma estructura (Poulantzas, 1975:264).

Recientemente, toda una serie de aportaciones han contribuido a matizar la teoría y el análisis de la movilidad social<sup>7</sup>. Desde una perspectiva desigualitaria más que causal, ha venido a reforzarse y consolidarse con la publicación de una obra de excepcional interés de Raymond Boudon, *La desigualdad de oportunidades* (1973a). En ella ha buscado dar una solución a toda una serie de problemas causados por el hecho de que los métodos utilizados hasta la fecha para estudiar la movilidad no llegaban a establecer de manera convincente<sup>8</sup> la existencia de herencia y movilidad social. Boudon propone métodos diferentes que no suprimen esta ausencia de determinación estricta de las desigualdades escolares y profesionales en relación a las características consideradas habitualmente, pero que la explican en el conjunto amplio de una medida estructural más basta.

El método del autor se inspira en las teorías de Sorokin, para quien la repartición de las funciones era obra de una serie de instancias de selección (familia, escuela, empresa, etc.) actuando en función de las necesidades inherentes a un orden social dado y a su continuidad, no sin desviaciones, errores, tensiones y explosiones en determinados casos. Boudon opone esta visión a aquella, factorial, que es la base de los modelos *path*. Estos últimos, entrevén el acondicionamiento de las carreras como resultante de la adición de una serie de efectos de toda una amplia gama de factores. El medio de origen está pues presente en

---

<sup>7</sup> La perspectiva cualitativa ha contribuido a dar una nueva visión a los estudios y análisis de la movilidad social. Su orientación parte metodológicamente de los trabajos de historiadores como Znaniecki hasta los de la Escuela de Chicago (1920-1935), pasando por los trabajos históricos, etnográficos y sociológicos, en los años cuarenta y cincuenta, tanto en Europa como en América Latina, entre los que destaca la obra de Oscar Lewis. Sin embargo, es en la década de los setenta cuando se produce un verdadero auge de estos enfoques. En relación con España es preciso mencionar el trabajo de Ronald Fraser sobre la Guerra Civil, *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros* (Fraser, 1979). Ferrarotti (1990) y William W. Moss (1988), Bettetini (1981), Dora Schwarzstein (1991), Trevor Lummis (1987), Philippe Lejeune (1980) y Magdalena Chirico (1992), son algunas de las contribuciones teóricas importantes de estas perspectiva al análisis de la movilidad social y de la estructura social. Un ejemplo empírico y reciente de estos análisis es de López Aller y López-Accotto (1993).

<sup>8</sup> Boudon es muy explícito al respecto en (1973a: 36-38), pero son también muy sugerentes los comentarios al respecto de Bénétou (1975) y Tréanton (1975).

este condicionamiento al igual que la escuela. Esto supone una evidente simplificación. La configuración de las posibilidades por relación a las cuales los individuos actúan y llevan a cabo la elección que orienta sus estudios y su carrera, sea esto de manera más o menos auténtica o bajo presiones subyacentes, es ignorado.

La evolución de la economía crea una disparidad entre el abanico de las situaciones socioprofesionales ocupadas por una generación y ésta de las ocupaciones ocupadas por la siguiente. Esa concepción permite construir una metodología sobre la que se realizan los cálculos tendentes a distinguir la movilidad estructural, esto es, la impuesta por la división del trabajo, y la movilidad neta, aquella que viene a añadirse a la precedente como proceso específico de movilidad social<sup>9</sup>.

## 9.2. MEDICIÓN.

### 9.2.1. Caso simple de población indiferenciada.

La forma más simple en base a la cual se puede plantear una desigualdad de paso consiste en medir la proporción de individuos que consiguen alcanzar el objetivo planteado y definidor de la situación *B* o situación de destino. Podremos construir una tabla expositiva de los resultados en la que aparezcan reflejados, en términos relativos, los individuos que alcanzan y los que no alcanzan tal situación final.

Cuadro nº 50

#### PROBABILIDAD DE PASO DE UN CONJUNTO INDIFERENCIADO

	Alcanzan situación B	No alcanzan situación B
Población de referencia	$x \%$	$y \%$

---

<sup>9</sup> Véase la obra de Boudon dedicada al examen de estos cálculos, (1973b).

Dos anotaciones son características prescriptivas asociadas al cuadro expuestos. En primer lugar, siendo  $x$  e  $y$  los resultados porcentuales observados en una situación real, la suma de ambos debe ser igual a 100. En segundo lugar, toda la población de referencia debe cumplir el requisito 3° de la definición, en base al cual debe ser susceptible de alcanzar la situación final.

La única conclusión extraíble de un problema así formulado es que una parte de la población no alcanza los objetivos, pero somos incapaces de perfilar las características sociales de dicho grupo. La forma más sencilla de descubrirlos es la de establecer categorías diferentes en el conjunto poblacional.

### 9.2.2. El establecimiento de categorías.

Si diferenciamos categorías en el conjunto poblacional podemos construir una tabla expositiva de los datos conforme al siguiente modelo:

Cuadro n° 51  
**PROBABILIDAD DE PASO DE SUBCONJUNTOS**

	Alcanzan situación B	No alcanzan situación B
Subconjunto poblacional $A_1$	Proporción SI de $A_1$	Proporción NO de $A_1$
...	...	...
Subconjunto poblacional $A_j$	Proporción SI de $A_j$	Proporción NO de $A_j$
...	...	...
Subconjunto poblacional $A_n$	Proporción SI de $A_n$	Proporción NO de $A_n$

El número de subgrupos poblaciones es de cualquier  $n$ , siempre  $n > 2$ . En la tabla anterior aparecen numerados los subgrupos, definidos por cumplir la características  $A$  (homogeneidad temática), desde el 1 hasta  $n$ , generalizando para cualquier grupo con  $A_j$ .

Con esta apertura metodológica somos capaces de descubrir diferencias (desigualdades) entre los distintos subconjuntos (sujetos) del conjunto poblacional; empero, un nuevo matiz de complejización permitirá refinar las posibilidades del análisis, consistente en incrementar el número de situaciones o de categorías de la situación de destino.

### 9.2.3. La ampliación de las situaciones.

Si generalizamos la situación B a un número indefinido de casos o situaciones diferentes de llegada, a la vez que hacemos indeterminado el número de categorías poblaciones en las que podemos descomponer el conjunto poblacional, podemos establecer una matriz que denominaremos matriz base  $N=[n_{ij}]$ , y que podrá resumirse con el siguiente formato:

Cuadro nº 52  
**LA MATRIZ BASE PARA EL CÁLCULO DE LAS PROBABILIDADES DE PASO**

	DESTINO						Total marginal A
	$Z_1$	$Z_2$	...	$Z_j$	...	$Z_l$	
$A_1$	$n_{11}$	$n_{12}$	...	$n_{1j}$	...	$n_{1l}$	$n_{1.}$
$A_2$	$n_{21}$	$n_{22}$	...	$n_{2j}$	...	$n_{2l}$	$n_{2.}$
...	...	...	...	...	...	...	...
$A_i$	$n_{i1}$	$n_{i2}$	...	$n_{ij}$	...	$n_{il}$	$n_{i.}$
...	...	...	...	...	...	...	...
$A_k$	$n_{k1}$	$n_{k2}$	...	$n_{kj}$	...	$n_{kl}$	$n_{k.}$
Total marginal Z	$n_{.1}$	$n_{.2}$	...	$n_{.j}$	...	$n_{.l}$	$n_{..}$

Se trata, en definitiva, de una tabla de contingencia de  $k$  filas ( $A_1, A_2, \dots, A_k$ ) con  $l$  columnas ( $Z_1, Z_2, \dots, Z_l$ ). El número total de efectivos o sujetos del conjunto poblacional es  $n_{..}$ . A su vez, el número total de efectivos de una categoría o subconjunto poblacional cualquiera ( $t_0$ ) es  $n_{i.}$ . Paralelamente, el número de efectivos que se encuentran en una situación final cualquiera es  $n_{.j}$ . Estas correspondencias cumplirán, lógicamente, los principios elaboradores de toda tabla de contingencia, de tal forma que:

$$\sum_{j=1}^l n_{ij} = n_{i.}; \sum_{i=1}^k n_{ij} = n_{.j} \quad .$$

$$\sum_{i=1}^k n_{i.} = \sum_{j=1}^l n_{.j} = n_{..}$$

A partir de esta matriz se pueden construir otras tres matrices que dan cuenta de las distribuciones marginales. En la primera,  $P_{ij} = n_{ij}/n_{..}$  es la proporción de individuos que estaban en la categoría  $i$  en el momento  $t_0$  y  $j$  en el momento  $t_1$ . Es la matriz  $P=(P_{ij})$ , conocida como matriz de rotación. En este caso,

$$\sum_{i=1}^k p_{ij} = p_{.j}; \sum_{j=1}^l p_{ij} = p_{i.}$$

$$\sum_{i=1}^k p_{i.} = \sum_{j=1}^l p_{.j} = 1$$

La segunda es una matriz de distribuciones relativas de las filas, denominada *matriz de transición*, en la que  $p'_{ij} = p_{ij}/p_{i.} = n_{ij}/n_{i.}$ . En este caso,

$$\sum_{j=1}^l p'_{ij} = 1$$

La tercera matriz representa la distribución relativa por columnas, tales que,  $p''_{ij} = p_{ij}/p_{.j} = n_{ij}/n_{.j}$ . También en este caso,  $\sum_{i=1}^k p''_{ij} = 1$ .

Cada una de estas tres matrices tiene su lectura particular. La primera representa la proporción general de efectivos totales en una situación dada; la segunda, la proporción de sujetos respecto a su destino y, la tercera, la proporción de efectivos con respecto a su origen o reclutamiento (Miller, 1960:6-7).

#### 9.2.4. Tablas de contingencia cuadradas.

Un caso particular de la matriz base anterior viene constituido por aquella formulación en la cual, no sólo el número de categorías de origen y destino es el mismo, sino que además son las mismas categorías y se hallan dispuestas en el mismo orden.

La tabla de contingencia cuadrada permite clasificar a los mismos individuos según el mismo criterio en dos momentos diferentes. En este caso las categorías de origen y destino de los individuos son idénticas y el orden de las mismas es también idéntico. El resultado es el de una matriz  $N=[n_{ii}]$ , en el que sim-



bolizamos por  $i$  esas categorías de  $j$ , en columnas, de destino, reflejo y espejo de las de origen,  $i$ .

Una tabla con estas características<sup>10</sup> permitirá analizar el número de individuos que quedan en la misma posición en origen ( $t_0$ ) y destino ( $t_1$ ), denominados como los estables y que vendrán a situarse en la diagonal de dicha matriz, tal que su total será la suma de los efectivos situados en la diagonal:  $\sum_{i=1}^k n_{ii}$

El resto de los individuos sufrirán algún proceso de movilidad. El número de individuos que cambian de posición entre origen ( $t_0$ ) y destino ( $t_1$ ), a los que llamaremos móviles, serán siempre:  $N - \sum_{i=1}^k n_{ii}$

Si las categorías son ordinales, podemos cuantificar cuantos de esos individuos móviles han sufrido un proceso de movilidad ascendente, que serán,  $\sum_{i,j=1}^k n_{ij}$  cuando  $j > i$ ; y cuántos individuos han sufrido un proceso de movilidad descendente, que nuevamente podrán cuantificarse fuera de la diagonal, como  $\sum_{i,j=1}^k n_{ij}$  cuando  $j < i$ .

## 9.3. LOS ÍNDICES.

### 9.3.1. El análisis de la movilidad observada.

Los primeros índices han sido contruidos a partir del estudio y observación de la inmovilidad. Así, Chessa (1912) y Sorokin (1927) llevan a cabo un análisis de la herencia social de las ocupaciones de los padres a los hijos, definiendo un *Índice de Estabilidad Bruta*. Éste define la proporción de personas que ocupan la misma posición en origen y en destino, es decir,

---

<sup>10</sup> Evidentemente estas tablas son la base analítica de los estudios de movilidad social. Para obtener una rápida visión de la metodología analítica más usual, puede consultarse Cachón, 1989: 240-276.

$$IBE = \frac{\sum_{i=1}^k n_{ii}}{n_{..}}$$

Sorokin (1953: 437-438) cita más de 30 estudios que fueron llevados a término antes de 1927 y que habían empleado este índice. Se podría definir también un Índice de Sucesión (ocupación del abuelo/ ocupación del padre/ ocupación del hijo), un Índice de Herencia (Ocupación del padre/ ocupación del hijo) y un Índice de Persistencia (Ocupación a la entrada en el mercado laboral/Ocupación actual).

Darbel (1957a) propone el cálculo de un *Coeficiente de inercia* o de *rigidez social*. Se trata de un coeficiente de correlación entre dos variables dicotómicas que puede expresarse del siguiente modo:

$$r_{ii}^2 = \frac{(w_{ii} - P_i P_j)^2}{P_i(1 - P_i)P_j(1 - P_j)}$$

En donde  $w_{ii}$  es la posición de los sujetos que son a la vez originarios de  $i$  y que acaban en  $i$  (es decir,  $P_{ij} \times P_i$ ).

Si los efectivos de las categorías de origen y destino son iguales a los efectivos de las categorías de llegada, y así  $P_i = P_i$ , la expresión anterior tomaría la forma:

$$r_{ii} = P_i \frac{y_i - 1}{1 - P_i}$$

El valor del coeficiente sería igual a  $\pm 1$  en el caso de inercia total y 0 en el caso de ausencia de inercia (sin embargo, no alcanza el valor -1 en el caso de abandono total de la categoría).

Alternativamente, se podrían definir los índices de movilidad y así el *Índice de Movilidad Bruta*, IMB, vendría calculado por la expresión:

$$IMB = \frac{n_{..} - \sum_{i=1}^k n_{ii}}{n_{..}}$$

El índice ascendente, IMB (a):

$$IMB(a) = \frac{\sum_{i,j=1}^k n_{ij}}{n_{..}}, \quad \forall j > 1$$

El índice descendente, IMB (d):

$$IMB(d) = \frac{\sum_{i,j=1}^k n_{ij}}{n_{..}}, \quad \forall j < 1$$

Estos índices se complementarían con los análisis de las matrices de reclutamiento y destinos<sup>11</sup>; aquellas en las que calculábamos las respectivas proporciones entre los efectivos de los padres (análisis de destinos:  $n_{ij}/n_i$ ) y las de los hijos (análisis de reclutamiento:  $n_{ij}/n_j$ ).

A partir de ahí Fox y Miller (1972) proponen los cálculos siguientes, en los que la base es una matriz dicotómica:

Cuadro nº 53  
EJEMPLO DE ANÁLISIS DE TABLA DE MOVILIDAD

	Hijos			
		Manuales	No manuales	
Padres	Manual	a	c	(a+c)
	No manuales	b	d	(b+d)
		(a+b)	(c+d)	(a+b+c+d)

En esta matriz los estables son (a) y (d), los móviles (b) y (c), ascendentes (b) y descendentes (c). A partir de estos cuatro casos podemos establecer los índices de movilidad de reclutamiento/destino de la siguiente manera:

Movilidad de reclutamiento:

$$I = \frac{b}{a+b} * 100$$

$$II = \frac{c}{c+d} * 100$$

<sup>11</sup> Una exposición del cálculo y significación de esas matrices puede encontrarse en Cachón 1989.

### Movilidad de destino

$$III = \frac{b}{b+d} * 100$$

$$IV = \frac{c}{a+c} * 100$$

Para los cuales:

- I. Porcentaje de hijos trabajadores manuales que son descendentes porque proceden (reclutamiento) del grupo no manual.
- II. Porcentaje de hijos trabajadores no manuales que son ascendentes porque proceden (reclutamiento) del grupo manual.
- III. Porcentaje de hijos de padre no manual que han alcanzado (destino descendente), la posición de trabajador manual.
- IV. Porcentaje de hijos de padre trabajador manual que alcanzan (destino ascendente) la posición de trabajador no manual.

### 9.3.2. El análisis de la movilidad social a partir de la movilidad perfecta.

La movilidad que ha sido descrita por las diferentes medidas de la matriz base dependen de las distribuciones marginales de ésta. Los cambios que se producen a lo largo del tiempo en las estructuras ocupacionales sesgan el análisis de la movilidad social examinada en sus valores absolutos; es pues necesario definir el concepto de movilidad perfecta.

La primera referencia a este problema ha sido la expuesta por R. Benini<sup>12</sup>, en 1897. Sus análisis fueron posteriormente retomados por L. Livi, M. Bersard, N. Rogoff y, sobre todo, por Mukherjee. Recordemos la definición que este último autor daba de movilidad perfecta.

<<La movilidad perfecta puede ser definida como aquella en la que cada individuo tiene las mismas posibilidades de alcanzar una categoría social determinada. Es pues necesario dar cuenta de la evolución y de las transformaciones observadas en la estructura social>> (Mukherjee/Hall, 1954:225).

---

<sup>12</sup> Tomado de la obra de MUKHERKEE (1954), p. 259.

La base teórica más importante de la metodología empleada para el estudio de constricciones en la movilización de llegada de determinados individuos a una determinada posición social consiste en el estudio de asociación o independencia entre las categorías de origen y destino.

La situación de independencia sería el caso en el que cada celdilla estaría determinada por los valores de sus marginales y sólo por ellos, dando cuenta de esas diferentes estructuras sociales en cada uno de los marginales y sólo por eso, independientemente de la existencia de condicionantes de herencia ocupacional. En ese sentido, las medidas estadísticas habituales de la asociación estadística en tablas de contingencia, tales como el chi-cuadrado,  $\chi^2$ , suponen la principal contribución al respecto. El primer paso para su cálculo consiste en obtener los valores esperados en caso de independencia estadística. Sus frecuencias pueden obtenerse resolviendo la expresión:

$$f_{ij}^E = \frac{n_{i.} * n_{.j}}{n..}$$

De esta manera podremos describir una matriz movilidad perfecta, en la que cada celdilla tomará un valor que depende únicamente del de sus marginales:

Cuadro nº 54  
MATRIZ DE MOVILIDAD PERFECTA

$t_0$	$t_1$	$Z_1$	$Z_2$	...	$Z_j$	...	$Z_l$	Total margen A
	$A_1$	$f_{11}$	$f_{12}$	...	$f_{1j}$	...	$f_{1l}$	$n_{1.}$
	$A_2$	$f_{21}$	$f_{22}$	...	$f_{2j}$	...	$f_{2l}$	$n_{2.}$
	...	...	...	...	...	...	...	...
	$A_i$	$f_{i1}$	$f_{i2}$	...	$f_{ij}$	...	$f_{il}$	$n_{i.}$
	...	...	...	...	...	...	...	...
	$A_k$	$f_{k1}$	$f_{k2}$	...	$f_{kj}$	...	$f_{kl}$	$n_{k.}$
Total margen Z		$n_{.1}$	$n_{.2}$	...	$n_{.j}$	...	$n_{.l}$	$n..$

En esta matriz, los efectivos de los marginales son los de la matriz de movilidad observada, pero los efectivos de las celdillas del interior son diferentes.

La diferencia entre los valores obtenidos con respecto a los reales observados, representa una medida de la desigualdad, de la movilidad observada con respecto a la movilidad perfecta. El test de *Chi-cuadrado* aparece, en este sentido, como la medida universal a la que más se recurre y consiste en un contraste de esos valores teóricos o esperados en la situación de independencia estadística con respecto a los observados:  $f_{ij}^o$

$$\chi^2 = \sum_{ij} \frac{(f_{ij}^o - f_{ij}^E)^2}{f_{ij}^o}$$

En muestras grandes, este estadístico se distribuye como una  $\chi^2$  con  $(I-1)(J-1)$  grados de libertad si la hipótesis nula es aceptable (donde I y J son respectivamente el número de filas y de columnas)<sup>13</sup>.

También es comúnmente empleado un coeficiente de verosimilitud,  $L$ , con una similar caracterización y significación, pero con la ventaja añadida de ser substantivamente descomponible y estadísticamente interpretable para cada uno de sus componentes:

$$L^2 = 2 \sum_i \sum_j f_{ij}^o \log(f_{ij}^o / f_{ij}^E)$$

Tanto el coeficiente *Chi-cuadrado*, como el de *verosimilitud*, son la base de otras técnicas más complejas y refinadas que permiten medir la asociación o independencia entre todas o algunas de las categorías del modelo. De entre esas técnicas, el análisis *loglinear* sobresale por su aplicación al análisis de la movilidad, en particular, y de las desigualdades en general (Hout, 1983).

Además de la medición de la discrepancia entre la movilidad observada y la movilidad perfecta, otra serie de índices contribuyen a explotar analíticamente

---

<sup>13</sup> Existen índices e indicadores que porporcionan una interpretación puntual sobre la existencia de asociación o independencia estadística entre dos o más variables. Son muchos los manuales en los que podrían encontrarse tales indicadores, entre ellos, resalta por su exhaustividad y centralidad en ese objeto concreto, la obra dirigida por Luis Ruiz-Maya Pérez (1990): *Metodología estadística para el análisis de datos cualitativos*, (Editado conjuntamente por el Centro de Investigaciones Sociológicas y el Banco de Crédito Local).

los datos de una tabla así dispuesta (Mukherjee/Hall, 1954:226-232), que básicamente dan cuenta de la relación de determinadas superficies parciales de la tabla con respecto a los valores que se obtendrían en la situación de independencia: en la diagonal, por encima de ella o por debajo, según se trate de la herencia social, de la movilidad ascendente o de la descendente, respectivamente.

El más importante y general de todos ellos, es sin duda, el de Rogoff (también conocido como *índice de Glass* o *índice de asociación*). N. Rogoff, en *Recent trends in occupational mobility* (1954), mide la movilidad a partir de “un índice de movilidad de la distancia social”. Este se define como la relación entre la movilidad observada (bruta) y aquella que se podría observar (alcanzar) en caso de ausencia de relación entre padres e hijos. Para llegar a eso, Rogoff distingue entre “movilidad global”, definida por el cociente entre  $n_{ij}/n_{i.}$  (es decir, el número de individuos que cambian de la categoría i a la j perteneciendo sus padres a la categoría i) y  $n_{.j}/n_{..}$  (cociente entre el número de hijos en la categoría j y el total). El índice de movilidad resultante, empleado también por Glass, Hall y Mukherjee, se obtiene a través de la siguiente fórmula<sup>14</sup>:

$$I_{(G)} = \frac{n_{ij}}{n_{i.} \times n_{.j}} = \frac{n_{ij} \times n_{..}}{n_{i.} \times n_{.j} \times n_{..}}$$

Las críticas a este índice se refieren a su abstracción (Capecchi, 1967:304), a la confusión entre análisis y ética (Bourdieu, 1966:346) y, sobre todo, lo que considero más relevante, al hecho de olvidar el rol de las diferentes estructuras socia-

---

<sup>14</sup> Alternativamente, pueden definirse índices de movilidad fuera de la diagonal, tanto desde la perspectiva de la entrada  $I_{me}$ , como de salida  $I_{ms}$ , lo que dará indicadores de ascendencia y descendencia:

$$I_{ms} = \frac{n_{i.} - n_{ii}}{n_{i.} - f_{ii}} = \frac{n_{i.} - n_{ii}}{n_{i.} - \frac{n_{i.} \cdot n_{.i}}{N}}$$

$$I_{me} = \frac{n_{.j} - n_{jj}}{n_{.j} - f_{jj}} = \frac{n_{.j} - n_{jj}}{n_{.j} - \frac{n_{.j} \cdot n_{.j}}{N}}$$

les de los marginales. Kahl, Anderson y, especialmente, Yasuda y Bertaux, han establecido, a partir de estas críticas, un análisis alternativo.

Los tres puntos principales por los cuales se puede criticar el índice de Glass y Rogoff  $I_G$  son:

1-. El valor máximo de este índice está afectado por los marginales.

El valor máximo de  $I_G$ , cuando  $n_{i.} > n_{.j}$  es  $\frac{n_{.j} \times n_{..}}{n_{i.} \times n_{.j}} = \frac{n_{..}}{n_{i.}}$ ; e, inversamen-

te, si  $n_{i.} < n_{.j} \Rightarrow I_{G \max} = \frac{n_{i.} n_{..}}{n_{i.} n_{.j}} = \frac{n_{..}}{n_{.j}}$ . De una manera general

$$I_{G \max} = \frac{n_{..}}{\max(n_{i.}, n_{.j})}$$

2-. En ciertos casos este índice ofrece una mala imagen de la asociación estadística observada en la tabla. Veamos esto con un ejemplo. Dada la tabla siguiente:

Cuadro nº 55

**EJEMPLO DE MATRIZ CON ASOCIACIÓN ANÁLOGA EN CADA CELDILLA, EXCEPTO EN UNA DE ELLAS**

	B1	B2	B3	Tot. A1
A1	500	100	100	700
A2	100	100	100	300
A3	100	100	100	300
Tot B <sub>j</sub>	700	300	300	1300

Toda la asociación estadística viene dada por la celdilla (A1, B1), pero si calculamos los índices de Rogoff, obtendremos:

Cuadro nº 56

**ÍNDICES DE GLASS PARA LOS VALORES DE LA TABLA ANTERIOR (Cuadro nº 54)**

	B1	B2	B3	Tot. A1
A1	1,33	0,62	0,62	700
A2	0,62	1,44	1,44	300
A3	0,62	1,44	1,44	300
Tot B <sub>j</sub>	700	300	300	1300



Así pues, el índice ofrece una mala imagen de la tabla inicial, puesto que los valores de dicho índice varían para celdillas que, en realidad, tienen una asociación estadística similar, con idénticos procesos de movilidad y herencia ocupacional.

3-. Dos tablas que presenten la misma asociación entre origen y posición pero con marginales diferentes, darán como resultado índices de Glass diferentes.

Imaginemos dos tablas  $t_1$  y  $t_2$

Tabla t1		Tabla t2	
A	B	A	B
	50		100
100		200	
1000		1000	

Las dos tablas tienen la misma asociación, pero con márgenes diferentes.

Si nos fijamos en  $t_1$ :

$$I_{G(1,1)} = \frac{50}{10} = 5$$

Y para  $t_2$

$$I_{G(1,1)} = \frac{100}{40} = 2,5$$

Por todas estas razones, el índice de Glass y Rogoff no puede ser considerado como un buen índice para establecer comparaciones entre diferentes tablas de movilidad, ni para establecer comparaciones dentro de las misma tabla.

### 9.3.3. Las constricciones estructurales.

Aunque fuese Joseph Kahl, en su trabajo *The American class structure* (1957), quien realizó la primera referencia a la movilidad estructural (Bertaux, 1969:458), fue Yasuda quien la definió con mayor interés. Yasuda (1964) lleva a cabo, en principio, una distinción entre movilidad objetiva (*movilidad estructural*), movilidad total (*movilidad perfecta*) y movilidad pura (*movilidad neta*).

<<La movilidad objetiva es la movilidad concreta de cada individuo. Esta puede ser producto de: 1) los cambios en la composición de cada estrato; 2) los cambios en el tamaño de la población (nacimientos, defunciones, migraciones, [...]); 3) los intercambios entre los individuos entre las diferentes categorías. No se puede atribuir la movilidad objetiva de un individuo determinado a uno de estos tres factores. Lo que se puede hacer es descomponer la movilidad total en movilidad forzada (aquella que está producida por los dos primeros factores) y movilidad pura (producida por el tercer factor) y evaluar sus contribuciones relativas>> (Yasuda, 1964:16).

Yasuda parte del índice de asociación de Glass y Rogoff y de la relación que la movilidad observada tiene en relación con la movilidad perfecta, es decir, aquella que se produciría en la situación de independencia estadística. Reconoce, pues, que la movilidad total vendrá dada por la diferencia entre el número de efectivos observados en una celdilla cualquiera,  $n_{ij}$ , y los esperados en la situación de independencia:

$$\text{Movilidad total} = n_{ij} - \frac{n_{i.} \times n_{.j}}{n..}$$

Pero esta movilidad total es analíticamente descomponible en dos factores. Una parte de esa movilidad será debida a las transformaciones experimentadas por las estructuras ocupacionales de origen y destino (las de los padres y los hijos, en el análisis habitual intergeneracional) y el resto de la movilidad, que llamaremos *neta*, atribuible a los procesos intrínsecos de movilidad, a los que harán especialmente referencia las desigualdades probabilísticas.

$$\text{Movilidad total} = \text{Movilidad estructural} + \text{Movilidad neta}$$

La movilidad estructural vendrá dada por la diferencia entre cada uno de los valores de cada celdilla de la tabla, con respecto al marginal más pequeño; es decir:  $n_{ij} - \min(n_{i.}, n_{.j})$

Con esos dos términos conocidos, podemos calcular cuál será el valor de la movilidad neta; que no será otra cosa que la diferencia entre la movilidad total y la estructural:

$$\text{Movilidad neta} = \text{Movilidad total} - \text{Movilidad estructural}$$

Que, traducido a los términos empleados en nuestra notación habitual, podrá escribirse como:

$$\begin{aligned} \text{Movilidad neta} &= \left( n_{ij} - \frac{n_{i.} \times n_{.j}}{n_{..}} \right) - \left( n_{ij} - \min(n_{i.}, n_{.j}) \right) \\ &= \min(n_{i.}, n_{.j}) - \frac{n_{i.} \times n_{.j}}{n_{..}} \end{aligned}$$

De esta forma, podremos definir un índice que mida la movilidad neta en relación a la movilidad de intercambio en el caso perfecto, de independencia —ese era el objetivo expreso de Yasuda (1964)—. Ese objetivo da lugar a la formulación del índice conocido como *Índice de Movilidad de Yasuda*, que, para una categoría de la diagonal —las más relevantes sociológicamente—, puede expresarse del siguiente modo:

$$m_Y = \frac{\min(n_{i.}, n_{.i}) - n_{ii}}{\min(n_{i.}, n_{.i}) - \frac{n_{i.} \times n_{.i}}{n_{..}}}$$

El índice anterior toma valor 0 cuando el valor de la celdilla coincide exactamente con el del marginal más pequeño y, por tanto, la inmovilidad es máxima, siendo toda la movilidad atribuida a causas estructurales y, lógicamente, la movilidad de intercambio es nula. A su vez, tomaría el valor 1 si el valor de la celdilla coincidiese con el esperado en la situación de independencia, es decir, si  $n_{ii} = \frac{n_{i.} \times n_{.i}}{n_{..}}$ . En este caso podemos concluir que la movilidad de intercambio de la sociedad es igual a la de la movilidad perfecta<sup>15</sup>.

Esto mismo puede generalizarse, desde el caso enunciado para una celdilla cualquiera, al caso global, referido al conjunto de la diagonal de la tabla, obteniendo así la expresión:

---

<sup>15</sup> La movilidad forzada por los marginales y, en definitiva, por la estructura social es:  $n_{i.} - \min(n_{i.}, n_{.i})$ . Si  $n_{i.} < n_{.i} \Rightarrow$  movilidad estructural = 0. En este caso es posible que todos los individuos  $n_{i.}$  conserven la misma estructura en  $n_{.j}$  por ser el número menor. En el otro caso, si  $n_{i.} > n_{.i} \Rightarrow$  movilidad estructural =  $n_{i.} - n_{.i}$ . En este último caso, existirán siempre una serie de efectivos fuera de la diagonal.

$$M_Y = \frac{\sum_i \min(n_i, n_j) - \sum_i n_{ii}}{\sum_i \min(n_i, n_j) - \sum_i \frac{n_{i.} \times n_{.j}}{n_{..}}}$$

Inversamente, puede definirse el índice de movilidad para una celdilla cualquiera, para una celdilla de la diagonal y, lo especialmente relevante, para el conjunto de la diagonal. Reproducimos únicamente esta última expresión, que denotaremos como  $I_Y$ , pues para los casos más simples únicamente hay que eliminar los sumatorios y, en su caso, referirse, con los subíndices, a la diagonal o a una celdilla cualquiera:

$$I_Y = 1 - M_Y = \frac{\sum_i n_{ii} - \sum_i \frac{n_{i.} \times n_{.j}}{n_{..}}}{\sum_i \min(n_i, n_j) - \sum_i \frac{n_{i.} \times n_{.j}}{n_{..}}}$$

Raymond Boudon, en un índice definido en su obra *Mathematical Structures of Social Mobility* (1973b), critica las permanentes referencias que sociólogos están haciendo a la movilidad perfecta y a la situación de independencia. Las constricciones estructurales impiden que se pueda dar una situación como la descrita en esa concepción de movilidad pura y, alternativamente, propone distinguir y trabajar sobre la movilidad mínima y la movilidad máxima. Si la suma de los marginales de una celdilla de la diagonal determinada es superior al valor de esa celda de la diagonal, la inmovilidad mínima es nula. Esto es algo evidente por la propia estructura de la tabla, lo cual le permite diseñar el siguiente índice global de inmovilidad,  $I_B$ :

$$I_B = \frac{\text{INMOVILIDAD OBSERVADA} - \text{INMOVILIDAD MINIMA}}{\text{INMOVILIDAD MAXIMA} - \text{INMOVILIDAD MINIMA}}$$

Esto mismo, con la notación formal que venimos empleando, puede escribirse como:

$$I_B = \frac{n_{ii} - \max(0, n_i + n_j - n_{ii})}{\min(n_i, n_j) - \max(0, n_i + n_j - n_{ii})}$$

Dando así lugar a un índice más real, que también oscila entre 0, para la situación en la que se alcanza la movilidad máxima que permite la estructura, y 1, cuando, utilizando la fórmula  $I_B$ , la movilidad se limita al mínimo permitido por la estructura recogida en los marginales<sup>16</sup>.

#### 9.3.4. La modelización de las situaciones de movilidad.

Más allá de la creación de índices de movilidad, la investigación más reciente ha sugerido la creación de modelos que, acompañando a los índices, permiten una síntesis de la situación observada en la realidad, atendiendo a los procesos estructurales en los que se hallan insertos (Boudon, 1973b). De entre esos procedimientos, dos sobresalen especialmente por su utilidad métrica y conceptual: los análisis log-linear y las cadenas markovianas de movilidad.

En el cuadro siguiente se muestra una aplicación empírica del análisis loglineal al estudio de la movilidad ocupacional en Galicia.

Cuadro nº 57

RESULTADO DEL ANÁLISIS LOGLINEAR DE UNA TABLA DE MOVILIDAD SOCIAL  
(ELABORACIÓN PROPIA DE UNA SUBMUESTRA DE LA ECBC<sup>17</sup> PARA GALICIA).

	Empresarios	Cuadros	Comerciantes	Asalariados supervisores	Simple asalariados	Agricultores
Empresarios	7	1	1	1	3	1
Cuadros	1	5	4	6	7	3
Comerciantes	7	6	6	2	6	6
Asalariados Supervisores	7	7	6	4	5	3
Simple asalariados	3	2	3	2	5	4
Agricultores	3	1	2	1	3	7

ELABORACIÓN PROPIA CON EL PROGRAMA GLIM

La ventaja de los modelos loglineal consiste (Goodman, 1969, 1981), tal como se puede apreciar en el cuadro anterior, en que, en sus análisis avanzados, permite una descomposición total de la tabla, definiendo asociaciones parciales y situaciones de independencia intracategoriales. Así, puede comenzarse por inde-

<sup>16</sup> De forma análoga, restando 1 a  $I_B$ , obtendremos un Índice de movilidad:  $M_B = 1 - I_B$

pendizar cada una de las situaciones de estabilidad, relacionarlas con otras posibles de movilidad, hasta combinar esas relaciones de asociación-independencia, para cada una de las celdillas del interior de la tabla, en un número total de posibilidades según sea el tamaño de dicha tabla. El resultado es el de una tipología de situaciones de movilidad, que varía desde las probabilidades de paso más difíciles, –valor 1 en la tabla anterior–, hasta las situaciones más frecuentes de herencia ocupacional –valor 7 en el cuadro nº 57–.<sup>18</sup>

Alternativamente, son susceptibles los análisis basados en la redundancia de la movilidad, medibles a partir de la teoría markoviana de las probabilidades recurrentes, integradas en la sociología de la movilidad, principalmente por S. J. Prais, en su obra *Measuring social mobility* (1955a). Los modelos markovianos han sido desarrollados según diferentes criterios. Boudon distingue y clasifica los diferentes usos de este instrumento analítico (Boudon, 1973b). Con todo, es necesario mencionar los *mover-stayer model* de Blumen, el *Cornell mobility model* de McGinnis, los *modelos latentes* de McFarland y los modelos de la *cohorte verdadera* de Matras, entre otros.

---

<sup>17</sup> Encuesta de Estructura, Conciencia y Biografía de Clase, Dirigida por Julio Carabaña, con el apoyo de la Comunidad de Madrid, INE e Instituto de la Mujer.

<sup>18</sup> Otros modelos podrían ser considerados, pero éste es el estadísticamente más parsimonioso con una probabilidad del 0'995 de ser aceptado. El coeficiente de verosimilitud alcanza un valor de 6'13 para 19 grados de libertad. Se trata de un modelo de nueve parámetros, con los siguientes valores: Orden cero, -12'23; marginales de los hijos, desde las categorías 2 a la 6, -1'02; 0'65; 0'03; 2'09; 0'59 y, en los mismos marginales, para los padres, 0.24; 2.19; 2.49; 1.79; 2.45, los parámetros creados, del 2 al 7, toman los valores, respectivamente: 10'14; 11'53; 11'73; 12'67; 12'08; 13'34. El modelo así creado tiene la ventaja de esquematizar la fuerza de la herencia ocupacional entre 1 (la más débil) y 7 (la más fuerte). El valor 1 queda reservado a las situaciones imposibles (Empresarios que no sean de cuadros o simples asalariados, cuadros hijos de empresarios, agricultores hijos de cuadros, etc.). El valor 2 corresponde a los índices de herencia más débiles, reproduciendo situaciones posibles pero raras (comerciantes que sean hijos de asalariados supervisores, simples asalariados hijos de cuadros, agricultores hijos de comerciantes, etc.). Así vamos incrementando la intensidad de la herencia con los valores 3 (empresarios hijos de simples asalariados, cuadros hijos de agricultores, ...), los valores 4 (comerciantes hijos de comerciantes, asalariados supervisores hijos de simples asalariados,...), hasta llegar a las claras herencias, que son discernibles a partir del valor 5 (cuadros hijos de cuadros, ...), que se incrementa en el valor 6 (cuadros hijos de asalariados supervisores, ...) y se hace muy intenso en el valor 7 (agricultores hijos de agricultores, empresarios hijos de empresarios, asalariados supervisores hijos de cuadros o de empresarios, etc.).

De acuerdo con Prais, el proceso de movimiento de una clase social a otra depende del tiempo. El tiempo de permanencia puede ser calculado para cada clase, midiendo, a su vez, la probabilidad de abandono y de recurrencia (Prais, 1955b: 72). Bajo esa concepción, se abre la posibilidad analítica real de medir la probabilidad que una persona tiene de permanecer en la situación de destino o de volver, después de cierto tiempo a la situación inicial o a una tercera.

Un teorema importante de las cadenas de Markov establece que a  $T$  crecimientos, finalmente (al límite) otra multiplicación del vector  $p'_i$  por  $p'$  no modifica la distribución. En este momento límite  $p'_i$  y  $p'$  alcanzarán el equilibrio. <<La distribución de equilibrio depende pues de la división estructural de la sociedad y no de la distribución en clases en un momento particular>> (Prais, 1955a: 58).

Prais<sup>19</sup> intenta elaborar un índice para medir la cantidad de movilidad/inmovilidad de una sociedad de manera que se pueda comparar el período mínimo de permanencia en una situación de movilidad perfecta.

#### 9.4. APLICACION ALTERNATIVA A LAS DISTRIBUCIONES DE RECURSOS.

Las probabilidades diferenciales de paso de una situación inicial a otra posterior suponen una metodología alternativa y complementaria de las distribuciones probabilísticas de bienes y recursos en general. Esto puede mostrarse en el

---

<sup>19</sup> Este autor ha definido su teoría con tres teoremas:

- a) Si las proporciones de reclutamiento son constantes, la distribución de las clases tiene una tendencia hacia el equilibrio. De esta manera, el número de cada clase se convierte en una proporción estable mantenida a lo largo del tiempo (Prais, 1955b:75)
- b) El número medio de generaciones que pasan entre dos apariciones sucesivas de una familia en una clase social dada es igual a la inversa de la proporción de familias en esta clase en la situación de equilibrio (Prais, 1955b:77)
- c) En una sociedad con movilidad perfecta, el número de descendientes de un individuo de su misma clase social es siempre el mismo a lo largo del tiempo (Prais, 1955b:80).

caso de la distribución de la renta, entendiendo que una determinada situación, en la que se poseen unos determinados niveles de renta, condiciona o facilita de diferente modo el acceso a otra situación con diferentes niveles de posesión de renta.

#### 9.4.1. El caso de los análisis de la pobreza.

Pongamos el caso de los bajos niveles de posesión de rentas y recursos, tal como se concibe habitualmente la noción de pobreza. Obviemos el debate sobre las definiciones conceptuales y complejas de la "situación de pobreza" (Atkinson, 1974; Klik/Vann Praag, 1990; Bosh/Escribano/Sánchez, 1989; Mercader, 1993)<sup>20</sup>. La renta es, en definitiva, considerado el sistema de recompensas por excelencia; los excluidos del mismo o los débilmente recompensados, los pobres, constituyen el problema más inaceptable de las desigualdades de las sociedades contemporáneas. Así, cuando los niveles de equidistribución son aceptables, el esquema social de desigualdades aparece culturalmente justificado<sup>21</sup>. El estudio sociológico de la renta acaba, así, remitiéndose habitualmente al problema de la pobreza (Almunia/Carabaña/Naredo, 1993).

---

<sup>20</sup> Se podría incrementar la precisión conceptual de la noción de pobreza, si metodológicamente, y *a priori*, se distingue una tipología de situaciones, en función de los siguientes criterios que, sociológicamente, aparecen como altamente significativos: A/ Es posible diferenciar la pobreza visible de la encubierta. La pobreza encubierta es aquella que se observa en unidades familiares en las que algunos miembros de la familia vivirían en estado de pobreza si fuesen independientes, pero bajo el abrigo de la familia no se hace patente dicha situación (ancianos, parados, etc.). B/ La pobreza referida a un umbral de mantenimiento, respecto a la referida a la capacidad de acumulación. La primera se refiere a la carencia de hacer frente a las necesidades a corto plazo y se materializa en la falta de alimento, vestido, mantenimiento de la vivienda, etc. La segunda se refiere a la imposibilidad de desarrollo a medio y largo plazo: imposibilidad de adquirir una vivienda, un automóvil, una lavadora, un televisor, —en general, bienes duraderos—; C/ La pobreza tradicional y la "nueva pobreza" de precariedad. La nueva pobreza hace referencia a las modernas situaciones de inestabilidad laboral (y, por tanto económica), generando un flujo de dinero muy poco constante pero que puede llevar a la unidad familiar a oscilaciones que permitan, en ocasiones, equipamientos en el hogar y carencias continuadas de las necesidades mínimas —incluso alimentarias— en otros períodos. Este tipo de situaciones suele denominarse como de *precariedad*.

<sup>21</sup> <<La desigualdad comienza a ser relativamente aceptable cuando se han excluido la explotación, por un lado, y la miseria, por otro>> (Almaraz, 1996: 206). Véase también Rosen, 1976; Cañada, 1993:72; Torres Sanahuja, 1994: 361.



Es preciso distinguir sustantivamente, el análisis de las situaciones de pobreza, desde una doble perspectiva: política y descriptiva. Desde la política, como ha señalado Beckerman (1979) debe identificarse como un foco de *medidas* que la sociedad debería de hacer algo al encontrarse con ella. La perspectiva descriptiva, por el contrario, relega la atención de la acción, en favor de la identificación de la privación que supone la pobreza y quién la sufre. Sen discute y argumenta esa discusión en Sen (1979b, 1981a), pero es en su obra de 1992 de la que recogemos su visión concluyente:

<<Una recomendación de medidas depende de su viabilidad, pero el reconocimiento de la pobreza tiene que estar por encima de la limitación de los medios. Uno puede argumentar que el primer paso consiste en *diagnosticar* la privación, y tras el diagnóstico, determinar lo que *deberíamos* hacer si tuviéramos medios. Y luego el siguiente paso consiste en elegir medidas eficaces en base a los medios disponibles. En este sentido, el análisis descriptivo de la pobreza ha de ser *previo* a la elección de las medidas>> (Sen, 1992:125)

El análisis descriptivo conlleva una definición y medición de la pobreza, el político, por su parte, hará referencia a los tipos de soluciones respecto de las situaciones de precariedad definidas y detectadas. En este último contexto, aparecen los conceptos de redistribución y reasignación de los recursos y las rentas.

Usher<sup>22</sup> (1981:29-31) llama redistribución del ingreso a aquella situación en la que tras un cambio, las brecha entre ricos y pobres se reduce, pero el orden jerárquico de los ingresos es preservado. En cambio, una reasignación, vendrá definida por un reordenamiento de los individuos en la escala de ricos y pobres. Esto puede mostrarse en el siguiente cuadro (Tomado de Farrell, 1992: 43):

---

<sup>22</sup> Dan USHER (1981): *The Economic Prerequisite to Democracy*, Basil Blackwell, Oxford.

Cuadro nº 58

**REDISTRIBUCIÓN Y REASIGNACIÓN DE RECURSOS**

	Situación A Asignación original	Situación B Redistribución	Situación C Reasignación sin redistribución	Situación D Reasignación con redistribución
Señor 1	10	15	30	25
Señor 2	20	20	20	20
Señor 3	30	25	10	15

La teoría de la justicia de Rawls permite sobrepasar la redistribución y llegar a la reasignación de recursos. Es interesante a este respecto una cuestión que anota Farrell (1992:46):

<<Claro que alguien podría oponerse a este argumento diciendo que los números no cuentan . Si una persona lo pasa mal en una situación y cinco personas lo pasan mal (en igual grado) en otra, la segunda situación no sería peor que la primera>> (Farrell, 1992:46)<sup>23</sup>

En el paso de la situación A a la D implica una reasignación de recursos respecto de A. Para Rawls es más justa D que A. Supongamos el caso de pasar de A a B. El caso B de nuevo es más justo en la teoría rawlsiana que el A. Comparemos las situaciones B y D. Ahí aparecerá una situación de indiferencia; por lo tanto si tenemos que pasar de A a B o D, no tenemos criterios para seleccionar cuál de estas dos últimas deber ser las redistribución a elegir.

Recordemos que estamos ante una situación en la que el cálculo probabilístico no está permitido o, en otras palabras, no se sabe cuánta gente hay en cada clase. En la vida real, sin embargo, podemos ayudarnos teniendo en cuenta al número de integrantes que configuran cada clase en cada situación. Si en vez de tener el señor 1 tenemos la clase 1, esta llevará asociado un contingente poblacional que permitiría el cálculo probabilístico

---

<sup>23</sup> Farrell remite a John Taurek, <<Should the Numbers Count?>>, *Philosophy and Public Affairs*, vol. 6, nº 4, para aplicar este razonamiento.

Cuadro nº 59

**REDISTRIBUCIÓN Y REASIGNACIÓN CON EFECTIVOS POBLACIONALES**

	<i>Situación A</i> Asignación original	<i>Situación B</i> Redistribución	<i>Situación C</i> Reasignación sin redistribución	<i>Situación D</i> Reasignación con redistribución
Clase 1	Valor 10 Personas 25	Valor 15 Personas 25	Valor 30 Personas 25	Valor 25 Personas 25
Clase 2	Valor 20 Personas 25	Valor 20 Personas 25	Valor 20 Personas 25	Valor 20 Personas 25
Clase 3	Valor 30 Personas 100	Valor 25 Personas 100	Valor 10 Personas 100	Valor 15 Personas 100

Es necesario tener también presente que ese necesario análisis descriptivo de la pobreza ha de estar inmerso en el marco relativizador de una sociedad dada concreta (Sen, 1980b)<sup>24</sup>. Eso nos lleva, de una u otra manera, a definir “necesidades básicas” o, incluso, *standards* de calidad de vida” (Streeten *et al.*, 1981, Pant *et al.*, 1962; Adelman y Morris, 1973; Sen, 1973c, 1981a; P. Bardhan, 1974b, 1984; Adelman 1975; Grant, 1978; Morris, 1979; Chochilnik y Sen, 1991). Esto va a plantear un problema que va más allá de lo sociológico y entronca, nuevamente, como lo filosófico, que, además, debe dar cuenta, a su vez, de las capacidades para llevar a cabo realizaciones, lo cual no hace sino hacer más complejo el problema.

Pero debemos reconocer que equiparar los recursos o la posesión de bienes básicos, no supone equiparar las *libertades* fundamentales de que disfrutaban unos y otros., <<puesto que pudo haber variaciones significativas en la *transformación* de los recursos y de los bienes básicos en los niveles superiores de libertades>> (Sen, 1992:47). Para Sen, esta cuestión de la Libertad, es la fundamental del análisis de las desigualdades.

<sup>24</sup> Por ejemplo, en un artículo en *The Journal of the American Medical Association*, Otten *et al.* (1990) muestra que en el grupo de edades comprendidas entre los 35 y 55 años, los afroamericanos sufren un ratio de mortalidad 2'3 veces superior al de los blancos de Estados Unidos, y que sólo la mitad de su exceso de mortalidad puede explicarse por la diferencia de ingresos. En un país que en general es rico, se necesitan más ingresos para comprar suficientes bienes y alcanzar los mismos funcionamientos sociales, tales como “aparecer en público sin tener que avergonzarse” (Townsend: 1979, 1985).

### 9.4.2. Índices de pobreza

Cualquier índice de pobreza pasa por establecer un límite de lo que considera “umbral” de pobreza. Se trata de un recuento de la parte, del porcentaje, de población que se encuentra bajo ese línea o umbral; es decir, un sistema basado en definir una rasante y hacer un recuento del número de pobres –con las variantes surgidas sobre casos en los que se han utilizado– y los ingresos, como indicador de tal rasante. Los ingresos pueden sustituirse por otros indicadores (Beckerman, 1979, Anand 1983, Beckerman y Clark 1982), pero en todos los casos se recomienda una normalización que permita las comparaciones espaciotemporales, siendo muy recomendable la extrapolación en términos *per capita*, a saber, la distancia media de ingresos  $I$  de los pobres identificados, hasta la línea de pobreza.

También hay otras maneras de generalizar un índice a este efecto, como puede ser la proporción del ingreso o renta nacional necesaria para erradicar las diferencias de pobreza de cada persona identificada como pobre (Anand, 1977, Beckerman, 1979). Aquí el número de pobres no depende del umbral predefinido de pobreza, sino de un porcentaje fijo de personas que están bajo un determinado nivel. Es decir, se diferencian en que en el primer método el número de pobres es variable, ya que lo que se define es el umbral de pobreza y, en este segundo sistema, el número de pobres es fijo y viene dado por una fracción o relación de la renta *per capita* o de algún otro indicador.

Otro grupo de indicadores tiene en cuenta no sólo alguno o ambos de estos dos niveles, sino que además considera el nivel de desigualdad existente entre los pobres o incluso entre la población de referencia en general. En la base está la teoría ya clásica del matemático francés del siglo XVIII Borda (1781), conocida como la teoría de la elección social, utilizada como método “ordinal” para votar decisiones. Otras teorías y métodos se han construido sobre una base similar (Sen, 1970a, 1974, 1982a, 1981b, Arrow, 1951, Suzumura, 1983).

La llamada “medida de Sen” de la pobreza, así como otros indicadores sensibles a la distribución relacionados con esa medida, se han utilizado, *inter alia*, en muchos ejercicios prácticos para evaluar la pobreza en trabajos empíricos referidos a Bangladesh, India, Irán, Malasia, Estados Unidos, Brasil y otros muchos países<sup>25</sup>. Se trata de una concepción de la pobreza en términos de *bajos ingresos*. Esa concepción conlleva una atención sobre los pobres, ya que ignora a las personas que no perciben ningún tipo de ingresos. Otras medidas basadas en el consumo serían más apropiadas, pero es evidente la dificultad de recibir datos al respecto<sup>26</sup>. Esta reflexión ha llevado a muchos autores a examinar otras funciones e índices cuantitativos que den una idea de la pobreza relativa en una sociedad dada. Eso ha dado pie a una teorización sobre una características de los índices de pobreza conocida como “separabilidad” en referencia a la posibilidad de estudiar internamente el subconjunto de los pobres (Anand, 1983; Atkinson, 1987, 1989; Blackorby y Donalson, 1978; Kakwani, 1992; Osmani, 1982, Smmeding, Ratinwater y O’Higgins, 1988).

Un fenómeno tan complejo como la pobreza no puede ser reducido a una única medida escalar, supuestamente óptima (Alonso Torrén, 1994). Tiene más sentido considerar varios indicadores distintos y examinar la robustez de las conclusiones que se obtienen con cada uno. Así se podrían tener en cuenta los siguientes índices (Bosch/Escribano/Sánchez, 1989: 25):

- 1) Cálculo de la proporción de personas por debajo de un determinado umbral (proporción de pobres): constituye el indicador más inmediato y sencillo, por lo que es el más ampliamente utilizado. En el cuadro nº 60 se resumen esquemáticamente algunas de las formas principales de cálculo de ese umbral o línea de pobreza.

---

<sup>25</sup> Alamgir (1978), Anand (1977, 1983), Kakwani (1992), Osmani (1982), Hemming (1984) y otros.

<sup>26</sup> Véase, a este respecto, el capítulo primero de Atkinson, 1989.

- 2) Delimitación de una proporción fija de población con menos recursos y medición de éstos. Por ejemplo, capacidad adquisitiva del 15% de la población con menos recursos.
- 3) Índices no monetarios, que incidan sobre la capacidad o la libertad para alcanzar determinados objetivos (Martín-Guzmán y Bellido Ortega, 1994; García Suárez, 1991). Estos indicadores son conocidos como indicadores de pobreza subjetiva.
- 4) Índices que hacen referencia a la capacidad redistributiva, incluyendo a aquellos que hagan mención a la aversión a la pobreza, de entre los que encontramos los desarrollos más elaborados en los propuestos por Foster, Greer y Thorbecke (1984).

De una forma sintética los enfoques métricos sobre la definición de la situación de pobreza pueden agruparse en la siguiente tripleta (Goodin, 1985 y 1988):

- La pobreza como baja utilidad
- La pobreza como bajos ingresos (o escasa posesión de bienes primarios y recursos).
- La pobreza como deficiente capacidad de funcionamiento para conseguir realizaciones socialmente valoradas<sup>27</sup>.

---

<sup>27</sup> Perspectiva de Sen, también Himmelfarb, 1984

Cuadro nº 60

**FORMAS DE CALCULAR LAS LÍNEAS DE POBREZA**

Métodos objetivos	Cesta mínima de bienes
	Topes legales
	Valores de significado estadístico: (Ej.: línea de pobreza de McClements <sup>28</sup> )
Métodos subjetivos	Línea subjetiva de pobreza (SPL).
	Línea de pobreza de Leyden (LPL)
	Mínimo social de subsistencia (CSP)

**9.4.3. Complementariedad con el género.**

Otro ejemplo de la complementariedad de los análisis distribucionales con los propios de la metodología de las probabilidades de paso puede ilustrarse con los estudios de discriminación sexual.

En cualquier esfera, la mujer se encuentra en una situación desfavorable por el simple hecho de ser mujer<sup>29</sup>. Esto se hace manifiesto si consideramos datos agregados. Así si consideramos la posición de clase de los hombres y las mujeres, para cada clase social, independientemente, obtendremos una constante situación de inferioridad de las mujeres en cada una de ellas. Así lo hemos verificado cla-

<sup>28</sup> Se trata de la escala de equivalencia utilizada por "The Central Statistical Office" y "Department of Social Security" para la medición de la pobreza y desigualdad en el Reino Unido. Los pesos que esta escala de equivalencia otorga a los diferentes miembros del hogar son los siguientes:

Primer adulto	1.00
Esposa	0.64
Segundo adulto	0.79
Tercer adulto	0.69
Otros adultos	0.59
Niños con edad 16-17	0.59
" " " 13-15	0.44
" " " 11-12	0.41
" " " 8-10	0.38
" " " 5-7	0.34
" " " 2-4	0.29
" " " 0-1	0.15

<sup>29</sup> Sobre las desigualdad fuera de la esfera productiva puede consultarse la obra de Álvaro Page (1996). En ella se hace una revisión de la situación de discriminación entre géneros en cuanto a los usos diferenciales del tiempo y, además de ilustrar con profusión de material estadístico ese hecho, se hace una revisión de la bibliografía al respecto así como de las principales perspectivas teóricas que dan una explicación acerca de tal situación.

sificando a las activas según el esquema de Goldthorpe, con datos extraídos de la *Encuesta de Estructura, Conciencia y Biografía de Clase*<sup>30</sup>, elaborada en 1991. El resultado se expone en el Cuadro nº 61.

Cuadro nº 61  
**DISTRIBUCIÓN PORCENTUAL DE EFECTIVOS EN CADA CLASE SOCIAL POR GÉNEROS**

Encuesta de Estructura de Clases (ECBC). 1991. Modelo Goldthorpe

	ESPAÑA	
	HOMBRES	MUJERES
Servicio Alto	12'80	5'49
Servicio Bajo	18'22	23'07
No Manual Alto	13'87	28'14
No Manual Bajo	3'95	2'58
Pequeño empleador	1'65	0'84
Autónomo	7'91	7'86
Agricultor	4'67	1'90
Supervisor manual	4'38	1'06
Obrero cualificado	16'76	7'10
Obrero no cualificado	13'03	19'60
Obrero agrario	2'76	2'37

FUENTE: Elaboración propia a partir de los datos de la ECBC.

El peso de cada categoría es diferente según el género de que se trate. En la clase de servicios las mujeres tienen mayor peso en la posición inferior de esta clase. Contrariamente, en la Clase Intermedia, las mujeres tienen una mayor preponderancia en la categoría más elevada (No Manual alto). Finalmente, en la Clase Obrera, las mujeres se concentran entre los trabajadores manuales no cualificados, mientras que los varones tienen un mayor volumen entre los obreros cualificados.

---

<sup>30</sup> Esta encuesta fue dirigida para España, por Julio Carabaña y coordinada por Juan Jesús González; insertada en el Proyecto Internacional de Investigación sobre Estructura, Conciencia y Biografía de Clase, promovido por Erik Olin Wright. En España la Encuesta se llevó a cabo en 1991, tras convenio del Instituto Nacional de Estadística, la Comunidad de Madrid y el Instituto de la Mujer, (BOE 4/12/90). Abreviadamente nos referiremos a ella como: ECBC, 1991.



En el cuadro siguiente reproduzco un ejemplo empírico que muestra cómo la mujer se halla discriminada en cuanto a la percepción de ingresos en todas y cada una de las clases sociales (modelo Goldthorpe). Veamos los resultados obtenidos utilizando esta misma fuente, pero esta vez comparando los ingresos mensuales para cada clase social por sexos.

Cuadro nº 62  
**MEDIAS DE INGRESOS MENSUALES  
POR CLASE SOCIAL Y SEXO EN ESPAÑA 1991.**

	Hombres	Mujeres
Clase de Servicio	180	123
Clase Intermedia	109	78
Clase Obrera	87	54

FUENTE: Elaboración propia a partir de los datos de la ECBC.

Los datos hablan por sí solos. Las mujeres cobran, en media, menos en todas las clases sociales. Las desigualdades de género se superponen a las desigualdades de clase. En ese sentido es correcto el empleo de términos tales como *élite discriminada* o de mujeres entre la dominación y la discriminación (García de Cortazar/García de León, 1992; García de León, 1990).

De esta forma, las desigualdades por géneros aparecen no sólo como probabilidades de paso diferenciales para acceder a determinados puestos u ocupaciones, sino que, además, aparece una desigualdad de carácter distribucional asociada, perceptible en los recursos asociados resultantes.

Cole y Fiorentine, mencionan un estudio empírico de Suter y Miller en el que intentan explicar las diferencias observadas en los ingresos de los hombres y mujeres americanos. Para ello, los autores, hicieron una ecuación de regresión que muestra cuál sería la media de ganancias de las mujeres si ellas fueran como los hombres en ciertas características conocidas que influyen en las ganancias, como la educación, el status ocupacional, trabajo a tiempo completo o parcial y experiencia laboral (no controlaron otras variables como status socioeconómico de la familia de origen porque en éstas no hay diferencias entre hombres y muje-

res). De esta forma, trasladan el análisis de las probabilidades de paso al distribucional. Los autores concluyeron que en ese supuesto la diferencia de salario se reduciría de 4,569 a 2,828. <<La incapacidad de las mujeres para tener un status ocupacional en ganancias en la misma medida que los hombres sugiere que mucha de la diferencia no explicada en las ganancias entre hombres y mujeres podría ser atribuida a la discriminación en el salario para trabajos con el mismo nivel>> (Cole/Fiorentine, 1991: 315).

Con estos datos se concluiría que existe una discriminación de la mujer en el ámbito laboral, lo que supondría una desigualdad de condición y que, a su vez, podría ser metodológicamente analizado desde la perspectiva de las dicotomías nominales. Sin embargo, en este caso, siguiendo la línea argumental de los autores, no se observa una desigualdad a ese primer nivel –véase cuadro nº 25–, sino tan sólo a los niveles de las oportunidades y los resultados. Es el típico ejemplo al que Cole llama “residualismo sofisticado”. Es sofisticado porque relaciones de orden cero (simples relaciones entre dos variables) no pueden ser usadas para evaluar el impacto de la discriminación; es residualismo porque toda la varianza no explicada o residual es atribuida a una variable no medida, la *discriminación cultural* que implica. Esta, a su vez, configurada por complejos entramados de procesos culturales que se resisten al *análisis dicotómico*, como la selección cultural (Garrido/Moreno, 1993; Ballarín, 1994) al elegir las carreras<sup>31</sup> y las diferencias en las escalas de prestigio por géneros (Jenks y otros, 1972).

---

<sup>31</sup> Claramente hay un gran componente de selección cultural al decidir en que carrera entrar. Es posible que las mujeres estén menos preocupadas por las altas ganancias y le den menos prioridad a las ganancias cuando seleccionan una ocupación. Incluso dentro de la misma ocupación, las diferencias en ganancias resultan de una amplia gama de variables. Se asume con excesiva facilidad que todo el mundo quiere maximizar sus ganancias y hará cualquier cosa para conseguirlo: cualquier diferencia observada en este esquema debe ser resultado de la selección social y no de la cultural. Esta asunción es inmediatamente cuestionable. No todo el mundo está preocupado por el dinero cuando elige una carrera, que sacrificará su ocio, tiempo familiar, control sobre sus condiciones de trabajo y su realización en el trabajo.

## **10. DICOTOMÍAS NOMINALES.**

*“El mundo se me aparece como tierra ajena y de exilio”*

(Lévi-Strauss).

## 10.1. FORMULACIÓN GENERAL.

Relegar la exposición de este tipo de formulación desigualitaria para un último lugar, no deja de ser algo arbitrario, pues bien pudiera entenderse como la primera y más relevante de las formulaciones de situaciones susceptibles de ser concebidas como una desigualdad social. Estas situaciones vienen caracterizadas por la existencia de una *cualidad* determinada, que se convierte en la variable evaluativa de control, cuya presencia o ausencia, permitirá hablar de la existencia de desigualdades sociales.

Este tipo de desigualdades es previo a aquellas que he denominado como una probabilidad de paso diferencial de una situación a otra, ya que el acceso a determinada situación puede estar vetado para algún o algunos grupos sociales o, planteado a la inversa, está permitido únicamente para los titulares de determinada(s) característica(s). En otras ocasiones, este análisis es una simplificación de aquel, pues la comparación formulada se refiere a la posesión de una única cualidad, cuya presencia será idéntica para todo el grupo de poseedores y, su ausencia, análogamente, de idéntica carencia para los desposeídos. De hecho, este tipo de metodología es una parte integrante de aquellas, de las cuales se diferencia porque la probabilidad de paso de un determinado grupo es siempre cero: tienen vetado el acceso. Contrariamente, otro grupo de sujetos, tendrá una accesibilidad total a un determinado logro o capacidad y, por tanto, su probabilidad de paso será, en tal caso, de valor 1.

En la formulación estarán presentes los tres elementos concurrentes omnipresentes en toda situación enunciada como desigualitaria. Siempre habrá un conjunto de *sujetos* poblacionales, los cuales serán evaluados sobre si poseen o, eventualmente, si pueden poseer, un determinado bien, valor, o logro, en general. El conjunto de sujetos deberá ser de dos o más unidades, pudiendo ser, éstas, individuos o colectividades de individuos identificados por una etiqueta socialmente construida. La *comparación* que se lleva a cabo entre ellas es de

naturaleza nominal y dicotómica; nominal, en el sentido de que su tratamiento será siempre cualitativo y, dicotómica, en el sentido de que se hará referencia a su existencia en el sujeto: o existe o no existe, sin posibilidades intermedias. La característica o *variable evaluativa* puede ser de cualquier naturaleza: material o inmaterial, simple o compleja. No obstante, en función del tipo de presencia de la característica evaluativa en los sujetos, pueden distinguirse dos grupos de variables, dicotómicamente analizables: las titularidades y las posesiones.

## 10.2. TITULARIDADES Y POSESIONES.

La diferencia entre titularidades y posesiones puede ilustrarse con una sugerente reflexión expuesta por Dahrendorf (1983)<sup>1</sup>, en el contexto de su concepción de las *oportunidades vitales*. El autor se sirve de lo que él llama *la paradoja de Martínez*, para exponerlo. Ésta, trata de la explicación que el Ministro de Comercio Exterior nicaragüense le había dado en 1986 sobre la escasez de artículos en los supermercados:

<<(El Ministro de Asuntos Exteriores a Dahrendorf):- Parece usted muy crítico ante el hecho de que no haya mucho que comprar en las estanterías de nuestras tiendas. Puede que sea cierto, pero permítame decirle algo. Antes de la revolución, nuestros supermercados estaban llenos. En las tiendas de Managua se podían comprar las mismas cosas que en Miami. Pero la mayoría no podía permitirse comprar nada de ello. La gente pegaba las narices a los escaparates para admirar los bienes que contenían, pero estos bienes no eran de ellos. Nosotros hemos cambiado esta orden de cosas.

---

<sup>1</sup> Si bien el concepto se desarrolla ampliamente en su obra *Oportunidades vitales. (Notas para una teoría social y política)*, (Dahrendorf, 1983), también en Dahrendorf (1990) podemos encontrar una referencia detallada del mismo. Aunque el mismo Dahrendorf reconoce que ha sido un concepto empleado y desarrollado anteriormente por otros autores. En concreto se refiere a SEN, A. (1981): *Poverty and Famines*, Clarendon Press, Oxford. También puede encontrarse ese desarrollo en el siguiente artículo: SEN, A. (1986): <<Food, Economics and Entitlements>>, *Lloyds Bank Review*, abril, 1986. No mucho antes de que Amartya Sen escribiera este artículo sobre el hambre, Fred Hirsch había publicado *Social Limits to Growth* (Routledge & Kegan Paul, Londres, 1977). Para un debate más amplio, véanse las aportaciones a ELLIS, Adrian Y FUMAR, Krishan (1983) (eds): *Dilemmas of Liberal Democracies: Studies in Fred Hirsch's Limits to Growth*, (Tavistock, Londres-Nueva York). La diferenciación más importante entre los conceptos de Hirsch y los de Dahrendorf es que aquel considera los "bienes posicionales" como inmutables intrínsecos y contingentemente, mientras que Dahrendorf defiende que la cuestión que más interesa es la relación entre los cambios de titularidades y los cambios de provisiones.

Hoy, todos pueden permitirse comprar lo que hay en las tiendas>> (Dahrendorf, 1990:28).

Lo que da derecho a la posesión es la titularidad, pero ésta no implica la posesión en sí misma. La titularidad de un diploma universitario, por ejemplo, permite, en ocasiones, un ejercicio profesional que abre las puertas a determinadas posesiones. La nacionalidad es otra forma de titularidad que abre la posibilidad de determinadas posesiones, al igual que la ciudadanía u otras identidades convertidas socialmente –culturalmente– en llaves para el desarrollo de determinadas capacidades u oportunidades.

La titularidad es el nivel inicial de desigualdad social. Su presencia supone la existencia de *desigualdades de condición*. En su enunciación positiva, los titulares son privilegiados, mientras los no titulares serán privados de determinadas oportunidades (Dahrendorf, 1990: 34). Se comprende así que este tipo de analítica deba ser previa a la de las probabilidades de paso, pues, para que aquella sea factible será preciso que todos los miembros del conjunto de sujetos poblacionales sean titulares. La *paradoja de Martínez* describía así una realidad observada en la historia de Nicaragua mediante un contraste entre provisiones sin titularidad y titularidades sin provisiones.

La titularidad es de naturaleza ideológico-formal. Aparecerá formulada ideológicamente, aunque sea de forma latente, como una capacitación vetada para los carentes de la misma. Frecuentemente, además, vendrá recogida en los códigos jurídico-formales, explícita en las leyes y reglamentos, identificando claramente quiénes son y cuáles son los requisitos que deberán reunir los miembros de tal titularidad y las capacitaciones a las que ésta les capacita.

Algunos procesos reivindicativos se han centrado en la ruptura con ciertas desigualdades de titularidades y, especialmente significativo, es el caso de la Revolución Francesa. Otros procesos, y en particular los generados a partir de la Revolución Industrial, se han centrado más en una reivindicación de las posesiones (Dahrendorf, 1990: 33-34). La presencia de la titularidad no implica la

existencia de ninguna posesión. Será requisito imprescindible, pero no condición suficiente. Así, el titulado universitario podrá ejercer una determinada ocupación para la que está formalmente capacitado, pero eso no implica que tenga o vaya a tener dicha ocupación en la realidad observable. El análisis de las posesiones supone un segundo paso secuencial, también dicotómicamente analizable, pero autónomo de aquel, a caballo entre una desigualdad de condición y una desigualdad de resultados.

No todas las cosas podrán ser poseídas o propiedad de alguien. Así J. André (1995) propone una taxonomía que dé cuenta de esas cosas que no pueden ser propiedad privada, tales como la amistad, el amor o la gracia divina; aquellas cosas que pueden ser propiedad privada pero que deben de ser de propiedad pública; asimismo, toda otra serie de bienes puede ser enajenable, mientras que otros no y, algunos de los enajenables pueden ser susceptibles de relaciones comerciales.

Cuadro nº 63  
**TIPOLOGÍA DE BIENES PRIVATIZABLES DE J. ANDRÉ**

Puede ser propiedad privada	Puede ser enajenable	Pueden ser compradas
	No puede ser enajenable	Pueden ser vendidas
No puede ser propiedad privada		

El análisis desigualitario basado en la metodología de las dicotomías nominales, versará únicamente en las formas de posesión que vengan definidas por la posibilidad de privatización. Quedarán, por tanto, excluidas, las propiedades privatizables no enajenables y los logros que no puedan ser privatizables.

Las posesiones pueden ser concebidas como etiquetas valorativas o bienes materiales o inmateriales. Una posesión de un bien material es la forma más evidente de análisis desigualitario, pero, aunque más complejo, es posible trasladar dicho análisis al de los bienes inmateriales, por ejemplo los gustos o los hábitos. Pongamos un ejemplo que refleje la complejidad de esto último. Es posible concebir como una desigualdad, asépticamente, la existencia de grupos

de personas amantes de la música clásica de los que no tienen ese hábito o interés. Eludiendo el análisis causal es posible entender que existe una diferencia, concebible como una desigualdad entre los *amantes* y los *no amantes* de la música clásica. Metodológicamente, tal existencia se resolverá por el procedimiento de las dicotomías nominales y, dentro de ellas, asumida la libre titularidad, por la diferencia de posesiones. Podría argumentarse que tal diferencia no es una desigualdad social, pero eso podría contraargumentarse insistiendo en que todas las desigualdades son constructos sociales, de importancia relativa y que el hecho de que un determinado bien no alcance en nuestra cultura un status de "valor importante" no implica que no deba de ser así o que no lo vaya a ser en un futuro.

### 10.3. CIERRE Y OPORTUNIDADES.

La existencia de titularidades supone generar una forma de cierre social que limita las oportunidades vitales de los desposeídos de la misma. Evidentemente, existen toda una serie posiciones sociales, definidas en cada modo de organización social concreto y real, que suponen *cierres* claros y concretos con los que se permite el acceso a determinados grupos y personas y se les prohíbe a otros. Buena parte de esas limitaciones vienen definidas por la configuración jurídica de cada sociedad y así, se permite el voto, sólo a determinados colectivos, por ejemplo, a partir de la mayoría de edad; o se impide la entrada en el mercado laboral a los menores de dieciséis años, etc.

Amartya Sen hará referencia a este enfoque en el marco de su tratamiento de las *capacidades* (Sen, 1982, 1985); Norberto Bobbio también lo tendrá en cuenta al señalar que la igualdad de oportunidades está constreñida por la posibilidad de entrar a formar parte en el juego, a la vez que por las propias reglas del mismo: número de jugadores, etc. (Bobbio, 1977:77); Dahrendorf (1983, 1990) lo entenderá como un análisis de las oportunidades vitales; Parkin (1971 y 1979)



recurrirá a una fórmula ya clásica dentro de la tradición weberiana de entenderlo como una forma de cierre social. Esta fórmula conceptual de entender las desigualdades de titularidades como formas de cierre social será la más recurrida por la tradición sociológica

La manera más evidente de concebir tales *cierres* sociales, es la que se realiza a través de fórmulas jurídico-legales. Sin embargo, algunas de esas limitaciones van más allá para incrustarse a un nivel formal de la organización social. De esa manera, se limita con números *clausus* el acceso *ciego* a determinadas carreras universitarias o a determinados puestos laborales. Todos los mayores de edad, en nuestra sociedad occidentales, pueden establecerse como comerciantes y ejercer libremente dicha actividad, pero no todos pueden desempeñar un puesto de trabajo en la Administración del Estado; todos pueden aspirar a cursar estudios universitarios, pero no todos los estudios universitarios están abiertos a toda la población: la nota media, la superación de una prueba oposición, la posesión de ciertos títulos o características personales, abrirán determinadas puertas, que quedarán cerradas para los demás.

Esos cierres delimitan determinadas posiciones estructurales, determinadas situaciones en las que los integrantes de las mismas se consideran los isónomos —recuperando el término acuñado en la Grecia clásica, para discernir el ámbito en el que se consideraba aplicable la concepción de situaciones igualitarias—; fuera de ellos están *los otros*, los diferentes, a quienes, sin miedo, podemos llamar desiguales.

Ser médico, por poner un ejemplo, es una posición social enmarcada en ese constructo estructural de nuestras modernas, y no tan modernas, sociedades. El número de posiciones-médico se limita y se justifica con el argumento de que la sociedad necesita sólo un número limitado de ellos. Lo mismo que con la mayor parte de las posiciones sociales relativas a la producción social. La consecución de esa posición por parte de una persona puede considerarse un *logro*, al

cual pueden intentar llegar muchos, pero sólo algunos, un número clausus, resultará elegido.

Frank Parkin ha sido uno de los teóricos que más ha insistido en la existencia de determinadas formas de cierre social. Éste aparece definido como cualquier proceso mediante el cual los grupos tratan de mantener un control exclusivo sobre los recursos, limitando el acceso a ellos. Junto con la propiedad o la riqueza, la nacionalidad o determinadas titulaciones, la mayoría de las características que Weber asociaba con las diferencias de status, como el origen étnico, el lenguaje o la religión, pueden ser empleadas para crear cierre social (Parkin, 1979:69-166). Así, Parkin hará un análisis de las modernas sociedades capitalistas en base a ese concepto:

<<En un sociedad capitalista moderna los dos dispositivos principales de exclusión que la burguesía emplea para formarse y mantenerse como clase son, primero, las instituciones que rodean a la propiedad y, segundo, las calificaciones y méritos académicos y profesionales. Cada uno representa un conjunto de ordenamientos legales para restringir el acceso a las recompensas y los privilegios [...] Los dos grupos de beneficiarios de esas prácticas de exclusión mantenidas con ayuda del Estado se pueden considerar como los componentes básicos de la clase dominante del capitalismo moderno>> (Parkin, 1979:74).

Lo que Parkin está haciendo es, en efecto, una justificación de un determinado esquema analítico de clases sociales basadas tanto en la propiedad como en el poder y el status, siguiendo así un claro enfoque weberiano. El cierre social definirá esas posiciones sociales, reservándose para los isónomos una serie de privilegios, razón definitiva por la que han procedido a dicho cierre y por medio de un proceso que él denomina exclusión. Esa exclusión hace referencia a las estrategias adoptadas por determinados grupos sociales para separarse de los extraños, impidiéndoles el acceso a determinados recursos<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> Paralelamente, Parkin hablará de otro proceso, el de usurpación, por medio del cual los grupos minoritarios intentan adquirir los recursos monopolizados por los primeros. Ambas estrategias confluyen y se institucionalizan en nuestras sociedades –canalizando el conflicto de intereses–, dando lugar a lo que él llama un *cierre dual*.

Las desigualdades sociales definidas como la existencia de cierres sociales son únicamente analizables en base a la existencia de una dicotomización nominal. Se trata de permitir o impedir el acceso: o sí o no; es decir, no existe una probabilidad diferencial de acceso a esa situación, sino que tal probabilidad es del 0% o del 100%, una de las dos, o se puede acceder o no. En caso contrario, caso de que existieran probabilidades intermedias, estaríamos ante una situación analítica definida como *probabilidad diferencial de paso*, dando lugar a un determinado grado de apertura o de oportunidades.

El cierre social limita las oportunidades vitales, pero cierres y oportunidades no son conceptos similares, sino complementarios. Las *oportunidades vitales* vienen dadas tanto por las titularidades como por las provisiones. El acceso a las titularidades puede ser nulo (lo que conlleva la pertinencia del análisis dicotómico), probable (permitiendo un análisis de la probabilidad de paso) y abierto en igualdad de oportunidades pero con desigualdades resultados (desigualdades distribucionales).

Las oportunidades vitales <<no son atributos de los individuos>> (Dahrendorf, 1979: 51) sino formas o posibilidades de crecimiento y desarrollo vital. Son una función, individual y colectiva, de dos elementos: las opciones y las ligaduras. <<Las opciones son las posibilidades de elección existentes en las estructuras sociales, las alternativas de la acción>> (Dahrendorf, 1979: 52-53). Las ligaduras son los vínculos que mantienen los grupos o individuos con determinados condicionantes: tradiciones, normas, leyes, cultura, etc. Tanto las opciones como las ligaduras son dimensiones de la estructura social. Como resultado de la combinación de esos dos elementos, las oportunidades vitales no son mayores en el caso de maximización de las opciones, ni viceversa.

Un ejemplo del funcionamiento de estas dos variables en la configuración de las oportunidades sociales para diversos grupos sociales, roles o sociedades, viene dado por el siguiente cuadro de doble entrada<sup>3</sup>:

Cuadro nº 64  
**COMBINACIÓN DE CIERRE SOCIAL Y OPORTUNIDADES EN DIFERENTES SITUACIONES.**

		OPORTUNIDADES	
		<i>Pocas</i>	<i>Muchas</i>
<b>CIERRES</b>	<i>Muchos</i>	China	Gran Bretaña
		Proletariado tradicional	Clase alta tradicional
		Monje	Rey
	<i>Pocas</i>	Brasil	República Federal de Alemania
		Juventud moderna	Nueva Clase Media
		Fármaco dependiente	Estrella del "pop"

La existencia de situaciones desigualitarias discernibles analíticamente por el cierre formulado por dicotomías nominales viene a ser lo que Walzer denominara desigualdades simples, acotadas en un único ámbito. El que esas desigualdades impliquen ventajas en otros ámbitos, —verificación que haríamos por medio de las desigualdades de paso o por medio de las desigualdades distribucionales—, haría referencia a lo que Walzer denominaba desigualdad compleja. La primera para él era justificable y la segunda no. De esta manera, es posible que ser médico suponga una forma de organizarse socialmente y que determinados criterios de optimización social impongan un criterio de cierre social, pero si añadido, el hecho de ser médico implica mayores ventajas para la educación de sus hijos, mejores perspectivas de influencia en el voto de otras personas, etc., estamos ante un efecto complejo de desigualdades que procede medir y analizar por los métodos alternativos mencionados.

El problema de la segmentación o jerarquización subyacente a esos cierres sociales puede considerarse independiente. El hecho de que existan tales cierres supone la existencia de desigualdades. Éstas se producen a niveles ma-

<sup>3</sup> Elaborado a partir de Dahrendorf, 1979:111

cro, de configuración del orden mundial en Estados de poblaciones isónomas; pasando por toda una serie de situaciones de tamaño medio, dentro de cada Estado, la organización jurídico-formal legal y cultural, hasta llegar a niveles micro, en cada organización, en cada empresa, en cada grupo, la existencia de posiciones socialmente definibles, formalmente cerradas para unos individuos que cumplan una serie de requisitos, supone una forma de desigualdad. Que una determinada posición socialmente cerrada sea considerada superior o jerárquicamente inferior a otra es un problema medible bien por el análisis distribucional de las desigualdades, bien por las probabilidades de paso diferenciales que otorgan a los individuos posicionados en ese grupo isónimo cerrado, mayores ventajas para acceder a otras posiciones o situaciones<sup>4</sup>.

#### 10.4. DISCRIMINACIÓN Y EXCLUSIÓN SOCIAL.

La pertenencia a las formas más importantes de producción y distribución de recursos genera formas concretas de cierre y de exclusión social. De entre esas formas de relación social, las más importantes pueden ser los hogares, los estados, los mercados y las organizaciones (Fernández Enguita, 1993). Los dos primeros tienen en común el empleo de la sangre y el territorio como criterios de pertenencia y exclusión, que separan a quienes están dentro de los que están fuera. Los hogares y los estados tienen como forma más evidente de desigualdad el privilegio, mientras los mercados y las organizaciones, la explotación.

---

<sup>4</sup> <<Que se establezca una relación de equivalencia entre dos personas o grupos no prejuzga para nada que cultiven idénticos valores, sino que tales valores, diferentes, se conváliden de acuerdo con un baremo que los homologa, por ejemplo, vale tanto la justicia como la solidaridad, valen tanto los catalanes como los vascos. De igual modo, la equifonía o posibilidad de emitir una voz que sea escuchada y considerada como portadora de significado y de verdad, y goce, en consecuencia, de credibilidad, en las mismas condiciones que otro/a no implica en absoluto que los sujetos que se encuentran en esa situación vayan a decir lo mismo, como tampoco tienen necesariamente por qué hacer lo mismo aquellos que tienen la misma capacidad de hacer, es decir, los equipotentes. Todo derecho a la diferencia presupone, obviamente, la igualdad; de otro modo, mi diferencia no se vería reconocida, es decir, ponderada como digna del mismo derecho que la del otro [...] En contraposición, pues, con los enunciados de identidad, aquellos en los que se expresa igualdad implican la discernibilidad de los términos que la homologan>> (Amorós, 1994: 30-31).

El cierre social con el que se diferencia desigualitariamente a una parte de la población del resto da lugar a procesos de *exclusión* y de *discriminación* social –formas particulares de desigualdad social–.

Las formas de discriminación observables son de dos tipos, por un lado, las negativas: aquellas que resultan de las deficiencias del propio sistema de organización social. Por otra lado, las positivas, creadas *ad hoc* para reducir situaciones manifiestas de desigualdad.

<<La discriminación positiva o inversa (DI) tiene antecedentes en la lucha contra la división en castas en la India, pero su origen más cercano se encuentra en EE UU, donde se practicó con cierta amplitud a comienzos de la década de los setenta para dos tipos de grupos y en dos campos diferentes: para las mujeres y para minorías raciales, en especial la negra, y bien en la contratación laboral, bien en la admisión a algunos estudios universitarios. [...] En Europa, la DI es conocida y aplicada sólo en materia política, por la polémica introducción de cuotas del 25% de mujeres en ciertos órganos políticos (en España, por vez primera, en Enero de 1988 para los órganos internos de PSOE)>> (Ruiz Miguel, 1994: 77a).

Ruiz de Miguel (1994a) diferencia entre Acciones Afirmativas de las Discriminaciones Positivas. Las primeras, son acciones diferenciables en función de los distintos grupos o aspectos sociales sobre los que actúan. La discriminación positiva sería un tipo de estas, tratando de privilegiar a determinados grupos sociales, ideada como compensación e integración social.

En las situaciones de discriminación negativa aparecen los que quedan fuera del grupo de los isónomos, desposeídos de cualquier posibilidad de logro de la variable evaluativa formulada.

<<Ahí está el problema de los extranjeros inmigrantes o refugiados, definidos como aquellos seres humanos a los que se les niega explícitamente la categoría de ciudadanos con el pretexto de la defensa de otro derecho básico: el de la soberanía nacional. También esos inmigrantes, que hoy lo son por causas mayormente económicas, reclaman su derecho a ser libres. Pero, ante todo y primero, reclaman ser iguales. Iguales incluso culturalmente si ésta es la condición para poder acceder a una vida más digna>> (Camps, 99: 25).

El conflicto social se ha desplazado hacia nuevos sectores sociales especialmente desfavorecidos: los desempleados y la subclase (*lumpen proletariado*). En una sociedad moderna sólo el 25% de la población trabaja (está ocupada) el resto se distribuye desigualmente entre la demás categorías. Pero el trabajo es la llave de acceso a las provisiones. La cuestión, de todas formas, afecta también a las titularidades (Dahrendorf, 1979:178), produciéndose una situación que podría caracterizarse en términos de inclusión/exclusión (*Ibid.*, p. 182). Y en definitiva se produce un conflicto relacionado con esta situación que reproduce los esquemas de una sociedad conservadora que se defiende contra los problemas que generan estos <<indeseables>>, a los que habría que añadir a los inmigrantes. El malestar generado provoca situaciones de *anomia*, como transgresiones de la ley (transgresiones de las titularidades) tanto en los desposeídos como en la burguesía (robo, fuga de divisas, ...).

Victoria Camps (1990a) desarrolla, a su vez, la idea de que hay discriminaciones, basadas en prejuicios –las mujeres y demás etnias oprimidas– y otras basadas en diferencias físicas o fisiológicas –enfermos, ancianos, deficientes psíquicos, etc.–.

En definitiva, la discriminación aparece como la forma desigualitaria más radical (Alonso Torrens, 1994), dejando fuera del análisis distributivo a sus sujetos afectados. Un tipo de analítica específica es pertinente: el estudio de las formas de cierre social que existen en cada sociedad y que, en este trabajo he denominado, dicotomías nominales.

## **10.5. LA COMBINACIÓN ANALÍTICA Y MÉTRICA.**

Es posible combinar el análisis de las dicotomías nominales con el de las probabilidades de paso y con el de las situaciones de distribución probabilística desigualitaria.

A veces los individuos prefieren perder ciertas prerrogativas colectivas con objeto de mejorar su relación con otros grupos de los que están excluidos.

Consideremos, para ilustrar este supuesto, una situación social en la que existan tres constituciones posibles que deben decidir las distribuciones de recursos posibles entre hindúes y británicos en la India (Farrel, 1992). Los individuos no pueden, a su elección, pasar de ser británicos a hindúes y viceversa, pero según el ordenamiento legal, tendrán más recursos, valorando así incluso ciertos derechos, prerrogativas y bienes de todo tipo.

Cuadro nº 65

**DILEMA DE ELECCIÓN CON VARIACIONES DE EFECTIVOS**

	Constitución 1	Constitución 2	Constitución 3
HINDÚES	100	120	115
BRITÁNICOS	100	110	140

Un hindú puede decir que él estaba mejor con la situación dos que con la tres, pero si busca mejorar las expectativas de los británicos, preferirá perder algo ante el fuerte incremento del interés de los británicos en la constitución tres.

Subyace a esto la idea de que la suma total de recursos es la utilidad total. El paso de la Constitución 2 a la 3 es un caso de reasignación de los recursos. La reasignación de recursos entendida como utilidad total deberá dar cuenta del número de integrantes de cada clase. Por ejemplo, supongamos 100.000 hindúes frente a sólo 100 británicos. ¿Cuál sería la Constitución más igualitaria? La solución pasa por tener en cuenta el número de efectivos que componen el conjunto de los sujetos afectados, lo cual nos llevará a un cálculo de la probabilidad diferencial de individuos afectados por una u otra situación constitucional.

Ahora bien, podemos dar un paso más y suponer que los individuos varían. Cuando se trataba de empresarios, profesionales y trabajadores no especializados, se suponía que un miembro de una clase podía pasar a otra, pero el número total permanecía invariable. Si el número total de individuos cambia, la Regla del *Maximin* que sustenta el principio de la diferencia de Rawls, podría dejar de ser una regla plausible como solución igualitaria. En ese caso, se hace



pertinente el análisis de la distribución y reparto de los bienes para cada unidad del conjunto de los sujetos afectados.

De este modo, el análisis dicotómico no sirve como método exclusivo de análisis de las formas más desigualitarias en la realidad, sino que deberá complementarse con las probabilidades de paso del colectivo de sujetos poblacionales que se ve afectado por el proceso de exclusión o cierre social. A su vez, las probabilidades de paso pueden complementarse con los análisis distribucionales de los logros, bienes o recursos, de forma que los tres métodos analíticos propuestos deben ser concebidos como complementarios, atendiendo a los requisitos formulativos necesarios para cada uno de los métodos. Cada situación social puede enunciarse alternativamente de las tres formas posibles: como reparto desigual, como probabilidad de paso desigual o como cierre; lo cual no implica que se obtengan los mismos resultados, sino que, por el contrario, darán lugar a formas diferentes de desigualdad social.

# **11. DESIGUALDADES ESTRUCTURALES.**

*“Toda la ideología de los hombres, y sus relaciones, responde  
a un proceso de vida directamente físico”.*

(Karl Marx)

## 11.1. DE LA IDEA A LA FORMA.

La concepción social de la (des)igualdad es siempre histórica, variable, evolutiva e inserta en un marco cultural determinado. Sin embargo, cobra relevancia como demanda político-moral de cada sociedad. Demanda históricamente recurrente pero variable en cuanto a sus ámbitos de aplicación y a los parámetros de medición (Valcárcel, 1993: 20). Deviene, en ocasiones, teoría explícita y, en otras, conceptualización implícitamente interiorizada. Aparece nombrada bajo sus polisémicas acepciones u oculta bajo los discursos adyacentes producidos en el indiferente quehacer cotidiano (Sen, 1992:7). El análisis empírico de las concepciones ideológicas sobre la igualdad precisa una labor de *hermenéutica*, en tanto búsqueda de referentes interpretativos, tanto manifiestos como latentes, en los legados escritos, así como un análisis de los discursos individuales, en los que se encuentran interiorizadas las valoraciones ético-políticas del otro y de las formas deseadas de interrelación individual<sup>1</sup>.

Pero la igualdad no es simplemente una *idea* socialmente construida e individualmente interiorizada; es también una *forma real* de interrelación personal y de organización social. El análisis sociológico de las desigualdades atañe a esa doble naturaleza: como idea y como forma. Ambas se configuran mutuamente en la realidad, pero son analíticamente descomponibles y metodológicamente diseccionables. Por ello, frente al análisis contextual, textual y discursivo de las ideas, las *formas* requieren técnicas específicas, que midan el grado de

---

<sup>1</sup> Siempre, aunque sea implícito en nuestro discurso, damos respuesta a cuestiones del tipo de si los hombres son iguales a las mujeres y tienen los mismos derechos que ellas; si es necesario compartir el empleo público para evitar las situaciones de paro; si puedo sentarme tranquilamente a comer un *pizza* mientras veo en el televisor cómo se mueren de hambre personas de otros países; si es deplorable que unas personas tengan salarios diferentes a otras; etc. No es necesario poner más ejemplos, porque sólo la imaginación agotaría las posibilidades para ilustrar que siempre hay una desigualdad que se considerará frecuentemente como *natural*, o como *positiva* (beneficiosa), o incluso *necesaria* para el correcto funcionamiento de la sociedad.

proximidad de las *situaciones* reales observadas a la *noción* sociológica de igualdad.

Dicha noción es *dependiente* de la socialmente construida e interiorizada en cada cultura; éticamente relativa, pero consensuada por la comunidad científica y validada por los criterios de racionalidad que guían el quehacer sociológico. Es ahí en donde se hace pertinente la aplicación de una redefinición conceptual —como la establecida en el capítulo 5—. Ese marco taxonómico permitirá discernir, ante cualquier situación de relación interpersonal, si es, o no, desigualitaria; permite, en definitiva, estudiar las *formas* reales de desigualdad, observables en situaciones sociales concretas.

Las situaciones susceptibles empíricamente de ser analizables como desigualitarias deberán estar formuladas definiendo con precisión los tres elementos concurrenciales que las caracterizan: el sujeto, la comparación y la variable evaluativa. La *forma* de la desigualdad vendrá dada por la configuración específica y concreta de esos elementos.

Los tres son parte del bagaje habitual del trabajo sociológico, aunque la distinción inicial y más evidente de los análisis desigualitarios se realiza en base al tipo de variable evaluativa empleada. No obstante, las características del sujeto y de la comparación realizada se hace crucial ante cualquier posible tipología de análisis desigualitarios.

Algunas *variables evaluativas* han despertado más frecuentemente el interés, por los investigadores, que otras. Así, los estudios sobre la distribución de la renta —con todas sus variantes: salarios, ingresos, pobreza, consumo, gasto, etc—, han enriquecido enormemente el *corpus* analítico en muchos momentos y en muchos países. Por su parte, entre los tipos de *sujetos* que más reincidentemente han generado estudios desigualitarios, destacan los referidos al género y a la discriminación social de la mujer; aunque también han sido muy importantes muchos estudios referidos a las desigualdades territoriales, de regiones, países y etnias. Las *comparaciones* llevadas a cabo en cada uno de los casos menciona-

dos –y en otros muchos–, siguen la tripleta de alternativas ya mencionada: igualdad de condición, de oportunidades o de resultados.

Las comparaciones pueden sintetizarse en esos tres grupos, pero las variables son múltiples y excesivamente numerosas, al igual que los sujetos o tipos de sujetos poblacionales. Ante tal variedad cabe una pregunta: ¿Es posible elaborar una síntesis sobre las tipologías de desigualdades existentes en la realidad? O, incluso, es posible ir más allá y plantear: ¿Están interconectadas las desigualdades de forma que pueda ser posible encontrar teorías sintéticas que las expliquen?

## 11.2. SINGULARIDAD E INTERRELACIONES.

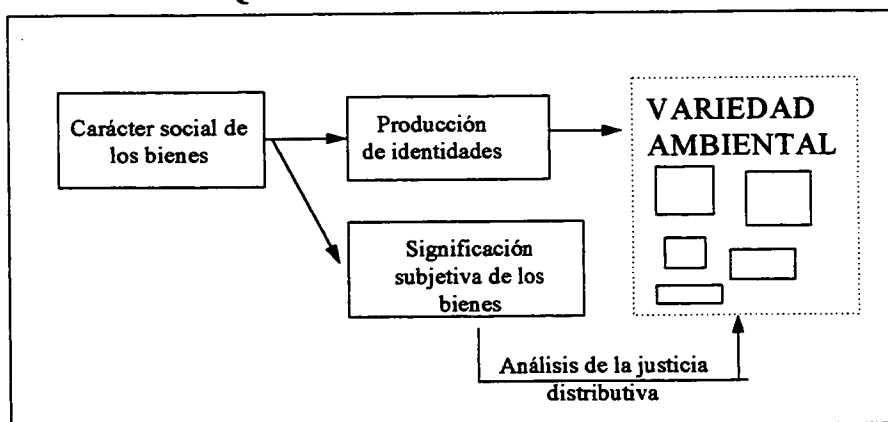
La cuestión sintáctica de emplear el singular o el plural, hablando de desigualdad o desigualdades, oculta un dilema teórico de relevancia primordial. El hecho de emplear el *singular* o el *plural* no es arbitrario; muy al contrario, presupone una determinada concepción de las desigualdades de crucial importancia. El singular evoca la idea de que existe una desigualdad social de carácter estructural, inserta en la sociedad y explicativa de otras desigualdades menores. El uso del plural parece conllevar la existencia de una multiplicidad de ámbitos susceptibles de generar situaciones desigualitarias sin una necesaria conexión entre ámbitos.

La aceptación de lo segundo, de la existencia de una multiplicidad de ámbitos en los cuales se producen situaciones desigualitarias es más que evidente. No obstante, el problema está en si se considera que dichas desigualdades son independientes, autónomas, o, por el contrario, están interrelacionadas y, el hecho de que se produzca una de ellas, implica y/o influye en que se reproduzcan en otros ámbitos.

### 11.2.1. Igualdad simple e igualdad compleja.

Esto forma parte de la propuesta analítica de Walzer (1983) de diferenciar la igualdad simple de la igualdad compleja. La *igualdad simple* es la que se da en un determinado ámbito, por ejemplo, ilustra el autor, en el caso del poder político, entre un representante parlamentario y un ciudadano “de a pie”, resultando una desigualdad de poder (*desigualdad simple de poder*). A partir de esa situación pueden pasar dos cosas: que el político tenga ciertas ventajas sociales en otros ámbitos sociales, por ejemplo, mayor posibilidad de acceso a la enseñanza para sus hijos, prerrogativas jurídicas, etc. En ese caso se daría una situación de *desigualdad compleja*. Contrariamente, si la desigualdad política simple no implica desigualdades en otros ámbitos, estaríamos ante una situación de *igualdad compleja*, por mucho que existan desigualdades simples en cada ámbito concreto.

Cuadro nº 66  
**ESQUEMA ARGUMENTAL DE WALZER**



Es posible hablar de igualdad simple, cuando es mensurable y similar la cantidad poseída de bien entre los individuos de una comunidad, e, igualdad compleja, cuando consideramos un conjunto de bienes más amplio, con sus

formas diferentes de intercambio, las necesidades diferenciales de los individuos y el merecimiento de los mismos<sup>2</sup>.

<<la igualdad compleja significa que ningún ciudadano ubicado en una esfera o en relación con un bien social determinado puede ser coartado por ubicarse en otra esfera, con respecto a un bien distinto. De esta manera, el ciudadano X puede ser escogido por encima del ciudadano Y para un cargo político, y así los dos serán desiguales en la esfera política. Pero no lo serán de modo general mientras el cargo X no le confiera ventajas sobre Y en cualquiera otra esfera —cuidado médico superior, acceso a las mejores escuelas para sus hijos, oportunidades empresariales y así por lo demás—. Siempre y cuando el cargo no sea un bien dominante, los titulares del cargo estarán en relación de igualdad, o al menos podrían estarlo, con respecto a los hombres y mujeres que gobiernan.>> (Walzer, 1983:33).

Lo que nos plantea Walzer es que los ámbitos o *esferas* sociales son, o pueden ser, autónomas e independientes<sup>3</sup>. Sin embargo, tal independencia es

---

<sup>2</sup> Con ello Walzer critica el predominio de la desigualdad simple (en un determinado ámbito) extrapolada a otros ámbitos, lo que daría lugar a una desigualdad compleja. Por contra, permite las desigualdades simples, las considera justas, acordes con las necesidades y el merecimientos, siempre y cuando no impliquen desigualdades en otras esferas ajenas a ellas. La posición o cantidad de bienes que un individuo tiene en un ámbito concreto no debe influir para determinar la posición o cantidad de bienes en otro ámbito cualquiera. Si esto es así, estamos ante una situación de igualdad compleja, si por el contrario, hay dominación de unos ámbitos sobre otros, hay desigualdad compleja. La medida de la igualdad simple no sólo pierde relevancia social sino que puede ser entendida como una mera coincidencia, ya que las desigualdades de facto en cada ámbito concreto, quedarán justificadas por las supuestas necesidades diferenciales entre los individuos, lo que ya es de difícil mensuralidad, pero agravado por las dificultades inherentes al merecimiento, como factor de distribución del cualquier bien en la comunidad. <<Una sociedad de iguales no es una posibilidad factible>> (Walzer, 1983:33).

<sup>3</sup> El esquema argumental de Walzer parte del marco teórico de la justicia distributiva, la cual se refiere a su vez al reparto de los bienes existentes entre los miembros de una comunidad. Parte, asimismo, del carácter social de los bienes y en función de la propiedad o carencia de los mismos y de la gradación tipológica presumible sobre esas dos categorías, se generan etiquetas-identidades socioculturales que conformarán el esquema de ideas construidas sobre la producción y distribución de bienes. A su vez, los individuos darán una importancia diferente a unos bienes u otros. A ello habría que añadir, fundamentalmente, la variedad ambiental o de esferas en las que existen bienes con sus diferentes significados sociales diferenciados. Sobre ese marco-esquema teórico aparecen tres principios distributivos: el intercambio libre, el merecimiento y la necesidad. Cualquiera de ellos se da en un entorno espacial determinado, que él concibe como clubes o familias, aún considerando como tales a países o territorios más extensos. Estos vienen caracterizados por un sentimiento de pertenencia y por la conformación de una comunidad. Sobre ellos se realizan los principios distributivos anteriores con múltiples y variadas formas de concreción social. Las formas de distribución serán necesariamente diferentes en cada contexto histórico y social. En ocasiones, empero, será discernible un determinado bien dominante, en función del cual y del carácter de cómo éste se halle distribuido en la sociedad, se podrá caracterizar a dicha sociedad de una forma determinada. Sin menoscabo

cuestionable (Gutmann, 1995). Tal planteamiento entraría en contradicción con otros enfoques que, sin negar que existan desigualdades en diferentes ámbitos, asumen que existen ciertas desigualdades de carácter *radical*, insertas en la estructura social y condicionantes de las que se puedan producir en otras esferas. Esto es perceptible con claridad en ciertos planteamientos clásicos del marxismo, así como en determinados esquemas funcionalistas<sup>4</sup> y en otros enfoques (Bell, 1973; Esping Andersen, 1990 y 1993).

Respecto a esto último, a la multiplicidad de ámbitos sociales, nos referiremos a *todas* las desigualdades posibles: así el género, la clase, la etnia, las rentas, las desigualdades interregionales o en una organización, los marcos jurídico-legales, los usos lingüísticos, los estamentos universitarios, etc., entran todos dentro de los posibles ámbitos sobre los que la Sociología está capacitada para dar respuesta de su grado de (des)igualdad.

La conclusión que extraemos de esto es de especial relevancia, puesto que la Sociología ha abordado en múltiples ocasiones las desigualdades, pero rara vez de forma global y universalizadora. De hecho, no son pocos los estudios teóricos y empíricos que pretenden generalizar el entramado desigualitario de nuestras sociedades contemporáneas en base a la posición que los individuos tienen en la esfera productiva. Eso ha enervado, por ejemplo, a algunas feministas, que veían como en las esferas privadas y en las relaciones interpersonales, la mujer, desempeñaba un papel marcadamente desfavorable, pues en su realidad cotidiana, cargaba con toda una serie de tareas domésticas, no necesariamente dependientes del poder y de la accesibilidad pública, que configuran una clara situación de desigualdad.

---

de que en la misma, existan otros bienes con una diferente distribución y con una muy diferente valoración y significados para sus poseedores o carentes del mismo.

<sup>4</sup> Del enfoque marxista, si el elemento definidor son las relaciones de producción, su grado de desarrollo y la relación que los individuos tienen con ellos, puede deducirse que las desigualdades están insertas en esa relación con dichos medios y justifica el empleo del singular. Desde una perspectiva funcionalista, la consideración de un sistema social con una serie de roles predefinidos con desigual importancia, induce nuevamente a un correcto empleo del singular, ya que es el sistema el que es desigualitario, al diferenciar funciones con premios y recompensas desiguales asociadas a los mismos.



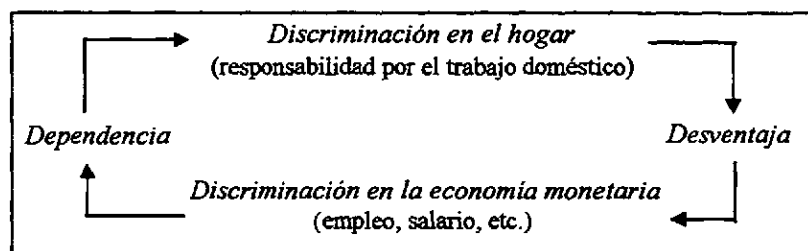
### 11.2.2. El caso del género.

El enfoque desigualitario estructural de los análisis sociológicos ha mantenido un histórico sesgo hacia las esferas productivas y, con ello, ha evidenciado otras formas de desigualdad ocultas bajo la construcción *varonil* de la sociedad y de buena parte de su teorización intelectual (De Miguel, Ana: 1996). Sin embargo, las excepciones en las voces de un planteamiento feminista del análisis social se erigieron en muchos momentos de la historia. En 1622, Marye de Gournay, comenzaba su *Grief des Dâmes*, con las siguientes palabras:

<<Bienaventurado eres, lector, si no perteneces a este sexo, al cual se le prohíben todos los bienes, se le priva de libertad, se le prohíben incluso, las virtudes, los cargos, los oficios y las funciones públicas. En una palabra, se le retira el poder>> (Gournay, 1622:108)

Es posible caracterizar la situación de la mujer tanto en la esfera del hogar como en el mercado laboral como una situación discriminatoria, en cuanto limitación de sus oportunidades. Fernández Enguita ha esquematizado tal situación interrelacionando ambas esferas, de forma que una no puede solventarse sin tener en cuenta a la otra (Fernández Enguita, 1993:65).

Cuadro nº 67  
**RETROALIMENTACIÓN ESTRUCTURAL DISCRIMINATORIA DE LA MUJER SEGÚN FERNÁNDEZ ENGUITA**



El análisis de un único ámbito discriminatorio para la mujer puede dar lugar, de hecho da lugar, a conclusiones positivas sobre la existencia de tal desigualdad; sin embargo, si elaboramos un procedimiento analítico más complejo, como el propuesto por Fernández Enguita, dicha desigualdad viene explicada, al menos en parte, por la situación en otro u otros ámbitos. De esto podría deducir-

se que lo relevante es el estudio de la Estructura Social y del Sistema de Organización social de cada sociedad y cultura determinada y obviar, al menos en parte, los análisis particularistas, ya que vendrán explicados por aquella.

### 11.2.3. El caso de las rentas.

En la misma línea podrían situarse otras muchas argumentaciones, como las críticas que desde la Sociolingüística se dirigen a la marginalidad de empleo de determinadas lenguas; desde el urbanismo hacia la dificultad de acceso a infraestructuras y equipamientos; desde los ámbitos jurídicos a la igualdad ante la ley y a la asunción diferencial de derechos y deberes; desde la economía al reparto desigual de rentas<sup>5</sup>; etc.

Las rentas, al fin y al cabo, se consideran como el resultado explicativo de otras formas de desigualdad subyacente, a la vez que claves para la explicación de otras derivadas (Casado, 1994). En este último sentido, la renta conecta con la explicación general de las capacidades (Sen, 1990). Pero el análisis de las rentas y de los ingresos no funciona como síntesis de las complejas desigualdades que operan en el seno de la sociedad. Algunas sociedades consideradas como ricas, presentan nuevas formas de desigualdad que no saldrán a la luz con el simple análisis de los ingresos o las rentas de sus miembros<sup>6</sup>.

<<Un problema importante y con el que nos encontramos a menudo surge con respecto a la desigualdad de *ingresos* como foco pri-

---

<sup>5</sup> Los estudio sobre la renta se desarrollan desde cuatro perspectivas diferentes no excluyentes: 1) Distribución *personal*, es decir, distribución entre las distintas clases de personas que perciben ingresos o tienen un patrimonio individual o familiar; 2) Distribución *funcional* entre los factores del capital, del trabajo y de la tierra; 3) Distribución *social*, por profesiones, clases, capas sociales, sexo, distintas minorías, grupos de edad, etc.; y 4) Distribución *regional*. Estos cuatro enfoques analíticos son complementarios y, de hecho, necesariamente complementarios para poder extraer conclusiones sobre las desigualdades sociales referidas a la distribución de la riqueza.

<sup>6</sup> La privación de las capacidades puede ser bastante extensa en los países más ricos del mundo. Por ejemplo, un estudio realizado por McCord y Freeman (1990), presentado en el *The New England Journal of Medicine*, indica que los hombres de la región de Harlem de la próspera ciudad de New York tienen menos probabilidad de alcanzar la edad de los 40 o más, que la media de los hombres de Bangladesh. El fenómeno está más relacionado con los problemas de atención sanitaria, de insuficiente atención médica, de extensión del crimen urbano, y otros factores que afectan a las capacidades básicas de los residentes en Harlem.

mario de atención del análisis de la desigualdad. El alcance de la desigualdad real de oportunidades que las personas tienen que afrontar no puede deducirse inmediatamente de la magnitud de la desigualdad de ingresos, porque, lo que podemos o no podemos hacer, lo que podemos o no podemos realizar, no depende únicamente de nuestro ingreso, sino también de la diversidad de características físicas y sociales que afectan a nuestras vidas y nos convierten en lo que somos>> (Sen, 1992:40).

Sen pone el ejemplo de la persona disminuida físicamente, que a pesar de tener el mismo nivel de ingresos que otra que no cuente con esa discapacidad, tendrá muchas menos posibilidades de realizar lo que desea o valora. Esto será considerado como una crítica al utilitarismo (Sen, 1973a) y su único interés en sumar utilidades.

Este planteamiento de Sen ha sido ignorado en trabajos sobre las desigualdades de ingresos como los llevados a cabo por Atkinson (1970b, 1983), ya que siempre se utiliza la misma función de respuesta  $u(y)$ , en el índice de Atkinson, para todos los individuos<sup>7</sup>. La dificultad operativa de la subjetividad personal de las utilidades ha sido objeto de tentativas de cuantificación, con elaborados esquemas de conversión de las utilidades, como en los trabajos de Fisher y Shell (1972), Sen (1979c) y Fisher (1987).

Este hecho de considerar los ingresos unidimensionalmente, sin considerar la dificultad diferencial de conseguirlos y una dificultad diferencial de materializarlos en bienestar es también bastante normal en muchos otros campos de asignación de recursos, por ejemplo, en los estudios de "tributación óptima" iniciados por James Mirrlees (1971) —Tuamola (1971) presenta una información al respecto de estos estudios—. Esto también se aplica a los estudios sobre el análisis de coste-beneficio (Drèze/Stern, 1987) y, si bien es cierto que el objeto de estos estudios es evaluar las desigualdades de ingresos, no las de bienestar, sin

---

<sup>7</sup> En el capítulo 3 de Sen, 1973a, se discute ampliamente ese planteamiento. Para obtener más información sobre los estudios recientes de evaluación de la desigualdad de ingresos puede consultarse Blackorby y Donaldson (1978, 1984) y Foster (1985). El propio Atkinson (1983) presenta una evaluación crítica de estos estudios y plantea algunas nuevas cuestiones. Véase también Kolm (1972, 1976) para temas relacionados.

embargo, ambas cosas son indisolubles. Atkinson, por ejemplo, evalúa así la pérdida de bienestar en base a los ingresos<sup>8</sup>.

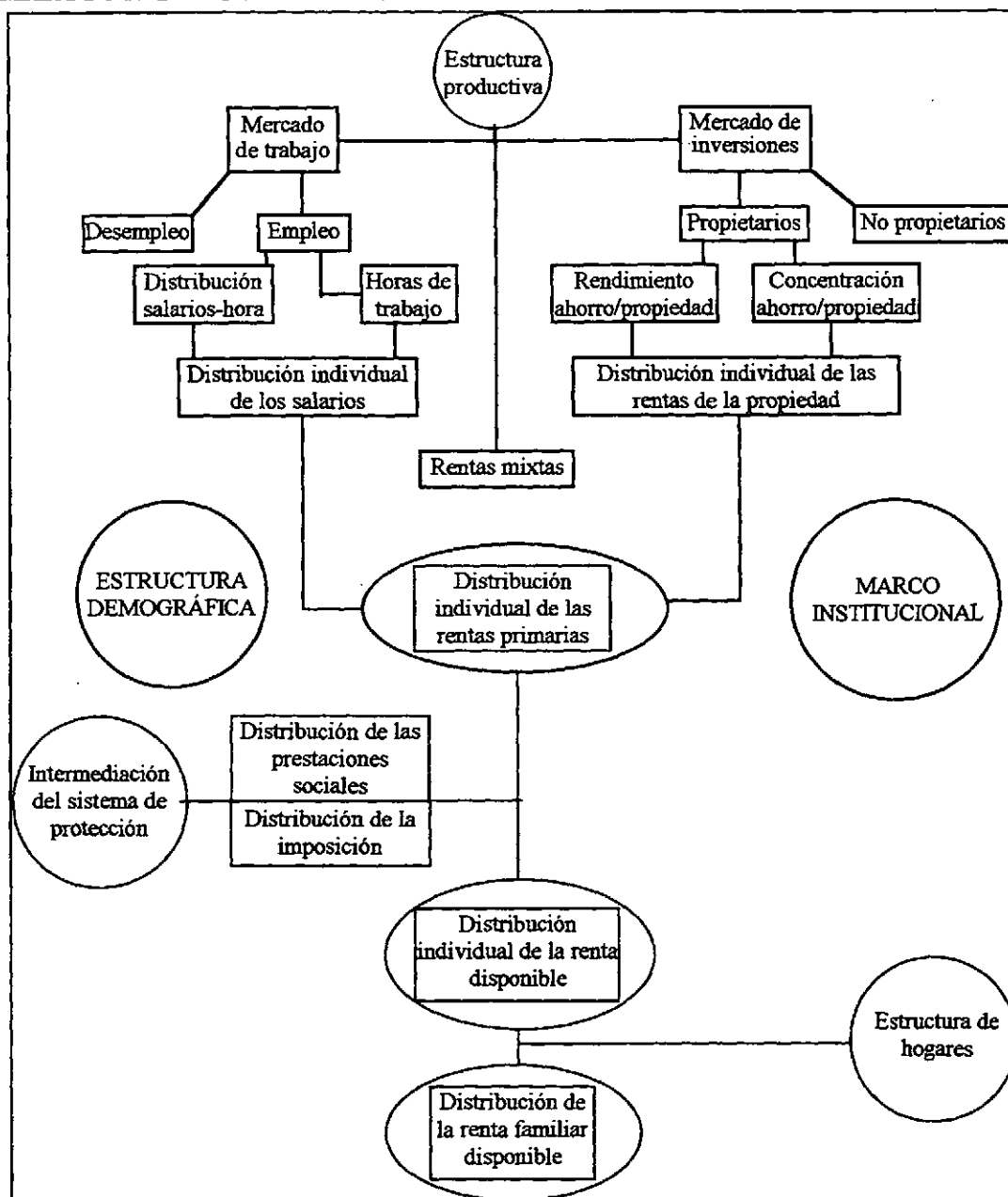
El análisis de la renta debe dar cuenta de los tres ámbitos diferentes que la determinan en mayor medida: el productivo, en el que se generan los pagos primarios de la renta; el redistributivo, o conjunto de programas públicos que implican flujos de renta primaria; y, el ámbito familiar, o puesta en común de las rentas para un grupo de sujetos determinado. Esos factores intervinientes pueden sintetizarse esquemáticamente (Ayala/Martínez/Ruiz-Huerta, 1996: 333-338) tal como se representa en el siguiente gráfico (Cuadro nº 68). En él se ilustra como interrelacionan esos tres ámbitos para la determinación de las diferentes unidades de análisis de la renta —simbolizadas con un óvalo—. De ello se deduce, nuevamente, la pertinencia de los análisis de carácter estructural del modo de organización social en su conjunto.

---

<sup>8</sup> Este planteamiento puede verse en Atkinson (1970*b*, 1975, 1983) que desarrolla un análisis estudiado originariamente por Dalton (1920) y resucitado también por Kolm (1976). Un revisión analítica de todo ello puede verse en Sen, 1973*a*.

Cuadro nº 68

**MARCO ANALÍTICO DE LA DISTRIBUCIÓN DE LA RENTA FAMILIAR DISPONIBLE**



**11.2.4. El caso de la familia Martínez Alonso.**

Desde la perspectiva opuesta, defendiendo el pluralismo analítico, puede considerarse que, aunque los ámbitos estén interrelacionados –algo que resulta básicamente indudable–, metodológicamente es preciso considerarlos como uni-

dades con cierta autonomía, aun siendo esta instrumental e irreal, al servicio de la metodología científica.

Hay múltiples ámbitos y quizá no sea una buena estrategia intentar resolver todas las situaciones desiguales, en todos esos ámbitos diferentes, por una tipología universal de grupos favorecidos frente a otros desfavorecidos, puesto que una misma persona puede encontrarse simultánea y alternativamente en una situación u otra, dependiendo de los ámbitos de los que se trate. Veamos esto con el ejemplo de la familia Martínez Alonso:

“El señor Martínez es funcionario y tiene un salario que es la mitad del de su esposa, la señora Alonso, que es propietaria de un establecimiento comercial, en el que da empleo a siete personas. A pesar de su mayor salario, la señora Alonso realiza la mayor parte de las tareas del hogar. Sin embargo, el señor Martínez, que tenía el gallego como su lengua materna, ha cedido ante la presión cultural del español, con el que se dirige a su esposa y a sus hijos. En el trabajo, el señor Martínez pertenece a una escala de funcionarios del grupo C, teniendo a toda una jerarquía de superiores por encima, de los cuales recibe órdenes sobre el trabajo, sin poder participar apenas en su planeamiento y organización. Sus posibilidades de ascenso son prácticamente nulas, puesto que para ascender al grupo B precisa un título universitario, del cual carece. Tampoco la señora Alonso posee título universitario, pero en su trabajo no lo precisa, si bien vive con una crónica inseguridad laboral, puesto que su sector comercial sufre una lenta y constante agonía que se augura concluirá en un cierre empresarial. La familia vive en una zona rural carente de todo tipo de infraestructuras y equipamientos si bien uno de sus hijos ha sido campeón de Maratón en los campeonatos regionales y tiene un esperanzador futuro en ese deporte, gracias a las excepcionales condiciones físicas que mantiene, lo que le ha permitido obtener una beca del Estado que le favorecerá extraordinariamente en sus estudios. Caso muy diferente de su hermano menor, que aunque buen estudiante, tiene una discapacidad física que...”

En relato imaginario podría continuar indefinidamente, pasando por diferentes ámbitos, —de entre los cuales, en el cuadro nº 3, he mencionado 100 ejemplos—. No es posible decir que nadie es desigual a nadie, sino que tal situación es desigualitaria y cada situación tendrá unos sujetos de referencia, que habrá que acotar en un ámbito social determinado. La posibilidad de resumir las

desigualdades en torno a un único eje, o la asunción diferencial de ciertos ámbitos analíticos como centrales, tal como se ha supuesto frecuentemente desde la Historia de la Teoría Sociológica, en torno a las esferas productivas, no deja de ser una cuestión más que discutible, pues la amplia multiplicidad de esferas sociales sobre las que se producen situaciones desigualitarias gozan de interconexiones, pero adolecen de una clara relación de dependencia funcional. En cualquier caso, con independencia de los avances en materia teórica sobre si hay o no centralidad de determinadas esferas y si, en definitiva, es posible explicar las relaciones de dependencia cultural en base a las relaciones de producción, o si las desigualdades de género son explicables por cualquiera de aquellas o si, por citar más ejemplos, las desigualdades de bienestar interregional pueden relacionarse con las explicaciones de clase, estatus-recompensa o, aún, por cuestiones culturales intrínsecas, no impide, el análisis que metodológicamente se presenta en este trabajo.

#### **11.2.5. La tipología de Ángeles Durán.**

Un ejemplo de tentativa de síntesis de las desigualdades en una determinada sociedad es la elaborada por M<sup>a</sup> Ángeles Durán (1994) a partir de la combinación de 2 variables: la disparidad de la valía y la diferenciación funcional. Se trata de una tipología diseñada de forma que permita distinguir los modelos de sociedad <<según la forma en que se resuelven estas dos cuestiones básicas: el grado de diferenciación interna de la sociedad y la variabilidad con que se atribuye valía a los sujetos individuales que forman parte de ella>> (Durán, 1994:63).

Cuadro nº 69

**TIPOLOGÍA DE LA DESIGUALDAD PROPUESTA POR MARÍA ÁNGELES DURÁN**

B.- DISPARIDAD DE LA VALÍA	A.- DIFERENCIACIÓN FUNCIONAL	
	BAJA	ALTA
	I	II
	III	IV

La categorización da por resultado cuatro tipos de sistemas de organización social en cuanto a la generación de desigualdades sociales:

*Tipo I:* Situación de igualitarismo radical, caracterizado por una baja diferenciación junto a una baja disparidad de valía. Se corresponde con el modelo social del máximo igualitarismo en el que hay igualdad de tareas, de recompensas, de poder, de prestigio. Durán reclama el interés del estudio de este modelo para entender la igualdad interna existente dentro de colectivos de poblaciones marginales y discriminadas.

*Tipo II:* Igualitarismo nominal. Es aquel en el que la situación característica viene dada por la existencia de diferenciación con homogeneidad en la valía. Concilia la diferencia funcional (en tareas, poder, responsabilidad; incluso, la exacerbación de las construcciones sociales de género, edad, etnia) con la atribución simultánea de idéntico valor social a todos los componentes sociales. Es un modelo que resuelve la siempre difícil cuestión de las diferencias biológicas negando sus consecuencias para el valor o las recompensas. En sus formas intermedias se ha presentado en sociedades reales frecuentemente, porque mitiga en el plano simbólico las tensiones que podrían derivarse de la desigualdad física o material. En sus manifestaciones extremas sólo es posible en grupos con un



referente externo de poder incontestable, generalmente de tipo religioso o mesiánico. El nombre de “igualitarismo nominal” le viene atribuido por devenir frecuentemente como artificio lingüístico, incluso aunque como principio organizativo se presente respaldado por las leyes o credos de máximo rango.

*Tipo III:* Es el prototipo de la situación de discriminación. Su interés radica en el rechazo que provoca y se corresponde con las fórmulas de reproducción de la discriminación a nivel legal, especialmente en el terreno laboral: recompensar de modo diferente tareas iguales.

*Tipo IV:* Igualdad de mercado (alto grado de diferenciación de contenidos y gran disparidad en el valor otorgado a los sujetos sociales). Con esta misma fórmula pueden distinguirse tanto las sociedades inmovilistas como las de competencia perfecta, aunque un tercer elemento, el valor concedido a la libertad y a la movilidad, será determinante para diferenciar y caracterizar este tipo de relaciones. Se corresponde bien con la idea liberal de la igualdad, centrada en las oportunidades más que en los resultados.

#### **11.2.6. El análisis de Bihr y Pfefferkorn.**

Bihr y Pfefferkorn, en un análisis empírico sobre desigualdades sociales en una multiplicidad de ámbitos de la sociedad francesa contemporánea, nos presentan un sistema en el cual las desigualdades simples, autónomamente analizables, se encadenan e interrelacionan unas con otras, formando una estructura, socialmente discernible, en la que la población aparece jerarquizada con respecto a un conjunto complejo de desigualdades sociales (Bihr/Pfefferkorn, 1995:

492-546). En un ejemplo ilustrativo, los autores toman 14 tipos de variables evaluativas o ámbitos temáticos del análisis des-igualitario, sobre los que calculan coeficientes de correlación (*Opus cit.*, p. 493 y ss.).

El cuadro nº 70 resume los resultados por ellos obtenidos. Tanto en líneas como en columnas aparecen las mismas variables. La existencia de correlaciones desigualitarias positivas claras se representa con el signo +, y si estas son muy intensas, se simbolizan con un ++; contrariamente, la correlación inversa por - y su intensificación por --.

Cuadro nº 70  
**INTERACCIONES ENTRE DESIGUALDADES**

	I	II	III	IV	V	VI	VII	VIII	IX	X	XI	XII	XIII	XIV
I		-										+		
II	++													
III	++								++	+	+	++		+
IV	++		++						+			++		
V	++	++												
VI		-	++	++										
VII				++	-	-								
VIII	++						++					++		
IX	+						++			+		+		
X			++				++		+					
XI	++	-	+				+			+		+	+	
XII	++	-					++			+	+		++	
XIII	++						++				+	++		+
XIV	++						++		++			++	+	

*Leyenda: I= desigualdades en el seno de las relaciones de producción; II=desigualdades en los cobertura institucional; III= frente al empleo; IV=ingresos; V= obligaciones jurídicas; VI= prestaciones sociales; VII=renta disponible; VIII= consumo; IX= patrimonio; X= vivienda; XI=salud y sanidad; XII= instrucción; XIII= uso del tiempo libre; XIV=uso de equipamientos públicos; El valor + representa una correlación estadística de incremento de la desigualdad y ++ incremento muy intenso de la misma; contrariamente, - representa una correlación estadística inversa, de decrecimiento de las desigualdad y -- una intensificación de dicho decrecimiento.*

La existencia de un nada desdeñable número de variables evaluativas con clara e intensa correlación significa que los individuos que se encuentran en una situación desfavorable en ese ámbito lo estarán también en el otro. El procedimiento analítico puede ampliarse de forma reiterativa y, convendríamos con los autores en que las personas que se sitúan en una posición desfavorecida en

determinados ámbitos desigualitarios, lo estarán, generalmente, en muchos otros.

Si esto es así, podremos hablar de desigualdades estructurales, insertas en la propia organización social. Esto nos acaba llevando, de nuevo, a uno de los objetos de estudio centrales de la Sociología y primordiales para el estudio de las desigualdades: la *Estructura Social*. Ambos conceptos aparecen emparentados y así lo refleja el simple y frecuente hecho de encontrarnos con obras que bajo el título de Estructura Social y desigualdad, tratan una serie de temas, que se le suponen comunes y adyacentes, sin mayor diferenciación interna. De hecho, la forma habitual de tratamiento de las mismas se ha centrado bien en aspectos específicos y parciales de las desigualdades (de clase, de género, de raza, de hábitat, de origen, de consumo, de ingresos, etc.) o bien, de modo más general, en el análisis de la organización social o estructura social<sup>9</sup> de cada sociedad determinada. Esto último permite descubrir una concepción e interpretación de las desigualdades sociales sobre la que se pueden desarrollar paradigmas interpretativos opuestos, formando escuelas de amplia implantación en las Ciencias Sociales. En concreto, los condicionantes estructurales impuestos por la organización productiva y los *status* asociados a la misma, priman claramente sobre otras situaciones desigualitarias.

---

<sup>9</sup> Suele atribuirse a *Herbert Spencer* (1969) la introducción del término estructura en Sociología, si bien, su fascinación por las sociedades de *organismos vivos*, le llevó a extrapolar el concepto e identificar, sin más, la noción de "estructura biológica" aplicada al organismo y la de "estructura social", aplicada a la sociedad. Este hecho le excusó de un esfuerzo adicional de precisión del término, si bien, su influencia en los autores posteriores ha sido crucial. *Radcliffe-Brown* desde la Antropología identificó con el concepto de *relaciones sociales* (*Radcliffe-Brown*, 1986). *Lévi-Strauss* reacciona contra esta identificación entre "estructura social" y "relaciones sociales". Para él, la "estructura social", no puede reducirse sin más al conjunto de relaciones observables en una sociedad determinada, ya que la *estructura social* no es algo directamente observable, sino *latente*. (*Lévi-Strauss*, 1976:251 y ss.). Sin embargo, las principales tradiciones teóricas en sociología han considerado que la estructura era algo observable e inherente al sistema social, explícito tanto en la perspectiva marxista (*Marx*, 1859:4; *Wright*, 1978:4), como en la funcionalista (*Merton*, 1964:36; *Barber*, 1964:17). Ello ha llevado a considerar, básicamente, a todo análisis sociológico como estructural (*Viet*, 1970:101-171).

## 11.3. ESTRUCTURA SOCIAL DESGUALITARIA.

### 11.3.1. Las desigualdades en la Estructura Social.

La Estructura Social, como disciplina sociológica, ha insistido reiteradamente en la elaboración de una teoría genérica sobre los procesos de jerarquización y desigualdad, tal como se observan en cada forma concreta de organización social.

Las desigualdades sociales aparecen con frecuencia objeto de estudio de la sociología de forma un tanto periférica: el objeto real y central de estudio se centra en la forma en que se organiza y *estructura* la sociedad, lo que ha llevado a un estudio de la forma en que los *roles* y *posiciones sociales* se distribuían, de forma desigualitaria, en el seno de cada sociedad (Almaraz, 1996).

Es más que patente que, a pesar del reiterado recurso a la noción de Estructura, ésta adolece todavía de un *corpus* claro y consistente que pueda caracterizarlo y concretarlo en sus referencias a las Ciencias Sociales, en general, y a la Estructura Social, como disciplina académica ampliamente institucionalizada, en particular<sup>10</sup>. Instituciones y grupos representan el contenido básico de las estructuras sociales. Cada miembro del grupo ocupa "una *posición*" (*status*) determinada. A cada uno de estos *status* se le asocian un conjunto de "papeles"

---

<sup>10</sup> Una primera aproximación, hecha desde una perspectiva metodológica (epistemológica), parte de concebir a los términos estructura y coyuntura complementariamente en la configuración de un sistema, del cual pueden separarse conceptualmente, en base a que unos elementos actúan como estabilizadores y definidores del mismo, y los otros suponen atributos variables que, aunque importantes, no son indispensables en dicho conjunto. De forma muy genérica hablamos de estructuras para referirnos a <<un conjunto coaligado de partes de un complejo que tiene por objeto garantizar la permanencia y el funcionamiento de un sistema>> (Abbagnano, 1973:785). Un *Sistema* es una realidad que se capta o percibe como compuesta por un conjunto de elementos o partes que se hayan relacionados entre sí por un principio que es discernible. La *Estructura* sería el conjunto interdependiente de elementos, de naturaleza estable, que hacen que el sistema exista como tal. La *Coyuntura* aparecería como el conjunto de elementos espúreos y cambiantes que formarían parte de ese sistema sin constituir parte esencial del mismo, ni contribuiría a su mantenimiento o funcionamiento como tal. Características comúnmente asociadas a la estructura son: la globalidad, la autorregulación, su acronicidad y su carácter subyacente (Tinbergen, 1952; Giner, 1976:58-59; Ginsberg, 1939; Tamames, 1975:19 y ss.; Machlup, 1958; Feito Alonso, 1995:1, Boudon, 1972:14, Piaget, 1974:7-21).

(*roles*) que quienes los ocupan "se supone" que deben desempeñar. Al conjunto integrado y coherente de roles que tienen una misión u organización específica se le denomina *institución*. Una institución es un complejo o *racimo de roles* (Bottomore, 1967:116). Los *status* son, pues, el aspecto estático, asociado a la estructura, en tanto que los *roles* son un aspecto dinámico, asociado a la función y el comportamiento. Los status pueden ser *adscritos*, cuando derivan de factores sobre los que el individuo no tiene control (raza, edad, sexo, etc.), en tanto que los status *adquiridos* son aquellos en los que el individuo puede incidir con su acción o su conducta (estudiante, trabajador, esposo, líder sindical, etc.). Las posiciones sociales se definen por mantener asociados unos roles predefinidos y no tienen por qué tener necesariamente una relación jerárquica entre ellos; por ejemplo, la posición de adolescente no es ni superior ni inferior a la de la infancia (Heller: 1969:3). Sin embargo, frecuentemente, dichas posiciones llevan asociado un valor gradacional de deseabilidad social o de desigualdad social patente y discernible, *relacionalmente*, que sirve de fundamento para hablar de una *jerarquización de status y roles*. En estas jerarquizaciones intervienen factores objetivos y subjetivos, pero, en definitiva, suponen siempre una *estratificación social*, base sobre la que se asientan y edifican las teorías sobre la desigualdad social inserta en la estructura social.

Conviene, desde un primer momento, distinguir entre una serie de conceptos asociados pero analíticamente autónomos, tales como los de *estratificación social*, *diferenciación social* y *desigualdad social* (Kerbo, 1983:10-12). La *diferenciación social* es una condición para que exista *estratificación social* y *desigualdad social*, pero no la implica necesariamente. Las diferencias remiten, por oposición, a las identidades, derivando, algunas de ellas, en sujetos de *desigualdad*. La *estratificación social* implica la institucionalización sancionada de un sistema jerarquizado de *posiciones* sociales diferenciadas. La *desigualdad social* se amplía más allá, hasta otros sistemas de acceso diferencial a los recursos, los servicios, las posiciones, el trato, etc. El concepto de *estratificación social* tam-

poco debe confundirse con el de estructura de clases, pues este último lo relegamos para referirnos a un tipo determinado de definición de la formación de grupos sociales desiguales<sup>11</sup>.

En el estudio de la desigualdad social, asociado a los aspectos estructurales de la sociedad, interesarán los aspectos jerarquizadores, aquellos que permitan precisamente hablar de desigualdades. Cuando las desigualdades jerárquicas se refieren a grupos poblacionales que comparten unas mismas características definitorias, podemos hablar de un sistema de estratificación social

Las conexiones entre los conceptos de Estructura Social y desigualdad social son, pues, evidentes. Sin embargo, es difícil reducir todo el sistema de organización social a una única estructura (Caínzos, 1995). Fernández Enguita ha señalado como es posible distinguir cuatro estructuras principales de relaciones sociales, tales como los hogares, el Estado, los mercados y las organizaciones, cada una de las cuales con una forma específica de desigualdad característica: el privilegio, como característico de las dos primeras y la explotación, para los mercados y las organizaciones. A su vez, las primeras son básicamente de pertenencia involuntaria, adscriptivas y no especializadas, mientras que las segundas son de filiación voluntaria, adquisitivas y especializadas (Fernández Enguita, 1993).

<<Las posiciones individuales en el seno de las redes de pertenencia son adscritas, mientras que en el interior de las redes de afiliación son adquiridas; podríamos decir también que en el hogar y el estado se es de una *condición*, mientras en la organización o el mercado se está en una *posición*>> (Fernández Enguita, 1993:51).

Es difícil explicar las desigualdades sociales, todas ellas, en base a alguna variable explicativa de carácter estructural, como por ejemplo, las clases sociales —en su acepción causal marxista (Wright, 1995:21-22)—. Es posible conside-

---

<sup>11</sup> Un visión alternativa matizaría esto último, de tal forma, que lo específico de las *clases* no es tanto la forma de definición de las mismas, sino el hecho de que sean la formas principales de desigualdad características de las sociedades industriales (Tezanos, 1988:293; Giner, 1986:118).

rar y distinguir las diferentes estructuras que rigen los múltiples ámbitos en los que se desarrollan las relaciones interpersonales (Carabaña, 1994 y 1995). El estudio de las desigualdades sociales puede descomponerse así en una tipología que dé cuenta de las esferas o estructuras de relación social que las define. El privilegio, característico de la desigualdad en las comunidades familiares y territoriales, da lugar a hablar de *categorías sociales*; la inaccesibilidad a determinados bienes da lugar a la *exclusión*, mientras que la diferente posesión de recursos materiales da lugar a rentas desiguales y situaciones de pobreza, así como las desigualdades dentro de organizaciones y mercados dan lugar a relaciones de explotación y a la formación de clases sociales.

Tras el análisis de la jerarquización estructural de la sociedad, que con frecuencia se ha conocido como formas de estratificación social, aparecen tres grandes marcos o tradiciones teóricas. Por un lado, aparece todo un amplio grupo de teóricos que entienden la sociedad como un sistema en el que sus elementos componentes desempeñan una determinada función, diferente y necesaria que, para su correcto desempeño, precisará de toda una serie de premios y recompensas generadoras de posiciones jerarquizadas y, por ende, desigualitarias socialmente (el funcionalismo); por otro lado, el marxismo presentará un enfoque opuesto, tras la concepción de que el modo de producción y la forma del control de los medios de producción encierran en sí formas de desigualdad inherentes, modificables si se transforma dicha estructura; finalmente, una tradición alternativa, de herencia weberiana, con un claro acento analítico en los aspectos relacionados con la acción social, lleva a cabo una propuesta alternativa, emparentada simultáneamente con las otras dos tradiciones, que concreta en formulaciones de tipo “cierre social”, exclusión y clases sociales, formadas por intereses específicos de sus individuos, como formas reales de desigualdad social estructural<sup>12</sup>. Aparecen así tres enfoques (funcionalista, marxista y weberia-

---

<sup>12</sup> Junto a esas tres posturas habría que considerar a toda una serie de sociólogos que difícilmente podríamos asociar o adscribir a alguna de ellas, pero que han dedicado buena parte de su trabajo a analizar la estructura social, presentando propuestas alternativas.

no), bajo tres tipos de analíticas claramente diferenciables de la estructura social (Hindens, 1973; Nichols, 1979; Marshall et al., 1988). Desde el carácter instrumental e integrador<sup>13</sup> de los *estratos sociales* establecidos en la teoría funcionalista, pasando por la pluridimensionalidad de la definición de las *clases sociales* en los teóricos weberianos, hasta el monismo economicista del marxismo, el análisis de la estructura social permanece multiparadigmáticamente abierto (Kuhn, 1962; Ritzer, 1975 y 1980; Gouldner, 1970; Friedrichs, 1970; Effrat, 1972).

Tezanos (1988b:348) ha sintetizado esquemáticamente los principales puntos de divergencia entre los estratos sociales del esquema teórico funcionalista y el concepto de clase social:

---

Entre ellos citaríamos la ortodoxia clásica de R. Miliband, la de quienes estudian el papel de las clases centrándose en aspectos específicos como el del Estado (T. H. Marshall), la importancia de las organizaciones corporativas (C. Offe) o la emergencia de los sujetos y actores sociales (A. Przeworski). Así mismo, cabría considerar el neofuncionalismo de N. Luhmann, la teoría del cambio cultural de Inglehart, etc.

<sup>13</sup> Es importante resaltar el papel integrador que los funcionalistas atribuyen al sistema de estratificación social: <<Contrariamente a la primera impresión, aunque acentúa diferencias entre la gente, una función esencial del sistema de estratificación en una sociedad es la función *integradora*. Es decir, que en la medida en que el sistema de estratificación es expresión o resultado de juicios diferenciales de jerarquía según una tabla de valores, sirve para unificar la sociedad. Los hombres tienen una sensación de que se ha hecho justicia y se ha recompensado la virtud cuando creen que han sido justamente valorados como superiores o inferiores por las normas valorativas de su propia comunidad moral. [...] El sistema de estratificación social también puede tener una función *instrumental o adaptativa* en la medida en que suministra, en su estructura de jerarquías diferenciales, un conjunto de servicios y recompensas relativos para que se realicen las actividades valoradas en la sociedad, y un conjunto de privaciones y castigos relativos por no haber hecho esas cosas o no haberlas hecho bien>> (Barber, 1957:17). Responde así a cuál es la función del sistema de estratificación social en la sociedad



Cuadro n° 71

**ESQUEMA DE DIFERENCIAS ENTRE LOS CONCEPTOS DE CLASE Y ESTRATO.**

Elementos de diferenciación	Clase social	Estrato social
Niveles preferentes de apreciación	Objetivo	Subjetivo o de ordenación
Ámbitos de apreciación	Estructuras	Procesos de interacción y funciones
Criterios de clasificación	Precisos y concretos	Fluidos y, a veces, de difícil medición, variando en cada sociedad, cambiando con el tiempo, sin distancias sociales precisas, etc.
Factores configuradores	Un factor prevalente: <i>unidimensionalidad</i>	Varios factores, <i>pluridimensionalidad</i>
Factor fundamental	Económico	Prestigio social (asociado a la ocupación y en relación con riqueza y poder)
Carácter social	Grupos bastante cristalizados	Grupos abiertos (gran movilidad social)
Visión de la pirámide social	Antagonismos dualizados	Continuum plural de posiciones escalonadas, pero complementarias y emulativas
Ideas relacionales connotadas	Conflicto de clase	Ajuste funcional
Papel social que cumple	Ser factor de cambio social	Distribuir estimulatoriamente las recompensas entre cualificaciones y competencias desiguales
Marco de referencia básico	La historia	El sistema social en equilibrio.
Enfoque teórico de referencia	El dialéctico-estructural	El de la interacción social.

A su vez, las tradiciones weberiana y marxista, se oponen ya desde los principios conceptuales que las orientan. Podemos mencionar, resumida y estereotipadamente, las siguientes oposiciones conceptuales: (González, 1992:24; Val Burris, 1993:128-129; Giddens, 1973:44-45)

- a) Para Marx, las clases son expresión de las relaciones sociales de *producción*, mientras que Weber las considera como posiciones comunes respecto del *mercado*.
- b) Marx concibe las clases como una *estructura objetiva* de posiciones de clase, mientras que el análisis de clase weberiano se construye en el marco de una teoría de la acción social, in-

ciendiendo en un mayor interés por los procesos de formación de clase y de movilidad.

- c) Énfasis marxista en la división del trabajo *versus* la identidad social y política de los agentes sociales, de los weberianos.
- d) En la teoría de Marx, la lógica esencial de las relaciones de clase es la lógica de la *explotación*, donde la dominación política e ideológica se interpreta como un simple medio para asegurar la explotación; por el contrario, Weber concibe la *dominación* como un fin en sí mismo (Burris, 1993:129).
- e) Marx sostiene una concepción unidimensional de la estratificación y las divisiones sociales, donde las relaciones de clase son capitales, mientras que Weber sostiene una concepción multidimensional en la que las relaciones de clase se entrecruzan con otras bases (no clasistas) de asociación, señaladamente el estatus y el partido, que a menudo tienen primacía sobre ellas.

En definitiva, para los marxistas las clases son fuerzas motrices antagónicas del devenir histórico, <<fuerzas estructurales de tensión entre trabajo y capital>> (Pakulski, 1993b:134), mientras que en la tradición weberiana son preferentemente categorías referidas al tipo de mercado y a las desigualdades de oportunidades en el acceso diferencial a los bienes y servicios<sup>14</sup>. Los weberianos rechazarán la bipolaridad de las clases, enfatizando las relaciones de autoridad y movilidad en la formación de clase y, en general, multiplicando los factores con-

---

<sup>14</sup> El concepto weberiano de clase no pretende especificar y defender una jerarquía sistemática de elementos conceptuales. Esto significa que pueden desplegar una variedad de tipos diferentes de criterios para definir los aspectos de las estructuras de clase de forma bastante *ad hoc*. No precisan articular una ordenación conceptual de problemas relacionados con los intereses materiales, las experiencias vividas y las capacidades para la acción colectiva en la especificación de la estructura de clase, tal como rige en la tradición marxista.

formadores (Gerth/Mills, 1971:289). Aunque el concepto weberiano de clase es relacional, no tiene que estar ligado a ningún "modo de producción". Las clases dentro de la tradición weberiana son concebidas como categorías de estratificación específicas de las sociedades de mercado y así no hay necesidad de desarrollar un esquema general de análisis para aplicarlo a diferentes tipos de sistemas económicos.

### 11.3.2. Problemas taxonómico-operativos de las categorías de clase.

El concepto operativo de clase aparece caracterizado, como tantos otros de los que habitualmente hacemos uso en las Ciencias Sociales, con un alto grado de polisemia. En ocasiones se ha empleado para describir los grupos que se sitúan dentro de un orden jerárquico; en otras, con una connotación de prestigio o nivel social; también para describir estructuras de desigualdad material o como fuerza real o potencial con capacidad para transformar la sociedad. Algunas tipologías taxonómicas diferencian los esquemas continuos de los discontinuos (Landecker, 1963); las clasificaciones unidimensionales de las multidimensionales (Lipset, 1989); las dicotómicas, de las gradacionales o funcionales (Ossowski, 1963)<sup>15</sup>; las realistas de las nominalistas (Lanski, 1966); las basadas en un teoría mínima, intermedia o máxima (Parkin, 1984)<sup>16</sup>; los dicotómicos de los multicate-

---

<sup>15</sup> Ossowski considera que estos tres tipos de representaciones dicotómicas no son excluyentes, pero cada una de ellas es predominante en cada momento histórico, al menos entre los pensadores de cada época. Normalmente los pensadores del s. XIX y XX han considerado la tercera como predominante, pero ha habido excepciones, como por ejemplo Saint-Simon, quién incluía en "la clase obrera" a los "auténticos productores" fuesen industriales o bien trabajadores asalariados sin propiedad, lo que hace que su esquema sea compatible con la existencia de importantes diferencias de poder y riqueza (Ossowski, 1963:27). Según Ossowski, Marx tiene en cuenta en su elaboración teórico los tres sistemas de representación (*Ibid.*, 69-70).

<sup>16</sup> La *teoría máxima*, que Parkin ejemplifica en Baran (1957), mantiene una definición de clase eminentemente política, próxima a la praxis de los partidos socialistas y socialdemócratas europeos, con una numerosísima base proletaria-trabajadora y una mínima burguesía dominante. Son teorías creadas para la justificación de los partidos de masas y su interés teórico es muy poco importante. Lo mismo podría decirse para las teorías que califica de *intermedias*, pero con la salvedad de su diferente grado de implicación teórico-práctico. Las contribuciones más importantes a la teoría marxista minimalista clásica provienen de diferentes áreas de conocimiento: la filosofía de Althusser, en Economía Bettelheim, y en Sociología Lucács y, especialmente, Poulantzas. (Parkin, 1984:33).

góricos y de los orgánicos (Morales/Abad, 1990), los de sentido común<sup>17</sup> de los de prestigio y de los relacionales (Crompton, 1993), las mixtas de las modales (Cainzos, 1995). Cierta línea empirista empleada por los economistas (Jencks, 1991) y, frecuentemente por buena parte de las *estadísticas oficiales*, recogen el concepto de clase como una categoría básicamente descriptiva.

La operatividad de la clase social, como concepto categórico instrumental para el análisis desigualitario, deberá reunir la siguientes características: 1) debe permitir la construcción de un esquema jerárquico; 2) cada clase debe ser entendida como una categoría discreta; y 3) debe también explicar la distribución desigual de recompensas y ventajas sociales (Van Parijs, 1993:190-191). Otras características propias del concepto de clase no son imprescindibles para que esta noción sea útil a la metodología de los análisis desigualitarios —por ejemplo, que la clase explique la consciencia y la acción social o que la clase esté construida respecto a las posiciones individuales con respecto a los medios de producción—. No obstante, el hecho de que cumpla las condiciones anteriores, puede darle un mayor valor teórico-explicativo. En esta última línea, la estructuración de clases es considerada como un sistema de diferenciación social en base a unos mecanismos que generan efectos diferentes para cada colectivo poblacional. <<Las estructuras de clase designan mecanismos reales. Definir una clase, por lo tanto, es establecer la naturaleza de esos mecanismos. Los mecanismos son procesos generadores de efectos>> (Wright, 1993:29).

Pakulski (1993a y 1993b), abundando sobre esto, diferencia dos tipos de esquemas cosntructivos de las clases sociales. Una, la acepción explicativa y generadora, entiende que la clase debe estar ligada a la posición objetiva en el

---

<sup>17</sup> La socióloga inglesa Rosemary Crompton, en su obra *Clase y estratificación* (1993), se refiere al doble uso del término clase. Por un lado, el controvertido uso del termino por parte de los sociólogos y por otro el empleo coloquial que comúnmente se hace del mismo: <<la utilización cotidiana de la palabra se aproxima más a la noción de prestigio o distinción social. Esto parece confirmarse —continúa la autora— en la opinión periodística de que "con el paso de los años, el asunto de la diferencia de clase ha quedado reducido a una cuestión de estilo (*Observer*, 6 de octubre de 1991). Pero ¿por qué razón habría de considerarse el estilo fuera de los límites de la sociología?>> (Opus cit., p. 27).

proceso productivo aunque se emplee para explicar formas de consciencia sociales. Es posible diferenciar, dentro de este esquema, a los teóricos que ven a las clases como generadoras de conflictos en la línea trabajo *versus* capital (Althusser, 1965) frente a los que ponen especial énfasis en la consideración de su carácter de actores colectivos (Touraine, 1971). Por otro lado, estarían los usuarios de un concepto categórico/descriptivo (*categorical/descriptive*) en el que las clases son unidades de estratificación (desigualdades en poder social, económico, prestigio, etc.) pero no forman necesariamente las bases de identificación y conflicto. También entre estos últimos se puede distinguir entre objetivistas y subjetivistas. Los objetivistas ven las clases como determinadas primariamente por los ingresos, la educación, ocupación, etc. y sus combinaciones, construyendo escalas jerárquicas (Broom/Cushing, 1977). Los subjetivistas enfocan las desigualdades reflejadas en la conciencia e identidad de los actores, en aspectos socioculturales de las desigualdades sociales y sus correlaciones, reproducidas intergeneracionalmente (Bourdieu, 1988). La jerarquías implican para estos últimos significados representados por convenciones sociales y otros símbolos (coeficiente humanístico)<sup>18</sup>.

Rosemary Crompton, en una línea próxima, entiende que pueden distinguirse: <<a) los esquemas de clase ocupacionales creados principalmente como medida descriptiva de sentido común en la investigación empírica [...]; b) las escalas subjetivas de prestigio ocupacional o posición social; y c) esquemas ocupacionales “teóricos” de clase contruidos con una referencia explícita a los enfoques teóricos de Marx y Weber>> (Crompton, 1993:74). Sobre estos últimos matizará la distinción entre los modelos basados en el mercado y los que se basan en la producción (Crompton/Gubbay, 1977).

---

<sup>18</sup> Más adelante, Pakulski matizará que para los primeros, las clases son omnipresentes, pero están escondidas al análisis empírico y es necesario presuponer su existencia. Para los segundos también son omnipresentes, pero más tangibles. Aparecen siempre que se forman grupos solidarios y desafían a los valores dominantes (Pakulski, 1993b: 136).

Wright mantiene una línea similar al considerar dos dimensiones sobre las que varían los conceptos de clase: <<1) si el concepto supone o no *relaciones de apropiación*, y 2) si supone o no *relaciones de dominación*>> (Wright, 1985:329). El gráfico siguiente, que aparece en la obra *Clases* de Wright, da una idea sobre la tipología de definiciones de clase, consideradas por éste.

Cuadro 72

**TIPOLOGÍA DE LAS CONCEPTUALIZACIONES DE CLASE PROPUESTA POR E. O. WRIGHT**

		Relaciones de dominación	
		Centrales en el concepto de clase	Marginales o ausentes del concepto de clase
Relaciones de apropiación	Centrales	Definiciones marxistas	Definiciones basadas en el mercado: Weber
	Marginales	Definiciones por la autoridad: Dahrendorf, Lenski	Definiciones gradacionales por el estatus: Parsons

<<Así, las clases no son simples categorías definidas ni por las relaciones sociales que distribuyen los recursos económicos, ni por las relaciones por las que un grupo domina a otro; están definidas por aquellas relaciones de apropiación que son al mismo tiempo de dominación. La dominación sin apropiación o la apropiación sin dominación no constituyen relaciones de clase>> (Wright, 1985: 330).

El esquema propuesto por E. O. Wright considera que las desigualdades son traducibles a cuatro tipos de ventajas materiales: sobre las personas, sobre los medios de producción, sobre las cualificaciones y sobre los bienes organizacionales<sup>19</sup>. En este sentido hace más compleja la división que Roemer hacía a su vez de ventajas de tipo riqueza o cualificaciones. Parte de la distinción de cuatro tipos de recursos; la desigual propiedad o control de los cuales constituía

<sup>19</sup> Inicialmente, Wright (1978) se señalan sólo tres dimensiones en el control sobre los recursos económicos de la producción capitalista moderna que permiten identificar las clases: 1) el control sobre inversiones o el capital; 2) el control sobre los medios físicos de producción (tierra o fábricas y oficinas) y 3) el control sobre la fuerza de trabajo. Con este triplete la distinción entre burguesía y proletariado funcionaba correctamente, pero suponía problemas para la ubicación de los Cuadros, que solucionó posteriormente incluyendo la dimensión de las cualificaciones.

la base de las distintas formas de explotación: los bienes de fuerza de trabajo (explotación feudal), los bienes de capital (explotación capitalista), los bienes de organización (explotación estatista) y los bienes de cualificación o credenciales (explotación socialista).

Siguiendo estos razonamientos, elabora un cuadro esquemático de las clases sociales resultantes de desplegar matricialmente estos cuatro componentes:

Cuadro nº 73

**ESQUEMA DE CLASES BASADO EN LAS EXPLOTACIONES MÚLTIPLES**

PROPIETARIOS	NO PROPIETARIOS (ASALARIADOS) <sup>20</sup>			
Burguesía.	Directivos expertos.	Directivos cualificados.	Directivos no cualificados.	+
Pequeños patronos.	Supervisores expertos.	Supervisores cualificados.	Supervisores no cualificados.	>0
Pequeña burguesía.	Expertos.	Obreros cualificados.	Proletarios.	-
	+	>0	-	

Bienes de cualificación

Bienes organizativos

El procedimiento utilizado para la construcción de este esquema consiste, primeramente, en caracterizar la propiedad de cada bien productivo. Así aparecerán propietarios (tres subgrupos, según su *cantidad* de propiedad) y asalariados. Estos últimos vendrán a desagregarse en función de su grado de participación en las tareas de organización y en su nivel de cualificación, dando lugar a nueve celdillas de asalariados y tres de propietarios. Su concepto de clase tiene

<sup>20</sup> Obsérvese que la matriz está sólo desarrollada para el caso de los asalariados, pero podría estarlo también para los no asalariados, lo que daría lugar a la distinción, por un lado, entre propietarios de medios de producción que gestionan el negocio (empresarios propiamente dichos) y los que no lo hacen (rentistas), y, por otro, entre propietarios expertos y no expertos (tal como hace Goldthorpe cuando separa los profesionales del resto -si bien este último autor junta los propietarios profesionales con los profesionales no propietarios). Concretamente, la distinción entre Capitalistas Directivos y No directivos (o rentistas) es una consecuencia directa del Principio de Correspondencia entre Clase y Explotación (formulado por Roemer) aplicado a los mercados de trabajo y de crédito, pero tiene el inconveniente de salirse fuera del ámbito de la división del trabajo o, en otras palabras, de la estructura ocupacional en que se sitúan las teorías de las que aquí nos estamos ocupando.

en cuenta que: 1.- La estructura de clases impone límites a la formación de clase, la consciencia de clase y la lucha de clases; 2.- Las estructuras de clases constituyen las líneas cualitativas esenciales de demarcación social en las trayectorias históricas del cambio social; 3.- El concepto de clase es un concepto relacional; 4- Las relaciones sociales que definen las clases son intrínsecamente antagónicas ;5.- La base objetiva de estos intereses antagónicos es la explotación 6.- La base fundamental de la explotación debe buscarse en las relaciones sociales de producción (Wright, 1985:28-41).

Goldthorpe, en un contexto teórico weberiano, propondrá unas categorías de clase que tengan su reflejo tanto de los niveles de renta y condiciones de empleo, como en la localización de la autoridad en los mismos (Goldthorpe, 1980:25), apoyándose teóricamente en una escala de deseabilidad social de las ocupaciones (Goldthorpe/Hope, 1974). Además Goldthorpe tendrá también en cuenta las *situaciones de empleo* —en sintonía con el esquema de Lockwood (1958)—, con las que diferenciará la relación de cada tipo de ocupación con los medios de producción.

<<La desigualdad en las sociedades industriales proviene principalmente de que las diferentes ocupaciones perciben distintas retribuciones. Una economía basada en la empresa privada tiende a acumular desigualdad; es como un juego en el que el ganador de una ronda consigue con ello una situación mejor para la siguiente. Además, en todas las sociedades industriales [...] es corriente encontrar obreros recompensados por un rendimiento extra, y por una habilidad extra, al tiempo que los incentivos también se conceden por responsabilidades extras. Realmente, encontramos pocas excepciones a la regla según la cual si una persona supervisa el trabajo de otra, la primera persona está mejor pagada que la segunda. Cuanto más grande sea la organización y mayor el número de escalones o rangos de su jerarquía, más amplia será la diferencia entre la paga de las personas que están arriba y de las que están abajo. Esto se cumple tanto en las organizaciones públicas como en las sociedades comerciales privadas>> (Goldthorpe, 1982:177-178).

Propone así <<combinar categorías ocupacionales cuyos miembros (resultarían) comparables, de un lado, en términos de sus fuentes y niveles de



renta y otras condiciones de empleo, en su grado de seguridad económica y en sus posibilidades de mejora económica; y, de otro, en su localización en los sistemas de autoridad y control que rigen los procesos de producción en que se encuentran involucrados>> (Goldthorpe, 1980:40). Al lado de estos "componentes principales", Goldthorpe incluye la *situación de empleo* como parte de definición de una ocupación. Así, por ejemplo, "fontanero autónomo" es una ocupación diferente que "fontanero capataz" o que "fontanero simple empleado", dejando de esta manera explícita la relación con los medios de producción.

El modelo Goldthorpe está constituido por categorías ocupacionales cuyas unidades últimas proceden de la escala de deseabilidad social de las ocupaciones construida a principios de los años setenta, a partir de una amplia muestra de varones ingleses (Goldthorpe/Hope, 1974). El modelo tiene en cuenta la *situación de trabajo* y la *situación de mercado*, combinadas con la *situación de empleo*, que distingue las siguientes categorías:

1. Por cuenta propia, con más de 25 empleados.
2. Por cuenta propia, con menos de 25 empleados.
3. Por cuenta propia, sin empleados
4. Directivos de empresas con más de 25 subordinados
5. Directivos de empresas con menos de 25 subordinados
6. Capataces y supervisores
7. Empleados

La propuesta de clases de Goldthorpe da como resultado el siguiente esquema categórico:<sup>21</sup>

---

<sup>21</sup> Una desagregación de estas tres clases en trece subgrupos puede consultarse en González, 1992, pp. 40-41, así como una comparación exhaustiva de este modelo con el propuesto por Wright.

Cuadro n° 74

## ESQUEMA DE CLASES DE GOLDTHORPE

<i>CLASE DE SERVICIO</i>
I. Profesionales superiores; directivos de grandes establecimientos y grandes empleadores (más de 25 empleados)
II. Profesionales de nivel medio e inferior; técnicos superiores; directivos de pequeños establecimientos (menos de 25 empleados); supervisores de empleados no manuales.
<i>CLASES INTERMEDIAS</i>
IIIa. Empleados no manuales de rutina en la administración y el comercio.
IIIb. Trabajadores de servicios personales y de seguridad
IVa. Pequeños propietarios, artesanos, etc. con empleados (menos de 25)
IVb. Pequeños propietarios, artesanos, etc. sin empleados.
IVc. Agricultores, pescadores, etc.
V. Supervisores de trabajadores manuales, técnicos de nivel inferior, etc.
<i>CLASE OBRERA</i>
VI. Trabajadores manuales cualificados.
VIIa. Trabajadores semicualificados y sin cualificar no agrarios.
VIIb. Trabajadores agrarios

El procedimiento para elaborar esta clasificación consiste en la agrupación de aquellas ocupaciones que presentan semejanza desde el punto de vista de la situación de trabajo y de mercado, dejando la posibilidad de promover algunas de ellas de una categoría a otra, a la vista de la situación de empleo. Uno de los inconvenientes reiteradamente achacados al modelo es la heterogeneidad de algunas de sus categorías, típicamente la clase de servicio, que incluye tanto a quienes se encuentran *al servicio de*, como a profesionales superiores que trabajan por cuenta propia e incluso a hombres de negocios que se encontrarían claramente al lado de quienes se benefician de tal *servicio* y no de quien los presta<sup>22</sup>.

Menciona Goldthorpe que asociado a estas desigualdades, que centra en el cabeza de familia como indicador de la familia, se encuentran las derivadas y asociadas de la educación, asentamiento/hábitat. Las clases surgen como

<sup>22</sup> Un buen y exhaustivo contraste empírico entre los modelos propuestos por Wright y Goldthorpe es el llevado a cabo en el *Estudio comparativo sobre clases sociales* (González, 1992).

<<colectividades sociales específicas [...] colectividades que pueden identificarse mediante el grado de continuidad en que, de acuerdo con las pautas de movilidad e inmovilidad de clase, sus miembros son asociados con determinados conjuntos de posiciones en el transcurso del tiempo>> (Goldthorpe, 1983:467). Una vez establecido el grado de identidad demográfica, la siguiente cuestión es investigar la formación de clase o <<diferenciación entre los miembros de las clases identificables en términos de sus oportunidades de vida, estilos de vida y pautas de asociación, y orientaciones sociopolíticas y modos de acción>> (*Ibid.*, 467). <<Por consiguiente, el enfoque de Goldthorpe sobre el análisis de clase sigue un modelo sistemático: estructura =>conciencia=>acción de clase>> (Crompton, 1993:85).

### 11.3.3. Prevalencia y pertinencia.

Tras la contribución de los teóricos de la sociedad post-industrial así como la de algunos analistas de fenómenos sociales que tradicionalmente se habían explicado a partir de las teorías de clase (como el voto, los movimientos sociales o la conciencia social en general), se ha puesto en cuestión el papel, significado y utilidad del concepto de clase (Marshall *et al.*, 1988). Actualmente una serie de autores defienden la obsolescencia del análisis de clase debido a la pérdida de capacidad de determinación de identidades y conflictos sociales y políticos por parte de las variables ligadas a la esfera laboral<sup>23</sup>. Así, ya en la reunión de la Asociación Americana de Sociología de 1958, Robert Nisbet anunciaba <<la caída y declive de las clases sociales>> (Nisbet, 1959). Si bien el con-

---

<sup>23</sup> Los ataques al análisis de clase se han producido desde tres direcciones (Hout/Brooks/Manza, 1993: 260): 1) El enfoque funcionalista de la estratificación social, que niega la relevancia de la desigualdad basada en la posesión de propiedades para la división de la sociedad en grupos: Davis and Moore (1945); Parsons (1968 y 1976); Sorensen (1991); 2) Algunos teóricos que desde un análisis de las sociedades contemporáneas *post-industriales* emergentes preveen un declive del sistema de estructuración clasista definido en torno a la propiedad y dominio de los medios de producción (Bell, 1976; Lipset, 1987; Touraine, 1971; Inglehart, 1991). 3) Teóricos de los "nuevos movimientos sociales" quienes rechazan el uso de la clase como elemento de estudio de la dinámica política y social de las sociedades contemporáneas: Cohen (1982); Laclau and Moffe (1985); Hall and Jacques, (1989).

cepto de clase era correcto en la sociología histórica, dice Nisbet, pierde valor en su utilización para las sociedades contemporáneas. No funciona en la esfera política debido al *marchandisen* de los votos (<<unstratified way among voters>>) (cf., p. 11) ni en la esfera económica, debido al peso de una economía que pasa, de los sectores primario y secundario, al terciario. Finalmente, Nisbet, arguye también que con la elevación del nivel de consumo los antagonismos de clase pierden intensidad.

Alain Touraine señalaba a principios de la década de los '70 que <<un nuevo tipo de sociedad se está formando ahora. Estas nuevas sociedades pueden ser denominadas postindustriales para acentuar lo diferentes que son de las sociedades industriales que las precedieron>> (Touraine, 1971:3). Brzezinski lo había observado para la sociedad americana en un artículo de 1967<sup>24</sup>. Actualmente se da por válida esta nueva forma de caracterizar las sociedades contemporáneas más desarrolladas. Pero bajo ese manto común se esconden importantes divergencias teóricas. Mientras Brzezinski<sup>25</sup>, D. Bell o R. Aron la consideran como una sociedad en la que las grandes divisiones sociales han sido en gran parte superadas, Touraine o Salvador Giner consideran que aparecen nuevas formas de dominación y conflicto.

En la emergente sociedad post-industrial de D. Bell (1973) aparecerían nuevas divisiones sociales que estarían definidas por un nuevo *principio axial*: "la centralidad del conocimiento teórico como fuente de innovación y formulación política de la sociedad". Esto se caracterizará en la práctica por una economía basada en la producción de servicios, frente a la economía basada en la

---

<sup>24</sup> El artículo al que hacemos referencia de Zbigniew Brzezinski apareció el 23 de diciembre de 1967 en le *New Republic*, pp. 18-21, con el título <<The American Transition>>. Años más tarde fue reeditado en la obra de WESTIN, A. F. (1971): *Information Technology in a Democracy*, Cambridge, Mass., pp. 161-167.

<sup>25</sup> Zbigniew Brzezinski escribe sobre una sociedad "tecnocrónica" en la que la <<Tecnología y especialmente la electrónica [...] se han convertido progresivamente en los determinantes del cambio social, alterando las costumbres, la estructura social, los valores y la perspectiva global de la sociedad>> (Brzezinski, 1970: 9). Brzezinski escribe que prefiere el neologismo "tecnocrónica" a "post-industrial" porque <<se refiere más directamente al carácter de los principales impulsos del cambio de nuestro tiempo>> (*Opus cit.*, p. 9)

producción de mercancías de la sociedad industrial. Las ocupaciones que se situarán en las posiciones más altas de la escala de jerarquía prestigio-retribución serán las técnico-profesionales. Las divisiones de clase basadas en la producción aparecen así modificadas para dar lugar a otras basadas en ese nuevo principio axial. Las clases sociales siguen existiendo, pero bajo un nuevo esquema, resultando cuatro clases (Bell, 1973:427-430):

A. La clase profesional: con cuatro niveles:

1. Científico.
2. Tecnológico (especialidades aplicadas: ingeniería, economía, medicina).
3. Administrativo.
4. Cultural (artístico y religioso).

B. Técnicos y semiprofesionales

C. Empleadores y vendedores.

D. Artesanos y obreros semiespecializados (asalariados de cuello azul).

La tesis de Ronald Inglehart (1991) sobre la importancia de los valores en las sociedades contemporáneas y, en concreto, el cambio de unos valores *materialistas* a otros *postmaterialistas*, aporta una importante explicación empírica de lo que las teorías de clases sociales no consiguen explicar. Los movimientos sociales y los conflictos sociales contemporáneos han revalidado el análisis empírico de Inglehart<sup>26</sup>. La conclusión sería que, una vez que las sociedades occidentales han internalizado la situación poco común, en perspectiva

---

<sup>26</sup> La hipótesis principal de Inglehart, formulada en numerosos trabajos y, de manera especial, en su primer libro: *The silent revolution*, publicado en 1977, es la de que los valores de las sociedades occidentales han estado cambiando, desde un énfasis casi exclusivo en el bienestar material y en la seguridad personal, hacia un énfasis mayor en la calidad de vida. La "revolución silenciosa" a la que Inglehart hace referencia consiste en un proceso de cambio desde lo que él denomina cultura "materialista" a otra cultura "post-materialista", es decir, desde una cultura que asigna una prioridad más alta a la satisfacción de necesidades fisiológicas (sustento o necesidades económicas, y seguridad o necesidades de seguridad personal), a otra cultura que asigna mayor prioridad a la satisfacción de necesidades sociales y de autorrealización (de pertenencia y estima, intelectuales y estéticas). Su argumento será entonces el de que las sociedades industriales avanzadas (mayoritariamente occidentales) han alcanzado un grado tal de desarrollo económico y tecnológico que les permite satisfacer las necesidades de sustento (económicas) de una proporción grande (y creciente) de sus poblaciones (Díez Nicolás, 1991:XIV-XV).

histórica, de haber alcanzado la seguridad económica y personal, sus preocupaciones se han dirigido a satisfacer otras necesidades, como una mayor participación en aquellas decisiones que tienen que ver con su trabajo, con su comunidad o con su gobierno, una mayor preocupación por el medio ambiente en el que viven, por los derechos y libertades cívicas y personales y, en general, a interesarse por los aspectos sociales, políticos, intelectuales y estéticos de la vida. Así, los países que hayan logrado satisfacer las necesidades de seguridad económica y personal para proporciones mayores de su población serán los que presenten, asimismo, mayor grado de valores posmaterialistas, mientras que cuanto menos garantizadas están esas necesidades (y para menor número de personas), mayor será el grado de valores materialistas que se podrá encontrar en su sistema de valores predominante.

La acentuación de estas características es también lo que lleva a Dahrendorf a hablar de sociedades post-capitalistas. En esta nueva sociedad las clases continúan existiendo pero varía, a su juicio, el tipo de conflicto. En la emergente sociedad el conflicto industrial no deriva en conflicto político; la noción de partidos obreros pierde su sentido y se pierde la conexión entre partidos y sindicatos. Esta misma idea se repite en los escritos de Raymond Aron<sup>27</sup>

Un símbolo reciente de toda esta polémica es el debate abierto en las revistas, principalmente americanas, surgido a partir de la publicación de un artículo de Clark y Lipset (1991), en la *International Sociology*, <<Are Social Class Dying>>, sobre la prevalencia de las clases en las sociedades contemporáneas. Sus autores comparten la división estructural en clases sociales, (en una línea próxima a los neoweberianos<sup>28</sup>) pero califican de <<concepto cada vez más pa-

---

<sup>27</sup> Los diversos escritos de Raymond Aron sobre el desarrollo de la "sociedad industrial" tienen por motivo principal una valoración comparativa entre Marx y Tocqueville. Las sociedades industriales (tanto capitalistas como socialistas) se caracterizan por la predominancia de los sectores terciario y secundario, la expansión constante de la productividad y el rápido incremento del índice de innovación tecnológica.

<sup>28</sup> Sobre el carácter weberiano de los argumentos manejados por Lipset, es buena muestra la aprobación que manifiesta de los análisis de Dahrendorf, Giddens y Parkin en su artículo conjunto con Clark (1991). Pakulski ha sido explícito a este respecto: <<Los argumentos weberianos sobre descomposición de las clases, estatización de los conflictos políticos,

sado de moda>> (Clark/Lipset, 1991:397) a las clases sociales, que han perdido su efecto en la política, la economía y la familia; los parámetros de estratificación están cambiando, afirman, y las clases sociales desaparecen (Lipset, 1987:410). Lamentan, además, que las <<clases permanezcan con preponderancia>> en las teorías y comentarios sociológicos (Clark/Lipset, 1991:401). Su propuesta no es nueva, sigue la de la tradición funcionalista, pero las etiquetas e ideología asimiladas a estas escuelas, impiden un debate riguroso sobre el tema

Mike Hout, Clem Brooks y Jeff Manza responden en 1993 en el *Journal of International Sociology*, con un artículo titulado <<The persistence of classes in Post-industrial societies>>, (Hout/Brooks/Manza, 1993) a las afirmaciones de desvanecimiento de las clases que en 1991 habían publicado Clark y Lipset. Estos autores defienden fervientemente la pervivencia de las clases y su validez analítica en las sociedades contemporáneas, aunque esa estructura haya sufrido importantes transformaciones con respecto a las formulaciones clásicas (Hout/Brooks/Manza, 1993:271).

<<Paralelo al desarrollo de las sociedades post-industriales se han ido produciendo importantes transformaciones en la estructura de clases. Clark y Lipset, en un artículo aparecido recientemente interpretan este fenómeno como una fragmentación y pérdida de importancia de las clases. Nosotros rechazamos su análisis. El nacimiento de nuevas fuentes de desigualdad no implica la desaparición de aquellas. Nosotros hemos revisado y evidenciado empíricamente como las clases basadas en la estratificación continua son el principal factor de estratificación. Clark y Lipset también argumentan que las clases basadas en la política, la economía y la familia dejan de tener utilidad. Sus conclusiones están basadas en una lectura selectiva de la literatura sociológica. Nuestra réplica evidencia y concluye que las clases todavía persisten>> (Hout/Brooks/Manza, 1993:259).

---

'mercadización', cierres sociales y la importancia de la identificación del status y las <<políticas de status>>, parece que casan muy bien con los diagnósticos de Clark y Lipset>> (Pakulski, 1993a, p. 279). Sin embargo, los autores critican en su artículo algunos aspectos de la tradición weberiana, especialmente su relevancia para el análisis de la estratificación y el conflicto en el oeste industrializado, pero aprueban fundamentalmente lo que debería ser considerado como los elementos distintivos de la perspectiva weberiana: la multidimensionalidad, la fragmentación creciente de las clases y la relativa independencia entre desigualdades socio-económicas, desigualdades socio-culturales y desigualdades sociopolíticas, así como las desigualdades en general, por un lado y la conciencia, con su acción, por otro.

Hout y sus colaboradores afirman que la metáfora de muerte y agonía de las clases no es finalmente más que una metáfora. Reconocen la disminución de algunos efectos de estratificación, en concreto hacia una mayor apertura de la movilidad social (Hout, 1988). La investigación de los últimos 25 años revela una mezcla de subidas y bajadas de las tendencias de los efectos de clase. Eso es propio de una sistema estructura de clases (Esping-Andersen, 1993; Heath y otros, 1991; Erikson and Goldthorpe, 1992) que está en continuo modelaje por parte de las políticas sociales.

La estructura de clases ha sufrido importantes cambios en las sociedades post-industriales. <<El nacimiento de nuevas fuentes de desigualdad no implica la desaparición de las antiguas>> (Hout/Brooks/Manza, 1991: 270). Las desigualdades de clase perviven todavía, junto a otros tipos de desigualdad. El concepto de clase precisa hacerse más complejo pero no ha de confundirse con el de estrato (*Opus cit.*, 261), ya que por variables relacionadas con la ocupación seguimos percibiendo la mejor explicación de la distribución de los ingresos en la sociedad, tanto aplicando el esquema de Wright como el de Goldthorpe (*Ibid.*, 263).

Pakulski (1993a) ha señalado los aciertos de Clark y Lipset, afirmando que lo que está muriendo son, principalmente, las viejas clases industriales: las viejas divisiones socioeconómicas, los viejos actores institucionales representando esas divisiones y las viejas formas de identificación con la conciencia que las refleja<sup>29</sup>. Esto implica fragmentación de la estratificación debido a la proliferación de propietarios, credencialización y profesionalización, regulación del estado, orientación del consumo, proliferación de "comunidades imaginarias" y formación de nuevos actores políticos.

---

<sup>29</sup> Considera acertada la triple crítica dirigida contra el determinismo económico, el determinismo estructural y el argumento de que la lógica del capitalismo asume la naturaleza acumulativa de las desigualdades de clase



Hout y sus colaboradores insisten en que <<las clases sociales organizan los intereses materiales>>. Sin embargo, el hecho de que haya muchos otros, quizás igualmente importantes, "organizadores" de intereses materiales, y que tantos conflictos contemporáneos giren en torno a "intereses ideales" (las nuevas políticas en el oeste avanzado, conflictos en Rusia, Bosnia-Herzegovina, Georgia, Oriente Medio, Irán) no es considerado en ningún momento. Un argumento para la indispensabilidad de las clases lo ven en el hecho de que las clases sociales definidas estructuralmente, eventualmente dan lugar a los actores colectivos que ocasionan el cambio social. La cuestión central de cuanto de ocasionalmente ocurre esto no está contestada. Es bastante obvio que a veces la gente hace cosas por intereses económicos, raramente un científico social, incluidos Clark y Lipset, lo negaría. La cuestión es que la evidencia de la *partisan and class de-alignment* en el oeste industrializado, junto con la evidencia de la no-clase (étnica, religiosa, racial, regional, etc.), divisiones y conflictos en las sociedades en fase de industrialización, debilitan el argumento de Hout de la indispensabilidad/centralidad de las clases. Hout y colaboradores señalan las persistencias de desigualdades en ingresos y riquezas; cosa que no es negada por Clark y Lipset. Estos señalan las diferencias relevantes de ingresos entre clases, medidos según el esquema de Wright mejorado de los que él mismo había elaborado anteriormente; indudablemente sería mejor uno de 24 clases, pero el hecho de comprobar la necesidad de ampliar el número de clases para aumentar la calidad del análisis empírico, parece avalar la teoría de Clark y Lipset sobre la fragmentación de la estratificación.

<<En cualquier caso, siempre se podrá argumentar que la transformación de las viejas clases industriales y el agotamiento teórico del marxismo no quiere decir necesariamente el abandono de las "clases", entendido como una, de entre otras, categorías analíticas de estratificación y análisis del conflicto. Si esto es considerado, el concepto de clase ha de ser radicalmente rechazado desde la teoría marxista y con ello ha perdido su privilegiado status como concepto *llave* de la sociología empírica>> (Pakulski, 1993a:289)

Clark, Lipset y Rempel, en una contrarréplica (1993) se sitúan en una línea próxima a Hout reconociendo que es prematuro afirmar que las clases han desaparecido. Las clases todavía viven pero afirman: <<Las clases sociales pueden no haber muerto, pero su significación se ha debilitado sustancialmente; esto justifica un paso desde el análisis centrado en las clases sociales hacia las explicaciones multi-causales del comportamiento político y de los fenómenos sociales relacionados>> (Clark/Lipset/Rempel, 1993:293).

El crecimiento del *Estado del Bienestar* ha debilitado los conflictos de clase. La diversificación de la estructura ocupacional hacia las pequeñas empresas, alta tecnología y los servicios debilitan las organizaciones potenciales de clase. Los partidos políticos han pasado del conflicto de clases hacia otros de naturaleza no económica como el medio ambiente. Los partidos socialistas y comunistas han alterado drásticamente sus programas en docenas de países, alejándose de las políticas tradicionales de clase para pasar a los nuevos movimientos sociales emergentes. Nuevos partidos nacionalistas han aparecido resaltando las identidades nacionales y limitando las inmigraciones. Estos desarrollos debilitan acumulativamente las clases políticas.

Thrift y Willians proclaman que las estructuras de clases no son el único determinante de la acción, y advierten que otras fuerzas sociales, tales como <<la raza, la religión, la etnia, la familia y diversos aparatos estatales empañan las divisiones básicas de clase al tiempo que generan sus propias divisiones>> (1987: 7).

La conducta política individual sólo puede entenderse en articulación histórica concreta con toda una serie de conflictos vividos por el individuo. <<La organización política sobre la base de las clases no es inevitable>> (Przeworski, 1985:118) pero <<la posición de clase estructura la experiencia diaria del individuo, genera un determinado tipo de conocimiento, dota a las gentes de unos determinados intereses y, bajo determinadas circunstancias puede evocar incluso un sentimiento de similaridad, de algo que se comparte. Pero esa expe-

riencia no se colectiviza espontáneamente como pertenencia de clase>> (Przeworski, 1985:118). El autor se refiere a Marx, Gramsci, Michels, Altusser y Jean Paul Sartre, quienes compartían la importancia de la *experiencia espontánea* como concepto diferenciado del de *experiencia de clase*. Esto quiere decir que no hay una única experiencia objetiva. Una experiencia es la de clase, pero otras experiencias son la de pertenencia a una determinada nacionalidad, religión, raza, sexo, etc.<sup>30</sup>.

La respuesta a estas cuestiones requiere un reexamen global del concepto de clase y del papel que las teorías de clase han mantenido en las Ciencias Sociales. Además, habrá que tener en cuenta las transformaciones recientes de las sociedades industrializadas y el carácter políticamente controvertido del tema de las clases sociales (Pakulski, 1993a:279), planteándonos cuestiones del tipo (Kerbo, 1983:12):

- El concepto de clase social es una categoría inventada por los sociólogos para describir y clasificar a la población o, por el contrario, es un fenómeno social que existe en la realidad.
- Puede establecerse una definición consensuada del concepto "clase social".
- Qué utilidad tiene la conceptualización teórica de la sociedad en clases (implica una conciencia social, un tipo de voto, conforma movimientos sociales).

---

<sup>30</sup> Esto había sido muy bien entendido por Lipset (1987, cap. 7) cuando afirma que puede generalizarse que los partidos políticos se apoyan en una clase social, incluso si rechazan esa división; pero <<la clase constituye sólo una de las divisiones estructurales de la sociedad>> (*Opus cit.*, p. 191). <<La lealtad de una región constituye otro factor importante que afecta al apoyo de los partidos>> (*Ibid.*, p. 192), así como la etnia, el sexo, la edad o el hábitat. El hecho de que muchos intereses intervengan en la configuración de los partidos políticos, no invalida la generalización presentada arriba. Siempre hay una defensa política de intereses contrapuestos y siempre ha sido posible diferenciar una *izquierda* y una *derecha*, incluso aunque reconozcamos que los valores se han trasladado de uno a otro extremo a lo largo de la historia. La generalización es extensible a los electores diciendo que las clases bajas votan a partidos de izquierda y las más pudientes a los conservadores. El autor ilustra esto con datos provenientes de otros estudios para países como Francia, Italia, USA, Inglaterra o Polonia.

- Es la clase social un sistema de diferenciación social prevalente sobre otras formas de desigualdad social<sup>31</sup>.
- Cómo ubicar a cada persona en una determinada clase social

## 11.4. PRECISIONES METODOLÓGICAS.

Aunque el debate sobre la prevalencia y significatividad de las clases sociales continúe aún abierto en Sociología sin unos claros visos de solución teórico-científica, nada impide que sobre la estructura social puedan llevarse a cabo estudios sobre desigualdades sociales, analizados, empíricamente, como formas de relación interpersonal que cumplen unos determinados requisitos.

Ese análisis empírico de las *formas*<sup>32</sup> de desigualdad social existente debe referirse a una determinada *situación* social y requiere tener en cuenta el ámbito analítico en el que se configura. Hablar de desigualdades exige siempre referirse a algún ámbito determinado. Eso, no obstante, no implica que ese ámbito no esté interrelacionado con otros ámbitos, sino que, por el contrario, es frecuente encontrar correlaciones estadísticamente intensas y significativas. Además, la comprensión de la existencia de las desigualdades en dichos ámbitos, entre las unidades analizadas, sólo podrá entenderse si estudiamos en profundidad dichas interdependencias y las de las variables evaluativas del enunciado.

Por ejemplo, si estamos estudiando las diferencias en la *esperanza de vida* en función de la *Renta per Cápita* de diferentes países, observaremos que,

---

<sup>31</sup> <<¿Reclama este enfoque una absoluta superioridad sobre los restantes enfoques o es sencillamente un instrumento de medida que puede registrar tanto un fortalecimiento como un debilitamiento de esta evolución hacia la sociedad de clases?>> (Kaelble, 1983: 32).

<sup>32</sup> El análisis de las desigualdades sociales requiere distinguir el análisis de las *ideas* igualitaristas, del de las *formas* reales de desigualdad social observada. Dicha distinción proviene de su propia doble naturaleza conceptual (apartado 1.11).

según datos del *Informe sobre el Desarrollo Mundial 1991* (Banco Mundial, 1991), expresados en Dólares americanos, aparecen países como Suráfrica (\$2.470), Brasil (\$2.540), Gabón (\$2.960) y Omán (\$5.220) con Rentas seis veces superiores a las de China (\$350) o Sri Lanka (\$430), pero con una esperanza de vida mucho menor, situándose los primeros en torno a los 60 años de vida media, mientras los segundos se sitúan en torno a los 70 años de esperanza de vida al nacer. Es preciso incluir una variable que refleje la dedicación institucional al tema sanitario; algo que se ha tomado muy en serio en China o Sri Lanka y que ha quedado algo más desplazado en los países del primer grupo.

Por otra parte, la elección de uno u otro ámbito presupone una concepción normativa del orden social. No en vano, una feminista estará interesada por el estudio de las desigualdades por géneros, o un miembro de una comunidad territorial discriminada o empobrecida, tratará de centrarse en ese ámbito.

<<Existe una pluralidad de “espacios” relevantes en los que se puede juzgar la igualdad (la multiplicidad de variables -ingresos, riquezas, utilidades, libertades, bienes primarios, capacidades -que pueden usarse como esfera de comparación). Las exigencias de la igualdad en los diferentes espacios no coinciden las unas con las otras precisamente porque los humanos son tan diferentes<sup>33</sup>>>  
(Sen, 1992:147)

Existen múltiples ámbitos en los que es posible analizar las desigualdades pero esto <<no es un problema único, ni tampoco una fuente de confusión para la idea de igualdad como tal>> (Sen, 1992: 38). Las conclusiones de los análisis empíricos tendrán en cuenta este hecho; algo que se puede asumir y con lo que se puede convivir, al menos en este momento de desarrollo de la Sociología. En cualquier caso, la elección de un determinado ámbito debe conllevar la referencia a otros ámbitos que pueden estar directamente relacionados.

Una vez que se haya elegido un ámbito o contexto social determinado es preciso elaborar un “esquema” o tipo de medición de la desigualdad que

---

<sup>33</sup> Esas dos características: 1) la pluralidad de ámbitos o espacios de producción y reproducción de desigualdades y, 2) la diversidad humana, están estrechamente relacionadas y la primera es producto de la segunda.

permita afirmar la existencia de la misma, su intensidad, evolución y permita extrapolaciones y comparaciones. Para que podamos afirmar que existe una situación de desigualdad, esta deberá estar formulada de forma concreta, especificando los tres elementos concurrenciales que configuren una determinada situación social observable: el sujeto o sujetos poblacionales de referencia, el tipo de comparación establecida y la variable evaluativa sobre la que versa el enunciado de la misma. Además, para que dicha situación desigualitaria sea considerada como tal, deberá ser susceptible, alternativamente, de ser considerada como igualitaria, pudiéndose, en todos los casos, enunciarse cuál es el caso de la situación de igualdad absoluta y, análogamente, de desigualdad absoluta.

Dependiendo del tipo de comparación enunciada y de la variable evaluativa sobre la que versa, podrá desarrollarse uno de los tres procedimientos métricos de análisis de las desigualdades: el distribucional, el de las probabilidades de paso o el de las dicotomías nominales. La elección de uno u otro vendrá dada por la propia enunciación o formulación de la supuesta situación desigualitaria.

El procedimiento, no obstante, debe ser gradual. En primer lugar, se analiza la existencia de cierre absoluto: si existe la exigencia de titularidad; Posteriormente, caso de que exista algún grado de apertura, puede analizarse la probabilidad de paso hacia esa situación y, finalmente, entre los individuos que están en la situación final, puede evaluarse la distribución del bien o elemento de dicho conjunto con respecto a los sujetos o unidades analizadas. Es posible obviar alguno de estos pasos graduales, asumiendo la existencia de apertura, por ejemplo, lo cual debe estar claramente explícito en el enunciado de la formulación desigualitaria.

En todos los casos, la existencia de una situación desigualitaria no implica necesariamente ninguna carga peyorativa, sino, simplemente, eso: que existe una situación de desigualdad. El considerarlo como una situación con una carga valorativa positiva es parte de otras ramas del conocimiento, caso, principalmen-

te, de la Ética. La Sociología debe dar cuenta de esa carga valorativa, pero no precisa entrar en si ésta es de carácter positivo o negativo. El discernimiento de la situación y, en todo caso, la explicación de las correlaciones e interrelaciones ambientales, tiene entidad, en sí mismo, como para justificar un análisis sociológico de las desigualdades, con fundamentos metodológicos como los aquí expuestos.

## **12. CONCLUSIONES.**

*“Al final de este viaje está el horizonte, el camino y el  
empezar de nuevo”*

(Silvio Rodríguez)



## 12. CONCLUSIONES

A lo largo de los capítulos anteriores he presentado las piezas principales que considero permiten argumentar una afirmación compleja en el contexto del desarrollo de la Sociología contemporánea. Cada uno de esos capítulos encierra en sí mismo una aportación particular y concreta, pero sólo ante la visión de conjunto que proporciona su consideración como un todo, se comprende la idea central que articula y estructura este trabajo.

La tesis defendida puede enunciarse, en síntesis, como sigue: *es posible reconceptualizar la noción de desigualdades sociales que manejamos en Sociología, caracterizando los procedimientos métricos que permiten decidir si una determinada relación social es igualitaria o desigualitaria.*

En ningún momento he pretendido extraer conclusiones empíricas sobre si las desigualdades crecen o decrecen en nuestras sociedades; tampoco he llevado a cabo ningún análisis aplicado a algún ámbito determinado que permita evaluar si existen, o no, desigualdades en el mismo; ni siquiera aparece un planteamiento respecto a cuáles son las desigualdades más relevantes en nuestro entorno sociocultural. Me he centrado, por el contrario, en los aspectos más teóricos de este tema, ya que el objetivo era revisar el concepto de desigualdad empleado en las Ciencias Sociales y la métrica asociada al mismo.

El objetivo principal se centra en la reflexión sobre las medidas de la desigualdad, lo cual exige, a su vez, una reflexión epistemológica sobre lo conceptual, que es, en este tipo de analíticas, omnipresente. La reflexión sobre el sentido y problemas de la métrica desigualitaria conduce inevitablemente a los conceptos latentes que se pretenden medir. Además, cuando la métrica se aplica sobre variables cualitativas y los sistemas de medición no son traducibles en

términos cuantitativos, es preferible referirse, simplemente, a las metodologías analíticas. El método es el procedimiento de discernimiento que permitirá considerar una determinada situación como igualitaria o desigualitaria.

Pero ese método analítico desigualitario es complejo y difícil. En tal complejidad inciden diez factores: 1) la polisemia asociada al concepto; 2) la magnitud de la producción literaria al respecto; 3) la multiplicidad de contextos históricos-culturales en los que se desarrollan tanto los estudios teóricos como empíricos; 4) la variedad analítica posible (estudios conceptuales, métricos, causales, políticos, actitudinales); 5) la multidisciplinariedad de sus aproximaciones; 6) las diferencias sustanciales existentes al enunciar la desigualdad; 7) la multiplicidad de ámbitos sociales desigualitarios; 8) la imprecisión de la sociología de las desigualdades; 9) las connotaciones político-morales y 10) el carácter dual de su naturaleza conceptual, como idea y como forma real de relación social.

Precisamente, la incidencia conjunta de estos factores alimenta la idea de que el estudio de las desigualdades adolece conceptualmente de un corpus claro<sup>1</sup>, lo cual se manifiesta: *a)* por la ausencia de definiciones y tratamientos generales tanto en manuales como en diccionarios o en tratados generales de Sociología; *b)* por la dispersión de los enfoques y de las múltiples referencias que desde las ciencias sociales se hacen al respecto de las desigualdades; *c)* por la reiterada mención por parte de los investigadores sociales a dicha falta de definición y, finalmente *d)* por la propia reflexión sobre la complejidad que rodea dichos análisis.

Ante tal panorama es posible y pertinente una reflexión sobre la capacidad de la sociología para dar respuesta a la cuestión de si es posible un análisis

---

<sup>1</sup> Se trata, en definitiva, de una hipótesis que parte de dos premisas, la primera es la de las supuestas deficiencias del estudio de las desigualdades y, la segunda, la de su, también supuesta, mejoría teórica, que en definitiva, dará lugar a una definición de desigualdades sociales y, con ello, a un sistema métrico que permitirá afirmar si estas existen o no

desigualitario de carácter global. Un enfoque unificador que tenga en cuenta todos los tipos posibles de situaciones desigualitarias analizables con una misma metodología integradora<sup>2</sup>.

La solución pasa por dos tipos de disecciones de este tipo de análisis y de los conceptos que encierran. Por una parte, es preciso distinguir las diferentes analíticas que se desarrollan en los estudios desigualitarios y, por otro, descomponer la naturaleza del concepto desigualdad. Respecto a lo primero, es posible distinguir cinco subámbitos temáticos del análisis desigualitario: los estudios conceptuales, los métricos, los causales, los de las políticas igualitaristas y los que se refieren a las actitudes y opiniones con respecto a la igualdad. Respecto a lo segundo, es posible descomponer dualmente la naturaleza conceptual de la igual en idea y forma.

Al separar el análisis de las *ideas* igualitaristas del de las *formas* reales de desigualdad social, derivado de la propia doble naturaleza que caracteriza a este concepto, se insiste en que, a nivel ideológico, se puede asumir que todas las doctrinas sociales son igualitaristas con respecto a alguna variable determinada. En ocasiones es la libertad, en otras la justicia, o el orden, el bienestar o cualquier otra. No hay unas variables que podamos considerar, sociológicamente, más relevantes que otras; simplemente hay esquemas de valores, socialmente contruidos, en los que unos primarán sobre los otros, sin posibilidad de soluciones categórico-científicas sobre cuáles de esos principios ético-valorativos son prioritarios sobre los otros.

---

<sup>2</sup> La estrategia expositiva seguida para defenderla ha sido ascendente, empezando por ilustrar las deficiencias de la situación teórico-analítica actual, a lo que ha seguido una propuesta de una serie de convenciones metodológicas para acotar bien el objeto de investigación; para, posteriormente, revisar algunas de las históricas aportaciones al estudio de las desigualdades; matizando, más adelante, cómo se lleva a cabo su proceso de construcción social y de cómo éstas derivan en formas de relación social real, observable y concreta, para, a partir de ahí, redefinir conceptualmente las desigualdades, proponiendo una métrica y descomponiendo, finalmente, ésta, en sus diferentes tipologías posibles.

La Sociología es competente para describir esos mapas valorativos, para caracterizarlos, pero no es su cometido enjuiciarlos. Por el contrario, puede llevar a cabo una valoración sobre las formas de interrelación resultantes de esos esquemas. Eso no implica que la igualdad entre individuos sea la forma idónea de interrelación social, algo que, cuando menos, es ajeno a los análisis desigualitaristas y va más allá de lo pretendido con los mismos, para relegarlos a los dominios teóricos de la ética y de la política. El análisis sociológico de las desigualdades genera juicios de si una situación formal de interrelación social, en un ámbito determinado y con una enunciación o formulación específica, es o no desigualitaria.

Por supuesto, el que un determinado sujeto mantenga una situación de igualdad en un ámbito específico no implica que lo mantenga en los demás, sino que, por el contrario, habitualmente, estamos en situaciones de igualdad para con determinados sujetos y, simultáneamente, de desigualdad para con los mismos sujetos, al considerar otros ámbitos analíticos.

Respecto a esto último, a la multiplicidad de ámbitos sociales, es preciso insistir en que el análisis des-igualitario hace referencia a *todas* las desigualdades posibles: así el género, la clase, la etnia, las rentas, las desigualdades interregionales o en una organización, los marcos jurídico-legales, los usos lingüísticos, los estamentos universitarios, etc., entran todos dentro de los posibles ámbitos sobre los que la Sociología está capacitada de dar respuesta a su grado de (des)igualdad. La conclusión que extraemos de esto es de especial relevancia, puesto que la Sociología ha abordado en múltiples ocasiones las desigualdades, pero rara vez de forma íntegra. De hecho, una de las disciplinas con mayor institucionalización en la *teoría* sociológica, cual es la de la Estructura Social, se ha concebido frecuentemente como el estudio de las desigualdades. Sin embargo, tales desigualdades se han enfocado desde los ámbitos públicos y, especialmente, en la esfera productiva. Eso ha sido criticado, por ejemplo, por algunas fe-

ministas, que veían como en las esferas privadas y en las relaciones interpersonales, la mujer, desempeñaba un papel marcadamente desfavorable, pues en su realidad cotidiana, cargaba con toda una serie de tareas domésticas, no necesariamente dependientes de la esfera productiva. En la misma línea podrían situarse otras muchas argumentaciones, desde ámbitos tan dispares como los usos lingüísticos, el urbanismo, los ámbitos jurídicos, la política o las rentas.

Ese marco de la multidiversidad de contextos ambientales desigualitarios, será el soporte en el cual la Sociología deberá de capacitarse para dar respuesta a la existencia de desigualdades. Pero para poder dar esa respuesta es precisa una métrica que permita afirmar cuándo una situación es igualitaria y cuándo no. Por ello se definen sendos constructos, socialmente plausibles, de situaciones de igualdad y desigualdad absolutas. Esas situaciones servirán en la práctica como modelos teóricos, mientras que en la realidad concreta no hay más que aproximaciones en mayor o menor grado a esos dos extremos, lo que nos llevará a hablar de desigualdad e igualdad *relativa*.

En cada situación social observable, susceptible de igualación, puede enunciarse alguno de los siguientes tipos de *equalisandums*: o bien son iguales los resultados, o bien lo son las oportunidades de acceder a determinadas posiciones o bien lo es simplemente la condición de los sujetos. Esto ha sido defendido a lo largo de la historia de la teoría y doctrina social de diferente manera. La ética cristiana es uno de los ejemplos más claros de la defensa de la igualdad de condición, centrada en el carácter espiritual de todos los hombres, rompiendo con las particiones *isonómicas* que defendieran desde diferentes perspectivas tanto Aristóteles como Platón en las filosofías griegas precedentes. Esa igualdad de condición de carácter espiritual que configura la ética cristiana será hegemónica a lo largo de todo el *Medievo* y el *Antiguo Régimen* europeo, legitimando y justificando las desigualdades de resultados y de oportunidades. A partir de la ilustración y en concreto de la *Revolución Francesa*, la igualdad de oportuni-

dades se convierte en hegemónica. La condición de ciudadano posibilita la igualdad de oportunidades, si bien los resultados son, legítima y justificadamente, desigualitarios. Esto será asumido por la tradición liberal clásica, pero se corregirá, al menos en el plano ideológico, por ciertas corrientes de pensamiento críticas que van desde el liberal-igualitarismo hasta los partidarios del comunismo, en donde la igualdad de resultados se considera como el *equalisandum* idóneo.

La defensa de uno u otro tipo de igualación no es asumido de forma históricamente homogénea. En función del entramado cognoscitivo interiorizado que desempeñan esos principios es reconstruible un mapa discursivo que diferencia en nuestra cultura las ideas con respecto a la igualdad. Así reaparecen los discursos conservadores, liberales, socialistas y libertarios. Todos ellos son observables y producidos en la sociedad española contemporánea, si bien en otros contextos histórico-culturales, podrían derivar en un mapa diferente. En nuestro entorno, existe un colectivo social que desconfía de las ideas igualitaristas y que, aún valorándolas positivamente, asume intensamente los principios tradicionales y el mantenimiento del orden social que adopta una actitud neutra o negativa hacia todo ese tipo de reivindicaciones. Se trata de lo que he definido como el planteamiento igualitarista conservador. Con muchos puntos comunes con ellos, otro planteamiento, el liberal, considera que hay que reivindicar la igualdad de oportunidades, hasta sus mayores consecuencias posibles. Sin embargo, la igualdad de resultados se considera como imposible, ineficiente e indeseable. Fundamentándose en la diversidad y en aras de la libertad, la igualdad se reduce a su *equalisandum* más nítido de las oportunidades. Esa limitación estricta será criticada por el colectivo que he calificado de socialista, el cual prestará atención a los resultados y aún defendiendo en sus casos menos radicales la simple igualación de las oportunidades, proponen medir la eficacia de las mismas por los resultados, que, al fin y al cabo, serán el referente común de este

grupo ideológico. Finalmente, es identificable un cuarto grupo, los libertarios, para quienes la igualdad debe centrarse en la equiparación de libertades, en la posibilidad del desarrollo personal individual, recelando de las políticas dirigidas por entidades superiores, como el Estado, pues en nada contribuye a la realización de las libertades personales individuales.

Lo que hace esencialmente relevante esas diferencias ideológicas es que la igualdad no es nunca una verdad absoluta universalmente reivindicable. En ocasiones, en determinados ámbitos habrá que conformarse con la igualdad de condición, en otras con la igualdad de resultados y también en ocasiones habrá que buscar la igualdad de resultados. Eso es así porque un principio de naturaleza ética, como es la igualdad, ha de entrar en combinación con muchos otros principios que rigen el esquema de valores de nuestras sociedades. Así, la igualdad, en ciertas ocasiones, entra en conflicto con el principio de la justicia, pues es legítimo *tratar de forma desigual lo desigual*; o puede entrar en conflicto con la optimización del beneficio, pues si todos somos iguales, si todos percibimos el mismo salario, puede que no todos trabajemos o dediquemos el mismo tiempo al trabajo; y así podríamos seguir mencionando principios como los de la libertad, el bienestar, el orden, etc., que configurarán un mapa de deseabilidad social siempre relativo.

Pero, por encima, sin el planteamiento del deber ser, la sociología es capaz de aportar una luz sobre si, asépticamente, cada forma de relación social es o no igualitaria. Eso se consigue por medio de medidas concretas, de índices establecidos *ad hoc* que nos permitan diferenciar dichas situaciones, en términos relativos respecto a unos modelos absolutos, tanto de igualdad como de desigualdad. Para llegar a ello podemos reconceptualizar esta noción del análisis de las desigualdades. Concebirlo como un proceso de construcción social y definir las situaciones desigualitarias de una forma axiomática, de tal manera que si se cumplen los requisitos o *axiomas* enunciados, podremos hablar de desigualda-

des y podremos medir si se aproximan en términos relativos a la situación de igualdad absoluta definida.

Los *axiomas* definidos consisten en entender que siempre deberá formularse una comparación entre sujetos con respecto a una variable evaluativa concreta. Además de cumplirse los requisitos incluidos en dicha formulación, tendrá que ser susceptible de igualación formal. De esa forma, se concluye que dada la naturaleza de los sujetos, las comparaciones y las variables, existen tres tipos de formulaciones posibles que son: las desigualdades distribucionales, las probabilidades diferenciales y las dicotomías nominales de cierre social.

El análisis métrico de las desigualdades se limita a discernir cuándo una situación es desigualitaria o cuándo es más o menos desigualitaria que otra, no si es mejor o peor que sea desigualitaria. Por lo tanto, podemos diseñar un esquema métrico en el cual cada uno de los anteriores *equalisandums* tenga una medida que permita resolver el dilema anterior. De esa manera, aparecen los tres tipos de métricas asociables a cada uno de esos tres tipos de igualaciones. La igualdad de resultados puede resolverse por la medición de la equidistribución de los bienes (desigualdades distribucionales); la igualdad de oportunidades por las probabilidades de paso y la igualdad de condición por las dicotomías nominales.

Cuadro n° 75  
**CORRESPONDENCIA ENTRE FORMULACIONES MÉTRICAS Y SISTEMAS DE IGUALACIÓN**

FORMULACIÓN	EQUALISANDUM
Distribucional	Resultados
Probabilidad de paso	Oportunidades
Dicotomías	Condición

Las *desigualdades distribucionales* requieren la existencia de dos conjuntos: uno de sujetos y otro de bienes susceptible de ser distribuido entre todos y cada uno de lo sujetos del primer conjunto. En ese caso el equalisandum con-



siste en la equidistribución. Si todos los individuos poseen el mismo número de bienes la igualdad es perfecta (absoluta), en caso contrario las desigualdades irán tomando grados hasta llegar al caso de desigualdad absoluta perfecta, en el que un único individuo posee todos los bienes, dejando desposeídos a todos los demás. Al hacer referencia al conjunto de bienes que se distribuye entre un conjunto de individuos, hablamos de variables siempre cuantitativas y, sobre la formulación propuesta, las medidas basadas en la curva de Lorenz y, en definitiva, en el grado de equidistribución de los bienes, aparecen como el cálculo más recomendable; más allá de los índices que suponen cierto nivel de bienestar deseado, que miden, realmente, otros aspectos. No obstante, las distribuciones teóricas de probabilidad, si ajustan bien, resumen mejor las características de la distribución observada, al permitir predicciones, evoluciones y, en definitiva, el cálculo de un número considerable de parámetros de alto valor interpretativo.

Las *probabilidades de paso*, por su parte, requieren el enunciado de dos situaciones en las que todos los sujetos en la situación de partida son susceptibles de alcanzar un mismo objetivo en la situación final o de llegada. Si las probabilidades observadas de llegada son idénticas, se trata de una situación de igualdad absoluta, y análogamente, definiríamos la situación de desigualdad absoluta en el caso contrario, cuando sólo un sujeto alcanza el objetivo y todos los demás, aún teniendo la posibilidad de alcanzarla, por diversos factores no lo consiguen. Esa formulación remite al estudio de las situaciones de movilidad social y los índices familiares en dicho ámbito de estudio, son extrapolables al estudio de la desigualdad en general, para situaciones así formuladas. En general, la métrica derivada de estas situaciones, consiste en el cálculo simple de probabilidades, que se irán matizando según hagamos referencia a situaciones teóricas de paso (como, por ejemplo, la situación de independencia estadística).

Finalmente, existen formas de *cierre social* de carácter formal que impiden a los individuos formar parte del *equalisandum* que permita a los no *isóno-*

*mos* una relación igualitaria con los *isónomos*. Se trata de cierres regulativos o formales que impiden el axioma de la comparación y que se resuelven dicotómicamente: “o se está o no se está”. En este sentido, suponen una forma particular de probabilidades de paso en las que dicha probabilidad es siempre o uno o cero y, por tanto, el planteamiento métrico, ha de ser nominal y no cuantitativo.

En definitiva, separando las ideas des-igualitaristas, de las formas reales de relación social, es posible discernir, sobre estas últimas, situaciones particulares de desigualdad social. Tales situaciones deberán ser formuladas siguiendo una secuencia metódica en las que siempre será identificados tres elementos: los sujetos, la comparación establecida y la variable evaluativa de referencia. Según sean las características de estos tres elementos, tres formulaciones son discernibles: la igualdad distribucional, las probabilidades de paso y las dicotomías nominales. Toda relación social que cumpla los requisitos de existencia de los tres elementos axiomáticos mencionados, dará lugar a uno de estos tres tipos de formulaciones, para cada uno de los cuales existirán medidas concretas que permitan afirmar la existencia de desigualdades e incluso su intensidad.

De esta forma, los análisis desigualitarios pueden ser concebidos como una disciplina particular y específica del estudio de la Estructura Social. Un apartado disciplinar descomponible temáticamente en cinco grandes áreas: lo conceptual, la métrica, los análisis causales, el estudio de las políticas igualitaristas y los referidos a las actitudes y opiniones con respecto a la igualdad. Temáticas interdependientes de forma inclusiva, de tal modo que lo conceptual y la métrica se constituyen en pilares fundamentales de cualquier metodología de esta disciplina analítica desigualitaria.

# ÍNDICE DE CUADROS

Nº Cuadro	TÍTULO	Página
1	Esquema argumental.....	29
2	Esquema expositivo.....	34
3	100 Ejemplos polisémicos de la igualdad.....	45
4	Analíticas de estudio de las desigualdades sociales.....	68
5	Diagrama A. Inclusión estricta de áreas temáticas del análisis de las desigualdades....	71
6	Diagrama B. Inclusión relativa de áreas temáticas del análisis de las desigualdades...	72
7	Ámbitos susceptibles de ser socialmente desigualitarios.....	90
8	Desglose dual de la naturaleza conceptual de la igualdad.....	106
9	Exteriorización de la idea de igualdad.....	110
10	Proceso de socialización.....	121
11	Continuum entre libertad e igualdad.....	152
12	Igualdad y Justicia.....	157
13	Formas regulativas y concepción igualitaria.....	158
14	Ejemplos de acciones afirmativas.....	160
15	Críticas a la discriminación positiva.....	161
16	Esquema expositivo del concepto igualitario de Amartya Sen.....	166
17	Utilidad marginal decreciente según el reparto equidistributivo utilitarista.....	239
18	Asignación de recompensas a roles en Parsons.....	254
19	Configuración de clases en función de la aportación de plustrabajo, según Roemer....	289
20	Modelización en base al individualismo y a la actitud transformadora.....	308
21	Mapa sociológico de la lógica discursiva derivada del esquema de valores (Farrel).....	309
22	La noción conservadora de la igualdad.....	316
23	Características de cada modelo de discurso.....	334
24	Diferencias entre los tipos de igualdad según los sujetos de las mismas.....	367
25	Naturaleza de los atributos y de los procesos desigualitarios.....	372
26	Interinclusión de las formulaciones.....	375
27	Esquema de construcción métrica de indicadores.....	381
28	Fuentes secundarias españolas para el estudio de la desigualdad.....	393
29	Criterios de decisión social e igualitarismo implícito.....	405

30	Ganancias sin pérdidas.....	408
31	Pérdidas sin ganancias.....	409
32	Curva de Lorenz. Ingresos por hogar en España.....	414
33	Formato de cuadro para el cálculo del índice empírico de Gini.....	415
34	Valores observados y ajuste a una distribución lognormal (IRPF, Galicia, 1988).....	426
35	Distribución lognormal.....	427
36	Distribución exponencial.....	428
37	Ajuste a Exponencial para los datos IRPF de Galicia en 1988.....	428
38	Curva de una distribución paretiana.....	429
39	Ajuste a distribución de Pareto de datos IRPF de Galicia en 1988.....	430
40	Formulario para el cálculo de los parámetros de las distribuciones teóricas.....	431
41	Índices Gini. Provincia de A Coruña.....	446
42	Índices Gini. Provincia de Lugo.....	448
43	Índices Gini. Provincia de Ourense.....	450
44	Índices Gini. Provincia de Pontevedra.....	452
45	Índices Gini. Galicia en 1988.....	453
46	Índices Gini. Galicia en 1990.....	453
47	Índices de Gini y Atkinson en 1973 y 1981 por Comunidades Autónomas.....	454
48	Imputaciones en situaciones diferenciales de paso.....	459
49	Influencias causales en la renta alcanzada (Duncan, Featherman y Duncan).....	463
50	Probabilidades de paso de un conjunto indiferenciado.....	466
51	Probabilidades de paso de subconjuntos.....	467
52	Matriz base para el cálculo de las probabilidades de paso.....	468
53	Ejemplo de análisis de tabla de movilidad.....	472
54	Matriz de movilidad perfecta.....	474
55	Ejemplo de matriz con asociación análoga en todas las celdillas, excepto en una.....	477
56	Índices de Glass.....	477
57	Resultado del Análisis Loglineal para una tabla de movilidad.....	482
58	Redistribución y reasignación de recursos.....	487
59	Redistribución y reasignación con efectivos poblacionales.....	488
60	Formas de calcular las líneas de pobreza.....	492
61	Distribución porcentual de efectivos en cada clase por géneros en España.....	493
62	Medias de ingresos mensuales por clase social y sexo en España.....	494
63	Tipología de bienes privatizables de J. André.....	502
64	Combinaciones de cierre y oportunidades.....	507
65	Dilema de elección con variaciones de efectivos.....	511
66	Esquema argumental de Walzer.....	518
67	Retroalimentación estructural discriminatoria de la mujer según Fernández Enguita... ..	521
68	Marco analítico de la distribución de la renta familiar disponible.....	525
69	Tipología de situaciones de desigualdad propuestas por María Ángeles Durán.....	528

70	Interacciones entre desigualdades.....	530
71	Esquema de diferencias entre los conceptos de clase y estrato.....	537
72	Tipología de las conceptualizaciones de clase propuesta pro E. O. Wright.....	542
73	Esquema de clases basado en las explotaciones múltiples (Wright).....	543
74	Esquema de clases de Goldthorpe.....	546
75	Correspondencia entre formulaciones métricas y sistemas de igualación.....	570

## **BIBLIOGRAFÍA.**

- ABBAGNANO, N. (1973): *Historia de la Filosofía*, Montaner y Simón, Barcelona
- ABERCROMBIE, N., HILL, S. y TURNER, B. S. eds. (1988). *Dictionary of Sociology*. Harmondsworth: Penguin.
- ABRAHAMSON, M. (1973), <<Functionalism and the functional theory of stratification: an empirical assessment>>, *American Journal of Sociology*, vol. 78, 5, pp. 1236-1246.
- ABRAMS, P. (1980): <<History, sociology, historical sociology>>, *Past and Present*, 87.
- ACKERMAN, B. A. (1980): *Social Justice in the Liberal State*, Yale University Press, New Haven.
- ADELMAN, I. y MORRIS, C. T. (1973): *Economics Growth and Social Equity in Developing Countries*, Stanford University Press, Stanford, California.
- AGRA, M<sup>a</sup> X. (1983): <<J. Rawls: El análisis del concepto de Justicia>>, *Ágora*, n<sup>o</sup> 3, pp. 99-118.
- AGULLA, J. C. (1984): *La experiencia sociológica*, Ed. Belgrano, Buenos Aires.
- AHMAD, E., DRÈZE, J. HILLS, J. y SEN, A. (1991) (eds): *Social Security in Developing Countries*, Clarendon Press, Oxford.
- AITCHISON, J., BROWN, J.A.C. (1957): *The Lognormal Distribution: With Special Reference to Economic*, Cambridge University Press, Cambridge.
- ALAMGIR, M. (1978): *Bangladesh: A Case of Below Poverty Level Equilibrium Trap*, Bangladesh Institute of Development Studies, Dhaka.
- ALARCÓN CABRERA, C. (1987): <<Reflexiones sobre la igualdad material>>, *Anuario de Filosofía del Derecho*, IV, pp. 31-42.
- ALBI IBAÑEZ, E. (1994): <<Una reflexión sobre las políticas redistributivas>>, en VV.AA., *La crisis del Estado de bienestar*, Consellería de Economía e Facenda (Xunta de Galicia), Santiago de Compostela, 1994, pp. 535-567.
- ALESANDER, K.L., ECKLAND, B.K., GRIFFIN, L.J., (1975): <<Wisconsin model of socioeconomic achievement: a replication>>, *American Journal of Sociology*, vol. 81, 2, pp. 324-342.
- ALEXANDER, J. C. (1987): *Twenty Lectures*, Columbia University Press, New York.
- ALMARAZ, J. (1981), *La teoría sociológica de Talcot Parsons. La problemática de la construcción metodológica del objeto*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- ALMARAZ, J. (1996): <<La estratificación Social (La desigualdad)>>, en J. Almaraz, M. Gaviria y J. Maestre (eds.), *Sociología para el trabajo social*, Editorial Universitas, Madrid, 1996, pp. 197-246.
- ALMUNIA, J. (1993): <<Presentación>>, en *La igualdad en las ideas y en el pensamiento político*, I. Simposio sobre Igualdad y distribución de la Renta y la Riqueza, Volumen I, pp. V-XXI.
- ALMUNIA, J.; CARABAÑA, J. y NAREDO, J. M. (1993): <<Renta, riqueza y empleo>>, *Documentación Social*, n<sup>o</sup> 93, pp. 231-240.
- ALONSO GARCÍA, E. (1983): <<El principio de igualdad del artículo 14 de la Constitución Española>>, *Revista de Administración Pública*, 100-2, vol. 1, pp. 21-92.
- ALONSO TORRÉNS, F. J. (1994): <<La pobreza acumulada y la marginación y/o "exclusión social">>, *Documentación Social*, n<sup>o</sup> 96, pp. 159-173.
- ALTHUSSER, L. (1965): *La revolución teórica de Marx*, Siglo XXI, México, 1985.
- ALTHUSSER, L.; BALIBAR, E. (1968): *Para leer el Capital*, Siglo XXI, México, 1969.
- ÁLVAREZ SOUSA, A. (1992): *Estructura social. Desigualdad y movilidad social en España*, Tórculo Ediciones, Santiago de Compostela, 1992

- ÁLVAREZ, Ana de Miguel (1994): *Cómo leer a John Stuart Mill*, Júcar, Madrid.
- ÁLVARO PAGE, M. (1996): *Los usos del tiempo como indicadores de la discriminación entre géneros*, Estudios del Instituto de la Mujer (nº 46), Ministerio de Asuntos Sociales, Madrid.
- ALVIRA, F. (1986): <<Diseños de investigación social: criterios operativos>>, en Manuel García Ferrando, Jesús Ibañez y Francisco Alvira, *El análisis de la realidad social*, Alianza Universidad Textos, Madrid, 1986.
- ALWIN, D.F., HAUSER, R.M., (1975): <<The decomposition of effects in path analysis>>, *American Sociological Review*, vol. 40, 1, pp. 37-47.
- ALLEN, J. W. (1951): *A History of Political Thought in the Sixteenth Century*, Londres.
- AMORÓS, C. (1987): <<A vueltas con el problema de los universales. Gillerminas, Roscelinas y Abelardas>>, en *Actas del encuentro hispano-mexicano*, México, pp. 476-485.
- AMORÓS, C. (1994): <<Igualdad e identidad>> en *El concepto de igualdad* de Amelia Valcárcel (Comp.), Editorial Pablo Iglesias, Madrid, pp. 29-48.
- AMOROSO, L., (1924): <<Ricerche Intorno Alla Curva dei Redditi>>, *Annali di Matematica Pura ed Applicata*, Serie 4-21, Vol. II, 1924-1925, pp. 123-157.
- ANALÍTICA, S. L. (1995): *Las desigualdades en España. Síntesis estadística. (II Simposio sobre Igualdad y Distribución de la Renta y la Riqueza)*, Editado por la Fundación Argentaria, Madrid.
- ANAND, S. (1983): *Inequality and Poverty in Malaysia: Measurement and decomposition*, Oxford University Press, New York.
- ANAND, S.; ANCKAR, D. y BERNDSTON, E. (1984) (eds): *Essays on Democratic Theory*, Finn timers, Tampere.
- ANDER-EGG, E. (1990): *Técnicas de investigación social*, Editorial Ateneo, México, 1990.
- ANDORKA, R., ZAGORSKY, K. (1979): <<Mobilité professionnelle en Hongrie et en Pologne. Analyse comparée des résultats des enquêtes de 1972-1973>>, VV.AA., *Égalité et inégalités en Europe de l'Est*, La Documentation Française, Paris, 1979.
- ANDRE, J. (1995): <<Blocked Exchanges: A Taxonomy>>, in David Miller y Michael Walzer, *Pluralism, Justice, and Equality*, Oxford University Press, New York, pp. 171-196.
- ANDRÉANI, T. y FÉRAY, M. (1993): *Discours sur l'Égalité parmi les hommes. Penser la alternative*, L'Harmattan, Paris, 1993.
- ANTONIO, R. (1979): <<The Contradiction of Domination and Production in Bureaucracy: The Contribution of Organizational Efficiency to the Decline of the Roman Empire>>, *American Sociology Review*, nº 44, pp. 895-912.
- APPELBAUM, R. (1978a): <<Marxist Method: Structural Constraints and Social Praxis>>, *The American Sociologist*, nº 13, pp. 73-81.
- APPELBAUM, R. (1978b): <<Marx's Theory of the Falling Rate of Profit: Towards a Dialectical Analysis of Structural Social Change>>, *American Sociological Review*, nº 43, pp. 67-80.
- ARISTÓTELES, (1969), *La Política*, Espasa Calpe, Madrid.
- ARMAND, F. y MAUBLANC, R. (1940): *Fourier*, FCE, México, 1984.
- ARNESON, R. J. (1989): <<Equality and Equality of Opportunity for Welfare>>, *Philosophical Studies*, nº 56, pp. 77-93.
- ARNESON, R. J. (1990): <<Liberalism, Distributive Subjectivism and Equal Opportunity for Welfare>>, *Philosophy and Public Affairs*, vol. 19, nº 2, pp. 158-194.
- ARNESON, R. J. (1993): <<Equality>>, en R. E. Goodin y P. Pettit (1993).



- ARNESON, R. J. (1995): <<Against 'Complex' Equality>>, in David Miller y Michael Walzer, *Pluralism, Justice, and Equality*, Oxford University Press, New York, pp. 226-252.
- ARON, R. (1964): *La lutte des classes*, París.
- ARON, R. (1965): *Dieciocho lecciones sobre la sociedad industrial*, Seix Barral, Barcelona, 1965
- ARROW, K. J. (1951): *Elección social y valores individuales*, Instituto de Estudios Fiscales, Madrid, 1974.
- ARROW, K. J. (1991) (ed.): *Markets and Welfare*, Macmillan, Londres.
- ARTETA, A. (1993): *Marx: Valor, forma social y alienación*, Ediciones Libertarias, Madrid.
- ATKINSON, A. B. (1970a): *Poverty in Britain and the Reform of Social Security*, Cambridge University Press.
- ATKINSON, A. B. (1972): *Unequal Shares*, Allen Lane, The Penguin Press, Londres
- ATKINSON, A. B. (1974): <<Poverty and income inequality in Britain>> en Dorothy Wedderburn (ed.), *Poverty, inequality and class structure*, Cambridge University Press, London, pp. 43-70.
- ATKINSON, A. B. (1975): *La economía de la desigualdad*, Editorial Crítica, Barcelona, 1981.
- ATKINSON, A. B. (1983): *Social Justice and Public Policy*, Weatsheaf and Cambridge, Brington.
- ATKINSON, A. B. (1987): <<On the Measurement of Poverty>>, *Econometrica*, v. 55, nº 4, pp. 749-764.
- ATKINSON, A. B. (1989): *Poverty and Social Security*, Harvester Weatsheaf, New York.
- ATKINSON, A.B. (1970b): <<On the Measurement of Inequality>>, *Journal of Economic Theory*, Vol. 2, pp. 244-263.
- ATKINSON, D. (1971): *Orthodox Consensus and Radical Alternative*, Londres.
- AUERBACH, A. y FERLDSTEIN, M. (1987): *Handbook of Public Economics*, North-Holland, Amsterdam.
- AYALA, F. (1988): *Introducción a las Ciencias Sociales*, Cátedra, Madrid
- AYALA, L.; MARTÍNEZ, R. y RUIZ-HUERTA, J. (1996): <<La distribución de la renta en España desde una perspectiva internacional: tendencias y factores de cambio>>, en VV.AA., *La desigualdad de recursos (II Simposio sobre Igualdad y Distribución de la Renta y la Riqueza)*, Fundación Argentaria-Visor, Madrid, 1996, pp. 315-440.
- BACHRACH (1973): *Crítica de la teoría elitista de la democracia*, Amorroutu, Buenos Aires, 1973.
- BALAN, J., BROWNING, H.L., JELIN, E. (1977): *El hombre en una sociedad en desarrollo. Movilidad geográfica y social en Monterrey*, FCE, México, 1977.
- BALCELLS I JUNYENT, J. (1994): *La investigación social. Introducción a los métodos y las técnicas*, PPU, Barcelona, 1994.
- BALSEMAO, F.C.P. (1972): <<L'accélération de la mobilité sociale>>, *Revista del Instituto de Ciencias Sociales*, nº 20, pp. 281-291.
- BALLARÍN DOMINGO, P. (1994): <<Oportunidades educativas e igualdad>>, en *El concepto de igualdad* de Amelia Valcárcel (Comp.), Editorial Pablo Iglesias, Madrid, pp. 173-197.
- BANDRÉS MOLINÉ, E. (1994): <<La redistribución en el estado de bienestar: un enfoque contractual>>, en VV.AA., *La crisis del Estado de bienestar*, Conselleria de Economía e Facenda (Xunta de Galicia), Santiago de Compostela, 1994, pp. 47-70.

- BARBANO, F. (1973), <<Significado y análisis de las estructuras en antropología y sociología>> en F. Bardano y otros, *Estructuralismo y sociología*, Nueva visión, Buenos Aires, pp. 133-211.
- BARBELET, J. M. (1986): <<Limitations of Class Theory and the Disappearance of Status: the Problem of the New Middle Class>>, *Sociology*, Vol. 20, n° 4, pp. 554-575.
- BARBER, B. (1957), *Estratificación social. Un análisis comparativo de la estructura y el proceso*, FCE, México, 1991.
- BARBER, B. (1974): <<Estratificación social: Introducción>>, en A. L. Sills (Dtor.), *Enciclopedia internacional de Ciencias Sociales*, vol. 4, pp. 539-545, Aguilar, Madrid.
- BARBER, B. (1978): <<Inequality and Occupational Prestige: Theorie, Research, and Social Policy>>, *Sociological Inquiry*, n° 2, pp. 75-87.
- BARBUT, M. (1988): <<Des bons et des moins bons usages des distributions parétiennes en analyse des données>>, *Histoire & Mesure*, Vol. III-1, pp. 111-128.
- BARDHAN, P. (1974): <<On Life and Death Questions>>, *Economic and Political Weekly*, 9. (Número especial).
- BARDHAN, P. (1984): *Land Labour and Rural Poverty: Essays in Development Economics*, Columbia University Press, New York.
- BARDHAN, P. (1993): <<On Tacklin the Soft Budget Constraint in Market Socialism>>, en P. Bardhan y J. Roemer (eds.), *Market Socialism: The Current Debate*, Oxford University Press, New York.
- BARDHAN, P. y ROEMER, J. (1992): <<Market Socialism: A Case for Rejuvenation>>, *Journal of Economic Perspectives*, n° 6, pp. 101-116.
- BARDHAN, P. y ROEMER, J. (1993): *Market Socialism: The Current Debate*, Oxford University Press, New York.
- BAREA TEJEIRO, J. (1994): <<Las causas de la Crisis del Estado de Bienestar>>, en VV.AA., *La crisis del Estado de bienestar*, Conselleria de Economía e Facenda (Xunta de Galicia), Santiago de Compostela, 1994, pp. 637-660.
- BARNES, H. E. y BECKER, H. (1938): *Historia del pensamiento social. Historia e interpretación de las ideas acerca de la convivencia humana*, 2 vol., FCE, México, 1984.
- BARNY, R. (1995): *Le droit naturel à l'épreuve de l'histoire*. Annales littéraires de l'université de Besançon, Paris, 1995.
- BARON, J.N. (1980): <<Indianapolis and beyond: a structural model of occupational mobility across generations>>, *American Journal of Sociology*, vol. 85, n° 4, pp. 815-839..
- BARRY, B. (1965): *Political Argument*, Routledge and Kegan Paul, London.
- BARRY, B. (1973): *The Liberal Theory of Justice. A Critical Examination of the Principal Doctrines in <<A Theory of Justice>> by John Rawls*. Oxford University Press, Oxford.
- BARRY, B. (1986): <<Lady Chatterly's Lover and Doctor Fisher's Bomb Party: Liberalism, Pareto Optimality and the Problem of Objectional Preferences>>, en Elster y Hylland (1986), pp. 11-44.
- BARRY, B. (1989): *Theories of Justice*, vol. 1, University of California Press, Berkeley.
- BARRY, B. (1991): *Liberty and Justice*, Clarendon Press, Oxford.
- BARRY, B. (1995): <<Spherical Justice and Global Injustice>>, in David Miller y Michael Walzer, *Pluralism, Justice, and Equality*, Oxford University Press, New York, pp. 67-80.
- BARTELS, C.P.A. (1977): *Economic Aspects of Regional Welfare*, Leiden, Martinus Nijhoff Social Sciences Division, 1977.

- BATRA, R. y PATTANAIK, P. (1972): <<On Some Suggestions for Having Non-Binary Social Choice Functions>>, *Theory and Decision*, 3, pp. 1-11.
- BAUER, P. T. (1981): *Equality, the Third World and Economic Delusion*, Harvard University Press, Cambridge.
- BEACH, Ch. (1976): <<Cyclical Impacts on the Personal Distribution of Income>>, *Economic and Social measurement*, Vol. 5, nº 1, pp. 29-52.
- BEAUCHAMPS, T. L. (1980): <<Distributive Justice and the Difference Principle>>, en H. Gene Blocker y Elizabeth H. Smith, *John Rawls Theory of Social Justice* (eds.), Ohio University Press, Athens.
- BECKERMAN, W. (1979): *The Impact of Income Maintenance Programmes on Poverty in Four Developing Countries*, ILO, Ginebra.
- BECKERMAN, W. y CLARK, S. (1982): *Poverty and Social Security in Britain since 1961*, Clarendon Press, Oxford.
- BEDAU, H. A. (1971) (ed.): *Justice and Equality*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, N. J.
- BECKERMAN, G. (1983): *Vocabulario básico del marxismo. Terminología de las obras completas de Karl Marx y Friedrich Engels*, Crítica, Barcelona, 1983.
- BELL, D. (1973): *El advenimiento de la sociedad post-industrial*, Alianza Universidad, Madrid, 1976.
- BELLEVILLE, P. (1963): *Une nouvelle classe ouvrière*, Paris.
- BENDIX, R. (1974): *Estado nacional y ciudadanía*, Amorroutu, Buenos Aires, 1964
- BENDIX, R. y LIPSET, S. M. (1972), *Clase, status y poder* (tres vols.), Euramérica, Madrid.
- BENEDETTI, C. (1986) <<Sulla interpretazione benesseriale di noti indici di concentrazione e di altri>>, *Metron*, nº 44, pp. 421-429..
- BÉNÉTON, P. (1975): <<Discours sur la genèse des inégalités dan les sociétés occidentales contemporaines>>, *Revue Française de Science Politique*, Febrero de 1975, pp. 106-122.
- BÉNÉTON, P., RENAUD, J. (1976): <<Contremobilité et effets differés: une réflexion sur la transmission des biens inclusifs et des biens exclusifs>>, *Sociologie et Société*, vol. 8, 2, pp. 81-97.
- BENN, S. I. y PETERS, R. S. (1959): *The Principles of Political Thought: Social Foundations of the Democratic State*, The Free Press, New York, 1965
- BENTHAM, J. (1789): *An introduction to the Principles of Morals and Legislation*, Hafner, New Yor, 1948.
- BENTZEL, R. (1970): <<The Social Significance of Income Distribution Statistics>>, *Review of Income & Wealth*, serie 16, nº 3, pp. 253-264.
- BERGER (1988): *La revolución capitalista*, Península, Barcelona.
- BERGER, P. L. y KELLNER, H. (1981): *La reinterpretación de la sociología*, Espasa-Calpe (Colección Austral), Madrid, 1985.
- BERGER, P. L. y LUCKMANN, T. (1966): *La construcción social de la realidad*, Amorroutu, Buenos Aires, 1979.
- BERGSON, A. (1938): *Essays in Normative Economics*, Harvard University Press, Cambridge, 1966.
- BERKOWITZ, S. D. (1988): <<Afterword: Toward a formal structural sociology>>, in *Social Structures. A Network Approach*. Edited by Wellman and S. D. Berkowitz, Cambridge University Press, USA. pp. 477-497
- BERLIN, I. (1956): <<La igualdad>>, *Conceptos y categorías. Ensayos filosóficos*, FCE, México, 1992, pp. 147-178.

- BERLIN, I. (1964): <<Does Political Theory Still Exist?>>, en *Philosophy, Politics and Society*, 2ª serie, Basil Blackwell, Oxford, pp. 1-34.
- BERLIN, I. (1974): <<Dos conceptos sobre la libertad>>, en Anthony Quinton (de.), *Filosofía Política*, Fondo de Cultura Económica, México.
- BERREMAN, G. D. (1968): *The concept of caste*, International Encyclopedia of the Social Sciences, Macmillan.
- BERTAUX, D. (1969): <<Sur l'analyse des tables de mobilité sociale>>, *Revue Française de Sociologie*, vol. 10, n° 4, pp. 448-490.
- BERTAUX, D. (1971): <<Nouvelles perspectives sur la mobilité sociale en France>>, *Quality and Quantity*, vol. 5, n° 1, pp. 87-129.
- BERTAUX, D. (1972): <<Questions de stratification et de mobilité sociale>>, *Sociologie du Travail*, vol. 14, pp. 226-235.
- BERTAUX, D. (1977): *Destins personnels et structure de classe. Pour une critique de l'anthropologie politique*, PUF, Paris.
- BERTAUX, D. (1980): <<L'approche biographique: sa validité méthodologique, ses potentialités>>, *Cahiers Internationaux de Sociologie*, vol. LXIX, pp. 197-225.
- BERTAUX, D. (1985): *La mobilité sociale*, Hatier, Paris, 1985.
- BÉTEILLE, A. (1969): (ed.): *Social Inequality*, Penguin Books, Harmondsworth.
- BÉTEILLE, A. (1977): *Inequality among Men*, Blackwell, Oxford.
- BÉTEILLE, A. (1981): *The Blackward Classes and the Social Order*, Oxford University Press, Delhi.
- BÉTEILLE, A. (1983a): *The Idea of Natural Inequality and Other Essays*, Oxford University Press, Delhi.
- BÉTEILLE, A. (1983b) (ed.): *Equality and Inequality*, Oxford University Press, Delhi.
- BIHR, A. y PFEFFERKORN, R. (1995): *Déchiffrer les inégalités*, Syros, Paris, 1995.
- BILLEWICKS, N.Z. (1955) <<Some remarks on the measurement of social mobility>>, *Populations Studies*, vol. 9, pp. 96-100.
- BIRH, A. (1991): <<Identité, inégalité, pugnacité. Breve synthèse sur la pensée d'extrême droite>>, *Raison présente*, n° 99, Paris, 3º trimestre, 1991.
- BLACKORBY, C. y DONALSON, D. (1978): <<Measures of Relative and their Meaning in Terms of Social Welfare>>, *Journal of Economic Theory*, vol. 18, pp. 651-675.
- BLACKORBY, C. y DONALSON, D. (1978): <<Measures of relative equality and their meaning in terms of social welfare>>, *Journal of Economic Theory*, n° 18, pp. 59-80.
- BLACKORBY, C., DONALSON, D. y AUERPERG, M. (1980): <<A Theoretical Treatment of Indices of Absolute Inequality>>, *International Economy Review*, n° 21, pp. 107-136.
- BLACKORBY, C., DONALSON, D. y AUERSPERG, M. (1981): <<A New Procedure for the Measurement of Inequality within and among Population Subgroups>>, *Canadian Journal of Economics*, n° 14, pp. 665-685.
- BLANC, J. (1966): <<Algunas tendencias de la movilidad social española>>, *Cuadernos del Ruedo Ibérico*, junio-julio, pp. 67-73.
- BLAU, P. y DUNCAN, O. D. (1967): *The American Occupational Structure*, Wiley, New York, 1978.
- BLOCK, F. (1992): <<Capitalism without Class Power>>, *Politics and Society*, n° 20, pp. 277-303.
- BLOCH, M. (1961): *La sociedad feudal*, Akal, Madrid, 1987.

- BLUHM, W. T. (1978): *Theories of the Political System: Classics of Political Thought and Modern Political Analysis*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs.
- BLUMEN, I.; KOGAN, M.; MCCARTHY, P.J. (1966): <<Probability models for mobility>>, en Lazarsfeld, P., Henry, N.W. (comp.), *Readings in mathematical social science*, Science Research Associates, Chicago, pp. 310-334.
- BOBBIO, N. (1977): *Igualdad y libertad*, Paidós-Universidad Autónoma de Barcelona, 1993.
- BOBBIO, N. (1989): *Thomas Hobbes*, FCE, Madrid, 1992.
- BONFERRONI, C.E. (1940): *Elementi di statistica generale*, Università Commerciale Bocconi, Milano, 1940.
- BORDA, J. C. (1981): *Mémoire sur les élections au scrutin*, Mémoires de l'Académie Royale des Sciences, Paris.
- BOS, D.; ROSE, M. y SEIDI, C. (1986): *Welfare and Efficiency in Public Economics*, Springer-Verlag, Berlin.
- BOSCH, A.; ESCRIBANO, C. y SÁNCHEZ, I. (1989): *Evolución de la desigualdad y la pobreza en España, en base a las EPF 1973-74 y 1980-81*, INE-Instituto Universitario Ortega y Gasset, Madrid, 1989.
- BOSERUP, E. (1970): *Women's Role in Economic Development*, Allen and Unwin, Londres.
- BOTTOMORE, T. B. (1968): *Las clases sociales en la sociedad moderna*, La Pléyade, Buenos Aires.
- BOTTOMORE, T. B. (1976): *La sociología como crítica social*, Península, Barcelona.
- BOTTOMORE, T. B. (1964): *Elites and Society*, Penguin Books, New York, 1977.
- BOTTOMORE, T. B. (1967): *Introducción a la Sociología*, Península, Barcelona.
- BOTTOMORE, T. B. (ed.) (1973): *Karl Marx*, Prentice-Hall, New Jersey.
- BOTTOMORE, T. B.; HARRIS, L.; KIERNAN, V. G. K.; MILIBAND, R. y KOLAKOWSKI (1983): *Diccionario del pensamiento Marxista*, Tecnos, 1984.
- BOUDON, R. (1971): <<Eléments pour une théorie formelle de la mobilité sociale>>, *Quality and Quantity*, vol. 2, pp. 39-86.
- BOUDON, R. (1972): *¿Para qué sirve la noción de estructura?*, Aguilar, Madrid.
- BOUDON, R. (1973a): *L'inégalité des chances. La mobilité sociale dans les sociétés industrielles*, A. Collins, Paris, 1973.
- BOUDON, R. (1973b), *Mathematical Structures of Social Mobility*, Elsevier Scientific Publishing Company, Amsterdam, 1973.
- BOUDON, R. (1974), *La crisis de la sociología*, Laia, Barcelona.
- BOURDIEU, P. (1966): <<L'École conservatrice, les inégalités devant l'école et devant la culture>>, *Revue Française de Sociologie*, vol. 7, 3, pp. 325-347, 1966.
- BOURDIEU, P. (1973), <<Condición de clase y posición de clase>> en F. Barbano y otros, *Estructuralismo y sociología*, Nueva Visión, Buenos Aires, pp. 71-100.
- BOURDIEU, P. (1979): *La distinción*, Taurus, Madrid, 1991.
- BOURDIEU, P. (1985): <<The social space and genesis of groups>>, *Theory and Society*, vol. 14, 6, pp. 723-744, 1985.
- BOURDIEU, P. (1987): <<What makes a social class?>>, *Berkeley Journal of Sociology*, vol. 22, pp. 1-28.
- BOURDIEU, P.; CHAMBERDON, J. C. y PASSERON, J. C. (1976): *El oficio de sociólogo*. S. XXI, Madrid, 1976.

- BOURGUIGNON, F. (1979): <<Descomposable Income Inequality Measures>>, *Econometrica*, nº 47, pp. 901-920.
- BOWIE, N. E. y SIMON, R. L. (1977): *The Individual and the Political Order. An Introduction to Social and Political Philosophy*, Prentice-Hall, New Jersey, 1986.
- BRANDT, R. B. (1978): *A Theory of the Good and the Right*, Oxford University Press, Oxford, 1979.
- BRANNEN, J. y WILSON, G. (1987) (eds.): *Give and Take in Families*, Allen and Unwin, Londres.
- BRENKERT, C. G. (1983): *Marx's Ethics of Freedom*, Routledge, Londres.
- BRINT, S. (1984): <<"New Class" and Cumulative Trend Explanations of the Liberal Political Attitudes of Professionals>>, *American Journal of Sociology*, nº 90, pp. 30-71.
- BROOM, L. y CUSHING, R. G. (1977), <<A modest test of a modest theory: the functional theory of stratification>>, *American Sociological Review*, vol. 42, 1, pp. 157-170.
- BROOM, L., JONES, F.L. (1969): <<Class mobility in three societies: Australia, Italy and US>>, *American Sociological Review*, vol. 34, 5, pp. 650-658.
- BROWN, C. y BRANNEN, P. (1970): <<Social relations and social perspectives amongst shipbuilding workers>>, I y II, *Sociology*, 4 (1), pp. 71-84 y 197-211, respectivamente.
- BRUNT, P. A. (1971): *Social Conflict in the Roman Republic*, Chatto and Windus, London.
- BUCKLEY, W. (1963), <<On equitable inequality>>, *American Sociological Review*, vol. 28, 5, pp. 799-801.
- BUCKLEY, W. (1958): <<Social stratification and the functional theorie of social differentiation>>, *American Journal of Sociology*, vol. 23, pp. 369-375.
- BUCHANAN, A. (1985): <<Equal opportunity and Genetic intervention>>, en Ellen Frankel Paul; Fred D. Miller, Jr. y Jeffrey Paul (eds.), *The Just Society*, Cambridge University Press, 1985, pp. 105-135.
- BUCHANAN, A. E. (1982): *Marx and Justice*, Methuen, Londres.
- BUCHANAN, J. M. (1975): *The Limits of Liberty*, University of Chicago Press, Chicago.
- BUCHANAN, J. M. (1986): *Liberty, Market and the State*, Wheatsheaf Books, Brighton.
- BUDD, E. C. (1970): <<Distribution Issues: Trends and Policies. Postwar Changes in the Size Distribution of Income in the U.S.>>, *A.E.R.*, Vol. 60, Nº 2, pp. 247-260, 1970.
- BULMER, M. (1975): *Working Class Images of Society*, Routledge, London.
- BURBIDGE, J. W. (1985): <<L'injustice dans l'Égalité: quelques reflexions sur la pensée de Hegel>>, *Cahiers de philosophie politique et juridique de l'Université de Caen*, nº 8, 1985, pp. 181-190.
- BURKERT, W. (1985), *Greek Religion*, Harvard University Press, Cambridge, Mass.
- BURR, I. W. (1942): <<Cumulative Frequency Functions>>, *Annals of Mathematical Statistics*, vol. 13, nº 1, pp. 215-232.
- BURRIS, V. (1993): <<La síntesis neomarxista de Marx y Weber sobre las clases>>, en *Teorías contemporáneas de las clases sociales*, Editorial Pablo Iglesias, Madrid, 1993, compiladores Julio Carabaña y Andrés de Francisco, pp. 127-156.
- CABET, E. (1840): *Viaje a Icaria*, Ediciones Orbis, Barcelona, 1985.
- CACHÓN RODRÍGUEZ, L. (1989), *¿Movilidad social o trayectoria de clase?*. Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- CAÍNZOS, M. A. (1989): <<Clase, acción y estructura: de E. P. Thompson al posmarxismo>>, *Zona Abierta*, 50, 1989, pp. 1-69.

- CAÍNZOS, M. A. (1995): <<El concepto de estructura de clases: Inventario de estrategias constructivas y esbozo de una propuesta>>, en J. Carabaña (ed.), *Desigualdad y clases sociales. Un seminario en torno a Erick O. Wright*, Fundación Argentaria, Madrid, pp. 55-94.
- CAMPS, V. (1990a): <<La democracia nos salvará>> en *Claves de Razón Práctica*, nº 5, Sept., 1990.
- CAMPS, V. (1990b): *Virtudes públicas*, Espasa Calpe, Madrid.
- CAMPS, V. (1994): <<La igualdad y la libertad>> en *El concepto de igualdad* de Amelia Valcárcel (Comp.), Editorial Pablo Iglesias, Madrid, pp. 17-27.
- CAÑADA VICINAY, J. A. (1993): <<Educación y disparidad salarial>> en *Mercado de Trabajo y Desigualdad*, I Simposio sobre desigualdades de la Renta y de la Riqueza, multicopiado, Fundación Argentaria, Madrid, pp. 66-98.
- CAPECCHI, V. (1967): <<Problèmes méthodologiques dans la mesure de la mobilité sociale>>, *Archives Européennes de Sociologie*, vol. 8, 2, pp. 258-318, 1967.
- CAPPELLETTI, A. J. (1990): *El pensamiento utópico, siglos XVIII-XIX*, Tuero, Madrid.
- CARABAÑA, J. (1992): <<Desigualdad y movilidad, un mismo fenómeno>>, *Igualdad. Boletín Informativo del Programa de Estudios sobre Igualdad y Distribución de la Renta y la Riqueza*, nº 2, pp. 3-4.
- CARABAÑA, J. (1993): <<Desigualdad económica y movilidad social>>, *Estructura social y movilidad*, volumen V del I Simposio sobre desigualdades de la Renta y de la Riqueza, Fundación Argentaria, Madrid, pp. 7-34.
- CARABAÑA, J. (1994): <<Educación y diversidad de clases sociales>>, en F. Fernández Palomares y A. Granados (eds.), *Actas de las III Jornadas de Sociología de la Educación*, Cincel, Granada.
- CARABAÑA, J. (1995): <<Esquemas y estructuras>>, en J. Carabaña (ed.), *Desigualdad y clases sociales. Un seminario en torno a Erick O. Wright*, Fundación Argentaria, Madrid, pp. 109-130.
- CARCOPINO, J. (1973): *Daily Life in Ancient Rome*, Yale University Press, New Haven.
- CARENS, J. H. (1981): *Equality, moral incentives and the market*, University of Chicago Press, Chicago.
- CARENS, J. H. (1995): <<Complex Justice, Cultural Difference, and Political Community>>, in David Miller y Michael Walzer, *Pluralism, Justice, and Equality*, Oxford University Press, New York, pp. 45-66.
- CARLING, A. H. (1986): <<Rational Choice Marxism>>, *New Left Review*, nº 160, pp. 24-62.
- CARLING, A. H. (1991): *Social Division*, Verso, London, 1991.
- CARMONA GUILLÉN, J. A. (1977): *Los indicadores sociales, hoy*, CIS, Madrid.
- CARRIT, E. F. (1940): <<La libertad y la igualdad>>, en A. Quinton (comp.), *Filosofía política*, FCE, México, 1974, pp. 195-215.
- CASADO, D. (1990): *Sobre la pobreza en España, 1965-1990*, Editorial Hacer, Barcelona.
- CASADO, D. (1994): <<Sectores y factores de la pobreza reconceptualizada en España>>, *Documentación Social*, nº 96, pp. 143-158.
- CASTAÑO COLLADO, C. (1993): <<La desigualdad en las condiciones de trabajo>>, en el volumen *Mercado de trabajo y desigualdad*, ponencia presentada en el I Simposio sobre Igualdad y Distribución de la Renta y la Riqueza, multicopiado, Fundación Argentaria, Madrid, pp. 5-68.
- CASTELLS, M. y E. de IPOLA (1975): *Metodología y epistemología en las ciencias sociales*, Ayuso, Madrid.

- CASTILLO, J. J. y PRIETO, C. (1983): *Condiciones de trabajo. Un enfoque renovador de la Sociología del trabajo*, C.I.S., Madrid.
- CLARK, J. B. (1902): *Distribution of Wealth*, Macmillan, London.
- CLARK, T. N. y LIPSET, S. M. (1991), <<Are social class dying>>, *International Sociology*, vol. 6, nº 4, pp. 397-410.
- CLARK, T. N.; LIPSET S. M. y REMPEL, Michael (1993), <<The declining political significance of social class>>, *International Sociology*, vol. 8, nº 3, pp. 293-316.
- CLARKE, J.; CRITCHER, C. y JOHNSON, R. (1979) (eds.): *Working-Class Culture: Studies in History and Theory*, Hutchinson, Londres, 1979.
- CLEMHOUT, A. (1979): <<A Life Cycle Theory of Marriage and Divorce: A Pareto Optimal Differential Game Model>>, en P. Liu y J. F. Sutinen (eds.), *Control Theory in Mathematical Economics*, Marcel Dekker, New York.
- COHEN, G. A. (1978): *La teoría de la historia de Karl Marx. Una defensa*, Pablo Iglesias-Siglo XXI, Madrid, 1986.
- COHEN, G. A. (1988): *History, Labour and Freedom: Themes from Marx*, Clarendon Press, Oxford.
- COHEN, G. A. (1989): <<On the Currency of Egalitarian Justice>>, *Ethics*, nº 99, pp. 906-944.
- COHEN, G. A. (1990a): <<Equality of What? On Welfare, Resources and Capabilities>>, Nussbaum y Sen (eds.), *The Quality of Life*, Clarendon Press, Oxford, 1993.
- COHEN, G. A. (1990b): <<Marxism and Contemporary Political Philosophy, or: Why Nozick Exercises Some Marxist More Than He Does Any Egalitarian Liberal>> *Canadian Journal of Philosophy*, volumen extraordinario, nº 16, pp. 363-367.
- COHEN, G. A. (1991): <<The Future of a Dillusion>>, *New Left Review*, 190 (noviembre-diciembre), pp. 5-22.
- COHEN, G. A. (1992): <<Incentives, Inequality, and Community>>, en B. B. Peterson (ed.), *The Tanner Lectures on Human Values*, vol. XIII, University of Utah Press, Salt Lake City, 1992, pp. 261-329.
- COHEN, G. A. (1995): *Self-ownership, Freedom and Equality*, Cambridge University Press, Cambridge.
- COHEN, J. (1982): *Class and Civil Society*, University of Massachusetts Press, Amherst.
- COHEN, J. y ROEMER, J. (1993): <<Associative Democracy>>, en P. Basrdhan y J. Roemer, eds., *Market Socialism: The Current Debate*, Oxford University Press, New York.
- COHEN, J. y ROGERS, J. (1993): *On Democracy: Toward a Transformation of American Society*, Penguin Books, New York.
- COHEN, M.; NAGEL, T. y SCALON, T. (1980) (eds.): *Marx, Justice and History*, Princeton University Press, Princeton.
- COHEN, P. (1968): *Modern Sociology Theory*, Basic Books, New York.
- COLANDER, D. (1984): (ed.): *Neoclassical Political Economy*, Ballinger Press, Boston.
- COLE, S. y FIORENTINE, R. (1991): <<Discrimination Against Women in Science: The Confusion of Outcome with Process>> en H. Zuckerman, J. R. Cole y J. T. Bruer, *The Outer Circle. Women in the Scientific Community*, W. W. Norton, USA, pp. 205-226.
- COLEMAN, J. S. (1990): *Foundations of Social Theory*, Harvard University Press, Cambridge.
- COLOMY, P. (1990): <<Introduction. The Functionalist Tradition>>, en Paul Colomy (ed.), *Functionalist Sociology*, Edward Elgar Publishing Limited, England, pp. XI-LVII.
- COLLETTI, L. (1975): *Ideología y Sociedad*, Península, Barcelona, 1975.



- COLLINS, R. (1971): <<Functional and Conflict Theories of Educational Stratification>>, *Sociological Review*, nº 36, pp. 1002-1019.
- COLLINS, R. (1979): *The Credential Society*, Academic Press, New York.
- COMBESSIE, J.-C. (1981): <<L'évolution comparée des inégalités: problèmes statistiques>>, *Revue Française de Sociologie*, vol. 86, nº 4, pp. 836-868.
- CONNOLLY, W. (1991): *Identity and Difference*, Cornell University Press, London.
- COTGROVE, S. y DUFF, A. (1980): <<Environmentalism, Middle Class Radicalism and Politics>>, *Sociological Review*, nº 28, pp. 233-251.
- COWELL, F. A. (1977): *Measuring Inequality*, Wiley, New York.
- COX, O. (1948): *Caste, Class and Race*, Doubleday, New York.
- CRAMER, J.S. (1978): <<A Function for Size Distributions of Incomes: Comment>>, *Econometrica*, Vol. 46, Nº 2, pp. 459-460.
- CROMPTON, R. (1993): *Clase y estratificación. Una introducción a los debates actuales*, Tecnos, Madrid, 1994.
- CROMPTON, R. y GUBBAY, J. (1977): *Economy and Class Structure*, Macmillan, London.
- CULLEN, J. B. y NOVICK, S. M. (1979), <<The Davis-Moore theory of stratification: a further examination and extension>>, *American Journal of Sociology*, vol. 84, 6, pp. 1424-1437.
- CHASE, I.D. (1975): <<A comparison of men's and women's intergenerational mobility in U.S.>>, *American Sociological Review*, nº 40, pp. 483-505.
- CHAUNU, P. (1987): <<Avant-propos>> en Pierre Delaporte (1987), pp. IX-XII.
- CHERKAoui, M., LINDSEY, J. (1977): <<Problèmes de mesure de classes sociales: des indices du status aux modèles d'analyse des rapports de classe>>, *Revue Française de Sociologie*, XVIII, pp. 233-270.
- CHESNEAU, J. (1969): *El modo de producción asiático*, Grijalbo, México.
- CHINOY, E. (1966): *La sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México.
- CHIRICO, M. (Comp.) (1992): *Los relatos de vida*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.
- D'ALEMBERT (1768): *Discurso preliminar de la Enciclopedia*, Aguilar, Buenos Aires, 1965.
- DAGUM, C. (1977): <<A new model of personal income distribution: Specification and estimation>>, *Economie Appliquée*, Nº 32, pp. 413-426.
- DAGUM, C. (1978): <<Toward a General Model of Production and Distribution Models>>, *Hommage à François Perroux*, Presses Universitaires de Grenoble, pp. 413-436.
- DAGUM, C. (1983): <<Income inequality measures>>, in KOTZ, S., JOHNSON, N.L., *Encyclopedia of statistical sciences*, vol. IV, Wiley, New York, 1983, pp. 34-40.
- DAGUM, C. (1991): *Renta y distribución de la riqueza, desigualdad y pobreza: Teoría, modelos y aplicaciones*, Seminario Internacional de Estadística en Euskadi, Instituto Vasco de Estadística, Cuaderno 22, 1991.
- DAGUM, C., THEORET, C. (1978): <<The Impact of the Composition of Income Upon the Size Distribution of Income>>, *Studi in Onore di G. Demaria*, Padova, CEDAM, pp. 907-926.
- DAHRENDORF, R. (1959): *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad post-industrial*, Rialp, Madrid, 1974.
- DAHRENDORF, R. (1961): <<Out of utopia: toward the reorientation of sociological theory>>, *Essays in the Theory of Society*, Stanford University Press, California, 1978.
- DAHRENDORF, R. (1962): <<On the Origins of social inequality>> en P. Laslett y W. G. Runciman (eds), *Philosophy, Politics and Society*, Oxford University Press, pp. 83-109.

- DAHRENDORF, R. (1968): *Essays in the Theory of Society*, Stanford University Press, California, 1978.
- DAHRENDORF, R. (1979): *Oportunidades vitales. Notas para una teoría social y política*, Espasa-Calpe, Madrid, 1983.
- DAHRENDORF, R. (1990): *El conflicto social moderno. Ensayo sobre la política de la libertad*, Mondadori, Madrid.
- DALTON, H. (1920): <<The Measurement of Inequality of Incomes>>, *Economic Journal*, nº 30, pp. 348-361.
- DANCELLI, L. (1988): <<Confronti fra le curve di concentrazione Z(p) e L(p) nel modelo di Dagum-Fattorioni-Lemmi>>, *Research paper*, Università di Brescia, Brescia, 1988.
- DANIELS, N. (1974) (ed.): *Reading Rawls*, Blackwell, Oxford.
- DASGUPTA, P.; SEN A. K. y STARRET, D. (1973): <<Notes on the Measurement of Inequality>>, *Journal of Economic Theory*, nº 6, pp. 180-187.
- DAVID, M. (1987): *Fraternité et Révolution française*, Aubier, Paris, 1987.
- DAVIS, K. (1942), <<A conceptual analysis of stratification>>, *American Sociological Review*, vol. VII, pp. 309-321.
- DAVIS, K. (1948), *La sociedad humana*, Eudeba, Buenos Aires, 1965.
- DAVIS, K. (1953), <<Réplica a Tumin>>, en R. Bendix y S. M. Lipset, *Clases, status y poder*, pp. 187-196.
- DAVIS, K. (1959), <<The abominable heresy: a reply to Dr. Buckley>>, *American Sociological Review*, vol. 24, 1, pp. 82-83.
- DAVIS, K. y MOORE, W. E. (1945), <<Algunos principios de estratificación>> en R. Bendix y S. M. Lipset, *Clases, status y poder*, tomo I, Euramérica, Madrid, (1972).
- DAWLEY, A. (1979): <<E. P. Thompson and the peculiarities of the Americans>> *Radical History Review*, nº 19, pp. 33-60.
- DE FRANCISCO, A. (1993): <<Problemas del análisis de clase: a modo de introducción>> en J. Carabaña y A. de Francisco, *Teorías contemporáneas de las clases sociales*, Pablo Iglesias, pp. 1-16.
- DEBREU, G. (1959): *Teoría del valor*, Bosch, Barcelona.
- DELAPORTE, A. (1987): *L'idée d'égalité en France au XVIII<sup>e</sup> siècle*, PUF, Paris, 1987.
- DELEUZE (1988): *Diferencia y repetición*, Júcar, Madrid.
- DERRIDA (1989): *La escritura y la diferencia*, Anthropos, San Cugat del Vallés.
- DESAI, M. J.; BOLTVINNIK, J. y SEN, A. K. (1991): *Social Progress Index*, UNDP, Bogotá.
- DI MAGGIO, P. (1979): <<On Pierre Bourdieu>>, *American Journal of Sociology*, vol. 84, nº 6, 1979, pp. 1460-1474.
- DIDEROT y D'ALAMBERT (1753): *Encyclopedie, ou dictionnaire, raisonné des sciences, des arts et des métiers, par une société de gens de lettres*, (ed. Facsimil), Milán, 1978.
- DIEWERT, W. y MONTMARQUETTE, C. (1983) (eds.): *Price Level Measurement*, Statistics Canada, Ottawa.
- DÍEZ NICOLÁS, J. (1976): *Sociología: entre el funcionalismo y la dialéctica*, Guadiana, Madrid, 1976.
- DIGGS, B. J. (1974) (ed.): *The State, Justice and Common Good*, Foresman, Illinois.
- DIXON, K. (1986): *Freedom & Equality*, Routledge & Kegan Paul, London.
- DORN, E. (1979): *Rules and Racial Equality*, Yale University Press, New Haven.

- DRÈZE, J. (1989): *Labour Management, Contracts, and Capital Markets*, Basil Blackwell, Oxford.
- DRÈZE, J. y SEN, A. (1989): *Hunger and Public Action*, Clarendon Press, Oxford.
- DRÈZE, J. y SEN, A. K. (1990): *The Political Economy of Hunger*, 3. vols., Clarendon Press, Oxford.
- DUBY, G. (1978): *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*, Petrel, Barcelona, 1980.
- DUFRENNE, M. (1959): *La personalidad básica*, Paidós, Buenos Aires.
- DUMONT, L. (1970): *Homo Hierarchicus: The Caste System and its Implications*, University of Chicago Press, Chicago.
- DUMONT, L. (1977): *Homo aequalis. Génesis y apogeo de la ideología económica*, Taurus, Madrid, 1982.
- DUNCAN, O. D. (1966) <<Path Analysis: sociological examples>>, *American Journal of Sociology*, vol. 72, pp. 1-16.
- DUNCAN, O. D.; FEATHERMAN, D. y DUNCAN, L. (1972): *Socioeconomic Background and Achievement*, Seminar Press, New York.
- DUNCAN-JONES, R. (1974): *The Economy of the Roman Empire*, Cambridge University Press, Cambridge, Mass.
- DURÁN, M<sup>a</sup>. A. (1994): <<Viejas y nuevas desigualdades: La dialéctica entre observadores y observados>>, *Revista Internacional de Sociología*, n<sup>o</sup> 8 y 9, pp. 61-87.
- DURÁN, M<sup>a</sup>. A. (1996): <<Torres, pirámides y estrellas (sobre las imágenes de la estructura de clases)>>, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n<sup>o</sup> 75, pp. 29-54.
- DURAND, C. y DURAND, M. (1971), *De l'OS à l'ingénieur. Carrière ou classe sociale*. Les Éditions Ouvrières, Paris.
- DURKHEIM, E. (1893): *La división del trabajo social*, Akal, Madrid, 1982.
- DUTTA, B. y ESTEBAN, J. M. (1991): <<Social Welfare and Equality>>, *Social Choice and Welfare*, n<sup>o</sup> 50, pp. 49-68.
- DWORKIN, R. (1977): *Los derechos en serio*, Ariel, Barcelona, 1984.
- DWORKIN, R. (1981a): <<What is Equality? Part 1: Equality of Welfare>>, en *Philosophy and Public Affairs*, vol. 10, n<sup>o</sup> 3, pp. 185-246.
- DWORKIN, R. (1981b): <<What is Equality? Part 2: Equality of Resources>>, en *Philosophy and Public Affairs*, vol. 10, n<sup>o</sup> 4, pp. 283-345.
- DWORKIN, R. (1983): *A matter of Principle*, Harvard University Press, Cambridge (Mass.), 1985.
- DWORKIN, R. (1987): <<What is Equality? Part 4: Political Equality>>, en *University of San Francisco Law Review*, n<sup>o</sup> 22, otoño de 1987, pp. 1-30.
- DWORKIN, R. (1988): <<What is Equality? Part 3: The Place of Liberty>> en *Iowa Law Journal*, vol. 73, n<sup>o</sup> 1, pp. 1-54.
- DWORKIN, R. (1990): *Ética privada e igualitarismo político*, Paidós, Barcelona, 1993.
- EFFRAT, A. (1972): <<Power to the Paradigms>>, in Andrew Effrat (ed.), *Perspectives in Political Sociology*, Bobbs-Merrill, New York, pp. 3-34.
- EINSENSTADT, S. N. (1971): <<Prestigio, participación y formación de estratos>> en J. A. Jackson, *Estratificación social*, Península, Barcelona, pp. 77-124.
- EISENSTADT, E. N. (1966): Los sistemas políticos de los imperios, *Revista de Occidente*, Madrid.
- ELSTER, J. (1985): *Making sense of Marx*, Cambridge University Press, Cambridge.
- ELSTER, J. (1986a): *Una introducción a Karl Marx*, Siglo XXI, Madrid, 1991.

- ELSTER, J. (1986b): <<Nuevas reflexiones sobre marxismo, funcionalismo y teoría de juegos>>, *Zona Abierta*, nº 43/44, Abril-Septiembre de 1987, pp. 25-52.
- ELSTER, J. (1986c): <<Three challenges to class>> en J. Roemer (comp.), *Analytical marxism*, Cambridge University Press, pp. 141-161.
- ELSTER, J. (1995): <<The Empirical Study of Justice>>, in David Miller y Michael Walzer, *Pluralism, Justice, and Equality*, Oxford University Press, New York, pp. 81-98.
- ELSTER, J. y HYLLAND, A. (1986): *Foundations of Social Choice Theory*, Cambridge University Press, Cambridge, 1987.
- ELSTER, J. y J. E. ROEMER (eds.): *Interpersonal Comparisons of Well-Being*, Cambridge University Press, Cambridge.
- ENGELS, F. (1875): <<Carta a Babel>>, en K. Marx, *Crítica del programa de Gotha*, Editorial Ricardo Aguilar, Madrid, 1971, pp. 47-59.
- ENGELS, F. (1878): *Anti-Düring o la Revolución de la Ciencia de Eugenio Düring (Introducción al estudio del socialismo)*, Editorial Ayuso, Madrid, 1978.
- ERIKSON, R. Y ABERG, R. (1987): *Welfare in Transition: A Survey of Living Conditions in Sweden (1968-81)*, Clarendon Press, Oxford.
- ERIKSON, R. y GOLDTHORPE, J. H. (1992): *The Constant Flux: Class Mobility in Industrial Societies*, Oxford University Press, Oxford.
- ERIKSON, R., GOLDTHORPE, J.H., PORTOCARERO, L. (1979): <<Intergenerational class mobility in three western european societies: England, France and Sweden>>, *British Journal of Sociology*, vol. 30, 4, pp. 415-442.
- ESPING-ANDERSEN, G. (1990): *Los tres mundos del Estado del Bienestar*, Edicions Alfons el Magnànim-IVEL, Valencia, 1993.
- ESPING-ANDERSEN, G. (1993): <<Post-industrial Class Structures: An analytical Framework>>, en Esping-Andersen (Edit.) *Changing Classes. Stratification and mobility in Post-industrial Societies*, SAGE, London, 1993, pp. 7-31.
- ESTRUCH MANJÓN, A. (1996): *Desigualdad y Política Redistributiva. Una estimación de la Incidencia de los Gastos Sociales a partir de la Encuesta de Presupuestos Familiares (1990-1991)*, Cedecs, Barcelona, 1996.
- EWEL, F. (1985): <<Justice, égalité, jugement>>, *Cahiers de philosophie politique et juridique de l'Université de Caen*, nº 8, pp. 217-244.
- FALLERS, L. A. (1973): *Inequality. Social Stratification Reconsidered*, University of Chicago Press, Chicago, 1973.
- FARREL, M. J. (1992): *La filosofía del liberalismo*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1992.
- FEAGIN, J. R. (1975): *Subordinating the Poor*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, N. J.
- FEATHERMAN, D. L. y HAUSER, R. M. (1978): *Opportunity and change*, Academis Press, New York.
- FEINBERG, J. (1973): *Social Philosophy*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs
- FEITO ALONSO, R. (1995): *Estructura social contemporánea. Las clases sociales en los países industrializados, Siglo XXI*, Madrid.
- FERNÁNDEZ ENGUITA, M. (1993): <<Redes económicas y desigualdades sociales>>, *REIS*, nº 64, pp. 41-80.
- FERNÁNDEZ ENGUITA, M. (1995): <<El concepto de clase como artilugio reduccionista>>, en Julio Carabaña (ed.), *Desigualdad y clases sociales. Un seminario en torno a Erik O. Wright*, Fundación Argentaria, Madrid, 1995, pp. 95-108.

- FERNÁNDEZ SANTILLÁN, J. F. (1988): *Hobbes y Rousseau. Entre la autocracia y la democracia*, FCE, México, 1988.
- FERRARI, J. (1985): <<Égalité, Inégalité, égalitarisme dans la pensée politique de J.-J. Rousseau>>, *Cahiers de philosophie politique e juridique de l'Université de Caen*, nº 8, 1985.
- FERRAROTTI, F. (1990): *La historia y lo cotidiano*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.
- FERRATER MORA, J. (1979): *Diccionario de Filosofía*, Alianza Editorial, Madrid, 1979.
- FERRERI, C. (1978): <<Su un sistema di indicatore di concezione daltoniana del grado di benessere economico individuale del reddito>>, *Statistica*, Nº 38, pp. 13-39.
- FINLEY, M. I. (1973): *The Ancien Economy*, Chatto and Windus, London.
- FISHBURN, P. C. (1970): *Utlity Theory and Decisión Making*, Wiley, New York.
- FISHER, F. M. y SHELL, K. (1972): *The Economic Theory of Price Indices*, Academic Press, New York.
- FISK, P.R. (1961): <<The Graduation of Income Distribution>>, *Econometrica*, Vol. 29, nº 2, pp. 171-185.
- FLATHMAN, R. E. (1973) (ed.): *Concepts in Social and Political Philosophy*, Macmillan, New York.
- FLEURBAEY, M. (1993): <<An Egalitarian Democratic Private Ownership Economy>>, P. Bathan y J. Roemer (eds.), *Market Socialism: The Current Debate*, Oxford University Press, New York.
- FLEW, A. G. N. (1978): *Sociology, Equality and Education*, MacMillan Press, London.
- FLEW, A. G. N. (1982): <<Libertarian versus Egalitarians>>, en R. Machan (de.), *The Libertarian Reader*, Rowman and Littlefield, New Jersey.
- FLIK, R. J.; VANN PRAAG, B. (1990): <<Definiciones de límites subjetivos de pobreza>>, *Información Comercial Española*, nº 686, pp. 9-22.
- FOESSA, Fundación, *Estudios sociológicos sobre la situación social en España*, Euramérica, Madrid, (Serie: 1970, 1975, 1983 y 1995).
- FOLBRE, N.; BERGMANN, B.; AGARWAL, B. y FLORO, M. (1991) (eds.): *Women's Work in the World Economy*, Macmillan, London.
- FOUCHARD, A. (1985): <<L'Égalité dans la cité et la pensée grecques de la fin du VI<sup>e</sup> au milieu du IV siècle av. J.-C.>>, *Cahiers de Philosophie politique e juridique de l'Université de Caen*, nº 8, 1985, pp. 33-63.
- FOURIER, C. (1829): *El nuevo mundo industrial y societario*, FCE, México, 1989.
- FOWLER, R. B. y ORENSTEIN, J. R. (1977): *Contemporary Issues in Political Theory*, John Wiley, New York.
- FOX, T. y MILLER, S. M. (1972): <<Variaciones dentro del país: Estratificación ocupacional y movilidad>>, en R. Bendix y S. M. Lipset, *Clase, status y poder*, Euramérica, Madrid, T. III, pp. 191-212.
- FRANKFURT, H. G. (1987): <<Equality as a Moral Ideal>>, *Ethics*, vol. 98, nº 1 (también en *The Impotance of Waht We Care Abaut. Philosophical Essays*, Cambridge University Press, Cambridge).
- FRASER, R. (1979): *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la Guerra Civil Española*, Editorial Crítica, Barcelona.

- FRIED, M. (1973): <<On the Evolution of Social Stratification and the State>>, en J. C. Leggett (ed.), *Taking State Power: The Sources and Consequences of Political Change*, Harper & Row, New York, pp. 15-25.
- FRIEDMAN, M. (1962): *Capitalismo y libertad*. Rial, Madrid, 1966.
- FRIEDRICH, R. (1970): *The Sociology of Sociology*, Free Press, Nueva York.
- FRIEDSON, E. (1986): *The Professional Powers: A Study of the Institutionalization of Formal Knowledge*, University of Chicago Press, Chicago.
- FRISCH, J. (1976): <<Activité et inactivité professionnelle des femmes en fonction de leur origine social>>, *Sociologie du Travail*, 2, 1976, pp. 169-191.
- FROMM, E. (1961): *Marx y su concepto del hombre*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1991.
- GABAUDE, J. M. (1985): <<Inégalitarisme Leibnizien et courants égalitaristes>>, *Cahiers de philosophie politique et juridique de l'Université de Caen*, n° 8, pp. 107-118.
- GALBRAITH (1967): *El nuevo estado industrial*, Ariel, Barcelona, 1967.
- GANDHI, M. (1959): *Todos los hombres son hermanos*, Sociedad de Educación Atenas, Madrid, 1981.
- GARCÍA AMADO, J. A. (1987): <<Problemas metodológicos del principio de igualdad>>, *Anuario de Filosofía del Derecho*, IV, pp. 111-131.
- GARCÍA DE CORTAZAR, M. y GARCÍA DE LEÓN, M<sup>a</sup> A. (1992): <<Las mujeres ingenieras en España, un caso de desigualdad en el sistema de enseñanza y en el mercado de trabajo>>, ponencia presentada en el *IV Congreso Español de Sociología*, Madrid, 24-26 Septiembre de 1992, Symposium 20, sesión 3<sup>a</sup>.
- GARCÍA DE LEÓN, M<sup>a</sup> A. (1990): <<Las profesoras universitarias: el caso de una élite discriminada>>, *Revista Complutense de Educación*. Vol. 1, n° 3. Universidad Complutense, Madrid, pp. 355-372.
- GARCÍA SUÁREZ, X. (1991): *Obtención de indicadores municipais de pobreza a partir do Censo de Poboación e Vivenda 1991*, Xunta de Galicia, Santiago de Compostela, 1991.
- GARFINKEL, (1967): *Studies in Ethnomethodology*, Prentice Hall, New York.
- GARNIER, M., HAZELRIGG, L. (1974): <<La mobilité professionnelle en France comparée à celle d'autres pays>>, *Revue Française de Sociologie*, vol. 15, 3, pp. 368-378.
- GARRIDO MEDINA L. y MORENO RAYMUNDO, G. (1993): <<Desigualdad intersexual en los flujos de integración sexual>>, Ponencia presentada en el I Simposio sobre Igualdad y Distribución de la Renta y de la Riqueza, Madrid, mayo de 1993.
- GARRIDO, L. J. y TOHARIA, L. (1996): <<Paro y desigualdad>>, en VV.AA., *Pobreza, necesidad y discriminación*, Fundación Argentaria, Madrid, 1996, pp. 9-64.
- GASTWIRTH, J. L. (1972): <<The Estimation of the Lorenz Curve and Gini Index>>, *Review of Economics and Statistics*, 54, pp. 306-316.
- GAUTHIER, D. P. (1963): *Practical Reasoning*, Clarendon Press, Oxford.
- GEORGE, V., Y WILDING, P. (1976): *Ideology and Social Welfare*. Routledge & Kegan Paul, London, 1976.
- GERMAIN, L. R.-F. (1985): <<Problématique et dimensions ou variations sur le thème de l'égalité>>, *Cahiers de philosophie politique et juridique de l'Université de Caen*, n° 8, 1985.
- GERTH, H. y MILLS, C. W. (1971), *Carácter y estructura social*, Paidós, Buenos Aires.
- GIBBARD, A. (1974): <<A Pareto-Consistent Libertarian Claim>>, *Journal of Economic Theory*, n° 7, pp. 388-410.

- GIBBARD, A. (1986): <<International comparisons: preference, good, and the intrinsic reward of a life>>, en Elster/Hylland (1986), pp. 165-194.
- GIBRAT, R. (1931): *Les inégalités économiques*, Sirey, Paris, 1931.
- GIDDENS, A. (1973): *La estructura de clases en las sociedades avanzadas*, Alianza Universidad, Madrid, 1983.
- GIDDENS, A. (1982): *A contemporary critique of historical materialism*, Clarendon Press, Oxford.
- GIDDENS, A. (1985): *El capitalismo y la moderna teoría social*, Labor, Barcelona.
- GIDDENS, A. (1989): *Sociología*, Alianza Universidad, Madrid, 1995.
- GIDDENS, A. (1991): *Modernity and Self-identity*, University Press, Cambridge.
- GIDDENS, A. y MACKENZIE, G. (Comp.) (1982): *Social class and the division of labour*, Cambridge University Press.
- GINER, S. (1967): *Historia del pensamiento social*, Ariel, Barcelona, 1994.
- GINER, S. (1976): *Sociología*, Península, Barcelona, 1986.
- GINER, S. (1994): <<Clase, poder y privilegio>>, en Amelia Valcárcel (Comp.), *El concepto de igualdad*, Editorial Pablo Iglesias, Madrid, 1994, pp. 113-172.
- GINER, S. y SALCEDO, J. (1978): <<La práctica ideológica de San Nicos Poulantzas: Instancias, supradeterminaciones y Sociología, en J. Jiménez Blanco y C. Moya (ed.), *Teoría sociológica contemporánea*, Ténos, pp. 61-86.
- GINI, C. (1909) <<Il diverso accrescimento delle classi sociali e la concentrazione della ricchezza>>, *Giornale degli Economisti*, Série 11, Vol. XXXVII., 1909.
- GINI, C. (1912): *Variabilità e Concentrazione*, Libreria Eredi Virgilio Veschi, Roma, 1955.
- GINI, C., BARBENSIE, G., GALVANI, L., PIZZETTI, E., GATTI, S. (1957): *La medie*, UTET, Torino, 1957.
- GINSBERG, M. (1939): *The Study of Society*, Bartlett, Londres, 1939.
- GINZO FERNÁNDEZ, A. (1985): *La ilustración Francesa. Entre Voltaire y Rousseau*, Editorial Cincel, Madrid, 1985.
- GIORGI, G.M. (1984): <<Alcune considerazioni teoriche su di un vecchio ma pur sempre attuale indice: Il rapporto di concentrazione del Gini>>, *Metron*, N° 42, 1984, pp. 25-40.
- GIROD, R. (1971): *Mobilité sociale. Faits établis et problèmes ouverts*, Droz, Genève, 1971.
- GIROD, R. (1977): *Inégalité, inégalités*, PUF, Paris.
- GIROD, R. (1986): <<Intra- and Intergenerational Income Mobility: A Geneve Survey, 1950-1980>>, *Research in Social Stratification and Mobility*, n° 5, pp. 261-279.
- GLASS, D. V. (Comp.) (1954), *Social mobility in Britain*, Routledge & Kegan Paul, Londres.
- GODELIER, M. (1969): *Sobre el modo de producción asiático*, Martínez Roca, Barcelona.
- GODINEAU, D. (1992): <<La mujer>>, en Michel Vovelle (ed.), *El hombre de la ilustración*, Alianza Editorial, Madrid, 1995, pp. 395-428.
- GOFFMAN, E. (1963): *Estigma*, Amorrortu, Buenos Aires, 1980.
- GOLDMAN, A. H. (1979): *Justice and Reverse Discrimination*, Princeton University Press, Princeton.
- GOLDMAN, A. H. (1980): <<Rawls and Utilitarianism>>, en H. G. Blocker y E. H. Smith (eds.), *John Rawls' Theory of Social Justice*, Ohio University Press, Ohio, pp. 346-394.
- GOLDMANN, L. (1961): <<Problèmes d'une sociologie du roman>>, *Cahiers Internationaux de Sociologie*, pp. 61-72.

- GOLDTHORPE, J. (1980): *Social Mobility and Class Structure in Moder Britain*, Clarendon Press, Oxford, 1987.
- GOLDTHORPE, J. (1982): *Introducción a la Sociología*, Alianza Editorial, Madrid.
- GOLDTHORPE, J. H. y BEVAN, P. (1977), <<The study of social stratification in Great Britain: 1946-1976>>, *Information sur les Sciences Sociales*, vol. 16, 3-4, pp. 279-334.
- GOLDTHORPE, J. y HOPE, K. (1974): *The Social Grading of Occupations*, Oxford Clarendon Press.
- GÓMEZ HERAS, J. M. (1985): <<Prólogo>>, en A. Ginzo Fernández (1985).
- GÓMEZ TOVAR, L.; GUTIÉRREZ, R. y VÁZQUEZ, S. (1991): *Utopías Libettarias Amaricanas. La Ciudad Anarquista Americana de Pierre Quiroule*, Ediciones Tuero, Madrid, 1991.
- GONDAR PORTASANY, M. (1982): <<Identidade na diferencia. (Nortas para unha análise do cambio social)>>, *Agora*, 2, 1982, pp. 5-15.
- GONZÁLEZ MATAS, E. (1994): *Utopías sociales contemporáneas*, Editorial Algazara, Málaga.
- GONZÁLEZ PÁRAMO, J. M. (1994): <<Estado del Bienestar, crecimiento económico y distribución de la renta>>, en VV.AA., *La crisis del Estado de bienestar*, Consellería de Economía e Facenda (Xunta de Galicia), Santiago de Compostela, 1994, pp. 599-635.
- GONZÁLEZ RAPOSO, M<sup>º</sup> DEL S. (1990): *Orígenes de la medida*, Universidad de los Andes, Venezuela, 1990.
- GONZÁLEZ, J.J. (1992): *Clases Sociales: estudio comparativo de España y la Comunidad de Madrid 1991*, Comunidad de Madrid.
- GONZALO BLASCO, P. (1986): <<Medir en las Ciencias Sociales>>, en M. García Ferrando; J. Ibañez y F. Alvira, *El análisis de la realidad social*, Alianza Universidad, Madrid, 1986, pp. 209-267.
- GOODIN, R. E. (1982): *Political Theory and Public Policy*, University of Chicago Press, Chicago.
- GOODIN, R. E. (1985): *Protecting the Vulnerable*, University of Chicago Press, Chicago.
- GOODIN, R. E. (1986): <<Laundering Preferences>>, en Elster y Hylland (1986), pp. 75-102.
- GOODIN, R. E. (1988): *Reasons for Welfare: The Political Theory of Welfare State*, Princenton University Press, Princenton.
- GOODIN, R. E. y PETTTT, P. (1993): *A Companion to Contemporary Political Philosophy*, Blackwell, Oxford.
- GOODMAN, L.A. (1969): <<How to ransack social mobility tables and other kinds of crossclassification tables>>, *American Journal of Sociology*, 75, pp. 1-40.
- GOODMAN, L.A. (1981): <<Criteria for determining whether certain categories in a crossclassification table should be combined, with special reference to occupational categories in an occupational mobility table>>, *American Journal of Sociology*, vol. 87, 3, pp. 612-650.
- GOTTINGER, H. W. y LEINFELLNER, W. (1978) (eds.): *Decision Theory and Social Ethics*, Reidel, Dordrecht.
- GOULD, M. (1981): <<Parsons Versus Marx: "An Earnest Warning" ...>>, *Sociological Inquiry*, nº 51, pp. 197-218.
- GOULDNER, A. W. (1970): *The Coming Crisis in Western Sociology*, Basic Books, New York.
- GOULDNER, A. W. (1979): *El futuro de los intelectuales y el ascenso de la nueva clase*, Alianza Universidad, Madrid, 1980.
- GOULDNER, A. W. (1980): *Los dos marxismos. Contradicciones y anomalías en el desarrollo de la teoría*, Alianza Editorial, 1983.



- GOURNAY, M. (1622): *Égalité des hommes et des femmes*, Côté-femmes éditions, Paris, 1989.
- GRANT, J. P. (1978): *Disparity Reduction Rates in Social Indicators*, Overseas Development Council, Washington, D. C.
- GREEN, Ph. (1981): *The pursuit of inequality*, Martin Robertson, Oxford, 1982.
- GRUSKY, D.B., HAUSER, R.M. (1984) <<Comparative social mobility revisited: models of convergence and divergence in 16 countries>>, *American Sociological Review*, vol. 49, pp. 19-38.
- GUISÁN E. (1984): <<Introducción>>, en John Stuart Mill, *El utilitarismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1991, pp.7-34.
- GUISÁN, E. (1982): <<La justificación filosófica de la igualdad>>, *Ágora*, 2, 1982, pp. 47-67.
- GUISÁN, E. (1987): <<Igualdad, imparcialidad y bienestar en la ética contemporánea>>, *Anuario de Filosofía del Derecho*, IV, 1987, pp. 9-29.
- GUISÁN, E. (1992): *La ética mira a la izquierda*, Tecnos, Madrid.
- GUTIÉRREZ, R. (1996): <<Presentación>>, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, nº 75, pp. 11-18.
- GUTMANN, A. (1995): <<Justice across the Spheres>>, in David Miller y Michael Walzer, *Pluralism, Justice, and Equality*, Oxford University Press, New York, pp. 99-119.
- HAARNECKER, M. (1967): <<Introducción a la primera en español de 1967>> en Louis Althusser, *La Revolución Teórica de Marx*, Siglo XXI, México, 21ª edición, 1985
- HALL, S. y JACQUES, M. (1989) (Comp.): *New Times: The Changing Face of Politics in the 1990s*, Lawrence and Wishart, London.
- HALL, J. y JONES, D. C. (1950), <<The social grading of occupations>>, *British Journal of Sociology*, 1, pp. 31-35.
- HAMILTON, P. (1985): <<Introduction>>, en Piter Hamilton (de.), *Readings from Talcott Parsons*, Tavistock, London, pp. 7-17.
- HAMLIN, A. (1986): *Ethics, Economics and the State*, Wheatsheaf Books, Brighton.
- HARE, R. M. (1982): <<Ethical Theory and Utilitarianism>>, en Sen y Williams (1982), pp. 23-38.
- HARNECKER, M. (1972): *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, Madrid, Siglo XXI.
- HARRINGTON, M. (1976): *The Twilight of Capitalism*, Simon and Scuster, New York.
- HARSANYI, J. C. (1955): <<Cardinal Welfare, Individualistic Ethics and Interpersonal Comparisons of Utility>>, en J. C. Harsanyi, *Essays on Ethics, Social Behavior and Scientific Explanation*, Reidel, Dordrecht, 1976, pp. 6-23.
- HARSANYI, J. C. (1977a): *Rational Behavior and Bargaining Equilibrium in Games and Social Situations*, Cambridge University Press, Cambridge.
- HARSANYI, J. C. (1977b): <<Morality and the Theory of Rational Behavior>>, en A. Sen y B. Williams (eds.), *Utilitarianism and Beyond*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 39-62.
- HASLEY, A.H., HEATH, A., RIDGE, J.M. (1980): *Origins and destinations*, Clarendon Press, Oxford, 1980.
- HATT, P. (1950): <<Occupation and social stratification>>, *American Journal of Sociology*, vol. 15, pp. 383-415.
- HATT, P. y NORTH, C. C. (1954), <<Jobs and occupations: a popular evaluation>>, en R. Bendix y S. M. Lipset (comps.), *Class, status and power. A reader in social stratification*. Routledge and Kegan Paul, Londres.

- HAUSER, R. M. (1978b): <<On inequality in the military. (Coment on Butler. ASR, October, 1976)>>, *American Sociological Review*, vol. 43, 1, pp. 115-118.
- HAUSER, R.M., FEATHERMAN, D.H. (1977): *The process of stratification. Trends and Analyses*. Academic Press, New York, 1977.
- HAYEK, F. A. (1935): *Collectivist Economic Planning*, Georg Routledge & Sons, London.
- HAYEK, F. A. (1940): <<Socialist Calculation: The Competitive "Solution">>, *Economica*, 7, pp. 125-149.
- HAYEK, F. A. (1960): *The Constitution of Liberty*, Routledge and Kegan Paul, London.
- HAYEK, F. A. (1967): *Studies in Philosophy, Politics and Economics*, University of Chicago Press, Chicago.
- HEATH, A. y otros (1991): *Understanding Political Change: The British Voter, 1964-1987*. Pergamon, Oxford.
- HECHTER, M. y BRUSTEIN, W. (1980): <<Regional Modes of Production and Patterns of State Formation in Western Europe>>, *American Journal of Sociology*, nº 85, pp. 1061-1094.
- HEGEL, G. W. F. (1820): *Filosofía del derecho*, Editorial claridad, Buenos Aires, 1968.
- HEIDEGGER (1988): *Identidad y diferencia*, Anthropos, San Cugat del Vallés.
- HELD, V. (1984): *Rights and Goods*, The Free Press, New York.
- HELLER, C. (ed.) (1969): *Structured Social Inequality*, McMillan, New York.
- HEMMING, R. (1984): *Poverty and Incentives: The Economics of Social Security*, Clarendon Press, Oxford.
- HERRERO Y RODRÍGUEZ DE MIÑÓN, M. (1993): <<La igualdad vista por un conservador>>, en VV.AA., *La igualdad en las ideas y en el pensamiento político*, I Simposio sobre Igualdad y Distribución de la Renta y la Riqueza, Fundación Argentaria, Madrid, vol. I, pp. 63-74.
- HIERRO, L. L. (1995): <<Las huellas de la desigualdad en la Constitución>>, en Manuel-Reyes Mate (ed.), *Pensar la igualdad y la diferencia. Una reflexión filosófica*, Fundación Argentaria, pp. 109-129.
- HIMMELFARB, G. (1984): *The Idea of Poverty*, Faber and Faber, London.
- HINDESS, B. (1973): *The Use of Official Statistics in Sociology*, Macmillan, London.
- HOBBS, T. (1651): *Leviatán*, FCE, Madrid, 1984.
- HODGE, R. W., TREIMAN, D. J. y ROSSI, P. H. (1972), <<Un estudio comparativo del prestigio ocupacional>>, en R. Bendix y S. M. Lipset, *Clase, status y poder*, Euramérica, Madrid, t. II, pp. 327-360.
- HOLBACH (1770): *Sistemas de la Naturaleza*, Editora Nacional, Madrid, 1982.
- HOMANS, G. C. (1961), *Social behavior. Its Elementary Forms*, Routledge & Kegan Paul, London, 1973.
- HONDERICH, T. (1976): *Tree Essays on Political Violence*, Blackwell, Oxford.
- HONDERICH, T. (1989): *Violence for Equality*, Routledge, London.
- HOPE, K. (1972): *The analysis of social mobility. Methods and approaches*, Clarenton Press, Oxford, 1972.
- HOSSAIN, I. (1990): *Poverty as Capability Failure*, Swedish School of Economics, Helsinki.
- HOUT, M. (1988): <<More Universalism, Less Structural Mobility>>, *American Journal of Sociology*, nº 93, pp. 1358-1400.
- HOUT, Michael (1983): <<Mobility tables>>, *Sage Universiti Paper series on Quatitative Application in the Social Sciences*, nº 07-031, Sage Publications, Beverly Hills y Londres.

- HOUT, Mike; BROOKS, Clem and MANZA, Jeff (1993), <<The persistence of classes in post-industrial societies>>, *Journal of International Sociology*, vol. 8, nº 3, pp. 259-277.
- HUACO, G. A. (1963), <<A logical analysis of Davis and Moore's theory of stratification>>, *American Sociological Review*, vol. 28, pp. 801-805.
- HUACO, G. A. (1966), <<The functionalist theory of stratification: two decades of controversy>>, *Inquiry*, vol. IX, nº 3, pp. 215-240.
- HUBER, J. y FORM, W. H. (1973): *Income and Ideology: An Analysis of the American Political Formula*, Free Press, New York.
- HUME, D. (1739): *Tratado de la naturaleza humana*, Tecnos, Madrid, 1988.
- HURLEY, S. (1989): *Natural Reasons*, Clarendon Press, Oxford.
- HURST, C. E. (1992): *Social Inequality. Forms, Causes, and Consequences*, Allyn and Bacon, Boston, 1995.
- HYLLAND, A. (1986): <<The Purpose and Significance of Social Choice Theory: Some General Remarks and Application to the "Lady Chatterley" Problem>>, en Elster y Hylland (1986), pp. 45-74.
- IBÁÑEZ, J. (1979): *Más allá de la sociología. El grupo de discusión: teoría y crítica*, S. XXI, Madrid, 1979.
- INGLEHART, R. (1991): *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*, CIS, Madrid.
- IRWIN, T. (1989): *Classical Thought*, Oxford University Press, New York.
- IZQUIERDO, M<sup>a</sup> J. (1993): <<El proceso de constitución de la identidad de género en función sexo>>, en Rita Radl Philipp y M<sup>a</sup> Carme García Negro, *A muller e a súa imaxe*, Universidade de Santiago de Compostela, 1993, pp. 123-138.
- JANCOURT (1753): <<Égalité naturelle>>, en DIDEROT y D'ALAMBERT, *Encyclopedie, ou dictionnaire, raisonné des sciences, des arts et des métiers, par une société de gens de lettres*, (ed. Facsímil), Milán, 1978, t. 14, pp. 69-70.
- JENCKS, C. (1972): *Inequality. A reassessment of the effect of family and schooling in America*, Penguin Books, Harmondsworth, 1975.
- JENCKS, C.; PETERSEN, P. (1991) (Comp.): *The Urban Underclass*, Brookings Institute, Washington, D. C.
- JIMÉNEZ CAMPO, J. (1983): <<La igualdad jurídica como límite frente al legislador>>, *Revista Española de Derecho Constitucional*, nº 9, sept.-dec. de 1983, pp. 71-114.
- JOHNSON, N. L. y KORZ S. (1970): *Continuous Univariate Distribution*, John Wiley & Sons, New York, 1970.
- JONES, A. H. M. (1974): *The Roman Economy*, Basil Blackwell, Oxford.
- JONES, F. (1971): <<Occupational Achievement in Australia and the United States: A comparative Path Analysis>>, *American Journal of Sociology*, Noviembre de 1971, pp. 527-539.
- JONES, G. S. (1983): *Lenguajes de clase*, Siglo XXI, Madrid, 1989.
- JULIA, D. (1964): *Dictionnaire de la philosophie*, Larousse, Paris.
- KAELEBLE, Hartmut (1983): *Desigualdad y movilidad social en los siglos XIX y XX*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1994.
- KAHL, J.A. (1957): *The American class structure*, Rienerhart and Company, New York.
- KAKWANI, N. (1980): *Income inequality and poverty: Methods of estimation and policy applications*, Oxford University Press, New York, 1980.

- KAKWANI, N. (1986): *Analysing Redistribution Policies*, Cambridge University Press, Cambridge, 1992.
- KANT, I. (1785): *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, Espasa-Calpe, Madrid, 1981.
- KARNI, E. (1978): <<Collective Rationality, Unanimity and Liberal Ethics>>, *Review of Economic Studies*, 45.
- KAYE, H. J. (1984): *The British Marxist Historians*, Polity Press, Cambridge.
- KERBO, H. R. (1983): *Social stratification and Inequality. Class Conflict in the United States*, McGraw-Hill, San Francisco.
- KING, M. (1983): <<An index of inequality: With Applications to Horizontal Equity and Social Mobility>>, *Econometrica*, nº 51, pp. 99-115.
- KLOSSOWSKI (1980): *Tan funesto deseo*, Taurus, Madrid.
- KLUEGEL, J. R. y SMITH, E. R. (1986): *Beliefs About Inequality: Americans' Views of What is and What Ought to Be*, Aldine de Gruyter, New York.
- KOLAKOWSKI, L. (1978): *Las principales corrientes del marxismo. Su nacimiento desarrollo y evolución*, tomo 1, *Los fundadores* (1980); tomo 2, *La edad de oro*, (1982); tomo 3, *La crisis* (1983), Alianza Editorial, Madrid.
- KOLM, S. C. (1976): <<Desigualdades desiguales>>, *Hacienda Pública Española*, nº 95, pp. 318-348, 1985.
- KOLM, S. C. (1972): *Justice et Équité*, CNRS, París.
- KORSCH, K. (1923): *Marxism and Philosophy*, New Left Books, London, 1970.
- KRAUS, F. (1981): <<The Historical Development of Income Inequality in Western Europe and the United States>>, en P. Flora y A. J. Heidenheimer (eds), *The Development of the Welfare State in Europe and America* (New Brunswick).
- KRIESI, Hanspeter (1989): New Social Movements and the New Class in the Netherlands, *American Journal of Sociology*, vol. 94, nº 5, (March), pp. 1078-1116.
- KÜBLER, H. (1976): *Besoldung und Lebenshaltung der unmittelbaren preußischen Staatsbeuten im 19. Jahrhundert*, Nuremberg.
- KUHN, T. S. (1962): *La estructura de las revoluciones científicas*, F. C. E., Madrid, 1981.
- KUKATHAS, C. y PETTIT, P. (1990): *Rawls, <<A Theory of Justice>> and its Critics*, Polity Press, Cambridge.
- LAANDECKER, W. S. (1960): <<Class Boundaries>>, *American Sociological Review*, vol. 25, pp. 868-877.
- LACLAU, E. y MOUFFE, C. (1985): *Hegemonía y estrategia socialista*, Siglo XXI, Madrid, 1987.
- LADURIE, E. L. R. (1978): *Montaillou: The Promised Land of Error*, George Braziller, New York.
- LAMO DE ESPINOSA, E. (1981): *La teoría de la cosificación: De Marx a la Escuela de Frankfurt*, Alianza Editorial, Madrid, 1981.
- LAMONT, M. (1987): <<Cultural Capital and the Liberal Political Attitudes of Professionals: Comment on Brint>>, *American Journal of Sociology*, nº 92, pp. 1501-1505.
- LAPORTA, F. J. (1985): <<El principio de igualdad: Introducción a su análisis>>, *Sistema*, nº 67, julio 1985, pp. 3-31.
- LAPORTA, F. J. (1994): <<Problemas de la igualdad>>, en *El concepto de igualdad* de Amelia Valcárcel (Comp.), Editorial Pablo Iglesias, Madrid, pp. 65-76.

- LAROQUE, P. (1971): *Las clases sociales*, Oikos-tau, Barcelona, 1971.
- LASLETT, P. y FISHKIN, J. (1979): <<Introduction>>, en *Pilosophy, Politics ans Society*, 5ª serie, Basil Blackwell, Oxford.
- LAURIN-FRENETTE, N. (1976): *Las teorías funcionalistas de las clases sociales. Sociología e ideología burguesas, Siglo XXI*.
- LE GOFF, J. (1965): *La Baja Edad Media, Siglo XXI*, Madrid, 1986. (Volumen XI de la colección "Historia Universal").
- LEBERGOTT, S. (1964): <<Factor Shares in the Long Terme: Some Theoretical and Statistical Aspects>>, in *Studies in Income and Wealth*, Princeton University Press, Vol. 27, pp. 53-86.
- LEBOWITZ, M. (1988): <<Is "Analytical Marxism" Marxism?>>, *Science and Society*, nº 52, pp. 191-214.
- LECREC, B. (1972): <<Distributions statistiques et lois de probabilité>>, *Cahiers mathématiques*, nº 4, Mouton/Gautier-Villars, Paris, 1972, (número monográfico)
- LEJEUNE, Ph. (1980): <<Memoria, diálogo y escritura>>, en *Historia y Fuente Oral*, nº I, Arxiu Históric, Barcelona, 1988.
- LENIN, (1917): *El Estado y la revolución*, Anagrama, Barcelona, 1976.
- LENSKI, G. (1966): *Poder y privilegio. Teoría de la estratificación social*, Paidós, Buenos Aires, 1969
- LEPAGE, H. (1979): *Mañana, el capitalismo*, Alianza, Madrid, 1979
- LERNER, A. P. (1944): *Teoría Económica del control*, FCE, México, .
- LESSER, A. (1935): <<Funcionalism in Social Antropology>>, *American Anthropologist*, 37, pp. 386-393.
- LETICHE, J. M. (1987): *Prologo a Amartya Sen (1987)*, pp. 11-15.
- LETWIN, W. (1983) (ed): *Against Equality*, Macmillan, Londres.
- LEVI, I. (1986): *Hard Choice*, Cambridge University Press, Cambridge.
- LÉVI-STRAUSS, C. (1958): *Antropología estructural*, Eudeba, Buenos Aires, 1976.
- LÉVI-STRAUSS, C. (1984): *La mirada distante*, Argos, Madrid, 1984.
- LINDBECK, A. (1993): <<Ampliación excesiva, reforma y retroceso del Estado de Bienestar>>, *Revista del Instituto de Estudios Económicos*, nº 1-2, pp. 27-60, 1994
- LINZ, J. J. y DE MIGUEL, A. (1967), <<La élite funcionarial española ante la reforma administrativa>>, *Sociología de la Administración pública española*, Centro de Estudios Sociales, Madrid, pp. 199-250.
- LIPSET, S. M. (1987), *El Hombre político. Las bases sociales de la política*, Madrid, Tecnos.
- LIPSET, S. M. (1989): <<Social Stratification: Social Class>>, *International Enciclopedia of the Social Sciences*, D. L. Sills (ed.), vol. 15, pp. 296-316.
- LIPSET, S. M. y BENDIX, R. (1959): *Movilidad social en las sociedades industriales*, Eudeba, Buenos Aires, 1963.
- LITTLE, I. M. D. (1950): *A Critique of Welfare Economics*, Clarendon Press, Oxford.
- LITTLE, I. M. D. (1952): <<Social choice and individual values>>, *Journal of Political Economy*, nº 60, pp. 422-432.
- LIVI, L. (1950): <<Sur la mesure de la mobilité sociale>>, *Population*, nº 5, pp. 65-76.
- LOCKE, J. (1690): *Ensayo sobre el gobierno civil*, Aguilar, Madrid, 1981.

- LOCKWOOD, D. (1958): *El trabajador de la clase media. Un estudio sobre la conciencia de clase*, Aguilar, Madrid, 1962.
- LOCKWOOD, D. (1964): <<Social integration and system integration>> en G. R. Zollschan y W. Hirsch, *Explorations in Social Change*, Houghton Mifflin, Londres.
- LOCKWOOD, D. (1956): <<Some remarks on "The Social System">>, *British Journal of Sociology* 7.
- LÓPEZ ALLER, N. y LÓPEZ-ACCOTTO, A. I. (1993): <<Andares y Caminos. Historia de seis familias españolas>>, ponencia presentada en el *I Simposio sobre Igualdad y Distribución de la Renta y de la Riqueza*, Fundación Argentaria, Madrid, mayo de 1993.
- LORENTE HURTADO, J. R. (1993): <<Distribución geográfica de las rentas salariales en España>>, Ponencia del *I Simposio sobre Igualdad y Distribución de la Renta y la Riqueza*, Fundación Argentaria, Madrid, mayo de 1993.
- LORENZ, M. O. (1905): <<Method of Measuring the Concentration of Wealth>>, *Quarterly of the American Statistical Association*, nº 9, 209-219.
- LUCAS, J. R. (1965): <<Against equality>> en *Philosophy*, vol. 40, nº 54, pp. 296-307.
- LUCAS, J. R. (1966): *The Principles of Politics*, Clarendon Press, Oxford.
- LUCAS, J. R. (1980): *On Justice*, Clarendon Press, Oxford.
- LUCKMANN, T. (1992): *Teoría de la acción social*, Paidós, Barcelona, 1996.
- LUKÁCS, G. (1923): *Historia y consciencia de clase*, Grijalbo, Barcelona, 1976.
- LUKES, S. (1982): <<Marx, Morality and Justice>>, G. H. R. Parkinson (ed.), *Marx and Marxisms*, Cambridge University Press, Cambridge.
- LUKES, S. (1985): *Marxism and Morality*, Clarendon Press, Oxford.
- LUMMIS, T. (1991): <<La memoria>>, en D. Schwarzstein, *La historia oral*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.
- LYONS, D. (1993): *Moral Aspects of Legal Theory. Essays on Law, Justice and Political Responsibility*, Cambridge University Press, Cambridge.
- LYOTARD (1988): *La diferencia*, Gedisa, Barcelona.
- LLOYD WARNER, W. (1941) (Ed), *Yankee City*, Yale University Press, New Haven (5 volúmenes), 1941-1959.
- MACDONALD, K.I. (1983): <<On the interpretation of a structural model of the mobility table>>, *Quality and Quantity*, nº 17, pp. 213-234.
- MACKIE, J. L. (1978): *Ethics: Inventing Right and Wrong*, Penguin, Harmondsworth.
- MACRAE, D. G. (1953-1954), <<Social stratification. A trend report and bibliography>>, *Current Sociology*, vol. II, pp. 3-74.
- MACHLUP, F. (1958): <<Structure and Structural Change: Weaselwords and Jargon>>, *Zeitschrift für Nationalökonomie*, vol. XVIII, nº 3, pp. 280-310.
- MALINOWSKI, B. (1939): The Group and the Individual in Function Analysis>>, *American Journal of Sociology*, nº 44, pp. 938-964.
- MALLET, S. (1975): *The new working class*, Nottingham.
- MANDELROT, B. (1960): <<The Pareto-Lévy Law and the Distribution of Income>>, *International Economic Review*, nº 1, pp. 79-106.
- MAÑERU MÉNDEZ, A. y RUBIO HERRÁEZ, E. (1992): *Educación para la igualdad de oportunidades de ambos sexos*, Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid, 1992.

- MARAVALL, J. M<sup>a</sup>. (1993): <<La igualdad en el pensamiento socialista>>, *I Simposio sobre Igualdad y Redistribución de la Renta y la Riqueza*, multicopiado, Fundación Argentaria, Madrid, 1993.
- MARCUS, R. (1975): *Survivors of de Stone Age*, Hastings House, New York
- MARKOVIC, M. (1973): <<Equality and Freedom>>, *Ann. Univer. Turk.*, 126, pp. 101-112.
- MARSAL, J. F. (1977): *La crisis de la sociología norteamericana*, Península, Barcelona.
- MARSHALL, A. (1890): *Principios de economía*, Aguilar, Madrid.
- MARSHALL, G.; NEWBY, H.; ROSE, D. y VOGLER, C. (1988): *Social Class in Modern Britain*, Hutchinson, Londres.
- MARTIN, R. (1985). *Rawls and Rights*, University Press of Kansas
- MARTÍN-GUZMAN, P. y BELLIDO ORTEGA, N. (1994): <<El equipamiento de los hogares como indicador de pobreza: un análisis basados en la encuesta de presupuestos familiares>>, *Documentación Social*, n° 96, pp. 127-142.
- MARTINDALE, D. (1972): <<The Theory of Stratification>>, en Gerald Thielbar y Saul Feldman (eds.), *Issues in Social Inequality*, Little Brown, Boston, pp. 209-228.
- MARX, K. (1842): <<En torno a la Crítica de la filosofía del Derecho, de Hegel, y otros ensayos>>, en K. Marx y F. Engels, *La Sagrada Familia y otros escritos filosóficos de la primera época*, Grijalbo, México, 1958, pp. 1-15.
- MARX, K. (1843): <<La cuestión judía>> en K. Marx y F. Engels, *La Sagrada Familia y otros escritos filosóficos de la primera época*, Grijalbo, México, 1958, pp. 16-44.
- MARX, K. (1844): <<Crítica de la dialéctica y la filosofías hegelianas en general>>, en K. Marx y F. Engels, *La Sagrada Familia y otros escritos filosóficos de la primera época*, Grijalbo, México, 1958, pp. 45-70.
- MARX, K. (1846): *La ideología alemana*, Grijalbo, Barcelona, 1970.
- MARX, K. (1847): *Miseria de la filosofía*, Aguilar, Madrid, 1969.
- MARX, K. (1850): *La lucha de clases en Francia*, Akal, Madrid, 1969.
- MARX, K. (1852): *El Dieciocho Brumario de Luis Napoleón Bonaparte*, Ariel, Barcelona, .
- MARX, K. (1853): *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, Siglo XXI, Madrid, 3 vols., 1976.
- MARX, K. (1857): *Contribución a la crítica de la economía política*, Siglo XXI, Madrid, 1990.
- MARX, K. (1861): *Teorías sobre la plusvalía*, 3. vols, FCE, México, 1980.
- MARX, K. (1867): *El Capital. Crítica de la Economía Política*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987
- MARX, K. (1875): *Crítica del programa de Gotha*, Editorial Ricardo Aguilera, Madrid, 1971.
- MARX, K. y ENGELS, F. (1848): *Manifiesto del Partido Comunista*, Edymión, Madrid, 1987.
- MARX, K. y ENGELS, F. (1849): <<Trabajo asalariado y capital>> en *Obras escogidas*, t. I, Ed. Progreso, Moscú, 1981, pp. 145-178.
- MARX, K. y ENGELS, F. (1973): *Correspondencia*, Cartago, Buenos Aires, 1973.
- MARX, K. y ENGELS, F. (1975): *Obras Escogidas*, Ed. Akal, Madrid.
- MARX, K. y ENGELS, F. (1845): <<La Sagrada familia o crítica de la crítica crítica. Contra Bruno Bauer y consortes>>, en K. Marx y F. Engels, *La Sagrada Familia y otros escritos filosóficos de la primera época*, Grijalbo, México, 1958, pp. 71-281.
- MATELLANES, J. V. (1993): <<La mujer sujeto socio-productivo en la época feudal>>, en Carlos Barros (de.), *Historia a Debate*, Ponencias del Congreso Historia a Debate, Santiago de Compostela, 1993, pp. 169-188.

- MAYER, A. J. y HOULT, T. F. (1955): <<Social Stratification and Combat Survival>>, *Social Forces*, nº 34, pp. 155-159.
- MAYHEW, L. (1984): <<In Defense of Modernity: Talcott Parsons and the Utilitarian Tradition>>, *American Journal of Sociology*, vol. 89, nº 6, pp. 1273-1305.
- MAYNTZ, R.; HOLM, K. y HÜBNER, P. (1969): *Introducción a los métodos de la sociología empírica*, Alianza Universidad, Madrid, 1988.
- McCORD, C. y FREEMAN, H. P. (1990): <<Excess Mortality in Harlem>>, *New England Journal of Medicine*, 322 (18 de enero).
- McMURRIN, s. m. (ed.) (1987): *Libertad, Igualdad y Derecho*, Ariel, Barcelona, 1988.
- MEAD, G. H. (1934): *Mind, Self and Society*, University of Chicago Press, Chicago.
- MENDRAS, H. (1989): *Éléments de Sociologie*, Armand Colin, Paris.
- MERCADER, M. (1993): <<Bajos niveles de renta en España y una comparación con el Reino Unido y Francia>>, *I Simposio sobre Igualdad y Distribución de la Renta y de la Riqueza*, multicopiado, Fundación Argentaria, Madrid.
- MERLEAU-PONTY, M. (1945): *Fenomenología de la percepción*, FCE, México, 1957
- MERTON, R. (1964), *Teoría y estructura sociales*, Fondo de Cultura Económica, México, 1970.
- METCAF, Ch. (1972): *An Econometric Model of the Income Distribution*, Markham Publishing Company, Chicago, 1972.
- MIGUEL ÁLVAREZ, Ana de (1996): <<El conflicto de géneros en la tradición sociológica>>, *Sociológica*, nº 1, pp. 125-147.
- MIGUEL, J. M. de (1996): <<¿Desarrollo o desigualdad? Análisis de una polémica de medio siglo en España>>, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, nº 75, pp. 55-108.
- MILL, J. S. (1863): *El utilitarismo. Un sistema de la lógica*, Alianza Editorial, Madrid, 1991.
- MILLER, D. (1995): <<Complex Equality>>, in David Miller y Michael Walzer, *Pluralism, Justice, and Equality*, Oxford University Press, New York, pp. 197-225.
- MILLER, D. y WALZER, M. (1995): *Pluralism, justice and Equality*, Oxford University Press, New York.
- MILLER, S. M. (1956): <<The concept and measurement of mobility>>, *ISA, Transactions of the Third World Congress of Sociology*, Amsterdam, 1956, pp. 145-153.
- MILLER, S. M. (1960): <<Comparative social mobility: A trend report and bibliography>>, *Current Sociology*, vol. IX, pp. 1-89.
- MILLER, S. M. (1971): <<The future of social mobility studies>>, *American Journal of Sociology*, vol. 77, nº 1, pp. 62-65.
- MINC, A. (1987): *La máquina igualitaria*, Planeta, Barcelona, 1989.
- MOLINA PETIT, C. (1994): *Dialéctica feminista de la ilustración*, Anthrpos, Madrid.
- MOORE, B. (1978): *Injustice: The Social Bases of Obedience and Revolt*, M. E. Sharpe, New York.
- MOORE, W. E. (1963b), <<Rejoinder>>, *American Journal of Sociology*, vol. 28, 1, pp. 26-28.
- MOORE, W. E. (1963a), <<But some are more equal than others>>, *American Journal of Sociology*, vol. 28, 1, pp. 13-19.
- MORALES NAVARRO, J. y ABAD MÁRQUEZ, L. V. (1990): *Introducción a la sociología*, Tecnos, Madrid.
- MORRIS, M. D. (1979): *Measuring the Conditions of the World's Poor: The Physical Quality of Life Index*, Pergamon Press, Oxford.



- MORSA, D. (1987): <<Distribution de la population des villes et des localités de la Principauté de Liège à la fin du XVIII<sup>e</sup> siècle>>, *Histoire & Mesure*, Vol. II-2, pp. 73-92.
- MOSS, W. (1991): <<La historia oral: qué es y de dónde proviene>>, en D. Schwarzstein (comp.), *La historia oral*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.
- MOURE-MARIÑO, L. (1982): *La desigualdad humana*, Fundación Cánovas del Castillo, Madrid.
- MOYA, C. (1970): *Sociólogos y sociología*, Siglo XXI, Madrid.
- MOYA, C. (1978): <<Razón dialéctica y razón analítica: En torno a Lukács>>, en J. Jiménez Blanco y C. Moya (ed.), *Teoría sociológica contemporánea*, Tecnos, pp. 22-44.
- MUELLER, D. C. (1979): *Public Choice*, Cambridge University Press, New York.
- MUKHERJEE, R. (1954): <<A further note on the analysis of data on social mobility>>, en D. Glass, *Social mobility in Britain*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1954, pp. 242-259.
- MUKHERJEE, R. y HALL, J. R. (1954): <<A note on the analysis of data on social mobility>>, en D. Glass, *Social mobility in Britain*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1954, pp. 218-241.
- MÜLLER, W. y MAYER, K. U. (eds.) (1971): *Social Stratification and Career Mobility* (Papers of the International Workshop on Career Mobility in Konstanz, 1971), Mouton, La Haye, 1973.
- MURPHY, J. G. (1973) (ed.): *An Introduction to Moral and Social Philosophy: Basic Readings in Theory and Practice*, Wadsworth, California.
- NAGEL, T. (1970): *The Possibility of Altruism*, Oxford University Press, New Jersey.
- NAGEL, T. (1979): *Moral Questions*, Cambridge University Press, Cambridge.
- NAGEL, T. (1991): *Igualdad y parcialidad*, Paidós, Barcelona, 1996.
- NANCE, J. (1975): *The Gentle Tassaday*, Hancurt Brace Jovanivich, New York.
- NEALE, R. S. (ED.) (1983): *History and Class*, Blackwell, Oxford.
- NEWBERY, D. M. G. (1970): <<A Theorem on the Measurement of Inequality>>, *Journal of Economic Theory*, vol. 2, pp. 264-266.
- NEWBY, H. (1977): *The Deferential Worker*, Allen Lane, Londres.
- NG, Y.-K. (1979): *Welfare Economics*, Macmillan, Londres.
- NICHOLS, T. (1979): <<Social class: official, sociological and Marxist>>, en J. Irvine, I. Miles y J. Evans (eds.), *Demystifying Social Statistics*, Pluto, London.
- NISBET, R. (1959): <<The decline and fall of social class>>, *Pacific Sociological Review*, nº 2, pp. 11-17.
- NISBET, R. (1975): *El vínculo social*, Vicens Vives, Barcelona, 1975.
- NISBET, R. (1986): *Conservadurismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1995.
- NISSEN, H. P. (1984) (ed.): *Towards Income Distribution Policies*, European Association of Development Research and Training Institute, Tilburg.
- NORDHAUS, W. y TOBIN, J. (1972): *Is Growth Obsolete?*, National Bureau of Economics Research (NBER), New York.
- NORMAN, R. (1987): *Free and Equal. A Philosophical Examination of Political Values*, Oxford University Press, Oxford.
- NOYA, J. y VALLEJOS, A. (1995): *Las actitudes ante la desigualdad en España*, CIS, Madrid.
- NOZICK, R. (1974): *Anarchy, State and Utopia*, Basil Blackwell, Oxford.
- NOZICK, R. (1989): *The Examined Life*, Simon and Schuster, New York.
- NOZICK, R. (1993): *La naturaleza de la racionalidad*, Paidós, Barcelona, 1995.

- NURMI, H. (1987): *Comparing Vote Systems*, Reidel, Dordrecht.
- NUSSBAUM, M. C. y SEN, A. K. (1992) (eds.): *The Quality of Life*, Clarendon Press, Oxford.
- O'NEILL, O. (1986): *Faces of Hunger*, Allen and Unwin, Londres.
- O'NEILL, O. (1989): *Constructions of Reason; Explorations of Kant's Practical Philosophy*, Cambridge University Press, Cambridge.
- OKIN, S. M. (1995): <<Politics and Complex Inequalities of Gender>>, in David Miller y Michael Walzer, *Pluralism, Justice, and Equality*, Oxford University Press, New York, pp. 120-143.
- OKUN, A. M. (1975): *Equality and Efficiency: The Big Tradeoff*, The Brookings Institution, Washington D. C.
- OLLERO TARRASA, A. (1989): *Igualdad en la aplicación de la ley y precedente judicial*, Centro de Estudios Constitucional, Madrid
- OPPENHEIM, F. E. (1970): <<Egalitarianism as a Descriptive Concept>>, *American Philosophical Quarterly*, 7, pp. 143-152.
- ORIZO, F.A., ( 1965) <<Movilidad social. Estado actual de la investigación en España y bibliografía>>, *Revista de Trabajo*, nº 11-12, pp. 313-367.
- OSMANI, S. R. (1982): *Economic Inequality and Group Welfare*, Clarendon Press, Oxford.
- OSMANI, S. R. (1992) (ed.): *Nutrition and Poverty*, Clarendon Press, Oxford.
- OSSOWSKI, S. (1963): *Estructura de clases y conciencia social*, Península, Barcelona, 1969.
- PAKULSKI, Jan (1993a), <<The dying of class or of marxist class theory?>>. *International Sociology*, vol. 8, nº 3, pp. 279-292.
- PAKULSKI, Jan (1993b), <<Mass social movements and social class>>, *International Sociology*, vol. 8, 2, pp. 131-158.
- PANT, P. et al. (1962): *Perspective of Development 1961-1976. Implications of Planning for a Minimum Level of Living*, Planning Commission of India, New Delhi.
- PARETO, V. (1895): <<La Legge della domanda>>, *Giornale degli Economisti*, Enero de 1885, pp. 59-68.
- PARETO, V. (1964): *Écrits sur la Courbe de la Répartition de la Richesse*, Oeuvres complètes de Vifredo Pareto publiées sous la direction de Giovanni Busino, Librairie Droz, Genève, 1964.
- PARFIT, D. (1984): *Reasons and Persons*, Clarendon Press, Oxford.
- PARKIN, F. (1979): *Marxismo y teoría de clases. Una crítica burguesa*, Espasa-Calpe, Madrid, 1984.
- PARKIN, F. (1968): *Middle Class Radicalism*, Manchester University Press, Manchester.
- PARKIN, F.(1971): *Orden político y desigualdades de clase*, Debate.
- PARSONS, T. (1937), *La estructura de la acción social. Estudio de teoría social, con referencia a un grupo de recientes escritores europeos*, Guadarrama, Madrid (2 tomos).
- PARSONS, T. (1951), *El sistema social*, Revista de Occidente, Madrid, 1966.
- PARSONS, T. (1940), <<Una revisión analítica de la teoría de la estratificación social>>, en *Ensayos de teoría sociológica*, Paidós, Buenos Aires, 1967, pp. 333-378.
- PARSONS, T. (1954), <<Un enfoque analítico de la teoría de la estratificación social>>, en *Ensayos de teoría sociológica*, Paidós, Buenos Aires, 1967, pp. 62-78.
- PARSONS, T. (1966): *Societies: Evolutionary and Comparative Perspectives*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, N.J.

- PARSONS, T. (1970) <<Equality and inequality in modern society, or social stratification revisited>>, *Social systems and the evolution of action theory*, The Free Press, New York, 1977, pp. 321-380.
- PARSONS, T. (1975), <<Interacción social>> en D. Shils (comp.), *Enciclopedia internacional de Ciencias Sociales*, Aguilar, Madrid, vol. IV, pp. 166-176.
- PARSONS, T.; BALES, R. y SHILS, E. (1970), *Apuntes sobre la teoría de la acción*, Amorrortu, Buenos Aires.
- PASSERON, J. C. (1972), <<Présentation>> en J. Schumpeter, *Imperialisme et classes sociales*, Minuit, Paris, pp. 9-38.
- PATTANAIK, P. K. (1971): *Voting and Collective Choice*, Cambridge University Press.
- PEASE, J. (1993): <<Professor Mom: Woman's in a Man's World>> *Sociological Forum*, Vol. 8, Nº 1, pp. 133-139.
- PEASE, J., FORM, H. y RYTINA, S. H. (1970), <<Ideological currents in American stratification literature>>, *The American Sociologist*, vol. 20, 2, pp. 127-137.
- PECES-BARBA, G. (1984): *Los valores superiores*, Tecnos, Madrid, 1986.
- PECES-BARBA, G. (1993): <<Introducción>>, en Norberto Bobbio, *Igualdad y libertad*, Paidós-U.A.B., Barcelona, 1993, pp. 9-52.
- PEGUEROLES, J. (1985): *San Agustín. Un platonismo cristiano*, P.P.U., Barcelona, 1985.
- PÉREZ LUÑO, A. E. (1987): <<Sobre la igualdad en la Constitución Española>>, *Anuario de Filosofía del Derecho*, IV, pp. 133-151.
- PERNAUD, R. (1977): *¿Qué es la Edad Media?*, Aldaba, Madrid, 1979.
- PERONA, A. J. (1993): *Entre el liberalismo y la socialdemocracia. Popper y la "sociedad abierta"*, Anthropos, Barcelona, 1993.
- PERONA, A. J. (1995): <<Notas sobre la igualdad y la diferencia>>, en Manuel-Reyes Mate (ed.), *Pensar la igualdad y la diferencia. Una reflexión filosófica*, Fundación Argentaria, Madrid, pp. 35-46.
- PERROUX, F. (1975): *Unités actives et Mathématiques nouvelles (Révision de la théorie de l'équilibre économique général)*, Dunod, Paris, 1975.
- PFEIFFER, J. (1977): *The emergence of Society: A Prehistory of the Establishment*, McGraw-Hill, New York.
- PHELPS, E. S. (1973) (ed.): *Economic Justice*, Penguin, Harmondsworth.
- PHILONENKO, A. (1984): *Jean-Jacques Rousseau et la pensée du malheur*, Vrin, Paris, 1984.
- PIAGET, J. (1974): *El estructuralismo*, Oikos-tau, Barcelona, 1980.
- PIGOU, A. C. (1912): *Wealth and Welfare*, Macmillan, Londres.
- PIGOU, A. C. (1920): *The Economics of Welfare*, Macmillan, Londres, 1932.
- PIORE, M. J. (1983): <<Notas para una teoría de la estratificación del mercado de trabajo>>, en Luis Toharia, *El mercado de trabajo: teorías y aplicaciones*, Alianza Universidad, Madrid.
- PLAMENATZ, J. (1975): *Karl Marx y su filosofía del hombre*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986.
- POGGE, T. W. (1989): *Realizing Rawls*, Cornell University Press, Londres.
- PÖNTINEN, S. (1974): *Comparison of Social Mobility in the Scandinavian Countries* Comunicación multicopiada, Mathematical Social Sciences Board (Seminar on Measurement and Model in Comparative Stratification and Mobility Research); Toronto, Agosto de 1974.
- POPPER, K. R. (1945): *La sociedad abierta y sus enemigos*, Paidós, Buenos Aires, 1981.

- POPPER, K. R. (1963): *El desarrollo del conocimiento científico. Conjeturas y refutaciones*, Paidós, Buenos Aires, 1979.
- POPPER, K. R. (1973): *Conocimiento objetivo*, Tecnos, Madrid, 1974.
- POULANTZAS, N. (1975): *Las clases sociales en el capitalismo actual*, Siglo XXI, Madrid, 1977.
- POULANTZAS, N. (1972): <<Les classes sociales>> en *L'Homme et la Société*, nº 24-25, pp. 30-31.
- PRAIS, S.J. (1955a): <<Measuring social mobility>>, *Journal of the Royal Statistical Society*, nº 118, pp. 56-66.
- PRAIS, S.J. (1955b): <<The Theory of Mobility>>, *Population Studies*, nº 9, pp. 72-81.
- PRIOR OLMOS, A. (1988): *La libertad en el pensamiento de Marx*, Universitat de València. Universidad de Murcia.
- PRZEWORSKI, A. (1985): *Capitalismo y Social Democracia*, Alianza Universidad, Madrid, 1988..
- PRZEWORSKI, A. (1992): <<The NeoLiberal Fallacy>>, *Journal of Democracy*, nº 3, pp. 45-49.
- PRZEWORSKI, A. y SPRAGE, J. (1986): *Paper stones*, University of Chicago Press, Chicago.
- PUNLEO, A. (1993): *La ilustración olvidada*, Anthropos, Barcelona.
- PUYOL GONZÁLEZ, A. (1995): <<La inestabilidad del igualitarismo político>>, en Manuel-Reyes Mate, *Pensar la igualdad y la diferencia. Una reflexión filosófica*, Fundación Argentaria, Madrid, pp. 47-62.
- RADCLIFFE-BROWN, A. R. (1922): *The Adaman Islanders*, Free Press, New York, 1922.
- RADCLIFFE-BROWN, A. R. (1935): <<On the Concept of Function in Social Science>>, *American Anthropologist*, nº 37, pp. 394-402.
- RADCLIFFE-BROWN, A. R. (1986): *Estructura y función en la sociedad primitiva*, Planeta-Agostini, Barcelona.
- RADHAKRISHNAN, S. (1926): *La concepción hindú de la vida*, Alianza Editorial, Madrid, 1982.
- RAE, D. (1981): *Equalities*, Harvard University Press, Cambridge.
- RAKOWSKI, E. (1991): *Equal Justice*, Clarendon Press Oxford, New York.
- RAMACHANDRAN, V. K. (1990): *Wage Labour and Unfreedom in Agriculture*, Clarendon Press, Oxford.
- RAMPELBERG, R. M. (1985): <<Homoioteia spartiate et rêve platonicien>>, *Cahiers de Philosophie politique e juridique de l'Université de Caen*, nº 8, 1985, pp. 65-76.
- RAPHAEL, D. D. (1970): *Problems of Political Philosophy*, Praeger Publishers, New York.
- RAVALLION, M. (1987): *Markets and Famines*, Clarendon Press, Oxford.
- RAWLS, J. (1971): *Teoría de la justicia*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1978.
- RAWLS, J. (1979): <<A Well-Ordered Society>>, en Peter Laslett y James Fishkin, *Philosophy, Politics and Society*, Basil Blackwell, Oxford.
- RAWLS, J. (1981): <<Las libertades fundamentales y su prioridad>>, en S. M. McMurrin (ed.) (1987), *Libertad, Igualdad y Derecho*, Ariel, Barcelona, 1988, pp. 9-90.
- RAWLS, J. (1985): *Justicia como equidad. Materiales para una teoría de la justicia*, Tecnos, Madrid, 1986.
- RAWLS, J. (1991): *Sobre las libertades*, Paidós, Barcelona.
- RAWLS, J. (1993): *El liberalismo político*, Crítica, Barcelona, 1996.

- REICH, M. (1981): *Racial Inequality*, Princenton University Press, Princenton (New Jersey).
- REISSMAN, L. (1973): *Inequality in American Society*, Foresman, Glenview (Illinois).
- REYES MATE (1995): <<Sobre le origen de la igualdad y la responsabilidad que de ello se deriva>>, en Manuel Reyes Mate (ed.), *Pensar la igualdad y la diferencia. Una reflexión filosófica*, Fundación Argentaria, Madrid, pp. 77-92.
- RIDGE, J.M., (comp.) (1974), *Mobility in Britain reconsidered*, Clarendon Press, London.
- RILEY, J. (1987): *Liberal Utilitarianism; Social Choice Theory and J. S. Mill's Philosophy*, Cambridge University Press, Cambridge.
- RINGEN, S. (1987): *The Possibility of Politics: A Study of the Economy of the Economy of the Welfare State*, Clarendon Press, Oxford.
- ROBBINS, L. (1935): *An Essay on the Nature and Significance of Economic Science*, Macmillan, Londres.
- ROBERTSON, D. H. (1952), *Utility and All That*, Allen & Unwin, Londres.
- ROCA TRÍAS, E. (1986): <<Jurisprudencia, precedentes y principio de igualdad>>, *Revista Jurídica de Cataluña*, nº 4, pp. 7-40.
- RODRÍGUEZ CABRERO, C. (1982): <<Estado de bienestar y política social: Concepciones teóricas>>, *Boletín de Estudios y Documentación de Servicios Sociales*. Monografías nº 13, pp. 11-30.
- RODRÍGUEZ MAGDA, R. Mª. (1994): <<Las filosofías de la diferencia>> en *El concepto de igualdad* de Amelia Valcárcel (Comp.), Editorial Pablo Iglesias, Madrid, pp. 95-112.
- RODRÍGUEZ PIÑEIRO, M. y FERNÁNDEZ LÓPEZ, Mª F. (1986): *Igualdad y discriminación*, Tecnos, Madrid.
- ROEMER, J. (1979): <<Divide and Conquer: Microfoundations of a Marxian Theory of Wage Discrimination>>, *Bell Journal of Economics*, 10, pp. 695-705.
- ROEMER, J. (1982a) *Teoría general de la explotación y de las clases sociales*, S. XXI, Madrid, 1989.
- ROEMER, J. (1982b): <<Property Rights versus Surplus Value in Marxian Exploitation>>, *Philosophy and Public Affairs*, 11, pp. 281-313.
- ROEMER, J. (1984): <<Nuevas direcciones en la teoría marxiana de la explotación y de las clases sociales>>, I y II, *Mientras Tanto*, 20 y 21.
- ROEMER, J. (1985a): <<Equality of Talent>>, en J. Roemer (1994), pp. 119-147.
- ROEMER, J. (1985b): <<Should Marxist Be Interested in Exploitation?>>, *Philosophy and Public Affairs*, 14, pp. 30-65.
- ROEMER, J. (1986a): <<An Historical Materialist Alternative to Welfarism>>, en Elster y Hylland (1986), pp. 133-164.
- ROEMER, J. (1986b) *Marxismo: una perspectiva analítica*, FCE, México, 1989.
- ROEMER, J. (1989): <<A Public Ownership Resolution of the Tragedy of the Commons>>, *Social Philosophy & Policy*, 6, pp. 74-92.
- ROEMER, J. (1992): <<Can There Be Socialism after Comunism?>>, *Politics and Society*, 20, pp. 261-276.
- ROEMER, J. (1993): <<A Pragmatic Theory of Responsibility for the Egalitarian Planner>>, *Philosophy and Public Affairs*, vol. 22, nº 2, pp. 146-166.
- ROEMER, J. (1994): *Un futuro para el socialismo*, Crítica, Barcelona, 1995.
- ROEMER, J. (1994b): *Egalitarian perspectives. Essays in philosophical economics*, University Cambridge Press, Cambridge.

- ROGOFF, N. (1954): <<Recent trends in urban occupational mobility>>, en R. Bendix y S. M. Lipset, *Class, Status and Power. A reader in Social Stratification*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 442-454.
- ROOTES, C. A. (1987), <<Social Movements -An Overview and Prospects>>. *Social Alternatives* vol. 6, nº 4, pp. 2-4.
- RORTY, (1991): *Essays on Heidegger and others*, Verso, London.
- ROSEN, S. (1976): <<A Theory of Life Earnings>>, *Journal of Political Economy*, vol. 84, nº 4, 2ª parte, pp. 45-67.
- ROSENBERG, A. (1995): <<Equality, Sufficiency, and Opportunity in the Just Society>>, en Ellen Frankel Paul; Fred D. Miller, Jr. y Jeffrey Paul, *The Just Society*, Cambridge University Press, 1995, pp. 54-71.
- ROUSSEAU, J. J. (1780): *Emilio o de La Educación*, Editorial Fontanella, Barcelona, 1973.
- ROUSSEAU, J.J. (1755), *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, Aguilar, Madrid, 1981.
- ROWBOTHAM, S. (1973): *Women's Consciousness, Man's World*, Penguin, Harmondsworth.
- RUÍZ MIGUEL, A. (1994): <<Discriminación inversa e igualdad>>, en *El concepto de igualdad de Amelia Valcárcel* (Comp.), Editorial Pablo Iglesias, Madrid, pp. 77-93.
- RUÍZ MIGUEL, A. (1994b): <<La igualdad como diferenciación>>, en Varios, *Derechos de las minorías y de los grupos diferenciados*, Escuela Libre Editorial, Madrid, pp. 283-295.
- RUIZ MIGUEL, A. (1995): <<Las huellas de la igualdad en la Constitución>>, en Manuel-Reyes Mate (ed.), *Pensar la igualdad y la diferencia. Una reflexión filosófica*, Fundación Argentina, pp. 109-129.
- RUÍZ-CASTILLO, J. (1987): *La medición de la pobreza y la desigualdad en España, 1980-81*, Banco de España, Servicio de Estudios, 1987.
- RUNCIMAN, W. G. (1966): *Relative Deprivation and Social Justice: a study of attitudes to social inequality in twentieth century England*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1966.
- RUNCIMAN, W. G. (1971): <<¿Clase, "status" y poder>> en J. A. Jackson, E. Shils, M. Abrams y otros, *Estratificación social*, Península, Barcelona.
- RYAN, A. (1979) (ed.): *The Idea of Freedom: Essays in Honour of Issaiah Berlin*, Clarendon Press, Oxford.
- SABINE, G. (1937): *Historia de la Teoría Política*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1981.
- SACRISTÁN, J. (1978): <<La concepción marxista del mundo>> en J. Jiménez Blanco y C. Moya (ed.), *Teoría sociológica contemporánea*, Tecnos, pp. 15-21.
- SAHLINS, M. y SERVICE, E. (1960): *Evolutio and Culture*, University of Michigan Press, Ann Arbor.
- SALCEDO MEGALES, D. (1987): <<La fundamentación normativa de un principio igualitarista>>, *Anuario de Filosofía del Derecho*, tomo IV, pp. 193-218.
- SALCEDO MEGALES, D. (1994): *Elección social y desigualdad económica*, Anthropos, Barcelona, 1994.
- SALEM, A.B.Z., and MOUNT, T.D. (1974): <<A Convenient Descriptive Model of Income Distribution>>, *Econometrica*, Vol. 42, nº 6, pp. 1115-1127.
- SAMSON, R. V. (1965): *Igualdad y poder*, FCE, México.
- SAMUELSON, P. A. (1947): *Foundations of Economic Analysis*, Harvard University Press, Cambridge.
- SAN ROMÁN, T. (1996): *Los muros de la separación. Ensayo sobre alterofobia y filantropía*, Tecnos-Universitat Autònoma de Barcelona, Barcelona, 1996.

- SAN SEGUNDO, M<sup>a</sup>. J.; VAQUERO, A. y ZAMORA, B. (1993): <<Rendimientos Económicos de las inversiones Educativas>>, Ponencia presentada en el I Simposio sobre Igualdad y Distribución de la Renta y de la Riqueza, Fundación Argentaria, Madrid, mayo de 1993.
- SANTA CRUZ, I. (1992): <<Sobre el concepto de igualdad: algunas observaciones>>, en *Isegoria*, n° 6, Madrid.
- SARTORI, G. (1988): *Teoría de la Democracia. 2: Los problemas clásicos*. Alianza Universidad, Madrid.
- SAVATER, F. (1993): <<La tradición filosófica de la igualdad>>, *La igualdad en las ideas y en el pensamiento político*, Volumen 1, I Simposio sobre igualdad y distribución de la Renta y de la Riqueza, Fundación Argentaria, Madrid, 1993.
- SCHAEFER, D. L. (1979): *Justice to Tyranny*, Kennikat Press, Port Washintong
- SCHERMERHORN, R. A. (1970): *Comparative Ethnic Relations*, Random House, New York
- SCHNEEWIND, J. B. (1990): *Moral Philosophy from Montaigne to Kant: An Anthology*, Cambridge University Press, Cambridge, Mass., 2 vols.
- SCHNEEWIND, J. B. (1991): <<Natural Law, Skepticism, and the Method of Ethics>>, *Journal of the History of Ideas*, n° 52, pp. 289-308.
- SCHOECK (1969): *La envidia: una teoría de la sociedad*, Club de lectores, Buenos Aires.
- SCHOTTER, A. (1985): *Free Market Economics: A Critical Appraisal*, St. Martin's Press, New York.
- SCHUMPETER, J. A. (1968), *Capitalismo, socialismo y democracia*, Tecnos, Madrid.
- SCHUMPETER, J. A. (1927), <<Las clases sociales>> en *Imperialismo y clases sociales*, Tecnos, Madrid, 1965, pp. 141-210.
- SCHUTZ, A. (1932): *The Phenomenology of the Social World*, Northwestern University Press, Evanston, IL, 1967.
- SCHUTZ, A. y LUCKMANN, T. (1973): *Las estructuras del mundo de la vida*, Amorrotu editores, Buenos Aires, 1977
- SCHWARTZ, R. (1955), <<Funcional alternatives to inequality>>, *American Sociological Review*, vol. 20, 4, pp. 424-430.
- SCHWARTZ, T. (1973) (ed.): *Freedom and Authority: An Introduction to Social and Political Philosophy*. Dickenson, California.
- SCHWARTZ, T. (1986): *The Logic of Collective Choice*, Columbia University Press, New York.
- SCHWARZSTEIN, D. (1991) (Comp.): *La historia oral*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.
- SEN, A. K. (1970a): <<The impossibility of a Paretian Liberal>>, *Journal of Political Economy*, n° 78, pp. 152-157.
- SEN, A. K. (1970b): *Elección colectiva y bienestar social*, Alianza Editorial, Madrid, 1976.
- SEN, A. K. (1973): *Sobre la desigualdad económica*, Crítica, Barcelona, 1979.
- SEN, A. K. (1976): <<Liberty, Unanimity and Right>>, *Economica*, n° 43, pp. 217-245.
- SEN, A. K. (1977): <<Social choice theory: a re-examination>>, *Econometrica*, n° 45, pp. 53-89.
- SEN, A. K. (1979a): <<¿Igualdad de qué?, en S. M. McMurrin (Ed.) (1987), *Libertad, Igualdad y Derecho*, Ariel, Barcelona, 1987, pp. 133-156.
- SEN, A. K. (1979b): <<Utilitarianism and welfarism>>, *Journal of Philosophy*, n° 76, pp. 463-488.
- SEN, A. K. (1980-81): <<Plural Utility>>, *Proceeding of the Aristotelian Society*, n° 80, pp. 193-215.

- SEN, A. K. (1981): *Poverty and Famines: An Essay of the Entitlement and Deprivation*, Clarendon Press, Oxford.
- SEN, A. K. (1982): *Choice, Welfare and Measurement*, Blackwell and Cambridge (MIT Press); Oxford.
- SEN, A. K. (1984): *Resources, Values and Development*, Blackwell and Cambridge, Oxford.
- SEN, A. K. (1985): *Commodities and Capabilities*, North-Holland, Amsterdam.
- SEN, A. K. (1986): <<Foundations of Social choice: an epilogue>>, en J. Elster y A. Hylland (1986), pp. 213-248.
- SEN, A. K. (1987a): *Sobre ética y economía*, Alianza, Madrid, 1989.
- SEN, A. K. (1987b): *The Standart of Living*, Cambrigde University Press.
- SEN, A. K. (1992): *Nuevo examen de la desigualdad*, Alianza Editorial, Madrid, 1995.
- SEN, A. K. y WILLIAMS, B. (1982) (eds.): *Utilitarianism and Beyond*, Cambridge University Press, Cambridge.
- SEN, A. K.; MUELLBAUER, J.; KANBUR, R.; HART, K. y WILLIAMS, B. (1987): *The Standard of Living*, Cambridge University Press, Cambridge.
- SEN, A.K. (1974): <<Informational bases of alternative welfare approaches: Aggregation and income distribution>>, *Journal of Public Economics*, Nº 4, pp. 387-403.
- SERRA, N. (1993): <<Sesión inaugural del I simposio sobre Igualdad y Distribución de la renta y la Riqueza>>, *Fundación Argentaria*, Madrid, 1993, Volumen I, pp. 9-14.
- SERRANO GONZÁLEZ, A. (1985): <<El principio de igualdad ante la ley en la jurisprudencia del Tribunal Constitucional>>, en Martín-Retortillo Baquer, L. (comp.), *De la jurisprudencia del Tribunal Constitucional. Seminario de Profesore de la Facultad de Derecho*, Institución "Fernando el Católico", Zaragoza, pp. 31-87.
- SÈVE, R. (1985): <<Utilitarisme et égalité>>, *Cahiers de philosophie politique et juridique de l'Université de Caen*, nº 8, 1985, pp. 147-164.
- SEVILLA, S. (1979): *Análisis de los imperativos morales en Kant*, Publicaciones del Departamento de Historia de Filosofía de la Universidad de Valencia, Valencia, 1979.
- SEWELL, W. H.; HAUSER, R. M. (1972): *Education, Occupation and Earnings: Achievement in the Early Career*, Academic Press, New York, 1975.
- SHESHINSKI, E. (1972): <<Relation between a Social Welfare Function and the Gini Index of Inequality>>, *Journal of Economic Theory*, vol. 4, pp. 98-100.
- SIMPSON, R. L. (1956), <<A modification of the functional theory of social stratification>>, *Social Forces*, 35, pp. 132-137.
- SINGH, S.K., and MADDALA, G.S. (1976): <<A Fonction for Size Distribution of Incomes>>, *Econometrica*, Vol. 44, Nº 5, pp. 969-970.
- SIO, A. (1969): <<Interpretations of Slavery: The Slave Status in the Americas>>, en C. Heller (ed.), *Structured Social Inequality*, MacMillan, New York, pp. 63-73.
- SMEEDING, T. RAINWATER, L. y O'HIGGINS, M. (1988): *Poverty, Inequality and the Distribution of Income in International Context*, Wheatssheaf, Brighton.
- SOLÉ, C. (1996): <<El concepto de igualdad ante el mercado>>, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, nº 75, pp. 19-28.
- SOLE-TURA, J. (1978): <<Introducción a la obra de Nicos Poulantzas>>, en J. Jiménez Blanco y C. Moya (ed.), *Teoría sociológica contemporánea*, Tecnos, pp. 45-60.
- SOLTOW, L. (1965): *Toward Income Equality in Norway*, Madinson



- SORENSEN, A. B. (1991): <<On the Usefulness of Class Analysis in Research on Social Mobility and Socioeconomic Inequality>>, *Acta Sociologica*, nº 34, pp. 71-87.
- SORENSEN, A.B. (1975): <<Models of social mobility>>, *Social Science Research*, nº 4, pp. 65-92.
- SOROKIN, P. A. (1956), *Estratificación y movilidad social*, Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional, México, 1961.
- SOROKIN, P. A. (1927): *Social Mobility*, Free Press, Glencoe, 1964.
- SOROKIN, P. A. (1947): *Sociedad, cultura y personalidad. Su estructura y su dinámica*, Aguilar, Madrid.
- SOROKIN, P. A. (1954), <<What is a social class?>>, en R. Bendix y S. M. Lipset, *Class, status and power. A reader in social stratification*, Routledge and Kegan Paul, Londres, pp. 87-92.
- SPENCER, H. (1969): *Principles of Sociology*, Macmillan, New York
- SRINIVASAN, T. N. y BARDHAN, P. (1974) (eds): *Poverty and Income Distribution in India*, Statistical Publishing Society, Calcuta.
- SRINIVASAN, T. N. y BARDHAN, P. (1988) (eds): *Rural Poverty in South Asia*, Columbia University Press, New York.
- STARK, T. (1972): *The Distribution of Personal Income in the United Kingdom 1949-1963*, Cambridge University Press, Londres.
- STAROBINSKI, J. (1971): <<Introducción>>, en J. J. Rousseau, *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, Aguilar, Madrid, 1981, pp. XI-XLVII.
- STEADMAN JONES, G. (1983): *Lenguajes de clase: estudios sobre la clase obrera británica*, Siglo XXI, Madrid
- STEDMAN JONES, G. (1976): <<From Historical sociology to theoretical history>>, *British Journal of Sociology*, 27, 3, pp. 295-305.
- STICHCOMBE, A. L. (1963), <<Algunas consecuencias empíricas de la teoría de la estratificación de Davis y Moore>>, en R. Bendix y S. M. Lipset, *Clase, status y poder*, Euramérica, t. I, pp. 217-223.
- STRASSER, H. (1976): *The Normative Structure of Sociology: Conservative and Emancipatory Themes in Social Thought*, Routledge and Kegan Paul, London.
- STREETEN, P.; BURKI, S. J.; HAQ; MAHBUBQUL; HICKS, N. y STEWART, F. (1981): *First Things First: Meeting Basic Needs in Developing Countries*, Oxford University Press, London.
- SUAY RINCÓN, J. (1985): *El principio de la igualdad en la justicia constitucional*, IEAL, Madrid.
- SUDGEN, R. (1981): *The Political Economy of Public Choice*, Martin Roberston, Oxford.
- SUZUMURA, K. (1983): *Rational Choice, Collective Decisions and Social Welfare*, Cambridge university Press, Cambridge.
- SWIFT, A. (1995): <<The Sociology of Complex Equality>>, in David Miller y Michael Walzer, *Pluralism, Justice, and Equality*, Oxford University Press, New York, pp. 253-280.
- SZTOMPKA, P. (1974): *System and Function: Toward a Theory of Society*, Academic Press, New York.
- TAWNEY, R. H. (1931): *La Igualdad*, Fondo de Cultura Económica, México, 1945.
- TAYLOR, R. (1982): *Freedom, Anarchy and the Law*, Prometheus Books, Buffalo.

- TEMKIN, L. S. (1995): <<Justice and Equality. Some Questions about Scope>>, en Ellen Frankel Paul, Fred D. Miller, Jr., and Jeffrey Paul (eds), *The Just Society*, Cambridge University Press, 1995, pp. 72-104.
- TEZANOS, J.F. (1988b): <<Principales Teorías sobre la Estratificación Social>> en DEL CAMPO, S. *Tratado de Sociología*. Tomo I, pp. 319-365.
- TEZANOS, J.F. (1988a): <<La estratificación social: desigualdad y jerarquización>> en DEL CAMPO, S. *Tratado de Sociología*. Tomo I, Ed. Taurus, Madrid, Pág. 287-318.
- THEIL, H. (1967): *Economics and Information Theory*, North-Holland Publishing Compagny, Amsterdam, 1967.
- THÉLOT, C. (1982): *Tel père, tel fils?. Position social et origine familiale*. Dunod, Paris, 1982.
- THOMPSON, E. P. (1968): *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, (3 vols.), Ed. Laia, Barcelona, 1977.
- THRELFALL, M. (1994): <<Los límites de las políticas de igualdad en las sociedades "satisfechas">>, en *El concepto de igualdad* de Amelia Valcárcel (Comp.), Editorial Pablo Iglesias, Madrid, pp. 199-216.
- THRIFT, N. y WILLIAMS, P. (Eds.) (1987): *Class and Space*, Routledge, London.
- THURLOW, L. D. (1975): *Generating Inequaty*, Basic Books, New York.
- THURLOW, L. D. (1987): <<A Surge in Inequality>>, *Scientific American*, nº 256, pp. 30-37.
- THURLOW, L. (1970): <<Analyzing the American Income Distribution>>, *American Economic Review*, Vol. 48, pp. 261-269.
- TINBERGEN, J. (1975): *Production, Income and Welfare: The Search for an Optimal Order*, University of Nebraska Press, Lincoln.
- TINKER, I. (1990a) (ed.): *Persistent Inequalities*, Oxford University Press, New York.
- TINKER, I. y BRAMSEN, M. B. (1976): *Women and World Development*, Overseas Development Council, Washington DC.
- TITMUS, R. M. (1974): *Social Policy: An Introduction*, George Allen & Unwin, Londres.
- TOCQUEVILLE, A. (1845): *La democracia en América*, 2 tomos, Alianza Editorial, Madrid, 1980.
- TOMÁS DE AQUINO (1270): *Tratado de la ley. Tratado de la justicia. Opúsculo sobre el Gobierno de los príncipes*, Editorial Porrúa, México, 1981.
- TORRES SANAHUJA, S. (1994): <<La pobreza en España. Análisis y líneas de actuación>>, *Documentación Social*, nº 96, pp. 361-376.
- TOULMIN, S. (1990): *Cosmopolis. The Hidden Agenda of Modernity*, University of Chicago Press, Chicago
- TOURAINÉ, A. (1971): *La sociedad post-industrial*, Ariel, Esplugas del Llobregat.
- TOWNSEND, P. (1979): *Poverty in the United Kingdom*, Penguin, Harmondsworth.
- TREIMAN, D.J. (1975): <<Problems of concepts and measurement in the comparative study of occupational mobility>>, *Social Science Research*, 4, pp. 73-80.
- TREMAN, D. J. y TERRELL, K. (1975): << The process of Status Attainment in the United States and Great Britain>>, *American Journal of Sociology*, pp. 563-583.
- TUCKMAN, H.P., and BROSCHE, G. (1974): <<Changes in Personal Income and Their Effect on Income Shares>>, *Southern Economic Journal*, pp. 78-96.
- TUMIN, M. M. (1953a), <<Algunos principios de estratificación: un análisis crítico>>, en R. Bendix y S. M. Lipset, *Clase, status y poder*, Euramérica, Madrid, 1972, t. I, pp. 171-186.

- TUMIN, M. M. (1953b) <<Réplica a Kigsley Davis>> en R. Bendix y S. M. Lipset, *Clases, status y poder*, Euramérica, Madrid, 1972, t. I, pp. 199-204.
- TUMIN, M. M. (1955), <<Rewards and task-orientations>>, *American Sociological Review*, vol. 20, pp. 419-423.
- TUMIN, M. M. (1963), <<On inequality>>, *American Sociological Review*, vol. 28, 1, pp. 19-26.
- TUMIN, M. M. (1965), *La estratificación social. Les formes et les fonctions de l'inégalité*, Daculot, Bruselas, 1971.
- TUMIN, M. M. y FELDMAN, A. (1961), *Social class and social change in Puerto Rico*, Princeton University Press.
- TURNBULL, C. (1961): *The Forest People*, Simon and Schuster, New York.
- TURNER, J. H. (1989): <<A General Theory of Macrostructural Dinamics>>, en Joseph Berger, Morris Zelditch y Bo Anderson (eds), *Sociological Ttheories in Progress*, Sage Publications, California, pp. 185-211.
- UNDP (1990): *The Human Development Report 1990*, United Nations Development Programme, New York
- UNDP (1991): *The Human Development Report 1991*, United Nations Development Programme, New York
- VALCÁRCEL A. (1994): <<Igualdad, idea regulativa>> en *El concepto de igualdad* de Amelia Valcárcel (Comp.), Editorial Pablo Iglesias, Madrid, pp. 199-216.
- VALCÁRCEL, A. (1995): <<Las raíces del principio igualdad>>, en Manuel-Reyes Mate (ed.), *Pensar la igualdad y la diferencia. Una reflexión filosófica*. Fundación Argentaria, Madrid, pp. 65-75.
- VALCÁRCEL, A. (1981): *Sexo y filosofía*, Anthropos, Barcelona.
- VALCÁRCEL, A. (1993): *Del miedo a la igualdad*, Crítica, Barcelona.
- VALLESPÍN, F. (1985): *Nuevas teorías del contrato social: Rawls, Nozick, Buchanan*, Alianza Universidad, Madrid.
- VALLESPÍN, F. (1993): <<Introducción>>, en Dworkin, R. (1990), pp. 9-35.
- VALLESPÍN, F. (1995): <<Igualdad y diferencia>>, en Manuel-Reyer Mate (ed.), *Pensar la igualdad y la diferencia. Una reflexión filosófica*. Fundación Argentaria, Madrid, pp. 15-34.
- VAN DER BERGHE, P. (1963): <<Dialectic and Functionalism: Toward a Theoretical Synthesis>>, *American Sociological Review*, nº 28, pp. 695-705.
- VAN PARIJS, P. (1981): *Evolution explanation in the social sciences*, Rowman and Littlefield, Totowa (New Jersey), 1981.
- VAN PARIJS, P. (1990a): <<Equal Endowments as Undominated Diversity>>, *Recherches économiques de Louvain*, nº 56, pp. 327-356.
- VAN PARIJS, P. (1990b): <<The Second Marriage of Justice and Efficiency>>, *Journal of Social Policy*, nº 19, pp. 1-25.
- VAN PARIJS, P. (1991): <<Why Surfers should be Fed: The Liberal Case for an Unconditional Basic Income>>, *Philosophy and Public affairs*, nº 20, pp. 101-131.
- VAN PARIJS, P. (1991b): *¿Qué es una sociedad justa? Introducción a la práctica de la filosofía política*. Ariel, Barcelona, 1993.
- VAN PARIJS, Ph. (1987): <<Una revolución en la teoría de las clases sociales>> en *Teorías contemporáneas de las clases sociales*, CARABANA, J. y DE FRANCISCO, A. (Compiladores), Ed. Pablo Iglesias, 1993, pp. 187-227.

- VARGAS-MACHUCA ORTEGA, R. (1994): <<Democracia e Igualdad>>, en *El concepto de igualdad de Amelia Valcárcel* (Comp.), Editorial Pablo Iglesias, Madrid, pp. 49-63.
- VASTO, L. (1972): *El arca tenía por vela una viña*, Editorial Sígueme, Salamanca, 1982.
- VERBA, S. et al. (1987): *Elites and the Idea of Equality*, Harvard University Press, Cambridge, Mass.
- VERBA, S. y ORREN, G. R. (1985): *Equality in America: The View from the Top*, Harvard University Press, Cambridge.
- VERNANT, J. P. (1975): *Les origines de la pensée grecque>>*, PUF, París.
- VIET, J. (1970): *Los Métodos Estructuralistas en las Ciencias Sociales*, Amorrortu, Buenos Aires
- VILLAYERDE CASTRO, J. (1991): *Los desequilibrios regionales en España*, Instituto de Estudios Económicos, Madrid.
- VLASTOS, (1962): <<Justice and Equality>>, en Richard R. Banc (de.), *Social Justice*, Prentice Hall, pp. 41-53.
- WALDRON, J. (1987) (ed.): *Nonsense upon Stilts. Bentham, Burke and Marx on the Rights of Man*, Methuen, London and New York.
- WALDRON, J. (1995): <<Money and Complex Equality>>, in David Miller y Michael Walzer, *Pluralism, Justice, and Equality*, Oxford University Press, New York, pp. 144-170.
- WALKER, P. (1979) (comp.): *Between capital and labour*, Hassocks.
- WALZER, M. (1983): *Las esferas de la justicia. Una defensa del pluralismo y la igualdad*, FCE, México, 1993.
- WALZER, M. (1994): *Thick and Thin. Moral Argument at Home Abroad*. University of Notre Dame, London.
- WALZER, M. (1995): <<Response>>, in David Miller y Michael Walzer, *Pluralism, Justice, and Equality*, Oxford University Press, New York, pp.281-297.
- WEBER, M. (1905): *La ética protestante y el espíritu de capitalismo*, Península, Barcelona, 1976.
- WEBER, M. (1922): *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. Fondo de Cultura Económica, México, 1979.
- WEEKS, J. (1987): <<Questions of identity>>, en Pat Caplan (de.), *The cultural construction of sexuality*, Routledge, London, 1987, pp. 31-51.
- WELLBANK, J. H.; SNOOK, D. y MASON, D. T. (ed.) (1982): *Jonh Rawls and his Critics. An Annotated Bibliography*, Garland, New York.
- WELLMAN, Barry (1988): <<Structural analysis: from method and metaphor to theory and substance>>, in *Social Structures. A Network Approach*. Edited by Barry Welllman and S. D. Berkowitz, Cambridge University Press. USA.
- WELLS, H. G. (1971): *The Outline of History*, Doubleday, New York.
- WESOLOWSKI, W. (1962), <<Algunas notas sobre la teoría funcional de la estratificación>>, en R. Bendix y S. M. Lipset, *Clase, status y poder*, Euramérica, t. I, pp. 103-216.
- WESOLOWSKI, W., SLOMCZYNSKI, R.M., MACH, B.W. (1978), *Social mobility in comparative perspective*, ISA, Varsovia.
- WESTEN, P. (1990): *Speakin of Equality. An Analysis of the Rhetorical Force of "Equality" in Moral an Legal Discourse*, Princeton University Press, Princeton (N.J.).
- WILKINSON, P. (1971), *Social Movement*. London: Pall Mall.
- WILSON, G. (1987): *Money in the Family*, Avebury, Aldershot.

- WILLIAMS, B. (1961): <<The idea of Equality>>, *Philosophy, Politics and Society*, ser. 2, P. Laslett y W. G. Runciman (eds.), Basil Blackwell, Oxford, 1967, p. 110-131.
- WILLIAMS, B. (1972): *Morality: An Introduction to Ethics*, Harper and Row, New York.
- WILLIAMS, B. (1973a): *Problems of the Self*, Cambridge University Press, Cambridge).
- WILLIAMS, B. (1981): *Moral Luck*, Cambridge University Press, Cambridge.
- WILLIAMS, B. (1985): *Ethics and the Limits of Philosophy*, Fontana y Cambridge, London.
- WITTFOGEL, A. (1967): *El despotismo oriental*, Revista de Occidente, Madrid.
- WOLFF, R. P. (1977): *Para comprender a Rawls*, FCE, México, 1981.
- WOOD, A. (1972): <<The Marxian Critique of Justice>>, *Philosophy and Public Affairs*, nº 1, pp. 244-282.
- WOOD, E. M. (1986): *The Retreat from Class*, Verso, London.
- WRIGHT, E. O. (1978): *Clases, crisis y Estado*, Siglo XXI, Madrid, 1983.
- WRIGHT, E. O. (1985): *Clases*, Siglo XXI, Madrid, 1994.
- WRIGHT, E. O. (1989): <<What is Analytical Marxism?, *Socialist Review*, nº 89, 4, pp. 35-56.
- WRIGHT, E. O. (1993): <<Reflexionando, una vez más, sobre el concepto de estructura de clases>> en *Teorías contemporáneas de las clases sociales*, pg. 16-125, Editorial Pablo Iglesias, Madrid, compiladores Julio Carabaña y Andrés de Francisco.
- WRIGHT, E. O. (1994): *Interrogating Inequality*, Verso, London, 1994.
- WRIGHT, E. O. (1995): <<Análisis de clase>>, en J. Carabaña (ed.), *Desigualdad y clases sociales. Un seminario en torno a Erick O. Wright*, Fundación Argentaria, Madrid, pp. 21-53.
- WRIGHT, E. O. y otros (1989): *The Debate on Classes*, Verso, London.
- WRIGLESWORTH, J. (1985): *Liberalism Conflicts in Social Choice*, Cambridge University Press, Cambridge.
- WRONG, D. (1959), <<The functional theory of stratification, some neglected considerations>>, *American Sociological Review*, vol. 24, nº 6, pp. 772-782.
- YASUDA, S. (1964): <<A methodological inquiry into social mobility>>, *American Sociological Review*, vol. 29, nº 1, pp. 16-23.
- ZEITLIN, M.; LUTTERMAN, K y RUSSEL, J. (1973): <<Death in Vietnam: Class, Poverty and the Risk of War>>, *Politics and Society*, nº 3, pp 313-328.
- ZENGA, M. (1984): <<Proposta per un indice di concentrazione basato sui rapporti fra quantili di popolazione e quantili di reddito>>, *Giornale degli Economisti e Annali di Economia*, pp. 301-326.
- ZIMMERMANN, E. (1978): <<Bringing common sense back in": some neglected assumptions in status inconsistency theory and research>>, *Archives Européennes de Sociologie*, vol. 19, 1, pp. 53-73.
- ZLOCZOWER, A. (1972): <<Occupation, mobility and social class>>, *Social Science Information*, vol. XI, nº 5, pp. 329-357.
- ZUCKERMAN, H. (1991): <<The Careers of Men and Woman Scientist: A Review of Current Research>> en H. Zuckerman, J. R. Cole y J. T. Bruer, *The Outer Circle. Women in the Scientific Community*, W. W. Norton, USA, pp. 27-56.



UNIVERSIDADE DA CORUÑA  
Servicio de Bibliotecas



1700744469